



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA**

DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLOGICAS

***SENTIDOS Y SIGNIFICADOS DE LA VIOLENCIA Y DE LA
MUERTE: EL CASO DE LOS HOMIES DEL BARRIO 18
(B-18) Y DE LA MARA SALVATRUCHA (MS-13).***

ALFREDO NATERAS DOMINGUEZ

TESIS DE DOCTORADO EN CIENCIAS ANTROPOLOGICAS

DIRECTOR: DR. JOSE MANUEL VALENZUELA ARCE

ASESORES: DR. CARLES FEIXA PAMPOLS

DR. JOSE FEDERICO BESSERER

DR. NESTOR RAUL GARCIA CANCLINI

**MEXICO, DF.
JULIO 2010.**

INDICE

Dedicatorias	4
Agradecimientos	5
Resumen	8
0. Relatos iniciales	10
0.1 Coordinadas para una cartografía de lectura	17
Cap. I. Los contextos / los textos: desigualdades (sociales) / diferencias (culturales): América Latina y sujetos (jóvenes) transnacionales.	23
1.1 Los rostros del deterioro urbano: la juventud en Latinoamérica	31
1.2 Los matices de la región Centroamericana y la condición social juvenil salvadoreña.	35
Cap. II. América Latina / La Región de Centroamérica: ¿el mercado de las violencias y de la muerte?	41
2.1 Claves interpretativas de las violencias en Centroamérica	45
2.2 Las miradas y las voces de “ <i>los juras</i> ”, -la policía-	52
2.3 Aproximaciones a las violencias de la muerte	55
2.3.1 Territorios y fronteras disciplinares de las violencias	61
2.4 Violencias / jóvenes / género	65
2.4.1 Las juventudes y las realidades culturales de las violencias sociales.	70
2.5 Lo simbólico de las violencias sociales y los jóvenes	79
2.5.1 Lo más allá de la cultura	85
Cap. III. Adscripciones identitarias (juveniles): conflicto social y cultural; los cholos, los <i>homies</i> del B-18 y la MS-13	88
3.1 De la descripción de los “ <i>cholos</i> ” mexicanos, a los <i>homies</i> del B-18 y la MS-13, centroamericanas.	93
3.1.1 La mara (MS-13) y los <i>homies</i> (B-18)	96
3.2 El poder y la violencia, a través de la puesta en escena del cuerpo en los espacios habitados.	101
Cap. IV. La caja de herramientas teóricas.	
4.1 De estigmas y estigmatizados; una relación social: el caso del B-18 y la MS-13.	109
4.2 La construcción social del tiempo: rupturas generacionales	118
4.2.1 Cultura posfigurativa: acerca del pasado	120
4.2.2 Cultura cofigurativa: acerca del presente	122
4.2.3 Cultura prefigurativa: acerca del futuro	125
4.3 Los neotribalismos urbanos; más allá del individuo	127
Cap. V. De los mapas teóricos, a los territorios metodológicos; ¿el investigador: dato etnográfico?	138

5.1 Los espacios sociales: la objetivación del sujeto de la objetivación	139
5.2 Las ansiedades y los miedos	146
5.3 El posicionamiento: lo situado y lo parcial.	155
Cap. VI. Pensar el hacer: narrativas del dispositivo metodológico	163
6.1 El Movimiento; conexiones y trayectorias: procedimiento	165
6.1.1 El Salvador	166
6.1.2 Honduras	168
6.1.3 Guatemala	169
6.2 La teoría de la técnica; la construcción de narrativas orales y visuales	170
6.3 Tipo de Análisis e interpretación de la información	178
Cap. VII. Análisis e interpretación de los datos: las etnografías	
7.0 El Salvador: Las voces de la academia / de la investigación	184
7.1 Los contextos: ¿el Estado desdibujado / deshilachado?	185
7.1.1 Los insumos de las violencias	191
7.2 La construcción de narrativas mediáticas: los culpables y el enemigo	194
7.3 El Estado: sus discursos de represión y narrativas <i>antipandillas</i>	198
7.4 Las ejecuciones extrajudiciales: ¿exterminio identitario?	210
7.4.1 El encierro, -las cárceles-: ¿lo más allá de lo humano?	215
7.5 Los números: la 18 y las letras: la MS	219
7.5.1 Los nuevos mecanismos / de sobrevivencia cultural / de violencias de muerte	229
7.5.2 De la “ <i>renta / rentear</i> ”, a las extorsiones	231
7.5.3 El B-18 y la MS-13: ¿crimen organizado?	233
7.5.4 Las féminas también “ <i>rifan</i> ”	236
7.5.5 De la sobrevivencia material a la cultural (simbólica)	239
7.6 Identidades juveniles alternas / descentradas	244
7.6.1 ¿Horizontes de presente: el futuro ya fue?	245
7.6.2 De las intensidades, a los posicionamientos	249
7.6.3 ¿Una agenda de investigación e intervención? ¿Hacia dónde?	256
8.0 Los lugares, las presencias y las voces de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC).	260
8.1 ¿El deslavamiento de los Derechos Humanos?	262
8.2 Los usos culturales del estigma	268
8.3 La desidentificación / el des tatuaje	275
8.4 La gestación del <i>mercado de las violencias y de la muerte</i>	284
8.5 Lo burdo y lo absurdo de las muertes	290
8.6 Lo más allá de los Derechos Humanos	301
8.7 El dolor y el sufrimiento social.	304
9.0 Las presencias y las nuevas voces de los <i>homies</i> del B-18 y de la MS-13.	317
9.1 Las interrelaciones.	318
9.2 Las adscripciones identitarias; B-18 / MS-13: dinámicas, lógicas y reglas Internas.	324
9.3 De las significaciones de la dermis de la calle / del barrio; a las pieles del cuerpo: las inscripciones, los placasos y los tatuajes.	334
9.4 Los imaginarios de las violencias y de la muerte.	341

10.0 Honduras: Los contextos y sus textos; la gestación del B-18 y de la MS-13	355
10.1 ¿Otra vez el Estado desdibujado?	365
10.1.1 La descomposición del tejido social	367
10.2. Presencias y voces de las OSC: ¿mediación del conflicto social?	371
10.2.1 La apología de las violencias sociales: ¿el juvenicidio?	374
10.2.2 Las trayectorias y los desplazamientos de las violencias: la calle / el estadio / el cuerpo / el encierro.	380
10.2.2 El aniquilamiento identitario: ejecuciones extrajudiciales	387
10.3 Las voces de las / los jóvenes: las identificaciones juveniles descentradas de la <i>pandilla</i> y de la <i>mara</i> .	392
10.4 El tiempo social / la longevidad cultural y las configuraciones de la MS-13 y del B-18	397
11.0 Guatemala: contextos, la gestación de las violencias sociales y la construcción del B-18 y la MS-13.	413
11.1 Las narrativas de control / de represión, del nuevo orden mundial: de las Torres gemelas de Nueva York, a las violencias de muerte en las calles de Guatemala.	421
11.2 Los rediseños identitarios: el B-18 y la MS-13	425
11.2.1 Los relatos de la muerte	429
11.2.2 Los privados de libertad	436
11.2.3 Relaciones peligrosas: crimen organizado / ejecuciones extrajudiciales.	440
Cap. VIII. Discusión (a manera de conclusiones).	447
8.1. Acerca de lo teórico metodológico	
Glosario de Términos.	464
Referencias Bibliográficas.	467

DEDICATORIAS.

*A mi madre, la abogada Marina Domínguez Herrera,
quien tuvo la fortaleza para sortear todas las adversidades:
una mujer que con su inmenso amor y declarada dedicación,
nos formó.*

*A mi padre, el abogado Octavio Nateras Ramírez,
por haberme enseñado el respeto a la diferencia cultural,
inculcarme el estudio y el cariño por los libros
como una forma de estar en el mundo.*

*A mi hermano gemelo Eduardo:
su inesperada pérdida
devino entrañable suspiro,
que llenó de intensidad mi vida.*

*A mis queridas hijas,
Tamara y Ximena,
por las sonrisas plenas y traviesas,
y sus infaltables presencias.*

AGRADECIMIENTOS.

A la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I), de la cual soy egresado y, profesor / investigador, por la generosidad en proveer los mecanismos institucionales, a partir de los cuales fue viable seguir las trayectorias de mi formación académica en condiciones muy favorables.

Al Departamento de Antropología / a la Comisión de Posgrado, por haberme aceptado en su programa de doctorado (y, maestría); ya que representó para mí, un espacio lúdico novedoso, -dada la calidez- y, de aprendizaje invaluable, -dada la calidad-.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT); en virtud de la beca otorgada en apoyo a mis estudios de posgrado en ciencias antropológicas, ayuda necesaria / valiosa; máxime por los tiempos de precariedad presupuestal en que se encuentran las universidades públicas de nuestro país.

A mi Director de tesis, Dr. José Manuel Valenzuela Arce, -las deudas son múltiples y amplias-; por haber aceptado dirigir este trabajo de investigación; los diálogos fructíferos y las reflexiones teórico-metodológicas compartidas; la seriedad en el análisis socio cultural y el posicionamiento claro con respecto a las problemáticas políticas más acuciantes de nuestra sociedad y, he de decir también, que es uno de los sociólogos, investigadores e intelectuales que más sigo y, sin duda, referente imprescindible, no sólo de nuestro país, sino de América Latina.

A la División de Ciencias Sociales y Humanidades (CSH) / UAM-I; quien resolvió a mi favor la "*Beca a proyectos de investigación en el extranjero*", con la que pude llevar a cabo mi trabajo de campo en la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (RTNC), que incluye a los países de El Salvador, Honduras y Guatemala, de octubre a diciembre de 2008.

A Roxana Martel, por su hospitalidad y, ayuda incondicional que posibilitó mi estancia como profesor huésped invitado en la Universidad Centroamericana, "*José Simeón Cañas*" (UCA), en El Salvador, así como, a Antonio Rodríguez, el padre "*Toño*", quien en todo momento dispuso de su

tiempo y, con paciencia religiosa, me fue introduciendo a los escenarios más complejos de la violencia / la muerte y, estuvo al tanto, en todo momento, de mi seguridad.

A los académicos e investigadores, de la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (RTNC), -El Salvador, Honduras y Guatemala-, que me cuidaron y acompañaron; ya que sin ellos /ellas, sencillamente no hubiese sido posible haber realizado los recorridos en las comunidades, en los barrios, las clínicas de remoción de tatuajes y, ni tampoco, llevar a cabo las entrevistas y el levantamiento fotográfico.

A los integrantes de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), quienes compartieron sus experiencias y sus preocupaciones desde su quehacer comprometido en el asunto de las violencias sociales y en la lucha por el respeto a los Derechos Humanos, en lo particular, de los integrantes tanto de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18), como de los afiliados a la Mara Salvatrucha (MS-13).

A las voces de los/ las líderes comunitarias, que aun con su *dolor social*, no han perdido las esperanzas en seguir trabajando para disminuir los climas de violencia y de muerte que asechan a sus barrios / a sus colonias / a sus hijos / hijas y a sus demás familiares.

A las / los jóvenes integrantes de las *clicas* de la *pandilla* del B-18 y de la MS-13, que se dejaron entrevistar y tomar fotografías, aún y con los climas “*calientes*”, en los que están sorteando sus vidas cotidianas en atmósferas de acoso, de represión y de exterminio.

Eric Hernández	(<i>Homies Unidos</i> , El Salvador)
Jovel Miranda	(“Generación X”, Honduras)
Luis Romero	(<i>Homies Unidos</i> / “El panzaloca”, El Salvador)

A las / los colegas, por su disposición al intercambio,

Ángela Giglia	Laura Loeza
Anne Reid	Luciana Ramos
Carles Feixa	Luis Reygadas
Carlos Garma	Manuel González Navarro
Carlos Monsiváis	María Eugenia Olabarría
Edgar Morín	Maritza Urteaga Castro-Pozo.
Federico Besserer	Martha de Alba González
Gabriel Medina	Miguel Ángel Aguilar
José Antonio Pérez Islas	Néstor García Canclini
José Manuel Valenzuela	Oscar Rapálo

Octavio Nateras Domínguez
Raúl Nieto
Ricardo Falomir

Rodrigo Díaz
Rossana Reguillo

En especial, a la Dra. Anne Reid, que desde su espontaneidad y sensibilidad de su mirada social, hizo que cayera en la cuenta del aspecto político de mi investigación; a la Dra. Martha de Alba, quien a partir de su cálido acompañamiento y de su insistente solidaridad que le caracteriza, hizo que saliera de mi letargo y escribiera ¡por fin!, el apartado del diseño metodológico en versión de artículo para revista.

A mis asistentes, ambos jóvenes; Arturo Hernández Valencia, siempre atento y preocupado, para que no se me olvidaran las múltiples tareas administrativo / académicas, en el trayecto de esta investigación y, sobre todo, por su paciencia infinita en la transcripción de las entrevistas y en el trabajo audiovisual ; a Michael Robert, interesada en los acontecimientos sociales de la condición juvenil, que en lo particular, estuvo también en los momentos más densos, no sólo en el quehacer de transcribir las entrevistas a profundidad, sino en la ardua tarea de sistematizar una diversidad de documentos impresos, las búsquedas en internet, junto con el material visual (las fotografías).

RESUMEN.

En este trabajo de investigación, se sitúan, debido a su importancia, los contextos políticos, sociales, económicos y culturales de América Latina en general y, de la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (RTNC), en lo particular, -que incluye a los países de El Salvador, Honduras y Guatemala-; como claves interpretativas, -lo macro-, a fin de comprender de mejor manera posible, la construcción de los imaginarios y de los climas, *del mercado de las violencias y de la muerte*, en las que son producidas las adscripciones identitarias (juveniles), -sujetos transnacionales-, de la *pandilla* del Barrio18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

El andamio teórico, se edificó, a partir de varias matrices conceptuales, a saber; la globalización / lo transnacional; las violencias sociales / las *culturas de las violencias*; las adscripciones identitarias / el estigma social; la construcción social del tiempo y la muerte, en su valor simbólico, como las más emblemáticas. Asimismo, se hace una aproximación para desmontar / de construir, términos como "*tribus urbanas*" y "*pandillas*" que están muy en boga cuando se alude a los agrupamientos juveniles, en tanto que en relación al primero, se ha vulgarizado su uso y, con respecto al segundo, su valor arrastra un sentido negativo, ya que recarga el estigma de los sujetos y de las adscripciones identitarias estigmatizadas como es el caso del B-18 y de la MS-13.

Intentamos construir una sencilla narrativa / relato, teórico / metodológico, de investigación antropológica, a partir de usar la etnografía multilocal / multisituada, con respecto a uno de los sujetos transnacionales, o actores sociales más visibilizados desde los discursos hegemónicos, mediáticos e institucionales (orales / visuales), a quienes se les ha edificado como los únicos responsables de las violencias sociales y de la muerte en sus regiones: nos referimos a la MS-13 y a la *pandilla* del B-18. Incluimos también, las voces de otros actores estratégicos; algunos académicos, ciertas organizaciones de la sociedad civil y, gestores comunitarios, de este entramado socio cultural.

Al mismo tiempo, doy cuenta de la vivencia de mi experiencia como investigador / etnógrafo (la parte subjetiva), a partir de objetivar mi lugar de la objetivación, de identificar, -hasta donde me fue viable-, mis angustias / miedos / fastidios y, reflexionarme, como otra categoría de análisis, que me permitió posicionarme políticamente como sujeto de la investigación que investiga a otros sujetos.

Este trabajo termina, haciendo una reflexión antropológica, con respecto a las tensiones y a los conflictos a considerar y a discutir desde los ejes teórico / metodológicos cuando se interviene en contextos marcados por la exclusión / las desigualdades sociales, la represión del Estado, la falta de respeto a las diferencias culturales, el actuar de los grupos de exterminio / limpieza social y; con sujetos transnacionales / sus adscripciones identitarias, al *límite*, *al borde*, el B-18 y la MS-13, en las que el mecanismo de las violencias y de la muerte, al menos en sus imaginarios, se utilizan con la idea de alcanzar la nivelación y la equidad social.



Fotografía, 7 de noviembre, 2008. Tegucigalpa, Honduras. Instituto Central, Vicente Cáceres, salón de clase.

0. Relatos iniciales.

*Está la belleza y están los humillados;
Por difícil que sea la empresa
no quisiera serle infiel
ni a los segundos, ni a la primera*
Albert Camus (s/f).

El sábado 15 de julio de 2000, fui invitado por el ex “*Podrido*” (Pablo Hernández), legendario integrante de la mítica banda juvenil de los *mierdas punk*, de la década de los años ochentas,¹ a un festival músico / cultural llamado: “*Paz en las Calles*”, llevado a cabo en el deportivo Alameda de Oriente (atrás del Aeropuerto Internacional de la Cd. de México). La finalidad de ese evento era contribuir a destensar los conflictos entre los agrupamientos de los “*cholos*”² de Ciudad Netzahualcóyotl, Estado de México. Llegué con el fotógrafo mexicano, Federico Gama quien estaba realizando un proyecto visual acerca de la cultura chola,³ él se dedicó a levantar imágenes fijas y, en mi caso, intenté realizar algunos contactos con los principales líderes de varias *clicas*, -secciones en las que se dividen-, para llevar a cabo posteriores entrevistas a profundidad, individuales como grupales. Tenía la sensación de estar en otro lugar, no en Cd. Netzahualcóyotl: me imaginaba una cultura transfronteriza, plástica y móvil, es decir, prácticas sociales de determinados agrupamientos juveniles no fijas a un lugar, o espacio geográfico, sino alimentadas o siguiendo una trayectoria de lo transnacional. De repente, escuchamos varios balazos: en ese momento se desató un enfrentamiento entre la *pandilla* de *La primera* y otra banda que los había retado. Saldo: un

¹ La historia de vida de Pablo Hernández, se puede leer en: “Pablo: Si soy o no soy punk”, en Carles Feixa, *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel, 1998, pp. 222-264.

² Grupo de jóvenes vinculados a *pandillas* y a los barrios populares, tanto en Estados Unidos de Norteamérica como en México (chicanos / mexicanos); socio culturalmente, descienden de los pachucos. Uno de los teóricos imprescindibles, sociólogo de formación y quien más ha investigado con respecto a la cultura juvenil de los “*cholos*”, es sin duda, José Manuel Valenzuela. Cfr. *¡A la Brava Ese! Cholos, Punks, Chavos Banda*, El Colegio de la Frontera Norte, México, 1988. “De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos”, en Feixa, Molina y Alsinet (coord.) *Movimientos Juveniles en América Latina. Pachucos, Malandros, Punketas*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 11-34.

³ Cfr. Pablo Hernández Sánchez y Federico Gama (2007), *Cholos a la Neza. Otra identidad de la migración*, IMJUVE, México, DF.

joven menor de edad herido, suspensión del festival y activación del mecanismo socio cultural de la venganza. El desaliento era total, el ex “*Podrido*”, entre triste y, muy enojado, maldecía a los *cholillos*. Yo me preguntaba: ¿Por qué la violencia intra adscripciones identitarias: cholos contra cholos? ¿Qué significaba la muerte para ellos y ellas?

El tiempo transcurrió y, a finales de noviembre de 2002, caminaba por las calles del barrio de las flores, en Ciudad Netzahualcoyótl, Estado de México, en ese entonces, hacia trabajo de campo circunscrito a un proyecto de investigación denominado: “*Identidades juveniles: cholillos, violencia y cuerpos marcados*”. Estaba por encontrarme, de nueva cuenta, con el ex “*Podrido*”, ahora convertido en empleado público y, gestor cultural; me había conseguido una entrevista con el “*viruta*”, líder “*cholo*”, perteneciente a la banda de “*La primera*”, la más temida de la zona. Mi interés era indagar acerca de los imaginarios de la vivencia de las violencias sociales de los “*cholillos*”,⁴ a doble vía; tanto la que una parte de ellos ejerce, como también la que padecen, es decir, desde su lugar de sujetos y de objetos de violencias, respectivamente. Me impactaron los relatos de asesinatos y lo que podríamos denominar como una “*cultura de la violencia*” que ha devenido, en ciertos casos, en una “*lógica de la muerte*”, tanto que ese día me entró el desaliento, los cuestionamientos académicos y éticos. Sin embargo, algo me quedó claro: tenía, al menos, dos temas de estudio de lo social y de lo cultural: las violencias y la muerte; útiles e infaltables, eso creo, cuando se trabaja acerca de las “*bandas culturales*” y, especialmente, con las “*pandillas industriales*”,⁵ (transnacionales), en los espacios urbanos como en los del encierro (las cárceles).

⁴ Hay una interesante hipótesis teórica de José Manuel Valenzuela quien considera que los “*cholos*” son los que le dan el rostro identitario a la “*mara*”. Cfr. “Pachomas (Pachuco-cholomara), Nortecos y Fronteras”, en Pérez, Valdez, Gauthier y Gravel (coord.), *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*, IMJ/Observatoire Jeunes et Société, México, 2003, pp.187-197

⁵ Las bandas culturales (darketos, hip hoperos, raves, góticos y cholos), se definen por sus prácticas sociales alternas, expresiones culturales divergentes, posturas políticas duras y sus acciones de ilegalidad son menores. En este sentido, una diferencia práctica es que las “*bandas culturales*”, no están definidas o controladas orgánicamente por el crimen organizado y, las *pandillas industriales* (transnacionales) sí: una especie de microempresas, cuya lógica es el negocio, el dinero, el poder, sin negar tampoco, aunque con menor visibilidad, sus prácticas sociales y manifestaciones culturales. Cfr. Sánchez, George B y Reynolds, Julia (2003-2004), “*La guerra civil de las pandillas mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí*” (2ª) “*Norteños: los hijos de Chávez*” y (3º) “*Un largo camino a Delano*”, en Periódico, La

Para octubre del 2004, participé en La Conferencia Internacional sobre *Jóvenes en situación de Riesgo*, en Monterrey Nuevo León, México; convocado por Hábitat / Programa de la Organización de las Naciones Unidas orientada al Estudio de los Asentamientos Humanos, junto con el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), Nuevo León. Coincidió en que para ese entonces, el asunto de las “*maras pandilleriles*” en Centroamérica, México y Los Estados Unidos, había cobrado tal visibilidad que se respiraba ya un miedo social desbordado y un saturamiento mediático. En esa ocasión, logré entrevistar a dos jóvenes ex integrantes del Barrio-18 (o, como ellos mismos se auto denominan: pasivos / calmados, -alejados de las violencias-); Luis Romero (“*Panzaloca*”), salvadoreño / fundador y miembro de los *Homies Unidos* de El Salvador y, Jovel Miranda, hondureño / de la asociación “*Generación X*”. Tanto el evento, como dichas entrevistas, fueron muy significativos para el replanteamiento de mi proyecto de investigación de posgrado en ciencias antropológicas; ya que ahora me definía abiertamente por indagar los imaginarios de las violencias y de las muertes en las adscripciones identitarias de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Los días 5, 6 y 7 de julio de 2005; varios colegas preocupados por desestigmatizar el asunto de la *pandilla*⁶ del B-18 / de la MS-13 y, con la intención de darle espacio a las diversas voces de la academia / de la investigación y de la gestión institucional / cultural; realizamos el coloquio internacional: “*Las Maras: Identidades Juveniles al Límite*”,⁷ con sede en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I), ciudad de México. Dicho evento fue

Jornada, suplemento Massiosare, No. 313 del 21 de diciembre de 2003. No. 314 del 28 de diciembre de 2003 y No. 315 del 4 de enero de 2004, respectivamente, México, DF.

⁶ Quizás el término *pandilla* sea de los más complicados e incómodos de usar, en tanto está muy cargado / saturado. *Pandilla* / *pandillero*, viene de la palabra en inglés *Gang* y, conlleva la idea o la representación de violencia, delincuencia / delincuente. Dicha terminología se desprende de los estudios de la Escuela de Chicago de los años treinta del siglo pasado. Lo interesante es que una parte importante del discurso de la academia / la investigación y, de los propios integrantes de estos agrupamientos, lo tienen tan incorporado que han reproducido dicho término en los estudios contemporáneos de las identidades juveniles y en las autodefiniciones o identificaciones de sí, con todo lo desvalorativo que eso significa. Trataremos, en la medida de lo posible, sustituirlo por: *homies* (amigos); *palomilla* (grupo de cuates); *banda* -cultural- (agrupamiento de amigos / carnales), e incluso hablaremos en algún momento de *comunidades de jóvenes / juveniles*.

⁷ A partir de dicho evento se publicó el libro respectivo; Valenzuela, Nateras y Reguillo (Coord.) *Las Maras. Identidades Juveniles al Límite*, UAM-I, El COLEF y Juan Pablos Editores, México. 2007.

organizado por José Manuel Valenzuela, de El Colegio de la Frontera Norte (El COLEF); Rossana Reguillo, del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO); José Antonio Pérez Islas y Mónica Valdez, del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ); y Martín Iñiguez, del Instituto Nacional de Migración (INM). Para mí, este coloquio fue determinante, ya que me abrió la perspectiva de la importancia de situar los contextos (políticos, económicos, sociales y culturales), a partir de los cuales se han producido y construido estas adscripciones identitarias (juveniles). Al mismo tiempo, ya aparecía en la discusión lo relacionado a la implementación y a los impactos de las políticas de Cero Tolerancia, de los Planes de Mano Dura y de las Leyes Antimaras, como estrategias de represión del Estado y de sus instituciones, dirigidas en lo particular, contra estos agrupamientos; para enfrentar los climas de violencias y de la inseguridad / seguridad, ciudadanas.

A finales de noviembre de 2005, recibí una llamada telefónica de un colega, avisándome que integrantes de *Homies Unidos* de El Salvador, estaban nuevamente en la ciudad de México: venía Luis Romero ("*Panzaloca*") y "Eric", Heriberto Henríquez, -actualmente privado de la libertad, acusado de homicidio-. Los invité a cenar a un café de chinos por el metro Hidalgo y aproveché para entrevistarlos: la conversación versó en relación a la situación de los jóvenes integrantes del Barrio-18 y de la MS-13, con respecto a las cárceles / las violencias / la muerte / la persecución. De regreso a mi casa, confirmé que, no sólo tenía que indagar a profundidad acerca de estas adscripciones identitarias, sino de la particular construcción de los imaginarios de las violencias sociales y de la muerte, en varios espacios; la calle, el barrio y el encierro, -las cárceles-. También me inquietaban los sucesos en los que la violencia iba dirigida hacia ellos, junto con el silencio de los medios masivos de comunicación, es decir, el lugar en el que estaban siendo colocados: objetos de las violencias de muerte.

En agosto de 2006, suena mi teléfono y, era Luis Romero, quien acababa de llegar al Distrito Federal, México, para participar en la presentación del libro recién publicado del periodista Marco Lara, "*Hoy te toca la muerte*", Planeta, México (2006) y, me pedía, -situación inusual que le suceda a uno como etnógrafo-, que lo entrevistara, ya que había asuntos muy delicados que

deseaba compartirme. Después de los brindis, nos escabullimos a cenar a una taquería en la calle de Centenario, en el centro de Coyoacán, donde platicamos ampliamente de la situación de las adscripciones identitarias de la *pandilla* del B-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13), en Centroamérica (El Salvador, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica). Al despedirnos, quedé comprometido con Luis Romero, de ir preparando un viaje a El Salvador, en fecha próxima; intuía y empecé a vislumbrar la necesidad académica y de investigación, de realizar el trabajo de campo en Centroamérica, en lo particular en la conocida Región del Triángulo del Norte Centroamericano (RTNC), que incluye a los países de: El Salvador, Honduras, Guatemala y, extender el análisis hacía varios actores, no sólo los integrantes de las *clicas* del B-18 y de la MS-13, sino también, a las organizaciones de la sociedad civil, los académicos / investigadores y, a líderes comunitarios.

El 21 de junio de 2007; estaba impartiendo una conferencia que le denominé: “*Etnografías al límite; espacios del encierro y sujetos transnacionales*”, dentro del Coloquio; Prácticas Etnográficas y Geografías Urbanas,⁸ cuando la Dra. Anne Reid, me preguntó y cuestionó acerca del aspecto político, -no visibilizado, o asumido-, de mi relato etnográfico de investigación. Interrogante crucial; ya que posteriormente me llevó a reflexionar acerca de mi implicación y de mi posicionamiento con respecto a mis sujetos / objetos de la indagación. Aspecto que me condujo a tener más claridad en relación a ubicarme como sujeto que investiga, a los sujetos de la investigación, es decir, partir y reconocer mi parte subjetiva, e incluso de considerarme un dato valioso como etnógrafo en el entramado del proceso de la observación que observa determinados escenarios sociales / manifestaciones culturales y actores específicos.

Para el año de 2008, logré tener más precisión en relación a mis intereses e intenciones en la investigación y, en tanto que el B-18 y la MS-13, son un asunto muy complejo y, significativo; ya que nos dan varias claves interpretativas, para entender de mejor manera, ciertos entramados de la crisis de la modernidad / del proyecto neoliberal, así como del debilitamiento del

⁸ Tal evento se llevó a cabo en la UAM-I, organizado por el Cuerpo Académico: Espacio, Imaginarios y Poder, bajo la coordinación del Dr. Miguel Ángel Aguilar Díaz, los días 21 y 22 de junio de 2007.

Estado (benefactor) / su paulatino desdibujamiento: “*Las violencias de la muerte, en sujetos trasnacionales; el caso de los homies del Barrio18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13)*”.

Vale decir que son escasos los trabajos reportados en relación a estas adscripciones identitarias en nuestro país: los ámbitos disciplinares que más prevalecen tanto en la reflexión teórica como en la investigación empírica, son los de la sociología, la comunicación y la psicología clínica. Asimismo, se está en una etapa inicial de reflexión teórica, de diagnóstico, e incluso, en ciertos casos, la intención es realizar posteriores intervenciones sociales o desde la agencia / la gestión cultural para el diseño de políticas públicas en prevención de las violencias. En estas lógicas, la importancia de esta indagación estriba en que se construye una narrativa desde la mirada de la antropología (social) y se exploran algunos aspectos simbólicos de las violencias de las muertes no trabajados aún con suficiente claridad, como podrían ser: el poder, la crueldad y lo absurdo.

Así, el *planteamiento del problema*, o *las preguntas* que diseñé y que fui modificando en el quehacer de la investigación, fueron centralmente dos; *la primera*: ¿Cómo se construyen las violencias y la muerte asociadas a las adscripciones identitarias de los *homies* del Barrio18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), en la RTNC?; y *la segunda*: ¿Por qué se da el escalamiento de las violencias que llevan, en algunos casos, al aniquilamiento identitario de los otros, es decir, a la muerte, tanto en los espacios de la calle como en los de la cárcel?

En este tenor, mi hipótesis teórico/conceptual se basa en la idea de que la violencia extrema y, la muerte, se convierten en organizadores o articuladores culturales adscritos a estos agrupamientos, es decir, estas situaciones están presentes y re articulan el proceder de la vida cotidiana y de las relaciones sociales asimétricas de poder entre éstos agrupamientos (de jóvenes), en la calle como en el encierro y, también, con respecto a los cuerpos de seguridad del Estado y de los diversos profesionales de las violencias y de la muerte que están implementando la limpieza social contra ellos (léase, exterminio: en Honduras, El Salvador y Guatemala). Asimismo, considero que

las violencias operan, en el imaginario de las clicas de estos agrupamientos, como un mecanismo, a fin de alcanzar cierta nivelación y equidad social.

Aunque ligado, hay una diferencia entre las violencias sociales y la muerte, en el entendido de que las violencias tienen que ver con el uso de la fuerza física o emocional que no necesariamente llevan a la muerte del otro; sea en lo individual, o en lo colectivo. Por el contrario, la muerte implica, no sólo el aniquilamiento físico (su materialidad), sino la intención de borrar la referencia identitaria grupal del otro a quien se asesina, o mata (lo simbólico), es decir, al parecer se trata de una suerte de limpieza “*grupal*” entre *clicas* transnacionales, donde aparecen aspectos como la venganza, (*vendettas* de sangre)⁹, la crueldad o la barbarie. Al mismo tiempo, se está ante la implementación de las políticas represivas, -el uso político- y, la limpieza social que están enfrentando estos agrupamientos como otra manera imaginada de desaparecerlos en tanto adscripción (juvenil) identitaria: “*incómodas*”, o “*desechables*”.

En el primer trimestre del año de 2008, como profesor / investigador de tiempo completo de la UAM-I, convoque para la “*Beca de Investigación Bibliográfica en el Extranjero*”, la cual me fue otorgada y, los meses posteriores, prácticamente me dedique a tejer una serie de vínculos con los colegas y las instituciones de Centroamérica que me permitieran llevar a cabo, mi estancia en El Salvador, para los fines de mi investigación doctoral.

Comparto con los lectores, las siguientes notas de mi diario de campo (NDC):

Sábado 18 / octubre / 08.

Finalmente llegó el día y el tiempo: viaje a El Salvador como profesor huésped invitado de la Universidad Centroamericana (UCA), “José Simeón Cañas” (...) esto ha sido posible por las gestiones que la Mtra. Roxana Martel (...) realizó a mi favor como miembro del Instituto Universitario de Estudios de Opinión Pública (IUDOP): me consiguió alojamiento con descuento y todo en la casa de huéspedes de la

⁹ Una característica del grupo de los “*cholos*” y de “*las maras*”, es el asunto de la venganza institucionalizada que se da entre ellos. Al parecer, no hay más mediaciones para dirimir los conflictos. Al respecto, reflexiono en *las vendettas de sangre* de la tribu africana de *Los Nuer* como una forma de lucha intertribal cuya función es mantener el equilibrio estructural entre las tribus opuestas, es decir, la violencia sigue reglas, códigos y es mediada por un personaje central: el jefe piel de leopardo. Cfr. E.E Evans-Pritchard, *Los Nuer*, Anagrama Barcelona, 1977, cap. IV.

Universidad. Por cierto, Roxana dirige la Coalición Centroamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil (CCPVJ).

Estoy un poco inquieto ya que sé que El Salvador es el país más violento de América Latina y además la situación de las maras y de las pandillas está muy difícil, a decir de los colegas Salvadoreños: “muy caliente”.

La idea con respecto a la investigación que estoy corriendo es recopilar información lo más actualizada posible en relación a la situación de las maras, la pandilla, la violencia, la muerte y las cárceles. Levantar imágenes fijas (fotografía), quizás algunas entrevistas con maras y pandillas (Barrio 18) y, más que nada, con los equipos de investigación e intervención; ya sean universitarios, o de las asociaciones civiles (...)

Anécdota de viaje: Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, revisan mi equipaje, ven los libros de “Maras. Identidades Juveniles al Límite”, un guarda me pide el pasaporte y lo coteja con la portada del libro para ver si coincide con alguno de los coordinadores, se acerca el sub-oficial y me pide si le puedo vender un libro, por discreción, me lleva a un privado, me dice que él está muy interesado en esos temas, me solicita que se lo dedique, me da 200 pesos y al final se lo regalo (después que iba caminando a la sala de espera pensé que con ese dinero me hubiese alcanzado para beber dos whiskies con todo y propina, ni hablar).

En la sala de espera me encuentro con Antonio Rodríguez, el padre Toño, (pasionista, español, viviendo desde hace años en El Salvador y con trabajo comunitario amplio / reconocido con la mara y la pandilla, además ha sido premiado varias veces). Conversamos y quedamos que lo buscaría posteriormente para que me haga un recorrido en el barrio de mejicanos y mostrarme los proyectos que llevan a cabo (como la clínica para quitar tatuajes, por ejemplo).

Llegué al Salvador y los colegas, por discreción y, para no tener dificultades, me recomiendan cubrir mis tatuajes utilizando camisas de manga larga, ya que puedo ser confundido por mara y ser detenido (soy moreno y ando con el pelo muy corto). Además, está ligado con los prejuicios y los fuertes estigmas de una parte de la sociedad salvadoreña que por cierto es muy conservadora.

0.1 Coordenadas para una cartografía de lectura.

En el capítulo I, llamado: *Los contextos / los textos: desigualdades (sociales), diferencias (culturales): América Latina y sujetos (jóvenes) transnacionales*; se abre una discusión crítica, en torno a repensar la importancia de los contextos sociales y culturales (lo geopolítico). No se trata de avalar un determinismo social, económico o cultural, sino de establecer las interrelaciones posibles entre lo que Néstor García Canclini (2004), denomina las desigualdades sociales, a un nivel de análisis macro social y, las diferencias culturales, a un nivel de análisis micro social. Se hace un acercamiento a los

procesos de globalización y de lo transnacional, en América Latina y en Centroamericana, siguiendo las propuestas de Martin Hopenhayn (2005), con respecto al sector de los jóvenes. Aunado a lo anterior, se ubican las condiciones sociales del deterioro urbano en el que se encuentran una gran parte de los jóvenes latinoamericanos, así como de los climas de violencias y de vulnerabilidad, de los jóvenes salvadoreños (ENJ, 2007).

El capítulo II, *América Latina / la región de Centroamérica: ¿El mercado de las violencias y de la muerte?*; se aborda uno de los temas más álgidos de nuestras sociedades contemporáneas y, en especial, lo que corresponde a América Latina y a la región de Centroamérica: las violencias sociales y la muerte. Para ello, situamos los entramados sociales que abonaron en su gestión, discutimos ampliamente el concepto de violencias y lo anclamos en el terreno de la cultura, es decir, en las coordenadas de *lo cultural de las violencias sociales* (lo simbólico). Al mismo tiempo, se articulan las violencias en la que los sujetos jóvenes, aparecen como sujetos de (victimarios) y objetos de (víctimas). Por lo que cobra importancia reflexionar acerca de lo que hemos denominado: *el más allá de las culturas de las violencias sociales*, es decir, en torno a la cultura de la paz y a las estrategias a fin de hacer frente a esas violencias.

En el capítulo III, denominado, *Adscripciones identitarias (juveniles): conflicto en la calle y la cárcel: los cholos, la pandilla del B-18 y la MS-13*; se ubica al espacio urbano y al de las cárceles, como los sitios privilegiados donde se dramatizan de mejor manera los conflictos y las tensiones socioculturales de éstos agrupamientos (juveniles) adscritos a lo que se denomina como las *“bandas (culturales)”* y *“las pandillas industriales” transnacionales*. Se lleva a cabo un bosquejo siguiendo las trayectorias que van de los *“cholos”*, hacia los *homies* del B-18 y la MS-13, es decir, realizamos una descripción marcando similitudes / diferencias entre tales agrupamientos, en sus mecanismos / los accesorios culturales / las ritualizaciones / el uso de la alteración de los cuerpos, además se enfatiza la importancia de su representación en los espacios urbanos y de la cárcel como un mecanismo simbólico de poner en escena el poder.

En el capítulo IV, *La caja de herramientas teóricas*; el eje de discusión, está armado, a partir de varias matrices conceptuales, a saber: el término de estigma social (Goffman, 1993); las culturas, pos, cofi y pre figurativas, -el tiempo social, o los abismos generacionales-, (Mead, 2002) y, el de “*tribus urbanas*”, o “*neotribalismos*” / “*comunidades emocionales*”, (Michel Maffesoli, 1998). Tal andamiaje teórico, lo pongo a prueba, en cuanto a su utilidad / rentabilidad y, a su potencia de explicación / de comprensión, con respecto a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13.

En el capítulo V, *De los mapas teóricos, a los territorios metodológicos; ¿el investigador: dato etnográfico?*; planteo el requerimiento de reconocer la parte subjetiva de uno como antropólogo, por lo tanto, realizo un ejercicio encaminado a objetivar al sujeto de la objetivación, siguiendo la propuesta de Bourdieu (2003); ligado con mi lugar de observador que observa a los sujetos de la investigación, las ansiedades / los miedos, (Devereux, 1994) y, siendo consciente de mi lugar, o posicionamiento (Haraway, 1991), en la construcción de conocimientos y de saberes, -lo político-, en relación a las violencias sociales.

En el capítulo VI. *Pensando el hacer: narrativas del dispositivo metodológico*; doy cuenta del diseño del método y de la metodología, -el tipo de estudio / el muestreo y, los principales escenarios; El Salvador, Honduras y Guatemala-, a partir de los cuales llevé a cabo la investigación antropológica. Asimismo, visibilizo lo que he denominado como *la teoría de la técnica*, es decir, la manera en que reconstruí los discursos orales (diario de campo / la entrevista a profundidad / análisis de noticias periodísticas) y, las narrativas visuales (la fotografía), con respecto a las violencias de la muerte.

En el capítulo VII, *Análisis e interpretación de los datos: las etnografías*; tal análisis lo llevé a cabo, en base a la propuesta de combinar una matriz categorial (las de la jerga común, -del hablar cotidiano-; las especiales, -de las disciplinas correspondientes- y, las teóricas; -que emergen del relato de los actores-), (Ruiz, 1996); las cuales crucé, por cada uno de los países (El Salvador, Honduras y Guatemala), con las voces de los principales actores y de los sujetos de esta trama social del *mercado de las violencias y de la*

muerte, -académicos e investigadores; organizaciones de la sociedad civil; gestores comunitarios; e integrantes del B-18 y de la MS-13-.

En el capítulo VIII, *Discusión (a manera de conclusiones)*; señalo determinadas tensiones y conflictos, teórico-metodológicas, a reflexionar y considerar, cuando se investiga, o se interviene, en ambientes y en atmósferas de alto riesgo, *-las violencias de muerte-*, a la luz de los sujetos estigmatizados (Goffman, 1993), del tipo adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13; así como el lugar político y el posicionamiento del etnógrafo en la construcción de saberes.



Fotografía de *cholos* mexicanos, Ciudad Netzahualcóyotl, Estado de México. Julio de 2000.



Fotografías: zonas pobres / ricas, de El Salvador, 25 de octubre, 2 y 15 de noviembre de 2008.

CAP.1.

Los contextos / los textos: desigualdades (sociales) / diferencias (culturales): América Latina y sujetos (jóvenes) transnacionales.

(...) se vuelve evidente la importancia de contar con leyes y políticas que garanticen el ejercicio de la diferencia en espacios urbanos, en las migraciones nacionales e internacionales, en el reconocimiento universal de derechos
(Néstor García Canclini)¹⁰

[...] Vine a Los Ángeles en 1979. Casi no había niños salvadoreños [...]. Estando en la secundaria, donde sólo había güeros, empezaron a llegar salvadoreños que también se habían ido por la guerra. Se asociaron para defenderse de todo lo que yo también andaba huyendo: la discriminación, la soledad, el miedo. Y a este grupo le llamaron la Mara Salvatrucha. No tenían miedo de expresarse (...) de nada. Me gustó. Me sentí orgulloso. Pertenecía a una pandilla salvadoreña. Dije: ésta es mi gente.
(Alex Sánchez, Fundador de la Mara Salvatrucha (MS-13), en Los Ángeles California)¹¹

Uno de los aspectos que aparece en la discusión teórico / metodológica en ciencias sociales y humanas, es en relación a la importancia de los contextos,¹² a fin de explicar y de comprender, de la mejor manera posible, determinados fenómenos, prácticas sociales y manifestaciones culturales de los sujetos y, en este caso, de los actores juveniles. Esto no quiere decir que se avale el retorno del determinismo, sea de cualquier tipo, por el contrario, interesa privilegiar los procesos, tejer las articulaciones necesarias y pertinentes, con la parte subjetiva de la vida social de los jóvenes y, en especial, con lo que podríamos denominar los sujetos transnacionales agrupados en las *clicas* (juveniles) del Barrio 18 (B-18) y de la Mara

¹⁰ García Canclini (Ob, cit, 2004: 55).

¹¹ Extracto de entrevista retomada del periódico Reforma, 18 de julio de 2005. Reportero, Luis Enrique Pacheco. *Testimonio. "Al principio no había violencia"*. Sección 4A Nacional. México, DF.

¹² Los contextos, en términos amplios, los vamos a conceptualizar como un lugar o territorio geográfico, social y temporal, es decir, histórico. En palabras de la socióloga, Laura Loeza: "*Es preciso concebir el contexto como espacio geográfico temporal, donde ocurren las interacciones sociales que influyen sobre las actitudes y las percepciones de los individuos*" (Loeza, 2008: 53).

Salvatrucha (MS-13).¹³ Se trata (y, esta es una de las claves hermenéuticas para la investigación e intervención social / antropológica), de enlazar o de conectar los mundos simbólicos, es decir, ligar las etnografías densas, con los contextos sociales / económicos / políticos, a que haya lugar y, que se asemeje al movimiento de un péndulo: entre lo macro y lo micro, es decir, mostrar la dureza de los datos estadísticos (lo cuantitativo) y la expansión de la mirada etnográfica (lo cualitativo); hacia estudios “meso”.

Considero que los rostros de los contextos que más sobresalen, teniendo como escenario a América Latina, son con respecto a la globalización neoliberal, lo transnacional, las ciudades mundializadas, las sociedades del conocimiento, la exclusión y las desigualdades sociales, las violencias y sus diversos matices, los procesos migratorios / inmigratorios, las identidades sociales, las inequidades de género, lo multi e intercultural, la construcción de ciudadanías, los “nuevos” movimientos sociales, el poder del crimen organizado (el narcotráfico), el uso social de drogas, el miedo social, la seguridad ciudadana / inseguridad pública, la condición juvenil y las “*pandillas transnacionales*”.

Quizás estos rostros que devienen en escenarios se puedan releer como una clara expresión de las tensiones sociales y de los conflictos culturales que estamos viviendo, con resultados nada favorables para el grueso de la población y, especialmente, en lo que atañe a los sectores más vulnerables: los niños, los jóvenes, los ancianos y los indígenas de las zonas periféricas de las ciudades urbanas. Dentro de estos escenarios; uno de los más complejos en sí mismos, es la desigualdad que conlleva varias extensiones como podría ser lo relacionado con la exclusión social. La desigualdad, en términos amplios, marca la historia de América Latina y de nuestras sociedades contemporáneas; los casos singulares de México, El Salvador u Honduras, por citar tan sólo a estos países, son de los más reveladores.

¹³ Es importante aclarar que actualmente, en estas adscripciones identitarias, no todos sus afiliados son jóvenes y, esto se explica en virtud del tiempo social, es decir, algunos ya se hicieron adultos, por lo que se requiere (y, proponemos), hacer un cohorte generacional al interior de éstos agrupamientos; ya que creemos que coexisten hasta tres generaciones; la *primera*, que van entrados en los 30 años y, se acercan a cumplir cuarenta o más; la *segunda*, se sitúan, más o menos, entre los 24 / 26 / 28 años de edad y; la *tercera*, corre de los 10 / 12 / 14 / 16 / 22 años.

Desde los territorios de la Antropología Social, podríamos señalar que sus preocupaciones han variado, como las de todas las otras ciencias, a partir de determinados acontecimientos sociales y políticos que van delineando e influyen en ciertas temáticas, tendencias, escuelas, tradiciones, líneas de investigación y estrategias de intervención, como bien lo dice Luis Reygadas (2007), si en la década de los setentas, el paradigma al que se recurrió para analizar la desigualdad social fue el marxismo, en los ochentas no interesaban los aspectos culturales de esa desigualdad, e incluso, en los noventas, los temas de la explotación desaparecieron de las preocupaciones públicas, académicas y, -agregaríamos-, también fueron perdiendo fuerza las estrategias de intervención para incidir en esas desigualdades sociales.

Es en la década de los noventas (y, lo que va del Siglo XXI), que se da al interior del pensar y del quehacer de la Antropología Social, lo que se conoce como el giro cultural y la efervescencia de lo multicultural enfocado a marcar las diferencias culturales de ciertos agrupamientos o sujetos sociales, como por ejemplo; el de las *culturas indígenas* / el de las *culturas juveniles*.¹⁴ Tal situación llevó a una parte de la etnografía a encerrarse en sí misma, es decir, ciertas descripciones densas (lo simbólico) (lo subjetivo), muy bien elaboradas y construidas, carecían de articulación o interconexión con los aspectos económicos, políticos / sociales de la época, e incluso, de lo regional, o dicho de otra forma; no aparecían los contextos que le daban sustento a la acción de los sujetos, o a los actores sociales.

En realidad, Reygadas (2007), establece una crítica al giro culturalista en Antropología y sitúa la temática de la desigualdad social como uno de los problemas más significativos y persistentes en nuestras sociedades contemporáneas (y, latinoamericanas); entendida como construcción que inevitablemente remite a situaciones asimétricas de poder. En palabras del autor (2007: 347): "*Hoy estamos en mejores condiciones para entender que la desigualdad no sólo es resultado de la distribución dispereja de los medios de producción, sino que también es producto de una construcción política y*

¹⁴ El antropólogo, Carles Feixa, define el concepto de *culturas juveniles* desde dos vertientes: *una*, de forma amplia como la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes se manifiestan grupal o colectivamente y, la *otra*, en un sentido más restringido que alude a la emergencia de las "micro sociedades juveniles". Al respecto revisar su texto: *El Reloj de Arena. Culturas Juveniles en México*, SEP / CAUSA JOVEN / CIEJ, México, 1998.

cultural cotidiana, mediante la cual las diferencias se transforman en jerarquías y en acceso asimétrico a todo tipo de recursos.” Queda claro que Reygadas apunta a una relación entre la diferencia cultural y el derecho a la equidad social, es decir, una igualdad que garantice similares oportunidades (de salud, laborales, educativas, recreativas, económicas); aunado a las condiciones de bienestar real como simbólicas para todos y todas.

En estas lógicas discursivas, es inevitable no establecer una sencilla discusión entre lo multicultural y lo intercultural en el entendido de que existe una diferencia importante entre ambos conceptos. El primero alude a la coexistencia múltiple, sin tocarse, de las culturas, es decir; están yuxtapuestas y, el segundo, se ubica en situaciones de trueque cultural, es decir, la regulación de intercambios, materiales y simbólicos, incorporando las tensiones y los conflictos entre los distintos agrupamientos, colectivos y comunidades. De ahí que vale preguntarse, de nueva cuenta, por la importancia de una mirada intercultural en función de las diversas prácticas sociales y, más que nada, para la elaboración de políticas públicas encaminadas a incentivar la igualdad intercultural que propicien comunicación y lazos entre grupos diferenciados, sin borrar o negar las tensiones y los conflictos que pudiesen suscitarse (Por ejemplo, entre los grupos juveniles circunscritos a los procesos migratorios transnacionales, “*cholos*” / “*maras*” y, de éstos, con las adscripciones identitarias locales).

García Canclini (2004), al discutir el concepto de la interculturalidad señala que se estructura a partir de tres procesos: las diferencias (en el ámbito cultural), las desigualdades (en lo social) y la desconexión (en los sistemas de comunicación). Tal propuesta es interesante, ya que a través de las diferencias se pueden pensar las prácticas sociales de determinados agrupamientos o comunidades como lo podrían ser las indígenas e incluso las *culturas juveniles* en los espacios urbanos que remite a la disputa a no ser violentados por ser diferentes (“cholo”,¹⁵ “ráve”,¹⁶ “fresa”¹⁷), es decir, se trata de la lucha por el

¹⁵ Los “*cholos o cholillos*”, son jóvenes mexicanos de cultura de frontera que llegan a Los Ángeles California por la década de los 40s y se conforman en *bandas* juveniles como una manera de resistir políticamente a la exclusión y a la discriminación racial.

¹⁶ Los *raves* son jóvenes que consumen música tecno o electrónica, su expresión es más musical, aunque también son defensores de la paz, de la armonía, de la ecología, el respeto a las diferencias culturales, sexuales, políticas y, de las minorías, sean estas cuales fuesen.

reconocimiento de los derechos ciudadanos, en este caso, de los jóvenes urbanos globalizados y transnacionales.

En este sentido, estaríamos hablando de construcción de ciudadanías (en el caso que nos ocupa, las juveniles), más universales y equitativas, a fin de no quedarse solamente en la proclama y en la defensa de las diferencias culturales. Por ejemplo, el capital se globaliza, lo que no lo hace, es la fuerza de trabajo / la mano de obra; por lo cual, no se reconocen los derechos del trabajador migrante, principalmente jóvenes, en este sentido, prácticamente no existen como ciudadanos en el país de llegada, su lugar social, en una gran parte de los casos, son como “*ilegales*” / “*invisibles*”. Lo importante de este planteamiento es que la reivindicación de las diferencias culturales del agrupamiento del que se trate (sea étnica, de los sectores juveniles, de las bandas o *pandillas transnacionales*), no está desligado de la aspiración por reducir las desigualdades sociales del grupo correspondiente.

Considero que tanto la perspectiva multicultural e intercultural, hay que situarlas dentro de varios ejes de análisis que contemplen los procesos de la globalización e incluso de lo transnacional. La globalización refiere a los procesos sociales, los económicos, los políticos, los culturales y los demográficos que se llevan a cabo entre las naciones del mundo, en otras palabras, estamos ante la intensificación de las relaciones sociales que conllevan a la interdependencia, por lo que los acontecimientos nacionales, entendidos como regionales o locales, son influidos por sucesos que se dan en otros espacios, tiempos y tierras muy lejanas. En lo que atañe a lo transnacional, se traslapa con la globalización, ya que es un término más limitado y solamente trasciende a una o más naciones, en el entendido de que alude a la idea de Estado-nación; los aspectos relacionados con lo territorial, lo social y las culturas están referidos a ciertas naciones y no a todas en el sentido universal (Por ejemplo: las violencias y las *pandillas* están interconectadas, entre las *clicas* de Centroamérica; sean del Barrio 18 (B-18), o de la Mara Salvatrucha (MS-13), con respecto a las del Este de los Ángeles California, en los Estados Unidos de América).

¹⁷ Regularmente son jóvenes con alta solvencia económica, asisten a escuelas privadas, preocupados más por estar a la moda, viajar, vivir o trabajar en el extranjero.

El concepto de la globalización es más abstracto, no hay una referencia particular a una nación, sino en todo caso, implica a las naciones en su totalidad, por lo que una de sus cualidades es que tiene que ver con lo mundial. Por el contrario, el término de lo transnacional, al estar anclado a la idea del Estado-nación, sus dimensiones más importantes están ubicadas y son trazadas en el proyecto de lo cultural y de lo político (Kearney, 1995).

Siguiendo con esta discusión, Robert Courtney (2006:17), hace una clara diferencia entre los procesos transnacionales y la globalización marcando un nuevo elemento, la migración, en el entendido de que la transnacionalización: “(...) implican a poblaciones migrantes y estados nación específicos y los procesos globales (...) implican cambios económicos, institucionales, culturales y de otros tipos que reconfiguran el poder en una escala mundial”. Aquí lo que destaca, al parecer, es que entre la globalización y lo transnacional hay una diferencia basada en el nivel de la escala para el análisis de lo social y de lo cultural. Si esto es así, podríamos señalar que una de las cualidades de los procesos de la globalización y de lo transnacional, son la emergencia en los espacios urbanos y en los tiempos sociales de las ciudades de los mecanismos de lo multicultural y de lo intercultural.

Es claro entonces que la globalización neoliberal en el ámbito económico y cultural, ha generado una fragmentación de la vida social, lo cual conlleva a la multiplicidad en la emergencia de un sinnúmero de agrupamientos con toda la gama identitaria que implica y, cada vez más, tienden a diversificarse. De ahí que una de las vertientes de la globalización económica que más presencia ha adquirido, real como simbólicamente hablando, es la migración, en especial la de los adolescentes y la de los jóvenes latinoamericanos¹⁸ suscitando fenómenos como los de la transnacionalización de las “*pandillas juveniles*” (adscripciones identitarias).

Al expandirse los procesos de globalización económica, lo cual quiere decir que el capital domina, es decir, importa más tener cosas del mundo que

¹⁸ Una diferencia didáctica entre el concepto de adolescencia y de juventud, estriba en que la adolescencia es una edad biológica y, la juventud, una edad social. Para una discusión más amplia de cómo se fueron construyendo ambos conceptos en las ingenierías académicas, Cfr. Alfredo Nateras, “Los Trazos de lo emergente juvenil urbano”, en Salvador Arciga *et al.* (eds.) *Del pensamiento social a la participación. Estudios de Psicología Social en México*, SOMEPSO / UNAM / UAM / UAT / México.2004, pp., 249-269.

ser y, estar en el mundo, las culturas locales entendidas como las culturas nacionales, tienden a internacionalizarse o como lo refieren algunos antropólogos, a transnacionalizarse, esto conlleva a visualizar que las grandes ciudades del mundo se interconectan, tanto en Occidente como en América Latina, junto con sus prácticas de vida cotidiana, sus acciones y expresiones sociales, posturas ecológicas, vicisitudes políticas y las características del consumo cultural de sus ciudadanos.

Lo central y lo relevante a destacar de lo transnacional es lo que atañe a los grandes flujos migratorios y en los cuales muchos jóvenes latinoamericanos, hombres como mujeres, están implicados y, en desventaja social, con respecto a sus derechos humanos, o a lo que podríamos denominar como la disputa de su ciudadanía cultural como latinos, en relación al país de llegada. Sin duda, la migración, es uno de los fenómenos sociales y culturales que están recorriendo el mundo, -los otros son el racismo, el narcotráfico, las violencias, la pobreza y el uso social de drogas-. Dicho lo cual, a partir de los flujos migratorios se pueden entender a profundidad los procesos de transculturalización en los que están inscritas varias adscripciones identitarias juveniles como el caso de los “*cholos*”, (Valenzuela, 1988, 2002), en tanto son ya considerados una cultura juvenil de frontera, junto con los *homies* del Barrio 18 (B-18) y la Mara Salvatrucha (MS-13), cuyos orígenes se dieron en USA y mantienen vínculos / comunicación, con los agrupamientos, o las *clicas* correspondientes, de sus países de origen (El Salvador, Honduras y Guatemala).

Lo importante es que éstos jóvenes transnacionales no pierden su conexión y relación afectiva con su tierra o patria de origen, es decir, los “*cholos mexicanos*” que viven en California, USA y en otras ciudades norteamericanas, mantienen el vínculo con México y, viceversa, los que están de este lado nacional, aún sin conocer California, o los Estados Unidos de Norteamérica, sostienen relaciones fuertes con los “*cholos*” de allá y, el otro caso revelador, la “*Mara Salvatrucha*” (MS-13) y la *pandilla* del “*Barrio XVII*”, asentadas en el país de llegada, USA, siguen enraizadas a sus patrias de origen, insertos en flujos de comunicación, por lo regular, vía ciberespacio, internet / web camera y telefonía celular.

Estas adscripciones identitarias (juveniles) de las *pandillas transnacionales*, son las que mejor hacen visible el desdibujamiento del Estado y, expresan crudamente y, sin concesiones, los rostros del descontento y de la molestia social a través de sus diversas prácticas y de sus múltiples expresiones culturales en tanto que desnudan las tensiones y las contradicciones, no sólo en las que ellos / ellas viven, sino en las que vivimos la mayoría de nosotros, al mismo tiempo, dan cuenta de los procesos de globalización desiguales, en los que son los más excluidos de las supuestas bondades del desarrollo económico y social de la modernidad y, como uno de sus recursos imaginados, utilizan el ejercicio de las violencias sociales, a fin de alcanzar la equidad, o llevar a cabo cierta nivelación social.

Lo importante a reflexionar es con respecto a la emergencia de las *bandas culturales*, (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), o de las *pandillas* (juveniles) transnacionales que también hablan de la interculturalidad en la que se encuentran nuestras sociedades latinoamericanas, donde el reto es construir los mecanismos necesarios a partir de los cuales haya un indeclinable respeto a la diferencia cultural al otro u los otros, distintos y, diferentes a uno, como a aspirar y a acceder a condiciones materiales de vida menos desiguales.

Lo sustancial de estos grupos, en su diversidad cultural en las prácticas sociales; en el diseño de sus estéticas corporales (tatuajes / perforaciones); en sus formas de participación -o no- en lo político; en los riesgos que se corren (consciente / inconscientemente) frente a la violencia y a la muerte en los distintos significados de la reproducción social (la gran parte de las veces vinculados a las expectativas de vida y a las posibilidades reales de presente); en la apropiación de los espacios públicos / semipúblicos;¹⁹ es que realmente puedan reconocerse como un grupo más allá de su identidad de pertenencia. Lo cual quiere decir que antes de auto representarse como jóvenes, “*cholos*”,

¹⁹ El espacio, -incluido el cuerpo-, es uno de los elementos articuladores de estos agrupamientos juveniles. Sin el espacio apropiado y usado, no se pueden entender las adscripciones identitarias juveniles urbanas. El espacio (la calle, el barrio, el antro, la casa de cultura, los sitios alternos, la propia casa, la vecindad, la cancha de juego, la ciudad, la cárcel); facilitan la construcción de las identidades. El valor es simbólico, en tanto el encuentro y el reencuentro con el otro parecido y diferente a mí, conlleva a un “*nosotros*”: somos “*cholos*” diferentes a los “*hip-hoperos*”, por ejemplo; somos del B 18, distintos a los de la MS-13.

de los *homies* del B-18, o “*maras*”, tendrían que mirarse como ciudadanos con derechos humanos y responsabilidades colectivas, es decir, a las / los jóvenes se les tiene que situar como sujetos plenos de derechos; lo cual implica que se los apropien, haciéndolos valer y, además, posicionarse como beneficiarios de las políticas públicas que supuestamente van dirigidas hacia este sector. Por lo que una de las interrogantes que podríamos formular sería la siguiente: ¿cómo abordar el asunto de las clases o de las desigualdades sociales en los estudios de las diferencias culturales sin caer en un determinismo económico?

Sólo hay que recordar que las inequidades sociales remiten a la exclusión de la globalización económica, a una disminución considerable de la calidad de vida, situación que se hace más visible en los jóvenes de los sectores populares y de la periferia en las principales ciudades y zonas rurales de América Latina, particularmente en agrupamientos juveniles como las *bandas culturales*, (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), o las *pandillas transnacionales* en la Región del Triángulo del Norte Centroamericano, (Guatemala, Honduras y El Salvador).

1.1 Los rostros del deterioro urbano: la juventud en Latinoamericana.

Los años ochentas y los noventas en América Latina, fueron claves para comprender las vicisitudes sociales de finales del Siglo XX y principios del XXI. Los sucesos que se dieron a nivel histórico, político, económico, social y cultural, tuvieron una fuerza real que influyeron, diferenciadamente, en los derroteros de la vida de sus habitantes, especialmente en los y las jóvenes, en los países Centroamericanos, en particular; El Salvador, Honduras y Guatemala. No es fortuito que tales años hayan sido conocidos como las décadas perdidas para el desarrollo económico, incluso aceptado por el Fondo Monetario Internacional (FMI),²⁰ en tanto representó para la mayoría de los países que la componen, con sus ritmos, tiempos particulares y diferencias, el inicio del ajuste estructural, la aplicación del neoliberalismo económico, el paulatino desmantelamiento del Estado, las recurrentes crisis económicas y políticas, la guerra civil y de guerrillas, -especialmente en la región centroamericana-, los regímenes militares en Sudamérica, el posicionamiento

²⁰ Periódico, *La Jornada*, 21 de abril de 2006. México, DF.

de los partidos de la ultraderecha, el incremento de los flujos migratorios plagados de jóvenes, el avance del crimen organizado en su matiz de narcotráfico, la explosión urbana, el recrudecimiento de las violencias sociales, la emergencia de los agrupamientos juveniles del tipo *bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004) e incipientes *clicas* en las principales urbes de las naciones latinoamericanas y, últimamente, la transnacionalización de las *pandillas juveniles* centroamericanas, en su conexión y comunicación con las *clicas* de estos agrupamientos en los Estados Unidos de América; los Ángeles California, principalmente.

La situación social y de vida cotidiana para una gran parte de latinoamericanos cada vez más tiende a deteriorarse y por su presencia demográfica y simbólica, el sector de los jóvenes (hombres como mujeres), son los más vulnerables, es decir, si se les compara con otros grupos o sectores sociales, son quienes más resienten los conflictos, las tensiones y las contradicciones a nivel sociocultural de los procesos de modernización. En el caso de América Latina y, reconociendo lo difícil que implica establecer parámetros de edad, se considera joven a los comprendidos entre los 10 a 24 años (CEPAL-OIJ, 2004); el criterio de la ONU, es de 15 a 24; el europeo, de 15 a 29 y; el iberoamericano, de 12 a 29.

Hay algunos datos duros de las realidades de los jóvenes en América Latina que vale la pena mostrar. Según un reporte de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de la Organización Iberoamericana de la Juventud (CEPAL-OIJ, 2004), tenemos que en 1990, el 40% de la población en América Latina es joven, el desempleo juvenil alcanza el 15.7% y de cada 100 hombres jóvenes que mueren, 77 se atribuyen a causas externas, es decir, accidentes, homicidios, suicidios y, con respecto a las mujeres jóvenes, la cifra de muertes es de 38. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), reporta que la tasa de educación arroja que el 20% de los jóvenes latinoamericanos ingresan tardíamente a la primaria, 40% repite el primer año, 50% presenta atraso escolar en algún momento del ciclo y el 50% de los jóvenes en edad de ingresar al nivel secundaria no lo hace. Asimismo señalan que el desempleo

juvenil se duplicó de 7.9% en 1990 al 16% en 1999.²¹ Otro informe de la CEPAL-UNICEF, (2002), menciona que en América Latina, la violencia más frecuente contra los menores, es el abuso sexual, entre el 70% y el 80% de las víctimas dentro de la familia son niñas y, en el 75% de los casos, mantienen una relación directa con los atacantes. Con base en un reporte de la UNICEF, Ernesto Rodríguez, (2004), señala que para un número considerable de adolescentes de las ciudades de Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile, la policía representa un peligro del que tienen que tener cuidado y, no, una figura para la protección o la seguridad.²²

A partir de estos datos, podemos inferir, por ejemplo, que la idea general de moratoria social otorgada a la condición juvenil ya se desquebrajó. Me refiero a aquel tiempo dedicado para que los jóvenes se preparen a fin de incorporarse socialmente, más o menos, en la siguiente trayectoria: hijo de familia, estudiante, profesionista, empleado, participación social / política y conformación de una nueva familia.²³ A decir de Martín Hopenhay (Ob, cit, 2005:136): “(...) *la juventud es una categoría moderna (...) pertenece a un tiempo histórico en que los rituales de pasaje se diluyen, el tránsito hacia la adultez se hace más largo (...) y las transformaciones (...) de la vida hacen que la generación nueva ya no se restrinja a reproducir la vida de la generación precedente*”. Más aún, el autor, habla de 10 paradojas o tensiones que se manifiestan en forma de conflicto y en las que están insertos los jóvenes latinoamericanos; 1ª: más acceso a la educación y menos empleo, 2ª: más acceso a la información y menos acceso al poder, 3ª: más destreza para autonomía y menos posibilidades de concretizarlas, 4ª: mejor provistos de salud pero menos reconocidos en su morbilidad específica, 5ª: más cohesionados hacia dentro pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor impermeabilidad hacia fuera, 6ª: más aptos para el cambio

²¹ Periódico, *La Jornada*, 26 de agosto de 2003. México, DF.

²² Esta situación, deducimos, se acrecienta más en el caso específico de los agrupamientos de jóvenes como las maras y del B-18, ante el hecho de sufrir y de padecer la limpieza social que están llevando a cabo los “*escuadrones de la muerte*”, en varios países centroamericanos: Honduras, El Salvador y Guatemala.

²³ Es importante mencionar que no todos los jóvenes están ubicados en la misma trayectoria ya que una característica fundamental es que la juventud es heterogénea, diversa y múltiple, es decir, no es lo mismo ser joven de clase media en México que en Honduras, ni vivir en el campo o en las ciudades, ni tampoco ser miembro de una *banda cultural* o *pandilla transnacional* que pertenecer al grupo del coro de la iglesia.

productivo pero más excluidos de él, 7ª: mientras se expande el período juvenil como fase de moratoria vital, tiende a reducirse la proporción de jóvenes respecto del total de la población, 8ª: han reducido su número de hijos pero mantienen altas tasas de maternidad adolescente, 9ª: desproporción entre consumos simbólicos y material, 10ª: autodeterminación y protagonismo versus precariedad y desmovilización.

A partir de estas tensiones y conflictos, podemos interpretar de forma extendida que pareciera ser que lo que proponen las políticas económicas neoliberales y culturales para la mayoría de los jóvenes latinoamericanos, son las pocas posibilidades de incorporarse a un proyecto de globalización y de modernización que es selectivo y de exclusión social. Para Néstor García Canclini (Ob, cit, 2004), el preguntarse por el ser joven conlleva una interrogante social y el sentido intercultural del tiempo. Asimismo, el tipo de globalización que se les ofrece a las nuevas generaciones de la región es como trabajadores en situaciones desfavorables que los coloca en la inequidad social y como consumidores con altas probabilidades de ser marginados.

Algo importante, retomando de nueva cuenta a García Canclini (1990), es que para el caso de América Latina, se tiene un “*modernismo exuberante*” y una “*modernización deficiente*”, es decir, un severo desajuste entre el modernismo y la modernización, ya que el modernismo cultural no expresa la modernización económica. Siguiendo esta línea de pensamiento, podríamos preguntar varias cuestiones: ¿cuáles serían los trayectos históricos, las vicisitudes sociales y los matices culturales que fueron dando cuenta del desajuste entre los modernismos y la modernización en América Latina?, o dicho de otra forma ¿cuáles serían los acontecimientos más relevantes que han conducido a este desajuste? La globalización neoliberal es un sistema de relaciones asimétricas de poder: un discurso de los grupos dominantes, una nueva forma de proyecto de desarrollo económico y desigual, es decir, no todas las regiones, las personas o amplios sectores poblacionales, tienen acceso a los beneficios de estar en un mundo globalizado, en otras palabras, también lo que se ha globalizado es la exclusión, las desigualdades sociales y las violencias, particularmente en la condición juvenil contemporánea agrupada

que hace crisis, o eclosión, en los sujetos (juveniles) transnacionales, como es el caso de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

1.2 Los matices de la región Centroamericana y la condición social juvenil salvadoreña.

Si trazáramos algunas coordenadas de ciertos escenarios actuales que sobresalen en la región centroamericana, tendríamos que anclarnos, a partir de los contextos de guerra (1980) y, de la postguerra, -post conflicto armado / post acuerdos de paz (1992)-; caracterizados por una altísima armamentización de la zona; una acelerada inequidad / exclusión social; comportamientos colectivos (alarmantes / delicadas), con respecto al incremento de la intolerancia a partir de no reconocer las diferencias culturales de los “otros”; más del 40% sobrevive con menos de dos dólares diarios; los altos índices de corrupción de los gobiernos, sus instituciones y los cuerpos de seguridad del Estado, son un escándalo, que se traduce en su implicación documentada, en actos y, en sucesos, de lo ilegal / de lo criminal. Jannete Aguilar (s/f: 3), comenta lo siguiente: “(...) *la violencia y la corrupción se perfilan como importantes amenazas a la estabilidad democrática de los países*”.

Aunado a lo anterior, hay consenso en reconocer varios indicadores importantes y reveladores, como marcajes centrales, que arrojan claves interpretativas para comprender lo que está sucediendo en la región; los cuales están relacionados con los aspectos demográficos, económicos, en otras palabras, existen graves problemas sociales, -y, agregaríamos, culturales-, que tienden año con año, a aumentar: incremento en la urbanización, altos índices de inflación y de pobreza (PNUD, 2001, citado en Moser y Winton, 2002).

Esta situación afecta a la población de la zona en lo general, sin embargo, en lo que se refiere al sector de los jóvenes de la región centroamericana, en lo particular, tiende a recrudecerse, en virtud de su presencia, tanto a nivel cuantitativo como cualitativo, por ejemplo; en El Salvador, se calcula que hay 6.2 millones de salvadoreños, de los cuales el 35.9% son jóvenes; en Guatemala, tenemos una población de 11.1 millones y el 43.9 %, son jóvenes y; en Honduras, 6.3 millones, de los cuales, el 42.2%, se tipifican como jóvenes.

En lo que corresponde a la región centroamericana, desde finales de los años setentas y, principios de los ochentas, se tiene evidencia de que han

existido una gran diversidad de configuraciones de lo que genéricamente podríamos denominar las *bandas culturales* locales, (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), por ejemplo, en *El Salvador*: los Mao-Mao, o Máquina; en *Guatemala*: los Breakers (BKS), los Wifers (WF); en *Honduras*: los Batos Locos: sólo por referirnos a estas adscripciones. Sin embargo, a partir de la década de los 90, las adscripciones identitarias más fuertes, o potentes son la MS-13 y la *pandilla* del B-18 y, esto se explica por su particular y cambiante estructura, la capacidad de violencia / de muerte, el número de integrantes, su visibilidad en los espacios públicos, -aunque ahora esto ha variado-, la construcción mediática que han tenido y, por la presencia que han adquirido, no sólo a nivel nacional, sino trasnacional.

En relación a los contextos políticos y sociales de El Salvador, hay que recordar que fue un país que entre 1980 y 1992, estuvo en una situación de guerra civil muy sangrienta, lo cual implicó más de 75.000 muertos, recrudecimiento de las inequidades sociales que se tradujo en mayor miseria / pobreza, un aumento considerable en los flujos migratorios, -en lo particular hacia los EE UU y México-, la gestación de *una cultura de la violencia* instalada e incorporada como forma aprendida para resolver los conflictos / los problemas sociales y, algo importante, en su valor simbólico, ante todo, mecanismo imaginado para alcanzar la nivelación social, en lo que corresponde a agrupamientos como el B-18 y la MS-13.

Con respecto a algunos datos socio demográficos de la población salvadoreña y con base en los resultados de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM) del 2002-2003, se reportan: 6, 510.348, habitantes; el 61.5%, son menores de 30 años, -por lo que estamos ante un país joven-; el rango de edad está comprendido entre los 15 a los 29 años: es el más afectado por el desempleo (9.8%); lo cual nos habla de que las / los jóvenes están en procesos / mecanismos de la exclusión y de la desigualdad social, es decir, es un sector de la población muy vulnerable y en permanentes situaciones de riesgo social y cultural.

Uno de los instrumentos de información, en tanto especie de radiografía o mapeo, más importantes y valiosos, son las encuestas, en este caso, contamos con la *Encuesta Nacional de Juventud de El Salvador* (ENJ), 2007, la

cual nos arroja datos descriptivos muy reveladores con respecto a las opiniones, las percepciones, las actitudes y, en sí, a las formas de vida de este sector estratégico de la población.

En lo que atañe a su aplicación, se encuestó a 1,234 jóvenes, entre edades de 15 a 24 años, a nivel nacional. En relación a ciertas *característica demográficas*, tenemos que el 49.5 % son mujeres y el 50.5 % son hombres, la mayoría se encuentran solteros y destaca que la T.V, es la vía a partir de la cual se informan y se enteran de los sucesos nacionales, en un 57.1%.

De los rubros más llamativos, es el que tiene que ver con la *estructura familiar y la calidad de las relaciones intrafamiliares*, en tanto arroja un dato muy fuerte, por su carga simbólica, es decir, lo que representaría; 3 de cada 10 jóvenes, el 32.1%, han sido golpeados por algunos adultos que vivían en su hogar, cifra que nos puede ir encaminando a elaborar la siguiente hipótesis teórica: todo indica que el enemigo privado número uno de estos jóvenes, hombres como mujeres, es su familia / las atmósferas afectivas en las que viven.

Asimismo, en cuanto a la *percepción (social) de la situación del país* que se construyen con respecto a ¿cuáles son los principales problemas?, el 44.9 % declara que es la pobreza, la economía y el desempleo; y el 42.9%, lo asocia a la violencia, la inseguridad, la delincuencia, en tanto se agrupó con la opción de “*violencia*” y “*maras*”. Cifras muy significativas, en tanto que actualmente, son los aspectos económicos los que más preocupan a las y los jóvenes, por sobre la inseguridad ciudadana, tendencia que se ha mantenido después del agotamiento de las políticas de cero tolerancia y de los Planes de Mano Dura que se aplicaron, a partir del 2002 / 2003, en adelante.

Aunque, si articulamos este rubro con el de *Violencia y Victimización*, los datos nos revelan su crudeza; en lo que se refiere a la vivencia en la cotidianidad y a las distintas maneras en que repercute en la población juvenil, es decir, en el apartado de la *exposición a la violencia en la colonia, el barrio o el cantón*, se les pregunta acerca de los sucesos o de las escenas que han observado durante el último año en su comunidad, contestaron lo siguiente: el 34.1%; han visto peleas o riñas callejeras entre personas, cabe aclarar que no fueron pandilleros; el 28.5%, han sido testigos del consumo de drogas en la

calle; el 28.5%, observó a personas armadas que no eran ni vigilantes, ni policías, ni ejército; y el 27.2%, fueron testigos de robos y de saqueos a casas. Otros datos vinculados: 1 de cada 4 jóvenes reporta presencia de *maras* en su colonia que representa el 24.5%; en cuanto a las cifras desagregadas del anterior dato, el 31.8%, de jóvenes urbanos lo reporta, el 15.1% de jóvenes rurales y el 40.8% de jóvenes lo refiere al Área Metropolitana de San Salvador (AMSS); y el 19.8%, observó violencia intrafamiliar y el 19.1% presencié riñas de *maras* y de *pandillas*.

Atendiendo a las anteriores cifras quedan claros los contextos de violencias sociales en el que están inmersos, las y los jóvenes salvadoreños, que se traduce en climas y en ambientes socio culturales en el que se sitúan o son colocados como observadores o testigos de la inseguridad pública y, al mismo tiempo, en situaciones de constante y permanente vulnerabilidad, es decir, en riesgo de ser objetos de esas violencias sociales. Los investigadores que llevaron a cabo la encuesta son muy contundentes al respecto, cuando afirman: “(...) *aunada a la violencia protagonizada por miembros de pandillas, las y los jóvenes en el país están expuesto a otro tipo de violencias, ejecutadas por otro tipo de actores que pueden constituirse en modelos más directos y frecuentes: riñas entre particulares, consumos de drogas, ciudadanos armados, delincuencia, maltrato policial y asesinatos*” (ENJ, 2007:24).

En lo que corresponde a ser objetos de violencia (padecerla), ha sido poco visibilizada y, tratada en la condición juvenil en general y, en lo particular, cuasi callada, en lo que se refiere a la MS-13 y, a la *pandilla* del B-18, por lo que el apartado de *victimización por violencia (pública)*, es muy interesante debido a los datos y a las cifras que arrojan: el 9.1% ha sido víctima de robo a mano armada; el 4.8% ha recibido maltrato policial; el 4.3% ha sido víctima por parte de la *pandilla*; el 2.5%; extorsionado por personas particulares; el 2.4% extorsionado por miembros de la policía; y el 2.4%, ha experimentado maltrato familiar.

La encuesta incluye un apartado acerca de *Maras y Pandillas*, en el cual trata de explorar la cercanía de las / los jóvenes, a estas adscripciones identitarias; a lo que denominan *pandillas estudiantiles*, se da un dato menor, el 0.7%; y a *pandillas territoriales* o *maras*, es insignificativo, el 0.4%; casi ningún

joven manifestó vivir con algún miembro de la *pandilla*; sólo el 1% dijo haber sido parte de una mara o pandilla cuyas características demográficas son; más hombres que mujeres, urbanos, entre 20 a 24 años, sin trabajo, sin estudiar, - aunque no son analfabetas-, sin profesar alguna religión, solteros o separados.

Algunos aspectos a destacar y, a resaltar: las y los jóvenes salvadoreños, a nivel nacional, son heterogéneos / diversos y, ante todo, viven en una serie de dificultades y de problemáticas sociales y culturales que se recrudecen a partir del género al que se pertenezca (las mujeres marcadas por la desventaja social y, los hombres, muy vulnerables de ser objetos de violencia, -asesinados- en el espacio público); la zona de residencia también cuenta: ya que el ámbito rural implica exclusión social o marginación y, en lo urbano, riesgos constantes de violencia e inseguridad pública; y la situación familiar caracterizada por climas de violencia en su interior.

Creo que se está ante la evidencia de que persiste o se impone una suerte de *construcción cultural de las violencias*, Marlon Carranza (2005:4), es muy contundente cuando refiere: “*Es inevitable pensar que toda esa violencia tenía que ver con los casi 50 años de gobiernos autoritarios desde 1931 hasta el golpe de estado de 1979*”. Si esto es así, en esta narrativa encontramos características de que nos enfrentamos a una violencia estructural (Bourgois, 2005) y más compleja de lo que se pudiese considerar; por lo que los pandilleros, no sólo surgieron debido a la guerra, o a las deportaciones masivas de estas *clicas* desde los Ángeles California, a sus patrias de origen, -El Salvador, Honduras y Guatemala-, o considerar que los jóvenes son violentos simplemente por ser jóvenes; sino que se fueron haciendo precisamente en contextos de antaño que a su vez los construyen como actores, sujetos de y objetos de violencias de muerte y, que tienden a reproducir en los espacios públicos urbanos.

1



2



3



4



Fotografía (1), 10 de noviembre, Guatemala; fotografías (2 y 3), 16 de noviembre, El Salvador; fotografía (4), 4 de noviembre, Honduras.

Cap. II.
**América Latina / La Región de Centroamérica: ¿el mercado de las
violencias y de la muerte?**

*A la paulatina disolución de referencias, al vacío del hiperindividualismo,
responde una radicalidad sin contenido de los comportamientos y
representaciones, una subida a los extremos en los signos y hábitos de lo
cotidiano,
en todas partes el mismo proceso extremista está en marcha, el tiempo de las
significaciones, de los contenidos pesados vacila, vivimos el de los efectos
especiales y el de la performance pura, del aumento y amplificación del vacío*
(Lipovestky, 1986: 205-206)

Uno de los ordenadores y analizadores culturas que han marcado las relaciones sociales entre los sujetos, las instituciones y los agrupamientos, ha sido el de las violencias, junto con sus múltiples combinaciones, por ejemplo, de los sujetos a las instituciones, de los agrupamientos a los sujetos y de las instituciones a los agrupamientos; en estas lógicas, las violencias en las relaciones intersubjetivas siempre han estado presentes, por lo que interesa situar las cualidades de éstas en las sociedades contemporáneas, en lo particular, en lo que atañe a América Latina y a la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (RTNC).

Después del derrumbamiento del muro de Berlín, en su valor simbólico; la derrota del socialismo real como se aplicó en la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y, el fin de la guerra fría; descolocó y descentró del escenario a los enemigos ideológicos por excelencia: al comunismo y sus comunistas.

En un texto coordinado por Raquel Sosa (2004), la autora lleva a cabo un análisis muy revelador, situado en la década de los noventas con respecto a los organismos internacionales, el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y, agregaríamos, al Pentágono Norteamericano. Sosa comenta que tales instancias se ven en la necesidad (a fin de preservar el poder económico, político y militar), de edificar otros enemigos públicos y transnacionales: el narcotráfico, la migración y la subversión.

Esto implica que América Latina es considerada como parte de la seguridad nacional de los Estados Unidos de Norteamérica, por lo tanto, los países que la integran, están comprometidos y sometidos a suscribir acuerdos internacionales para “*colaborar*” con los norteamericanos en la instrumentación de esas legislaciones y leyes supranacionales que se traducen, por ejemplo, en el caso centroamericano, en las políticas de cero tolerancias, los Planes de Mano Dura / las Leyes Antimaras, -que se han instrumentado a partir del 2002 / 2003- y, la iniciativa Mérida, en la que el gobierno de México, está implicado.

Las políticas de seguridad nacional, en una de sus ramificaciones como seguridad pública, desde el discurso neoliberal, van encaminadas a instrumentar una línea represiva y de control social apuntando a criminalizar los movimientos sociales, la protesta callejera, las expresiones de resistencia, a las organizaciones de la sociedad civil, a la disidencia armada, a determinados agrupamientos de académicos e intelectuales, al malestar social, al descontento urbano, a *los sujetos trasnacionales*, tipo el B-18 / la MS-13 y, a las “*micro*” identidades juveniles alternas.

El Estado y sus instituciones, también ejercen violencia social y política, es decir, la violencia política no ha sido desplazada por la violencia social. Al respecto Sosa (2004:126), menciona: “*La violencia social es (...) una de las expresiones que ha adquirido la violencia política en los años liberales*”. Múltiples reportes han señalado que América Latina es la región más violenta, lo cual da cuenta que las violencias son parte y producto de las luchas por el poder.

En estas lógicas se inscriben las políticas de seguridad nacional, locales y públicas como un discurso hegemónico del nuevo rostro del capital y de sus estrategias de contrainsurgencia a fin de confrontar a los damnificados sociales de siempre: los pobres, los excluidos, los migrantes, los jóvenes, las minorías étnicas / sexuales y a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13: “*La violencia es (...) imposición y terror promovidos desde y para el poder, menor es (...) la violencia de la resistencia. Y grande, también, el miedo que en todos y todas produce la violencia*” (Sosa, 2004:10).

Desde los territorios de la intelectualidad colombiana, tenemos la voz del hispano-colombiano, Jesús Martín-Barbero (1998). Para él, los jóvenes son un

objeto nómada de contornos difusos, es decir, las juventudes habitan las ciudades de una manera nómada. Las juventudes serían los catalizadores del proceso de desorden cultural en el que vivimos. Señala (al igual que Salazar, 1998), la ausencia de la *dimensión cultural* en la investigación social en general y, con respecto a las violencias, alerta sobre la necesidad de entender / de comprender, su espesor cultural, los orígenes / las tramas y, con respecto a los sicarios y a las violencias señala: “(...) los jóvenes sicarios constituyen el desecho de las sociedades, pues desechable significa tanto la proyección sobre las personas de la rápida obsolescencia de que están hechos hoy la mayoría de los objetos que produce el mercado, como tiene que ver también con desecho, esto es, con aquello de lo que una sociedad se deshace o se quiere deshacer... porque le incomoda, le estorba” (Martín-Barbero, 1998: 24).

Cuando el autor habla del desordenamiento cultural se refiere, a los cambios de época, se apoya en Margaret Mead en su texto clásico de *Cultura y compromiso* y, en Marc Augé, para hacer sus reflexiones y plantear sus postulados. El asunto de la experiencia de la contemporaneidad no se da más entre hechos sino entre temporalidades. Hay una ruptura generacional (un abismo intergeneracional diría Margaret Mead, 2002), cuya cualidad es la *inversión de sentido*; el mercado cataliza la construcción social de lo joven, a partir de dos vertientes, *una*: el valor positivo que ha adquirido lo joven y, *dos*: las experiencias en la construcción identitaria que los jóvenes y sus agrupamientos tienen: “Hoy ser joven ha invertido su sentido, y está pasando a significar la matriz de un nuevo actor social, de un nuevo valor que se confronta con lo que representó ser viejo: experiencias y memoria (...) el valor de ser joven no tiene por qué ser necesariamente antinómico con los haberes y saberes de ser viejo (...) en los momentos en que arrecian los cambios no es extraño que sean los jóvenes quienes más los sientan y los expresen” (Martín-Barbero, 1998: 30).

Lo joven moderno alude y significa, desde los imaginarios dominantes; lo fresco (lo espontáneo), lo informal (las estéticas, o la *facha*), la hegemonía del cuerpo con sus tecnologías (gimnasios / tatuajes), lo sano (dietas), lo bello (la cosmetología), lo ágil (la esbeltez), lo atractivo (piel bronceada). En este sentido, el autor sitúa las identificaciones de los jóvenes con el presente en dos

escenario, *uno*: destrucción de la memoria de las ciudades y, *dos*: una acelerada obsolescencia de los objetos cotidianos: “(...) *la contracultura política apunta (...) a la experiencia de desborde y des-ubicación que tanto el discurso como la acción política atraviesan entre los jóvenes. La política se sale de sus discursos y escenarios formales para reencontrarse en los de la cultura, desde el graffiti callejero a las estridencias del rock*” (Martín-Barbero, 1998:35).²⁴

Situados de nueva cuenta en el caso colombiano con respecto a las violencias y a los jóvenes, tenemos el artículo de José Fernando Serrano (2005), “*La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos*”. El autor, menciona que el impacto social de la violencia en la década de los ochentas, ha visibilizado a nuevos actores; los jóvenes y a las *pandillas juveniles*. Lo complejo es que se sitúan, representan y construyen su lugar social desde el discurso de la violencia: “*en lugar de ser el caos (...) la violencia está pasando a ser el orden, a crear y dar existencia a los sujetos y determinar las relaciones sociales*” (Serrano, 2005:130).

Interesante afirmación, ya que las violencias (en algún momento lo hemos señalado), adquieren el valor de ser una especie de articulador u ordenador cultural de las relaciones sociales (intersubjetivas) y, en el caso del B-18 y, de la MS-13, es un mecanismo imaginado, para disminuir las inequidades, es decir, funciona como un nivelador social, dadas las desventajas en las que se encuentran la mayoría de sus integrantes.

Serrano (2005), estudia el impacto del conflicto armado colombiano en relación a las concepciones de vida y de muerte de diversos grupos de jóvenes bogotanos. Lo que encontró es una aparente naturalización de las violencias; la religiosidad y el consumo cultural son fuentes de significación que les posibilitan a los jóvenes interpretar sus vivencias de violencia: lo religioso se convierte en un desactivador del impacto, no del ejercicio de las violencias y, los consumos, son una vía de expresión.

El pelear, es una manera en que se construyen (agregaríamos que se reafirman y validan), ciertas masculinidades juveniles, en tanto se ponen en

²⁴ Cabe decir que ciertamente, en relación al vector de las identidades (juveniles), hay una matriz de significación muy potente en la cual han abrevado las diferentes generaciones de jóvenes, de mediados del siglo pasado, a la fecha, en sus configuraciones: la música (de rock) con su gran variedad de géneros.

juego las estrategias del miedo, el riesgo, la tensión, el placer y, con respecto a las mujeres jóvenes, vienen de historias de violencia familiar y ejercida por sus parejas. En todo caso, a las violencias sociales en las que están implicados algunos jóvenes, ya sea porque la ejercen o la padecen, hay que re articularla dentro de los contextos y de las situaciones culturales más amplias y complejas. Esto conlleva a recordar el elemento de poder que tiene y lo que produce, subjetividades juveniles: “(...) *no se le tiene miedo a la muerte, sino a la forma de morir, deseando que ésta sea lo más rápida y silenciosa*” (Serrano, 2005:141).

2.1 Claves interpretativas de las violencias en Centroamérica.

Desde una postura geopolítica, hay que recordar que en la década de los 90s, en Centroamérica (Honduras, El Salvador y Guatemala, principalmente), se vive el fin de las guerras y, hay un cierto y, pasajero descenso de los niveles de las violencias, sin embargo, la paradoja que se dio y, aún se está viviendo, es el aumento de las violencias en los espacios urbanos, las preguntas obligadas serían, ¿Por qué ahora que terminó la guerra armada hay más violencia y muerte? Para el caso de El Salvador ¿Cómo se fue construyendo la violencia? ¿Qué cualidades o rostros particulares de las violencias caracterizan a los agrupamientos de los *homies* del B-18 y de la MS-13? ¿Cuáles son las nuevas formas en que se expresa el poder político y represivo de los Estados Centroamericanos?

Uno de los ensayos más sólidos y profundos que apuntan a responder algunas de estas interrogantes, se encuentra en el trabajo del salvadoreño, Benjamín Cuéllar, “*Violencia política en El Salvador*” (2001). El autor se preocupa por explicar y dar cuenta de: ¿Cómo se fue instalando y dando la violencia en El Salvador? Él destaca la complicada situación económica de la mayoría de la población, la impunidad de los sectores privilegiados, el cierre de los espacios políticos y el uso de la violencia por parte del Estado para eliminar (asesinar) a los opositores.

Cuéllar (2005), hace una reconstrucción a través del tiempo histórico y del espacio social muy conmovedora; a partir de 1913, a la fecha; señala situaciones fuertes como las huelgas y la represión (1913-1941); el primer golpe de Estado (1931); más golpes y control de los militares (1931-1979) que

contabiliza 8 alzadas; los fraudes electorales y la matanza de campesinos por las fuerzas armadas (de 1972 a 1977); la guerra (1980); los acuerdos de paz, la reconciliación y la refundación de la nación (1990 / 1992, en adelante).

Quizás lo más cruento se dio en la década de los setentas y, la represión brutal del Estado vía la eliminación de los opositores, en los años ochentas. En el 72, hay fraude electoral y un fallido intento por derrocar al régimen, lo cual desata la represión a la oposición política, lo que conlleva el crecimiento de las organizaciones guerrilleras. Los ochentas están marcados por los múltiples asesinatos políticos y de los disidentes; del arzobispo Romero, del Rector de la Universidad Nacional, del dirigente opositor del Frente Democrático Revolucionario (FDR), de las religiosas estadounidenses y funcionarios democristianos. Aparecen en el escenario como profesionales de la violencia (Tilly, 2003), los grupos paramilitares y los escuadrones de la muerte, tan sólo por mencionar a éstos actores.

El autor se basa en un reporte de 1998 del Instituto de los Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana, “José Simeón Cañas” (IDHUCA), sobre violaciones a los derechos humanos en El Salvador. Las cifras son francamente tristes y aterradoras, por el nivel de violencia que ejerció principalmente el Estado y sus cuerpos de seguridad contra la población: niños, jóvenes, mujeres, ancianos, campesinos, estudiantes y todos aquellos opositores al régimen. Se conformó una comisión de la verdad y, en 1993, dio su informe, lo más relevante de la investigación es la confirmación de que se institucionalizó la violencia política por parte del Estado (terrorismo) como estrategia para contener los movimientos sociales y crear terror para inhibir la participación ciudadana en la lucha política. Política de exterminio social, concebida y ejecutada por los gobernantes salvadoreños a lo largo de 20 años. A su vez, las fuerzas insurgentes, aunque en menor medida, también tienen la responsabilidad de haber llevado a cabo hechos de violencia en contra de la población, aunada a la que ejerció al interior de sus miembros desde la lógica de “*justicia revolucionaria*”, o el ajuste de cuentas²⁵ (Se les atribuye el 5.33% de los casos).

²⁵ Philippe Bourgois (2005), narra varios sucesos muy fuertes y reveladores, de la violencia ejercida por la comandancia y los mandos revolucionarios.

Dentro de los grupos o sectores que más sufrieron la violencia del Estado y de las fuerzas militares, están los trabajadores agrícolas y los estudiantes, -dada su implicancia en la participación política tanto de escuelas públicas como privadas desde el nivel de secundaria hasta la universidad-. Con respecto a los rangos de edad, los niños y los jóvenes de 12 a 17 años, son los que más sufrieron la violencia; encarcelamiento, tortura y tratos crueles e inhumanos: 1,449 niños (as) asesinados; 719 detenidos y posteriormente desaparecidos y, 2,168 actos contra la vida (el 37.85%). Las violaciones cometidas contra más de 4, 000 niñas y niños y adolescentes suman 5,727. Los adultos de edades comprendidas entre los 18 y los 23 años, fueron los que más padecieron la violencia política y bélica; 5, 274 (25.48%) de un total de 20, 696. Las mayores víctimas se registran en el rango de 18-35, 45.8 % de 24, 736. La responsabilidad gubernamental asciende a 84.47%. A los escuadrones de la muerte se les atribuye el 28% de las desapariciones forzadas, son responsables del 18.88% de las ejecuciones extrajudiciales denunciadas y ocupan el segundo sitio de esa modalidad de barbarie debajo de los “*grupos paramilitares*” (Cuéllar, 2001).

Estamos ante hechos y sucesos que nos hablan, sin duda, de un Estado terrorista, e incluso, de crímenes de *lesa* humanidad, en tanto el exterminio declarado y preconcebido, hacía y contra la población salvadoreña. El discurso del Estado y del poder, al visibilizar la violencia de los grupos armados, de los disidentes como reacción a su terrorismo, in visibiliza las violencias y las barbaries que comete y las camufla a partir de los agrupamientos que instituye: los paramilitares, las fuerzas de élite de la contrainsurgencia y los escuadrones de la muerte (ligados a los empresarios, terratenientes, caciques, militares, fuerzas de inteligencia y de seguridad).

“(...) esas organizaciones criminales denominadas “escuadrones de la muerte” tuvieron como su principal razón de existir (...) la perpetuación de una situación desfavorable para la mayoría de la población en lo económico, social, y político mediante la realización del “trabajo” contrainsurgente más sucio, injustificable e ilegítimo (dichos) grupos armados ilegales actuaron contando con el amparo directo o indirecto del Estado; (...) se sabe que sus integrantes provenían de las filas castrenses y de las diferentes corporaciones policíacas, bajo la dirección de oficiales militares” (Cuéllar, 2001: 169).

Decíamos que los acuerdos de paz se firmaron en los noventa, aunque el conflicto armado ya terminó, el político / social continúa, las violencias siguen y recorren el territorio de la nación salvadoreña, la muerte acecha, los crímenes políticos prosiguen, las venganzas se siguen cobrando, la justicia privada se ejerce, los integrantes de la *pandilla* del B-18 y de la MS-13, son sujetos y actores *desechables* (Martín-Barbero, 1998) y, aparece la intolerancia con respecto a las prácticas sociales y a las expresiones culturales de los diferentes agrupamientos y/o adscripciones identitarias (juveniles), eliminar al diferente y contrario, se está haciendo usual como forma de resolver las diferencias de cualquier tipo: “(...) *la intolerancia -que pocos años atrás se focalizaba más en el terreno político- comenzó a manifestarse en otros aspectos tales como el exterminio de homosexuales, travestis, mendigos y presuntos delincuentes. Hoy en día existen grupos que aunque no operan con motivación política siguen desarrollando una labor similar a la de los “escuadrones de la muerte” en el pasado*” (Cuéllar, 2001: 172).

La configuración de los profesionales de las violencias (Tilly, 2003), o los distintos actores que hoy están actuando en la sociedad salvadoreña, en los espacios públicos / urbanos, son: a) *la delincuencia común* (por situaciones económicas); b) *delincuencia especializada*; ex combatientes -militares / insurgentes-, quienes no se han insertado en las actividades productivas, c) *la violencia política*, sucesos de venganza, d) *policías*, hechos delincuentes y delincuentes que se hacen policías, e) *el crimen organizado* (el narcotráfico). Aunado a lo anterior, a partir de 1999, es legal adquirir armas de fuego, municiones, explosivos y demás accesorios de guerra.

Con respecto a los rostros de las violencias urbanas, en la cual participan de una manera significativa los agrupamientos, o micro grupos, configurados y conocidos como *clicas*, ya sea del B-18 y de la MS-13, que a su vez pertenecen a los sectores más pobres y populares, es claro que este tipo de adscripciones identitarias juveniles dan cuenta de las tensiones y de los conflictos sociales y, son el mejor ejemplo de los procesos de la exclusión y de la desigualdad social en la que viven y están inmersos, la mayoría de ellos, tanto en lo material como en lo inmaterial (lo simbólico).

Desde las narrativas de la academia y de la investigación, hay un trabajo de Morán, Huezo y Gibbons, de la Universidad Tecnológica de El Salvador, intitulado: “*El barrio, la frontera del Joven pandillero. Contexto familiar y su influencia en el desarrollo de la personalidad del joven pandillero*”, fechado en diciembre de 2001. Se trata de una investigación psicológica, es decir, indaga las características de personalidad, o el perfil de las / los jóvenes miembros de pandillas. Es un estudio cuya unidad de análisis es el individuo, por lo que tiende a des socializar lo individual e individualizar lo social. Comprobaron, - algo que se sabía y que se ha trabajado bastante-; el maltrato físico y la poca supervisión a edades tempranas, inciden en la personalidad de los integrantes de estos agrupamientos, aunque cabe decir que esto no aplica para todos los casos, no estamos ante una trayectoria lineal o mecánica de la biografía individual como a veces se pretende instaurar.

En cuanto a las características socio demográficas que reportan, son chicos y chicas menores de edad (su ingreso a la *mara* o *pandilla* es a una edad promedio de 13 años), con estudios entre 8º y 9º grados (secundaria), -la escuela les aburría-, de familias *desintegradas* y deportados de los EE UU. Algo interesante que arroja esta investigación, es o son, las diferencias intra pandilla o intra mara, es decir, la auto representación de su lugar social al interior que marca incluso diferencias de prestigios, en tanto que no es lo mismo, o no signa igual (por su valor simbólico), ubicarse o situarse en la escala más baja de la *clica* “*tira piedras*”; o a nivel medio, “*mejor organizados*”; o en lo más alto; ser ya pandillero, al menos con bachillerato o estudios universitarios inconclusos, en su mayoría deportados y bilingües. En el abono a una tipología identitaria, o de la creación de un lugar social como pandillero, o de la mara; están los “*simpatizantes*”, cuyo vínculo de compromiso es muy relajado ya que no son miembros iniciados o “*brincados*”, por lo que su lugar es muy plástico / flexible; también aparecen los pandilleros, “*no activos*” / “*pasivos*”, quienes no han renunciado a la adscripción, aunque no se implican en actos ilegales / de violencia; ni tampoco consumen sustancias (drogas ilegales).

En un artículo de Kristina Pirker (2004), menciona que tanto la exclusión social como la pobreza van en aumento en toda la región centroamericana, su

estudio se sitúa en la década de los 90s y se centra en la emergencia de las *pandillas* conformadas por jóvenes en la región. La autora reporta las siguientes cifras: se calcula que en Guatemala en el año de 1987, había 28,000 pandilleros; en El Salvador de 1995, refiere 20,000; en Honduras en el año 2000, registra 31,000 y, en Managua, en el año de 1999, unos 8,250 pandilleros. Si uno hace la suma, tenemos un total de 77, 250 pandilleros en la región de Centroamérica, números que deben de ser considerados con reservas, por dos razones, *primero*: la poca validez y confiabilidad en los registros que manejan las autoridades y los cuerpos de seguridad del Estado y, *segunda*: el aumento de las dificultades de los conflictos sociales y urbanos en la zona que conllevan al incremento de los miembros de estos agrupamientos juveniles.

Para Pirker, (2004: 136): “*Las pandillas juveniles centroamericanas se mueven en un contexto caracterizado no solamente por las carencias socioeconómicas sino por la destrucción del tejido social en términos culturales e intersubjetivos*”. Estos nuevos actores urbanos configurados en torno a las *pandillas* del B-18 y de la MS-13 (grupos hegemónicos), adquieren cualidades distintas a las que se tenían en los agrupamientos juveniles comparados con los de la década de los ochentas, por ejemplo, los grupos de pares ochenteros adquirirían dos rostros, *uno*: de *bandas culturales* (lúdicas), (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), en la disputa por la apropiación del territorio (la calle, el barrio, la esquina), articuladas en el uso de su tiempo libre e insertos en la protesta social y en el marcaje de las diferencias culturales, *dos*: aquellos que viven en las calles e implicados en los circuitos de lo ilegal en sus prácticas de delitos menores: robos a transeúntes, comercios, partes de autos, o bienes materiales en casas, o en departamentos.

Las *pandillas centroamericanas*, tienen las características de ser *sujetos transnacionales*, (Kearney, 1995; Courtney, 2006), es decir, insertos en los procesos / en los flujos migratorios situados particularmente y, como estrategia familiar de sobrevivencia socio cultural, en la década de los ochentas, lo cual implica que el B-18 y la MS-13, son una red internacional que teje sus vínculos con sus miembros en los países en los cuales se han asentado, por ejemplo, en Estados Unidos de Norteamérica, particularmente en el Estado de

California, en la ciudad de Los Ángeles. Hay un antecedente y hecho geopolítico significativo que transformó el mapa, la geografía y las relaciones intersubjetivas de los agrupamientos o de las configuraciones de las adscripciones identitarias juveniles urbanas: los acuerdos de paz firmados en 1992, dan por terminada la guerra civil en Centroamérica, lo cual implicó una deportación masiva de miembros e integrantes de *clicas*, tanto del B-18 y de la MS-13, a El Salvador, Honduras y Guatemala (sus patrias de origen).

“La participación de jóvenes deportados de Estados Unidos llevó a una trasmisión de valores, códigos, formas de comportamiento, vestimentas (...), de las pandillas de los guetos latinos, sobre todo de los Ángeles. Ellos acostumbrados a los enfrentamientos violentos con las pandillas de otros grupos étnicos, contribuyeron a que la defensa de un territorio limitado –un barrio o unas cuadras de un barrio- se volviera una de las actividades principales de las pandillas centroamericanas” (Pirker, 2004: 140).

Para la autora hay varias circunstancias o factores que explican y dan elementos de comprensión a fin de entender el aumento de las violencias sociales y en lo particular lo que ella cataloga como *violencias urbanas* en la región centroamericana. *Uno*: el traslado de los conflictos de las pandillas de los Estados Unidos de Norteamérica, a los países de Centroamérica, lo cual conlleva, la vigencia de las redes trasnacionales. *Dos*: la desmovilización militar de la región (bastantes profesionales de la violencia, -Tilly, 2003-, en el mercado de la muerte, listos para enlistarse o adscribirse, por lo que una parte de ex guerrilleros y de ex militares, se agruparon y se hicieron; ya sea de la *pandilla* del B-18, o de la MS-13. *Tres*: muchas armas circulando en el mercado negro, se reporta la existencia de cerca de dos millones de armamento ilegal que está circulando en Centroamérica. *Cuatro*: la presencia del poder del crimen organizado, en su versión de narcotráfico.

El panorama no es nada alentador y en sí encierra una complejidad tal que dificulta su cabal entendimiento y comprensión. Es claro que las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, se han convertido en uno más de los enemigos públicos, locales y trasnacionales que bajo los discursos del neoliberalismo de la seguridad pública los convierten en una amenaza que hay que combatir (De ahí, por ejemplo, cobra sentido la creación de las Leyes Antimaras). Además se tiene evidencia empírica de que las pandillas no son los principales causantes de la delincuencia y de la inseguridad ciudadana,

situación que es recreada por lo mediático que construyen una imagen de estos agrupamientos, en torno al miedo, al pánico y al terror, que no se correlaciona con su real incidencia en el ejercicio de las violencias, en la que una parte de ellos, están implicados.

2.2 Las miradas y las voces de “los juras”, -la policía-

A partir de los imaginarios sociales que han construido distintos actores, con respecto al asunto de estos grupos, poco se han explorado los puntos de vista y las voces de los cuerpos de seguridad del Estado-salvadoreño, “*los juras*” / la policía, en este sentido, contamos con un documento y, una entrevista, los cuales procederemos a analizar.

En relación al texto denominado, *Violencia de Pandillas o Maras en Centroamérica. Caso El Salvador*,²⁶ se trata de un acercamiento tipo diagnóstico en relación a la violencia de pandillas o de maras en El Salvador, a partir de la mirada que se caracteriza por una estrategia de represión, de control y, claramente, descontextualizada. Lo interesante de estos reportes, son los datos ofrecidos y, conocer / entender, desde su interior, las lógicas de sus particulares posturas y posicionamientos con respecto a la complejidad de las situaciones de violencias y de inseguridad pública que se viven, asociadas o vinculadas, a los agrupamientos de la MS-13 y a los *homies* del B-18.

En lo que atañe al asunto que en términos genéricos les denominan como pandillas, se reconoce de su existencia a partir de la década de los ochentas, cuyas configuraciones, vale decir, están o estaban más relacionadas con aspectos en la construcción de una diversidad de identidades o de *culturas juveniles* (Feixa, 1998), por lo que se reportan adscripciones de maras²⁷ denominadas como Mara Chancleta; Mara Gallo; Mara Mao Mao; Mara 42; Mara Cona; Mara Tigre o Power Ranger, situadas en ambientes y, en climas escolares y, de pleitos callejeros.²⁸

²⁶ Comisión de Jefes de Policía. Centroamérica y el Caribe. Equipo técnico especializado para abordar la problemática de pandillas o de maras en la región centroamericana. 10 de noviembre, al 03 de diciembre de 2003.

²⁷ En una de sus denominaciones, *mara*, en El Salvador, significa grupo, es decir, habría distintos tipos de maras: de estudiantes, de amigos, deportivas, de ancianos y las de *pandilla*. Cfr. Matías Romero. *Diccionario de Salvadoreñismos*, Ed. Delgado, 2003. El Salvador.

²⁸ En esa misma década, aunque en California, Estados Unidos, de manera silenciosa, se está conformando, tanto la MS-13 y el B-18. Pero no es sino hasta después de la firma de los acuerdos de paz, en el Castillo de Chapultepec, México, 1992, que formalmente se da fin a la

Desde el discurso policiaco, se hace una tipificación sui generis (le llaman categorías policiales) de las maras o pandillas (no hacen distinción alguna entre estos agrupamientos) y las clasifican como *Pandilla Juvenil*; la cual ejerce violencia, comete delitos menores, anclada a ámbitos estudiantiles y todavía mantienen vínculo familiar; la *Pandilla Juvenil Delincuencial*; es aquella que tiene una estructura organizativa, son utilizados por el crimen organizado y han roto el vínculo con la familia; la *Pandilla Criminal*, tiene una estructura de crimen organizado y se nutren de jóvenes pandilleros, es decir, la connotación está centrada en su organización y configuración.

En lo que se refiere a la mirada de éstos cuerpos de seguridad del Estado, la estructura de *la mara* o de *la pandilla*, la caracterizan por lo regular ubicando a un Líder y después hacen una desagregación (tipo esquema de flujos) a través de situar diversos subgrupos con funciones específicas, a saber; el grupo encargado de la logística, el de choque, el de reclutamiento, el delincuencial y el de información. Asimismo, hay varias obsesiones de esta mirada policiaca; *una de ellas* es la relacionada con la cuantificación de los integrantes y, *la otra*; con respecto al discurso construido en relación a considerarlos como crimen organizado. En cuanto al número, la Policía Nacional Civil (PNC), reporta que de la pandilla de la MS, hay, 5,775, miembros, lo que implica un 55%; a la *pandilla* del B-18, le atribuye una afiliación de 3,675, integrantes, es decir, un 35% y; otras que implican, a 1,050, miembros, el 10%; si sumamos, dan un total de 10, 500 pandilleros adscritos a 309 *clicas*.

El discurso que más sobresale e impacto ha tenido y que se ha instalado mediáticamente e incorporado en el imaginario colectivo es en relación a que el

guerra civil protagonizada entre el Gobierno salvadoreño y la guerrilla; y aunado a la deportación masiva de maras y de pandilleros de Estados Unidos, a sus países de origen, El Salvador, por ejemplo; es cuando emergen o se visibilizan estas adscripciones identitarias en el espacio público de una manera espectacular ante el asombro y el azoro de la población en general. La respuesta del Estado y de sus instituciones es tardía y errónea; ya que privilegiaron una estrategia de represión y de persecución desmedida contra estos agrupamientos, instrumentada a través del Plan Mano Dura del 23 de julio de 2003 y, de la Ley Antimaras, aprobada por la Honorable Asamblea Legislativa, con fecha del 9 de octubre de 2003. Queda claro que estos planes y leyes, criminaliza la condición juvenil en general y la adscripción identitaria juvenil, en lo particular, ya sea de la MS-13, o de la *pandilla* del B-18; sólo basta leer lo referente a las asociaciones ilícitas para confirmar lo anterior.

crimen organizado esta siendo uso de las pandillas / de las maras y, al mismo tiempo, que la deportación masiva de pandilleros del extranjero son los que promueven una cultura de la violencia: *“En El Salvador, el fenómeno de las pandillas está estrechamente vinculado al crimen organizado, ya que se han visto involucrados en secuestros, tráfico de drogas, robo de vehículos, robo de mercancías y en el homicidio”* (PNC, 2003:14).

En lo que atañe a la entrevista, fue realizada por Miguel Vizcarra (2006), al subdirector Julio César Marroquín Vides, de la PNC, de El Salvador, durante la clausura del seminario; *“Efectos y proyecciones: estructura y dinámica de pandillas y maras”*.

La información es importante; ya que muestra claramente los discursos y los imaginarios que las autoridades gubernamentales y las instituciones de seguridad del Estado construyen con respecto al asunto de los *“mareros”* (forma despectiva para referirse a ellos). Lo que más resalta sería lo siguiente, cuando Vizcarra pregunta *¿Qué son las Maras?*, la respuesta: *“Es un grupo de jóvenes que se integran o se agrupan para fines que en El Salvador, son ilícitos. No se conocen hasta la fecha grupos de este tipo que hayan hecho una labor totalmente buena, lo único que han llevado es a la violencia”* (p. 106).

Es clara la visión homogénea que totaliza a los grupos de las maras como delincuentes y violentos. De igual manera, llama la atención la explicación que da Julio César Marroquín cuando se le interroga acerca de la formación de las *maras pandilleriles*, en tanto que las coloca, en el afuera del país, sin anclajes sociales, ni culturales, en los contextos centroamericanos, caso El Salvador y, además, prevalece una concepción esencialista de las violencias: *“(…) la cultura se exporta, una cultura de violencia, de pandillas, que se genera en Estados Unidos desde la década de los 50s del siglo XX y que viene a repercutir en los jóvenes violentos que también llevan la cultura de la violencia enseñando a otros grupos juveniles que son presa fácil de las pandillas, en este caso de la mara salvadoreña”* (p. 106).

Otras cuestiones a destacar son en relación a la información que tales autoridades policíacas poseen y que difícilmente se podría tener acceso (aún con las reservas del caso); acerca de las pandillas que tienen detectadas, el

número de integrantes, los delitos que cometen, los encarcelados y la aplicación de las Leyes de Mano Dura.

Ante esta situación de la violencia urbana (Pirker, 2004), una de las respuestas del Estado, ha sido la represión y el exterminio financiando a grupos paramilitares y de limpieza social. A partir de 1990 se han implementado varios planes policiacos “exitosos”, como el Plan de Súper Mano Dura, escuchemos al Subdirector de la PNC, de El Salvador: “(...) es el combate a la pandilla donde tiene que aparecer todo el aparato represivo del estado, especialmente el judicial (...) los cuales deben de trabajar para poder bajar el índice criminal a través del arresto, o sea, llevarlos a la justicia y juzgarlos justamente pero con un mecanismo legal, entonces el plan “súper mano dura” es un éxito” (p. 108).

2.3. Aproximaciones a las violencias de la muerte.

Alberto Carazo (2001), menciona que la guerra y la violencia son un producto de la cultura, sentencia importante y hecho social fáctico, que nos encamina a desentrañar, lo cultural en las violencias, por lo que hay que visibilizar sus hilos conductores, la sustancia, la densidad y el grosor. Si como se ha mencionado, las violencias no son una esencia, algo natural del ser humano, o de los jóvenes por ser jóvenes, sino una construcción que se teje y se articula a través de las relaciones intersubjetivas con los otros, los objetos y las instituciones del Estado, en este sentido, las violencias se aprenden como códigos de comportamiento y escenarios vividos, ya sea porque se le ha sufrido (víctimas / objetos de), o porque se les ha ejercido (victimarios / sujetos de), o se ha visto (televidente / testigo presencial).

En nuestras sociedades contemporáneas, los niños, los adolescentes y los jóvenes, en lo particular, no son los que generan los escenarios de las violencias, sino que como punto de partida, viven en ellos, es decir, les anteceden, además, éstas se asemejan a las muñecas rusas, ya que se manifiestan y se expresan a través de una diversidad de rostros, de matices y de tesituras.

Acogemos la propuesta que hace Philippe Bourgois (2005), al considerarle a través de cuatro principales vertientes; la violencia estructural, la política, la simbólica y la interpersonal. Todas se ligan e intersectan entre sí.

Dicha propuesta de clasificación o tipologías de las violencias, las realiza, a partir de su trabajo etnográfico, *por una parte*, en situación de guerra, en El Salvador, con campesinos revolucionarios del FMLN y, *por la otra*; en climas de paz, en Nueva York, con la comunidad Puerto Riqueña traficantes de *crack*. Asimismo, postula la idea, o el término, de *pornografías de las violencias*.

En cuanto a los tipos de violencias, el autor habla de 1, *La política*, administrada por una ideología, movimiento, o un Estado, por ejemplo, la represión que se hace contra la disidencia, e incluye, la lucha armada como reacción al régimen represivo. 2, *La estructural* (que la retoma de Galtung, 69, 75), se sitúa a un nivel macro, abstracto; ya que dada la organización económica / política, impone sufrimiento físico y emocional, por ejemplo, la pobreza. Asimismo, el concepto proviene de los estudios anticoloniales, o de resistencia (Fanon, 1963). Dicho término tiene una liga con la teología de la liberación (Martín-Baró, 1994). 3. *La simbólica*, -concepto desarrollado por Bourdieu (2000)-, alude a lo sutil / a lo invisible; lo no material que se incorpora desde mecanismos de la cognición como sumisión. 4. *La cotidiana* (desarrollada por Nancy Scheper-Huges), es a un nivel fenomenológico y alude a las prácticas y a las expresiones de agresión interpersonal, ejemplo, el conflicto doméstico.

El estudio que llevó a cabo en El Salvador, se ubica en el contexto de la guerra fría, en la década de los 80s (más de 75, 000 civiles murieron en esa conflagración). Refiere la culpa que sienten los sobrevivientes (en relación a las campañas de *tierra quemada* que realizaba el ejército salvadoreño), de la violencia como necesidad instrumental, banal y normalizada (pone de ejemplo, la suscitada al interior de las fuerzas rebeldes, vía las ejecuciones) y, el género de las violencias.

Con respecto a lo que denomina *pornografía de las violencias*, es aquella que sumerge las causas estructurales, hiper-visualiza los detalles, se hace espectacular, privilegia la descripción sobrecogedora, muestra fotografías desgarradoras, desarrolla una poética seductora y, termina -involuntariamente- reforzando las percepciones negativas sobre los grupos subordinados.

“Aquellos que se enfrentan a la violencia a través de la resistencia –sea está cultural o política- no escapan indemnes del terror y la opresión contra la que se levantan. El reto de las etnografías es, (...) contener el

impulso de presentar una imagen <<saneada>>, y esclarecer las cadenas de causalidad que unen la violencia estructural, política, y simbólica con la producción de la violencia cotidiana, que sostienen las relaciones de poder desiguales y tergiversan los esfuerzos de resistencia. En la era post-guerra fría, una mejor comprensión de estas complejas relaciones es especialmente importante porque son las fuerzas internacionales de mercado (...) las que están declarando la guerra a los corazones y mentes de las poblaciones” (Bourgois, 2005: 32).

El concepto y el término de *violencia simbólica* se lo debemos a Pierre Bourdieu, (2000). Encontramos las referencias, entre otras, en el texto de “*La dominación Masculina*”. En ese libro, el autor reflexiona acerca de la dimensión simbólica (diríamos cultural) de la dominación masculina, acerca de la construcción social del cuerpo, de la virilidad y del poder. Discute con las visiones esencialistas (biologistas / psicoanalíticas), propone un análisis materialista de la economía de los bienes simbólicos y marca la vía metodológica del análisis etnográfico como una manera de explorar (o, mejor dicho, desmontar), las categorías con las que se construye o construimos el mundo. Para Bourdieu (2000), la violencia simbólica tiene que ver con lo amortiguado, lo insensible, lo suave, lo espiritual, lo invisible (para quienes la padecen) y se configura a través de la astucia, la mentira y la pasividad, es ejercida a través de la comunicación (enfatizaríamos: la palabra, el lenguaje, el discurso) y, el conocimiento.

Por lo que podríamos pensar y retraducir que la materialidad de la violencia simbólica estaría en la verbalización, en la palabra hablada y enunciada: las amenazas, las injurias, las ofensas y las descalificaciones. Al mismo tiempo, hay que aclarar que se da un interjuego entre la violencia en su materialidad como hecho, suceso y acontecimiento, en lo real objetivo y, en lo inmaterial, lo cultural, lo simbólico, es decir, lo simbólico no borra, ni minimiza a la violencia física. Pierre Bourdieu (2000:51), considera que la violencia simbólica se construye e incorpora por mecanismos de la cognición social (la percepción) y deviene en un pensamiento naturalizado:

“La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (...) cuando no dispone, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; cuando los esquemas que pone en práctica

para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores, (...) son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto”.

Lo importante, entre otras consideraciones, es el hecho de que lo que se incorpora como violencia simbólica, es la reproducción en el sometimiento asimilado y pasado por un pensamiento de lo natural y de lo normal. Estamos ante las configuraciones de relaciones asimétricas de poder, es decir, la fuerza simbólica ejercida, es una forma de poder.

Por parte de la condición masculina como dominación, implica también tensiones, conflictos y dificultades en torno a tener que mostrar y visibilizar en las relaciones intersubjetivas, esa imagen o representación de lo dominante. Situación que cobra sentido y significado en el requerimiento de tener que mostrar ante los otros, en lo particular, con los otros masculinos, -como mecanismo de reafirmación-, las estrategias de la masculinidad: el machismo, la valentía, el arrojo, lo temerario y la virilidad.

Estas dimensiones de lo que podríamos referir como lo cultural / simbólico, de las violencias ejercidas (el honor, el prestigio, la virilidad), son mecanismos que articulan los ritos de iniciación de lo poco instituido que queda de las instituciones escolares (las novatadas entre los alumnos), las instancias militares (las pruebas de humillación), las *pandillas* del B-18 y las *maras* de la MS-13 (los ritos de iniciación, al ser golpeados los nuevos miembros: “*la brincada*”).

La virilidad es un concepto relacional, ya que está vinculado con el ejercicio de las violencias y es una de las claves interpretativas a fin de entender y de comprender las violencias que se ejercen al interior de los agrupamientos e identidades juveniles, como lo son incluso *las bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2003) y las *clicas*, de cualquier adscripción identitaria del B-18 y de la MS-13.

“(...) la virilidad tiene que ser revalidada por los otros hombres, en su verdad como violencia actual o potencial, y certificada por el reconocimiento de la pertenencia al grupo de los <<hombres auténticos>> (...) Prácticas como algunas violaciones colectivas de las bandas de adolescentes –variante marginal de la visita colectiva al burdel, tan presente en las memorias de adolescentes burgueses-, tienen por objetivo obligar a los que se ponen a prueba a afirmar delante

de los demás su virilidad en su manifestación como violencia” (Bourdieu, 2000: 70)

Estas violencias han desgarrado el tejido social de las sociedades, los agrupamientos, las colectividades, las comunidades y, erosionado las identidades sociales. Lo cual ha conllevado a la rotura de los lazos de solidaridad, a la desconfianza en los otros, incluyendo a las instituciones otrora referentes imprescindibles, la familia, la religión y la escuela, principalmente.

“Los jóvenes latinoamericanos no sólo son espectadores de violencia en sus hogares, sino que la sufren en carne propia; graduados o expulsados de sistemas escolares excluyentes y discriminatorios, que reproducen la violencia, tanto tradicional como estructural; y espectadores de miles de horas de violencia en la televisión, son presa codiciada de la magnificación de la violencia, que cuando en ellos campea, tiene para rato” (Carazo, 2001: 10).

La discusión con respecto a los medios masivos de comunicación y las violencias, ha sido una temática permanente y cada vez más necesaria dada la potencia en la construcción de opinión pública, la influencia en los imaginarios sociales y, en las decisiones individuales y colectivas de los sujetos televidentes. Al igual que las violencias y los jóvenes; la violencia le preexiste a los *mass media*, es decir, en sentido amplio, los medios no la crean, sino que la recrean y la hacen espectáculo para el consumo masivo, el entretenimiento colectivo y los fines políticos a los que haya lugar o necesidad de favorecer. No se niega la importancia de los medios, sin embargo, ante ese poder casi omnipresente, también hay que mencionar el interjuego de los procesos de mediaciones (Martín-Barbero, 1987) que llevan a cabo las audiencias, los espectadores y los públicos consumidores de esas violencias: los mecanismos son los procesos de re-semantización o de re-significación de los mensajes y de las imágenes que llevan a cabo los sujetos televidentes o las audiencias televisivas.

Desde la experiencia brasileña, Djalma Paz (2001), aborda la violencia en los medios de comunicación de masas, en particular aquella que impacta o influye a los jóvenes como espectadores, el impacto o los efectos, se dan a nivel de los comportamientos (la imitación), de la cognición (las opiniones) y en el ámbito afectivo o emocional (en niños; pesadillas). Una de las ideas más interesantes (que además vuelve a confirmar lo que otros investigadores han encontrado), es que los tele espectadores que están acostumbrados a los

contenidos de violencia que trasmite la Televisión y, están por largas horas frente al monitor, son los que convalidan el ejercicio de éstas en las vicisitudes de la vida diaria, real y concreta. Además, esto se traduce, en los niños y en los adolescentes, en la réplica, o el seguir los comportamientos violentos. A su vez, son los públicos que más apoyarían la rigidización de las leyes y de las sanciones, es decir, están a favor de la pena de muerte, o de castigos más severos (como la cadena perpetua), o incluso, mostrar estimación por las Leyes Antimaras / de Mano Dura y las políticas de cero tolerancia, dirigidas con especial dedicatoria contra el B-18 y la MS-13.

“Violencia social. Es aquella en la cual la víctima se encuentra en el sector de la población más alcanzado por cualquier tipo de preconcepción, como el racial, económico, religioso, cultural. En esos casos, la violencia no está necesariamente acompañada por la utilización de fuerza bruta. Lo que se advierte aquí son situaciones en donde la víctima es identificada claramente, es subyugada y no tiene capacidades para reaccionar” (Paz, 2001:74).

Afirmamos que una de las cualidades de estos nuevos actores urbanos, afiliados y adscritos a las *clicas*, de las *pandillas* del B-18, o de la MS-13, es que una parte de ellos, ante el borramiento de la familia como la instancia clave en la socialización primaria, la dificultad de insertarse a la escuela, o de tener un empleo digno y bien remunerado, tuvieron que socializar en la calle y en el barrio, con otros jóvenes excluidos parecidos y similares a ellos.

Las violencias que se gestan y se dan al interior / al exterior de estos agrupamientos, tienen la configuración de estar *ritualizada*, es decir, ante la debilidad y el sin sentido de las instituciones del Estado (la familia, la religión, el ejército y la escuela), que ya no están mediando las tensiones, ni los conflictos urbanos, ni tampoco ofrecen los mecanismos para los ritos sociales de paso, por ejemplo, de la juventud hacía ser adultos, entonces, tales agrupamientos construyen sus propios ritos e iniciaciones como *maras* o *pandilleros*, donde las violencias son uno de los mecanismos en su constitución como tales. Así, las violencias ejercidas, tienen un valor no sólo social, sino eminentemente cultural / simbólico, es decir, valen por lo que representan: prestigio social, cohesión grupal, virilidad y, además, se obtiene respeto y se reafirma la masculinidad, se crea presencia (Díaz, 2002) y se está en la disputa por el poder. Estas violencias sociales dramatizadas o escenificadas en lo urbano, (Pirker, 2004),

también tienen que ver con la disputa y el control del espacio público; las calles, el barrio, el tránsito por el territorio y, por extensión, de los lugares del encierro (las cárceles).

“Los adolescentes, para escaparse de las viviendas sobre pobladas, salen a la calle (...), y se manifiesta otro factor de exclusión social: la exclusión territorial (...). Las luchas violentas de las pandillas por el control o la defensa de “su” barrio adquieren (...), un significado más: se trata no sólo de la necesidad de contar con un territorio donde ejercer el dominio y sentirse seguro, también se trata de ocupar una posición en el espacio social que provee de presencia y, por ende, de poder” (Pirker, 2004: 148-149).

2.3.1. Territorios y fronteras disciplinares de las violencias.

Los aparatos conceptuales con los que trabajamos y utilizamos como claves hermenéuticas para el entendimiento y la comprensión, en este caso, de las violencias y de la muerte en relación a los agrupamientos de las adscripciones identitarias juveniles, están contruidos en la lógica de la modernidad y, regularmente, se sitúan en las ciencias sociales edificadas en las sociedades occidentales (europea y norteamericana). Esto conlleva a algunas dificultades cuando las aplicamos a las vivencias y a las experiencias en América Latina, lo cual no niega que ha existido desde el pensamiento latinoamericano construcción de conocimientos, saberes y aparatos analíticos con sus respectivas matrices de conceptos y de términos (González Casanova, 2004).

Varios son los conceptos y los términos que últimamente se nos están complicando; la violencia, la delincuencia, la desviación, la *pandilla*, la identidad, lo antisocial, la cultura: dificultad que se incrementa cuando se hacen las ligas y las articulaciones entre distintos conceptos que llevan a diferentes tramas sociales y culturales y, cadenas de representación, por ejemplo; las violencias juveniles, o la delincuencia juvenil, o las violencias pandilleriles, o los comportamientos antisociales de los jóvenes. Trabajamos también con aparatos conceptuales o con matrices terminológicas que están cargadas de sentidos y de significaciones que, a veces, abonan a la validación y a la reafirmación de la exclusión, la discriminación, los estereotipos, los prejuicios y los estigmas sociales que se sitúan en el registro de las violencias simbólicas (Bourdieu, 2000), como por ejemplo, “*la mara*”, “*los mareros*”.

Quizás la vía es desmontar esos aparatos conceptuales, desarmar los términos y construirles otras significaciones, contenidos y representaciones. Por ejemplo, el concepto de *pandilla* (o, *gang* en inglés), -decíamos-, es construido desde la Escuela de Chicago en Estados Unidos, en sus incipientes estudios acerca de un nuevo fenómeno o sujeto social de la época: los agrupamientos juveniles visibilizados en la periferia de las ciudades industriales y en los espacios urbanos, allá por los años 20s y 30s. Dicho concepto, desde un inicio se le ha asociado con la delincuencia, teniendo como personaje central a los jóvenes, en especial, a los marginados (Germani, 1980), o a los habitantes de los barrios populares.

Así, las *pandillas*, empiezan a ser consideradas como una “subcultura” juvenil que se sitúan al interior de la violencia social urbana (Pirker, 2004). Fernando Rozas (2000:143), en un artículo titulado, *Consumo, identidad social y violencia*, señala que: “(...) *la subcultura juvenil (la búsqueda de aventuras, la excitación, la emoción, la juerga, la agresividad) representa una extensión y una radicalización de las tradiciones de la cultura convencional. Los Valores que motivan la acción de los jóvenes pandilleros también están presentes en la sociedad general, sólo que estos últimos se practican de modo más restringido*”. Lo que está apuntando Rozas, va en el camino de que las prácticas sociales y las expresiones culturales de estos agrupamientos juveniles tienen que ver, por una parte, con las socialidades (lo lúdico) en las relaciones intersubjetivas y, por la otra, el tránsito en la construcción de las identidades (juveniles y grupales) que conllevan dimensiones como la autoestima, la diferenciación y la creación de las presencias (Díaz, 2002).

En estas lógicas se inscriben y encarnan las violencias sociales (Sosa, 2004), desde su valor simbólico, ya que a través de su ejercicio como sujetos de (llevarlo a cabo), e incluso como objetos de, (en tanto padecerla), se obtiene y alcanzan ciertas dosis de respeto y de prestigio social, honor, gloria, fama y, además, se reafirma la virilidad, es decir, la masculinidad, ante sí y los otros (Bourdieu, 2000). Dice Rozas, (2000: 148): “(...) *la violencia juvenil mostraría una forma intensa de vivir, de placer hedonista unido a un sentimiento de gloria honorífica concedida por los pares (...) puede ser entendida como un medio para romper el anonimato y expresar una necesidad de contacto y de*

encuentro con los otros y los suyos, en una perspectiva de lo inmediato (sensación de calor, pasión, etc.) de los encuentros sociales”.

Aunque no lo comenta abiertamente el autor, por lo que escribe, el tono y el matiz, se infiere que su lugar de enunciación es desde la postura de Michele Maffesoli (1990), con respecto a su metáfora de “*las tribus urbanas*”, como *comunidades emocionales*, o “*micro grupos*”, o “*micro identidades*”. Quizás uno de los cuestionamientos que se podría hacer a esta postura, es con respecto, a que deja la impresión que todo es a nivel de la circulación de una diversidad de símbolos, es decir, flujos de emociones, de afectos y de pasiones que llevan al acercamiento y al contacto, por el simple placer de estar, o de ser, junto al otro; sin anclajes, ni referentes y desligados ¿Y la historia donde se situaría? ¿Sujetos sin objetos? (Discusión que profundizaremos más adelante).

Siguiendo con este planteamiento, en relación al uso de los conceptos y de los términos, a veces carecemos de cierta rigurosidad en tanto descuidamos los sentidos y los significados a los que aluden o dan cuenta. Por lo que los empleamos muy a la ligera, en los umbrales del sentido común, así nos exponemos a que pierdan potencia interpretativa (de explicación / de comprensión). Tal es el caso de utilizar como sinónimos términos que tienen connotaciones diferentes, por ejemplo; *tribus urbanas* / *pandillas* / *bandas* (juveniles), se utilizan como si fuesen lo mismo, cuando no lo son.

En el texto de Pere-Oriol, Pérez y Tropea (1996),²⁹ además del uso indiferenciado de estos términos, los autores, básicamente, llevan a cabo, dos acercamientos, *uno*: al proceso de conformación de las denominadas “*tribus urbanas*” y, *dos*: al estudio de la cultura urbana (agregaríamos la juvenil). El libro tiene un valor didáctico en tanto es esquemático, sistematiza y reconstruye la producción de conocimientos y de saberes de distintos autores, escuelas, tradiciones, dispositivos metodológicos y líneas de investigación, situados desde una perspectiva de metodología cualitativa, de corte socio histórico y etnográfico.

Quizás el apartado más importante sea, el de: “*subculturas juveniles: aproximaciones teóricas y metodológicas*”, escrito por Charo Lacalle, la autora, hace una genealogía de las subculturas juveniles urbanas más significativas

²⁹ Me refiero al de *Tribus Urbanas*, ver la bibliografía citada.

desde los estudios de las bandas juveniles de 1915 (La Escuela de Chicago), transitando por obras clásicas como la de William Foote, *La sociedad de las esquinas* (1943), pasando por la Escuela de Birmingham, los investigadores franceses como Jean Monod, *Los Barjots* (1968) y su perspectiva estructuralista (a la Levi-Strauss).

Interesante resulta la ubicación de las configuraciones o adscripciones identitarias juveniles teniendo como escenario geo político a Europa, principalmente a Inglaterra. De ahí se reconstruyen las trayectorias de agrupamientos como los *Teddy Boys* (50s), los *Rocker*, los *Mods* y los *Hippies*, en los años (60s), los *Skin heads*, mediados de los sesentas (64) y, los *Punks*, de los setentas (75). Lo que podríamos resaltar son los posicionamientos o los lineamientos teórico / metodológicos que guiaron en términos generales a los estudios europeos acerca de las culturas e identidades juveniles: en los 50s, hay una tendencia que apunta al aspecto de la delincuencia; en los 60s, se enfatizan los conflictos generacionales y al uso del tiempo libre o del ocio; en los 70s, hay un giro hacia la marginalidad y como expresión de la resistencia cultural; en los 80s, el desbordamiento de las violencias.

Probablemente, uno de los agrupamientos juveniles más potentes como paradigma del ejercicio de las violencias en los espacios urbanos y en los estadios de fut bol,³⁰ sean los *skin heads* ingleses, ahora mezclados como fenómeno social con los *Hooligans* (compuesto por las clases más bajas de la sociedad y con un machismo exacerbado). Se conoce que los *skin heads*, tienen vínculos con agrupamientos de la ultraderecha, de ideología nazi con todo y sus emblemas, -la cruz gamada-, racistas, xenófobos, nacionalistas (la nación *skin*), reivindican la supremacía blanca (al estilo del Ku-Klux-Klan, norteamericano) y, actúan como un ejército.

Todo indica, desde las evidencias empíricas que se tienen, que las violencias son una dimensión en la constitución / configuración de ser *skin*: en el diseño y en la representación de su imagen; de la estética corporal (cuerpos adiestrados en los gimnasios para la pelea), de su estilo, de lo exhibido, lo

³⁰ Actualmente en Honduras, se están registrando enfrentamientos muy fuertes entre las porras / las "barras bravas" de varios equipos de fut bol, como una forma de descentramiento con respecto a los grupos hegemónicos del B-18 y de la MS-13 (Aspecto que trataremos ampliamente en el apartado del análisis etnográfico).

militarizado y su identidad como guerreros urbanos. De igual manera, se da una lucha por la representación de sentido y de significado de *ser skin*, tanto al interior del agrupamiento (ya que hay distintas formas de serlo), como al exterior del grupo; en la necesidad de diferenciarse de los otros, especialmente de y contra sus principales rivales: *los punks y las minorías negras*. Para Lacalle (1996: 178-179), el imaginario colectivo de la violencia skin se construye entre el propio agrupamiento y los medios masivos de comunicación. Escuchémosla:

“En los skin (...), ese componente existencial en el uso de la violencia estaba bastante acentuado: por la razón que sea, esos jóvenes se sienten muy atraídos por un comportamiento vitalista y agresivo, un modo de estar entre los otros que se manifiesta (...) de forma muy física, como contacto y como enfrentamiento (...) Los skins requieren vivir exponiéndose con su propio cuerpo en las relaciones sociales. En su universo de valores, la violencia es una expresión legítima y real de la individualidad, aunque eso implique (...) que deban saltarse algunas reglas oficiales de la convivencia social”

2.4. Violencias / jóvenes / género.

A partir de las discusiones con respecto al asunto de las violencias y de los jóvenes, o mejor dicho, de los agrupamientos e identidades juveniles en los espacios urbanos (Pirker, 2004) y, de determinadas adscripciones, ha circulado en los ámbitos académicos el concepto de *culturas de la violencia / de violencias en la cultura*. Tal debate se instaura en los años 80s y se desarrolla en los 90s, no sin pasiones y afectos implicados, en particular, con y entre los teóricos, investigadores y activistas colombianos, la anécdota como mito fundante en la emergencia o visibilidad de los jóvenes colombianos, desde su lugar de actores urbanos, fue el asesinato que perpetraron dos *sicarios* montados en una motocicleta contra un candidato presidencial de la época (los ochentas). Suceso que activo la alarma social, los miedos públicos y la preocupación tardía de las instituciones del Estado (la familia, la escuela y los medios masivos de comunicación, principalmente).

Uno de los colegas, periodista de formación, ahora gobernador por elección popular, es Alonso Salazar,³¹ que en su artículo, “*Violencias juveniles:*

³¹ El autor, escribió un libro ya clásico, *La cultura de las bandas juveniles de Medellín. No Nacimos Pa! Semilla*, 1998; en el cual trata el asunto de los jóvenes que tienen como profesión

¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?, de 1998, considera que el conflicto que se da entre los barrios y las bandas juveniles, es una especie de auto-limpieza social que lleva a la auto-eliminación (Algo parecido a lo que sucede con el agrupamiento de los “*cholos*” mexicanos y la *pandilla* del B-18, contra la MS-13 centroamericana, cuyos códigos simbólicos que activan la batalla urbana entre ellos son; la venganza / el odio / el honor / el respeto). Dicha violencia la cataloga sin substancia, ya que hay un aniquilamiento contra la propia generación de la que se es parte, jóvenes contra jóvenes, destrucción del entorno social y físico en el que se vive y habita (incluyendo, la adscripción identitaria a la que se adscriben). “*Estas tribus armadas, marcan su territorio, convierten a las mujeres en trofeos de guerra, declaran enemigos a quienes no habitan en su zona, son implacables con los delatores y se exceden en crueldad en el acto de matar a sus adversarios*” (Salazar, 1998: 111).

Da la impresión que las violencias que ejercen estos agrupamientos y una gran parte de jóvenes, en sus espacios y territorios locales, adquieren una cualidad de lo transnacional, o de internacionalización de las violencias, como una especie de matriz de significación en la cual abrevan, con sus particularidades / sus anclajes regionales / nacionales, las adscripciones identitarias juveniles; ya se sea habitante de *las favelas* en Río de Janeiro, o perteneciente a *los malandros* en los barrios de Caracas Venezuela, o afiliados a la *pandilla* del B-18, o a la MS-13, en Centroamérica (El Salvador, Honduras y Guatemala, esencialmente), o *sicarios y parches* en Colombia, *los Chapulines*, en Costa Rica, *los pibes* de las villas de miseria en Argentina, o *los cholos* en México; ante todo, hablan del descontento y del malestar por la exclusión social en la que viven y, debido, a las desigualdades sociales en las que se encuentran.

Estas emergencias o visibilización de los agrupamientos juveniles en los espacios urbanos de las principales ciudades de América Latina que se debaten entre los circuitos de la legalidad / de las lógicas de la ilegalidad; crean y recrean una para legalidad, a través de las violencias ejercidas, como una forma de interpelación frontal al Estado / sus instituciones y a los proyectos

matar, es decir, “*los sicarios*”. Al respecto, el lector interesado, puede consultar también el libro de Fernando Vallejo, “*La virgen de los Sicarios*”, 2002, ALFAGUARA, México.

neoliberales, es decir, las violencias, en la mayoría de estas adscripciones identitarias, son imaginadas como un instrumento o vía para llevar a cabo, cierto tipo de nivelación socio cultural, en particular, la que corresponde al B-18 y a la MS-13.

A decir de Salazar (1988), los delincuentes juveniles buscan reconocimiento social, construcción de sus identidades y señala que las violencias tienen que ver con la crisis de la modernidad industrializada. Apunta que *hay que preguntarse por las dimensiones culturales* de las violencias (como pueden ser, los celos, el horror, la crueldad). Asimismo, aportación interesante, vigente y pertinente, es la exploración que lleva a cabo con respecto a la dominación de la cultura del narcotráfico sobre las adscripciones identitarias juveniles: “(...) *la hegemonía de la cultura del narcotráfico, (...) neutralizó o asimiló nacientes formas de expresión contraculturales de la juventud y estandarizó (...) lenguajes, prácticas y creencias que (...) nos llevan más al pasado que al futuro, más a lo rural que a lo urbano y más al mundo adulto que al mundo juvenil*” (Salazar, 1998: 117-118). Esas formas de expresión culturales de la juventud que sucumbieron al poder del narcotráfico son las de los punks (punkeros o punketos), lo underground y, todas aquellos agrupamientos juveniles que se proponía algún tipo de confrontación o de ruptura con la cultura hegemónica.

Salazar (1998), nos da pauta para tejer algunas explicaciones aproximativas con respecto al asunto del narcotráfico y su penetración en una parte del agrupamiento de *los cholos mexicanos* (Valenzuela, 1988, 2002) y de ciertas *clicas* de la *pandilla* del B-18 y de la MS-13. Los cárteles de las drogas, es cierto, poco a poco, han cambiado y transformado la configuración de las *bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004) y de las *pandillas*, en *gangs*, cuyas lógicas de organización están en función del poder económico, las ganancias, las mujeres, la venta de armas, el tráfico de humanos y la distribución de drogas,³² sin embargo, esto se da a nivel individual, de un

³² En el caso mexicano, la investigación al respecto es incipiente, por lo que nos manejamos todavía con inferencias y señalamientos de la urgencia de trabajar la temática de las violencias y los nuevos actores del narcotráfico; jóvenes, agrupamientos, actores (los dealers universitarios).

miembro o de varios del B-18, o de la MS-13; pero no de toda la *clica*, ni tampoco, implica a la estructura orgánica como tal.

“(...) las redes de la violencia juvenil dejan de ser ocasionales y autónomas y tienden a convertirse en una prolongación de las formas de actuar del conjunto social. Las violencias de los jóvenes tienen relación con el narcotráfico y en muchos casos son continuidad de viejos conflictos sociales, del conflicto armado con la guerrilla, o respuestas a la violación sistemática de sus derechos por parte de los organismos de seguridad del Estado” (Salazar, 1998: 121).

Esa parte del ejercicio de la violencia que realizan o llevan a cabo las / los jóvenes agrupados en sus adscripciones identitarias, como respuesta al acoso y a la represión del Estado, a sus aparatos de seguridad, a los paramilitares y a los escuadrones de limpieza social, ciertamente cobra sentido y significado, para el caso de las *maras* y de la *pandilla*; ya que están siendo exterminados por los escuadrones de la muerte (*La Sombra Negra* en El Salvador, por ejemplo) y, en los espacios del encierro (las cárceles); cuando deliberadamente propician que se desaten las masacres.

Ha sido una discusión permanente y álgida el asunto de las violencias ejercidas contra las mujeres al interior de los agrupamientos juveniles, en especial, en las configuraciones del tipo *pandillas*, *bandas*, *clicas*, *gangs*; ya sean de *cholos* (mexicanos), *las maras* (centroamericanas), los *malandros* (venezolanos), los *sicarios* y *parches* (colombianos); o cualquier otra adscripción identitaria juvenil.

Las mujeres, *“las morrillas”*, *“las jainas”*, también *“rifan”*, así se expresan los *cholos* mexicanos, (Valenzuela, 1998, 2002), los del B-18 y la MS-13, centroamericana, con respecto a la participación, o a la presencia de las mujeres jóvenes al interior de la banda y de la *pandilla*. El lugar que ocupan ciertamente es subalterno y edificado a partir de la diferencia sexual en la construcción cultural del género, es decir, en relaciones asimétricas de poder. Situación que tiende a reproducirse en los vínculos intersubjetivos al interior de estos agrupamientos, aunque no sólo en ellos, sino que esto se replica en los vínculos sociales donde se expresa la dominación masculina (Bourdieu, 2000).

En un artículo de Ramos, Ferreira y Rodríguez (1998), abordan el asunto de la violencia contra las mujeres, las *pandillas* y la subcultura de la droga, en la frontera norte de México, Ciudad Juárez. Realizan un análisis de entrevistas

etnográficas a mujeres parejas sexuales de usuarios de drogas inyectables (UDIS) que a su vez son miembros de pandillas. Lo que encuentran, vuelve a confirmar lo que se ha reportado en otro tipo de estudios similares que indagan el asunto de las violencias intrafamiliares, (Serrano, 2005; Morán, Huezco y Gibbons, 2001), por ejemplo, estas jóvenes mujeres han estado expuestas a las violencias desde edades tempranas, lo que lleva a la incorporación de la violencia a través del mecanismo de la cognición social, por lo que se naturalizan las violencias y, posteriormente, se acepta desde el lugar de ser objetos de / o víctimas de (Bourdieu, 2000).

Los modelos de aproximación explicativa al asunto de las pandillas y de las violencias, regularmente corren en dos sentidos, *uno*: el psicoterapéutico, es decir, el nivel de análisis utilizado es el individual (autoestima, déficit, excitación, imitación), en el que se dé socializa lo individual y, *dos*: el estructural / social, cuya unidad de análisis es el grupo y la sociedad (desempleo, pobreza, desigualdad), en el que se individualiza lo social. La razón que dan los autores del por qué las violencias de pandillas hacia las mujeres se centra en la desigualdad económica entre sexos y la desorganización social / familiar, es decir, apuntan hacia dimensiones estructurales.

El ingreso a las pandillas tiene que ver con las condiciones materiales de vida difícil en la que se encuentran en sus familias como a los procesos migratorios. Asimismo, las mujeres jóvenes hispanas, o son hermanas o primas de pandilleros y el patrón de edad corresponde a la etapa de la adolescencia. La motivación más fuerte para el ingreso a la pandilla (que no se diferencia con respecto a la de los jóvenes hombres), es por obtener seguridad (o protección, en todos los sentidos, reales como simbólicos), tener respeto y sentirse libres: *“Conscientemente o no, ellas escogen parejas sexuales peligrosas, con la expectativa de que les sirvan de protección, y no se imaginan que con ellos llevan el clima de violencia a sus relaciones conyugales”* (Ramos, Ferreira y Rodríguez, 1998: 115). Los indicadores que utilizaron fueron, problemas de salud, escolaridad, familia, abuso físico familiar, abuso sexual, parejas sexuales, abuso conyugal. En este último rubro, más de la mitad refiere abuso conyugal, asociado con “uso excesivo” de alcohol y otras drogas. Asimismo, la

violencia incorporada y naturalizada, se explica por la dependencia económica en la que se encuentran en su relación de pareja, miedo a la desaprobación familiar y a la presión social en la que se encuentran, por lo que:

“En México, como en todo los países de América Latina, el género define los límites del poder en una relación conyugal. La sociedad como un todo, la desigualdad del poder económico y político entre los hombres y las mujeres, aunado a la socialización de las mujeres hacia la pasividad y la dependencia emocional hacia sus parejas, incrementan la probabilidad de violencia física y emocional en las relaciones (Ramos, Ferreira y Rodríguez, 1998: 120-121).

Las violencias sociales, (Sosa, 2004), independientemente de las que se trate, son procesos, no sólo hechos fácticos, lo cual implica que se van gestando y haciendo en los tiempos y en los espacios socio históricos, tejidos en las relaciones asimétricas de poder y en los vínculos intersubjetivos entre las instituciones, los sujetos, los agrupamientos y los géneros.

2.4.1 Las juventudes y las realidades culturales de las violencias sociales.

Existen una serie de situaciones que adquieren un carácter supranacional que se hacen visibles con mayor urgencia en determinados países de América Latina. Tal es el caso de las violencias y del uso de drogas (Hopenhayn, 2005), que son dos de los asuntos más complicados y delicados que de nueva cuenta afectan con mayor proporción al sector de los jóvenes en sus diversas condiciones de vida material y simbólica signados por su desventaja social. Actualmente, el Estado y sus instituciones han sido desbordados y no están cumpliendo más con la función de mediar con respecto a las demandas de la población en general, ni la de las / los jóvenes, en lo particular, debido entre otras cuestiones, a la gran cantidad de ellos / ellas, a la diversidad de los mismos, más las crisis locales de todo tipo que no permiten establecer políticas públicas de Estado, integrales e incluyentes, lo cual complica aún más la de por sí etapa difícil de la juventud y de la condición del ser joven.

La juventud es una categoría de análisis de lo social relativamente nueva, ubicada en las sociedades industriales y de la posguerra. Su conceptualización no está exenta de ambigüedades e imprecisiones y se sitúa en la disputa de sentido entre diferentes disciplinas sociales y humanas en el

camino de su definición. Aun así, podemos decir que el concepto alude a una categoría social situada histórica y socialmente.

Por lo que aquí encontramos una primera dificultad: nuestro objeto y sujetos de estudio, son rápidamente cambiantes, en el tiempo y en el espacio social, de ahí nos remite a varios dilemas en el diseño de las estrategias del método y de la metodología de investigación que se elijan. Por otra parte, hay una diferencia sutil entre el concepto de juventud y el de los jóvenes; ya que éstos representan las distintas maneras y formas a partir de las cuales es posible apropiarse de la idea o de la categoría de juventud, en otras palabras, se abre el camino para la diversidad del ser joven, incluyendo la diferencia de género, porque no es lo mismo ser joven hombre que ser mujer joven en nuestras sociedades, mexicana y latinoamericana.

La juventud en abstracto y los jóvenes en concreto, los del diario transcurrir, caracterizan una etapa de transición hacia la vida adulta, es decir, la juventud, como la niñez o la adultez, es una edad social por la que se pasa y no por la que se está permanentemente, esto implica que ser joven es algo transitorio (Cfr. Valenzuela, 1997).

En este sentido, el período de la juventud como etapa de transición, a decir de Gonzalo Saraví (2004),³³ se convierte regularmente en un momento crítico y coloca a una gran mayoría de jóvenes, en una situación de vulnerabilidad (o, al límite / al borde), con respecto a la exclusión social, a las violencias, al uso de drogas, a la delincuencia, al suicidio, a las conductas y a las trayectorias reproductivas complicadas y, a la violación de sus derechos humanos, incluso no reconocerles como ciudadanas / ciudadanos jóvenes. Esta configuración de los múltiples factores que tensan sus circunstancias están marcados también por el país al que se pertenezca, la adscripción grupal, la edad que se tenga, la identidad de género, las preferencias sexuales, el estrato social, la etnia / la raza, e incluso, al tipo de familia, hogar y comunidad de la que se es integrante.

³³ Los lectores interesados en las propuestas de Gonzalo Saraví, con respecto a la juventud como una etapa de transición vulnerable, ligada a los procesos de las inequidades y de la exclusión social en nuestro país, puede consultar el magnífico libro, *Transiciones Vulnerables. Juventud, Desigualdad y Exclusión en México*, CIESAS, México, 2009.

En la interconexión de estas situaciones y, otras, emerge el incremento de las violencias sociales,³⁴ (Sosa, 2004) y, la visibilidad en los espacios urbanos (Pirker, 2004), de las bandas y de las pandillas juveniles en la mayoría de las grandes ciudades de América Latina y de Centroamérica, articuladas por una especie de expansión (migración forzada), hacia otras latitudes, espacios y escenarios, es decir, estamos ante la transnacionalización (Kearney, 1995; Courtney, 2008), de las violencias y de las pandillas juveniles, por ejemplo, la que se establece entre la ciudad de Los Ángeles California, EUA y, la de las calles y, los barrios de El Salvador, Guatemala y Honduras.

Queda claro que las violencias y sus múltiples configuraciones son una realidad compleja y difícil de comprender por la gran diversidad de factores asociados y de variables que intervienen en su construcción, o en su producción social y en su dimensión cultural. Estamos también ante un problema estructural (Bourgois, 2005) y además muy arraigado en nuestras culturas latinoamericanas de larga tradición que delinear nuevamente los rostros de la exclusión y de las desigualdades sociales con su matiz de diferencia cultural.

La violencia, principalmente política (Bourgois, 2005; Moser y Winton, 2002; Carazo, 2001; Cuéllar, 2001), ha recorrido la mayor parte de los países centroamericanos; en Guatemala, representó un tinte étnico entre el gobierno y los grupos opositores; en El Salvador, la guerra fue contra los campesinos con una duración de 11 años y un costo alto en vidas: más de 75 mil muertos; en Nicaragua, la violencia cotidiana, la lucha ideológica y la contrarrevolución armada; en Honduras, represión a campesinos, al movimiento estudiantil, magisterial, urbano popular y una sociedad militarizada; en Costa Rica, aumento de los índices de delincuencia (Lungo y Martel, s/f).

Al respecto, las aportaciones de Charles Tilly (2003), ayudan a entender la violencia, a partir de los procesos sociales, en tanto que la ubica en la acción colectiva. Trabaja tres dimensiones; las nucleadas por las ideas (normas, valores, representaciones); las centradas en las conductas (motivos / impulsos); y las que tienen que ver con las relaciones sociales (interacción).

³⁴ Consideramos que todo tipo de violencias son sociales, en el entendido de que se construyen a través de los vínculos con los otros, en relaciones asimétricas de poder. Por lo que de aquí en adelante, hablaremos de las violencias en plural.

Tilly sostiene una postura interesante de la violencia: procesual, dinámica y relacional, en el entendido de que tiene que ver con las interacciones entre los individuo, los grupos o comunidades, es decir, relaciones intersubjetivas asimétricas de poder.

En sí, las violencias son discursos de poder a través de los cuales hablan los sujetos, los colectivos, las ciudades y determinados grupos sociales que tienen que ver con las tensiones y los conflictos sociales, no resueltos. Asistimos a expresiones de la violencia con diferentes rostros y tesituras escenificadas y dramatizadas de una forma espectacular; ya sea por su barbarie o su crueldad.

Lo central en el ejercicio de las violencias, es lo correspondiente al poder, en el entendido del valor político, -lo simbólico-, es decir, en su aspecto de conflicto que se expresa en el espacio de lo público, la calle, el barrio y las ciudades urbanas entre los individuos, o los grupos (Swartz, Turner y Tuden, 1994). Y de igual manera, incluimos la que se manifiesta y se hace patente al interior de los espacios de reclusión / las cárceles, en especial, aquella en la que están implicados los “*homies*”. En el caso que nos ocupa, estas adscripciones identitarias, nos remiten a una especie de guerra urbana protagonizada, por ejemplo, entre el B-18 y la MS-13, como una expresión de las violencias transnacionales y de la disputa por el poder intergrupal, cuyas trayectorias están marcadas por los procesos migratorios globalizados y forzados en los cuales se implicaron una gran cantidad de jóvenes, hombres como mujeres de Centroamérica (sus patrias de origen), incluyendo las redes vinculares con los asentados en ciertos Estados de la Unión Americana (el país de llegada), es decir, hablamos de sujetos (jóvenes) y de *clicas* transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006).

Ante esto, cabría formular varias preguntas ¿Qué hay en una parte de la condición juvenil contemporánea que lleva a estos agrupamientos a ser los más visibles con respecto a las violencias, ya sea como objetos o sujetos de ella? ¿Por qué se ha transnacionalizado e incrementado, especialmente en los países cruzados por la crisis de la modernidad y el ajuste estructural del proyecto neoliberal? Las respuestas posibles o tentativas no son fáciles, sin embargo, hay varias pistas y algunas las retomaremos de lo que menciona

Martín Hopenhayn (ob, cit, 2005), a lo que él denomina como una modernización fragmentada, idea relacionada con los cuestionamientos anteriores.³⁵

En sí y, siguiendo a este filósofo social chileno, podríamos señalar, en términos generales, varias de las tesis principales, no contundentes, aunque con tendencias sostenidas, con respecto a que la violencia está más relacionada con variables socioeconómicas que con variables socio demográficas, esto quiere decir, por ejemplo, que se encuentran correlaciones entre el aumento de la violencia y el desempleo, la distribución del ingreso y la pobreza, no así, entre el incremento de la población urbana y el de la criminalidad. Aunque hay que aclarar que no hay que entender a dichas variables avalando una visión estructural determinista para explicar el fenómeno, ya que se pone más énfasis en los aspectos dinámicos y simbólicos de éstas. Es cierto que hay indicios del aumento y de la multiplicación de las violencias ante la debacle económica, por ejemplo, en países como Venezuela y México, aunque al mismo tiempo, el poder mediático va construyendo una opinión pública y un imaginario social desmedido y descontextualizado con respecto a la inseguridad, utilizando un personaje central: la condición juvenil, especialmente, los agrupados en *clicas* que no corresponde con los datos estadísticos reales, duros y verídicos, ya que regularmente son menores, a ese imaginario social amplificado.

Si ligamos las variables o los datos macro sociales con los que se tienen en el caso específico de los agrupamientos juveniles del tipo las *pandillas transnacionales* (el caso de la *MS-13* o del *Barrio XVIII*), encontramos tendencias parecidas a las señalas anteriormente, en el entendido de que existe una especie de consenso explícito entre los investigadores, académicos, gestores y activistas de los derechos humanos en el trabajo de las violencias,

³⁵ Para fines didácticos podemos señalar que la modernidad está caracterizada como una etapa histórica del desarrollo político, social, económico y cultural (una forma de entender el mundo) que actualmente ha devenido en un discurso hegemónico; por otra parte, los modernismos aluden a los proyectos culturales de cada uno de los países y, la modernización, sería el proceso a partir del cual se alcanza la modernidad. Aquí lo interesante estriba, a decir de García Canclini, (ob, cit, 1990) que para el caso de América Latina, se tiene un “*modernismo exuberante*” y una “*modernización deficiente*”, es decir, un severo desajuste entre el modernismo y la modernización, ya que el modernismo cultural no expresa la modernización económica.

en señalar que las raíces y las razones que explican y dan mayores elementos de comprensión de esta situación se encuentran en los ámbitos de las desigualdades sociales (falta de oportunidades en lo laboral y en lo educativo); en lo económico (el desempleo / el subempleo); en lo familiar (desdibujamiento) y; lo cultural (tradicción autoritaria, machismo, ausencia de espacios recreativos y de participación social) que se sintetizan en la crisis urbana y en el conflicto social no resuelto (Cerbino, 2004).

Desde una postura dinámica (Swartz, Turner y Tuden, 1994), podemos señalar que las violencias también tienen que ver con el debilitamiento del Estado-nación, en tanto ya no responde a sus funciones sociales de justicia y, sobre todo, ha cedido, frente al capitalismo salvaje, aquel del libre mercado y de la globalización que ha producido más contradicciones y desigualdades socioculturales entre los distintos actores sociales haciéndose cada vez más grande la brecha entre los más pobres y los más ricos, donde ya se puede empezar a hablar de la pauperización y la precariedad en la que se encuentran una gran parte de los jóvenes, sean hombres o mujeres, incluyendo a los pertenecientes de las clases medias que están y siguen en franco proceso de empobrecimiento.

Si el Estado-nación se ha debilitado y, como garante que es del derecho y del ejercicio de la violencia para preservarse, sucede que actualmente está siendo interpelado y desafiado, por determinados agrupamientos, (los del crimen organizado, -el narcotráfico-) y, también, por las adscripciones identitarias transnacionales quienes desde lugares simbólicos diferentes construyen un terreno paralelo situado en la para legalidad como una manera de representar la disputa del poder en la administración / el ejercicio de las violencias y, sobre todo, como mecanismo para, al menos, en lo imaginado, igualar las inequidades sociales en que se sitúan.

En América Latina, se tiene una larga tradición histórica y cultural muy arraigada con respecto a resolver los conflictos sociales, políticos y religiosos, a través de las violencias que se manifiestan en las constantes violaciones al Estado de derecho, lo cual conlleva a la construcción de ciertos estereotipos, temores y miedos dirigidos a grupos sociales particulares (como los jóvenes del B-18 y de la MS-13), que se les coloca en el lugar de los chivos expiatorios de

los conflictos y de las tensiones no resueltas, colectivamente hablando. Esto abona a la emergencia de un clima de mayor intolerancia y, políticamente, va apuntalando el reforzamiento de medidas de represión y de control social, que devienen en abiertas propuestas contra los jóvenes pertenecientes a éstos agrupamientos avaladas por la idea de construcción de un Estado que garantice a toda costa la seguridad ciudadana, apelando al ejercicio de su derecho a usar la violencia, aún a costa de violar los derechos humanos de la población en general y de los jóvenes implicados en lo particular.

Un rasgo compartido entre las urbes más importantes de Centroamérica es que su lenguaje está en claves de violencias y de muerte, es decir, las ciudades y las cárceles se han convertido en los espacios por excelencia de la expresión de la violencia y en algunos casos con consecuencias que llevan al aniquilamiento del otro. En relación al espacio de las cárceles, es clara la crisis por la que atraviesan, prueba de ello son los constantes amotinamientos de los reclusos, el ajuste de cuentas entre los grupos rivales y, más recientemente, la reproducción en su interior de la batalla urbana protagonizada entre los afiliados a la MS-13 y al B-18.

Quizás otra de las vertientes para explicar y comprender el asunto de las violencias es que después de las firmas de los acuerdos de paz en 1992, los Estados y sus instituciones, perdieron el control de la acción de los cuerpos de seguridad y de lo que se denomina los especialistas de la violencia (grupos de choque / paramilitares / escuadrones de limpieza social / sicarios) quienes se están empleando, o conforman a voluntad, bajo contrato, las “*huestes*” del crimen organizado y operan impunemente. Al parecer, hay una liga fuerte entre estos especialistas de las violencias y el poder del narcotráfico, quienes empiezan a reclutar en sus filas a niños / adolescentes / jóvenes y; en ciertos casos, a integrantes de la *pandilla* del B-18 y de la MS-13, a manera individual / no orgánica.

Uno de los estudios más interesantes y profundos a fin de explicar y dar elementos de comprensión acerca de la violencia cotidiana en las comunidades pobres de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, es el elaborado por las inglesas, Carolina Moser y Ailsa Winton (2002). Las autoras emplean un enfoque holista y les preocupa dar un estatuto teórico a la problemática

referida. Mencionan varias circunstancias o situaciones para explicar la denominada violencia cotidiana, a saber: ligada con el conflicto civil que fue muy opresivo, la frágil transición de las sociedades a la democracia, el reemplazo de la violencia militar / política por el aumento de la violencia social / económica, desconfianza abrumadora al Estado / sus instituciones de procuración de justicia y el mercado negro e incontrolable de venta de todo tipo de armas.

Asimismo, teniendo este escenario geopolítico y, después del conflicto armado de los años ochentas, los jóvenes pandilleros de las “*maras*”, son a los que se les depositan las responsabilidades y se les adjudican las causas de la violencia, por lo que adquieren una altísima visibilidad ante la opinión pública, fundamentalmente en los países de El Salvador y Honduras (y más reciente en Guatemala y en México), con respecto a casi cualquier evento o situación de violencias en los espacios urbanos, en las cárceles y todo aquello que tenga que ver con la inseguridad pública. A mi entender, esto quiere decir que estos agrupamientos juveniles son los emergentes socioculturales de las contradicciones y de las tensiones políticas, de clase, étnicas e incluso religiosas, no resueltas y exacerbadas en las sociedades post conflicto de la región centroamericana.

Ante este panorama, cabrían formular más preguntas: ¿Por qué se están recrudeciendo las violencias sociales en el ámbito de la familia y de la ciudad? ¿Son los jóvenes por su condición de jóvenes, hombres como mujeres, los que generan las violencias, o junto con otros agrupamientos sociales o grupos etarios, viven en una diversidad de mundos violentos? ¿Qué clase de sociedades somos cuando una parte de nuestros jóvenes están presos, muertos o van a morir violentamente? Estas interrogantes nos llevan a decir que ha sido un lugar común asociar directamente ser joven pobre y de zonas populares con ser violentos y, por consiguiente, hablar de juventud violenta o de delincuencia juvenil en los estratos más desfavorecidos.

Con respecto a la relación entre la violencia y la juventud, autores como Santacruz y Concha (2001:3), definen a la violencia juvenil como: “[...] *la que, en forma repetida, ejercen los jóvenes entre los 10 y 24 años, la mayor parte de las veces como miembros de un grupo [...] La violencia juvenil la ejercen, en*

gran medida las pandillas". La anterior definición me parece discutible, en el primer y tercer párrafos, ya que se explica en sí misma (tautológica) y, además, cae en una lógica circular en cuanto ubica a la violencia juvenil a partir de su condición de joven, en función de un criterio de edad / de agrupamiento e, incluso, es atribuida, principalmente, a las pandillas. De ahí que es importante decir que las y los jóvenes por el hecho mismo de serlo no son violentos, es decir, la condición juvenil no los hace ser violentos, la violencia no es una esencia, es una construcción social y cultural que tiene que ver con el ejercicio asimétrico del poder, la mayoría de las / de los jóvenes (centroamericanos) viven en los mundos violentos, no son ellos los causantes de esas situaciones de las violencias; lo cual no niega, que hay una parte de ellos que la ejercen, aunque también hay que reconocer que actualmente son más vulnerables de vivirla y de padecerla (ENJ, 2007).

En cuanto a ubicar a las y los jóvenes como objetos, víctimas de las violencias, podemos desplegar tres planos, *uno*: que hace al espacio privado, a manos principalmente de su familia (Serrano, 2005), -el caso del maltrato que sufren las mujeres jóvenes de parte de sus padres o de sus parejas afectivas-, (Ramos, Ferreira y Rodríguez), *dos*: lo que atañe al espacio público, a cargo de los cuerpos de seguridad del Estado (Rodríguez, 2004), -además de que las mujeres son agredidas con mayor frecuencia en éste sitio, normalmente por los hombres- y, *tres*: los lugares del encierro (las cárceles), en particular contra el B-18 y la MS-13.

En este sentido, el enemigo privado número uno para una gran parte de los y las jóvenes, es la familia, (Morán, Huezco y Gibbons, 2001). Por ejemplo; en el caso concreto de los jóvenes pandilleros, tenemos que la mayoría han estado expuestos a la violencia intrafamiliar, tres de cinco han sido víctimas de maltrato físico o verbal por algún miembro de su familia, la mitad fueron testigos de violencia en sus hogares, uno de cada dos tiene un familiar que ha cometido un delito y la mayoría de ellos ingresan a estos agrupamientos justamente para huir de los problemas que tienen en sus familias, más en el caso de las mujeres con respecto a los hombres (Santa Cruz y Concha; 2001).

En cuanto al enemigo público número uno, para la mayoría de los jóvenes, adquiere un matiz de género, en tanto que por una parte, más en el

caso de los hombres, es la policía y, para la mujeres, la inequidad de género, siendo diversos los agentes de la sociedad quienes lo ejercen: la escuela, las iglesias, la familia, la pareja, los grupos que trafican con mujeres, sin dejar de mencionar la mayor vulnerabilidad al maltrato físico y a la violencia sexual con respecto a los hombres. Ubicados en este lugar, se tienen relatos en la prensa que los jóvenes por su simple apariencia, facha, estética, decoración corporal con tatuajes o perforaciones, adscripción identitaria o prácticas sociales, posturas políticas, preferencias sexuales y expresiones culturales, son detenidos, extorsionados y golpeados simplemente por ser como son y andar como andan en el espacio público (los hip hoperos, por ejemplo). Asistimos a la violación persistente de los derechos humanos de estos jóvenes, en tanto no son reconocidos, ni respetados, a partir de sus diferencias (culturales / políticas / económicas), negándoles el valor de su diversidad juvenil y, en el caso de El Salvador, Guatemala y Honduras; esto tiende a recrudecerse de una manera alarmante.

2.5. Lo simbólico de las violencias sociales y los jóvenes.

En relación a la discusión de las *violencias de la cultura* y a las *culturas de las violencias*, Ferrándiz y Feixa (2004), sostienen que tienen que ver con las relaciones políticas que a su vez son vínculos de poder. Lo que más se acerca a lo que se ha dado en llamar *las antropologías de las violencias* son los estudios que se están realizando desde los discursos del trauma o de la antropología del sufrimiento social. Desde estas perspectivas, el asunto de las violencias conlleva asumir los aspectos éticos y políticos que ello implica. Una de las pistas teórico / metodológicas que proponen los autores para el estudio, es situar las violencias no sólo como un acto en sí, es decir, como un hecho fáctico, sino apuntar a un continuo, en otras palabras, a un proceso.

Cuando se habla de la *Antropología de la violencia* se alude al estudio del conflicto / de la paz y a la comparación transcultural. La inclusión de las dimensiones culturales de las violencias ha sido algo tardío en los estudios antropológicos correspondientes (Martín-Barbero, 1998). Asimismo, en cuanto a la definición de violencia, no se está exento de dificultades para acotarla, sin embargo, hay coincidencia al señalar que tiene que ver con las relaciones asimétricas de poder, cuya intención es someter, hacer daño (no sólo físico) al

otro, e incluso en algunos casos, provocar la muerte. A su vez, los actores que están implicados en las tramas de las violencias son las víctimas, los testigos y los victimarios, por lo que se requiere indagar o explorar la visión de cada uno de los implicados.

Para Ferrándiz y Feixa (2004), hay una conexión o relación entre la violencia y la cultura; vínculo nada fácil empezando por la definición de cada uno de los conceptos implicados y después para dar cuenta de las cualidades particulares de esa relación. Sin embargo, la especificidad de una antropología de las violencias se da al estudiar los vínculos entre las distintas formas de violencia presentes entre cada estrato cultural. En sí, el uso del *concepto de cultura de las violencias*, ha sido indiscriminado y su origen está asociado a los estudios criminológicos (Escuela de Chicago) y al olvido de las dimensiones inmateriales, es decir, a lo simbólico: las imágenes, las representaciones, los sentidos y los significados que se juegan en el ejercicio de cualquier tipo de violencias. Se trata de recuperar las matrices culturales de las violencias, entendida esta también como las formas de resolución no pacífica de los conflictos y de los problemas en las relaciones sociales.

En este sentido, Ferrándiz y Feixa (2004), señalan dos posibles enfoques al estudio de las violencias, a) *el de las culturas de la violencia*; que implica situar las pautas, los usos, las costumbres, los ritos, las imágenes y las instituciones culturales (organizaciones, poderes, subculturas, redes), estructuradas a través de códigos tanto en el uso legítimo e ilegítimo de las violencias y, b) *el análisis de las violencias de la cultura*; caracterizada por la presencia en instituciones o campos culturales, alejadas de la resolución de conflictos, perspectiva micro política. Otra de las consideraciones que plantean los autores es con respecto a los actuales escenarios de las violencias a nivel generalizado; los cuales se explican a partir de los cambios sociales, económicos y culturales vinculados a los procesos de globalización. De igual manera es claro que hay un sobredimensionamiento de los aspectos violentos en las sociedades contemporáneas (agregaríamos en lo particular el papel de los *mass media*).

Me interesa en este punto, plantear varios asuntos a nivel teórico / metodológico, que se juegan en el estudio (antropológico) de las violencias. De

inicio, es un tema delicado y complejo, por lo que es importante centrar o anclar el lugar de enunciación del investigador, científico social o etnógrafo (Haraway, 1991), junto con ciertos lineamientos de procedimiento cuando se está en el campo. Podríamos preguntar ¿Cuál es el valor de los saberes y de los conocimientos que construimos cuando investigamos el asunto de las violencias? ¿Cuál es la utilidad social en la reconstrucción de los sentidos y de los significados que adquiere la violencia y la muerte para el *agrupamiento* de los *homies* del B-18 y de la MS-13? El quehacer del etnógrafo, ante estas interrogantes, adquiere abiertamente un matiz político, ya que de varias maneras se está implicado, la ética se juega, tanto por la temática como por los sujetos, los agrupamientos y las comunidades implicadas. Quizás, entre otras cuestiones, de lo que se trata es de desmontar y de desarmar los aparatos conceptuales que legitiman las violencias en las lógicas del poder, así como de dar cuenta de las tensiones y de los conflictos sociales en las cuales se tejen.

En el terreno de los dispositivos metodológicos en el estudio de las culturas de las violencias y, siguiendo lo planteado por Ferrándiz y Feixa (2004), refieren varias cuestiones importantes: a) a medida que aumenta la intensidad de la violencia, asimismo aumentan las incertidumbres y los peligros, tanto para el antropólogo y los informantes, como para las comunidades, b) lo escurridizo, -o diríamos, lo inasible-, c) el *shock* existencial, -de ahí la importancia de tener claro el lugar de enunciación, o el posicionamiento-, d) las relaciones del etnógrafo con los informantes, -los sujetos de la investigación o de la intervención-, e) la cualidad del texto etnográfico que se estaría produciendo.

En cuanto a algunas consideraciones para la investigación etnográfica en el eje de las violencias y de la cultura, se enfatiza la importancia de trabajar con la palabra oral, es decir, los discursos, en la cotidianidad de los sujetos, los agrupamientos, las colectividades y, situarla, particularmente en los espacios urbanos, es decir, actualmente las ciudades se expresan a través del ejercicio de las violencias, un código de significación: “(...) *se están produciendo nuevos “otros” en el discurso antropológico (...). Esta vertiente ha inaugurado la puesta*

en escena de nuevos objetos antropológicos que no miran lo exótico y lo otro, la alteridad, sino lo mismo, la mismidad (...)” (Blair, 2005: 20).

A partir de la discusión y de los señalamientos críticos que hace Philippe Bourgois (2005), con respecto a *la pornografía de las violencias*, en tanto describirlas y, mostrarlas por mostrarlas, entre más sanguinarias y burdas mejor, centrados en lo espectacular, se está convalidando y recargando los estereotipos y los prejuicios que se construyen contra sucesos y sujetos como es el caso de agrupamientos juveniles tipo *cholos* (Valenzuela, 1988, 2002), o del B-18 y de la MS-13. A fin de desarmar esta situación, es necesario anclar las violencias a los contextos sociales, económicos, políticos y culturales que las producen y dan claves para su interpretación y comprensión, ligado con situar las tramas de significación a partir de las cuales se muestra / manifiesta; en tanto las violencias son cambiantes y se van modificando en los tiempos sociales e históricos, por lo tanto, hay que apuntar a esos continuos.

En este sentido, las nuevas modalidades de las violencias hay que ubicarlas a partir de la terminación de *la guerra fría*, de lo macro a lo micro, con la cualidad de que se trata de violencias de la supervivencia como nuevo rostro de la violencia política (Sosa, 2004), -décadas de los setentas y los ochentas, principalmente-. “(...) *una antropología de la violencia no debería estar orientada al incremento o mantenimiento de esta sino que (...) debería tener como objetivo fundamental la disminución del sufrimiento (...) la antropología de la violencia sería un antecedente disciplinario de una antropología de la paz*” (Ferrándiz y Feixa, 2004, 167).

Siguiendo en esta línea de discusión de la *cultura de la violencia*. Interesa desmontar toda idea o sospecha de que se está naturalizando las violencias como algo que atañe ha determinado grupo por ser ese grupo (por ejemplo, el de *las maras*), o ser inamovible y fija en una *cultura* (por ejemplo, en la cultura colombiana), -decíamos-, la violencia no es una esencia, ni tampoco la cultura, ni los jóvenes, es decir, las culturas como las violencias, son movibles / cambiantes, una construcción social situada en tiempos y en espacios históricos y políticos que tejen las tramas sociales entre los sujetos, las instituciones, los colectivos y las comunidades. Al referirnos a *la antropología de la violencia*, apuntamos a lo cultural, a lo simbólico de ellas, en

otras palabras, ante las nuevas formas y modalidades, se requiere indagar sobre las representaciones, las imágenes, los sentidos y los significados que generan y construyen esas violencias.

Reiteramos, se trata de explorar las significaciones culturales de los actos violentos, en el entendido de que los hechos y los acontecimientos de las violencias están mediados en su accionar y en su reproducción, por significados simbólicos y culturales. Por ejemplo, en el caso centroamericano que nos interesa, la *pandilla* del B-18 y la MS-13, tendríamos que preguntar por ¿Cuáles son los factores culturales que están en las violencias de y entre estos agrupamientos? ¿Cuáles son los rituales de la muerte que se construyen? ¿Qué nuevas representaciones aparecen en los escenarios cambiantes de esas violencias?

Enfrentamos la dificultad en la definición de los conceptos, de los términos y de las matrices de significación, esta problemática se incrementa cuando vinculamos determinados conceptos o términos con otros, eso acontece también al relacionar el concepto de cultura con el de la violencia. Esto conlleva a la adjetivación, a su segmentación, lo cual quizás está hablando de la complejidad de nuestros objetos y de nuestros sujetos de la investigación, o de la pérdida en la potencia de explicación y de comprensión, como claves interpretativas, por ejemplo, con respecto a los conceptos de cultura, la identidad y la violencia; la adjetivación es clara: cultura (urbana, nacional, juvenil, rural, empresarial); identidad (nacional, étnica, sexual, juvenil, femenina); violencia (estructural, política, sexual, psicológica, simbólica).

En este debate y discusión, nos apoyaremos en el magnífico artículo de la antropóloga colombiana, Elsa Blair (2005) denominado: *“La violencia frente a los nuevos lugares y/o los “otros” de la cultura”*. Propone construir una conceptualización de cultura que dialogue con el fenómeno de las violencias y, viceversa; edificar una conceptualización de violencia que a su vez dialogue con la cultura. Plantea discutir con las posturas esencialistas de la cultura y situar su estudio en la vida cotidiana. A su vez, lo que más se acerca en la conexión de la violencia y la cultura, es la Antropología del conflicto y las Etnografías de guerra. Para Blair (2005:15): *“Más allá de las condiciones objetivas-materiales de la violencia, el análisis cultural exige mirar el campo de*

las representaciones mentales que acompañan los actos de violencia, es decir, su dimensión simbólica: sentidos, representaciones, imaginarios, significaciones, tramas discursivas de los fenómenos violentos; dimensiones que no sólo tienen una existencia real, sino que se alimentan en los mismos procesos violentos de nuevas significaciones”.

Esta afirmación es interesante ya que *lo cultural de las violencias*, nos encamina, a las fronteras o umbrales interdisciplinarios en tanto que la parte de la cognición social, las representaciones, son una de las temáticas clásicas de la psicología social (cuyos contenidos están en las imágenes, las opiniones, las actitudes y los comportamientos). En cuanto a las tramas discursivas, nos situamos en lo hermenéutico, lo interpretativo y lo dialógico (la fenomenología, el interaccionismo simbólico). Asimismo, si *lo cultural de las violencias* tiene que ver con lo simbólico, los sentidos y los significados que se construyen, entonces, también nos situamos en los terrenos de la parte subjetiva de los sujetos y de los actores de las violencias, es decir, de las subjetividades colectivas. Esto nos remite, al más allá de la materialidad de los hechos, o de los fenómenos violentos, es decir, nos centraríamos en los indicadores como el sufrimiento y el dolor social (Arciga y Nateras, 2002), el horror y el miedo (Bauman, 2007), la venganza (Evans-Pritchard, 1977), lo burdo y lo absurdo, como articuladores y analizadores que tejen la trama de las violencias sociales entre los diferentes actores, lo que hemos denominado, *el mercado de las violencias y de la muerte*.

Lo que plantea Blair (2005), cuando habla del análisis cultural de las violencias, es ir más allá de las causas o de las razones estructurales (objetivas / materiales) que producen las violencias atendidas por la sociología, la ciencia política y, por lo tanto, hay que situarse en el carácter y / o la naturaleza antropológica de los fenómenos violentos y cómo inciden en ellos las tramas culturales de las socialidades donde estos fenómenos se producen, es decir, apunta a los componentes inmateriales de las violencias, eso es lo simbólico. En palabras de la autora: *“Siguiendo estos análisis, deberíamos preguntarnos cual es -más allá de las causas o las razones estructurales (objetivas-materiales) productoras de violencia, abordadas tradicionalmente por la sociología y la ciencia política- el carácter y/o la naturaleza (antropológica) de*

los fenómenos violentos y qué tanto inciden en ellos las tramas culturales de las sociedades donde estos fenómenos se producen” (Blair, 2005:15).

2.5.1 Lo más allá de la cultura.

Para contrarrestar las violencias, todo indica y, siguiendo el caso colombiano que una de las vías son los programas sociales “*que le restan base social al narcotráfico*”, estrategias de la acción cultural y el quehacer comunitario. Otras vertientes y del Perú, se habla de la cultura de la paz (Mac Gregor, 2001), es decir, la cultura como el pivote que implica fortalecer las decisiones personales y colectivas de no emplear las violencias en la resolución de los conflictos y de las tensiones sociales.

Vale también señalar que ante estas situaciones de las violencias en la que se encuentran una gran parte de jóvenes como objetos o sujetos de ella, hay interesantes propuestas a nivel de las instituciones del Estado como de ciertas organizaciones de la sociedad civil (OSC) que apuestan a la idea de que la violencia como forma de comportamiento que regula determinadas relaciones sociales se puede prevenir y además desaprender. Asimismo, la hipótesis teórica que acompaña a las modalidades de desactivar la violencia, estriba en la idea de que si las violencias son una construcción social, esto es, no es algo hereditario o de la naturaleza biológica de la condición humana, entonces es factible revertirla, a través de desmontar los esquemas de comportamiento, vía el fomento de la construcción de ciudadanías juveniles (derechos individuales / responsabilidades colectivas). Sin embargo, estas posturas son limitadas en tanto se centran en los aspectos de la cognición social de los sujetos y difícilmente lo articulan o inciden en los contextos sociales / culturales.

En el *Epílogo* del libro que editan Ferrándiz y Feixa (2005), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de las violencias*, señalan algunas cuestiones importantes, en tanto adelantan la discusión con respecto al asunto de la naturalización de la juventud y de las violencias, así también, proponen varias estrategias para la reducción de daños que causan las violencias ejercidas.

Los autores consideran que la juventud es una edad sin tregua, el adjetivo de lo juvenil, casi nunca se aplica o se utiliza para referirse a la no violencia, en ese sentido, postulan desnaturalizar la carga ideológica que

conlleva la conceptualización de la violencia y de la juventud. Para lo cual proponen (que se puede releer como consideraciones metodológicas); rastrear los espacios y los tiempos de las distintas formas de resolución no pacífica de conflictos, marcos, contextos culturales, tensiones; comprender porque prácticas e imaginarios violentos se concentran en este grupo de edad y, desnaturalizar el mismo concepto de juventud como universal cultural: “*En definitiva, desnaturalizar la violencia juvenil supone (re) politizar (resituar en las luchas por el poder la violencia ejercida y padecida por los jóvenes y (a) aculturar (resituar en las luchas por el significado) los códigos compartidos que la inspiran*” (Ferrándiz y Feixa, 2005: 211).

Con respecto a las violencias juveniles (coinciden con lo que otros autores han señalado), tiene que ver con la afirmación de identidades juveniles en construcción y con la oposición a identidades adultas en deconstrucción (Mead, 2002). A su vez, hay dos razones para des juvenilizar la violencia presente en tales rituales; 1) más que rituales de juventud, son rituales de masculinidad (Bourdieu, 2000; Serrano, 2005), y 2) actualmente en nuestras sociedades, los ritos de *passage* se han convertido *en ritos de impasse*; ya que no acompañan el paso hacia la madurez; sino suponen la ceremonialización de la imposibilidad de hacerse adulto. Finalmente, Ferrándiz y Feixa (2005), proponen tres estrategias para la reducción de daños de las violencias, a) *(re) socializar*, implica incorporar a la comunidad como garante del control social informal y trabajar para suprimir los estigmas de los grupos asociados a los imaginarios violentos, b) *(de) sacralizar*, cuestionar las mitologías, -étnicas, religiosas, nacionales, militares, sexuales-, c) *(re) ritualizar*, recuperar el sentido ceremonial de las interacciones agresivas y resemantizar la dimensión lúdica y performativa.



Fotografías tomadas el 21 de noviembre de 2008, en una exposición de un artista gráfico salvadoreño, quién dibuja las formas en que actualmente se están llevando a cabo las ejecuciones extrajudiciales, muy parecidas a la manera en que se mataba en la guerra de la década de los 80`s, en El Salvador.

CAP. III.

Adscripciones identitarias (juveniles): conflicto social y cultural; los cholos, los *homies* del B-18 y la MS-13.

Activa PGR plan para combatir a la “Mara”

Prenden “focos rojos” por la penetración de los pandilleros en 7 estados. Detectan 200 células en territorios mexicano y guatemalteco.

(Periódico El Universal, 4 de abril de 2004, México, DF.)

Dueños de Ecatepec, 18 grupos de cholos; combaten a maras.

Desde hace más de 20 años en Ecatepec se ha desarrollado una subcultura criminal entre los jóvenes de 14 años a 23 años que se han aglutinado en pandillas de cholos (...) En los últimos meses, se han registrado asaltos violentos en los que se ha comprobado la participación de cholos, a quienes la comunidad confunde con maras centroamericanos.

(Periódico El Universal, 16 de agosto de 2004, México DF.)

Aunque las tendencias en la investigación social se aproximan a resaltar la importancia de ciertas variables socioeconómicas para explicar las violencias sociales, esto no quiere decir que se sostenga la relación causa / efecto entre pobreza, luego entonces violencia, sino que en todo caso, se está hablando de procesos y de mecanismos dinámicos más amplios de exclusión y de desigualdad social (Saraví, 2004, 2009). En los últimos años, en El Salvador, Honduras y Guatemala, la violencia ha aumentado de una manera alarmante. Por lo que no es fortuito que sean en estos países, donde más se ha hecho, al respecto, investigación científica y, también, se han implementado una serie de proyectos de intervención para revertir los procesos de violencia y de muerte en los que están inmersos “*las maras*” y “*los homies*” del B-18, a partir de muy diversas perspectivas: la prevención de la violencia; la pastoral religiosa y; la “*rehabilitación*”, a través de la cultura y del arte (asociaciones civiles / luchadores sociales / incluyendo a los agrupamientos de pandilleros pasivos / calmados, por la no violencia, -los *Homies Unidos*, por ejemplo-).

A partir del 2002 / 2004, a la fecha, la mayoría de los *mass media*, han protagonizado una batalla informativa entre sí, para “*Hacer la Noticia*” y, literalmente han bombardeando y saturado de imágenes que en su mayoría

son realmente desatinadas y, lo único que han ocasionado, es crear alarma, miedo y pánico social entre la sociedad con respecto a los sujetos transnacionales y, en especial, la MS-13 y los *homies* del B-18, e incluso de los “*cholillos*”.

Esto nos lleva a revalorar que además de la academia y de la investigación, la otra vertiente más significativa de información y de construcción de opinión pública, así como de los imaginarios sociales, con respecto a esta problemática de las violencias, la encontramos en los *mass media*, quienes en la mayoría de las veces, tienden a edificar la noticia de una manera descontextualizada, precaria y exagerada, hasta llegar a tergiversar la realidad de la inseguridad pública y de la delincuencia. Tina Rosenberg (2004: 15), sostiene que los noticieros fomentan una percepción equivocada sobre el nivel del crimen, contribuyen al racismo, alimentan el miedo social de la gente, ocasionando un aumento del apoyo público hacía las políticas de mano dura: “(...) *la gente que consume muchas noticias televisivas apoya castigos más severos para delincuentes juveniles. Tal mirada simplista y descontextualizada fomenta el apoyo a la pena de muerte, las cárceles inhumanas o a sentencias muy largas.*”

Asimismo, lo interesante de su planteamiento es que nos lleva a discutir y a pensar el asunto de saber y de conocer ¿Cómo se producen las noticias sobre las violencias?, o mejor aún ¿Bajo qué circunstancias se da o se hace la cobertura acerca del crimen? Ligado a lo anterior, hay una grave inconsistencia entre la construcción social que la mayoría de los *mass media*, realizan con respecto a la violencia (sobredimensionados), las estadísticas de la delincuencia y del crimen organizado que tienden a ser inferiores y, un alto imaginario social de la inseguridad ciudadana.

Dentro de esta lógica mediática, lo que se muestra o se visibiliza, ya sea en discurso, o en imagen; lleva o remite, a lo que se oculta, es decir, regularmente hablan del ejercicio de la violencia que llevan a cabo, una parte de determinados jóvenes, aunque difícilmente dan cuenta de cuando son objetos de ella, en otras palabras, casi no mencionan del abuso del poder y de la impunidad con que actúan los cuerpos de seguridad del Estado, violando los más elementales derechos humanos de las / los jóvenes cuando son detenidos

arbitrariamente. Esta situación beneficia a la gente del dinero y a los grupos más conservadores y antidemocráticos de la sociedad ya que consideran que una de las soluciones a los problemas de la inseguridad pública y de la delincuencia, es apoyando las acciones de represión e incluso de limpieza social.

Sin embargo, el motivo de gran indignación, es lo que viven los jóvenes, cuando son objetos de situaciones de violencia extrema, precisamente en el caso de la MS-13 y del B-18, con respecto a su aniquilamiento físico, es decir, a su asesinato, auspiciado por el Estado, ciertos empresarios y determinados comités de vecinos de los barrios y de las comunidades donde viven. Ejemplos, los tenemos en la acción de *La Sombra Negra*, en El Salvador; los Escuadrones de la Muerte, en Honduras³⁶ y, en sí, las Operaciones de Limpieza Social que se dedican a asesinar y a desaparecerlos, en tanto son imaginados como sujetos desechables (Martín-Barbero, 1998) y, una posibilidad real, a la solución del problema de la inseguridad ciudadana.

Los jóvenes han sido objetos de la violencia por estos siniestros grupos de exterminio y de algunas estructuras de seguridad del Estado, ante el silencio de la mayoría de las instituciones encargadas de velar por ellos / ellas, incluyendo a una parte de la sociedad civil y de la jerarquía católica. Podemos hablar de una violación a los derechos de estos jóvenes por parte del conjunto de la sociedad, sin que las instancias sean capaces de intervenir para evitarlo. *Por una parte*, el Estado tiene la obligación tanto de procurar la integridad física de sus ciudadanos, como de resarcir el daño cuando un tercero viola algún derecho de cualquier persona dentro de su territorio y, *por la otra*, debe contenerse de violar él mismo, cualquier derecho, a través de sus agentes (la policía, el ejército, los prestadores públicos y los gobernantes).

También tenemos la situación en la que se da una especie de combinación, en el que algunos jóvenes son al mismo tiempo, sujetos de (victimarios), como objetos de (víctimas), de otros jóvenes. Esto se ve claramente entre las *clicas*, ejemplo; la guerra callejera y urbana entre “*cholos*” y, la batalla de los integrantes de la MS-13, contra el B-18, protagonizada

³⁶ Amnistía Internacional Honduras. Cero Tolerancia... a la impunidad. Ejecuciones Extrajudiciales de niños y jóvenes desde 1998. Índice AI: AMR37/001/2003.

también en los espacios del encierro; las cárceles. Este inter juego de violencia es muy particular y complejo, al que podríamos nombrar o caracterizar como íter bandas, ya sean culturales o industriales (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), es decir, una violencia interpersonal, cotidiana (Bourgois, 2005), dirigida a los otros agrupamientos regularmente de similares características identitarias, es decir, el rival y enemigo de un pandillero, es un “*mara*”; el de un “*cholo*”, es otro “*cholo*” y; el de un “*mara*”, es un afiliado al B-18.

Aunque esto va variando y se está desplazando; ya que al parecer, ahora, los peores enemigos de un *homie* del B-18 y de la MS-13; son los cuerpos de seguridad del Estado que intentan eliminarlos, así como los escuadrones de la “*limpieza social*”, o “*de la muerte*”, el caso más llamativo y elocuente de la guerra urbana la tenemos en los “*cholos o cholillos*” de las principales ciudades de México, quienes están enfrascados en una batalla de exterminio entre ellos por la disputa de los territorios, las mujeres, -a razón de sus estrategias de la masculinidad- y, algunos, -los menos-, por el control del tráfico de drogas y de armas, donde también las mujeres jóvenes “*rifan*”, muy parecido a los relatos de la guerra civil entre pandillas de mexicanos y latinos en Los Ángeles California (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004).³⁷

Lo que sigue es interrogar y, en todo caso, desmontar las narrativas que hemos presentado ¿Qué nos dicen? ¿De qué situaciones socioculturales nos están hablando? ¿Desde dónde “*mira*” a la condición cualitativa de los *homies* del B-18 y de la MS-13? ¿Cómo atender la violencia generada por estos grupos sin caer en la tentación de avalar el borramiento identitario como lo han implementado los Estado-nación y sus instituciones?

Queda la sensación de que ciertamente estamos ante una verdadera devastación cultural y complejidad social, donde lo que más resalta y se hace visible es el aniquilamiento en las expectativas de mejoría a inmediato plazo,

³⁷ Los mencionados autores del Center For Investigative Reporting / Centro de Periodismo de Investigación en Berkeley, realizaron un trabajo durante año y medio con pandillas mexicanas en California y, dan cuenta, a través de testimonios e historias de vida, de la estructura de la violencia que ejercen estos agrupamientos en una confrontación abierta entre jóvenes nortños nacidos en California (chicanos-México-americanos) y, los jóvenes sureños, inmigrantes mexicanos radicados allá. Es una batalla entre jóvenes inmigrantes latinos conformados en dos grandes pandillas: Nuestra Familia -Nuestra Raza- que controlan desde la cárcel el tráfico de armas y de drogas (inicialmente seguían los ideales de César Chávez y el radicalismo de las Panteras Negras) y combaten a los sureños, campesinos inmigrantes de origen mexicano conformados en lo que se conoce como la Mexican Mafia.

en todos los sentidos, para la mayoría de los jóvenes, sin negar sus biografías individuales, estrategias de afrontamiento, capitales culturales, inventiva y creatividad. Podemos decir que estos sectores y grupos juveniles se juegan entre las coordenadas, los mecanismos y los procesos de estar incluidos o excluidos, de estar afuera o adentro, es decir, pareciera que ser joven ya se convirtió en un distintivo de las desigualdades sociales y el no respeto a sus diferencias culturales.

Enfrentamos a un ejército de jóvenes “*des institucionalizados*” e “*invisibles*”, es decir, fuera de la escuela, la salud, el empleo, la vivienda, la recreación, de los sistemas políticos y económicos. Sus historias de vida, sus trayectorias sociales, los ubican en las rutas del desempleo; en los flujos migratorios; en el uso social de drogas (legales e ilegales); confrontando situaciones límites y trascendentales para su existencia como el ejercicio de la sexualidad (en condiciones muy diversas); la violencia en el núcleo doméstico (de género y sexual); la muerte por la guerra urbana protagonizada por y entre las pandillas transnacionales (callejeras y en las cárceles); más la evidente violación de sus derechos humanos a manos de los aparatos de represión y de control de los Estados.

Son en su mayoría jóvenes que se viven la vida día tras día en donde regularmente no hay espacios sociales para construir un proyecto de vida real para el futuro, porque para muchos de ellos, la temporalidad del futuro no existe, en tanto que el presente, el aquí y el ahora de sus existencias y de sus vidas cotidianas está negado. Al respecto Brito, (2002, 2005:23), señala que: “*Se niegan a ser el relevo generacional de la fuerza de trabajo, “el futuro de la sociedad”. No asumen un compromiso o una responsabilidad a futuro con la reproducción social. No están dispuestos a empeñar su presente por un futuro incierto, por las ilusiones de una sociedad, de la que de antemano saben que no tienen cabida.*”

Quizás lo que alcanza es simplemente vivir con las afectividades decaídas, las melancolías colectivas y estar en constantes situaciones límites y al borde de ser objetos de violencia a manos de los “*otros*”, principalmente si se es afiliado, al B-18, a la MS-13. La mayoría de los integrantes de éstas *clicas*, son definitivamente jóvenes contruidos a partir de constantes situaciones

extremas de ser sujetos en desventaja social permanente, por lo que es fácil que muchos de ellos, recorran la vía de acceso rápido para obtener lo que les falta y de lo que carecen a nivel de lo material y de lo simbólico (reconocimiento, prestigio social, bienestar y poder), a través de insertarse o ser atraídos por situaciones ilegales, pagando un precio muy alto que los coloca en las antecámaras de ser objetos de violencia y, hasta de perder la vida, “*ser sacados de las calles*” / “*bajarlos del avión*”.

Definitivamente, las urbes centroamericanas, se debaten entre la crisis de la modernidad que no tiende a consolidarse y la debacle del proyecto neoliberal. Las principales ciudades (San Salvador, Tegucigalpa, Guatemala), muestran el deterioro de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, ya sea en la alimentación, el ambiente, el divertimento y la seguridad pública, aunque también refiere a los sujetos y a los actores sociales que por la ubicación que ocupan en el entramado social, son una especie de emergentes de esa crisis social urbana (Pirker, 2004), que aparece de la forma más cruda a través de los rostros de las *culturas de las violencias de la muerte*; me refiero en especial a las adscripciones identitarias transnacionales, en este caso, la de “*los cholos*”, los *homies* del B-18 y la MS-13.

3.1 De la descripción de los “cholos” mexicanos, a los *homies* del B-18 y la MS-13, centroamericanas.

Las adscripciones identitarias juveniles, más visibles y hegemónicas en los espacios urbanos de las principales ciudades de América Latina, son las de *los cholos*, *los jóvenes banda* y *los neo punks*, en México; la de *las maras* y los *homies* del B-18, en El Salvador, Honduras y Guatemala; *los chapulines* en Costa Rica; *las manchas o pandillas*, en Perú; *las barras bravas* y de las villas de miseria, en Argentina; “*los Flayers*”, “*los Pokemones*”, en Chile; *la torcida*, en Brasil; *los malandros*, en Venezuela; *los sicarios*, *los parches*, *los milicianos* y *los cambos*, en Colombia y; *las naciones*, *las patas o*, *las jorgas*, en el Ecuador.

Una característica fundamental que signa a la gran mayoría de estas formas de agregamiento y de adscripción juvenil urbana es el hecho de que están inmersos y forman parte de los constantes procesos migratorios (del campo a las ciudades y del país de origen a otros países de llegada), con la finalidad, en primera instancia, de mejorar las condiciones materiales

(económicas / laborales) y, subjetivas de vida (huir de la represión, la discriminación y el miedo), es decir; en procesos migratorios forzados.

Esta situación de suyo compleja funciona a través de la constitución de una red de redes, es decir, de los vínculos familiares, de amistad y de grupos étnicos que se van edificando entre los connacionales y, también, a partir de elementos identitarios dependiendo de la adscripción grupal de la que se trate y a la que se pertenezca. De tal suerte que así es como encontramos las diferentes comunidades de jóvenes latinoamericanos, -“*comunidades de sentido*” / “*comunidades transnacionales*”-, que siguen trayectorias migratorias, de ida y de vuelta, hacia los Estados Unidos de América, sin perder sus conexiones con sus patrias de origen, ya sea; El Salvador, Honduras o Guatemala.

Por su importancia en los procesos migratorios y sus características paradigmáticas, tomaremos dos casos a describir y a analizar de estos tipos de agrupamientos juveniles conformados en configuraciones transnacionales, (Kerney, 1995; Courtney, 2006), nos referimos a una parte de “*los cholos*”, en el caso de México y, a los *homies* del Barrio-18 y la MS-13, en El Salvador, Honduras y Guatemala.

Uno de los agrupamientos identitarios juveniles mas longevos que se ha dado en México y, en Latinoamérica, es el denominado de “*los cholos*”; jóvenes de cultura transfronteriza que han tenido la siguiente trayectoria: de los pachucos (pasando por lo chicano), a lo cholo y, de lo cholo, a la mara (Valenzuela, 1998, 2002, 2003). Es a finales de la década de los años treinta, 1939, cuando un grupo de jóvenes mexicanos, de padres mexicanos, -de ahí lo chicano-, inician las revueltas en California, Estados Unidos y, conforman un estilo juvenil combinando elementos de ambas culturas; la mexicana y la norteamericana, para hacer frente al hostigamiento y a la discriminación racial de la que eran objeto por ser un grupo minoritario de jóvenes latinos. Este movimiento posteriormente se expande hacia la frontera norte de México derivando en lo que actualmente se conoce como los “*cholos o los cholillos*”, visibles también en las principales ciudades del país; en Tijuana, Baja California; Guadalajara, Jalisco; Monterrey Nuevo León y en México, DF, -e inclusive ahora en Centroamérica-.

Lo interesante de este tipo de adscripción identitaria (juvenil) es que es una escena sociocultural que se despliega en dos planos, *uno*; del lado norteamericano, en donde los “jóvenes cholos”, son demasiado mexicanos para ser norteamericanos y, *el otro*; del lado mexicano, donde son demasiado norteamericanos, o “gringos”, para ser mexicanos (Gama, 2002). La contradicción y, la paradoja simultánea, es que son (y, no son), de aquí y de allá.

Del lado norteamericano, su adscripción identitaria reivindica a la cultura mexicana, a través del uso de la música, el cine, las fiestas, la comida, la creación literaria, la forma de vestir, el lenguaje, o el “calo” (mezcla del inglés con el español), como identificación étnica ante la sociedad norteamericana que tiende a marginarlos (Germani, 1980), por su condición de emigrantes latinos, razón por la que se agrupan en *clicas*, a como lo hacen las bandas en los Ángeles California, para hacer frente también a otro tipo de agregamientos juveniles urbanos como los afro descendientes, los asiáticos, los europeos (italianos) y, ahora, los centroamericanos, la MS-13, principalmente.

Del lado mexicano, también se enfatiza la identidad étnica y racial, en tanto la insistente preocupación en recuperar el pasado prehispánico e indígena, a lo que se ha dado en llamar el orgullo de ser mexicano, o el “*Mexican Pridge*”, aunque con el imaginario de vivir como si fuesen norteamericanos; el “*American Way of Life*”.

Los “*cholos*”, son grupos de jóvenes, tanto hombres como mujeres, de edades entre los 10, a los 28 años, provenientes de los barrios populares y de las clases sociales más desfavorecidas donde sus procesos de socialización se han dado principalmente en la calle con una alta desarticulación en la vida familiar. Su forma de configuración es a través de *bandas culturales* y mínimamente de *pandillas industriales* (Sánchez y Reynolds, 2004) que vienen siendo los sustitutos emocionales del grupo familiar; ya que por lo regular, se establecen entre ellos, vínculos afectivos duros y fuertes, signados por la hermandad y la camaradería, -“*el carnalismo*”-. Esto ayuda a la cohesión grupal frente a la amenaza, tanto de los otros grupos de cholos, similares a ellos, como ante la policía; aunque no están exentos de fracturas y de traiciones internas.

Esta adscripción identitaria juvenil urbana se ancla al territorio, de tal suerte que el barrio y la calle se defiende a balazos creando una “*cultura de la violencia*” (Pirker, 2004; Ferrándiz y Feixa, 2004; Blair, 2005) que transita hacia una “*lógica de la muerte*” como forma y estilo de vida que marca la cotidianidad de estos jóvenes: son sujetos y objetos de violencia. Una de sus valoraciones o consignas es “*la vida loca*” (la cárcel / el hospital / la muerte), es decir, viven al extremo, entre la rapidez y, la fugacidad de las drogas, el peligro y el riesgo constante de morir por la guerra de exterminio que hay entre ellos, una especie de batalla civil protagonizada en el espacio urbano.³⁸ Asimismo, la figura de la madre y de la mujer es central en tanto ser la “*jefa*”, por lo que la Virgen de Guadalupe, es un culto religioso muy importante.

En cuanto a sus prácticas sociales y expresiones culturales, destacan la significación y el uso del cuerpo como accesorio importante para la gestualidad y las señas con las manos como forma de identidad grupal y de reconocimiento de la “*clica*” o la “*placa*” a la que se pertenezca. El tatuaje es básico, ya que ofrece un carnet de identificación al “*rayar*” el nombre del barrio o de la banda, la virgen de Guadalupe como acto de fe religiosa, iconografías de paisajes mexicanos, de imágenes prehispánicas y de ciertos acontecimientos que tengan que ver con lo ilegal. Se fuma marihuana, se bebe mucha cerveza y se hace uso del arte callejero, es decir, se realizan murales, placas / grafiti, también se escucha música de hip-hop. Uno de los aspectos delicados es cuando algunos integrantes, a manera individual, se vinculan a las estructuras del crimen organizado: este hecho coloca a este grupo en una situación de vulnerabilidad social, debido al estigma (Goffman, 1993), los prejuicios y los estereotipos, ya que ser cholo no implica en sí mismo estar implicados en actos de delincuencia, en otras palabras, la mayoría de los jóvenes adscritos a estas *clicas*, no están vinculados con la delincuencia del crimen organizado.

3.1.1 La mara (MS-13) y los *homies* del B-18.

El término *mara*, en Centroamérica, en una de sus denominaciones, significa grupo (Romero, 2003), de tal suerte que estamos frente a una configuración de la grupalidad múltiple y transnacional, es decir, hay distintos

³⁸ En el trabajo de campo con estos pandilleros apareció el hecho de que algunos jóvenes hombres con sus respectivas parejas mujeres, están decidiendo ser padres a edades muy tempranas, entre los 14 y los 16 años, antes de que los maten.

tipos de maras: estudiantiles, deportivas, laborales, de amigos, de ancianos y la Salvatrucha (la MS-13).

Lo importante es que la MS-13 y el B-18, se van estructurando a partir de los contextos sociales y políticos del conflicto armado en los países de El Salvador, Honduras y Guatemala, en la década de los 80s y, principios de los 90s, a través de los procesos y de los flujos migratorios como estrategias familiares para salvaguardar la integridad física / emocional de los infantes / los adolescentes y los jóvenes de esa generación.³⁹ Esto implicó que tanto la MS-13 como el B-18, se originaran en la patria de llegada: los Estados Unidos de Norteamérica (en los Ángeles California), como una respuesta de sobrevivencia cultural, ante la exclusión social, la urgencia de construcción identitaria en resistencia y la afiliación grupal.

Si descomponemos la palabra Mara Salvatrucha, tenemos que la Mara, es una contracción de Marabunta (aquellas hormigas gigantes que van destruyendo todo a su paso),⁴⁰ en otras palabras, es una metáfora (Lakoff y Johnson, 1980), que emula a los flujos migratorios de ese grupo; y Salvatrucha: Salva de El Salvador y, "Trucha", ponerse listo / avisado, es decir, alude a un salvadoreño abusado / inteligente (identidad nacional). La *pandilla* del Barrio-18, en la densidad de su rostro identitario, se edifica a partir de replicar y defenderse de las clicas,⁴¹ que ya estaban asentadas y ancladas territorialmente en el Sur de California, como la de los italianos, los asiáticos y las minorías afro descendientes. De hecho, el núcleo del B-18, se conforma de centroamericanos y, en lo particular, de cholos mexicanos.

La MS-13, es una escisión del B-18 y, con base en las historias orales que se han reconstruido, cuentan que tal ruptura sucedió debido a las disputas

³⁹ Quizás una de las películas más crudas y conmovedoras que dan cuenta de la guerra entre el ejército y la guerrilla en El Salvador, sea: *Voces Inocentes* (2004), México, Manga Films, del cineasta Luis Mandoki. La película cuenta la historia de Chava, un niño de 11 años y sus vivencias en plena guerra, ante la constante amenaza de ser reclutado; o por los militares, o por los guerrilleros.

⁴⁰ Hay un film clásico, *The Naked Jungle* (1954), USA, Paramount Pictures, traducida al español bajo el título: *Cuando Ruge la Marabunta*. Esta película es la historia ubicada en Sudamérica, de una colonia de hormigas gigantes que van arruinando todo lo que encuentran en su camino y están por acabar con una hacienda y plantación de cacao. El protagonista principal, es uno de los iconos del cine norteamericano, Charlton Heston.

⁴¹ En sentido amplio, *las clicas*, son micro grupos, o micro identidades y, en el ámbito de las pandillas, se usa para denominar a sectores, o células organizadas, por lo que hay una diversidad de *clicas* conformadas por *maras*, *pandilleros*, o *cholos*.

por el territorio, la conquista del amor de las mujeres y el control de diversos negocios en las lógicas de lo ilegal. Cabe resaltar que tal escisión es a muerte y, va más allá del hecho fáctico, o de su materialidad, es decir, se coloca y sitúa en códigos culturales / simbólicos: no sólo se trata de matar, o dar muerte al “otro”, distinto, similar o parecido a, sino que cuando se asesina o liquida a uno de la MS-13, o del B-18, según corresponda al vaivén de la venganza, (Evans-Pritchard, 1977), -o, incluso por extensión, a las ejecuciones extrajudiciales-; representa un intento imaginario de “borrar” la adscripción de ese “otro”: una suerte de “limpieza identitaria”, llevada al extremo y al absurdo. Por ejemplo; se han dado casos que en algunos sepelios, la pandilla rival llega y ametralla la caja del difunto / del asesinado (una metáfora de “*matar al muerto*”).

El agrupamiento de la *Mara Salvatrucha* (MS-13) y de los *homies* del *Barrio-18* (B-18), son grupos de jóvenes, en los que actualmente coexisten tres cohortes generacionales. La MS-13, en sus orígenes, son de El Salvador (“*los auténticos salvadoreños*” / “*100 % salvadoreños*”) y, el B-18; incluye también a hondureños, guatemaltecos y mexicanos, con características muy parecidas y similares a la de los *cholos*. Por ejemplo, están inscritos en los procesos migratorios y transnacionales, ya que se les encuentra en San Francisco, New York y Washington. En este sentido y, recurriendo a la hipótesis teórica de José Manuel Valenzuela (2003), en el entendido de que “*los cholos*”, le dan el rostro o configuran de sentido a la *pandilla* del B-18, cobra relevancia deducir que a la Mara Salvatrucha también y, por extensión, incorporan los rasgos identitarios de las *clicas* de los “*cholos mexicanos*”.

Las cualidades de las identificaciones, las podemos “*mirar*”, a través de la forma de organización tipo “*clica*” o “*gang*”; escenificación de la batalla urbana por la disputa del territorio; ritos de iniciación; códigos y reglas de honor; la significación del cuerpo, vía los tatuajes; reivindicación de la raza y de la nacionalidad; administración del poder y del miedo, es decir, los jóvenes salvadoreños, al llegar a los Ángeles California, se percatan que la forma de sobrevivir en un país ajeno, es agruparse como lo vienen haciendo, al menos desde 1939, los jóvenes mexicanos “*cholos*”.

Se tiene conocimiento de que las primeras “*maras*” y “*pandillas*”, se conformaron a finales de la década de los setentas y principios de los ochentas con niños y jóvenes callejeros, entre 12 y 25 años de edad, pertenecientes a los barrios pobres. Nacidos y crecidos en el periodo de la guerra en El Salvador, Guatemala y Honduras. Hijos de combatientes, de guerrilleros y de guardias nacionales, vinculados al consumo de drogas y delitos menores como el robo, dedicados a trabajos de obreros, vendedores ambulantes, albañiles y en las maquiladoras. Muchos de ellos han pasado por las cárceles tanto de los Estados Unidos como en El Salvador y, en los demás países y, la manera de agregamiento es a través de las *clicas* (Cuerno, 2000).

En cuanto a sus practicas sociales y expresiones culturales; también usan el cuerpo para comunicarse e identificarse como *clica* o *gang*; traen tatuajes,⁴² parecidos a los de “*los cholos*”; escuchan música, más del tipo heavy metal, hip-hop; grafitean y plaquean en las paredes de las ciudades en su apropiación simbólica; construyen mecanismo de ritualización al ingresar al grupo, por lo común; 13 segundos de golpes por parte de la mara, o 18, en lo que atañe al B-18, según sea el caso, -muy parecidos a los cholos- y; emplean una forma particular de hablar.

En sí, tanto el agrupamiento de los “*cholos*” como el B-18 y la MS-13, son agregamientos de jóvenes urbanos importantes para la construcción identitaria juvenil con sus estilos de vida muy definidos y, ahora; ya no son visibles en el espacio urbano, aunque funcionan como grupos de pertenencia y de referencia cohesionados y con lazos afectivos muy fuertes entre ellos, tanto que la negación del barrio, de la placa y del grupo, se considera una traición, por lo que se paga con la vida.

Ambos agrupamientos (B-18 / MS-13), todavía construyen su matriz de sentido, a partir de que son jóvenes organizados y constituidos como grupos de reivindicación social, cultural, racial / étnica, ante los otros distintos a ellos en su vivencia transnacional (Kearney, 1995) y experiencia de ser extranjeros y migrantes (Courtney, 2006), regularmente indeseables en el país de llegada.

⁴² Aunque esto ha variado, con respecto a los integrantes del B-18 y de la MS-13, de la tercera generación, es decir, los chicos de 10 / 12 / 14 / 16, años; ya que bajo las nuevas reglas y normatividad, existe la prohibición de no tatuarse más (para algunas *clicas*) y en todo caso, las iconografías no tienen que ser alusivas a las pandillas y tampoco en lugares visibles del cuerpo.

Por lo que agruparse y reconocerse como jóvenes latinos, centroamericanos, mexicanos o salvadoreños, une y ayuda, máxime cuando lo que más consume emocionalmente, es verse y sentirse alejado de la patria, de la tierra de origen, de la familia y de los amigos; identidades juveniles urbanas de la nostalgia y de la tristeza que transitan en los distintos espacios de las ciudades con el ansia de caber en algún sitio y espacio de lo social, aunque sea simbólicamente hablando.

Podemos decir que las *pandillas transnacionales* y la violencia urbana, (Pirker, 2004), marcan y dibujan parte de la vida cotidiana de las ciudades, las colonias y los barrios de las comunidades más pobres y desfavorecidas donde habitan estos agrupamientos (cholos / B-18 / MS-13). Además, se construyen lógicas diferentes y muy particulares con respecto a los tiempos sociales, los espacios de la realidad y la particular administración del territorio, del miedo social y del poder. En este sentido, ser *pandillero* (hombre o mujer), de cualquier adscripción, es una forma de vida a partir de la cual la violencia se va gestionando, por lo que a decir de Carlos Mario Perea (2004), los integrantes de estas adscripciones hablan de la marginación (Germani, 1980) y evidencian la crisis social y cultural en la que viven una gran parte de jóvenes, en este caso, en México y Centroamérica.

Así, el B-18 y la MS-13, son de los pocos agrupamientos que en su centralidad todavía conservan ciertos anclajes territoriales, aún y, con los cambios que actualmente se están dando hacia lo nómada, debido al impacto de las políticas de represión, de tal suerte que su mutación identitaria, los sitúa en los mecanismos y en las estrategias de lo “invisible” y del “camuflaje social” (las cuales explicaremos más adelante).

Estas situaciones de violencia donde una parte de los jóvenes son sujetos de ella, es decir, la ejercen, tiene un impacto en los estados de ánimo y en las afectividades colectivas, ya que generan bastante tensión y molestia social que favorece a las posturas más conservadoras y reaccionarias de los países como Honduras / Guatemala y El Salvador que le dan acción y protagonismo a las iniciativas de “cero tolerancia” / a los Planes de Mano Dura, como a la reducción de la edad penal, a los grupos de autodefensa ciudadana,

o a la policía comunitaria, que violan los más elementales derechos humanos de éstos jóvenes y, que en su acción también se convierten en victimarios.

Este lugar de los jóvenes adscritos al B-18 y a la MS-13, como objetos de violencia y aunado a la participación irresponsable, en la mayoría de los casos, de los *mass media*, ha favorecido la edificación de ciertas representaciones estigmatizadas en tanto señalarlos como los únicos causantes y responsables de la violencia urbana. Así, se ha creado una opinión pública dominante en contra de ellos y de ellas que lo único que hace es crear más conflicto social, ya que no aporta absolutamente nada para la solución de los problemas asociados. Por lo que convenimos con Elena Azaola (2004:9) cuando afirma: “[...] *los jóvenes no son los únicos, y muchas veces ni siquiera los principales responsables de la violencia en nuestros países*”.

No me queda ninguna duda de que los jóvenes en general y; de las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, son los chivos expiatorios de los problemas sociales y la muestra del fracaso de la mayoría de los Estados y sus instituciones, en términos de garantizar mejores condiciones de vida, material / simbólica, para su población, en especial, para los estratos histórica y culturalmente más desfavorecidos: los indígenas, los jóvenes, las mujeres, los ancianos, los pandilleros y todos aquellos que pertenezcan a los grupos que hacen un marcaje definitorio a partir de su diferencia cultural y que se configuran en procesos de desigualdad / desventaja social y se sitúan en escenarios límite y al borde.

3.2 El poder y la violencia a través de la puesta en escena del cuerpo en los espacios habitados.

Consideramos importante resaltar la dimensión simbólica de las violencias en las disputas por el poder, -lo político-, (Swartz, Turner y Tuden, 1994) y, los mecanismos, los accesorios y los artefactos culturales, a partir de los cuales se muestran y, entran en la disputa de sentido y de significación, en este tipo de agrupamientos, en contraposición a los “*otros*”, vía el diseño de las estéticas corporales.

Georges Balandier (1994), habla de la “*teatrocracia*”, como una manera de regular la vida cotidiana de los seres humanos en colectividad, atribuye un elemento teatral a cada una de las expresiones de la vida social, particularmente en aquellas en las que el poder cobra un lugar relevante.

Retomamos esta idea y la ampliamos en términos de que en el ejercicio del poder, se da al mismo tiempo, una producción de imágenes y un despliegue de símbolos ordenados en un sistema ritualizado. Por consiguiente y, agregando lo que propone Cohen (1979), en relación a lo simbólico, el ritual y el poder, destacamos que en el ejercicio de las violencias y, por consiguiente del poder, es viable “*mirar*” lo simbólico como mecanismo importante, es decir, los símbolos serían el vehículo a partir del cual se manifiestan las relaciones asimétricas de poder.

Si ligamos lo que menciona Balandier (1994) y Cohen (1979), podríamos pensar que en el ejercicio de la violencia en los espacios urbanos y en las cárceles entre las *pandillas juveniles*, el caso de la Mara Salvatrucha, MS-13, contra el Barrio-18, tiene que ver, entre otras consideraciones, con la disputa por el poder; cuya vertiente simbólica, estriba en obtener prestigio social, ser respetados (no sólo por las *clicas* rivales, sino en extensión, ya que implica a la comunidad en la que viven), incluyendo la administración del miedo y del pánico social que generan con sus acciones.

Tal situación se estructura y se configura, -a partir de la centralidad del cuerpo-, a través de una serie de ritualizaciones como las de paso o de iniciación, “*la brincada*”, explico: para entrar a la pandilla y, dependiendo de la *clica* de la cual se trate, el nuevo integrante, por lo común, tiene que soportar varios segundos de golpes que le propinan sus compañeros / sus *homies*, esta representación se hace ante los demás y en el espacio social del barrio que usa y que lo tiene “*apropiado*” la *clica*, su valor simbólico estriba en demostrar la valentía del nuevo miembro, -hombre o mujer-, en el entendido de que así como aguante la golpiza, así será de confiable para defender al grupo en aquellas situaciones que se requieran o ameriten, es también una clara muestra de cómo funcionan las estrategias de la masculinidad al interior de estas adscripciones identitarias: “*ser machín*” / “*valiente*” / “*arrojado*” / “*temerario*” (Bourdieu, 2000, Serrano, 2005).

En sus orígenes y, como matriz de significación, la estética corporal ocupa un lugar central, ya que ahí, se nuclea aspectos identificatorios con la *pandilla* y la mara, que dan cuenta de los procesos de construcción de un lugar social al interior como al exterior del agrupamiento. Quizás el elemento más

fuerte en cuanto a su carga simbólica, sea la alteración y la decoración de los cuerpos, a través de los tatuajes; regularmente lo que está inscrito en la piel, es el nombre de la “*clica*” o de la “*gang*”, a la que se pertenece, lo cual reafirma una especie de identidad grupal que ayuda también a ser reconocido por los otros y, difundir temor, aunque al mismo tiempo y, por los ambientes y, las atmósferas de represión, configuradas a partir de las políticas de cero tolerancia, es un descriptor para ser ubicado y, por consiguiente, detenido, o incluso “*eliminado*”, “*ser sacado de las calles*”, “*bajado del avión*”.

En estas lógicas de adscripción identitaria, a partir de analizar los tatuajes que se rayan, o se pintan, -y las cicatrices-, es posible reconstruir las historias de vida, o la trayectoria social, de ese integrante de la MS-13, o de los *homies* del B-18, e incluso, seguir determinadas pistas del movimiento y de los desplazamientos, en la construcción de las identidades y de la disputa en la creación de un espacio socio cultural. En el territorio de esos cuerpos se plasman las vivencias de ser pandillero, o de la mara: los vínculos amorosos establecidos con las mujeres, -“*las jainas*”-, o “*con los batos*”, -si se es mujer-; las creencias religiosas; las vivencias en la cárcel; los actos y las situaciones de muerte; los nombres de los *homboys* caídos en la batalla urbana; los atentados contra ellos; y rasgos de las misiones realizadas.

Una parte de estos tatuajes son impresos en el espacio / el territorio de la cara / el rostro, lo cual conlleva, además de una medida extrema y radical; una forma de interpelar (violentar), la mirada del “*otro*”, u los “*otros*” que “*miran*”. Marca también diferencia social / cultural y, ayuda a legitimarse al interior del agrupamiento, o de la *clica*, en tanto desde su valor simbólico, se demuestra arrojo y se instala en el lugar social de lo temerario. Aunque quizás los tatuajes en el rostro, por habérselos ganado, en situaciones extremas, adquieren el valor simbólico de ser una apuesta sin retorno por el barrio, “*vivo por mi madre y, muero por mi barrio*”; ya que probablemente anuncia la adscripción consciente e instrumental a la muerte. Como lo refiere Marlón Carranza (2005:31): “*Los tatuajes son la expresión simbólica de la incorporación paulatina, aunque definitiva, a la pandilla. Pero al mismo tiempo es expresión de una transformación personal en la que se va asumiendo la*

muerte como probabilidad en su vida. Es interesante ver cómo los tatuajes van de un mayor ocultamiento a mayor visibilidad”.

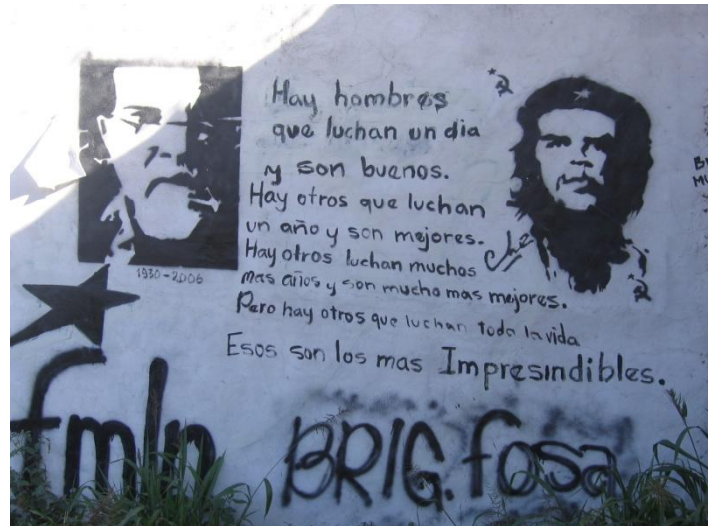
Los tatuajes en el rostro, los que portan la Mara Salvatrucha (MS-13), o el Barrio-18; están anclados a una especie de saturamiento identitario, o de fanatismo irreversible por la *clica* / una especie de sobrecarga afectiva por el barrio; en el entendido de que hay algo del sujeto (en su historia de vida) que lo condujo, material y, simbólicamente, a incrustarse / a encarnarse una adscripción identitaria como “*mara*” en la piel y, al nivel de la mirada: la cara.

El cuerpo, o las corporalidades (la facha), se han representado y abiertamente se pusieron en escena en el espacio público de la calle, la esquina, el barrio y la comunidad, de una manera espectacular, ritualizada, configurado a partir de una gran diversidad de accesorios y de emblemas culturales que fueron incorporándose en la autoconstrucción de su afiliación identitaria; los tatuajes; las gestualidades que aludían a las señas con las manos (regularmente “*tirando barrio*”, el nombre de la *clica* a la que se pertenece); la manera de caminar; la mirada sostenida; el tipo de ropa que se usaba, -pantalones muy flojos o guangos, gorras deportivas, camisetas sin mangas-; la forma de hablar y, en sí, la teatralidad con la finalidad de ganar respeto ante los otros, tanto similares como diferentes.

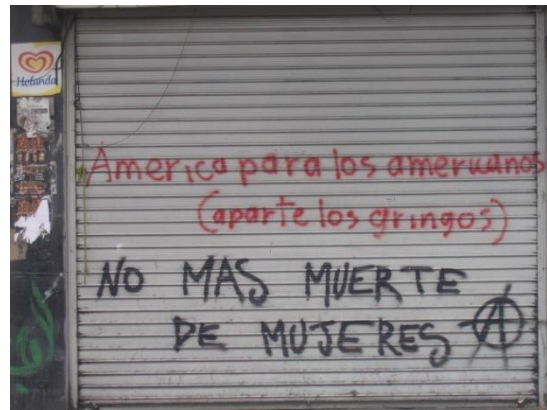
Aquí, el asunto del respeto es clave, ya que tiene que ver con el orgullo de ser de la “MS-13”, del “B-18”, es decir, se muestra una especie de poder en el plano de lo simbólico, a través de todo ese andamiaje y de esos signos que se construyen del lado de la pertenencia como miembro de una *pandilla* o de la mara que regularmente es temida. Se trata de mostrar el poder de la presencia construida y representada a través de una serie de signos, de símbolos y de artefactos culturales (Balandier, 1994; Cohen, 1979).

Probablemente, esta representación y puesta en escena, de la corporalidad de estos pandilleros, simbólicamente de cuenta de la necesidad de incluirse en una sociedad que regularmente tiende a excluirlos. Una especie de recordatorio radical de que se está hablando y se está mostrando, no solamente las diferencias culturales, sino también las desigualdades sociales, en las que están inmersos muchos de ellos y de ellas, como “MS-13”, “Barrio 18”, o “*cholo*” (sujetos trasnacionales).

Grafitis: El Salvador



Grafitis: Guatemala



Grafitis: Honduras





CAP. IV.

La caja de herramientas teóricas

*El conjunto de la ciencia, no es más que
la depuración del pensamiento cotidiano.*
Albert Einstein (1936).

Vamos a desplegar una serie de conceptos, a fin de puntear algunas consideraciones teórico / metodológicas, con respecto a las categorías de análisis del *estigma* (Erving Goffman, 1993), de la construcción social del tiempo / de *las rupturas generacionales* (Margaret Mead, 2002) y de los *neotribalismos / las comunidades emocionales* (Michel Maffesoli, 1990); en virtud de que se han configurado en términos utilizados para reflexionar a los agrupamientos juveniles en su amplitud y, al mismo tiempo, se están aplicando como marcadores en lo que corresponde a la denominación de “*las pandillas trasnacionales*” y, por ende, al B-18 y a la MS-13.

4.1 De estigmas y estigmatizados; una relación social: el caso del B-18 y la MS-13.

Hay determinados sujetos y agrupamientos que por sus cualidades culturales, acciones sociales, visibilidad en los espacios públicos y representación en los circuitos mediáticos, están “*sobrecargados de descrédito*”, como por ejemplo; los grupos indígenas, las minorías sexuales, los movimientos de resistencia civil, los usuarios de drogas legales (alcohol) e ilegales (marihuana / cocaína), los vagabundos, las sexo servidoras y ciertas adscripciones identitarias juveniles del tipo *cholos, maras y del B-18*. Esto lleva, a afirmar que estamos ante sujetos sociales discriminados, no aceptados culturalmente; más aún, son temidos, particularmente en lo que atañe a las adscripciones de la Mara Salvatrucha (MS / 13), el Barrio 18 (B / 18), los Batos Locos, o los Latin Kings (Feixa, Porzio, Recio y Canelles, 2007). En este sentido y, desde varias fronteras disciplinares; la psicología, la sociología de la cultura y la antropología social, discutiremos la idea y el concepto de *estigma*, con base en la propuesta de uno de los teóricos más interesantes y

lúcidos en las ciencias sociales; me refiero a Erving Goffman (1993:14).⁴³ Iniciamos con la definición que el autor da: “*El término estigma será utilizado (...) para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador; pero lo que (...) se necesita es un lenguaje de relaciones; no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, (...) no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo*”

Uno de los aspectos interesantes de la anterior definición es que el estigma, no sólo es una categoría, o una constelación de atributos, sino que su construcción está en función de la red de relaciones sociales que los sujetos estigmatizados (o, las adscripciones grupales que nos competen), establecen con los no-estigmatizados, con otros agrupamientos de “*normales*”, ligados a los vínculos que éstos a su vez realizan con los estigmatizados. De tal suerte que podríamos rápidamente plantear la siguiente interrogante: ¿Cuáles serían esos atributos y los estereotipos desacreditadores que se les depositan a los integrantes de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18, considerando que pertenecen y son miembros de esa categoría estigmatizadora? Me parece que tendríamos varios adjetivos descalificativos: violentos, peligrosos, delincuentes, sanguinarios, amenaza para la seguridad nacional, desalmados y asesinos.⁴⁴ (Basta revisar al azar algunos encabezados y seguir las noticias de periódicos y de revistas, relativamente recientes, para atestiguar lo anterior).

Periódico CLARIN, Buenos Aires, Argentina, domingo 12 de junio de 2005.

Delincuencia y Marginalidad

Maras: el azote de Centroamérica y EE.UU. ¿Llegará a la Argentina?

Gustavo Sierra. TEGUCIGALPA. ENVIADO ESPECIAL.

Periódico EL GRAFICO, México DF, viernes 23 de junio de 2006.

Las decapitaciones en Tijuana tienen el sello de maras: PGR

La forma de ejecución es una característica de esta pandilla, que ha sido aparentemente reclutada por el cártel de Sinaloa, señala Luis Santiago Vasconcelos, titular de la SIEDO (Silvia Otero, reportera).

⁴³ Cfr. Erving Goffman. *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993. Este texto es un estudio psicosocial acerca de los “*anormales*”, el cual establece, entre otras consideraciones, una relación del estigma y la desviación social, -discutible- y, de los estigmatizados y los “*normales*”.

⁴⁴ En términos de proceso de investigación, se requiere explorar la auto-representación de los integrantes de la MS-13 y del B-18, con respecto a sus afectividades en consonancia con los imaginarios sociales que construye o atribuye la gente y las instituciones de Procuración de Justicia del Estado (ministros, jueces y abogados). Por ejemplo, habría qué preguntar por: ¿Cómo se sienten y piensan que se les atribuya ser violentos o peligrosos?

Periódico LA TRIBUNA, Honduras, 7 de enero de 2005

Da pena lo que hacen a favor de mareros: Álvarez

Hablar del estigma conlleva situar una particular estructuración de los vínculos sociales en función del tipo al que estemos aludiendo, es decir, dependiendo del que se trate, será la cualidad de las relaciones intersubjetivas que se establezcan. Bajo esta lógica discursiva, Erving Goffman (1993), propone una suerte de tipología del estigma configurada de la siguiente manera: a) *las deformaciones físicas* (ciegos, tullidos, rengos); b) lo relacionado con “*defectos de carácter del individuo*” (drogas, alcoholismo, homosexualidad, reclusiones, perturbaciones mentales) y, c) *los tribales* (la raza, la nación, la religión y la clase). Como el lector podrá darse cuenta, el agrupamiento del B-18 y de la MS-13, difícilmente se les lograría situar en alguna de estas clasificaciones, ya que por sus prácticas sociales, expresiones culturales, itinerarios urbanos y disputas por el espacio (la cárcel); transitan, en todo caso, entre los estigmas de “*los defectos del carácter*” y *los tribales*; o quizás incluso, habría que proponer o pensar en otras categorías.

El estigma y, los estigmatizados, o la pertenencia a la categoría de estigmatizado como “*identidad deteriorada*”, marca una indeseable diferencia socio cultural que coloca a estos sujetos en una situación de desventaja e “*incomodidad social*”, es decir, sitúa a tales agrupamientos en las lógicas de la discriminación y, por consiguiente, en la exclusión social y fáciles blanco de la represión a cargo de los profesionales de la violencia (Tilly, 2003), -policías, paramilitares, mercenarios, sicarios-, e incluso, son firmes candidatos a la eliminación física y grupal a través de los escuadrones de limpieza social, en tanto que también son imaginados como sujetos y agrupamientos “*desechables*” (Martín-Barbero, 1998).

Veamos más informes y encabezados de notas periodísticas:

**25 de Febrero del 2003 Resumen Índice AI: AMR
37/001/2003/s**
AMNISTÍA INTERNACIONAL
HONDURAS
CERO TOLERANCIA... A LA
IMPUNIDAD
Ejecuciones Extrajudiciales de Niños y
Jóvenes desde 1998.

O esta otra:

Periódico LA TRIBUNA, Honduras, 25 de enero de 2006

Estado pagará 23 millones
por ejecución de mareros.

A los jóvenes se les detuvo un 15 de septiembre de 1995,
frente al estadio, supuestamente por tocar a unas palillonas.

Ligado con lo anterior, incorporamos dos ideas interesantes que Goffman (1993) plantea, por una parte, refiere que un rasgo de los individuos estigmatizados es la aceptación y, por la otra, una tendencia a la victimización. Con respecto a estas situaciones, o desde un lugar de la interpelación, los estigmatizados y, en este caso, el B-18 y la MS-13, en un intento, no sólo de reconocerse como agrupamiento estigmatizado y de asumirse como legítimos representantes de su categoría, sino de corregir su condición, de usar y aprovechar esta situación (en el buen sentido de la palabra), están empezando a disputar la representatividad, a demandar y a obtener una variedad de beneficios sociales, en bienes / servicios y, además, consiguen uno que otro favor del lado de las afectividades y de las solidaridades, como por ejemplo, para adquirir algún bien material.

Esta situación es de suyo interesante por varias razones; *una*, en el ámbito de las estrategias metodológicas, ya que resitúa el lugar o el territorio del investigador o del etnógrafo, con respecto a sus sujetos de la investigación y de la intervención; *dos*, va tejiendo los vínculos o los contactos mixtos y múltiples entre los estigmatizados y los no estigmatizados; *tres*, los no estigmatizados (los académicos, los intelectuales, ministros de culto y asociaciones de la sociedad civil), regularmente aparecen como una forma de aliados de los “*estigmatizados*”, en el caso que nos ocupa, de los agrupamientos y las adscripciones identitarias referidas. Siguiendo a Erving Goffman -y, creo que esta es una pista para la investigación-; la visión sociológica de los estigmatizados está anclada al tipo de vida cotidiana que llevan (la familia, es el mejor ejemplo), aunque también alude a las particulares formas de estructuración grupal que logren constituir y construir: “(*...*) *una categoría puede funcionar para favorecer entre sus miembros el establecimiento de relaciones y formaciones grupales, lo cual no significa (...)* que la totalidad de sus integrantes constituya un grupo” (Goffman, 1993: 36).

Un hecho muy elocuente de lo que estamos afirmando, es la conformación de una organización y/o agrupamiento de pandilleros pasivos, del B-18, -como ellos mismos se autodefinen-, bajo la denominación de “*Los Homies Unidos de El Salvador*”. Son pandilleros no-activos, es decir, alejados del ejercicio de las violencias y del consumo de drogas ilegales, este agrupamiento, se reconoce como representante de su categoría de estigmatizados y procura incidir en la disminución de las violencias entre las *clicas* del B-18 y de sus rivales, la MS-13; de brindar información que proteja a los integrantes de estas adscripciones identitarias, de asuntos como el uso de drogas; ayudar también a borrar los tatuajes para no ser identificados por la policía; prevenir el contagio del VIH / SIDA y; ofrecen algún oficio para que después puedan vivir de ello.

Esto los coloca en los escenarios de la visibilidad pública (mediática) y en la disputa abierta por la representación o construcción de sentido de su categoría como estigmatizados. Asimismo, los ubica en una red de relaciones con otro tipo de configuraciones grupales, con las tensiones y los conflictos correspondientes, o siguiendo a Bourdieu (1990), son ya parte de un campo, lo cual implícitamente (o, explícitamente), el estigma se convierte en una profesión: “*Otra de sus tareas habituales es la de aparecer como “oradores” ante diversas audiencias de normales y estigmatizados; presentan el caso en nombre de los estigmatizados y cuando son ellos mismos nativos de ese grupo, se ofrecen como modelo vivido de una realización plenamente normal; son héroes de la adaptación, merecedores de recompensas públicas por haber demostrado que un individuo de esa especie puede, ser una buena persona*” (Goffman, 1993: 37).

Un aspecto que pareciera algo sutil, aunque encierra una reflexión importante y merece un análisis profundo desde la psicología, es en relación a que Goffman, sugiere o propone referirse al estigmatizado o los estigmatizados, a partir de lo “*perceptible* o la *perceptibilidad*”, en vez de hablar de visibilidad, como lo solemos hacer regularmente desde el ámbito cultural cuando nos referimos a determinados sujetos o agrupamientos juveniles en los espacios públicos.

Para la psicología, el concepto de “*percepción social*”, es un término cognitivo, lo cual implica la forma y la manera en que los sujetos se imaginan, piensan y atribuyen, determinadas características sociales y culturales, a otros sujetos o agrupamientos diferentes a ellos. Adelantando la discusión, sugerimos incorporar una categoría de análisis más potente: las representaciones sociales.

Dicho término desarrollado por Serge Moscovici (1979), a partir de la noción de mentalidades colectivas de Durkheim, refiere a un cuerpo teórico y a un concepto de análisis de lo social. En tanto concepto, alude a la construcción colectiva de un pensamiento en común, en este sentido, las representaciones sociales están constituidas de imágenes, actitudes, opiniones y percepciones que un agrupamiento construye con respecto a un objeto, o a un sujeto. De ahí que no hay sujeto, agrupamiento, o colectivo que no edifique una representación, en relación a un objeto o sujetos y, por consiguiente, uno siempre es representado por otro u los otros sujetos o agrupamientos, regularmente distintos y diferentes a uno.⁴⁵

Aunado a lo anterior, recuperamos otro término que trabaja Goffman (1993:73), el concepto de la *identidad personal* como aquellas marcas positivas que dan soporte a la identidad anclada a la historia de vida. En palabras del autor: “*La identidad personal se relaciona (...) con el supuesto de que el individuo puede diferenciarse de todos los demás, y que alrededor de este medio de diferenciación se adhieren y entrelazan (...) los hechos sociales de una única historia continua, que se convertirá luego en la melosa sustancia a la cual pueden adherirse aún otros hechos biográficos*”

Asimismo, una de las claves que da Goffman (1993), a fin de estudiar y, diríamos por extensión, para comprender a una persona (o sujetos, o agrupamientos) estigmatizados, es con respecto a enfocarse a la rutina diaria, en otras palabras, a su vida cotidiana, a sus espacios de la socialidad, ya que esto posibilita vincular o interconectar al individuo con sus diversas situaciones

⁴⁵ El planteamiento teórico y metodológico acerca de las Representaciones Sociales, se encuentra en el siguiente libro, Serge Moscovici, *El Psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires Argentina, Editorial Huemul S.A., 1979. Para una discusión más intensa en relación a una crítica a algunos conceptos en psicología social como el de las representaciones sociales, *cfr.* Maritza Montero (Coord.), *Construcción y crítica de la psicología social*, ANTHROPOS, 1994, pp.109-126.

sociales e introducirse en la estructuración de su red de redes. Esto es muy importante, ya que a estos sujetos transnacionales o agrupamientos estigmatizados, hay que entenderlos a partir de sus vínculos sociales con los otros y, esos otros, la alteridad, -el alter-, serían los sujetos o los agrupamientos de “*normales*”.

Veamos cómo aplica lo anterior en el agrupamiento de la *pandilla* del B-18 y de la MS-13. En cuanto *identidades deterioradas* y, sujetos desacreditables, dan cuenta de las características de su diferencia cultural tanto en lo que se denominan los símbolos de prestigio como los del estigma, que ilustran de manera fehaciente, la pertenencia a la categoría, ya que transmiten información social con respecto a ellos. El problema es que algunos símbolos de su estigma son percibidos y representados negativamente por los sujetos que estigmatizan, es decir, los más ilustrativos o llamativos, se anclan en los territorios de sus cuerpos y de su consiguiente escenificación / representación, o puesta en escena, en los distintos espacios que son habitados y apropiados por estos agrupamientos juveniles, de tal suerte que activan, justamente, esos estigmas.

Uno de los más emblemáticos, veíamos, es con respecto a los tatuajes inscritos en la piel, en la geografía corporal y, en particular, en el rostro o en la cara, territorio en el que se condensa y habita la personalidad de los sujetos como una suerte de carnet de identificación que se muestra deliberadamente para interpelar e intimidar a los otros sujetos, a las instituciones del Estado y a la sociedad como tal, en la lucha y en la disputa por la creación o la representación de sentido como miembro de una categoría estigmatizada, e incluso, como integrante de una *clica* que está en batalla histórica contra otra configuración rival; ya sea del B-18, o de la MS-13.

Otros símbolos del estigma que se encuentran en la mayoría de estas adscripciones identitarias juveniles, o de las “*comunidades de jóvenes*” y, en lo que se refiere al B-18 y a la MS-13, se da con respecto al uso de “*los apodos*”. Si teóricamente el nombre es un medio a partir del cual hablan y se visibilizan las identidades sociales, entonces, el apodo es una suerte de reconfiguración identitaria que refiere en gran parte a que éstos sujetos, se socializaron en la calle y en el barrio, junto con los otros parecidos y similares socialmente a

ellos; debido al desdibujamiento de las dinámicas familiares en las que les tocó nacer (crecer / vivir); a la desinstitucionalidad en la que se encuentran con respecto a los ámbitos educativos y a otras instituciones del Estado, es decir, dan cuenta de las dificultades de articularse e incluirse en los ámbitos de la escuela, el trabajo y los servicios de salud.

Además, acerca de los sobrenombres y, apodos, hay una riqueza en cuanto a su valor simbólico, ya que a través de éstos, uno ingresa a esos mundos imaginados de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009), de las identidades deterioradas, de las situaciones de escarnio ante las tragedias de la vida cotidiana, de las deformaciones corporales y de los residuos de las violencias ejercidas contra y, entre ellos, -cicatrices / amputaciones-, resemantizadas y reelaboradas, a través de la burla, la ironía, la “mofa” y, en sí, del ambiente festivo que da y evoca un sobrenombre o apodo.⁴⁶

El B-18 y la MS-13, son agrupamientos y sujetos estigmatizados, es decir, sus identificaciones sociales están marcadas por el desprestigio y lo desacreditable, de tal suerte y, ante el avance de la represión y del actuar de los escuadrones de la muerte / de los de limpieza social, están emergiendo o constituyendo, mecanismos de autoprotección identitaria, a fin de ocultar o encubrir, ante determinados actores y sujetos, su estigma: se trata ahora, de ocultar y de hacer invisibles los símbolos más significativos, o de más fácil representación.

Ese encubrimiento y ocultamiento de los símbolos del estigma, se está empezando a dar con los integrantes más jóvenes de estas adscripciones identitarias, -tercera generación-, al evitar ser tatuados, ya que eso conlleva pasar un poco desapercibidos; o borrar los tatuajes de integrantes a alguna *clica*, a fin de no ser detectados o detenidos por los cuerpos de seguridad del Estado, -particularmente los de la primera generación-. Asimismo, la estética corporal se está transformando, en función del cambio de ropa, la forma de hablar, el tipo de corte de cabello y de los accesorios culturales (arracadas y, demás). Estas situaciones novedosas se pueden considerar como el empleo de los desidentificadores del estigma. Escuchemos a Goffman decir en relación a

⁴⁶ Al respecto, se puede consultar el libro de César Abilio Vergara, *Apodos, la reconstrucción de identidades*, INAH, México, 1997, en particular el capítulo que da nombre al texto, pp.111-143

los estigmas y a tales mecanismos: *“Una estrategia consiste (...) en ocultar o borrar signos que han llegado a ser símbolos de estigma. El cambio de nombre es un ejemplo conocido”* (Goffman, 1993:112).

Estos acontecimientos, están marcando, indudablemente, ciertos cambios, rápidos y vertiginosos, en la condición de ser del B-18 y de la MS-13, lo cual alude a que se está aprendiendo a manejar el estigma por parte de estos grupos estigmatizados, es más, la configuración de esas *“identidades deterioradas”* y de todos los emblemas y los accesorios culturales inscritos en la adscripción identitaria del ser *homie*, -los tatuajes, la forma de hablar, el lenguaje corporal, el andar descamisados, traer los pantalones flojos, la postura *acholadas* y, la rudeza de sus rostros-, se convierten en esos símbolos del estigma que regularmente se exponen continuamente a la representación social de los otros: *“(...) aprender a encubrirse constituye una de las fases de la socialización de la persona estigmatizada y un momento decisivo de su carrera moral”* (Goffman, 1993:122).

De ahí que la divergencia, es uno de los aspectos centrales que articulan el estudio del estigma con el mundo social, es decir, e insistiría, se requiere ubicar el lugar de los grupos o de los sujetos en la estructura social, en otras palabras, hay que situar a los sujetos del B-18 y de la MS-13, en un punto o lugar de la configuración de las relaciones sociales. Esto conlleva a decir que hay una lógica entre el estigmatizado y los *“normales”*, en el entendido de que unos no se pueden explicar sino a partir de los otros: *“(...) el estigma implica no tanto un conjunto de individuos concretos separables en dos grupos, los estigmatizados y los normales, como un penetrante proceso social de dos roles en el cual cada individuo participa en ambos roles, al menos en ciertos contextos y en algunas fases de la vida. El normal y el estigmatizado no son personas, sino, (...) perspectivas”* (Goffman, 1993: 160).

Esta idea es de suyo interesante, pensar que él o los estigmatizados y, los no-estigmatizados, son parte uno del otro, en tanto que el estigma es un proceso social configurado por roles o lugares que ocupan cada uno de ellos desde los sitios de la categoría a la que pertenecen y están adscritos. A partir de esto, se construyen las representaciones sociales (Moscovici, 1979), las

posturas y las subjetividades colectivas durante los múltiples contactos establecidos.

Como se sabe, Erving Goffman (1993), establece una relación entre el estigma, la desviación social⁴⁷ y las divergencias. Para él, lo divergente es todo miembro individual que no se adhiere a las normas de un grupo y, los desviados sociales, son todos aquellos que se reúnen en “*subcomunidad*”, como por ejemplo, (las prostitutas, los homosexuales, los vagabundos, los drogadictos, los delincuentes, los criminales, los bohemios, los borrachos).

Con respecto a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, las podríamos considerar como una especie “*de comunidades juveniles*”, -de creación de sentidos / de presencia-, que disputan una legalidad ante el orden social y establecido, por lo que permanentemente desafían a las instituciones del poder del Estado, colocándose en los territorios y en las lógicas de la para legalidad.

4.2. La construcción social del tiempo: rupturas generacionales.

En uno de los textos clásicos y, más enunciativos y, por ello interesantes, escrito en 1969, la antropóloga norteamericana, Margaret Mead,⁴⁸ realiza un análisis con respecto a lo que podríamos denominar la construcción social del tiempo (o, los abismos generacionales), teniendo como ejes temporales: el pasado, el presente y el futuro. Para la autora, uno de los problemas actuales que enfrentamos, es la falta de compromiso de los jóvenes (aunque es necesario agregar que en todo caso, no solamente sería de ellos, en el entendido de la carencia por establecer, apostar, invertir, como sujetos sociales / *comunidades de jóvenes*, en algo: una causa, un proyecto, un ideal, un vínculo, una actividad, o incluso, un estado de ánimo. Mead (2002), considera que en el final del siglo XX (y, agregaríamos, principios del XXI), estamos viviendo una gran difusión de una cultura global, es decir, dado los cambios tecnológicos, de la debacle de los paradigmas en las sociedades

⁴⁷ La idea de “*desviación social*”, de la que refiere Goffman, es una de las cuestiones que se le pueden cuestionar, ya que finalmente avala las perspectivas funcionalistas y, de la adaptación social, con respecto a determinadas acciones sociales de ciertos sujetos o adscripciones identitarias que se alejan de lo convencional o de las conductas integradas social y culturalmente hablando.

⁴⁸ Me refiero al libro, *Cultura y Compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Gedisa, Barcelona España, 2002.

contemporáneas (lo que podríamos denominar como los ingredientes de los contextos), las culturas se han mundializado, de tal suerte que hay matrices de sentido que emergen en los distintos países y sociedades, aunque con significados particulares y/o locales.

Tal situación se ve magníficamente ilustrada con respecto a lo que podríamos denominar la internacionalización o la transnacionalización de las culturas de las adscripciones identitarias juveniles en los espacios urbanos de las principales ciudades del mundo, en lo que se refiere a ciertas acciones sociales y manifestaciones culturales de esas “*comunidades juveniles*”. Por ejemplo; los grafitis y sus grafiteros, han cambiado las estéticas de las calles, los barrios, las avenidas y, el inmobiliario urbano a nivel mundial; los cuerpos alterados y decorados a través de las perforaciones y de los tatuajes se muestran como galerías ambulantes circulando los espacios públicos de varias metrópolis; las escenas de las diversas configuraciones grupales (darks / góticos / vampiros / hip-hoperos / skatos / emos / pokemones / cholos / raves / MS-13 / B-18), se han instalado como una suerte de paisajes o de cuadros costumbristas a nivel global.

Margaret Mead (2002), sitúa su estudio y su análisis, después de la segunda guerra mundial y, explora culturas vivientes de distintos grados de complejidad que existen o se dan en la época presente, es decir, habla de las culturas primitivas, las históricas y las contemporáneas. En este sentido, menciona tres tipos diferentes de culturas (la posfigurativa, la cofigurativa y la prefigurativa) que dan cuenta o ayudan a comprender el período en el que vivimos entre lo que hemos denominado los *mundos juveniles* y los *mundos adultos* (regularmente en conflicto y en tensión permanente).

Proponemos, entender a los *mundos adultos* (padres, autoridades escolares, policías, figuras religiosas, maestros), como culturas hegemónicas (al estilo Gramsci), quienes detentan el poder y lo tratan de imponer permanentemente, a través de la constelación de concepciones del mundo instrumentadas vía las normas, los valores, las reglas, las representaciones sociales (Moscovici, 1977), los estigmas (Goffman, 1993) y, los prejuicios, que sustentan la construcción de sentido de la vida social y cultural adulta. Estos *mundos adultos*, se anclan en el pasado y, las matrices de significaciones, a

partir de las cuales se posicionan y definen su acción social, se están vaciando de sentido con respecto y en relación, a las matrices de significación de los mundos juveniles que corren en otro flujo de sentidos en la temporalidad del presente, del aquí y del ahora, de la existencia del ser jóvenes contemporáneos.

En lo que atañe a los *mundos juveniles* (las distintas formas de ser jóvenes), sugerimos caracterizarlos como culturas subalternas que se configuran particularmente a través de sus múltiples prácticas sociales y expresiones culturales diversas, situados en un tiempo histórico y en un espacio social determinado. Estos mundos entran en disputa en la creación de sentido y de su presencia (Díaz, 2002), en los espacios públicos (la calle / la escuela), en los privados (la familia) y, esencialmente, en todos aquellos en los que se escenifican y se lleva a cabo, una *performatividad*⁴⁹ de sus adscripciones identitarias juveniles que correspondan.

4.2.1 Cultura posfigurativa, acerca del pasado.

La tesis central con respecto a lo que Margaret Mead (2002) denomina *culturas posfigurativas* es que las nuevas generaciones de los niños (y de los jóvenes), aprenden o se socializan fundamentalmente a partir de la educación que les proveen los mayores, -diríamos *los mundos adultos*-, teniendo como referentes las maneras en que a su vez ellos fueron educados (cuando eran niños o niñas) y, formados por sus propios padres que ahora vendrían siendo los abuelos para éstas nuevas generaciones.

Esto implica que los adultos tienen la autoridad anclada en el pasado, lo cual se convierte en la oferta de horizonte de futuro posible, para cada nueva generación, de donde se derivan las concepciones y las imágenes del mundo, la prescripción de determinadas pautas del comportamiento social, el diseño de

⁴⁹ Con respecto a la *performatividad*, hay algunas características que son importantes de señalar. No se trata de un acto independiente del sujeto, ya que inevitablemente se está normalizado y, además, adquiere la cualidad de ser una reiteración de la norma, una especie de ritualización, en tanto su repetición: y, no es sólo, o primariamente una teatralidad. En palabras de Judith Butler (2002:18): "(...) *la performatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra (...)*" Esto conlleva a reiterar que los sujetos, en este caso los jóvenes, en lo que corresponde a la construcción de sus identificaciones grupales, no están regidos por su simple deseo o voluntad y, tampoco, alejados de las normas que los regulan precisamente en sus acciones sociales y en sus expresiones en el orden de la cultura.

valores, normas y actitudes que deben de considerar estas nuevas generaciones de niños y de jóvenes.

La lógica consiste en que hay una suerte de continuidad entre una generación y la otra, por lo que da la impresión de que las condiciones de la vida social son inmutables en el tiempo y eternamente iguales en el espacio histórico; de una sola vez y para siempre. Pareciera entonces que el tiempo social se detiene y, los cambios, en todo caso, son demasiados lentos e imperceptibles para verse en las modificaciones de conducta o en las actitudes de los agrupamientos juveniles.

Para que esta cultura *postfigurativa* logre perpetuarse, es necesario que concurren tres tiempos generacionales (la de los viejos, los adultos, los niños, los jóvenes), ya que esto proporciona, como oferta de constitución de sujetos psíquicos y sociales, un modelo de vida para las incipientes generaciones, en el entendido de que se da por hecho y por supuesto, esa cultura. En sí, no hay una ruptura entre las experiencias de los viejos o ancianos y, la de los niños / los jóvenes. Se da una sensación de intemporalidad y, el énfasis o la centralidad, esta anclada a *los mundos adultos* como sistemas cerrados que copian el pasado, es decir, son los abuelos los que representan de mejor manera ese pasado que ha quedado atrás y que es vehiculizado por esos *mundos adultos*.

Aquí lo interesante a reflexionar, entre otras consideraciones, es que aunque hay una suerte de identidad ineludible entre una generación y la otra, las relaciones intergeneracionales dentro de esta cultura o sociedad *postfigurativa*, no son necesariamente apacibles, o exentas de tensiones y de conflictos, por lo que podríamos interrogar, siguiendo a Margaret Mead (2002): ¿Cómo es que se da esa convivencia intergeneracional sin impugnación seria que ponga en riesgo la continuidad de esa cultura? Teóricamente decimos y sabemos que los jóvenes, como categoría de análisis de lo social, son diferentes, múltiples y diversos, aún reflexionándolos endo grupalmente. Lo cual conlleva a sostener que hay diversas formas de ser jóvenes si consideramos la clase social, el género, las normas / los valores, la región, las adscripciones políticas y demás filiaciones, familiares, educativas y grupales, sin embargo: ¿Por qué algunos jóvenes de lo que queda de la clase media de

nuestros países y de la clase más favorecida, adquieren las características de una cultura *posfigurativa*? ¿Será acaso y, adelantando una reflexión más que, en las denominadas culturas y sociedades *posfigurativas*, encontramos los gérmenes posibles de algunos espíritus conservadores, en determinados sujetos y *comunidades juveniles*, en el entendido de que fueron creados con valores y normas anclados en el pasado de la autoridad y del autoritarismo de los *mundos adultos*?⁵⁰

4.2.2 Cultura cofigurativa: acerca del presente.

En este tipo de culturas *cofigurativas*, tanto los niños, los jóvenes y los adultos, aprenden de sus respectivos grupos de pares, es decir, lo que prevalece como modelo en la construcción de los sujetos sociales y, en sus conductas, está en función de sus ligas y en sus vínculos con sus contemporáneos. Sin embargo, los ancianos siguen predominando en los comportamientos de los jóvenes y, éstos, no dejan de recurrir a sus mayores, a fin de conseguir la aprobación en las variaciones o en los cambios en sus comportamientos o en las formas de posicionarse en el mundo. Así, los miembros de cada generación imitan, o mejor aún, incorporan las conductas de sus contemporáneos, sus pares adolescentes o jóvenes (similares a ellos), definiendo y diseñando sus comportamientos tanto individuales como grupales. La cofiguración entonces, dota de experiencias a las nuevas generaciones de jóvenes, radicalmente distinta a la de sus padres y abuelos, es decir, los *mundos adultos* o sus progenitores, no pueden proporcionarles modelos vivos apropiados para la época en la cual están siendo jóvenes sus jóvenes, por lo tanto, los mejores guías o modelos identificatorios, no son los padres, o los *mundos adultos*, sino precisamente sus grupos de pares.

Esto conlleva a que no hay (no tendría porque haberlo), una imagen clara del pasado, ni del futuro y, se da abiertamente una desvinculación con respecto a la experiencia *postfigurativa* de la infancia y, metafóricamente, los

⁵⁰ No dejo de pensar en la 1ª Encuesta Nacional. Exclusión, Intolerancia y Violencia en Escuelas Públicas de Educación Media Superior, 21 de abril de 2008, levantada por el Instituto Nacional de Salud Pública, en 2007. Se aplicó a estudiantes de EMS de subsistemas federales, estatales y autónomos. Estudiantes de 15 a 19 años y una muestra de 13, 104 casos representativos a nivel nacional. Van algunos datos: al 54% no le gustaría tener como compañero de escuela a Enfermos de Sida y al 52.8%, a No Heterosexuales; y el 44.6 % de hombres, ha insultado.

abuelos no están presentes, ya que representan un pasado que ya ha quedado atrás, por lo que sus conductas son marcadas y regidas por el grupo o las comunidades juveniles: “Donde la configuración entre pares se ha institucionalizado a través de la cultura, uno se encuentra con el fenómeno de la cultura juvenil o cultura adolescente” (Mead, 2002: 88).

Hay por lo tanto, una ruptura con el sistema cultural *postfigurativo* debido, entre otras consideraciones, al desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación y a la emergencia, como nunca antes, de los procesos migratorios. Escuchemos a Margaret Mead (2002:68), decir: “En las sociedades que cambian lentamente, las pequeñas modificaciones de conducta identificables, mediante las cuales una generación se diferencia de las siguientes, se pueden abordar como cambios de moda, (...) innovaciones secundarias de los jóvenes en materia de indumentaria, modales o esparcimiento, respecto de los cuales los ancianos no se inquietan”. Lo que está aludiendo la autora es que estas sociedades van cambiando lentamente y las pequeñas modificaciones en los comportamientos o en las conductas (no por ello menos importantes), en los estilos identitarios, en las fajas corporales, en la puesta en escena y en los ritmos del esparcimiento, van marcando las diferencias de unas sociedades con respecto a las otras.

Para el caso de una gran parte de los jóvenes en América Latina, los grupos de pares y, los procesos migratorios, son claves para entender algunas configuraciones de agrupamientos o de adscripciones identitarias como lo son las *bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), o los grupos de *cholos* (Valenzuela, 1988, 2002), o la *pandilla* del B-18, o la Mara Salvatrucha (MS-13). La migración a las patrias de llegada que llevan a cabo, regularmente, una gran cantidad de jóvenes, por ejemplo, los uruguayos hacia la Argentina; o los argentinos y chilenos, a México; o los salvadoreños, hondureños y guatemaltecos; hacia los Estados Unidos de Norteamérica; marcan una resignificación en relación a las culturas de sus patrias de origen, estableciendo comunidades transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006).

Esta situación también conlleva a que éstos jóvenes, hombres como mujeres, tengan que lidiar con los nuevos comportamientos aprendidos en sus lugares de llegada y, a su vez, mantener ciertas conductas de la cultura de sus

antepasados, o de las patrias de origen. Estas nuevas formas culturales del comportamiento entran sustancialmente en tensión y en contradicción, cuando los sujetos juveniles son deportados y enviados de regreso a sus lugares de origen (el caso de los salvadoreños, los hondureños y los guatemaltecos, principalmente, década de los 90s), o cuando regresan momentáneamente para las fiestas; ya sean patronales, de fin de año, o de vacaciones (Courtney, 2006).

Por otra parte y, dada, las crisis de las familias, su borramiento o disolución, una parte significativa de los niños y de los jóvenes de los estratos socioeconómicos más desfavorecidos y de las colonias populares, han tenido que socializar en la calle y en el barrio, junto con otros parecidos y similares a ellos, es decir, sus pares. De ahí que la conformación de agrupamientos juveniles en los espacios del barrio, han sido cada vez más una de las características de estos sujetos juveniles desocializados de sus ámbitos familiares / educativos y, en todo caso, resocializados fuera de éstos.

De tal suerte que encontramos configuraciones grupales muy potentes que facilitan la construcción identitaria juvenil de sus miembros, creando verdaderas hermandades, lazos de amistad, “*del carnalismo*”, solidaridades comprobadas y más estructuradas incluso que algunos vínculos consanguíneos de familia: “*Hacia la década de 1960, este cambio determinó, (...), que una parte de la nueva generación de jóvenes de clase media se transformara en un remedo de las pandillas étnicas que (...) habían combatido entre sí y contra la policía en nuestras grandes ciudades*” (Mead, 2002:88).

Ante esta cultura *cofigurativa*, quizás una de las sentencias más elocuentes y contundentes que nos señala Margaret Mead (2002:94), en cuanto a un período de formas culturales muy distintas que marcan los abismos generacionales entre lo que hemos caracterizado como los *mundos adultos* en contraposición a los *mundos juveniles*, sea la siguiente: “*(...) los jóvenes de todos los países comparten un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores tuvo o tendrá jamás. (...) la vieja generación nunca verá repetida en la vida de los jóvenes su propia experiencia singular de cambio emergente y escalonado. Esta ruptura entre generaciones es totalmente nueva: es planetaria y universal*”

4.2.3 Cultura prefigurativa: acerca del futuro.

Lo que plantea la autora en la cultura *prefigurativa*, es lo desconocido, lo nuevo y, abiertamente marca ya, no sólo la ruptura con la cultura *cofigurativa*, sino el quiebre o el abismo generacional que se está dando a nivel mundial entre lo que hemos nombrado como los *mundos juveniles* y los *mundos adultos* (que incluye a los padres, a los maestros y, también agregaría, a las figuras de autoridad como los sacerdotes, los cuerpos de seguridad del Estado, los políticos y los medios masivos de comunicación).

Esto conlleva a sostener que son los hijos jóvenes los que, en todo caso, representarían el porvenir y, no los adultos (sean las figuras parentales, los profesores, o los abuelos). Aunque habría que entender el porvenir y, en todo caso el futuro (que cada vez más se diluye para la mayoría de los jóvenes latinoamericanos), desde el presente, en el aquí y en el ahora de sus existencias / de sus vidas cotidianas.

Enfrentamos nuevas formas y dispositivos culturales, por lo que en términos amplios, la generación de los adultos se sitúa en el aislamiento y en lo atemporal, ya que su propio pasado es incomunicable, (-ya fue-), carente de sentido, bajo la sentencia de que quizás no hay adultos que sepan más que los mismos jóvenes acerca de lo que en el presente de sus vicisitudes y derroteros de sus vidas cotidianas están experimentando. Además, los *mundos adultos* se sitúan descentrados de su función como guías o referentes para los *mundos juveniles*. Al respecto Mead (2002), es muy clara cuando señala: “*La prueba primordial de que la situación presente es única y no tiene parangón en el pasado, consiste en que la ruptura generacional abarca todo el mundo*” (Mead, 2002: 99).

Los grupos de pares, las adscripciones identitarias, o las “*comunidades juveniles*”, se consolidan en su supremacía como los relevos o los reemplazos de los padres y de los maestros como modelos significativos en el diseño de las conductas y de los comportamientos sociales, por lo que ahora son las generaciones de los *mundos adultos* los que tienen que aprender de los *mundos juveniles*, a fin de tratar de entender y de comprender (al menos), lo que les quieren decir sus jóvenes, a través de sus acciones sociales y de sus

manifestaciones culturales, como por ejemplo, la alteración y la decoración corporal que están llevando a cabo algunos jóvenes).⁵¹

Una de las ideas interesantes que propone Margaret Mead (2002:106) como descriptores de esta cultura *prefigurativa* es la mutación o el tránsito de la imagen de la migración en el espacio geográfico, por la imagen de la migración, en el tiempo social: *“La nueva generación, los jóvenes rebeldes y explícitos de todo el mundo que se baten contra los controles que los sujetan, se asemejan a los miembros de la primera generación nacida en un país nuevo. Están cómodos en su tiempo”*.

Habría que matizar esta última sentencia de Mead, en el entendido de que si los *mundos juveniles* se sienten cómodos en su tiempo generacional, alude a su diferenciación con los *mundos adultos* y a las perspectivas de que están en otra cualidad de ser parte o miembros de la categoría del ser jóvenes y, quizás no aplica tanto, por las condiciones socioculturales en las que les está tocando vivir y con muchas dificultades ser, ya que la mayoría de ellos, están marcados por los procesos de las desigualdades sociales y la discriminación, por sus marcajes en diferenciarse culturalmente. De aquí se desprende otro marcador u ordenador cultural: un cierto activismo juvenil, en este sentido, la autora se pregunta por: *¿Cuáles son las nuevas condiciones que han desencadenado la revuelta juvenil en todo el mundo? Una respuesta provisoria es la emergencia de una comunidad mundial, una especie de metáfora en la cual los jóvenes vendrían siendo unos migrantes en el tiempo, asimismo, las innovaciones tecnológicas: “(...) los adultos de hoy deben interpretar que su propio pasado es incomunicable y deben enseñar a sus hijos, (...) que no tienen que interrogarlos porque nunca podrán entender. Necesitamos convencernos de que ninguna otra generación experimentará jamás lo que hemos experimentado nosotros. Desde este punto de vista hemos de*

⁵¹ En los espacios educativos de las escuelas públicas como privadas (especialmente en las secundarias y en las preparatorias), se está escenificando una batalla generacional, real y simbólica, por la disputa o el control de las corporalidades juveniles entre los *mundos adultos*, - los profesores- y, los poseedores de esos cuerpos, *los mundos juveniles*, a razón de los tatuajes y de las perforaciones que se están haciendo determinados jóvenes. Puede consultarse el libro que con objetivos didácticos escribí, a fin de que tranquilice a los padres de familia y abone a la comprensión de los maestros, sobre lo que significan e implican las alteraciones y las modificaciones corporales en el momento actual (Nateras, 2007).

reconocer que no tenemos descendientes, del mismo modo que nuestros hijos no tienen antepasados (Mead, 2002: 109).

4.3. Los neotribalismos urbanos; más allá del individuo.

En 1988, es publicado el libro del sociólogo francés Michel Maffesoli llamado: *Le Temps des Tribus* y, no es hasta 1990 que se edita y se traduce al Español.⁵² Quizás este es uno de los textos que más ha entusiasmado e influido a una parte de académicos e investigadores en ciencias sociales, especialmente a determinados colegas de la sociología de la cultura y de la denominada sociología y antropología de la juventud. Maffesoli, es considerado como uno de los pensadores posmodernos y de la vida cotidiana. En este sentido, propone una sociología vagabunda inspirada en el ambiente emocional o los sentimientos de una época; de un estado de ánimo (finales de los ochentas y principios de los noventas), es decir, situado en los contextos de la discusión de la crisis del discurso de la modernidad y el inicio de la retórica de la posmodernidad. Desde estas atmósferas, construye una armazón micro teórica o micro conceptual, propositiva, compleja y, abundante en metáforas: comunidades emocionales, tribus urbanas, tribalismos, policulturalismo, proxemia, socialidades, comunidades de destino, estética del sentimiento y, demás términos considerados como descriptores posmodernos.

Para Michele Maffesoli (1990), el neotribalismo o las tribus, son una especie de micro grupos que caracterizan a la socialidad del fin del siglo XX y principios del XXI. De tal manera que la tribu es una metáfora que trata de dar cuenta de los procesos de desindividualización o de la acentuación de los roles. Para él, las tribus se cristalizan en la masa, no son estables y las personas se mueven entre una tribu y otra: “(...) *el constante vaivén que se establece entre la masificación creciente y el desarrollo de esos micro grupos que yo doy en llamar <<tribus>>* (Maffesoli, 1990: 29). Digamos que a partir de la esencia de esta idea, se ha usado excesivamente y extrapolado el término, el concepto y la metáfora de tribus, a veces sin un rigor epistemológico, lo cual conllevaría a preguntarse ¿Cuál es la patria de origen del concepto? ¿Hacia

⁵² Cfr. Michel Maffesoli, *El Tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Ed. Icaria, Barcelona España, 1990.

donde se extrapolaría? ¿Cuáles serían las precauciones epistémicas a tomar para su uso?

Esta extrapolación se ha llevado al territorio de los *mass media*, a una parte de la sociología y de la antropología de la juventud, con la intención de analizar y de comprender las configuraciones de determinados agrupamientos, culturas e identidades juveniles, en los espacios urbanos de las principales ciudades del mundo globalizado. Por lo que se les empezó a nombrar, a referir, a visibilizar y a representar como, tribus juveniles o tribus urbanas, o tribus juveniles urbanas.⁵³ En realidad Maffesoli, en contadas veces habla o se refiere a las tribus urbanas y, mucho menos, a las tribus juveniles (urbanas), aunque en varias ocasiones usa como ejemplos a determinados agrupamientos juveniles como los *punks*, las *pandillas*, las bandas, las sociedades secretas, las mafias y, a los jóvenes como tales.

A fin de entender a mayor profundidad la metáfora de las tribus o de los neotribalismos “urbanos”, hay que remitirnos a la idea o al concepto de “*comunidad emocional*” y, para esto, marcaré cierto andamiaje terminológico que usa Maffesoli. Él contrapone el término de la sociedad o lo social en la lógica de la racionalidad moderna con el concepto de la socialidad como afectividades desde la retórica de lo posmoderno. Asimismo, cuando se refiere a *atmósfera* alude a la descripción de las relaciones que prevalecen al interior de los micros grupos sociales, situados en un entorno espacial y, el *feeling*, sería la calidad de los intercambios. El autor retoma de Max Weber el análisis socio-histórico que hace de la “*comunidad emocional*” y lo usa como una categoría de análisis cuyas características serían las siguientes: un componente efímero, de composición cambiante, con inscripción local o territorial, una ausencia de organización y, estructurada en lo cotidiano, en la vida diaria y en la fuerza o en la potencia de los sentimientos y de las afectividades.

En este sentido, es claro que las *comunidades emocionales*, a las que alude Maffesoli, son en realidad o aplican para una gran diversidad de micro grupos, o micro identificaciones (las del vecindario, los condominios, lo

⁵³ Algunos ejemplos bibliográficos los encontramos en el texto de Carles Feixa, *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, Ariel, Barcelona España, 1998; y el de, Pere-Oriol, JM Pérez y Fabio Tropea, (Ob. Cit.1996).

deportivo, lo estudiantil, lo religioso, las familias, -no sólo consanguíneas-, las mafias, los amigos, las sociedades secretas y demás configuraciones): “(...) *la comunidad se caracterizaría menos por un proyecto (pro-jectum) orientado hacia el futuro que por la realización in actu de la pulsión por estar-juntos*” (Maffesoli, 1990: 45). Quizás aquí estén los gérmenes del uso tan fácil y rápido del sentido común y, a la menor provocación, de idea o de imagen de los micros agrupamientos, para referirse a los neotribalismos urbanos, o a las tribus (juveniles) urbanas.⁵⁴ Por lo tanto, la tribu o el tribalismo, son metáforas que usa Maffesoli (1990:50), a través de las cuales trata de dar cuenta de varias cualidades de los micros grupos: “(...) *propongo emplear, de manera metafórica, los términos <<tribu>> o << tribalismos>> (...) el aspecto <<cohesivo>> del comportamiento sentimental de valores, lugares o ideales, que están (...) circunscritos (localismo) y que encontramos, bajo modulaciones diversas en numerosas experiencias sociales*”. O ampliando y extendiendo más esta idea: “(...) *yo postulo que estamos asistiendo a un verdadero reencantamiento del mundo, (...) ante unas masas que se difractan en tribus, o en tribus que se agregan en masas, dicho reencantamiento tiene como principal argamasa una emoción o una sensibilidad vividas en común*” (Maffesoli, 1990: 66).

Hay varias cuestiones que tendríamos que seguir resaltando con respecto a lo que se va a entender, o lo que se está entendiendo por “*la tribu*”, “*las tribus urbanas*”, “*el tribalismo*”, o “*los neotribalismos*”. Es claro que se trata de la configuración de nuevos agrupamientos desde las socialidades, o mejor aún, una suerte de urgencia en los reagrupamientos como característica de nuestros tiempos (la crisis de la modernidad), lo cual daría cuenta de la saturación en lo económico-político y el retrotraimiento o el repliegue del individualismo en el fin de los meta relatos (cuya centralidad estaría en Europa).

Esto conlleva a que son micro agrupamientos que no se visualizan o proyectan desde una imagen de lo lejano o del futuro; se vive el presente, con

⁵⁴ Este uso indiscriminado de la metáfora quedó de manifiesto con la saturación mediática que llevaron a cabo los diarios del país, espacios radiofónicos y programas de televisión, con respecto al conflicto y a la tensión entre el agrupamiento de los *emos* y de los *antiemos* cuyos encabezados invariablemente referían a “*las tribus urbanas*”. Checar la prensa escrita mexicana, a partir del 9 de marzo de 2008, en adelante.

un relativismo exacerbado del aquí y del ahora y, un énfasis en la dimensión afectiva y de las sensibilidades (colectivas), lo cual conlleva a una imagen del “nosotros.” Este nosotros como agrupamiento o característica de los fenómenos de la grupalidad, se sustenta y reivindica los lazos de solidaridad, aún y con las tensiones y los conflictos de cualquier configuración grupal: “(...) *la efervescencia del neotribalismo, que, bajo sus distintas formas, se niega a reconocerse en cualquier tipo de proyecto político, no se inscribe dentro de ninguna finalidad y tiene como única razón de ser la preocupación por un presente vivido colectivamente. Basta (...) con echar un vistazo a las investigaciones y monografías realizadas sobre los grupos de jóvenes*” (Maffesoli, 1990:138). En este sentido:“(...) *el neotribalismo se caracteriza por la fluidez, las convocatorias puntuales y la dispersión. Sólo así se puede describir el espectáculo callejero de las megalópolis modernas. El adopta al jogging, el punk, el que tiene un look retro, el típico <<niño pijo>>, los saltambaquis callejeros, todos ellos nos invitan a un incesante travelling*” (Maffesoli, 1990:140).

Para Michele Maffesoli (1990), el nuevo espíritu del tiempo es encarnado por lo que él llama o denomina como la *socialidad*,⁵⁵ es decir, se está proclamando la finitud y la muerte del individuo como fue concebido y construido bajo la lógica de la modernidad: orden, progreso, racionalidad, desarrollo. Asistimos también, a la configuración de una especie de red de redes, es decir, *la socialidad* adquiere esta imagen que a su vez conecta los nodos y los nodos de la red serían precisamente las tribus que van y vienen, o se inscriben en las masas. El tribalismo entonces, constituye a la *socialidad*, entendiéndola a ésta, como la parte lúdica de la socialización, donde sus cualidades o tonos están marcados por la apariencia, lo afectivo, lo orgiástico, las emociones y los sentimientos que se compartan entre sí (las sociedades secretas, las mafias, por ejemplo). Así, lo que representaría de mejor manera el futuro, o lo que lo encarnaría en su amplitud sería el *tribalismo*. Con respecto a lo lúdico, Michele Maffesoli (1990:150) menciona que: “(...) *lo lúdico sería eso que no se preocupa por ningún tipo de finalidad, de utilidad, de <<*

⁵⁵ Tal idea de la *socialidad*, la re trabaja y la retoma del concepto de Simmel de la *sociabilidad*, en tanto que alude justamente a la parte lúdica de la socialización.

practicidad>>, o de eso que se suele llamar <<realidades>>, pero sería al mismo tiempo eso que estiliza la existencia, poniendo de relieve su característica esencial”.

Es claro que existe una reivindicación, o diríamos una centralidad muy fuerte con respecto al grupo (pequeño), a las grupalidades que se van configurando en una gran diversidad de *micro grupos*, por lo que la mirada que mira, apunta más a lo psicosocial, en tanto resalta lo afectivo (“*lo afectual*”), la interioridad del grupo (sus intimidades) y, en sí, al tejido de las relaciones intersubjetivas, o de las relaciones endo grupales. Una de las fuerzas y potencias de éstas grupalidades, están o residen en los lazos de solidaridad que articulan las relaciones intersubjetivas al interior de los micro grupos, especialmente a lo que Maffesoli refiere como las sociedades secretas (o los grupos ocultos),⁵⁶ las mafias, la familia ampliada y, en esta lógica, agregaría también, a la configuración grupal de “*los cholos*”, los *homies* del B-18 y a la Mara Salvatrucha (MS-13).

Al interior de estos “*micro grupos*”, existen una serie de reglas (de honor), encaminadas a preservar la integridad del grupo, por ejemplo, al ser traicionadas, se pagan con la vida (las mafias, las *maras*, las *clicas* del B-18). Asimismo, estos agrupamientos, como una especie de familia ampliada, protegen a sus miembros de las amenazas del exterior que pueden ser las otras adscripciones identitarias rivales. Para Michele Maffesoli (1990), una de las características importantes de la masa moderna es la ley del secreto, ya que a través de él, las grupalidades se protegen del exterior, incluso, las sociedades secretas facilitan o permiten la resistencia. Estas sociedades secretas dan cuenta también de la saturación de la individuación y una manera del desarrollo de la comunicación; se recurre a las “*máscaras*”, a los simbolismos, ya que ayudan a reconocerse y a ser reconocidos en la adscripción o en la pertenencia a una determinada grupalidad: “*La máscara puede ser una cabellera extravagante o coloreada, un tatuaje original, la*

⁵⁶ Desde la mirada de la psicología social, las sociedades secretas y, en clave de teoría de grupos, son nombradas como grupos ocultos. Para un planteamiento más extenso y profundo, Cfr. González, Marco Antonio, “*Características psicosociales de los grupos ocultos: una definición inicial*”, EN: Salvador Arciga Bernal et al. (eds.) *Del pensamiento social a la participación. Estudios de Psicología Social en México*, SOMEPSO, UAT, UNAM, UAM, México, 2004, pp. 209-220.

reutilización de ropa retro o también el conformismo del típico <niño pijo>. En todos estos casos, subordina a la persona a esa sociedad secreta que es el grupo de afinidad que ha escogido” (Maffesoli, 1990: 166).

Aunque en determinados momentos pareciera ser que Maffesoli idealiza a los micro grupos o los neotribalismos, ya que la *tribu* es una garantía de solidaridad, al mismo tiempo señala que tiene cierta dosis de control sobre sus miembros, ese matiz de sacrificarse por el otro, también podría convertirse en una fuente de racismo, o como él le llama, de ostracismo pueblerino. Es claro que las tribus se diseñan o se arman en función de las emociones y de los afectos que reditúa en sus miembros esa sensación de calidez; se proveen de calor (humano), al estar juntos. En palabras del autor: “(...) *el tribalismo, (...) esta impregnando cada vez más los modos de vida. Y (...) se está convirtiendo en un fin en sí mismo; es decir, (...), por mediación de bandas, clanes o pandillas, recuerda la importancia del afecto en la vida social”* (Maffesoli, 1990: 178). Las tribus o los tribalismos (las masas tribales), llevan a cabo una serie de ritos o de ritualizaciones ancladas a una gran variedad de simbolismos, como por ejemplo, en las reuniones deportivas, el consumo en los grandes almacenes, en los supermercados, o centros comerciales, dice Maffesoli, obedecen, o se pueden leer o interpretar, por la furia por comprar, al deseo irreprimible por participar y al ansia de ser parte de esa comunión.

Otro de los mini conceptos que están estrechamente ligados con la armazón de los tribalismos, las socialidades y la masa, es el término de *proxemia*. Tal concepto es algo así como el componente relacional de y en la vida social (la comunidad). La *proxemia* sería visualizar al sujeto o a la persona en situaciones de relación, ligado a un territorio, a una ciudad y a un barrio, en los cuales se comparte con otros. Las grandes ciudades contemporáneas se caracterizan por lo heterogéneo y lo pluricultural: “(...) *las distintas tribus urbanas <<crean ciudad>> porque son diferentes a veces hasta opuestas”* (Maffesoli; 1990: 247). Esta idea es interesante, en cuanto al énfasis en el anclaje territorial, o a la relación entre el espacio, lo cotidiano, las construcciones identificatorias, o las configuraciones de una multiplicidad de micro grupos, o de *tribus urbanas*, como podrían considerarse a los

vecindarios, a los barrios y a las grupalidades en sí, incluyendo a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13.

De nueva cuenta lo que sobresale serían los mecanismos de la implicación afectiva, pasional, del deseo de estar juntos, los contactos breves y rápidos. Aún así, estas configuraciones no están exentas de que se establezcan relaciones difíciles, densas, contradictorias, conflictivas, e incluso, de rupturas. El lugar, el territorio y la localidad, se convierten en el vínculo entre el espacio y *las socialidades* (las comunidades de destino), es la inscripción espacial (el territorio) y lo emocional (junto con sus simbolismos) los que configuran el comportamiento de los afectos (lo afectual), es decir, la socialidad se puede leer como proxemia. Para Michele Maffesoli (1990:237): “(...) *la revalorización del espacio es correlativa a la de los conjuntos más restringidos (grupos, <<tribus>>). La proxemia simbólica y espacial privilegia el prurito de dejar huella; (...). Esta es la verdadera dimensión estética de tal o cual inscripción espacial: servir de memoria colectiva, servir a la memoria de la colectividad que la ha elaborado*”

En estos sentimientos de pertenencia y en las redes de relaciones, los vínculos que se establecen tiene las cualidades de la necesidad, de la ayuda mutua y de cierto deber para con los demás y, es lo territorial lo que estructura o configura justamente esas *socialidades* entendidas como *proxemia*. En sí, la tribu urbana, o los neotribalismos, plantean una nueva lógica social, en contraposición a la racionalidad de las sociedades modernas, se participa en una multiplicidad de tribus, en relaciones recíprocas donde se recuperan ciertos valores arcaicos, es decir, sería una socialidad posmoderna, con elementos prospectivos articuladas por el tiempo y la edad de sus miembros. Lo tribal y el tribalismo son metáforas, por lo que hay que entenderlas desde su valor heurístico: “(...) *las metáforas de la tribu y el tribalismo aquí propuestas (...) traduce perfectamente el aspecto emocional así como el sentimiento de pertenencia y el ambiente conflictual inducido por este sentimiento. (...), permite ver, (...), la búsqueda de una vida cotidiana más hedonista, (...) menos finalizada y menos determinada por el <<deber ser>> y el trabajo*” (Maffesoli; 1990: 248).

Es importante decir y reflexionar que esta propuesta de matriz de metáforas que plantea Michel Maffesoli, en torno a los micro conceptos de tribus (urbanas), tribalismos, o neotribalismos, anuncia (en su momento), la finitud o la muerte de la modernidad, el saturamiento del individualismo (o, el fin del individuo), el surgimiento de la persona (las máscaras), a través de una nueva configuración de relaciones sociales, las *socialidades*, alimentadas por los lazos de solidaridad, el deseo, las emociones, lo hedonista y, que a su vez, ahí se inscriben las masas y el tribalismo, ancladas a un espacio, territorio o localidad.

Habría varias consideraciones a hacer, o interrogantes a plantear. Para el caso de América Latina; hay que repensar la propuesta de Michele Maffesoli (1990), a la luz de que nuestros países se debaten entre una modernidad que no acaba de irse y de una posmodernidad que no termina en llegar (parafraseando a Néstor García Canclini). Donde los contextos (Loeza, 2008), cada vez más cobran relevancia para la comprensión de los acontecimientos sociales / culturales y, en particular, en lo que corresponde a las condiciones de las juventudes contemporáneas como lo podrían ser las violencias, los flujos migratorios, o los procesos de la exclusión y de las desigualdades sociales.

Según como lo plantea Michel Maffesoli, queda la impresión de que los “*micro grupos*”, o las “*tribus urbanas*”, o “*las comunidades emocionales*”, están descontextualizadas, es decir, no aparecen claramente los contextos a partir de los cuales, tendríamos algunas claves heurísticas para su comprensión, es decir, se requieren los escenarios a fin de comprender los textos juveniles, en especial, lo correspondiente a las adscripciones identitarias, tipo “*cholos*”, (Valenzuela, 1988, 2002, 2004), los *homies* del B-18 y la Mara Salvatrucha (MS-13).

Asimismo, pareciera que hay un énfasis demasiado fuerte en los aspectos de las emociones, de los afectos y de las sensibilidades al interior de estos agrupamientos, ya que es el articulador o el organizador de las “*tribus urbanas*”, o los “*neotribalismos*”. Sin embargo y, sin negar, que en el caso de las adscripciones identitarias de “*los cholos*” y de “*las maras*”, esto pudiese aplicar, ya que la constitución de la grupalidad esta fuertemente anclada a los mecanismos de los afectos, vía las lealtades, “*el carnalismo*”, o “*la hermandad*”,

no es esto lo que los reúne o los hace como grupo, en términos de ese deseo de fugacidad e inmediatez por estar cerca del otro. Esos lazos afectivos son algunos mecanismos que estructuran a la *clíca* y le dan cierta longevidad social ante el déficit de procuración afectiva y simbólica en su ámbito familiar e, incluso, de la función de contención social de la escuela y de las demás instituciones.

Esto conlleva a decir que determinados fenómenos de las grupalidades (como las revueltas de los jóvenes franceses, o los chilenos, -la rebelión de los *pingüinos*-), se expliquen en sí mismos, a partir de los símbolos, los flujos y las trayectorias, es decir, el hecho de prender fuego a los autos en los barrios parisinos, pobres y miserables, desde esa lógica discursiva, sería por el deseo de estar agrupados, sentir el calor de la muchedumbre, o la calidez que procuran las llamas saliendo de los tambos de basura, o representar un ritual de tribu al estar alrededor del fuego. Estamos, ante explicaciones en donde todo es flujo, simbolismos, deseo, el registro histórico se ha expropiado, más aún, no hay historia, no hay sujeto, tampoco objeto, todo se reduce a un simple ir y venir de la grupalidad, a las masas como sistemas de flujos, torrentes de emociones y de afectividades que van recorriendo las cualidades de las nuevas *tribus urbanas*, o de los nuevos *neo tribalismos* posmodernos.

Además y, desde los imaginarios colectivos o públicos, cuando se alude a la metáfora de las "*tribus*", o los "*neo tribalismos*", rápidamente se asocia a lo salvaje, a lo primitivo, a las violencias y, de ahí, por extensión y amplitud, a la criminalización de las prácticas sociales y de las expresiones culturales de esos agrupamientos juveniles llamadas "*tribus urbanas*". Por otra parte, las tribus o los neo tribalismos, en sus imaginarios, connotan una suerte de desvinculación, o apartamiento con respecto a la sociedad como tal, a sus vicisitudes, es decir, se desprende una imagen de desvinculación con los otros sujetos, agrupamientos, o adscripciones identitarias, no-juveniles.





Clica de homies del Barrio-18, en San Salvador. Fotografías tomadas el 29 de noviembre y el 1º de diciembre de 2008.

CAP. V
**De los mapas teóricos, a los territorios metodológicos; ¿el investigador:
dato etnográfico?**

*El hombre que estudia al hombre,
no es tan fácil como parece.
Porque él también ocupa en un,
universo relativista, un espacio psicológico.*
(La Barre, en Devereux, 1994: 12)

Me propongo construir un argumento académico solvente (desde mi lugar social de Antropólogo), que alcance a situar, como datos etnográficos significantes, las atmósferas del riesgo, el clima del miedo (social), de los momentos de hartazgo / de fastidio y de saturamiento; que en algunas circunstancias viví y experimenté en el trabajo de campo realizado en la Región Centroamericana conocida como el Triángulo del Norte (El Salvador / Honduras / Guatemala), con integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13), los *homies*, del Barrio-18 (B-18) y, otros actores relacionados (académicos, gestores culturales, líderes comunitarios), en la recreación de lo que he denominado libremente *el mercado de las violencias y de la muerte*, ancladas a sus dimensiones simbólicas, el poder / la intimidación / el prestigio / el respeto / la virilidad: que configuran escenas sociales parecidas a una especie de *festival y de carnaval de la barbarie*.

Relataré determinadas reflexiones, cuestionamientos, situaciones y acontecimientos que me fueron marcando como investigador / etnógrafo; ya sea porque me descolocaban y descentraban como tal; o por las constantes negociaciones / renegociaciones que tenía que hacer con respecto a mi identidad profesional; o tener que entrar en el difícil terreno de la disputa permanente por la creación de mi propia presencia ante los “*otros actores*” del campo (Bourdieu, 1990).⁵⁷ Para esto, articularé algunas propuestas teórico / metodológicas que apuntan y reflexionan acerca del lugar o el posicionamiento del investigador / del etnógrafo, como sujeto que investiga, a “*otros*” sujetos, en

⁵⁷ Pierre Bourdieu (1990:28), habla del campo social y lo define de la siguiente manera: “*El campo social se puede describir como un espacio pluridimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema de coordenadas*”

el dispositivo de la investigación socio cultural. De ahí que retomaré las propuestas de Bourdieu (2003), acerca de *los niveles de la objetivación del sujeto de la objetivación*; de Gerge Deveraux (1994), lo relacionado a las *ansiedades en las ciencias del comportamiento* y, a Donna Haraway (1991), las ideas del posicionamiento y de lo situado.

5.1 Los espacios sociales; la objetivación del sujeto de la objetivación.

Hago un sencillo acercamiento al libro póstumo de Pierre Bourdieu, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*,⁵⁸ en tanto considero que ahí encontramos ciertas pautas en relación a la discusión del lugar del investigador / el sociólogo / el etnógrafo, con respecto a los sujetos de la investigación y a la intervención sociocultural, en este caso, lo aplico para el agrupamiento del B-18 y de la MS-13.

El texto referido, reúne una serie de cátedras: el curso del College de France de 2000-2001. Encontramos, como suele ser en Bourdieu, un discurso denso, aunque con una gran riqueza de contenido. Su narrativa está plagada de juegos de palabras, encierra profundidad y da claves significativas para la metodología de la investigación en ciencias sociales (la sociología). Una de las ideas centrales es su preocupación por la pérdida de autonomía de las ciencias, ante las presiones externas (podríamos releerlo ante el poder mediático, por ejemplo). Asimismo, habla de la débil autonomía del campo y, al interior del mismo, es decir, al enfrentamiento de los agentes desigualmente autónomos. Y sostiene: las ciencias sociales (los sociólogos), no están exentos de servir a una visión dominante, incluyendo también por omisión. En este sentido, Bourdieu (2003:13), realiza una crítica apabulladora en contra de una parte de la sociología y de la historia; ya que considera que ambas relativizan los conocimientos al relacionarlos con sus condiciones históricas; por lo que están condenadas a relativizarse a sí mismas: *“(...) la sociología y la historia, que relativizan todos los conocimientos al relacionarlos con sus condiciones históricas, ¿no estarán condenadas a relativizarse a sí mismas, condenándose así a un relativismo nihilista? ¿Es posible escapar a la alternativa del logicismo*

⁵⁸ Cfr Pierre Bourdieu. *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Ed. Anagrama, Barcelona España, 2003.

y del relativismo que sólo es (...) una variante de la antigua controversia entre el dogmatismo y el escepticismo?”

Interroga, si es posible escapar tanto del logicismo dogmático (visión escolástica de la racionalidad científica, descriptiva, instauración de reglas para la vida social) como del relativismo escéptico (nihilista, visión realista, desencantada, a contracorriente de la representación oficial de la ciencia). La respuesta que da Bourdieu es que sí es posible escapar a tales reduccionismos a través de la reflexividad, lo cual implica varias operaciones; asociar la visión realista del mundo con una teoría realista del conocimiento; llevar a cabo una ruptura epistemológica del logicismo y el relativismo; por lo que plantea que el mundo científico es un mundo social, es decir, la ciencia es un campo. Además, señala la necesidad de someter a las ciencias (sociales) al análisis histórico y sociológico para comprender de mejor manera aquello que orienta la práctica científica. Propone una visión constructivista de la ciencia y una visión constructivista del objeto científico, lo cual se traduce en decir que las ciencias sociales son una construcción social de una construcción social. Esto abre el acceso de la ciencia a la conciencia de sí misma, en otras palabras, el conocimiento de sus presupuestos históricos, por lo que las ciencias sociales; deben ser tomadas como objeto. A partir de aquí, el autor realiza una defensa de las ciencias sociales, está refiriéndose a la sociología, ante la mención de que ciertas “cosas” son incognoscibles, por lo tanto, propone historizar al sujeto de la historización y, objetivar al sujeto de la objetivación (lo transcendental histórico).

Esta es la plataforma de discusión, teórico / metodológica, a partir de la cual me interesa centrarme en dos aspectos; *uno* de ellos, es lo relacionado a la idea de objetivar al sujeto de la investigación, es decir, a uno como investigador, o etnógrafo, o sociólogo; y *lo otro*, es puntear o bosquejar las rutas a lo que Bourdieu (2003), llama como autoanálisis o socio análisis.

Para objetivar al sujeto de la objetivación lo que sugiere Bourdieu (2003), es justamente hacerlo a través de la reflexividad, lo que implica tomar a las ciencias sociales, a sí mismas, como objeto; a sus propias técnicas y métodos para tratar de entenderse y controlarse, es decir, una forma de vigilancia epistemológica: *“No se trata de perseguir una nueva forma de saber absoluto,*

sino de ejercer una forma específica de la vigilancia epistemológica (...) los obstáculos epistemológicos son, de manera primordial, obstáculos sociales” (Bourdieu, 2003:155). A fin de lograr lo anterior, alerta que hay que escapar de la reflexividad narcisista, aquella de los etnometodólogos y también huir de la reflexividad reformista, es decir, de la historia individual.

Es en esta lógica discursiva que ubica la idea del socio análisis del espíritu científico y, lo que se intenta objetivar, son las condiciones sociales de la posibilidad, esto es, se trata de dominar la relación subjetiva con el objeto (o, podríamos decir también, con los sujetos de la investigación). Escuchemos a Bourdieu (2003:160-161-162), en extenso:

Una tarea de objetivación sólo está científicamente controlada en proporción a la objetivación a que ha sido sometido previamente el sujeto de la objetivación. Por ejemplo, cuando me dispongo a objetivar un objeto como la universidad francesa (...) mis posibilidades de ser objetivo son directamente proporcionales al grado de objetivación de mi propia posición (social, universitaria, etcétera) y de los intereses (...) propiamente universitarios, relacionados con esa posición (...) Convertir la objetivación del sujeto de la objetivación en la condición previa de la objetivación científica no sólo significa (...) intentar aplicar a la práctica científica los métodos científicos de objetivación (...) sino que también es poner al día científicamente las condiciones sociales de posibilidad de la construcción, o sea, las condiciones sociales de la construcción sociológica y del sujeto de esa construcción.

Para esto, el autor propone tres niveles de análisis; el *primero*: posición espacio social que consiste en objetivar el lugar global del sujeto de la objetivación, es decir, la trayectoria, las adhesiones sociales y religiosas; el *segundo*: la posición en el campo, esto es, objetivar la posición ocupada en el campo de especialistas; situar la (s) disciplina (s), -a las que uno se adscribe como campo en las ciencias sociales; el *tercero*: posición en el universo escolástico, objetivar todo lo relacionado a la pertenencia al universo escolástico, es decir, romper con el punto de vista puro, lo absoluto y lo supuestamente desinteresado. En relación al auto socio análisis, es interesante el planteamiento de Bourdieu, ya que hace un ejercicio de reflexividad consigo mismo, lo cual es muy ilustrativo, o digamos, didácticamente muy útil.

La pregunta, entre otras, sería: ¿cómo realizar la objetivación del punto de vista? De inicio, implica romper con la ilusión de lo absoluto. Se sugiere, situar una perspectiva tomada a partir de un lugar concreto, o de una posición

en el espacio social, es decir, pensar diferencial y relacionadamente, construir territorios de o desde los puntos de vista, en otras palabras, sería un socio análisis de la investigación en ciencias sociales (o, del investigador y el etnógrafo) En sí y, en general, lo que está proponiendo Pierre Bourdieu (2003), es ubicar la importancia del pasado social como clave determinante cuando se trata de hacer investigación, lo que implica movilizarla y usarla en el proceso de la indagación, es decir, debe ser socio analizada. Se trata simplemente de tener presente la necesidad de explorar el inconsciente social del sociólogo (o, antropólogo): realizar la sociología de la sociología en la aspiración de fundamentar una epistemología de y en las ciencias sociales. A partir de esta propuesta, haré un sencillo acercamiento a mi biografía individual, socialmente construida, utilizando los tres niveles de análisis que propone Bourdieu y, logada, a ciertas coordenadas reflexivas como etnógrafo (situado).

Inicio en los territorios de ***el espacio social***: he de decir que vengo de una familia, vía paterna, que participó en la Revolución Mexicana, -mi bisabuelo era Pánfilo Natera, un general importante de las fuerzas revolucionarias al mando de Francisco Villa, pieza clave, en la famosa toma de Zacatecas-. Soy mestizo, latino (mexicano), hijo de la primera ola de migrantes del campo (Michoacán / Guanajuato), a la ciudad de México, de la década de los años 40s. Mi padre, comunista de sepa y de la vieja guardia, me influyó en los valores de la justicia / de la equidad y del valor de la educación (el cariño por los libros). Mi madre, abogada penalista, atendía los asuntos de sujetos que tenían serios problemas con la ley (ladrones, asesinos, disidentes sociales y políticos). Pertenezco a lo que queda de la clase media de nuestro país y formado en las escuelas públicas nacionales, -lo último del Estado benefactor-.

En cuanto a mi trayectoria profesional, a principios de los años ochentas, terminé mi licenciatura en Psicología Social en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I). Mi tesis de grado, la nombré muy rimbombante: "*Un modelo de investigación acerca de la juventud en México*". Proponía un diseño de indagación aplicada, demasiado ambiciosa, con los rasgos y los vicios intelectuales de la época: pensar la realidad social como homogénea / sin diferencias (en este caso, al sector de los jóvenes), es decir, totalizando la forma y la manera de conocer e intervenir a esa población como

si hubiese una sola forma de hacerlo, o más aún, como si la condición juvenil fuese de una sola vez y para siempre.

Como recién egresado, me la pasé un año y medio desempleado, hasta que en 1983, inicié una especialidad como Coordinador de Grupos Operativos (de simbolización), en una escuela de argentinos y discípulos de Enrique Pichón Riviére (el creador de dicho dispositivo). En el segundo año de la formación, se da el terremoto de 1985 en la ciudad de México y ante la emergencia intervenimos desde este método con la población damnificada para ayudar a restablecer su vida social y, en mi caso, trabajo con grupos de jóvenes en los albergues y, posteriormente, en secundarias públicas de la delegación de Iztapalapa. En la realización de ese trabajo recibimos formación y entrenamiento de la UNICEF, con respecto al manejo de población en situación de riesgo, vulnerable, o damnificados sociales: catástrofes naturales, refugiados y desplazados por la guerra, o los conflictos civiles y armados.

A finales de la década de los ochentas y principios de los noventas, trabajaba con menores infractores en Villa Hermosa, Tabasco, con la finalidad de ayudar a pensar y darles elementos que les posibilitará transformar su realidad y vivencia. Posteriormente, me invitaron a trabajar en los Centros de Integración Juvenil (CIJ), en el área de prevención de drogas. Inicialmente hacía trabajo de información y orientación en las escuelas y en las colonias con niños y jóvenes en varios barrios de la ciudad.

Estando en los CIJ, inicio mis estudios de maestría en psicología social en la facultad de postgrado de psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Más consciente y con cierto interés y placer declarado, me acerco al ámbito de la investigación en jóvenes, es decir, hago un viraje, de las experiencias de la intervención / de la acción, al ámbito de pensar el hacer, es decir, a los métodos de investigación y a la construcción de la evidencia empírica. Mi tesis de maestría: *“La alteración y decoración de los cuerpos juveniles urbanos: tatuajes y perforaciones en jóvenes mexicanos”*, da cuenta de la influencia en mí, del viraje a lo simbólico (lo cultural), en el estudio de los jóvenes y de temáticas poco exploradas en el ámbito de la investigación en ciencias sociales. De igual manera y, como una forma de abrir espacios de reflexión teórica / de sensibilización en la investigación y en la intervención

social, con mi colega y amiga, la Dra. Maritza Urteaga, iniciamos el proyecto académico del diplomado: “*Culturas juveniles. Teoría e Investigación*” que data de 1998 a la fecha, el cual derivó, bajo mi responsabilidad, en la coordinación y publicación de un libro: *Culturas e Identidades Juveniles Urbanas*, editado por Miguel Ángel Porrúa y la UAM-I, en 2002.

La tesina con la cual acredité una segunda maestría, en ciencias antropológicas, en julio de 2006, en la UAM-I, le denominé: “*Violencias y muerte en jóvenes transnacionales: el caso de las maras y la pandilla del B-18*”. Otro hecho académico significativo y políticamente estratégico, fue la coordinación, junto con el Dr. José Manuel Valenzuela Arce –mi director de tesis doctoral- y, la Dra. Rossana Reguillo Cruz, también colega y amiga, del libro: “*Las Maras. Identidades Juveniles al Límite*”, publicado en el año de 2007, por la UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Juan Pablo Editores. Actualmente, soy profesor investigador de tiempo completo de la UAM-I y candidato a doctor en ciencias antropológicas.

Con respecto a ***la posición en el campo de especialistas***: mi lugar como investigador lo asumo multisituado, desde distintas vertientes. Miro a partir de las ciencias sociales y humanas, particularmente en clave antropológica y psicosocial. Mi inclinación académica y de investigación va encaminada a reconstruir las subjetividades colectivas, por lo tanto, discuto y me contrapongo, a las posturas neopositivistas / cuantitativas y cuasi experimentales, en la indagación social, léase, el neo conductismo y, al discurso hegemónico del hacer ciencias sociales como retórica de la verdad, únicamente desde el “método científico”, -además extrapolado de las ciencias naturales-

En este tenor, mi ubicación dentro del campo de los estudios en antropología y de la psicosociología, *por una parte*; está alejada de las miradas esencialistas de la cultura y funcionalistas-adaptativas de la sociología; por lo que rivalizo con las visiones esquemáticas / lineales / mecánicas de interpretación y de comprensión de la realidad social que tienden, en general, a de socializar lo individual e, individualizar lo cultural, *por la otra*; me acerco y avalo las posturas construccionistas de los mundos sociales, es decir, la realidad es algo construido, a través de las relaciones intersubjetivas, en las

cuales el etnógrafo participa en dicha edificación; no desde afuera de los sujetos y de los objetos de la investigación, sino desde adentro.

En lo que atañe a **la posición en el universo escolástico**: diría que a partir de reflexionar varios acontecimientos que me han sucedido como investigador / etnógrafo (estar en escenas de tiroteo entre *clicas* de “*cholos*”; de haber sido detenido por la policía junto con grupos de jóvenes tatuados / perforados; de ser encañonado y amenazado en una batalla campal entre *punks* y *chavos* de vecindad; de tener acceso a testimonios de asesinatos entre miembros del B-18 y de la MS-13; de conocer relatos contados por estos mismos agrupamientos de cómo son eliminados / asesinados por los cuerpos de seguridad del Estado; de saber de las vivencias de violencia y de muerte en los espacios del encierro, -la cárcel-; así como experimentar rachas de decaimiento (depresión, dirían los analistas / psiquiatras): he tenido que cuestionarme por esta investigación que llevé a cabo ¿Para qué? y, por la utilidad social de los conocimientos y de los saberes que en todo caso aspiramos a construir, en particular, con respecto a las vivencias de las violencias de la muerte de las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13.

Asimismo y, desde una mirada retrospectiva, me doy cuenta que los ámbitos de mi quehacer profesional han estado circunscritos a determinadas acciones sociales y prácticas culturales de algunos agrupamientos juveniles enmarcados en situaciones límite o de riesgo, reales como simbólicas, por ejemplo, en el uso social de drogas, en la alteración y decoración corporal, en el ejercicio de las violencias y, más reciente, en lo relacionado con los sujetos transnacionales y los imaginarios de las violencias y de la muerte.

Esto me ha llevado a un punto de inflexión como investigador / etnógrafo, en varios momentos, que podría caracterizar como una crisis de sentido con respecto a mi quehacer y, más aún, me ha llevado a cuestionarme lo siguiente: ¿Por qué estudio lo que he estudiado, jóvenes en situaciones al límite y no otra cosa? ¿A qué se debe que trabajo con sujetos que están constantemente en riesgo? ¿Qué hay de mi particular biografía individual construida socioculturalmente que me lleva a aparecer en esas escenas sociales? Puedo decir que tengo más claridad con respecto a esto: si he estudiado e investigado, por largo tiempo, a la condición juvenil en las lógicas

de la para legalidad / lo ilegal, creo que tiene que ver con mi formación social / cultural que me coloca en la disputa con los pensamientos conservadores, el autoritarismo, las injusticias sociales, la intolerancia en el no respeto a las diferencias culturales y, la represión abierta, contra determinadas adscripciones identitarias juveniles, particularmente instrumentada por el Estado y sus diversas instituciones de control y de represión, como los cuerpos de seguridad, -los policías y las fuerzas especiales-.

5.2 Las ansiedades y los miedos.

George Devereux (1994:20), -francés, antropólogo y psicoanalista clínico-, habla acerca del estudio científico del hombre, teniendo como eje de análisis a las ciencias del comportamiento (la psicología y la medicina, por ejemplo) y, enfatiza que la contratransferencia (la subjetividad del investigador), es el dato más importante a considerar en tanto que es en el proceso de observar donde se genera la angustia en el sujeto que investiga, por lo que: *“debe usar la subjetividad propia de toda observación como camino real hacia una objetividad auténtica, no ficticia”*. Lo importante de la afirmación anterior es que se entreteje y existe una complejidad real y amplificada con respecto a estudiar al hombre por el propio hombre, lo cual suscita, inevitablemente, todo tipo de ansiedades, temores y fantasías que lejos de intentar falazmente suprimirlas, o negarlas, se requiere asumirlas y emplearlas, es decir, reconocer la parte subjetiva del sujeto que investiga (o, sea, uno), en tanto es y sería, un material imprescindible para objetivar el conocimiento y los saberes que vamos edificando en el proceso mismo de la indagación social.

El autor, hace una crítica ácida y sin concesiones, a las ciencias del comportamiento de tinte neopositivistas (el conductismo, por ejemplo) que se guían por dispositivos cuasi experimentales (de laboratorio), en los cuales a través de una serie de artificios metodológicos, -control de variables *“intervinientes o extrañas”*-, se intenta (mera ilusión), alcanzar la objetividad del método e instaurar una retórica de la verdad hegemónica, a través de suprimir la parte subjetiva del sujeto que investiga. Al respecto, Devereux (1994:20), es muy claro cuando afirma: *“(…) los datos de la ciencia del comportamiento suscitan ansiedades, a las que se trata de eludir por una pseudometodología inspirada por la contratransferencia; esta maniobra es la causante de casi*

todos los defectos de la ciencia del comportamiento (...) tratar la dificultad per se como un dato fundamental, que no debe rehuirse sino aprovecharse al máximo, no explicarse sino emplearse a manera de explicación de datos en apariencia más simples.”

En este sentido, los datos de la ciencia del comportamiento van a generar ansiedad en el observador / el investigador / el etnógrafo; lo que implícitamente quiere decir que él (uno), es también, en sí mismo, un dato y una fuente de información muy importante, o en otras palabras, podría situarse como una categoría más de análisis de lo social, dentro del espectro categorial y de las dimensiones que vaya construyendo en el camino de la investigación social o de la etnografía desplegada. Si esto es así, entonces y quizás, ¿estaríamos acercándonos a una especie de Antropología de lo personal, o de la construcción de una narrativa autobiográfica?: *“No es el estudio del sujeto sino el del observador el que nos proporciona acceso a la esencia de la situación observacional. Los datos de la ciencia del comportamiento son entonces triples: 1) El comportamiento del sujeto. 2) Los “trastornos” producidos por la existencia y las actividades observacionales del observador. 3) El comportamiento del observador: sus angustias, sus maniobras defensivas, su estrategia de investigación, sus “decisiones” (= su atribución de un significado a lo observado).”* (Devereux, 1994:22).

A partir de éstos contundentes planteamientos, comparto al lector trozos de mis Notas del Diario de Campo (NDC), en relación a determinadas ansiedades y miedos que se me despertaron, al caminar en el centro de San Salvador, en mi segundo día de estancia, -octubre / diciembre, 2008-, tanto por las atmósferas de riesgo, como por las escenas urbanas y sociales que observé, lo cual me inhibieron en ese momento, para no tomar algunas fotografías.

Domingo 19 / octubre / 08.

Caminé alrededor de la UCA, con Juan, amigo colombiano, filósofo del ser. Los custodios de la universidad, nos recomiendan andar con cuidado, no ir solos al centro (recordar que El Salvador es una de las ciudades más violentas de América Latina), ponernos listos (salvatruchos) y, si nos piden algunos colones (moneda salvadoreña que ya no existe), ahora son dólares; dárselos.

Roxana Martel me lleva por la tarde al centro de El Salvador (lleno de vendedores ambulantes / comercio ilegal). Tengo varias impresiones: es

un centro deteriorado y abandonado, aunque muy de Latinoamérica (parecido al de Caracas Venezuela). Se desborda el desorden urbano y se respira cierta tensión (así lo viví: me entró algo de miedo), quizás reforzado por las constantes menciones de los amigos salvadoreños del cuidado que hay que tener circulando la ciudad en esa zona (Eso hizo que no tomara fotografías del centro por discreción, a fin de no hacerme visible como extranjero o forastero).

Me comenta Roxana que los turistas difícilmente van al centro, ni mucho menos la clase media alta y rica de El Salvador que se la pasan en los centros comerciales y en la playa. A su vez, esa área es conocida porque se pueden conseguir toda clase de cosas / objetos ilegales; drogas, armas, prostitutas y demás.

Escena urbana: dos policías revisando a dos chicos contra la pared (abiertos de piernas) y tomándoles sus datos en una mini libreta. Metralletas a un costado. Situación común, ya que la policía tiene esa facultad de detener a quien desee (No tomé fotografías por precaución).

Ante estos climas densos, con respecto a las situaciones que fui presenciando, tomé la decisión como etnógrafo, de esperar los momentos adecuados, -que no sabía en qué consistían, o a partir de qué se basaban-, para iniciar el levantamiento fotográfico.

Hay varios aspectos a seguir discutiendo y, desentrañar, considerando lo esgrimido hasta ahora por Devereux (1994), *el primero* de ellos tiene que ver con la impresión que quizás queda: pareciera ser que lo ideal sería que el etnógrafo se sometiera a un psicoanálisis, justo para trabajar a profundidad esas angustias / temores / miedos que le generan sus sujetos / los objetos de la investigación / los escenarios. Situación que no considero posible o viable; ya que eso tampoco es garantía de nada, por lo que entonces, las interrogantes que podríamos plantear serían: ¿cuáles son los estatutos epistémicos a partir de los cuales trabajar con y desde esa subjetividad? ¿Cómo objetivar lo subjetivo?

De inicio considero que la primera pauta sería asumir que lo que hacemos desde la investigación y las etnografías, no es algo fortuito y tiene que ver con nuestra biografía individual (construida colectivamente) y las historias sociales compartidas (la generación académica, por ejemplo). En mi caso, me he interrogado, ¿por qué estudio los asuntos relacionados con las violencias, la muerte y las *clícas* de los *homies* del B-18 y de la MS-13? A partir de aquí, sé que estoy implicado afectivamente con respecto a la manera en que he construido a mis sujetos y objetos de la indagación social, los referentes

teóricos que emplee, el dispositivo metodológico elegido, las decisiones y los ajustes que fui realizando e, incluso, la particular narrativa que hice, incluyendo los tonos y los matices, de la escritura de este texto etnográfico.

Devereux (1994), plantea algunas pistas que hay que contemplar en relación a hacerle frente, o mejor dicho, para incorporar esas ansiedades suscitadas: *la primera*; la contextualización de los datos (o, de los sujetos de la investigación), en una amplia matriz de significaciones, o a un universo de discurso o simbólico; aunado a las explicaciones de las respectivas y diversas decisiones teórico / metodológicas que el etnógrafo va tomando en el camino de la indagación (lo cual explico más adelante). Aspectos relevantes ya que actualmente hay una tendencia general en los ámbitos académicos en cuanto a que la construcción de la información se realiza en sí misma, el dato por el dato, sin articularlos a las situaciones sociales / culturales que los producen, lo *segundo*; tiene que ver con las ligas emocionales que el investigador establece con el objeto de estudio, es decir, hay ciertas simpatías (o, antipatías) que uno lleva a cabo con respecto a algunos materiales por sobre otros, e incluso, privilegiar a determinados sujetos y soslayar a los demás, aspectos que si no se tienen, más o menos claros, van empañando o tergiversando el quehacer científico, lo *tercero*; es una especie de descentramiento que tendría que realizarse entre el sujeto y el observador, aunque sí de ser más precisos se trata, entonces el planteamiento tendría que ser entre el sujeto que investiga en relación a los sujetos de la indagación y, *lo cuarto*; va en el tenor de no sólo reconocer la subjetividad de uno y de las ansiedades que se agitan, sino de utilizarlas, en el entendido de que así como uno perturba o trastoca los contextos, los sujetos y los climas sociales; uno también es descolocado, o construido de una manera particular por los sujetos de la investigación: “(...) *una teoría del comportamiento que no pueda explicar también el comportamiento del observador en función de sí misma (...) es segmentaria, inconsecuente y autodestructora*” (Devereux, 1994: 39).

En relación a los anteriores aspectos y conforme iba realizando, en El Salvador, las entrevistas a profundidad, con los diversos actores (las organizaciones de la sociedad civil, -OSC-); mis estados de ánimo fueron cambiando, junto con mis ligas afectivas: ya que fueron pasando y transitando,

en el caso de los *Homies Unidos* de El Salvador, de ser muy fraternas, a tornarse frías y, a cierta distancia, -lo cual hizo, por ejemplo, que no fuese a su fiesta de aniversario- y, en algunos momentos, me surgió algo de molestia e incomodidad.

Reproduzco cierta secuencia de mis NDC, que dan cuenta de lo anterior:

Martes 21 / octubre / 08.

Recibo una llamada inesperada: Miriam de Homies Unidos (hermana de Luis "panza loca", el director), citándome para una reunión con ellos, le dije que sí (...) Después me doy cuenta que los integrantes de Homies se reunieron y hablaron previamente para llegar a un acuerdo si me recibían o no; ya que las decisiones se toman por consenso (Algo muy similar a la forma y a la manera en que proceden las maras / las pandillas; y creo que están replicando ese mecanismo, ya que todos ellos, o la mayoría, fueron pandilleros activos de la 18 y ahora se autodenominan pasivos.

Llego en un taxi seguro (el motorista es Don Carlos), faltaban dos del equipo; en la espera, platico con tres Homies y Miriam (...) Llegan los retrasados, uno de ellos es el encargado de Homies (Jefe de Jefes, así le dice el demás equipo, en tanto Luis, el director, está en Brasil). En realidad, él me interroga (entrevista) como mecanismo de seguridad y me da su aval.

Van a hacer los arreglos para ver la posibilidad de llevar a cabo una entrevista con líderes importantes de la 18, sería algo muy clandestino, complicado, delicado y riesgoso para todos.

Lunes 27 / octubre / 08

Hoy conversé con Luis, director de Homies Unidos de El Salvador. Quedamos en hacer un convenio con Homies para los recursos económicos, a cambio me ofreció todo su apoyo en mi investigación.

Jueves 30 / octubre / 08

Estuve en Homies Unidos y entrevisté al director, Luis Romero.

A su vez, dado el intercambio a través del convenio que podamos establecer entre Homies y la UAM-I, están dispuestos a brindarme información e introducirme en los barrios en la eventualidad de tomar fotos y hacer entrevistas con los pandilleros activos del barrio 18. Posiblemente este sábado pueda hacer un recorrido en uno de los barrios donde trabajan y en los cuales tienen una microempresa: una panadería

Sábado 1 / Nov / 08.

No fue posible ir a la Panadería de Homies; ya que los chicos comentaron que por esta vez no. Tengo la impresión de que los Homies están demasiado herméticos, con dudas y desconfianzas con respecto a mí. Al mismo tiempo, condicionan su ayuda pidiéndome a cambio apoyo económico para su organización vía convenio con la UAM-I (Situación que entiendo, aunque no me agrada el tono, el matiz y la forma, es más, me molesta; por lo que es mejor alejarme de ellos).

Ahondemos en esta situación que me parece muy importante, en relación al tipo, o a la cualidad del vínculo (consciente e inconscientemente) que establecemos con nuestros sujetos de la investigación, o la intervención, considerando el dispositivo teórico / metodológico diseñado. En este vínculo, resalta el hecho de que el observador que observa una situación observacional, a su vez, también es observado, -“mirado”-, por el sujeto o los sujetos de la investigación. Devereux (1994), lo refiere como la contra observación (diríamos en términos analíticos, la transferencia de ese sujeto), o el lugar de estímulo que se ocupa.

Esto es de suyo importante; ya que coloca la reflexión en el sentido de que uno como etnógrafo, haciendo una relectura, también es construido por nuestros sujetos de la investigación, o en otras palabras, de igual manera somos representados por esos “otros” de varias formas particulares y específicas (en el caso que relato, como posible financiador, o cooperante, para su organización). Situación interesante ya que tendríamos que estar muy claros que permanentemente influimos y provocamos “algo” en los “otros” actores y sujetos, dado el posicionamiento, o simplemente el lugar que ocupamos y, en el que no sólo nos situamos como etnógrafos, sino que a partir de ello, sería la forma en que nos imaginan, de cara al objeto y al contexto de estudio que estamos edificando. Al respecto, el autor plantea: “(...) *no basta que el observador tenga conciencia de su propio valor de estímulo específico y lo tome en cuenta al apreciar los datos que procura su observación (...). Tiene que ser capaz de obrar libremente sobre su comprensión de su valor específico de estímulo en la misma situación observacional, experimental, de entrevista o terapéutica*” (Devereux, 1994: 54).

Uno de los momentos más complicados que viví y experimenté, fue cuando entrevistando a un líder importante de la Mara Salvatrucha (MS-13), - recién había salido de la cárcel, después de 6 años-, creyó que era agente infiltrado / encubierto del FBI. La situación me paralizó por un momento y después apareció el miedo; ya que me di cuenta que en realidad hablaba en serio, el suceso se tornó delicado, aunque ese acontecimiento, posteriormente me hizo reflexionar a profundidad y, metodológicamente fue muy revelador para mí.

El asunto se dio así, una vez que terminé la entrevista, la plática siguió, por lo que volví a prender la grabadora y; esto fue lo que quedo registrado, tras bambalinas. (Transcribo en su amplitud, parte de la conversación).

Alfredo: Platícame de la Interpol o del FBI, me decías.

MS-13: Me he dado cuenta (...) de lo que es acá en El Salvador, están trabajando lo que es el FBI, contra lo que es la pandilla (...) incluso ellos andan metidos en lo que son las pandillas, dentro de lo que es la policía, dentro de los penales de civiles y andan investigando estos problemas (...) quieren erradicar lo que es la pandilla, pero a ver qué solución le van a dar (...) el FBI (...) está trabajando con lo que es la policía nacional civil (...)

Alfredo: ¿Y cómo te das cuenta de que son del FBI?

MS-13: Alguien que sea policía se le debe echar ligero, o sea, las preguntas, modo de actuar y, de hablar ¿cómo se dirigen?, todo lo que quieren saber

Alfredo: ¿Y tú pensabas que yo era del FBI?

MS-13: (...) por las preguntas...

Alfredo: Sí, por ejemplo ¿qué tipo de preguntas, hace el FBI que yo hacía?

MS-13: Lo que son las pandillas (...) preguntan, Cómo están las pandillas, la estructura, el modo de operar, el modo directivo, con quienes se llevan, cómo están organizados (...)

Alfredo: Entonces, para mi propia seguridad y, no ser confundido con uno del FBI, ¿qué me sugieres que no pregunte?

MS-13: Bueno, no le podría decir porque en (...) las pandillas son gentes inteligentes (...) para despistar a alguien y, ya lo detectan (...) la mente de ellos es bien tremenda, la mente de un pandillero, nunca va a ser igual a la de un delincuente común (...) ellos lo analizan, se le quedan viendo, las preguntas, los ojos (...) todo lo que usted hace, ¿Cómo actúa? ¿Cuáles son las preguntas que usted está haciendo? ¿Por qué las está haciendo? ¿A dónde quiere llegar usted? ¿Qué es lo que está buscando usted? ¿Qué es lo que quiere conseguir usted? ¿Qué es lo que quiere usted con eso? (...) hay pandilleros que cuando ven cosas así extrañas, raras, las preguntas que usted hace, sólo las hace un detective o alguien que necesite saber de lo que es la cuestión, la estructura de la pandilla.

Alfredo: Fíjate que ahora que dices eso, me pasó en Guatemala que entrevisté a uno de la MS, chaval de 25 años, aunque ya no se consideraba chaval, igual, se me quedaba mirando de una forma especial y, ¿esto para que lo quieres?- y, le saqué mi credencial y, de algo sirvió.

MS-13: Fíjese que eso no es muy efectivo para que usted se identifique, porque a mí me puede mostrar esto, usted puede sacar cualquier documento para andarse identificando (...) tu identificación (...) no es de esta sociedad (...) esto nada más se lo proporciona (...) la policía, simplemente para despistar, para que vean que usted es otra persona (...) esto no acredita mucho de que pertenezca a alguna universidad (...) como yo y, otros pandilleros, sabemos que la policía tiene un modo de

operar y (...) dentro de la policía hay pandilleros también, la policía no se da cuenta, entonces, los policías que están dentro de ahí son los que pasan la información a los cabecillas de la pandilla, entonces, por eso es que uno se da cuenta del modo de operar de la policía.

Alfredo: Entonces, ¿no me sugieres ni siquiera sacar mi credencial?

MS-13 yo le voy a decir algo, hay personas más tremendas en lo que es la pandilla para pensar son un poco inteligentes.

Alfredo: Es lo que me decías hace rato, o sea que luego, luego, se darían cuenta.

MS-13: (...) ellos lo investigan a usted, usted llega a un penal de pandilleros y quieres investigar a unos, ahí le ponen inmediatamente, a lo que le llaman en el mundo, cola, que quiere decir, alguien que lo ande vigilando ¿dónde vive? ¿De qué color es su carro? ¿De qué color es su casa? Y, ya cuando lo ubican bien, le ponen dos personas (...) no crea que los va a ver así todos flojos, no, puro licenciado, o sea, vestido normalmente y, lo van a tener, lo van a investigar (...) entonces al investigarlo bien y llegan a darse cuenta que es de la policía, ellos se lo pueden llegar a fregar, lo matan.

Alfredo: Espero que no se equivoquen conmigo, porque no soy de la policía, ¿qué sugerencias me darías? ¿Qué recomendación me harías?

MS-13: Un poco más de cuidado, porque, o sea, conmigo no hay problema, yo salí.

Alfredo: Te lo agradezco.

MS-13: Yo salí de lo que es de la pandilla, yo soy cristiano y le diría que tuviera un poco más de precaución en las preguntas que hace a lo que es la pandilla, porque el pandillero anda tremendo y las pandillas están bien organizadas (...)

Alfredo: Pero además, lo que me llama la atención, que es muy importante lo que él señaló, que puedo ser confundido, si.

MS-13: Puede ser confundido y, así...

Dra. Olga: Y no le ha platicado en los lugares donde ha estado (.....)

MS-13: ¿A dónde?

Alfredo: Fui a Guatemala (...) he estado en barrios densos, en Guatemala estuve en la línea del tren, territorio MS y, entrevisté a un MS.

MS-13: Ha tenido suerte en esos lados, porque ahí está Estados Unidos y (...) ahí está (...) el FBI ¿y vas sólo? En lo que es la línea del tren ahí por donde usted anduvo, ahí hay bastantes investigando, un montón de cosas (...) los que están robando, los que se van para Estados Unidos, pandilleros que se van huyendo de (...) El Salvador para allá.

Alfredo: Si estuve ahí en la línea del tren que es una línea bien densa, ¡eh!, muy difícil y ahí entrevisté a un chico

MS-13: usted confíe en Dios, si anda haciendo esos trabajos, él lo va a cuidar,

Alfredo: En verdad te agradezco lo que me dices porque yo no había caído en la cuenta ¡eh!, no sólo por mi facha que es distinta, que soy extranjero, sino por el tipo de preguntas que vengo haciendo.

MS-13 *Si, si hay que tener un poco más de cuidado.*
Alfredo: Te agradezco mucho.

Este relato, me llevó a volver a cuestionarme el asunto de la ética con respecto al tipo de datos que estamos construyendo y a la situación de riesgo en que uno coloca a los entrevistados y, por extensión, a los colegas y al gremio como tal, también uno, por toda la información que se va armando. Y, he de decir, que volví a sentir cierto miedo y fragilidad que ya se me había disipado.

Es claro que al llevar a cabo las entrevistas a profundidad y al hacer el levantamiento fotográfico, nos visibilizamos en el barrio como forasteros y extranjeros, ajenos al lugar. Quizás lo más crudo es que uno de entrada es construido y colocado como un posible enemigo / infiltrado / soplón / de la policía o del FBI, por lo que vale decir, una regla central que aprendí: si uno duda con respecto a algo, o a alguien; hay que hacerle caso a esa intuición y no exponerse demás.

En mi caso aplica ya que soy un poco arrebatado, como por ejemplo: hay una entrevista con un pandillero importante de la-18, contacto a través de un taxista, en la que el *palabrero*, *-el líder-*, me manda decir que *sí* aceptan, siempre y cuando les pague por la entrevista, situación que me pone a pensar y en la duda: por lo que al final no acepté (recomendación hecha, incluso, por Don Carlos, mi motorista que me acompañó en los trayectos y en los recorridos).⁵⁹

Hay otros aspectos que influyen en la “*mirada*” del investigador que regularmente pasan desapercibidos y tienen que ver con su ideología, lo étnico / cultural, la clase social, la ocupación e, incluso, las modas temáticas que van apareciendo en el hacer de la investigación social. Algo que regularmente pasa desapercibido para el investigador o el etnógrafo es que en la medida en que uno va desentrañando o conociendo los contextos y los sujetos de la

⁵⁹ Como una cuestión de seguridad (metodológica); ya no pregunto direcciones, ni nombres, ni teléfonos, o cualquier otro dato que identifique al *homie*; de hecho, la *mara* y la *pandilla*, te dice que no te puede comentar más, a fin de no colocarte en riesgo y, esto aplica de uno con respecto a ellos, es decir, tampoco hay que dar información de sí, como ingenuamente lo hice.

indagación, uno también se va conociendo a sí mismo, es decir, se va adquiriendo un saber respecto a la intrasubjetividad.

Esto implica que los afectos y las emociones van emergiendo, no sólo con respecto a su imagen positiva (solidaridad / camaradería), sino que también en lo negativo (hartazgo / enfado / fastidio). En sí, el modelo o el automodelo de personalidad influye en el proceder del investigador, en especial, lo relacionado a la raza a la que se pertenezca, al sexo (al género) que se tenga y a la edad. En palabras del autor:

“El conflicto del observador por el hecho de que al estudiar los sujetos humanos inevitablemente se estudia también a sí mismo, explica por qué se inventan tantos modos de aumentar el desapego y de garantizar la objetividad, inhibiendo incluso la fecunda conciencia de la igualdad de condición con nuestros sujetos y por qué se idean tan pocos para fomentar el sentimiento de afinidad, aunque la única empatía metodológicamente pertinente es la que radica en el reconocimiento de que tanto el observador como el observado son humanos” (Devereux, 1994: 2002-2003).

De todos estos aspectos destacaría lo relacionado a lo étnico cultural y a las modas académicas. En relación a la cultura a la que pertenece y se adscribe el etnógrafo, cobra particular importancia en el sentido de que hay una tendencia hegemónica en las ciencias del comportamiento (o, las ciencias de la vida), en tanto está hecha por investigadores occidentales, es decir, por hombres blancos y anglosajones; discusión contemporánea circunscrita a lo que se conoce como las teorías postcoloniales. Asimismo, las modas temáticas, las podemos releer como la definición de la agenda en algún campo del conocimiento regularmente marcado por los dispositivos del poder y del saber de las instituciones del Estado, o de los organismos internacionales (las financiadoras, por ejemplo), quienes van imponiendo determinadas líneas de investigación sobre otras, e incluso para la intervención social y comunitaria ¿Las temáticas de las violencias sociales, de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18) y de la *Mara Salvatrucha* (MS-13), responderían a esos climas de las agendas temáticas y de la indagación?

5.3 El posicionamiento: lo situado y lo parcial.

Una aportación muy provocativa y novedosa, a partir de los discursos posmodernos, es la de la estadounidense, bióloga y feminista, Donna J. Haraway, con respecto a la metáfora que construye acerca de lo *cyborg*. Lo

que hace la autora, a partir de este dispositivo, es una crítica a las narrativas de la ciencia occidental blanca -del feminismo incluida- que postulan tanto la objetividad, la totalidad (las visiones holistas) y el relativismo (finalista y homogeneizante), en las ciencias sociales y humanas.

Lo *cyborg*, alude a la combinación entre lo humano / lo orgánico y, las máquinas, es decir, a las tecnologías del cuerpo del fin del siglo XX y, de principios del XXI; que están redefiniendo los dispositivos de la biopolítica (Foucault), del saber / del poder; por nuevas narrativas en el ámbito de la biotecnología. En palabras de la autora: *“Los cyborgs son entes híbridos posteriores a la segunda guerra mundial compuestos, en primer término, de humanos o de otras criaturas orgánicas tras el disfraz –no escogido- de la <alta tecnología>, en tanto sistema de información controlados ergonómicamente y capaces de trabajar, desear y reproducirse. El segundo ingrediente esencial en los cyborgs son las máquinas, asimismo aparatos diseñados ergonómicamente como textos y como sistemas autónomos de comunicación”* (Haraway: 1991: 62).

En tanto metáfora, -Lakoff y Johnson, 1980-, (enunciar para dar a entender otra cosa); lo implícito está en el debate de las narrativas y de los discursos de las ciencias o lo científico que se han construido y que han sido hegemónicas desde los mundos blancos y occidentales (simplemente hay que recordar que las ciencias sociales son creadas en occidente, tanto lo europeo como lo anglosajón norteamericano). De tal suerte que la discusión se centra en las matrices conceptuales y en las terminologías, en tanto que en la construcción del conocimiento y de los saberes están en juego varios ejes; el posicionamiento (en este caso del sujeto de la investigación); lo parcial (del conocimiento) y, lo situado (retraducido como el contexto / el género / la clase social / la etnia).

En este sentido, me interesa aclarar y hacer abiertamente un posicionamiento en el campo académico y en lo político: mi mirada teórico / metodológica, está construida a través de varias fronteras disciplinares: miro desde la antropología y la psicología; lo que podríamos denominar como la perspectiva socio / cultural. Desde ahí me acerco a mis sujetos de la investigación: los agrupamientos transnacionales de los *homies* del B-18 (B-18)

y de la Mara Salvatrucha (MS-13), actores emergentes de una parte de la condición juvenil contemporánea, inscritos en *el mercado de las violencias y la muerte*.

En cuanto a lo político: me es importante la edificación de determinados conocimientos y saberes que vayan encaminados a mostrar y a visibilizar las contradicciones sociales y culturales en las cuales se han producido estos sujetos y actores de la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (El Salvador, Honduras y Guatemala).

A su vez, intento dar cuenta (y, desmontar), los discursos hegemónicos cuando dicen (narrativas orales) y representan (narrativas orales y visuales), a estas adscripciones identitarias juveniles que los sitúan como los únicos causantes y responsables (*chivos expiatorios*) de las violencias sociales, la muerte, la inseguridad pública y que operan como discursos o coartadas perfectas en el imaginario social para la implementación de las políticas de cero tolerancia, de mano dura, de las ejecuciones extrajudiciales y de la limpieza social.

En este tenor, voy a contraponer otras discursividades / narrativas, no sólo por la disputa / la batalla simbólica en la creación de sentidos y de significados, sino por la urgencia de construir evidencia empírica que aspire a ser contundente, con respecto a visibilizar las situaciones actuales con respecto a que estas adscripciones identitarias han pasado de ser primordialmente, sujetos de violencia, a objetos de muerte / de exterminio, sujetos "*desechables*" (Martín-Barbero, 1998).

Ante todo, es de mi preocupación construir un estatuto teórico y, lograr cierta solvencia etnográfica, en relación a lo que he denominado como nuevos actores juveniles, circunscritos a *las violencias de la muerte*, es decir, situar a estos agrupamientos transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006) desde el lugar de sujetos sociales en la multiplicidad de lugares, -la calle / la cárcel-, en una temporalidad espacial de rupturas y de discontinuidades. Sin duda, estamos ante uno de los sujetos más significativos, ya que han reconfigurado las relaciones socioculturales al interior de las ciudades de origen y, también, en los territorios de las ciudades de los países de llegada (Courtney, 2006), me refiero estrictamente a los agrupamientos dominantes del B-18 y de la MS-13;

de ahí que la centralidad como hilo conductor sea mi lugar como etnógrafo en situaciones límite / al borde.

Tengo claro que trabajo con sujetos estigmatizados (Goffman, 1993), a los que se les inscriben varias categorías socioculturales marcadas (inmigrantes, *mareros*, pandilleros, delincuentes); una especie de “*identidades deterioradas*”. Asimismo, tenemos y nos jugamos en una tensión permanente en términos de la cualidad de las narrativas edificadas y de los impactos de sentido que probablemente abonan en el reforzamiento involuntario del estigma, o de la discriminación en la visibilidad, o mejor dicho, en la representación social (Moscovici, 1977) que hacemos de estos sujetos transnacionales en sus situaciones de violencias y de muerte.

Graffiti. El Salvador: Mara Salvatrucha (MS-13).





Grafitis. El Salvador: Barrio 18 (B-18).



Fotografías tomadas el 21 de noviembre de 2008. El Salvador.



Fotografías tomadas el 21 y el 29 de noviembre de 2008, El Salvador.

Cap. VI.
Pensar el hacer: narrativas del dispositivo metodológico.

*(...) el observador y lo observado
(...) la ciencia clásica se había propuesto como misión
investigar el mundo en su realidad objetiva, independiente de lo humano.
Eso significaba (...) para llegar a ese mundo sin sujeto (...) ser alejada de
ese mundo, toda contaminación subjetiva, por lo tanto también el observador.
(...) La comprensión de esa interdependencia de observador y
mundo observado es el objetivo (...) del llamado constructivismo radical
(Paul, Watzlawick, 1995: 11)*

La estrategia metodológica que emplee, apuntando a la reconstrucción de las representaciones (Moscovici, 1977) y de las atribuciones que algunos integrantes de la MS-13 y del B-18, hacen con respecto a las violencias y a la muerte, la fui edificando y ajustando sobre la marcha. En primera instancia, me di cuenta de la necesidad de llevar a cabo el trabajo de campo en diversas naciones (ir a donde están los actores) y seguir la ruta del Triángulo del Norte Centroamericano que incluye a los países de El Salvador, Honduras y Guatemala, en la cual estos agrupamientos se mueven y se desplazan. Al mismo tiempo, confirmé la complejidad de las situaciones sociales en que se encuentran estas adscripciones identitarias (“jóvenes” transnacionales, - Courtney, 2006-, e “invisibles”) y, por consiguiente, de las actuales particularidades matizadas por los rápidos cambios en los procesos de identificación y en las dinámicas grupales internas que están viviendo y experimentando. Por estas razones, privilegie el uso de estrategias de la metodología comprensiva / cualitativa (la parte subjetiva de los actores), por sobre la metodología descriptiva / cuantitativa (lo objetivado de las realidades sociales y culturales de esos sujetos).⁶⁰

El tipo de estudio fue exploratorio y de corte etnográfico: exploratorio debido a las pocas investigaciones que se tienen en nuestro país con respecto

⁶⁰ He usado información estadística procedente de diversas bases de datos; de encuestas nacionales / mundiales, de reportes de investigaciones, de informes de las instituciones del Estado y de Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), a fin de reconstruir los aspectos más significativos de los contextos (políticos, sociales, económicos y culturales), en los cuales se han producido estos actores sociales (la MS-13 y el B-18).

a los sujetos de la indagación desde una perspectiva socio / cultural y transnacional;⁶¹ de corte etnográfico, en tanto me interesó llevar a cabo, a partir de los contextos, una narrativa construida desde adentro de estos micros mundos sociales, en una trama cultural con personajes específicos y sus relatos (o, representaciones), con respecto a las violencias y a la muerte.

Asimismo, dentro del matiz etnográfico, partí de la denominada etnografía multilocal / multisituada (Marcus, 2001), en tanto su plasticidad y movilidad. Dicha etnografía se inserta dentro del sistema mundo (los contextos) y le interesa examinar / rastrear, la circulación de los significados y de los objetos de los nuevos procesos o formaciones culturales emergentes en un tiempo y en un espacio difuso dentro de múltiples sitios de actividad. Se trata de una especie de mapeo del terreno de la investigación y del objeto de estudio que va tejiéndose, a través de establecer relaciones, asociaciones y conexiones.

Estas etnografías multilocales se arman, o se alimentan a partir de varias técnicas o modalidades, cuyo hilo conductor son los movimientos y las pistas o huellas culturales en diversos escenarios, por ejemplo, seguir a las personas, los objetos, la metáfora, la trama, la biografía o el conflicto. En palabras de Marcus, (2001: 118): *“La investigación multilocal está diseñada alrededor de cadenas, tramas, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones en las cuales el etnógrafo establece alguna forma de presencia, literal o física, con una lógica explícita de asociación (...) entre sitios que de hecho definen el argumento de la etnografía (...)”*.

El tipo de muestreo fue el que se conoce como estratégico e intencional (Ruiz e Ispizúa, 1989) que consistió en seleccionar y privilegiar (en la medida de lo posible), los contextos, los escenarios y los sujetos en los cuales encontré más fuerza de contenido y de sentido, de esas situaciones o hechos sociales que me interesaban reconstruir / narrar, o dar cuenta de sus representaciones. A partir de aquí, uno de los ajustes que hice, al darme cuenta de la gran dificultad de poder llevar a cabo la clásica observación participante, en tanto ir y estar en los lugares y en los sitios donde se

⁶¹ De hecho, el texto que coordinamos con José Manuel Valenzuela y Rossana Reguillo (2007), Ob, cit, en el caso mexicano, es el primero que le da voz al discurso académico interdisciplinario con respecto a ésta temática.

encuentran y habitan la MS-13 y la *pandilla* del B-18 (la etnografía unilocal y a profundidad), fue establecer una suerte de puentes (conexiones / articulaciones) que me llevaron a la decisión de entrevistar a otros actores importantes de la trama social y considerarlos como fuentes directas en relación a la riqueza de la información que poseían, lo cual me llevó a ampliar tanto la población como la muestra de estudio, es decir, bajo el espíritu metodológico de *seguir a los demás actores sociales* (los académicos e investigadores, los gestores culturales de las OSC y los líderes de la comunidad); me acerqué a ellos, conforme los iba encontrando y, se me aparecían, en el tejido de los vínculos y de las redes sociales que estaba estableciendo.

Los principales escenarios (o, lugares) en los que llevé a cabo el trabajo de campo en los tres países, fueron múltiples y marcados por las circunstancias difusas, fragmentadas y de constante incertidumbre en las que me encontraba como etnógrafo y, sobre todo, por las vicisitudes sociales y culturales de mis sujetos de la investigación; ya que por los niveles de represión que hay contra ellos y las ejecuciones extrajudiciales que cada vez más están padeciendo, se han convertido en una especie de sujetos y de “*identidades invisibles*” en los espacios públicos de la calle, el barrio y en el tránsito por la ciudad, e incluso, en sus propias comunidades, por lo que también las visitas a las cárceles se convirtieron en un imposible dado el recrudecimiento de los niveles de control que el Estado y sus instituciones están ejerciendo sobre las OSC, los gestores comunitarios y los investigadores que se traduce en que simplemente están negando los accesos.

6.1. El movimiento; conexiones y trayectorias: procedimiento.

El trabajo de campo, lo llevé a cabo en un período de tres meses (de octubre a diciembre de 2008): estuve como profesor huésped invitado por la Universidad Centroamericana, “*José Simeón Cañas*” (UCA), en El Salvador; por lo que la Universidad fue mi sede y mi casa. De ahí viaje en autobús y, de noche, a Honduras y, al cabo del tiempo, me regresé al Salvador, después fui a Guatemala. Estar en la UCA e, identificarme con “*los otros*”, como académico invitado, renegociando constantemente mi identidad profesional, me ayudó en

la mayoría de los casos, a establecer los vínculos sociales y en la construcción de la confianza para la realización

6.1.1 El Salvador.

En los primeros días de estar en El Salvador, confirmé, -ya lo sospechaba-, que iba a ser muy complicado hacer los recorridos en los barrios, donde se asienta la MS-13 y la *pandilla* del B-18, por la situación de “*invisibilidad*” en la que se encuentran. Motivo por el cual, fui ubicando a varios informantes claves en el ámbito académico, de las OSC y líderes comunitarios, a fin de entrevistarlos. Conforme realizaba los primeros contactos, tejí una red de relaciones que me abrió la posibilidad de moverme, desplazarme e insertarme en otros espacios sociales como asistir a reuniones con investigadores, participar en observatorios de violencia y eventualmente logre llevar a cabo algunos recorridos en las zonas comunitarias donde están trabajado con la MS-13 y los *homies* del B-18.

En El Salvador, una de mis informantes y vínculos trascendentales fue la Mtra. Roxana Martel, investigadora del Instituto Universitario de Estudios de Opinión Pública (IUDOP) de la UCA y coordinadora de la Coalición Centroamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil (CCPVJ); quién me ayudó a que me aceptaran como profesor huésped invitado en la UCA, a tejer las redes y los vínculos (no sólo en El Salvador, sino fundamentalmente en Honduras y en Guatemala), con los colegas y los demás actores. Además, hicimos varios recorridos por las zonas más pobres y ricas de San Salvador: fungió todo el tiempo como mi interlocutora; a ella le expresaba mis preocupaciones de la investigación, incluyendo los estados de ánimo de ansiedad y de miedo que se me despertaban a cada rato.

De igual manera, otro interlocutor e informante clave fue mi amigo y colega, Antonio Rodríguez, mejor conocido como el Padre “Toño”, uno de los personajes más importantes en El Salvador, en relación al trabajo comunitario con la MS-13 y los *homies* del B-18. Gracias a él, pude hacer varios recorridos en los territorios de ambos agrupamientos, realizar el levantamiento fotográfico más significativo por la fuerza simbólica de las imágenes, tener contacto y estar una mañana y una tarde con toda una clica de la *pandilla* del Barrio-18. Asimismo, a través de él, logré hacer varias visitas a la clínica asistencial

“Padre Octavio Ortiz”, que alberga al programa Adiós Tatuajes, en la Colonia Buena Vista, Mejicanos, donde los remueven, en lo particular, a integrantes de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18, situación que me permitió conversar con ellos y entrevistar a varios miembros de estos agrupamientos y pensar en el hecho de des tatuarse en su valor simbólico; una especie de des identificación, -des identificadores del estigma, dice Goffman, (1993), con respecto a la afiliación con estos agrupamientos.

Todas las entrevistas las fui agendando en el trayecto: a quienes me sugerían, a los que localizaba y a los que se dejaban entrevistar. Básicamente las contacté vía telefónica, por internet y, -las menos-, en conversaciones cara a cara: en tiempos, horarios y lugares muy disímolos, inesperados y definidos por ellos. Mi desplazamiento en la ciudad, dada las condiciones de inseguridad y, más que nada, del imaginario del miedo que me había construido, fueron por lo regular en taxi, de tal suerte que a la larga, mi motorista (Don Carlos, el chofer), se convirtió en otro vínculo e interlocutor muy importante, ya que además de que me cuidaba en las zonas de más riesgo, me llevó a los sitios más inusuales para hacer el levantamiento fotográfico del lugar (lotes baldíos, caminos de terracería, edificios abandonados y en la playa, entre los más significativos).

En El Salvador, en la zona metropolitana realicé (22) entrevistas a profundidad, a diferentes actores; a (seis) *académicos e investigadores* del IUDOP, en sus instalaciones y cubículos que se encuentran en la UCA. Tales colegas son especialistas en temáticas de violencias sociales y su prevención, seguridad pública, miedo social, comunicación y, en lo particular, en lo que corresponde a la MS-13 y al B-18. Además, es el equipo de investigación que ha publicado la serie de libros –ya clásicos-, en cuatro tomos de Las Maras en Centroamérica; a (tres) *líderes comunitarios* que hacen trabajo desde la perspectiva de prevención de la violencia con la MS-13 y con pandilleros del B-18, padres de familia, e incluso con las niñas y los niños del lugar. Estas entrevistas las realice en las calles de la comunidad: platicando, conversando de pie y, constantemente observando alrededor, ya que me sentía intranquilo por los relatos de violencia y de muerte que me estaban contando (Mi presencia en el lugar era muy notoria, es más, yo era el más observado); a

(seis) *gestores de la comunidad*, quienes vienen trabajando desde hace años con los grupos de *maras* y de *pandillas* del B-18, son una especie de mediadores del conflicto social que hay entre estos agrupamientos y las instituciones del Estado, e inclusive, con la misma comunidad; a (cuatro) *pandilleros* del B-18 (tres hombres y una mujer) y, a (tres) miembros de la MS-13 (todos hombres).

7.1.2 Honduras.

En el caso de Honduras, estuve en Tegucigalpa y, en San Pedro Sula (importante ciudad industrial) y, procedí de similar manera: a través de varios contactos, conseguí entrevistar a diversos actores estratégicos, tener conversaciones con académicos, investigadores e importantes funcionarios, visitas y recorridos en zonas de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18, siempre a través de los salvoconductos que real y simbólicamente tenía de los colegas, quienes además, siempre se preocupaban por mi seguridad física; máxime cuando me desplazaba de un país a otro y de una ciudad a la otra.

En Tegucigalpa, mi interlocutor permanente, informante clave y estratégico, fue mi colega y amigo, Oscar Rápalo (en su momento, compañero de la maestría en Antropología Social, UAM-I, México), quien me consiguió hospedaje a cuenta de la Universidad Pedagógica Nacional, “Francisco Morazán” y, además, me abrió el camino para llevar a cabo varias entrevistas a profundidad con académicos e investigadores y me proporciono información muy valiosa: reportes de la situación de violencia en la que se encuentra la MS-13 y el B-18; recortes de prensa acerca de las ejecuciones extrajudiciales que padecen estos agrupamientos y textos relacionados con la temática tratada.

En San Pedro Sula, mi contacto más significativo fue Ernesto Bardales, presidente de la Asociación Civil, Jha Ja, quien me vinculó con agrupamientos de culturas e identidades juveniles *emergentes o descentradas*, como los hip-hoperos, graffiteros y break dance. Asimismo, Jovel Miranda, pandillero del Barrio-18 y ex líder de una *clica*, integrante del equipo de trabajo Generación X; me hizo un recorrido muy interesante en una de las zonas más densas y

riesgosas donde está establecida tanto la MS-13, como la *pandilla* del B-18 (de hecho él controlaba parte de ese lugar cuando era pandillero activo).⁶²

En Honduras realicé (once) entrevistas a profundidad a: (cuatro) *académicos e investigadores*, en temáticas relacionadas con seguridad pública, trasiego de armas, violencias, maras (MS-13) y *pandillas* (B-18); a (cinco) *gestores de organizaciones* de la sociedad civil quienes se han caracterizado por una postura crítica y valiente de denuncia a las violaciones de los Derechos Humanos tanto a niños, población civil y en especial contra la MS-13 y la *pandilla* del B-18; a (1) pandillero del Barrio-18; y a 1 integrante de la MS-13; ambas entrevistas fueron muy reveladoras.

7.1.3 Guatemala.

En Guatemala, fue en el país en el que menos tiempo pude estar y sólo me desplace en la zona metropolitana de la ciudad, es más, todo el recorrido lo hice a pie: dos días enteros, desde temprano hasta anochecer anduve transitando la ciudad. Me contacte con Gustavo Cifuentes, pandillero pasivo del Barrio-18, quien el primer día me hizo el recorrido por el centro de la ciudad de Guatemala; parques, mercados, estaciones de autobuses, centros deportivos, comedores comunitarios y la zona conocida como *La Línea del Tren*, -donde se trafica con armas, drogas, carros robados, prostitución-. Asimismo, a través de él, logré entrevistar a integrantes de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18. Si bien es cierto que conseguí muy pocas entrevistas en Guatemala, las que realicé fueron muy potentes en relación a la información obtenida y al valor simbólico de los datos que me dieron y las fotografías que me dejaron tomarles a sus cuerpos tatuados.

En total logré hacer (cuatro) entrevistas: (una) al Director General de *la organización de la sociedad civil* llamada CEIBA; la cual la llevé a cabo en las instalaciones de su institución; a (dos) *pandilleros* del B-18; uno de ellos activo, en un cuarto habitación, en la zona conocida como *La Línea del Tren*; el otro, pasivo / calmado (y, al mismo tiempo es gestor comunitario), en un área de descanso en el hotel donde me hospedaba; y a un ex-líder, retirado de la Mara

⁶² La diferencia que se establece entre la denominación de ser *pandillero* o de la *mara*; pasivo / activo, consiste en la implicación que todavía se tenga o no, con respecto a los actos de violencia / a las situaciones en los ámbitos de lo ilegal y al consumo de sustancias (drogas).

Salvatrucha (MS-13), en un restaurante (una especie de fonda), a la hora de la comida.

Haciendo un recuento de las entrevistas a profundidad que llevé a cabo, en los tres países y, a los distintos actores, tenemos un total de 37, distribuidas de la siguiente manera:

- Académicos e investigadores: 10
- Gestores de organizaciones de la sociedad civil: 12
- Líderes comunitarios: 3
- Pandilleros del Barrio-18 (B-18): 7
- La Mara Salvatrucha, MS-13: 5

6.2 La teoría de la técnica: la construcción de narrativas orales y visuales.

Los instrumentos y las herramientas que más me ayudaron y que fui utilizando de una manera alternada, a ritmos muy variados e indefinidos, marcados por las circunstancias difusas y ambiguas que se me iban presentando, fueron básicamente: a) *Diario de campo*, b) *Entrevistas a profundidad / semi-estructuradas*, c) *La fotografía* y, d) *Análisis de noticias*.

Trataré de explicar de la manera más breve y didáctica posible, la forma en que fui utilizando cada una de las técnicas en el proceso de la investigación socio cultural. Sirva la aclaración que en ningún momento pretendo hacer (no es el espacio), una discusión profunda con respecto a las bases epistémicas o a los fundamentos de los instrumentos y de los dispositivos metodológicos en los cuales se sustentan.

a) El Diario de Campo, quizás sea una de las herramientas más socorridas por los investigadores sociales y, no sólo por ellos, piénsese por algún instante en los biólogos o en los químicos quienes la emplean para anotar sus observaciones con respecto a los procedimientos que llevan a cabo en sus respectivas investigaciones de laboratorio. Para mí, la podría caracterizar como una técnica idónea en la descripción de los contextos, las cualidades de los sujetos (actores) de la investigación, las tramas sociales y la auto reflexión, o la auto representación permanente desde el lugar de la enunciación o del posicionamiento en el que uno se coloque como etnógrafo (Haraway, 1991).

La manera concreta en la que la llevé a cabo fue arrítmica e irregular, es decir, dependía de la fuerza o de la debilidad de lo que acontecía y de mi particular representación (Moscovici, 1977), de esa vivencia; por lo que a veces

era muy descriptivo (detallaba a profundidad la zona y el lugar, por ejemplo); otras tantas predominaban las inferencias o borradores de interpretaciones de la trama social (se me ocurrían algunas reflexiones teóricas); o simplemente daba cuenta de mis estados de ánimo (máxime en aquellas entrevistas de alta tensión y ansiedad); de tal suerte que involuntariamente hice múltiples y diversas combinaciones.

Eso sí, todos los días escribía y lo fui haciendo en dos cohortes temporales; *uno*, lo más rápido que podía después de la observación realizada, de los recorridos en la comunidad, de las conversaciones informales, de las entrevistas, de las sesiones en la que participé, o simplemente de lo que pasaba y pensaba; ya sea en el taxi, en un restaurante, en un jardín, en una cafetería, o en la casa de huéspedes donde vivía; *dos*; del cuaderno a la computadora, lo cual me permitió ampliar el relato e ir reflexionando en algunas categorías de análisis y, medio elaborar, -hasta donde alcanzaba-, algunos aspectos afectivos y emocionales que se me despertaban ante las duras historias y sin concesiones que me platicaban, en particular la MS-13 y los *homies* del B-18, con respecto a las narrativas de las violencias sociales, la muerte y sus absurdos.

Considero que lo más valioso de las notas asentadas y escritas en el diario de campo, es su temporalidad social y el anclaje espacial, es decir, son datos contruidos para ser re utilizados en la hechura de la narrativa y una interface o bisagra teórico / metodológica, muy importante para la redacción del texto, o de los relatos etnográficos en formatos de reportes, artículos, tesis o libros.

b) Las Entrevistas a Profundidad, fueron bajo la modalidad de semi-estructuradas, esto es, diseñé un guión con apartados, categorías de análisis, índices e indicadores y, posibles preguntas para cada una de las categorías con la finalidad de reconstruir las narrativas orales: el dispositivo adquirió la modalidad de un diálogo intersubjetivo y de un sistema de conversación entre sujetos y actores sociales.

Dadas las cualidades de mi trabajo de campo, de las vicisitudes de los miembros de la MS-13 y del Barrio-18, que regularmente se encuentran en las lógicas de la *para legalidad* o de lo ilegal, las entrevistas a profundidad que realicé fueron por lo común muy complicadas, en ese sentido, las llevé a cabo

de una manera flexible y plástica, es decir, lo primero y urgente, -me fui dando cuenta en el quehacer mismo-, era desmontar la tensión / la ansiedad que generaba y que nos provocaba la propia situación de entrevista y, construir un mecanismo de confianza que circulara o se desplazara de ellos y de ellas hacia mí; en virtud de que en la actualidad, es muy difícil y raro que estas adscripciones identitarias otorguen entrevistas por los riesgos reales que esto implica para su seguridad física / afectiva, dado los niveles de represión y de persecución en el que se encuentran.

Tal mecanismo de desmonte y de edificación de la confianza, era activado por lo que he nombrado, *el imprescindible lugar del mediador o del negociador* (un colega, un conocido de ellos, o un actor reconocido de esa trama social), el cual, o la cual, se encargaba de hablar bien de mí y de la importancia social que pudiese adquirir el relato que me dieran. En la totalidad de las ocasiones funcionó, ya que sin dirigirse a mí, daban el sí y, su visto bueno, aunque con algunas precisiones y matices: no tomar fotografías, ni revelar nombres, ni datos que los comprometieran. En ese instante intervenía y les explicaba con mayor amplitud: ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? ¿Lo que estaba investigando? ¿Y el para qué de la información? Enseguida, les solicitaba permiso para grabarlos con la garantía y el énfasis de que no iba a aparecer ninguna referencia de ellos que los identificara; les aseguraba el anonimato, no publicar nada en su país y si sentían una pregunta inadecuada o inoportuna, simplemente tenían el derecho de no contestarme (como me sucedió en varias ocasiones cuando exploraba los sucesos de las violencias / de la muerte, en particular, en los “*palabrerros*”, los líderes”, tanto del B-18 como de la MS-13

Una vez concluida la entrevista (y, ya con ciertos niveles de confianza), les pedía si me dejaban tomar fotografías a sus tatuajes y a sus cuerpos, aclarándoles que no habría imágenes de sus rostros, a lo cual también accedieron. Dichas entrevistas las efectué en los lugares y en los sitios más inesperados e inusuales; en vestidores, instalaciones deportivas, restaurantes, fondas, cuartos habitación, cubículos, pasillos, en el barrio, la comunidad, la calle, la banqueta, en autos circulando la ciudad y en la casa de huéspedes donde me alojaba.

Todas las entrevistas a profundidad se grabaron, así también las reuniones y las exposiciones en las cuales participé y, posteriormente, se transcribieron, proceso que les llevó a mis asistentes, más de seis meses, no sólo por la cantidad de entrevistas realizadas, sino por la densidad de la información que se había obtenido y las vicisitudes técnicas / afectivas que se fueron presentando en el camino. Al mismo tiempo, cada una de las transcripciones, las leí y revise, contrastando el audio original con el impreso y corroboré lo fuerte de los sucesos sociales reconstruidos, las trayectorias desfavorables de la biografía individual y la desventaja social de mis sujetos de la investigación, - la MS-13 y la *pandilla* del B-18-.

c) La fotografía, la utilicé simplemente como un registro y una estrategia en la construcción de un discurso o de una narrativa visual, para lo cual también diseñe una guía que me iba marcando el levantamiento de las imágenes. A *grosso modo*, inicié fotografiando los lugares y las zonas de fuertes contrastes que por su fuerza real y potencia simbólica dieran cuenta de determinados contextos, más que nada, sociales, económicos y culturales, en los cuales se han producido y construido estos actores y sus adscripciones identitarias juveniles. Al mismo tiempo, me interesaron los marcajes y las simbologías de identificación territorial (placasos / graffitis), así como las estéticas corporales (la facha, el lenguaje con las manos, los tatuajes) y, en sí, los sujetos y los actores de la trama social de los discursos de las violencias y de la muerte. He de decir que sin imaginarlo desde un inicio, apareció en el hacer de la investigación, el requerimiento de registrar visualmente el proceso de “*des tatuaje*” / “*des identificación*”, mecanismo, diría Goffman (1993); de “*los des identificadores del estigma*”.

Al inicio y, en El Salvador, fue muy difícil tomar las fotografías, en tanto que como extranjero y forastero, era demasiado visible / evidente y, la cámara se convirtió en algo amenazante, no sólo en la toma de imágenes en el espacio público, sino fundamentalmente, cuando levantaba las iconografías de la ciudad, o de graffitis, o de las pintas de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18.

En esta lógica de representación social (Moscovici, 1977), yo y la cámara, entrábamos dentro de un dispositivo de sospecha y de duda cultural permanente ante la mirada de “*los otros*” quienes a su vez creo, se

preguntaban: ¿quién será ese sujeto que está tomando fotografías?, lo que implicaba ser “*construido*” y colocado también en la trama social que a su vez intentaba investigar. Esta situación me inhibió y sentía que me estaba deteniendo en mi levantamiento fotográfico, de tal suerte que pasaban los días y no tomaba fotografía alguna, por lo que tuve que conversarlo con mis interlocutores (los colegas) y, de ahí en adelante, con las personas con las que me encontraba, invariablemente les preguntaba de la pertinencia, o no, de tomar las imágenes, es decir, fungieron también como mediadores.

En el caso concreto cuando estaba entrevistando a algunos miembros de la MS-13 y de los *homies* del B-18, conseguí fotografiarlos a través de construir los mínimos de confianza bajo el discurso de que eran estrictamente para los fines de mi investigación y darles la garantía de no tomar sus rostros. Sólo así logré tomar varias imágenes de ellos y de ellas: destacan las iconografías de una mujer de la MS-13 y las otras de varios líderes de pandilleros del B-18. Asimismo, en la clínica asistencial, “Padre Octavio Ortiz”, bajo el Programa Adiós Tatuajes, me permitieron estar presente durante cuatro lunes seguidos, lo que me posibilitó tomar fotografías en el momento en el que se estaban removiendo los tatuajes y conversar con (ex) líderes de la MS-13 que algunos recién habían salido de la cárcel después de 14 años de estar privados de la libertad, -ahora se han retirado de la *clica*, sin *pase*-. Algunos (dos) no se dejaron entrevistar, ni mucho menos tomar imágenes, por la desconfianza y la sospecha de que fuera un agente infiltrado por los cuerpos de seguridad del Estado Salvadoreño y Norteamericano (de hecho, -como lo he comentado y analizado, en páginas anteriores-, en una entrevista con un líder de la MS-13, fui confundido por agente del FBI, suceso de altísima tensión y dificultad).

En una situación inesperada y camuflado socialmente como integrante de una brigada de salud, logré tener contacto y entrar a una *clica* de la *pandilla* del Barrio-18, en uno de los barrios más densos de San Salvador, llamado por cierto, *Mejicanos*; a la cual, le tomé fotografías, así como al barrio, a los grafitis y a los placasos. En este caso inusual, la cámara funcionó como un mecanismo simbólico a partir del cual los integrantes de la *clica* de la 18, lograban una especie de visibilidad, construirse una imagen ante los demás, tener voz, presencia pública y reivindicación de su adscripción identitaria. Permitieron que

les tomara fotografías, incluso en algún momento era tanta la algarabía que ya no les importaba que salieran retratados sus rostros y sus cuerpos plagados de tatuajes.

Dada la importancia metodológica, de este suceso, doy cuenta de mis Notas de Diario de Campo (NDC) de ese día:

Viernes 21 / Nov. / 08

Voy relativamente tranquilo a sabiendas que ir en la brigada médica implica algunos riesgos, aunque vamos camuflados con la finalidad de hablar con la clica. Tengo la certeza que estar con el padre Antonio es lo más seguro, incluso la protección aumenta ya que van también dos médicos, una enfermera de la ex guerrilla, dos mediadores que viven en la comunidad y yo

Nos vamos en la camioneta del padre Antonio. Se va por un camino donde se ve y se respira la densidad de la pobreza, las condiciones reales y simbólicas de la precariedad: deterioro del inmobiliario urbano, cuerpos avejentados. Entramos a un estacionamiento de mala muerte, enseguida y, a un lado, aparece el barrio.

Miro las primeras placas de la 18, a un costado del “parqueo”, descendemos y estéticamente es parecido a los barrios de Tacubaya en la ciudad de México: casas de lámina, caminos ascendentes y descendentes sin pavimentar. Entramos propiamente al barrio y aparecen los demás placasos de la 18; algunos en inglés (eighteen), unos más en español, sólo los números. Están también los conmemorativos de los Homies muertos.

El padre Antonio, saluda a los de la pandilla. Nos dirigimos a una casa comunitaria. Se instala una mesa y sillas donde se ponen los medicamentos; se van a hacer análisis de sangre, pruebas de VIH/SIDA y revisión general. A los primeros que atienden por prestigio y jerarquía es a la clica que poco a poco va llegando (...)

El padre Toño está hablando con ellos (...) me acerco a la conversación y (...) voy interactuando (...) con el que parece uno de los jefes de la clica (tiene 26 años). Al principio, su mirada es de desconfianza, comento algunas cuestiones y sólo me ve (tiene la mirada triste) y, no me responde, pasa el tiempo (...) camino en el sitio y me pongo a conversar con uno de los mediadores y, le voy diciendo de la posibilidad de que él habló con ellos para entrevistarlos y tomar algunas fotografías de sus tatuajes, de los placasos, de su clica y del barrio.

Me acerco de nueva cuenta con uno de los líderes y abiertamente le digo, si es posible entrevistarlos con una grabadora, fotografías sin rostros; me dice que lo tiene que platicar con la clica y va a depender de lo que ellos decidan (esta forma es interesante porque abiertamente es horizontal). En ese momento el padre Antonio habla de mí, -negociando- “el es un investigador mexicano que trabaja culturas juveniles”. Simplemente se quedo callado y aproveché para decirle que los placasos estaban muy bonitos y si podía tomarles fotografías, a lo cual me dijo que sí y le pedí que me acompañara.

Uno de los líderes, me llevo por unos pasillos, tipo corredores, las casas son muy humildes y me mostró un placaso con letras azules y en inglés (eighteen), de hecho empezamos a conversar y me fue diciendo a que placas y grafitis les tomara fotografías. Le pregunto por los grafitis decorativos y me dice que son jóvenes cristianos quienes los hacen, -los de la clica los hace él-. Le pregunto por el significado: “son del barrio, de nosotros, de nuestra vida”.

Poco a poco conforme hacíamos el recorrido la clica se fue juntando y de repente me piden que les tome fotografías a ellos junto con las placas de su barrio. Me sorprendió, ya que conforme tomaba las imágenes, todos se acercaban para que les mostrara la fotografía, incluso algunos muy atrevidos y arriesgados, decidieron salir con los rostros sin cubrir, no así los líderes.

Esta situación fue realmente inusual e inesperada, ya que ellos se ponen en riesgo (también uno), máxime de que los han tratado de infiltrar y recientemente autoridades del gobierno los engañaron haciéndoles creer que iban a darles capacitación y cursos. Tomaron sus nombres, teléfonos y demás datos: en pocos días llegó un operativo, detuvo a varios de ellos, los golpearon y se los llevaron privados de la libertad (a la cárcel).

Algo pasó que no me daba abasto tomándoles fotografías; ellos decidían el lugar, las posturas corporales, los tatuajes a resaltar; se hizo todo un acontecimiento / evento muy festivo. Creo que verse en las fotografías recién tomadas activó un mecanismo de auto reconocimiento y legitima la adscripción identitaria juvenil como pandillero de la 18. A su vez, les da visibilidad ante una sociedad que los tiene excluidos, estigmatizados, tanto que en su propio barrio se sienten “privados de libertad”; ya que si salen, algunos vecinos llaman a la policía, o corren un alto riesgo de que lleguen los “juras” (policías) y los detengan.

Una vez terminado el festival de la sesión fotográfica, volví a insistir si era posible entrevistarlos, me dijeron que no, ya que necesitaban conocerme más y tener confianza (suave, dicen). Ahí comprendí que incluso había sido demasiado que en una primera vez y, dado los contextos y la situación en que transcurre su vida cotidiana; me hayan permitido tomar fotografías a su clica, eso era de ya una muestra de confianza (incluso e implícitamente me decían si traía una cámara para que les hiciera un video).

En lo festivo y lo lúdico en que se convirtió la toma de fotografías, había un elemento infantil o de infantilización; una suerte de novedad y de verse muy temerarios e irreverentes ya que dejaron fotografiarse con todo y rostro (la urgencia de crear presencia y de visibilización, creo yo).

d) El Análisis de noticias, en periódicos de El Salvador, Honduras, Guatemala y México, a fin de dar cuenta de la representación social, (Moscovici, 1977), o de la construcción de narrativas (orales y visuales) que difunden determinados medios impresos (Rosenberg, 2004; Paz, 2001), con respecto a los sujetos y a los actores sociales de la Mara Salvatrucha (la MS-

13) y de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18), en lo que atañe a las violencias / a la muerte / a la inseguridad pública / a las ejecuciones extrajudiciales y a la actuación de los escuadrones de la muerte y de la limpieza social.

La lógica metodológica que utilicé fue muy sencilla, *seguir las noticias*, conforme fueron o iban apareciendo en los diarios de los países citados. Para esto, la estrategia de búsqueda en el caso de El Salvador; la hice por Internet, en relación a Honduras; a través de mis contactos (léase mi colega Oscar Rápalo) quien durante años me hacía los envíos, de Guatemala; vía un extenso y valioso acervo hemerográfico que me donaron y, de México; lo que alcanzaba a recopilar en los diarios a los que tenía acceso.

Esta técnica que por extensión se le puede denominar como, *seguir las noticias*, es una recreación, o una relectura de lo que Marcus (2001), desde las etnografías multilocales denomina como, *seguir la metáfora*, es decir, el espíritu fue rastrear estas narrativas construidas en los ámbitos de los discursos (orales e iconográficos) que aparecían en los tabloides, en particular, en por lo menos cuatro directrices, *uno*; cuando se hablaba de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18 como sujetos de violencia (al ser los ejecutores, al llevarla a cabo, junto con las imágenes que los visibilizaban), *dos*; al ser situados como objetos de violencia (al padecerla, en cualquiera de sus formas), *tres*; las ejecuciones extrajudiciales que están sufriendo, *cuatro*; la actuación de los escuadrones de la muerte, o de limpieza social que operan bajo la protección de las autoridades locales y nacionales. Para Marcus (2001:119), *seguir la metáfora*, conlleva incursionar en diferentes ámbitos del discurso, determinadas modalidades del pensamiento; perseguir la circulación de signos y símbolos: “*Esta modalidad implica intentar trazar las relaciones y sustentos sociales de asociaciones que están más claramente vivas en el lenguaje y hacer uso de medios visuales e impresos*”.

Para mí, la riqueza del *análisis de noticias*, consistió, en la posibilidad, *por una parte*; de mostrar los discursos hegemónicos (orales y visuales), cuando se habla desde estos medios impresos acerca de las violencias, la muerte y la inseguridad pública, asociados a la MS-13 y a la *pandilla* del B-18, *por la otra*; dar cuenta de las contradicciones discursivas en contraposición a otros discursos alternos o subalternos que los interpelaban (como el de una gran

parte de los académicos y de los integrantes de las OSC) y, al mismo tiempo; hacer una especie de triangulación de las narrativas orales / visuales, de cara a la propia representación / la mirada, de la MS-13 y del B-18, con respecto a los imaginarios que se han construido en relación a ellos.

6.3 Tipo de análisis e interpretación de la información.

La codificación se llevó a cabo a través de la construcción de categorías de análisis, con sus respectivas sub categorías, las cuales se fueron dibujando a partir de la Guía de Entrevista a Profundidad. Hicimos una combinación entre las denominadas *categorías comunes* caracterizadas por la jerga cotidiana, por ejemplo, la variable el sexo (retraducido como el género); las *especiales* que aluden a la mirada disciplinar, en este caso, de la antropología y de la psicología, principalmente y; *las teóricas*, que tienen que ver con las que van surgiendo a partir de los testimonios / del relato, o la narrativa construida, un poco al estilo del proceder de la Teoría Fundamenta (de lo empírico a lo teórico). Para esta investigación, las categorías teóricas son las que más se privilegiaron, Ruiz Olabuenaga (Ruiz, 1996: 69), es claro cuando alude a ellas: “*son las que brotan del análisis sistemático de los datos de forma que responden a la vez a elaborar marcos teóricos*”.

Por lo que el andamiaje categorial que se construyó, es el siguiente:

1. Los contextos y los textos: claves interpretativas-comprensivas.

- 1.1 *Cultura de la violencia*, -la guerra-.
- 1.2 Procesos migratorios / lo transnacional / la deportación.
- 1.3 Acuerdos de paz (1992), -post conflicto-.
- 1.4 Escalamiento de las violencias.
- 1.5 Horizontes.

2. El Estado.

- 2.1 El “*desdibujamiento*” / el “*borramiento*”
- 2.2 Las narrativas: la inseguridad ciudadana
- 2.3 El miedo social: uso político
- 2.4 Construcción del enemigo / los culpables
- 2.5 Políticas de represión, -cero tolerancias-, -mano dura-.
- 2.6 Los espacios del encierro, -las cárceles-.

3. Las violencias sociales

- 3.1 Los lugares: objetos y sujetos de
- 3.2 Lo simbólico: más allá de lo objetivado
 - 3.2.1. Lo burdo y lo absurdo
 - 3.2.2. La venganza y el odio
 - 3.2.3. La saña y la crueldad

4. La muerte real y simbólica

- 4.1 ¿"Una cultura de la muerte"?
- 4.2 El aniquilamiento del "Otro"
- 4.3 Borramiento identitario
 - 4.3.1. El asesinato
 - 4.3.2. El desmembramiento
 - 4.3.3. Matar al muerto

5. Adscripciones "juveniles" y mutaciones identitarias: B-18 y MS-13

- 5.1 Diferentes contextos: nuevos rostros
- 5.2 Rituales de adscripción, -legalidad / reglas / normas-.
- 5.3 El barrio, -la muerte- / la madre, -la vida-.
- 5.4 Marcajes: tatuajes en la piel y placasos en la pared.
- 5.5 *Homies y maras*: sujetos "invisibles" / "identidades nómadas"
- 5.6 Des anclajes territoriales, anclajes espaciales
- 5.7 Des anclajes identitarios, -des tatuaje-
- 5.8 Disputas por el lugar: ¿activos o pasivos?

Estas categorías, a su vez, las crucé con las voces de los diferentes actores de la trama social que privilegie (los investigadores / las OSC / los gestores comunitarios / la MS-13 y el B-18). De tal suerte que escribí una narrativa, en su valor epistémico / epistemológico, es decir, un esquema cognoscitivo del ser humano para la comprensión de su mundo social que privilegia el relato de los sujetos sociales en una especie de episodios unidos por una trama social. Pablo Vila (2000: 361), lo refiere así: "(...) *narrar es mucho más que describir sucesos o acciones (...) es también relatar tales sucesos o acciones, organizarlos en tramas o argumentos, y atribuirlos a un personaje particular (...) el personaje de una narrativa es (...) concomitante con sus experiencias tal como son relatadas en la trama particular de una narrativa*".

En este sentido, intentamos ir más allá de una simple descripción de acontecimientos; la idea fue armar el entramado con sus argumentos socio culturales, identificando determinados personajes, como es el caso de algunos integrantes de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18, los cuales dan cuenta de sus vivencias y de sus experiencias con respecto a lo que hemos nombrado libremente: los *mercados de las violencias de la muerte*.

Para la organización del análisis de la información construida y de su presentación, procedimos a través de seguir el hilo conductor de las categorías propuestas y, al cruce con cada uno de los actores, en la siguiente secuencia,

1) *académicos e investigadores*; 2) *organizaciones de la sociedad civil*; 3) *líderes comunitarios*; 4) *integrantes del B-18 y de la MS-13*. Asimismo, se decidió que fuera país por país (El Salvador, Honduras y Guatemala, -en ese orden-), a fin de preservar las especificidades / la densidad y las vicisitudes nacionales / locales, aún y con el entendido de que probablemente y, en ciertos momentos, tengamos saturación de datos / de información, en virtud de que aplicamos las mismas categorías de análisis. En ese tenor, trataremos en lo posible, de acercarnos a un análisis de contrastes, es decir, mostrar las similitudes y marcar las posibles diferencias, ante contextos parecidos.

En tanto que en cada uno de los países, no se tuvo el mismo nivel de acercamiento o de relación de contacto con los actores seleccionados, la narrativa construida a veces es más profunda e intensa, por ejemplo, en El Salvador que en Guatemala; o en Honduras, se visibilizan determinadas cualidades de los “nuevos” sujetos juveniles, que no aparecen con la nitidez suficiente, o claramente definidos, en El Salvador.

He de expresar también, que en tanto me situó como sujeto que investiga, a los sujetos de la investigación, partí de una parte de mi biografía socio individual, es decir, de mi implicación y vivencia durante el proceso de investigar, lo cual significa que seguiré dando cuenta de mi propia narrativa, al momento en que narro la trama social de los otros, reconstruyo la lógica argumental y, visibilizo a los personajes centrales de estas historias culturales, ancladas a un tiempo histórico y a un espacio social definido.

Significaciones del cuerpo



Fotos de una chica de los *homies* del Barrio 18 (B-18), en El Salvador, tomadas el 24 de noviembre de 2008 y, de otra muchacha de la MS-13, en San Pedro Sula, Honduras, el 6 de noviembre de 2008.



Tatuajes de “palabros” y de “soldados”, de una *clica* de los *homies* del Barrio 18 (B-18), en El Salvador. Fotografías tomadas el 21 de noviembre de 2008.

Mara Salvatrucha (MS-13)



Fotografías tomadas el 12, el 20 y el 24 de noviembre de 2008: líderes, integrantes y ex-miembros de la *Mara Salvatrucha (MS-13)*, El Salvador.

CAP. VII. Análisis e interpretación de los datos: las etnografías.

7.0. EI SALVADOR.

Las voces de la academia / de la investigación.

Uno de los actores y, por consiguiente, de los discursos que han tenido una presencia importante en la disputa y en la construcción de sentido cuando se habla o se nombra lo relacionado a las adscripciones identitarias de la MS-13 y de los *homies* del B-18, han sido sin duda, los de una parte de la academia y de la investigación social. Y quizás son, los que tienen más presencia / compromiso en la construcción de determinados conocimientos / saberes y, fuerza de interpretación / comprensión, así como capacidad de influencia en ciertas instancias del gobierno. Tal es el caso, de los colegas de la Universidad Centroamericana, “José Simeón Cañas” (UCA), a través del Instituto Universitario de Estudios de Opinión Pública (IUDOP), quienes han llevado a cabo, entre otros tantos, el proyecto de investigación en Centroamérica sobre las *pandillas* y publicado la serie de libros, en cuatro volúmenes, “*Maras y Pandillas en Centroamérica*”,⁶³ referentes infaltables cuando se trata del acervo bibliográfico con respecto a estas temáticas. Además, han impulsado una variedad de estudios de opinión pública en relación a seguridad / inseguridad, percepción de las violencias, victimización, uso de armas, empresas de seguridad privada, imagen / tendencias políticas y, diseñadores de la Encuesta Nacional de Juventud de El Salvador (2007).

Motivos suficientes que nos llevan a centrarnos en el núcleo y en la matriz de sus reflexiones / planteamientos y, de sus narrativas / discursos, en relación al asunto de las violencias sociales, su escalamiento, los nuevos rostros y los diversos actores emergentes. Para esto, les daremos voz, a través de utilizar algunos testimonios obtenidos de varias entrevistas a profundidad

⁶³ Cada uno de los volúmenes tiene su especificidad, *el primero*; se centra en reconstruir la opinión de los propios jóvenes de *la pandilla* y de *la mara*, por lo que el articulador es el sujeto de la MS-13 y del B-18, *el segundo*; indaga las comunidades a partir de las cuales emergen o se construyen esas adscripciones identitarias, *el tercero*; le interesa lo relacionado a las políticas públicas dirigidas a las *pandillas* / a *la mara* y, ciertas experiencias de rehabilitación de éstos jóvenes, *el cuarto*; el lugar y el posicionamiento de la sociedad civil con respecto al asunto de estas *clicas*.

que se realizaron, a una parte significativa del equipo de investigadores del IUDOP.

7.1 Los contextos: ¿el Estado desdibujado / deshilachado?

Consideramos que uno de los analizadores u organizadores culturales de las relaciones sociales y, de los vínculos intersubjetivos, han sido las violencias, las cuales en el caso de Centroamérica, en general y, en lo que atañe a El Salvador, en lo particular, han estado presentes a lo largo de su historia, aunque su visibilización y marcaje cultural, se sitúan enfáticamente, a partir de la década de los años treinta del siglo pasado (S.XX), -a la fecha- y, han tenido en los campesinos, los indígenas, los obreros, los disidentes, los guerrilleros; a los actores que primordialmente se les ha colocado en el lugar de ser objetos de esas violencias, es decir, de estarla padeciendo, caso paradigmático sería lo que está aconteciendo con las adscripciones identitarias de la MS-13 y del B-18; ya que son evidentes las tendencias a eliminarlos, a partir del imaginario construido de ser sujetos “*desechables*” (Martín-Barbero, 1998).

Actualmente, estas violencias, han cobrado una importancia sin igual, en tanto que en términos amplios, lo que podríamos denominar como violencias sociales, (Sosa, 2004; Tilly, 2003), no sólo se han agudizado / incrementado, sino que se están transformando rápidamente, adquiriendo distintas y novedosas cualidades como el ser muy complejas y, por lo tanto, están adquiriendo nuevos rostros, texturas y matices, en parte, esto tiene que ver con los cambios que se están viviendo en los contextos políticos, económicos, sociales y culturales que conllevan la aparición o la emergencia de nuevos actores en lo que vamos a nombrar como *el mercado de las violencias y de la muerte* y, en la redefinición de otras formas de delinear las relaciones sociales.

Ante este escenario, algunas de las infaltables preguntas e interrogantes que podríamos plantear, serían las siguientes: ¿Cuáles son los contextos más significativos que definen o delinear las violencias? ¿Cómo se llegó a tales niveles de violencia exacerbada? ¿Por qué el escalamiento? ¿A qué se debe que estén adquiriendo características de crueldad y de brutalidad, no vistas antes? ¿Quiénes son esos nuevos actores en el ejercicio de esas violencias?

¿Cuál es el lugar del Estado y de sus instituciones en la mediación del conflicto y de la tensión social?

En la configuración de las violencias sociales y, como sitio de partida, hay que volver a situar aquellas condiciones materiales y simbólicas de la vida cotidiana en las que se encuentran la mayoría de la población en El Salvador y, que aún permanecen, -no han variado- y, por consiguiente, la calidad de vida, tiende a deteriorarse: volviéndose, en lo particular, en una situación crítica y urgente, para el sector de las y de los jóvenes en su amplitud, aunque se recrudece a partir del lugar social que se ocupa desde los umbrales de las inequidades sociales, así como, por la afiliación a determinadas adscripciones identitarias. Estamos hablando que en sus orígenes fundantes, se trata de una violencia estructural (Bourgois, 2005), que en uno de sus pliegues y de sus rostros, se manifiesta o expresa en su carácter de cultural, es decir, en lo que podríamos catalogar como *las culturas de las violencias* (Blair, 2005; Carranza, 2005; Carazo, 2001; Ferrándiz y Feixa, 2004).

Los marcajes, en su materialidad y, los impactos en lo inmaterial (lo simbólico), están dados por los altos niveles de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009); una seria dificultad en la distribución de la riqueza; la propuesta económica neoliberal instalada en su carácter depredador y en crisis; el desempleo en aumento; el trabajo informal se sitúa en los límites de lo ilegal; las familias en plena recomposición cruzadas por los proceso de inmigración y de migración; la educación no contribuye más a favor de aumentar el capital cultural de la gente; la vulnerabilidad de las / los niños, adolescentes / jóvenes, se acrecienta en tanto una exposición callejera de sufrir algún acto de violencia (ENJ, 2007); lo emergente de la violencia contra las mujeres; el avance del crimen organizado que crea lógicas de para legalidad preocupantes, ya que permea y va rompiendo el tejido social, diluyendo los mecanismo de solidaridad / de lealtades vecinales / comunitarias, lo que favorece a la gestación de los climas de desconfianza al “otro” y, los altos niveles de intolerancia para reconocer y respetar la diferencia cultural de “los otros jóvenes”, por ejemplo, hacía los hip-hoperos.

La directora del IUDOP, Jeannet Aguilar,⁶⁴ es muy enfática cuando responde a esta pregunta:

Alfredo: Bajo tu opinión y experiencia ¿cómo fue que se llegó a esto?, a esta situación que pareciera ser inmanejable ¿Qué factores sociales o culturales de por qué se llegó a esto? Sé que ustedes hicieron recomendaciones en su momento y al parecer no fueron escuchadas.

(...) yo creo que en la base, hay una serie de factores primigenios que tienen que ver con la exclusión social de amplios sectores de la población, la falta de oportunidades en general, pero que (...) se hace mucho más agudo entre los jóvenes, la falta de programas para mantenerlos en la escuela; ves una oferta de capital social muy negativo, la que existe en los barrios, en las colonias y en los sectores (...) populares del país que son la mayoría (...) no hay una oferta de servicios del tiempo libre, ni siquiera una oferta educativa (...) que de alguna manera logre mantener a los niños y a los jóvenes en la escuela; en muchos de los casos no existe una escuela cercana, la cobertura es limitada, la calidad educativa es cuestionable (...) además manejan (...) un perfil de lo que debe ser el estudiante promedio de la escuela, eso excluye importantes sectores, sobre todo de jóvenes en riesgo. Luego, hay factores que tienen que ver (...) con las armas, de carácter situacional que han estado presentes a lo largo de los años y que nosotros en varias investigaciones lo hemos señalado, el tema de las familias disfuncionales, no estamos hablando solo de la familia mono parental (...) no estamos hablando del concepto tradicional de familias sino de la escasa y poca supervisión que ejerce el padre, la madre o el responsable de ese niño o niña respecto a su conducta o a su quehacer durante el día, la poca comunicación, la historia de violencia que experimentan los niños, hay una elevada exposición a la violencia de los niños y de los jóvenes tanto en el ámbito doméstico, como en el ámbito comunitario y social. Los jóvenes están expuestos constantemente, así lo dicen las encuestas de victimización, a la violencia callejera, no solo en su tradicional papel de víctimas o victimarios, sino como observadores, espectadores de la violencia, hay una serie de factores negativos que confluyen para que se reproduzca ese ciclo de la violencia

Atendiendo al anterior trozo de entrevista y reconociendo que la violencia estructural (Bourgois, 2005), define en parte el escalamiento actual, no explica del todo, máxime de que las violencias sociales (Sosa, 2004), a mi parecer, tienen la característica de un estallamiento, o si se desea, de un desbordamiento, difíciles de contener, encauzar o administrar; máxime de que se sitúan en el post conflicto armado, es decir, hoy se registran niveles de violencia más altos que los que había en situación de guerra que abarcó una

⁶⁴ Entrevista realizada en El Salvador, 29 de octubre de 2008, en las instalaciones del IUDOP.

década, de 1982 a 1992, año en el que se firmaron los acuerdos de paz bajo la gestión del gobierno francés y mexicano, en el castillo de Chapultepec, México DF y, que formalmente dio por concluida la confrontación bélica entre el ejército y la guerrilla.

Por consiguiente, podríamos decir que a partir del año de 1992, el Estado Salvadoreño, sus instancias y, la sociedad en general, se encuentran en una difícil tarea: redefinir las nuevas y múltiples relaciones sociales y políticas entre el gobierno y su pueblo. Las instituciones y los distintos sectores de la población, se debaten en un escenario de evidente fragilidad y debilidad de todos los actores, sobre todo aquellos que estuvieron implicados de forma directa o indirecta en el conflicto armado. Esto contribuyó a generar ambientes sociales / climas culturales y atmósferas públicas de zozobra, de incertidumbre y de sospecha del “otro”, por lo que se hacía urgente replantear nuevas formas de organización social e intentar reescribir una historia desde otros lugares sociales / culturales distintos a como se habían hecho; no exenta de un sinnúmero de dificultades y de complicaciones.

El Estado y, sus instituciones, dado el debilitamiento en el que se encontraba, -y todavía aún-, no lograron desmontar, ni tampoco desactivar, todas aquellas estructuras e instancias que habían ejercido un poder de violencia y de muerte en el período de guerra, situación que contribuyó a que se fueran transformando / mutando, en otro tipo de actores sociales que incluso, algunos, le están disputando su legitimidad, como por ejemplo; el caso del crimen organizado en su vertiente o rama del narcotráfico, del comercio ilegal de armas, del mercado de autos robados, o de la trata de personas. Esta situación ha propiciado que el Estado, ha dejado enormes vacíos en diversos ámbitos, por lo que se han gestado diversos poderes y actores paralelos que le están disputando justamente su legalidad y sus funciones.

Si construyéramos una metáfora,⁶⁵ (Lakoff y Johnson, 1980), sería un Estado cada vez más desdibujado, deshilachado y *ahujereado*, que no está cumpliendo sus funciones sociales; ya que no procura la seguridad pública, ni el bienestar social, ni tampoco está mediando las tensiones y los conflictos

⁶⁵ Nuestras acciones sociales, los pensamientos, el lenguaje y, en sí, el sistema o la matriz conceptual, a partir de la cual actuamos, representamos y experimentamos la realidad, está estructurada y es de naturaleza metafórica.

sociales entre los distintos actores políticos. En este sentido, queda la impresión de que el Estado no se ve, pareciera que no está, una ausencia cada vez más alarmante, lo cual propicia e incentiva que sea muy vulnerable y fácilmente penetrado por la cultura de la corrupción, en lo particular, en sus estructuras y en los sistemas de procuración de justicia, incluyendo a los cuerpos de seguridad del Estado: -“los juras”-, los policías y todo tipo de fuerzas especiales.

Al respecto, la investigadora del IUDOP, la maestra María Santa Cruz,⁶⁶ es muy clara cuando afirma:

(...) los 90's, es la década que ve nacer en El Salvador los acuerdos de paz (...) pero se exacerban otra serie de violencias sumamente importantes y que viene (...) a demostrar (...) una expresión de todo el andamiaje institucional que debía (...) ser alimentado y (...) fortalecido para que pudiera contener todas aquellas dinámicas posteriores a la guerra civil (...) que se prolonga tanto. (...) hacia 98, inicios del 2000, estamos hablando del inicio de un inflexión en las tendencias de la violencia en el país (...) los peores años de violencia criminal, incluso social, se dan en estos primeros años de la década de los 90's (...) con una serie de variables (...) que tienen (...) que ver con el contexto y (...) con la posibilidad que existía a nivel constitucional (...) de poder ejercer dicha violencia, estamos hablando de instituciones que se están formando, de cuerpos de seguridad que prácticamente han sido desmantelados para construir otros, la Policía Nacional, la Policía de Hacienda, la Guardia Nacional, desmantelada y, venía gestándose otro tipo de cuerpo policial, que en teoría vendría a manejarse desde una perspectiva más civil y que iba a venir siendo conformado por miembros del alto ejército como el de la guerrilla, lo que fue la PNC (...) una Institución producto de los acuerdos de paz y que por lo tanto debía prácticamente construirse de cero, una ausencia de institucionalidad.

Es claro que tales contextos descritos a nivel político, social, económico y cultural en El Salvador, no han sido nada alentadores, por lo tanto, han favorecido o facilitado, la configuración y la exacerbación de esas violencias sociales (Cuéllar, 2001; Moser y Winter, 2002), cuyos contenidos o aspectos más relevantes están relacionados a la violencia criminal, es decir, al narcotráfico; al asunto de las armas ilegales; las extorsiones y, a las ejecuciones extrajudiciales; como las más llamativas y relevantes, incluyendo el contenido simbólico, es decir, a la representación y a los imaginarios, en lo que

⁶⁶ Entrevista realiza en El Salvador, en las instalaciones de la UCA-IUDOP, 20 de noviembre de 2008.

atañe a la puesta en escena / a su dramatización en el espacio público; vía la crueldad, la barbarie, lo burdo y lo absurdo (Balandier, 1994; Cohen, 1979).

Es quizás el crimen organizado, uno de los poderes (reales / simbólicos) que más le disputa la legitimidad al Estado y, a sus instituciones, ya que su capacidad económica y de letalidad, son muy fuertes, por lo que fácilmente corrompen, por lo regular, a los cuerpos de seguridad del Estado y, a algunos integrantes del poder judicial. Asimismo, son también los que más abonan o contribuyen al *mercado de las violencias y de las muertes*, cuya característica central es lo sanguinario y la saña con la que se conducen como una manera simbólica de mostrar su poder (Cohen, 1979) y de intimidar a los rivales en la disputa de los mercados, como por ejemplo, cuando desmembran los cuerpos de integrantes de los carteles contrarios. Son estructuras muy jerárquicas que actúan desde una lógica empresarial, es decir, de ganancia y, en la que el dinero es el principal motor de sus acciones y, por lo tanto, es el que regula o delinea las sanciones que hay que aplicar tanto al interior del cartel como hacia afuera.

Por lo común, el crimen organizado, no sólo están implicados en el narcotráfico, la venta de armas ilegales, el robo de autos a gran escala, o el secuestro y el sicariato, sino que se han extendido a ámbitos de la industria de la construcción; al mercado del diseño de la moda; al manejo de materiales “tóxicos”, o de residuos contaminantes. Actualmente, una de sus características, son sus amplias redes a nivel transnacional, ya que controlan grandes extensiones de territorio y, en algunos casos, contribuyen a beneficiar socialmente a la población, o a la comunidad en la cual están asentados, por lo que suelen tener simpatía y protección de la gente.

Esto genera que ante la ausencia del Estado y de sus instituciones en procurar satisfactores materiales y simbólicos para la gente más necesitada, se vuelvan atractivos para determinados adolescentes y jóvenes que se sitúan en los márgenes de la exclusión social (Saraví, 2009), en tanto se construye el imaginario de que al ingresar al cartel o convertirse en narcotraficante, se tendrá una vida con mucho dinero, bastantes mujeres, todos los bienes materiales (casas / autos / joyas) y, ante todo, se logrará cierto status y prestigio social, lo cual conllevaría el ser respetados por “*el otro*” y, la sociedad,

aspecto central, por ejemplo, para las adscripciones identitarias de la MS-13 y de los *homies* del B-18.

7.1.1 Los insumos de las violencias

Otro de los ingredientes importantes que contribuyen al *mercado de las violencias y de las muertes*, es lo relacionado a las armas ilegales que posee la gente, producto de las redes del mercado negro, en el cual están implicados, miembros del ejército, de las policías nacionales, de los cuerpos de élite y los para policías; quienes son los que venden y distribuyen a los demás actores en el ejercicio de las violencias. Además, se sabe que como una herencia del conflicto armado del 82 / 92, quedaron prácticamente bastantes arsenales que en su momento no se controlaron o confiscaron y que andan circulando entre la población. Aunado a lo anterior, en El Salvador, existe una legislación bastante permisiva para obtener y poseer casi cualquier tipo de armamento lo cual conlleva a decir que es un país que está literalmente armado.

En este entramado sociocultural, es interesante resaltar que en las narrativas que se han construido desde el Estado y las instancias que tienen que ver con la procuración de seguridad ciudadana, vehiculizadas a través de los *mass media*, han instalado un clima de inseguridad, de vulnerabilidad y de miedo social excesivo que lleva a justificar la necesidad de protegerse ante la amenaza, -en una parte real-, de todos aquellos actores que están ejerciendo las violencias (Rosenberg, 2004). De ahí que ha crecido el negocio de las armerías y de la privatización de la seguridad pública con ciertas dosis de perversión social, ya que algunos de los principales inversionistas han sido los responsables de dirigir los ministerios de seguridad, e incluso, varios políticos que han promovido los planes de represión contra la MS-13 y la *pandilla* del B-18, son amantes de las armas / de sus establecimientos y, por consiguiente, de las redituables ganancias.

Dentro de las emergentes modalidades en el campo de la inseguridad ciudadana / pública, que inciden en el incremento de las violencias sociales (Sosa, 2004) y, en las que están actuando una gran diversidad de actores, se encuentran las relacionadas con las *extorsiones*, aunque hay una insistencia en los discursos mediáticos y del Estado, de responsabilizar exclusivamente a la

MS-13 y, a los *homies* del B-18, de esta situación, argumento por demás frágil e insostenible.

La lógica de las *extorsiones* corre en varios sentidos, *por una parte*, a través de ello, se trata de brindar seguridad y protección social, -situación que el Estado, no puede hacerlo más- y, principalmente se otorga, a determinados agentes económicos; a pequeños empresarios, a los de las líneas de autobuses y a comerciantes, que a cambio de ser obligados a dar una determinada cantidad de dinero, son protegidos en sus bienes y en sus servicios y, *por la otra*; va relacionada con permitir a ciertos actores, la realización de una serie de actividades ilegales como bien podría ser la venta de drogas, sin que sean molestados, o sin poner en riesgo el negocio.

Hay una determinada relación entre las *extorsiones* y lo que se conoce como la renta, es decir, “*el rentear*”, que es una modalidad de la extorsión. Pedir la renta ha sido una práctica muy común desde la época de la guerrilla quienes cobraban un “*impuesto de guerra*”, o el derecho de peaje, de circular o pasar por el territorio controlado por ellos; en la MS-13 y en la *pandilla* del B-18, se realiza como una actividad para proveerse de ingresos, una manera de sobrevivir, máxime por la dificultad de obtener un empleo formal y por los altísimos niveles de discriminación y de represión que los integrantes de estos agrupamientos están sufriendo y padeciendo.

Dentro de las evidencias del desquebrajamiento y la debilidad del Estado, en cuanto a su irrenunciable función de garantizar la seguridad de sus ciudadanos y, como una emergente modalidad, en la lógica del *mercado de las violencias y de la muerte*, están los eventos de las ejecuciones extrajudiciales. En los últimos años, tal vez cinco, se han registrado estas prácticas de una forma alarmante, como una especie de limpieza social y de exterminio, dirigidos en términos generales, contra la población civil, aunque muy focalizados hacía las adscripciones identitarias de la MS-13 y de los *homies* del Barrio-18. Se sabe,-en tanto se ha documentado-, que están actuando algunos escuadrones de la muerte, así como agrupamientos de para policías, para militares y ex militares que son, por lo regular, contratados por ciertos sectores de los empresarios, e incluso, de la propia sociedad o comunidad, para

deshacerse de ellos. Basta tan sólo revisar la siguiente nota periodística de reciente aparición.

La autodenominada Calle Negra amenaza en Internet con linchar o decapitar a pandilleros.

Posible aparición en El Salvador de grupos de exterminio o “limpieza social”. Sospechan de organizaciones que intentan cubrir la debilidad del Estado en el combate al crimen.

(Periódico *La Jornada*, 10 de febrero de 2010, México DF.)

La manera en que se está aniquilando y matando, recuerda en mucho, a los grupos de contrainsurgencia que operaban en El Salvador, en la época del conflicto armado entre el ejército y la guerrilla, como por ejemplo, los temibles *kaibiles*, fuerzas de élite entrenadas en la Escuela de las Américas por el ejército de los Estados Unidos de América, quienes abrían los vientres de las mujeres e incendiaban las aldeas bajo la consigna “*de tierra arrasada o quemada*”, a fin de contrarrestar la base social y comunitaria de la insurgencia.

Estos agrupamientos, profesionales de la muerte ((Tilly, 2003), se caracterizan por los altos niveles de crueldad y de barbarie con la que asesinan, es decir, no interesa tanto matar al otro, sino la forma en la que se hace, lo que conlleva un valor simbólico, por lo que representaría, o por el tipo de mensaje que se estaría enviando tanto a la sociedad en general, como al sector, o al agrupamiento en particular, objeto de exterminio: desmembramientos, decapitaciones, tiros de gracia, cuerpos atados con signos de tortura y otras modalidades similares.

Jeannette Aguilar,⁶⁷ a la pregunta de las configuraciones y de los entramados de las situaciones de violencia en la que se encuentra El Salvador, bosqueja el siguiente panorama, por cierto, nada alentador:

(...) en términos generales, en el último quinquenio se han agudizado las diferentes expresiones de violencia en El Salvador (...) como la violencia social a las maras y pandillas y, me parece (...) que hay un incremento en la violencia de género (...) la violencia (...) intrafamiliar, el maltrato infantil y los casos de violencia sexual se han agudizado. En los últimos años, el país además vive un escenario bastante complejo de violencia armada, organizada, lo que ha permitido que se incremente la percepción de inseguridad pero también que aparezcan otras expresiones delictivas que no teníamos (...) grupos organizados que están iniciando el control territorial que ejercen violencia y criminalidad

⁶⁷ Entrevista citada.

en diferentes lugares, ha generado que (...) se afecte mucho más la legitimidad del Estado, en cuanto a su capacidad para garantizar la seguridad ciudadana; de hecho, en los últimos dos años estos han llegado a tener un control paralelo (...) bandas, grupos armados (...) que extorsionan a sectores de la sociedad, denota justamente esta complejidad de la violencia criminal, los índices (...) de homicidios sobre todo de delitos más graves se han incrementado en los últimos años, las lesiones, los robos a mano armada, en el caso concreto de los homicidios, en los últimos años hemos incrementado, si nos ubicamos respecto al 2002, en cerca de un 50% de los homicidios, después de tener una tasa de treinta y dos homicidios por cada cien mil habitantes, año previo a la implementación de las políticas mano dura, tres años después, el país se encuentra ubicado a la cabeza de Latinoamérica con tasas 65%, 68% de homicidios. Asociado a esto, está también el tema de las armas, ocho de cada diez homicidios son cometidos con armas de fuego en el país (...) Por otra, esas nuevas expresiones de violencia que no teníamos hace algunos años, como el tema de las extorsiones, o de las ejecuciones extrajudiciales y (...), en el tema de extorsiones, estuvimos monitoreando (...) algunos indicadores que tenían que ver con que usted o un miembro de su familia, tiene conocimiento que ha sido extorsionado y las tasas andaban, por un porcentaje similar, un veinte por ciento, lo cual es altísimo. Y eso permite, a la luz del manejo oficial que se ha hecho de la inseguridad, contrastar desde la realidad de la gente, ha habido una estrategia para manipular, ocultar las cifras (...) eso de alguna manera te permite también, ir mostrando que la situación no ha mejorado. En el tema, de las ejecuciones extrajudiciales, preguntábamos a la gente, si creían que habían grupos de limpieza social y era altísimo el porcentaje (...) alrededor del 70% decían que sí y, en el tema de las extorsiones, preguntamos también si creían que además de los pandilleros habían más actores involucrados en este tema y 50%, la gente opinaba que había otros.

7.2 La construcción de narrativas mediáticas: los culpables y el enemigo.

En términos generales, los *mass media*, se han convertido en un poder fáctico muy poderoso, capaces de reeditar los sucesos diarios y delinear las relaciones sociales, en función de sus intereses políticos y económicos. Descontextualizan y desinforman sin ningún pudor, ni ética profesional, e influyen de forma relevante en la opinión pública y en los estados de ánimos colectivos, es decir, edifican y arman climas y ambientes extralimitados de la inseguridad pública, del temor y de los miedos sociales (Rosenberg, 2004; Paz, 2001), colocando en el centro de las responsabilidades a determinados sujetos desde la vertiente de considerarlos como los únicos actores implicados y, por consiguiente, construyen en torno a ellos, la imagen del enemigo y, de ser una

amenaza para la seguridad, no sólo a nivel nacional, sino también en lo internacional.

Si hacemos un anclaje en el tiempo social e histórico reciente, los sujetos y los actores más visibles, a los cuales se les han depositado las responsabilidades de todo tipo de problemáticas sociales, como por ejemplo, la inseguridad ciudadana, las violencias, las muertes y, los actos de crueldad / barbarie, e incluso, acusados de ser terroristas, aparecen: entre otros tantos: los indígenas, los campesinos, los disidentes políticos, los comunistas, los guerrilleros, los migrantes, los deportados, los jóvenes y los miembros de la MS-13 y del B-18.

A nivel global y, en lo particular, en el caso de El Salvador, las figuras que últimamente han acaparado la atención mediática han sido precisamente tanto los migrantes, por lo regular en su versión de deportados, como los integrantes de la MS-13 y *los homies* del Barrio-18, quienes comparten la cualidad de haberse convertido en sujetos o agrupamientos (juveniles) transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006) y desde los discursos o narrativas hegemónicas instrumentadas desde el Estado y sus instituciones, son los que supuestamente amenazan la paz social y al nuevo orden mundial.

Veamos la siguiente nota periodística:

Redada de Pandilleros en “operación” transnacional
Redadas simultáneas de “maras” hacen en Centro América y EE.UU
alrededor de 20 pandilleros fueron capturados durante una serie de
allanamientos denominados “operación transnacional” realizados por
fuerzas policiales en diez zonas conflictivas capitalinas.
(Tegucigalpa, Honduras, La Tribuna, 8 de septiembre de 2005)

Lo interesante es que los procesos migratorios, son uno de los analizadores sociales y culturales que han estado presente en la historia de El Salvador, como en los de cualquier otro país, aunque con sus matices y sus tesituras particulares: se conoce que desde la década de los años 20s y 30s, quienes hacían el circuito migratorio era la clase alta; para la década de los 50s y de los 60s, la configuración cambia y es la clase media quienes se van de trabajadores, por lo regular, a las fábricas en los Estados Unidos de América y, algunos logran quedarse allá; a finales de los años 70s y los 80s, dada la situación de guerra, básicamente son niños, jóvenes y familias, quienes salen

del país como sujetos políticos; y en los 90s / 2000; se infiere que por los altos niveles de violencia social, la migración es abierta y masiva.

Detengámonos un poco a partir del año de 1992 y, después de la firma de los acuerdos de paz y, situemos las narrativas / los discursos mediáticos que se están construyendo con respecto a éstos nuevos sujetos. Más o menos para el año de 1995, emerge un nuevo actor (que define lo salvadoreño); los pandilleros a quienes se les liga con las deportaciones masivas que el Gobierno Norteamericano empieza a realizar, es decir, en el imaginario, hablar de migrante / deportado, es sinónimo de *pandillero* con la carga negativa y el estigma a costas “*identidades deterioradas*” (Goffman, 1993) y, por lo tanto, el responsable en el incremento de las violencias sociales y de la situación problemática que se vive en el país.

La migración y la deportación son variantes / diversas, es decir, se migra y se es deportado desde distintos lugares sociales o adscripciones identitarias; aunque la *pandilla* y la *mara*, se han hecho, poco a poco, transnacionales, no todos los deportados pertenecen a estas afiliaciones; pueden ser simples migrantes que por algún motivo han sido regresados a sus países de origen, ejemplo, por haber cometido algún delito en el país de llegada, o por ser detectado como sujeto ilegal, -sin documentos-; e incluso, aunque se sea de la MS-13, o de la *pandilla* del B-18, el retorno no siempre es a través de ésta redes grupales, lo cual implica que también es una oportunidad de descentrarse o de construirse otro lugar social como *pandillero*, o como *mara* “*pasivo o calmado*” (alejado de las violencias y del consumo de sustancias ilegales), aunque conservando la respectiva adscripción identitaria.

A partir de las políticas de represión que lleva el Estado Salvadoreño, cuya fecha paradigmática se sitúa en el año de 2003, las narrativas hegemónicas que construyen a los nuevos enemigos y culpables de las situaciones de las violencias sociales recaen claramente en la relación entre la condición de ser migrantes, deportados y pandilleros como sinónimos de delincuentes o criminales.

En definitiva, se ha edificado mediáticamente, un discurso oral y visual, en torno a un novedoso y espectacular enemigo, que a su vez ha alimentado la configuración de un imaginario social y de una opinión pública muy

desfavorable y negativa en torno a *las maras* y a *las pandillas*, atribuyéndoles la principal responsabilidad en los climas de inseguridad y en los sucesos, o en los eventos de violencia y de muerte, e incluso, han sido nombrados como crimen organizado (narcotraficantes), mafia, terroristas y poseídos por el demonio.

Esto ha contribuido a reproducir las narrativas o los discursos oficiales de criminalizar a la figura social, o condición identitaria de los jóvenes pandilleros, precisamente en el período en que se instrumentaron los Planes de Mano Dura. A decir de Aguilar y Carranza (2008:3): “(...) *la alarma por la criminalidad asociada a las pandillas ha propiciado que estos grupos sean vistos como el principal foco de inseguridad e incluso como una de las amenazas a la seguridad hemisférica, lo que ha justificado la adopción de iniciativas regionales para contrarrestarlas*”.

Amparo Marroquín,⁶⁸ una de las colegas especialistas en los temas de migración y de pandillas, perteneciente a la UCA, e investigadora adscrita al área de comunicación, nos hace, en extenso, el siguiente planteamiento:

(...) después de la firma de los acuerdos de paz en el 92, empiezan a surgir en todas las notas un nuevo actor político (...) las pandillas. Y hablo de actor político en el sentido de que desde las notas de 1995 uno puede empezar a ver como se está construyendo ese otro, que antes fue el guerrillero (...) el comunista, el indígena (...) uno se encuentra con que Estados Unidos está empezando a deportar a mucha más gente a partir de los años 90, en el 98 más (...) entonces, hay todo un discurso (...) que el problema es el deportado (...) hay declaraciones tan locas como decir, El Salvador tendría que quitarle la nacionalidad a toda esa gente.

Alfredo: Muy fuerte esa declaración.

(...) empiezas a entender a partir de ahí que la mano dura no nace en el 2004 (...) fue toda una preparación previa (...) lo que hago es hacer un estudio de los periódicos, de la prensa escrita ¿Cómo la prensa escrita trabajaba el tema de las migraciones? y rastreo periódicos que van desde 1985 hasta 2004. (...) tengo al final un cuerpo de seiscientas noticias (...) agarrando tres meses al año, cada cinco años, 85, 90, 95, 2000, 2004 y empiezo a descubrir varias cosas (...) cómo los discursos sobre la migración se transforman antes de la guerra y, después de la guerra (...) los periódicos del Salvador (...) la Prensa Gráfica, el Mundo y El Colectivo, están de acuerdo en decir, “mira, huimos de la guerra” (...) no hay (...) mayor mención por ejemplo en el tema de pandillas (...) el sujeto salvadoreño es el compatriota, un compatriota asilado político.

⁶⁸ Entrevista realizada en El Salvador, en las instalaciones de la UCA, 12 de noviembre de 2008.

7.3 El Estado: sus discursos de represión y narrativas *antipandillas*.

El año de 2003, es paradigmático para Centroamérica y en especial para El Salvador, ya que la respuesta del Estado y de sus instituciones con respecto al asunto de la seguridad ciudadana e inseguridad pública, las violencias sociales y el tratamiento que decidieron darle a las adscripciones identitarias de la MS-13 y, a los *homies* del B-18, fue y es, desde una perspectiva de política de cero tolerancia, lo cual se tradujo en la implementación de las conocidas, desprestigiadas, fracasadas y contraproducentes, Leyes de Mano Dura y de sus múltiples versiones articuladas a una serie de artificios jurídicos que tuvieron (o, tienen), la finalidad de ser abiertamente toda una cruzada antipandillas, lo cual en el transcurso del tiempo de su aplicación, minó la legitimidad del Estado y las instancias involucradas e, incrementó de una manera preocupante, los ambientes, las atmósferas (Maffesoli, 1990) y los climas de las violencias sociales que de por sí ya eran muy difíciles.

Periódico, El Universal, México, 13 de febrero de 2004.

ICELA LAGUNAS

Endureció El Salvador leyes contra jóvenes para combatir a Maras.

(...) Con ella se castiga de dos a cinco años de prisión a todo sujeto que integre una mara o que amedrente de cualquier manera a las personas.

Estas políticas y, sus estrategias, en términos amplios, criminalizaron la condición social juvenil, en lo particular, sobre aquellos chicos que viven en las colonias populares y en las zonas con altos niveles de desigualdad y de exclusión social (Saraví, 2004, 2009); al mismo tiempo, se estigmatiza el diseño de las estéticas corporales y todas aquellas fachas o estilos que se acerquen o se asemejen a la imagen de pertenecer identitariamente, o estar afiliados, a la MS-13, o al B-18.⁶⁹ Por consiguiente, se desató toda una persecución y “*cacería de brujas*”, contra estas adscripciones grupales, violando constantemente el orden constitucional y los más elementales Derechos Humanos de éstos jóvenes. Al respecto, se conocen y se tienen

⁶⁹ “*La Mona Jiménez*” (Carlos Jiménez), de Córdoba, Argentina; uno de los principales impulsores de la música “*villera*”, conocida como el “*cuarteto*”, dirigida a los jóvenes de las *villas* de pobreza y de miseria, tiene una canción denominada: “*Por portación de rostro*”, en la cual describe la discriminación que sufre un joven por su condición de clase y por su apariencia física (moreno / cholo), a manos de la policía.

documentados los sistemáticos abusos de poder que se cometieron, las golpizas brutales propinadas a los detenidos, las desapariciones forzadas y, en algunos casos, hasta se llevaron a cabo ejecuciones extrajudiciales, es decir, aniquilamientos y asesinatos, contra la condición juvenil y miembros de la mara y del B-18.

Elin Rannum,⁷⁰ una de las investigadoras de la UCA-IUDOP, quién más ha trabajado el asunto de las violencias y de las pandillas, en la zona conocida como el Triángulo del Norte Centroamericano (TNC); con respecto a El Salvador, afirma lo siguiente:

(...) hace unos años atrás aquí en el Salvador básicamente 2003 (...) que empezaron más la “política de la mano dura”, “programas anti-pandillas” que están basadas en la cero tolerancia que prácticamente (...) iban jalado jóvenes con pinta de pandilleros (...) estoy segura que muchos de los que fueron detenidos no estaban directamente involucrados con la pandillas, tal vez estaban en comunidades donde sí había presencia de las pandillas, pero muchos de ellos (...) no habían formalizado (...) su ingreso con las pandillas, algunos sí eran pandilleros, otros eran quizás afines, simpatizantes y otros eran básicamente jóvenes de zonas marginadas urbanas, entonces era como una detención masiva de ellos y obviamente (...) eso genera algún tipo de respuesta de los grupos (...) en el momento que se empieza un ataque bastante masivo (...) es normal que alguno empiecen a responder (...) el más grave error cuando se empezó a combatir el fenómeno de las pandillas era que se presentó como el gran problema de la violencia, entonces ¿que era el problema de la violencia? los principales responsables eran las pandillas, entonces casi todos los recursos en ese ámbito fue (...) dirigidos a las pandillas y la misma población también tenía esa sensación porque todos los días los medios de comunicación te bombardean y entonces la atención del Estado, de la sociedad en general, eran dirigidos a las pandillas y, otros sectores que siempre habían cometido ilícitos y querían seguir cometiéndolos, sin recibir mucha atención de nadie, incluso creo que tenían (...) más espacio para justificarse y hacer sus actividades.

Por extensión y amplitud, este tipo de represión, también ha sido dirigida a la base social y a la comunidad de apoyo en donde se asientan y viven estas adscripciones identitarias juveniles, lo cual hace pensar que están inspiradas en las estrategias de contrainsurgencia, o de la denominada y conocida guerra de baja intensidad que se implementaron en El Salvador en la década de los

⁷⁰ Entrevista realizada en dos momentos, el 22 y el 24 de octubre de 2008, en El Salvador, en un restaurante. Cabe aclarar que actualmente, 2010, Elin Rannum, no trabaja más para el IUDOP.

80s, en el conflicto armado entre el Estado y la guerrilla. Dicha estrategia consiste en arremeter contra los familiares, amenazar a los conocidos, e intimidar a los amigos, creando todo un clima de angustia, de miedo y de zozobra, con la finalidad de ir rompiendo, poco a poco, la confianza y los lazos de solidaridad al interior del barrio o de la comunidad y debilitar el tejido social, con la esperanza de que a lo largo del tiempo, a sus propios hijos y vecinos, los denuncien o sean entregados a las autoridades, para levantarles algunos cargos criminales y por consiguiente, encerrarlos (privarlos de la libertad), o simplemente desaparecerlos.

La forma en que por lo regular actuaban / actúan, es a partir de diseñar toda una escenografía y, puesta en escena, a través de los operativos policíacos, lo más espectacular posible: camionetas y carros de policía desplazándose vertiginosamente; fuerzas de élite encapuchados y fuertemente armados; personal de seguridad con radio comunicadores, escudos y herramientas para derrumbar puertas; helicópteros sobrevolando la zona y acompañados por los infaltables reporteros de periódicos / canales de televisión, con sus cámaras de video, aparatos fotográficos, micrófonos al aire y grabadoras, para transmitir en tiempo real, a la audiencia ávida de noticias y adicta / consumidora de los *Reality Show* que abonan de insumos a la parnafernalía del festival y del carnaval del *mercado de las violencias y de la muerte*.

El Salvador: “la violencia es nuestra compañera de vida”

Raúl Gutiérrez entrevista a PUPPET, líder de la pandilla 18.

SAN SALVADOR, sep. / 2008 (IPS)- Dice que ha leído la Biblia tres veces y que los pandilleros son, “además de victimarios, víctimas del sistema de violencia” de El Salvador. Es uno de los jefes naturales de la Pandilla 18, entrevistado en exclusiva por IPS.

Las imágenes que ocupaban planas en los periódicos y las escenas que se transmitían y se multiplicaban en los televisores (incluyendo los propios relatos de la gente de la comunidad), tenían por lo regular el siguiente guión, (o, línea editorial); grabación del trayecto y explicación por el encargado del operativo de lo que se iba a hacer y la forma de llevarlo a cabo; arribo de manera precipitada al barrio y la arremetida intempestiva de las fuerzas del orden, rompiendo las ventanas y las puertas de las casas del lugar; entrada al

hogar, violentado con lámparas y armas de alto poder, listas para ser disparadas -sin órdenes de cateo-; gritos, empujones y golpes para detener a cuanto joven sospechoso de ser de la MS-13, o del B-18, -sin órdenes de arresto-; sacarlos de sus casas, arrastrarlos y ponerlos con los brazos en alto sobre las paredes, o muros de las calles, junto con los maltratos correspondientes, -puntapiés, costillas y narices rotas-; y enseguida, ser subidos a las camionetas y a los autos para emprender la retirada, rechinando llantas y a gran velocidad.

Jeannete Aguilar,⁷¹ es muy enfática cuando afirma con respecto a esta manera de proceder del Estado y de sus cuerpos de seguridad:

(...) esta fue una (...) expresión de los niveles también de descomposición al que está llegando el gobierno, en concreto la policía, en relación a la política de persecución de estos grupos, se están saliendo del marco legal establecido (...) muchas de las medidas para su combate, para su persecución, son extralegales y esto, demuestra (...) la desnaturalización de las políticas y de las instituciones de seguridad (...) viene a confirmar, lo que nosotros ya sabíamos (...) el grave acoso, la persecución selectiva, la disposición de una serie de mecanismos institucionales (...) para ejecutar acciones ilegales en contra de estos grupos (...) las amenazas, los robos, las extorsiones de que están siendo objetos, ya no solo ellos, sino sus familias, su comunidad, sus amigos y, esto también tiene que ver con esa lógica (...) contra insurgente (...) es como quitarle el agua al pez (...) ya no sólo los combato, los encierro, los amenazo, sino también a la base social que sostiene a estos grupos (...) voy a contenerlos, esa misma lógica perversa, la lógica (...) de exterminar al enemigo, ya no solo combatiéndolo a él, sino también al entorno.

Las políticas de Mano Dura (junto con sus posteriores versiones: Súper Mano Dura y Mano de Hierro), han servido también para fichar y levantar un importante banco de datos de los principales líderes -*palabrer*os- y, miembros de la MS-13 y del B-18; información valiosa que ha sido usada por las instancias de inteligencia y de seguridad nacional de El Salvador, las cuales se han entregado tanto a las policías nacionales de Honduras y Guatemala, como a las agencias de la D.E.A y a la oficina del FBI, norteamericanas, dado los compromisos contraídos entre todas éstas naciones por los acuerdos

⁷¹ Entrevista citada.

internacionales firmados bajo la lógica de la ayuda y de la cooperación anticrimen y la arremetida contra las *pandillas trasnacionales*.

Las maras imponen su ley

Las pandillas extienden su acción en Centroamérica y México, pese a las medidas adoptadas por los gobiernos para frenarlas.

San Salvador.- ***Las medidas para combatirlas han sido drásticas, pero la respuesta de los pandilleros también lo ha sido.***

Juan José Dalton. Periódico La Opinión, 16 de febrero de 2004.

Otra dimensión de análisis muy importante, ha sido la veta política de estas posturas intolerantes y represivas de la Mano Dura y de la fallida Ley Antimaras: ya que adquirieron alta rentabilidad en su tiempo y, en el espacio social, lo que se manifestó principalmente, en los años del 2003 y del 2004, para beneficio del partido en el poder de ese entonces, Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), de afiliación de la derecha ultraconservadora y clerical; en tanto les redituó importantes ganancias electorales que influyeron de manera determinante en las preferencias de la gente, situación que los llevó al poder en varios periodos presidenciales.⁷²

La estrategia se basó básicamente en construir un discurso y una narrativa en torno a la seguridad / la inseguridad ciudadana y, a las violencias sociales, que se les situó y se les colocó como los principales problemas del país, con un tono y un matiz exagerado y de sobresaturación discursiva, para provocar una alarma social generalizada (Paz, 2001; Rosenberg, 2004) y, cuyos únicos responsables o causantes de estas situaciones, seguían siendo los integrantes de la MS-13 y del B-18; por lo que tuvieron que hacer invisibles a los otros actores que participaban desde lugares y posiciones más protagónicas y determinantes en *el mercado de las violencias y de las muertes*. Para lograr lo anterior, los *mass media*, en particular las empresas televisas, a través de sus secciones o barras de noticias y de programas especiales, con todo y sus especialistas, jugaron un papel muy importante y trascendental, aunque los diarios o *los tabloides*, la prensa escrita, también participó de manera relevante en dicha tarea.

⁷² En las últimas elecciones, 2009, el partido de la derecha ARENA, pierde la presidencia, ante el candidato del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), Mauricio Funes, un destacado periodista de tendencia demócrata.

Recurramos de nueva cuenta a la colega María Santacruz,⁷³ quien hace la siguiente reflexión:

(...) el partido en el gobierno, Arena, en cuyo momento, (...) estaba a la cabeza del ejecutivo, el presidente Francisco Flores, comienza a experimentar una serie de desgaste interno como partido y a darse una demostración de cara a que al siguiente año, en marzo de 2004, se iban a cerrar las elecciones presidenciales, entonces básicamente hay que hacer algo, ¿qué es lo que se hace?, se implementa la política de mano dura en julio del 2003 y eso (...) le da prácticamente la vuelta al panorama de la violencia en El Salvador en general y (...) a sus expresiones entre las pandillas en particular y con los concomitantes efectos que esto produce en la transformación (...) de la interacción entre pandilla y su contexto más micro, más comunitario. Y estos cambios de mutación que sufre el fenómeno para reajustarse, o para sobrevivir (...) viene a ser contraproducente a nivel de la violencia, se comienzan a disparar nuevamente los índices, surgen una serie de actores y de estructuras de poder paralelos a la sociedad, resguardado por (...) la implementación de los planes de mano dura y súper mano dura, la ley antimaras que luego es declarada inconstitucional de forma tardía por parte de la corte suprema de justicia, debilita la institucionalidad en el país en tanto que (...) pone en pugna a los poderes ejecutivos con el judicial, incluso en el legislativo, se genera una casería de brujas (...) las personas son capturadas bajo un delito que es sumamente difícil de probar, como es la asociación ilícita. Se crea un caos (...) hasta el día de hoy (...) al menos la violencia que se da en los espacios públicos (...) uno de los grupos primariamente afectados y que afectan también a los demás, son las pandillas (...).

Esta sobresaturación del discurso oral y, escrito y, de las imágenes visuales, en la construcción de los responsables y de los causantes de la situación que estaba viviendo el país, -y todavía aún-; tuvo repercusiones serias y delicadas en el tejido y en las relaciones sociales, ya que el imaginario social y la opinión pública, marcó y estableció una distancia entre la MS-13 y los pandilleros del B-18, con la sociedad en general y, la comunidad en particular; asimismo, con los demás jóvenes o adscripciones identitarias y, lo más preocupante, -en algunos casos-, generó ciertas tensiones y conflictos que se retraducían en un amplio rechazo y declarado hostigamiento, incluso de la propia familia, contra algunos de sus miembros, por pertenecer a las MS-13, o al B-18.

⁷³ Entrevista citada.

Es interesante analizar a profundidad, a la prensa escrita, ya que revela la particular construcción de los discursos que se posicionaron desde un lugar hegemónico en relación a la mara y a los *homies* del B-18, destacando tres claras vertientes o vetas (Marroquín, 2008); *una narrativa* edificada en función del sujeto mara o pandillero: descripción estética, del estilo y de la facha identitaria; *otra narrativa* centrada en el verbo o en la acción que caracterizaba a estos sujetos: violentos, criminales, desalmados, crueles, delincuentes; y la *última narrativa*, anclada al sujeto deportado, -“*el marero*” y el pandillero-, como los causantes y los responsables, por sus circunstancias sociales y culturales, de los grandes males y de las problemáticas que aquejan al país.

Asimismo, el argumento o razonamiento que trata de explicar ¿Del porqué del incremento de las violencias? ¿O la causa por la cual se dan los alarmantes casos de las violencias sociales?, van encaminados, en tres vías; *la primera*: atribuida a la guerra urbana escenificada entre las *clicas* rivales más importantes (la MS-13 y el B-18); *la segunda*: aquella que va dirigida contra el propio barrio o la comunidad en la cual habita o se asienta la mara o la *pandilla*; *la tercera*: depositada afuera de las responsabilidades de los integrantes de estos agrupamientos, es decir, en los terrenos de lo supra terrenal (lo demoníaco).

En palabras de Amparo Marroquín:⁷⁴

(...) grandes narrativas (...) y, esto es ya justamente 2004 / 2005 (...) primero una donde, los medios de comunicación construyen al pandillero y es hombre, joven, está tatuado, rapado, ropa floja.

Alfredo: Acholado

Si, totalmente (...) se construye al sujeto, toda una estética donde el mismo modelo de las pandillas, de alguna manera transa con el medio, hace todo un performance sobre eso (...) una segunda narrativa (...) tiene que ver con el sujeto verbo, siempre son verbos relacionados con la violencia; asesinan, matan, violan, roban, yo hice el trabajo en los periódicos de Honduras, de Guatemala y de El Salvador (...) me encontré (...) que los medios de comunicación dan tres explicaciones de esta violencia; una (...) los jóvenes de pandillas ejercen violencia porque están en una guerra contra la pandilla contraria. Segunda explicación, los pandilleros ejercen violencia hacia la sociedad porque la sociedad no los obedece, porque no pagan la renta, un muchacho no se quería meter a la pandilla, entonces lo fueron a matar, crean toda esta sensación de que hay que obedecer a las pandillas (...) Y una tercera explicación (...)

⁷⁴ Entrevista citada.

tenía que ver con todo este tema de realizar ritos satánicos, se les mete el diablo que para mí era la explicación (...) más peligrosa en el sentido de que ahí tienes dos temas, por un lado, no les adjudicas a ellos la responsabilidad de la violencia que están ejerciendo (...) porque si se les metió el diablo que culpa tienen ellos y, por otro lado (...) incrementas la espiral del miedo que se está produciendo porque entonces en realidad no hay manera de controlarlo (...) en cualquier momento voy pasando, se les mete el diablo y, me van a matar (...)

Aunado a lo anterior, hay una construcción, circulación y consumo del miedo y del pánico social, -que en algunas circunstancias se convierte en terror- y, adquiere una presencia inusitada, es decir, a partir de sus diversas estrategias de producción, se va instalando en varias escenas de la vida cotidiana como una circunstancia contemporánea de la sociedad⁷⁵ salvadoreña; lo que configura matrices de sentimientos de incertidumbre / de fragilidad / de vulnerabilidad, en virtud de la condición social de vivir permanentemente con miedo.

Con respecto a mi propia experiencia del sentimiento del miedo, de “respirar” los climas de la inseguridad y de las atmósferas (Maffesoli, 1990) de las violencias de la muerte, escribí lo siguiente en mi diario de campo (NDC):

Miércoles / 5 / nov. 2008

Ahora estoy por tomar un bus a San Pedro Sula. Me llamó la atención que por seguridad, de Tegucigalpa Honduras, a San Pedro Sula; las medidas consisten: desde que entras a la estación, revisan para detectar armas y, al subir al camión igual, toman una fotografía digital, a cada uno de los pasajeros.

Ahora recuerdo que San Pedro Sula, es la provincia más violenta de Honduras; o sea que estoy en el circuito de andar en el país más violento de América Latina (El Salvador), a la ciudad más violenta de Honduras (San Pedro Sula).

Aunque he de decir que de El Salvador a Tegucigalpa Honduras, también hubo revisión de detector de metales, aunque no de una forma tan rigurosa y espectacular.

Llegué a San Pedro Sula y, me sentí extraño, ya que al salir de la estación no vi a Ernesto Bardales, aparece el miedo. Pregunté por cabinas telefónicas, las cuales estaban lejos y una chica hondureña radicada en Guatemala me ofreció su teléfono celular para llamarle.

⁷⁵ Quizás uno de los teóricos que ha estudiado el miedo como elemento constitutivo de las subjetividades en nuestras sociedades contemporáneas, definidas como “*sociedad moderna líquida*”, sea Zygmunt Bauman. Del autor se pueden consultar los siguientes textos, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós (2007) y *Vida líquida*, Paidós, (2006).

Conforme el tiempo pasaba, caminé por la central de autobuses y me tranquilizó ver a Ernesto.

Jueves 13 / Nov / 08

Estoy en la clínica de remover tatuajes (...) Ando en el barrio de mejicanos que es denso y de colonias populares.

El taxista me platica de la situación de violencia en Guatemala; un hermano de él fue ametrallado por no detenerse en las carreteras de allá; murió.

Los relatos cotidianos de las violencias influyen en mi estado de ánimo y vuelvo a sentir cierto miedo, fragilidad y riesgo; además de saturamiento.

Seguiré tomando las precauciones; máxime de que ahorita estoy en un barrio delicado aquí en el Salvador y viajaré a Guatemala el próximo lunes 17.

Miércoles 26/ Nov / 08.

Sigo en la ciudad de México, la verdad, me hizo muy bien regresar momentáneamente a mi país, me puso muy feliz y también el hecho de haber visto a mis hijas me ha dado tranquilidad (Hoy las llevé al Colegio).

Estar en mi tierra, me ha vuelto a dar seguridad como ciudadano, es decir, aunque en este momento nuestro país es demasiado violento e inseguro tanto por el narcotráfico como por la delincuencia (secuestros, asaltos); curiosamente no siento temor, ni miedo, como sí lo sentí en El Salvador, Honduras e incluso en Guatemala.

Los imaginarios y las representaciones que uno se hace de la inseguridad, son muy potentes, en mi caso, debido a que he estado sometido a los relatos diarios de situaciones de violencia (asaltos / asesinatos a los microbuseros), las entrevistas con la MS y la pandilla de la 18; aspectos que han penetrado mi cuerpo, los estados emocionales e influido en la forma en que circulo la ciudad, mis comportamientos sociales y en la vida cotidiana (tanto que me sigue doliendo el cuerpo, los brazos y la espalda).

En sí, el miedo se puede investir de varias cualidades; tiene densidad, se le respira, es intenso, impreciso / oblicuo y remite a las experiencias subjetivas (singulares), aunque construidas social y colectivamente. Su manifestación, por lo menos, tiene dos planos, o pliegues; *uno*, su componente fáctico, o su asidero en y, de lo real, por ejemplo, haber sido asaltado, o incluso, un familiar o conocido cercano; y *el otro*, su veta simbólica, la representación o el imaginario que se edifica a partir de esas realidades de inseguridad y de violencias como sucesos que sí pasan y que no necesariamente tienen que estar correlacionadas, es decir, se puede tener miedo y pánico social, sin haber sufrido o vivido siquiera en carne propia, una

situación, o un acto de violencia en igual o en mayor cuantía que alguien, o aquellos que sí han sido victimizados.

El miedo y, el pánico social, en términos de su economía y de su gestión, pueden paralizar o movilizar. ¡Eh ahí!, uno de sus valores y de sus diversos usos en el ámbito de lo político (las relaciones asimétricas de poder). Si paraliza, abona a facilitar el control social por parte del Estado y de sus instituciones, en el entendido de que al adquirir una cualidad de sobresaturación, favorece la apatía individual / desmoviliza a los movimientos sociales / a la protesta callejera y, desarticula la molestia y la irritación social. Si por el contrario, mueve y activa, quizás favorezca al sujeto a utilizar una serie de estrategias cotidianas, a nivel de lo individual, para disminuir los riesgos sociales (no caminar en lugares oscuros, no andar solo, o a altas horas de la noche), sin embargo, esto por sí mismo, no alcanza para trascender lo particular / lo privado, a fin de articularse / rearticularse, o devenir en algo agrupado, es decir, en una acción colectiva significativa y en los territorios de “politizar”, a la inseguridad ciudadana y a las violencias sociales.

Con respecto al miedo, -y al pánico social-, desde una aproximación de su particular dispositivo y, a sus repercusiones en la parte subjetiva de los actores sociales y, a las influencias en las acciones y, en las dinámicas colectivas, escuchemos de nueva cuenta, a María Santacruz,⁷⁶ decir:

(...) me parece que el miedo y la inseguridad es un valor que de alguna u otra forma se convierte como en la cocaína de nuestro tiempo, el miedo es lo que te mueve (...) te hace correr (...) te hace esconderte (...) te hace pensar (...) te hace desconfiar del otro (...) te hace ver (...) el miedo lo veía como (...) un catalizador (...) te obliga a hacer cosas y (...) a no hacer cosas y, en ese sentido, creo yo que es (...) sumamente fuerte de las dinámicas sociales a diferente nivel (...) hay cuestiones objetivas que llaman a tomar ciertas precauciones (...) hay como tres niveles (...) la sensación de inseguridad que vos podés sentir en algún momento determinado (...) y la victimización como tal y, no son necesariamente coherentes (...) la sensación de seguridad, no está directamente vinculada con el tema de la victimización directa, lo que pasa es que con la inseguridad, me parece que es una cuestión más difusa, menos aprehensible, no es miedo directo a algo, a un estímulo en específico, respecto a alguien o a algo, la inseguridad es una sensación que te atraviesa y que, en buena medida, afecta tanto (...) no estás claro a lo que le tienes miedo, pero entonces, cualquier cosa puede ser una

⁷⁶ Entrevista citada.

amenaza potencialmente dañina para vos (...) levantar defensas (...) físicas, como un muro de alambre, de púas (...) como defensas interpersonales y, eso se cristaliza entre otras muchas cosas en un progresivo deterioro del tejido social que a la vez va alimentando otra vez todo este círculo.

Es importante mencionar que según algunas estimaciones del IUDOP, del 2006-2007, el tema de seguridad ciudadana, e inseguridad pública, -como hipótesis, ante el fracaso de las políticas de represión y de las Leyes de Mano Dura-, ya no ocupan el primer lugar en las preocupaciones de la gente; ya que ha sido superado y desplazado por la crisis y por los problemas económicos que se están viviendo (ENJ, 2007). El impacto que estas políticas tuvieron en la sociedad en general y en lo particular en los vínculos intersubjetivos fueron muy desfavorables y contraproducentes, se tiene la certeza que generaron y que contribuyeron al aumento y a la complejización de las violencias sociales del país y, a agravar el clima de muerte; ya que los índices y las cifras de la inseguridad pública, en vez de disminuir, siguen en aumento: más aún, al parecer, la situación para el Estado y sus instituciones, ya los rebasó, se les ha desbordado y, sin capacidad de respuesta para contenerla o contrarrestarla.

Los efectos de estas medidas fueron muy dañinos, incluso para el propio Estado y sus instituciones, en varios sentidos o vertientes; *en primera instancia*, han sufrido un desgaste muy fuerte, de tal magnitud que han debilitado las áreas de procuración de justicia. Basta recordar la situación delicada que hubo de confrontación protagonizada entre el poder ejecutivo y el poder judicial, en especial, por la discusión y la no aprobación de la Ley Antimaras, la cual a todas luces era anticonstitucional; por lo que aquellos jueces y ministros que se opusieron, fueron catalogados como colaboradores y afines a la delincuencia, es decir, como supuestos y sospechosos protectores de los integrantes de la MS-13 y de los *homies* del B-18. *Por otra parte*, los cuerpos de seguridad del Estado, han sufrido una descomposición y un paulatino desdibujamiento muy preocupante, ya que han sido penetrados por la corrupción, en especial, por las poderosas estructuras del crimen organizado y de otros actores que se ubican en las lógicas de lo ilegal o de la para legalidad. Aspectos que los han colocado en una situación de deslegitimización total ante la población y, los demás actores sociales, a los que se supone deben de cuidar.

Ligado a lo anterior, se ha favorecido, el incremento de la impunidad y solapado la violación constante a los Derechos Humanos de la población salvadoreña en general y, en lo particular, con respecto a los agrupamientos de la MS-13 y del B-18, que han sido perseguidos y reprimidos, propiciando una desconfianza de la gente con respecto a aquellas instancias e instituciones que por ley son las que supuestamente tiene la función de protegerlos como ciudadanos en plenitud de sus derechos constitucionales.

Quizás una de las cuestiones más delicadas, haya sido que se fomentó la emergencia o el surgimiento de un sinnúmero de actores paralelos que están interpelando o amenazando seriamente, tanto a la sociedad civil (a la vivencia comunitaria) como a los sistemas de procuración de justicia, ya que abiertamente; le están disputando lo poco que le queda de legitimidad al Estado.

Esto ha llevado a que determinados sectores de la población estén tomando la justicia por su propia mano y contratando a actores en *el mercado de las violencias y de las muertes*, como lo es el *sicariato* (Salazar, 1998; Vallejo, 2002), para llevar a cabo ajustes de cuentas, o realizar una suerte de limpieza social contra todos aquellos sujetos *indeseables y desechables* (Martín- Barbero, 1998), que por lo regular, recaen en contra de la mara y de los *homies* del B-18.

Jeannette Aguilar,⁷⁷ afirma y sostiene:

(...) en el caso de las Instituciones de seguridad, también se ha reducido cada vez más la confianza (...) implementaron dispositivos judiciales masivos y terminaban solo deteniendo a dos de cincuenta, o a cinco de cien; eso generó ese sentimiento (...) de desprotección a la ciudadanía; y aunado a eso se ha incrementado la corrupción en la policía, que además está erosionada fuertemente también por grupos de poder en su interior (...) la politización y partidización de la policía, también ha contribuido fuertemente a este escenario de grave crisis de seguridad (...) se le ve como un instrumento al servicio del poder político, va minando todas sus capacidades (...) le va restando efectividad (...) se está (...) jugando a mostrar a la ciudadanía resultados para generar ratings electorales; entonces, hay toda una serie de factores políticos-institucionales (...) la manipulación que se ha hecho del tema de pandillas generó un importante (...) nivel de impunidad porque básicamente todo el dispositivo policial, al servicio de formarte una expresión de la seguridad o asociar la delincuencia a las pandillas,

⁷⁷ Entrevista citada.

perdiendo totalmente, otras expresiones (...) son las verdaderas amenazas de la seguridad, las mafias (...) bandas de narcotraficantes de distribuidores de drogas que operan en el país, todos los delitos de cuello blanco (...) el tema del tráfico de armas que aquí es muy fuerte (...) el último estudio del IUDOP (...) indicaba que había cerca de seiscientas mil armas en manos de civiles.

Alfredo: ¿Aquí?

(...) en El Salvador, en plena época de posguerra, de pacificación, somos el séptimo país importador de armas de fuego que vienen de Estados Unidos.

7.4 Las ejecuciones extrajudiciales: ¿exterminio identitario?

En tanto que el Estado no aparece en el ejercicio de sus funciones sociales más elementales, ni en la procuración de justicia, ni tampoco en garantizar la seguridad ciudadana, abona al surgimiento de una gran diversidad de actores que actualmente están llevando a cabo las violencias sociales y contribuyendo a los climas de muerte. Si pudiéramos construir una metáfora más del Estado, sería la de un poder agujereado por dentro, con fracturas en su interior y, con respecto a las violencias sociales; sería la del estalla miento, el rompimiento y, en relación a las muertes; tendríamos una escenografía de festival y de carnaval; aunado a que hay una especie de delirio en los diferentes rostros de esas violencias que en el presente se están mostrando y manifestando de una manera muy cruel y absurda.

Este delirio y festival esta caracterizado, a partir de las diferentes formas en que se está asesinando y aniquilando al otro: cuerpos inertes con señales evidentes de tortura; tirados o aventados en lotes baldíos / en campos despoblados, o en barrancas de difícil acceso; maniatados / atados / ojos vendados; en bolsas de plástico, -embolsados-; tiros de gracia, -en lo particular cuando se trata de sujetos jóvenes de la *mara* y de *la pandilla*-; decapitaciones, incluyendo a niños; desmembramientos de los cuerpos, -en aumento en relación a las mujeres (y, no sólo pandilleras)-; y ajusticiamientos tipo fusilamientos.

Estas distintas prácticas de matar, coincide en la mayoría de las ocasiones, reiteramos, con las viejas estrategias de la guerra abierta que se dio en la década de los años 80s, contra los disidentes políticos; mecanismos de la guerra de baja intensidad; de acciones encubiertas y de tipo contrainsurgencia. Por lo común, la historia oral cuenta y relata que proceden de la siguiente

manera: “*llegan autos de color verde, o grises, con cristales polarizados, sujetos encapuchados en su interior, se bajan, disparan / ametrallan, o suben a los jóvenes que encuentran, los desaparecen y después son asesinados por ahí*”.

No hay duda, estamos ante la presencia, no sólo de una gran variedad de actores, o de sujetos que realizan las violencias y las muertes, sino de ciertas estructuras de poder paralelas al Estado y sus instituciones, dirigidas tanto en contra de la población en general como en lo particular, hacia los integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13) y de los *homies* del Barrio 18 (B-18). Incluso, se tiene evidencia documentada -empírica- y, se ha probado, que han participado y, actuado, ciertas instancias o ámbitos que están incorporados o que son parte de los propios cuerpos de seguridad del Estado, o de cierta área en lo particular.

En este mercado de las violencias y de las muertes, se encuentran personajes como los sicarios, -asesinan a pedido-, (Salazar, 1988; Vallejo, 2002); algunos pandilleros o de la mara, -que regularmente lo hacen para hacerse de dinero-; ex policías, -contratados para llevar a cabo “un trabajito”-; policías en activo, -por lo regular corruptos-; miembros de cuerpos de seguridad, -implicados en negocios sucios-; el crimen organizado, -en su versión de narcotráfico-; e incluso participan miembros de la sociedad civil, del barrio o de la comunidad, -hartos de los altos niveles de inseguridad en los que viven y en los que están-.

Vale decir que una de las situaciones sociales que aún perduran, -quizás no con la misma intensidad que en años anteriores- y, en las que se ubican y son colocados, en condiciones cada vez más desfavorables, tanto la adscripción identitaria de la MS-13 y los *homies* del B-18; están marcadas por una creciente criminalización de la condición social y cultural de lo juvenil que se traduce en detenciones arbitrarias por parte de los cuerpos policíacos cuando están circulando la ciudad, o por el particular diseño de la estética corporal que se porta, o si se tiene alguna iconografía o un tatuaje en un lugar visible del cuerpo, lo cual conlleva que inmediatamente son detenidos todos aquellos “*bichos*” o muchachos con lujo de fuerza y de prepotencia.

Estos sucesos álgidos de las violencias ejercidas, que están sufriendo los integrantes / los afiliados de la MS-13 y del B-18, también adquieren la cualidad de las ejecuciones extrajudiciales / la actuación de los grupos de limpieza / de exterminio social; por lo que coloca a estas adscripciones identitarias en una situación muy delicada / de una vulnerabilidad social y cultural en aumento. Por ejemplo, las cifras y los datos en general, que se tienen al respecto, son muy estremecedores: en El Salvador, en el año del 2005, el Instituto de Medicina Legal, reporta 1,795 jóvenes, de edades comprendidas entre los 15-29 años, que fueron asesinados y que representa un 61.2%, de homicidios a escala nacional.

Elin Ranum⁷⁸ y María Santacruz,⁷⁹ respectivamente, nos hacen los siguientes relatos, que por su contenido, son muy elocuentes y duros:

Elin Ranum:

(...) aquí en El Salvador (...) hay como menos pruebas (...) es menos reconocido (...) en El Salvador por lo menos, recientemente, no ha habido (...) mucho reconocimiento (...) sí se sabe, en el caso de que aparecen cadáveres con signos de tortura; manos atadas (...) y muchos cuerpos (...) aparecen no en el lugar donde fueron asesinados, sino que son movidos sus cuerpos y, que eso existe, sí existe y en el Oriente del país, ya se han descubierto algunas estructuras con algunos elementos que la policía no ha pensado nunca que estaban involucrados pero que salieron en los periódicos, (...) yo creo que (...) el patrón es bastante similar aquí, en Guatemala y en Honduras, cada país tiene sus características, con sus debilidades, sus fortalezas particulares pero cada día hay un patrón básicamente de exterminio y eso sí creo que falta ver quiénes son los actores (...) por ejemplo, los agentes de la policía, e incluso, hay unos de sus dirigentes dentro de las instituciones públicas.

María Santacruz:

(...) estamos hablando quizás de estructuras de poder paralelo (...) estamos hablando de exterminios de personas (...) o de grupos (...) que ya sean o no miembros de pandillas, prestan sus servicios al crimen organizado (...) en buena medida contribuyen al incremento de la violencia. Bajo la sombrilla de las rencillas entre las pandillas (...) como es el hecho de la rivalidad a muerte de las 2 grandes pandillas en El Salvador (...) no es una rivalidad que dirimes con golpes, sino (...) matando al otro, se incrementa el número de estos jóvenes que al ser pandilleros son asesinados con evidentes muestras de brutalidad en el asesinato, o algunos que parecen asesinados con una modalidad que te remite a pensar más en los ajusticiamientos que como una muerte que

⁷⁸ Entrevista citada

⁷⁹ Entrevista citada.

sea producto de una rencilla o de una balacera entre dos grupos de pandillas contrarias, sino más bien (...) jóvenes asesinados con tiros en la cabeza, con las manos en la espalda (...) a lo que eso te remite (...) muchos grupos de exterminio, entre los que se encuentran tanto (...) sociedad civil, como incluso, algunos miembros de la policía que se valieron de estos espacios, de estos resquicios para asesinar a miembros de pandillas y (...) cuando se llega a la escena del crimen, adjudican (...) el móvil (...) a la rencilla entre pandillas y no van más allá de eso para generar una investigación o aclarar cuáles son las causas y los verdaderos responsables del delito.

El hecho fáctico de las violencias y de las muertes, en cuanto una situación real que está seriamente afectando a la vida cotidiana de la gente y deteriorando cada vez más el tejido social, tiene a su vez un componente simbólico, más que nada por la forma en que se está aniquilando a “los otros”, es decir, por lo que representa y se construye en el imaginario social y colectivo. Esta cualidad, o valor simbólico se entreteteje, a partir del aniquilamiento de ese contrario; se está tratando de “borrar” la identidad particular, del “otro u de los otros” y, al mismo tiempo, se envían una serie de mensajes implícitos (a nivel de lo latente), lo cual también conlleva determinadas dosis de crueldad, de las lógicas de lo burdo y de lo absurdo de esas violencias y de esas muertes.

En los territorios de lo simbólico, estas violencias y muertes, a mi entender, representan todo un despliegue para poner en evidencia el poder que se tiene (Cohen, 1979; Balandier, 1994), dirigido en particular hacia determinados sectores y grupos de la sociedad, es decir, son comunicados de intimidación, alertando a “los otros desde la lógica del contrario”, -ya sea por lo que son / o por la adscripción identitaria a la que pertenecen / o por el tipo de acciones que llevan a cabo- y, de lo que les puede pasar, o a lo que están expuestos. Al mismo tiempo, es un mensaje velado a la sociedad en lo general, a fin de recordarle que desde algún lugar, remite a la descomposición social en la que se está como comunidad salvadoreña y, en la cual, los que llevan a cabo las acciones de violencia y de muerte, son parte de ese entramado social.

La crueldad y la barbarie que se está viviendo en El Salvador, simplemente ha cambiado sus máscaras, aunque sigue siendo el mismo personaje, *la cultura de las violencias*, (Carazo, 2001; Ferrándiz y Feixa, 2004; Blair, 2005), es decir, ha mutado y, en el caso específico, la protagonizada

entre la MS-13 y los *homies* del B-18, antes se caracterizaba por ser un tanto artesanal y primitiva, es decir, enfrentamientos cuerpo a cuerpo, con armas blancas (punzocortantes), a pedradas, o con armas caseras muy rudimentarias, ahora es más calculada, planeada, racional, y, por lo tanto, gélida y fría, como la que llevan también a cabo los integrantes del crimen organizado, en particular, los narcotraficantes que no se andan con miramientos para desmembrar o descuartizar “*al otro*”, cualquiera que sea.

Marlon Carranza,⁸⁰ hace la siguiente reflexión, ante las siguientes preguntas:

Alfredo: Hay mucha crueldad, el Padre Toño, me ha contado casos así que son impresionantes, ¿Tú como lo ves? ¿Qué dices al respecto?

(...) yo no estoy seguro sí en el tema de la crueldad, se ha vuelto más cruel hoy en día, a mí modo de ver, a veces las ejecuciones que han habido, las muertes, son incluso más frías que antes, por ejemplo, hoy aparecen más (...) ejecuciones extrajudiciales (...) y aparecen (...) los jóvenes con tiros de gracias (...) amarrados, intentando recordar historias de pandilleros, hace años, eran ya bastante crueles, como no tenían armas cortas, a veces los asesinatos eran utilizando sus propias manos que es bastante cruel también (...) yo pienso que se siente menos probablemente asesinar a alguien a larga distancia, dos metros con una pistola, que tirándole o estrellándole una piedra en la cabeza (...) y era a veces lo que ocurría cuando no tenían armas letales (...) recuerdo perfectamente una narración de alguien que apuñalo con un destornillador a otro (...) son cosas como bastante tremendas (...) si creo que hay elementos más simbólicos, diferentes que antes, por ejemplo, el tema de decapitaciones que no estaba tan presente antes, siento que manda un mensaje diferente (...) estoy seguro que hay una evolución en eso, situaciones tan crueles antes como ahora, más bien ahora es como más frío, más racional, más calculador (...) al menos esa es mi impresión y donde sí creo que hay nuevos elementos simbólicos de la crueldad son en las decapitaciones, no estaban tan presente antes

Alfredo: ¿Y el desmembramiento del cuerpo?

El desmembramiento del cuerpo

Alfredo: ¿Está apareciendo, verdad?

Sí está apareciendo más que antes y sobre todo en el caso de las mujeres (...) algunas pandilleras, eso es un fenómeno más generalizado, de destrozar el cuerpo (...) obviamente muy fuerte, pero incluso eso para mí es más racional, lo que yo miro al principio es una crueldad irracional, en los primeros años (...) estrellar a alguien contra el suelo y masacrarlo, no lo piensas, simplemente el momento, en cambio esto, decapitar, desmembrar, es como más racional, más pensado, más frío, entonces y eso es probablemente lo que más asusta

⁸⁰ Entrevista citada.

7.4.1 El encierro -las cárceles-: ¿lo más allá de lo humano?

Debido a la criminalización de la condición juvenil en El Salvador y, a toda la ola de represión y de persecución que se está llevando a cabo, en contra de la MS-13 y del Barrio-18, al amparo de las políticas de cero tolerancia y de la aplicación de las Leyes de Mano Dura y, de sus múltiples versiones; las cárceles se saturaron y se fueron llenando, por lo regular, de miembros de estas adscripciones identitarias, situación que acrecentó la crisis carcelaria: se calcula que la capacidad de los centros penales oscila entre siete mil a ocho mil reclusos, actualmente albergan a poco más de veinte mil, de los cuales hay cerca de siete mil quinientos integrantes de la Mara Salvatrucha y de los *homies* del B-18, incluso hay cárceles que se han edificado casi exclusivamente para estos agrupamientos.

La condición de encierro (estar privado de la libertad); favoreció que éstos espacios de las cárceles y de los lugares de detención, se convirtieran y emergieran, como los nuevos sitios y los actuales territorios, tanto de dominio / de poder, como para la sociabilidad, de los miles de afiliados de ambas *cliclas* (juveniles).

Alfredo: ¿La pandilla está prácticamente encerrada?

Jeannette Aguilar:⁸¹ *Si, buena parte de sus líderes, están en la cárcel ahora y luego se preocuparon por modificar algunos artículos del código para asegurar que mucha gente quedara (...) detenida, o fuera enjuiciada (...) hay una serie de figuras que se crearon para (...) lograr la detención y eso generó un incremento de la población penitenciaria y ahora van en los veinte mil internos, una de las tasas más altas de Latinoamérica, con los niveles más altos de hacinamiento penitenciario, sin recursos (...) con una infraestructura penitenciaria obsoleta, que además (...) no tienen capacidad para albergar a tantos internos, no fue diseñada para eso (...) está en una condición de abandono terrible, (...) en general el sistema penitenciario se encuentra en una situación de grave crisis, pero en el caso de los penales de pandilleros, se encuentran todavía en mayor situación de abandono, de olvido, por parte del Estado, son los reclusorios menos atendidos, con menos recursos, prácticamente son bodegas humanas (...) no hay un proceso de reinserción social, hay poco esfuerzo para generar (...) procesos de (...) recuperación de los internos, no hay talleres, muchas veces son esfuerzos que vienen desde el director (...) en muchos lugares no tienen agua (...) no tienen catres, por ejemplo en el Caji de Hilo Vasco, un centro nuevo que se abrió para pandilleros, pasaron un año, se humedecían comiendo en la mano, porque no tenían platos, entonces*

⁸¹ Entrevista citada.

una situación totalmente deshumanizante que ellos están viviendo (...) hay traslados (...) masivos (...) sin prever las condiciones (...) Los traslados en muchos de los casos son totalmente arbitrarios (...) no hay una orden de un juez, los trasladan a veces en la noche (...) una situación (...) irregular pero además llega la UNO, la Unidad de Mantenimiento y del Orden, a sacarlos, en buses, los golpean, con lo que está a veces (...) solo en calzoncillos, no tienen tiempo de recoger sus cosas, a veces entran a hacer operativos, solo para robarles y golpearlos, me decía alguien de una organización que trabajaba en cárceles que ya no pudo trabajar, se cerraron los espacios también para las organizaciones que tenían trabajo en cárceles, que a veces ingresaban a destruirles todo, incluso los pocos centros de cómputo que las organizaciones con sus recursos han instalado.

Dada esta crisis de los centros penitenciarios, cabe mencionar que se hizo un intento de llevar a cabo una reforma penal en el año de 1996 que al final no funcionó, en parte por todas las contrarreformas que impidieron un avance significativo en la legislación que establecía, por ejemplo, los juicios orales, reconocer a los privados de libertad en la garantía de sus Derechos Humanos, o la realización de cursos y de talleres de capacitación para que los presos aprendieran un oficio. Esta situación enfrentó, por un lado, a los que impulsaban dicha reforma y, por la otra, a sus detractores y, lo más delicado fue la construcción de un discurso que prácticamente acusaba a los que pretendían llevar a cabo las reformas de estar a favor de la delincuencia organizada.

No exageraríamos en afirmar que se está ante una gravísima crisis carcelaria en El Salvador: hacinamiento; falta de agua y en algunos casos hasta contaminada; una muy mala comida; enfermedades de la piel y otras como el VIH-SIDA; maltratos a los reos e incluso a sus familiares; prácticas de tortura física (choques eléctricos) y mental (interrogatorios intimidatorios a altas horas de la noche, -“el criteriado”-); amotinamientos de los reos en protesta a sus condiciones infrahumanas de vida; masacres ante la complacencia de los guardias; traslados de un centro penal a otro de forma ilegal y arbitraria; y una total desatención de las autoridades con respecto al establecimiento de una estrategia de reinserción social que favorezca a los privados de libertad, una vez que cumplan su condena.

Estas condiciones en las que se encuentran los reclusos, se acrecientan y recrudecen, en los integrantes de la MS-13 y del Barrio 18, en tanto se les

recarga el estigma social (Goffman, 1993), que se traduce en lo particular, en maltrato, golpizas y tortura psicológica, el hecho de tener reclusos a una parte significativa de estas adscripciones identitarias, lejos de funcionar como una acción que haya inhibido los actos o las acciones en la que algunos de ellos están implicados en las lógicas de lo ilegal, ha reconfigurado las dinámicas internas de la mara y de la *pandilla*, desde distintos lugares, rostros y tésituras.

En las cárceles, la MS-13 y el B-18, ocupan espacios diferenciados, e incluso algunos centros de reclusión casi son exclusivos para uno u otro agrupamiento, lo cual ha contribuido a que al estar más juntos y agrupados, han adquirido mayor cohesión que se traduce en un fortalecimiento importante de la adscripción identitaria como tal y, al mismo tiempo, han desarrollado una serie de estrategias que les posibilitan llevar a cabo una vinculación o interrelación (redes sociales) entre el adentro de la cárcel / del encierro y, el afuera de la cárcel, la calle / el barrio.

Este complejo inter juego adquiere la cualidad y la plasticidad en cuanto a que el afuera de la vida cotidiana de la calle y del barrio, al mismo tiempo, se va construyendo y tejiendo, en el adentro del espacio carcelario y, en un tiempo y, en un espacio social colateral, aunque interrelacionado, la edificación de la cotidianidad del encierro y de la vida diaria que transcurre ahí, se va haciendo también a partir de las vicisitudes sociales y culturales de lo que está sucediendo en el afuera de la cárcel, en lo particular, en las comunidades.

En esta interconexión, del espacio y del tiempo social, del afuera y del adentro de las cárceles, la guerra y la batalla urbana escenificada en las calles y en los barrios (el afuera), se reproducen y se dramatizan en el adentro de los centros de reclusión, bajo la modalidad, por decir algo, de aplicar el ajuste de cuentas en contra de la *pandilla* contraria; situación que se replica hacia el afuera del encierro, por poner una situación, cuando hay que llevar a cabo la venganza (Evans-Pritchard), ésta se decide, en algunos casos, en el adentro de las cárceles para hacerla efectiva en el afuera de la calle, o del barrio y dirigida en específico hacia un miembro o integrante de la *clíca* rival.

Los sucesos y los acontecimientos de las masacres que se han dado en varios centros carcelarios, han sido muy graves, ya que se han asesinado masivamente a integrantes de la MS-13 y del B-18, dado los enfrentamientos

entre ellos como por las situaciones deliberadas que las autoridades han fomentado y que han tenido responsabilidad por omisión de sus funciones y deberes de resguardar la seguridad física y emocional de los que están privados de la libertad, aunque sean integrantes de la *mara* o de la *pandilla*.

Uno de los aspectos más preocupantes de la situación de crisis en la que se encuentra el sistema carcelario, es el hecho de que el Estado y sus instituciones, realmente no tienen políticas, programas y estrategias para la reinserción social de todos aquellos miembros de *la mara* y de *la pandilla* que han cumplido su pena y, por consiguiente, han recuperado su libertad, de tal suerte que ante la ausencia de opciones y de perspectivas de empleo / de educación / de construir un horizonte de presente, lo poco que les queda, -a la mayoría de ellos- y, lo conservan como un valor importante, es precisamente su adscripción identitaria como miembros de la MS-13, o del B-18; por lo que se vuelven a incorporar e insertar, lo cual conlleva seguir involucrados, probablemente, en las acciones y en las lógicas de la para legalidad.

Alfredo: También en algún momento mencionabas en relación a lo de las cárceles ¿Cómo está la situación de las cárceles de lo que tú conoces y has investigado?

Marlon Carranza:⁸² *Es terrible, terrible (...) yo creo que hoy las cárceles para los jóvenes en pandillas (...) son los campos de concentración, es la cámara de gas (...) han muerto muchísimos en las cárceles (...) en algunos casos se ha comprobado claramente que hay una participación de los cuerpos de seguridad (...) de los centros penitenciarios (...) las cárceles son campos de concentración (...) hay genocidios, han muerto cientos de personas en una misma noche (...) además de los que pueden morir cada semana, en algún estallido de violencia ya más particular y eso es bien grave (...) la crueldad, ahí pasa todo y como tampoco tienen armas especializadas (...) el tipo de armas dentro de las cárceles, ellos se las fabrican de pedazos de hierro de camas de algún resorte, de un cuchillo de la cocina que pueden robarse, (...) es como más sanguinario (...) cuando ocurre ese tipo de asesinatos entre ellos (...) son cuando los asesinatos son con armas de fuego es con la participación de los mismos agentes de seguridad de los centros penitenciarios pero cuando es entre ellos es más con armas blancas, incluso con sus propias manos, es terrible y luego empiezan a aparecer historias que uno no sabe en realidad si son ciertas o no; si decapitaron a algunos jóvenes y que la pandilla contraria se pusieron a jugar fútbol con las cabezas de unos (...) este tipo de historias uno nunca sabe que tan ciertas son, pero es muy grave lo que ocurre dentro de las cárceles.*

⁸² Entrevista citada.

Estas constantes violaciones a los Derechos Humanos de la condición social juvenil en general y, en particular, contra la *mara* y la *pandilla*, han sido señalados por los investigadores, sin ser consideradas por las autoridades correspondientes, es más, se ha creado una delicada / preocupante, tensión y conflicto, con el Estado y sus instancias de procuración de justicia, en tanto se han descalificado esas denuncias, lo que ha devenido en un clima de hostigamiento en contra de la comunidad académica quienes básicamente, junto con las organizaciones de la sociedad civil y los activistas, son los que han hecho visibles ante la opinión pública, las ejecuciones extrajudiciales que se están dando / los asesinatos / las masacres en las cárceles; llegando incluso al absurdo de ser recriminados y abiertamente acusados bajo el argumento del supuesto hecho de estar defendiendo a “*delincuentes*”, a “*criminales*”, o de apoyar las actividades ilegales de estos agrupamientos.

7.5 Los números: la 18 y las letras: la MS.

Una de las claves importantes e infaltables para entender y comprender lo que podríamos denominar como las nuevas configuraciones, o las distintas máscaras identitarias a partir de las cuales se expresan los rostros de las adscripciones de la MS-13 y del B-18, es analizar y ubicar los impactos que tuvieron en las dinámicas internas de éstos agrupamientos las políticas represivas de cero tolerancia que se implementaron, aunado al rechazo y al hostigamiento que se dio por una parte significativa de la sociedad, así como de la lanzada mediática en la construcción de una narrativa o discurso de un enemigo y responsable único de los problemas de la inseguridad ciudadana / la seguridad pública / de los climas de las violencias / las muertes, que influyeron en los estados de ánimo colectivos con respecto al miedo y al temor social extralimitados, ya que no correspondían con la realidad, los acontecimientos y los principales actores.

El acoso mediático, los altos niveles de discriminación social / cultural, la persecución feroz, el encarcelamiento masivo, la represión brutal que padecieron y el asesinato de un número considerable de sus integrantes, (incluyendo los espacios del encierro); llevado a cabo por escuadrones de la muerte y de limpieza social, orilló a ambas adscripciones a definir o redefinirse con respecto al Estado y a los cuerpos de seguridad (los policías, “*los juras*”),

como sus principales enemigos (políticos), de los cuales habría que defenderse.

Elin Ranum,⁸³ es muy enfática cuando afirma y da cuenta de estos contextos y situaciones:

(...) era una detención masiva de ellos y eso genera algún tipo de respuesta de los grupos (...) en el momento que se empieza un ataque bastante masivo (...) es normal que algunos empiecen a responder y creo que la respuesta fue bastante clara, primero fue las estrategias (...) y una de estas, más organización, planificación; buscaron hacerse menos visibles, ahora no es tan común ver a un pandillero (...) antes podías con frecuencia ver pandillas y andaban con sus tatuaje (...) ahora es mucho más difícil; los que ya están tatuados en lugares visibles, si no están presos, es porque ya están escondidos, (...) esto también generó cierta clandestinidad del fenómeno, ahora es mucho más difícil decidir quién es pandillero (...) porque ya no andan los tatuajes tan visibles, siempre los tienen, pero en otros lugares del cuerpo (...) pero en el momento que la policía te empieza a perseguir entonces se convierte en tu enemigo (...) yo creo que la respuesta que están dando es la reacción normal y lógica y de alguna forma creo que hay más cohesión de grupo, pero también desilusión (...) se tenía su estructura (...) son más claros, la respuesta es normalmente violenta (...) ¿cómo vas a responder? con las armas, hay más que están metidos en los centros (...) eso significa que tienen que mantener sobre todo a los que han tenido algún tipo de liderazgo, incluso a sus familiares (...) entonces la pandilla también quería más recursos, entonces, están surgiendo los recursos ilegales, ilícitos y, eso por un lado, digamos un resultado de la mano dura (...) el más grave error cuando se empezó a combatir el fenómeno de las pandillas era que se presento, este fenómeno como el gran problema de la violencia, ¿Quién era el problema de la violencia? los principales responsables eran las pandillas, entonces casi todos los recursos en ese ámbito fueron dirigidos a las pandillas y la misma población también tenía como esa sensación porque todos los días los medios de comunicación te bombardean y entonces la atención del Estado, de la sociedad en general, eran dirigidos a las pandillas.

Estas situaciones que configuran escenarios al límite (Valenzuela, 2007), o al borde, en la que se han encontrado tanto la *mara* como la *pandilla*, llevó a un suceso inusitado y muy revelador dada la rivalidad histórica a muerte que hay entre estos agrupamientos: un intento de flexibilizar y de regular el conflicto entre la MS-13 y el B-18; en tanto que se sabe que hubo acercamientos de ciertos *palabrer*os, “*los que llevan la palabra de la mara, o de la pandilla*”-, (léase los líderes), de algunas *clicas* de éstas adscripciones identitarias, con la

⁸³ Entrevista citada.

intención de llegar a acuerdos que los favorecieran para salvaguardar ante todo, su integridad física, dado el feroz embate del Estado y, de sus cuerpos de seguridad y, buscar algunas vías de respuesta conjunta ante la situación social de abierto exterminio que estaban sufriendo.

En estos climas y lógicas, ligado estrechamente con lo anterior, otro acontecimiento inesperado que realmente es muy conmovedor y dramático, por lo que representa y, pudiera significar y, que sin duda vuelve a confirmar y a dar cuenta de la situación extrema y al límite en la que se les ha colocado, en la que se encuentran y viven estas adscripciones identitarias, es el hecho de que varios *palabrer*os se acercaron e hicieron contacto con la Universidad Centroamericana, “José Simeón Cañas” (UCA),⁸⁴ vía el Instituto Universitario de Estudios de Opinión Pública (IUDOP), a fin de proponerles que fungieran como mediadores ante el Estado y sus instancias, con el propósito, por una parte, de intentar parar y detener la represión y el exterminio que estaban sufriendo y, por la otra; buscar conjuntamente ciertos caminos de solución al conflicto y disminuir la tensión social en la cual estos actores están involucrados y son protagonistas.

Jeannete Aguilar, la directora del IUDOP,⁸⁵ hace una reflexión en extenso, con respecto a estos hechos y sucesos significativos y, por lo tanto, muy esclarecedores.

Alfredo: Tu mencionabas en la reunión del sábado, justamente un suceso o un hecho, más o menos hace un año creo, mi memoria no es muy buena, en términos de que dada la situación en la que estaban las pandillas, de la represión de los cuerpos de seguridad del Estado, habían solicitado a través de ustedes una cuestión de tregua ¿no? ¿Qué me puedes decir más de eso?

(...) para nosotros fue sorprendente también que, aunque hemos tenido contacto con algunos de ellos, sobre todo la 18, la MS generalmente ha sido mucho más renuente a abrirse a la sociedad civil, se acercaron acá y nos externaron esas solicitudes de que la UCA fuera, en este caso, un actor neutro en un proceso de negociación con el gobierno, eso es básicamente lo que ellos querían y además me daba la impresión de que en general estamos hablando con los bichos de la Iberia o de la Campanera, con hombres de treinta y cinco, cuarenta años (...) que

⁸⁴ Hay que recordar el lugar histórico y político que ha ocupado la UCA en El Salvador: un bastión y una opción por los pobres y los humillados, ante las injusticias sociales y el poder del Estado y de sus instituciones.

⁸⁵ Entrevista citada.

tienen ya toda una trayectoria, pero que además no aparentan ser pandilleros (...) gente con mucha habilidad política. Entonces, para nosotros fue confirmar, por un lado, la gravedad, los niveles en que está llegando la policía, pero además, la necesidad de buscar esa otra alternativa, de negociación, de reconocimiento. Yo creo que si se lograra, no sé si con ambas pandillas porque también ese es otro tema, ¿cómo lograr hacer conciliar? Pero yo sé que en algún momento ambas pandillas se han acercado y se han comunicado en situaciones extremas, ha habido, al menos de algunos líderes en Zacatecoluca comunicación. Generar (...) también esa posibilidad, no sé cuál sería la vía en este momento, no se me ocurre (...) porque también en este caso estamos hablando de grupos que están participando activamente en hechos delictivos, pero ellos lo reconocían, es decir, nosotros no nos negamos a que se aplique la ley para que ellos queden limpios, pero no tienen porque iniciar acciones, de acoso y de persecución a miembros y, a familiares y amigos que nada tienen que ver con esto.

En cuanto a las nuevas configuraciones o lineamientos internos de la MS-13 y del B-18, es importante señalar que están atravesados y marcados, por una serie de ajustes, reacomodos y cambios que los ubican en climas de zozobra, de incertidumbre, de confusión y de cierto descontrol con respecto a los derroteros y a las redefiniciones identitarias como *mara* o *pandilla*. Por tales motivos, es muy difícil / complicado saber / conocer, a ciencia cierta, lo que realmente está sucediendo de manera fehaciente en sus avatares intragrupales, por lo que sólo nos queda hacer algunas descripciones, inferencias y, arriesgar ciertas hipótesis (teóricas), con base a la poca información que se tiene, vía las últimas investigaciones o intervenciones con estas *clicas*; ya sea en los espacios comunitarios, o en los del encierro.

Aunque estamos presenciando una serie de cambios vertiginosos y simultáneos en éstas adscripciones de grupo y, a partir de un análisis de contrastes, vamos a señalar aquellos aspectos, -quizás algo borrosos o no tan claros-, que aún perduran o se mantienen en su núcleo y en su matriz de significación como grupalidad.

A mi parecer, aunque se está mutando y, probablemente expresándose de otra manera, la centralidad la sigue ocupando el requerimiento identitario de pertenecer a la MS-13, o ser parte de *la pandilla* del B-18, ante la imposibilidad real del Estado y de sus instituciones (la familia / la escuela), de ofrecer modelos identificatorios alternos y, horizontes de presente que contribuyan a mejorar las condiciones materiales y simbólicas de la existencia diaria de éstos

adolescentes, jóvenes, e incluso niños, “*los bichos*”. (En este sentido, están cobrando una presencia importante y emergente todas aquellas identidades juveniles articuladas en “*bandas culturales*” (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004) y, “*palomillas*”, cuya apuesta se anclan y se sitúan en el orden de lo cultural / lo político, me refiero, por ejemplo, a los *emos*, los *hip hoperos*, o los *rockeros*, por citar tan sólo a éstos colectivos).

Las instituciones que se encuentran en un resquebrajamiento y en un mayor cuestionamiento, son las del ámbito familiar, junto con el educativo. Por una parte, la familia sigue envuelta en sus permanentes crisis y reestructuraciones de sus vínculos, de tal manera que es incapaz de llevar a cabo el acompañamiento social y afectivo de los procesos de formación de sus integrantes y de garantizar los mínimos emocionales para que permanezcan en ella; ya que los climas de violencia intrafamiliar, además de estar en aumento, son muy preocupantes, no sólo por ser cada vez más brutales, sino porque aceleran el descentramiento y el posterior abandono de la familia (Cuerno, 2000; Morán, Huezco y Gibbons, 2001; Serrano, 2005). Por lo que hace a la educación, se sigue vaciando de sentido / de significado / muy acotada y, dado los requerimientos de sobrevivencia en los que se hayan una parte significativa de estos jóvenes, hombres como mujeres, tarde que temprano, se da una deserción, aunado a que la calificación escolar difícilmente contribuirá como mecanismo para mejorar en el escalamiento social. De tal suerte que de las pocas posibilidades que se tienen o que se van perfilando son; irse de migrantes, -por lo regular a los EE UU-, con todos los riesgos sociales y culturales que esto implica-; ingresar al crimen organizado como forma de vida, lo que remite a una alta probabilidad de morir; o afiliarse a la *mara* o a la *pandilla* que a su vez conlleva situaciones de vulnerabilidad de ser reprimido, o incluso asesinado, ya sea por la pandilla rival, los cuerpos policíacos y, en algunas circunstancias, por la propia *clica* a la que se pertenezca (Salazar, 1998).

Quizás, de las variaciones y de los cambios más significativos que se están viviendo y dando, están todos aquellos que podríamos situar en el registro de las afectividades / de las emociones / de los sentimientos. Pareciera ser que los lazos de amistad y de hermandad, los vínculos de solidaridad y de

lealtad, no tienen la misma fuerza y potencia de sentido y de significado que antes, aunque no se han perdido, en todo caso, se han debilitado y desdibujado, por las circunstancias sociales que están viviendo o enfrentando las *clicas* de las que se traten; ya sean de la MS-13, o de los *homies* del Barrio-18 (B-18), aunque tiende a recrudecerse en la adscripción identitaria de la MS-13. Esto tiene explicación, en una parte, ya que los núcleos base o centrales de la *mara* o de la *pandilla*, están tendiendo a ser cada vez más heterogéneos, diversos y complejos entre sí, independientemente de que se trate de la misma adscripción identitaria como MS-13, o B-18, es decir, se están manifestando distintas formas de ser *clicas*, por lo que ahora claramente hay varias maneras de ser *mara* o *pandillero* que están coexistiendo al mismo tiempo, no sin problemas y con serias dificultades.

Otro de los aspectos centrales de definición y de redefinición identitaria, ha sido el territorio y el espacio donde habitan / viven, estas adscripciones grupales. Es cierto que los anclajes territoriales que abonan en la construcción de las identidades locales y barriales (de esquina), se están des anclando, a razón de que la defensa del territorio como marcaje de lugar, de hábitat y de pertenencia, ya no son tan importantes, o al menos, están adquiriendo otras cualidades como las de ser más móviles y plásticas, es decir, tienden a convertirse en una suerte de *identidades nómadas* que se están desplazando constantemente por la ciudad, o la región, o las comunidades, a fin de no ser ubicados o detectados en espacios públicos, sitios, o territorios definidos.

Marlon Carranza,⁸⁶ hace una reflexión retrospectiva con respecto a ciertas lógicas internas de éstos agrupamientos y proyecta determinados lineamientos / derroteros actuales, de estas adscripciones identitarias:

(...) la pandilla tenía como sus principios originales muy claros que era la defensa de su territorio, la protección del área donde vivían, por las razones que fueran tanto porque ese era su ambiente donde habían nacido, crecido, o tal vez porque era donde tenían sus negocios, donde distribuyen droga (...) eran también más claro los valores dentro de la pandilla, de solidaridad (...) de mucha fraternidad, de hermandad, era un grupo muy cerrado (...) muy dispuestos de dar la vida por el otro, con economías propias de subsistencia, muy fuerte, incluso los elementos simbólicos también. Todo el tema de los tatuajes, el de los símbolos, el estilo de caminar, de actuar, de hablar, el argot que utilizaron, era tan

⁸⁶ Entrevista citada.

característico de ellos (...) yo creo que en el transcurso del tiempo estos elementos se fueron perdiendo, la dinámica de la violencia, llevaba (...) a las pandillas a (...) una mayor especialización, era como la ruta natural (...) en El Salvador al menos, también en Honduras y en Guatemala, las políticas de Estado aceleraron ese proceso (...) eso se agudizó muchísimo más con los planes “mano dura”, “súper mano dura”, con la “ley anti maras” que se crearon en esta región del Continente (...) los vínculos entre crimen organizado y pandillas, por ejemplo, se hicieron cada vez más fuertes, incluso dentro de los centros penales. Y entonces se fue desvirtuando un poco aquellos valores de la pandilla original. Ya como que la intención no era tanto la defensa del territorio, ya no era tan importante lo simbólico de la violencia, sino más bien la instrumentalización de la violencia, están hoy en día interesados en lucrar que en la defensa de su propio territorio, entonces fue evolucionado en esa ruta y, mi impresión es que son menos también hoy, antes era más amplio, más masivo, hoy son menos, son como mejor seleccionados, menos visibles también.

Estas grupalidades, como se empieza a vislumbrar, se han complejizado por los contextos (Loeza, 2008) y las situaciones en las que están siendo producidos / contruidos; lo cual conlleva al surgimiento de mecanismos internos / externos (emergentes) que marcan tanto las nuevas formas de sobrevivencia social (material) / cultural (simbólica) y, las especificidades / las redefiniciones, de los diferentes lugares sociales que están jugando y ocupan como actores en el heterogéneo *mercado de las violencias y de las muertes*; no sólo como sujetos de (victimarios), sino también, -y cada vez más-, desde el sitio de objetos de (víctimas).

En relación a estas adscripciones identitarias (MS-13 / B-18); siempre ha habido la tentación o la curiosidad de saber con exactitud el número de sus integrantes, situación muy complicada por la gran movilidad de estos agrupamientos y, también por las distintas formas de ser *mara*, o de ser *pandilla*, es decir, en su interior, hay una heterogeneidad y diversidad que da cuenta de la disputa del lugar y de la construcción social / intra diferenciada. Ha sido una tendencia que las cifras, son una información proporcionada por los cuerpos de seguridad del Estado, en este caso, por la Policía Nacional Civil (PNC); por lo que hay que tomarlas con precaución y como aproximación, o radiografía numérica: en El Salvador, se calcula que hay para el año de 2005; 10, 500 y, con respecto a la región centroamericana que incluye a Guatemala y

a Honduras; la Interpol reporta, en el mismo año, 60. 000 y, la ONU; en 2007, 70.000.

En lo que atañe a las cualidades generales de los integrantes de estas *clicas*, el núcleo básico, o la matriz, se ha mantenido, aunque con algunas sutiles variaciones, por ejemplo; hay un acentuado predominio del género masculino; están más definidas las trayectorias de ser adolescentes, a la condición de jóvenes y, a la de adultos jóvenes (cohortes generacionales); se han reducido los niveles de escolaridad; se ha disminuido el desempleo con respecto a las cifras del 2006; prevalece el valor simbólico para el ingreso a la *clica*, es decir, el 36.2 %, -antes era del 46%- , lo sigue haciendo por “*el vacile*” y, por los problemas (de violencia) que se tienen en casa (Aguilar y Carranza, 2008).

Con respecto a la disputa tanto por la construcción de un lugar social como por la edificación de un sitio al interior de la configuración de la identidad del grupo del que se trate, hay varias rutas / trayectorias que coexisten entre sí. De inicio, están los denominados, “*colaboradores o simpatizantes*”; son los que no pasaron por los ritos, o las reglas de iniciación, por lo que automáticamente no están comprometidos en las acciones -ilegales- del grupo, simplemente se ubican como una especie de ayudantes, o de adherentes. Siguiendo esa ruta, se tiene el pasaje, o el tránsito, de estar en el “*vacil*” / “*vacilando con*” y, el inicio del proceso de conversión identitaria que consiste en dejar de ser civiles y, ahora se convierten en *homies* y, por lo tanto, son “*activos*”, es decir, han pasado por los rituales de iniciación, fueron “brincados” y, en ese tenor como regla aceptada, no podrán salir de la *pandilla*, o de la *mara*, si lo hacen, serán considerados como desertores y, en el imaginario de la *clica*, esto se lee, o se traduce, como traición, la cual se paga con la vida, es decir, le dan “*luz verde*”: sentencia de muerte.

Los “*calmados o pasivos*”, son por lo regular pandilleros, o de la *mara*, que ya son *batos* grandes y, que han obtenido la “*dispensa*”, o “*el pase*”, es decir, siguen reconociéndose como tales, no se salen de la *clica*, sin embargo, ya no están obligados, ni tampoco implicados, en participar en los actos ilegales, o de involucrarse en situaciones de violencia e, incluso, renuncian a

consumir drogas, en cambio, los *ex pandilleros*, no tienen el “*pase*” y, por lo común, son desertores, lo que implica ser perseguido.

En cuanto a lo que se conoce de su particular manera de estructura y de construirse con respecto a sus lugares intra identitarios que marcan las dinámicas del grupo, básicamente tampoco han variado, se han mantenido en el tiempo histórico y en el espacio social, es decir, están los *palabrer*os, una especie de liderazgos,⁸⁷ son los que tienen más influencia o protagonismo y, quienes llevan la palabra de todos, los portavoces de las decisiones grupales, las cuales se siguen haciendo en colectivo (democráticamente), a lo que ellos denominan, “*hacer la rueda*”, “*la ronda*” o “*el mitin*”, por ejemplo, en relación al uso de drogas legales como ilegales, al parecer, se ha tomado un consenso que prohíbe usar crack (pasta base), ya que los pone “*muy locos*”, es decir, en una situación vulnerable, en riesgo y en desventaja delicada ante la *pandilla*, o la *mara* rival y, también con respecto a los cuerpos de seguridad del Estado y de las fuerzas especiales de la DEA y del FBI que están operando en El Salvador (en Centroamérica). Incluso, dependiendo de los días que sean, son las drogas permitidas, que por lo regular es el alcohol y la marihuana.

“*Los palabrer*os”, llevan a cabo, entre otras cuestiones, una función social, clave y significativa; son los que tejen el vínculo con la comunidad / con el barrio / con las familias de los integrantes, -máxime cuando algunos de ellos están “*privados de la libertad*”, o han sido asesinados-: velan por el bienestar y por los intereses de la *clica*; “*los soldados*”, al parecer, son los de menor grado y están a la espera y a la disposición de llevar a cabo cualquier orden; “*los poster*os”, son los que vigilan el territorio y el barrio, ante la posible presencia o amenaza de la policía, o de algún rival de la *pandilla*, o de la *mara* contraria.

En una parte sustancial, estas adscripciones, han alcanzado una mayor organización en relación a su composición interna y, al mismo tiempo, están más cohesionados hacia adentro, esto se traduce en que se han tenido que juntar y acercarse más como grupo. Al mismo tiempo, las reglas de conducta, las normas éticas, los códigos de honor, las sanciones y, los castigos, están cambiando de una manera vertiginosa y plástica.

⁸⁷ Vale aclarar que ellos mismos, no reconocen la idea de tener un líder, o un liderazgo, ya que contraviene el espíritu de participación colectiva de todos los miembros de la *clica*, en la toma de decisiones.

Aunque se desconocen la mayoría de las nuevas reglas, -ya que la primera, es no decir las-, por ejemplo, algunas *clicas* del Barrio 18, al parecer tienen y se guían por 18, -aunque no todos los *micro grupos* de esa adscripción lo tienen establecido-; se sabe, por lo menos, que están tendiendo a ser más rígidas, duras, inflexibles, absurdas e inclementes. Por ejemplo, hay evidencias de que se están llevando a cabo purgas internas por distintos motivos, lo que lleva al ejercicio de las violencias dirigidas contra la propia *clica*, es decir, enfocada a algunos de sus integrantes que se puede traducir en la realización de actos tipo ejecuciones internas, e incluso, situación que no se había visto antes, o que no era una práctica que caracterizara a la MS-13, o a los *homies* del B-18; llevar a cabo desmembramientos de los cuerpos de algunos de sus *homies*.

Comparto, estas notas de mi Diario de Campo (NDC):

Lunes / 10 Nov / 08.

Hoy fue de esos días que todo se armó en el camino y son los mejores. Circunstancialmente estaba buscando al padre Antonio y él a mí.

Lo acompañé, a territorio de la Mara Salvatrucha, denso-difícil: sucede que un "cipote" de 12 años, desapareció de su casa y del barrio, andaba implicado en pandillas y lo utilizaban para hacer "mandados". Fuimos a la casa de este niño y su abuela destrozada afectivamente (hasta se puso mal de salud), nos decía que lo fue a buscar un amigo este viernes para ir a jugar fútbol. El padre Antonio comenta que probablemente ya no se le encuentre, o quizás ya lo mataron.

Sábado 30 / Nov / 08.

*Despierto temprano, cerca de las seis de la mañana, dormí soñando con la *clica*, descanse algo, aunque me sigue doliendo el cuerpo (específicamente la espalda / los hombros).*

Me comunico con el padre Antonio (Toño para los amigos) y está confirmada la misa y la visita a la comunidad en San Salvador, el Salvador. Quedé de verlo en la Parroquia, San Francisco de Asís en el Barrio de Mejicanos, calle Montreal, a las 4 de la tarde.

El padre sale con su troca (una camioneta blanca tremenda, de doble cabina) y, nos saludamos afectuosamente, le pregunto por él -¿cómo has estado padre?- Y me contesta que tremendo, ha sido muy difícil la semana, está cansado, entonces me hace el siguiente relato: "te acuerdas de aquel cipote de 12 años que desapareció, sucede que me llamaron por teléfono, un niño, avisándome que habían encontrado un cuerpo, fui con unos médicos, a un barranco, bajamos y nos metimos en aguas negras hasta la cintura y, lo encontramos decapitado y, su cabeza tirada (...) el cuerpo llevaba como unos 12 días o más, según los forenses (...) avisamos a la policía y, a la familia, hubieras visto como se puso la mamá".

Noticia tremenda, me dio mucha tristeza y mi cuerpo literalmente se estremeció, no lo podía creer y le preguntaba al padre Toño la razón; “él estaba vacilando con la MS y, yo sé quien lo asesino, de seguro fue una ejecución de la propia mara, estaba clarito como el agua”.

Aunque el B-18 y la MS-13, comparten matrices de significación, hay algunas diferencias que son importantes de referir; la *pandilla* del B-18, todavía trata de mantener las reglas de honor, es decir, al parecer no se están matando tanto entre ellos, no se relacionan abiertamente con el crimen organizado, no fuerzan a los bichos para reclutarlos, se siguen tatuando, -aunque discretamente-, como marca identitaria, prevalece el espíritu solidario, por sobre lo monetario, funcionan como una familia y todavía protegen a los más chicos / a la comunidad y, su discurso es anti sistema; la MS-13, anda muy “golpeada”, han asesinado a muchos de ellos, otros están privados de la libertad (encarcelados), se han vuelto más duros y rígidos hacía adentro, han cambiado las reglas drásticamente, son muy difíciles para poder conversar con ellos, más crueles, reclutan a la fuerza a sus *soldados* (en las escuelas) y, se están matando entre ellos.

En lo que atañe al espacio público, al ser menos visibles / el no dejarse ver tan fácilmente, remite a que están adquiriendo la cualidad, más que de lo clandestino, sería de lo imperceptible, es decir, una suerte de actores y de sujetos socialmente “*invisibles*”, como estrategia y mecanismo de sobrevivencia cultural / identitaria, a fin de no ser detectados, ubicados y, por consiguiente, evitar la represión o el aniquilamiento, en este sentido, tales adscripciones grupales, siguen siendo un emergente social, por lo que no comparto las posturas que los ubican como un problema de seguridad internacional / ni tampoco de seguridad nacional, en todo caso, serían de seguridad pública, (Benítez, 2006), aunque los discursos y las narrativas hegemónicas del Estado y de los *mass media* insisten en ello, ya que así los han construido.

7.5.1 Los nuevos mecanismos / de sobrevivencia cultural / de violencias de muerte.

Se ha comentado y afirmado de una manera insistente que estos agrupamientos están cada vez más involucrados en las lógicas y en las actividades de lo ilegal, o de la para legalidad, al mismo tiempo, pareciera ser que se han vuelto más violentos y, por lo tanto, han aumentado su capacidad de muerte de una forma considerable, por lo que una de las sencillas preguntas

que podríamos formular, sería la siguiente: ¿Cuáles serían las razones, los motivos y las circunstancias más significativas para que esto se haya gestado así?

Una de las vertientes que nos aproxima a construir algunas explicaciones pasa y atraviesa por el asunto de la profesionalización de estos agrupamientos, es decir, de la especialización que están adquiriendo con respecto a las violencias y a las muertes, lo cual remite al asunto de las armas con que cuentan, en otras palabras, hay una trayectoria, o desplazamiento que va de la tenencia de armas artesanales, elaboradas por ellos mismos, (“*hechizas*”), rústicas, elementales, primitivas; a adquirir armamento más sofisticado y, por lo consiguiente, más letal o letales; armas cortas / de asalto / de alto poder, de uso exclusivo de las fuerzas especiales / del ejército, como las famosas Ak-47, o las lanzagranadas

Escuchemos lo que comenta, Marlon Carranza,⁸⁸ al respecto:

(...) la violencia se ha especializado, ha sido un proceso que no en todos los lugares es igual (...) al menos todavía alcancé a encontrarme a pandilleros que ellos mismos hacían sus propias armas, (...) cortaban unos tubos, le ponían unos cosas para hacer percusión, le ponían pólvora y disparaban (...) era muy artesanal y habían muchas versiones pero no eran tan letales y luego empezaron a usar armas cortas y uno encontraba pandilleros con armas de guerra, de grueso calibre, de alto impacto (...) sí hubo una evolución en la especialización que pasa por el armamentismo, por la capacitación, por la letalidad y eso sin duda cambia el estilo mismo de la pandilla.

Las estrategias que se tienen para adquirir tal tipo de armamento son variadas; una de ellas es la compra en el mercado negro, por lo regular, a ex militares, o a ex policías, o a simples traficantes; la otra vía son las que se obtienen del enfrentamiento con la *pandilla*, o la *mara* rival, incluso cuando chocan, o se enfrentan contra los cuerpos de seguridad del Estado; el robo a depósitos / armerías y, quizás una de las más frecuentes, sea las que les venden los propios policías / los militares y las fuerzas de *élite* que están en activo.

Es importante decir que ha sido toda una tradición los vínculos, (difíciles y conflictivos), que han tenido las *clicas* de estos agrupamientos identitarios

⁸⁸ Entrevista citada.

con los “*jurás*”, -los policías- y, los militares. Además de que también son los que les venden y les distribuyen las drogas, o les permiten, a cambio de compartir las ganancias, toda una serie de actos ilegales, como lo puede ser el robo de autos, o el tráfico de personas. Actualmente, la relación está adquiriendo otras modalidades y, matices, ya que por lo regular, ahora la policía es la que los roba, los extorsiona (incluso a sus familiares, amigos / conocidos) y, les está pidiendo una cuota fija para permitirles llevar a cabo su actividades en los márgenes de la para legalidad, en otras palabras, “*los juras, los rentean*”, mejor dicho, los están extorsionando.

7.5.2 De la “*renta / rentear*”, a las extorsiones.

Una de las actividades clásicas y tradicionales que la *mara* y la *pandilla* han utilizado a fin de hacerse de ciertos ingresos para sobrevivir y poder sufragar algunos de sus gastos como *clica*, ha sido lo que comúnmente se conoce como “*rentear*”, “*talonear*”, o solicitar la “*renta*”, que consiste en pedir voluntariamente dinero a la gente, los peatones, o a cualquier persona que se le encuentre en el camino, o a los residentes del barrio, o del lugar donde se vive y se habita. Actualmente, esta modalidad de “*rentear*” está sufriendo ciertos cambios, ya que se está transformando en extorsión, el cual es un delito tipificado, que implica poner una cuota fija y forzosa, en la modalidad de coerción, lo que conlleva a un acto o ejercicio de violencia social dirigida contra “*los otros*”.

Elin Ranum,⁸⁹ dice al respecto:

(...) la pandilla, en sí, se ha complejizado durante los últimos años (...) están más involucrados en la violencia que antes, también cometen delitos que son más complejos (...) la pandilla (...) estaban piteando, pedían un peso, un colon a la gente, quizás ponían (...) un tipo de renta que eran 5 coronas que son como 50 centavos de dólar y lo pedían quizá a algunas personas que tenían su tienda, pero era como algo no tan organizado (...) era más una forma de subsistir, para vivir (...) si no trabajan, era básicamente pedir dinero y sí cometían delitos pero no de la misma escala que se ve ahora (...) ahora están involucrados en delitos como las extorsiones.

Este pasaje de “*pedir la renta*”, hacia su mutación, de “*las extorsiones*”, tiene que ver, *por una parte*, con un mecanismo de subsistencia, debido a las

⁸⁹ Entrevista citada.

serias dificultades en conseguir empleo, o al menos, sub emplearse, más que nada por la exclusión y la discriminación social en la que se encuentran y padecen los integrantes de éstos agrupamientos identitarios; ya que difícilmente son contratados y; *por la otra*, en virtud de los requerimientos que la condición de ser *mara* o de ser pandillero, les exige. Además de sostenerse ellos y, por extensión, a sus familias cuando ya las tienen; hay que apoyar a los integrantes de su *clica* que por lo regular están detenidos / presos, así como a sus respectivas familias y, también mantenerse como agrupamiento, en relación a todos los gastos que se requieren, máxime si están siendo acosados, se requerirá comprar armamento.

Por lo común, están extorsionando a las líneas de autobuses, “*los buseros*”; a las bases de taxistas; a los comerciantes; a los pequeños empresarios; e incluso, a algunos habitantes de la comunidad y del barrio: a cambio de ofrecerles y garantizarles seguridad y protección, o que no vayan a ser molestados por nadie en sus bienes materiales, en el desempeño de su trabajo, e incluso sus familiares.

Hay que señalar que la MS-13 y los *homies* del B-18, no son los únicos que se dedican a esta modalidad en los territorios de lo ilegal, ni los más importantes, sino que hay otros actores más protagónicos o significativos que pasan invisibles, o quizás no se les quiere ver o reconocer del todo en su implicación, como por ejemplo, el crimen organizado, la gente común y corriente, hasta empleados de las mismas líneas de transporte, por lo que a las *clicas* de éstas adscripciones identitarias, se les vuelve a situar como a los únicos responsables de estos actos ilegales y *chivos expiatorios* por excelencia.

María Santacruz,⁹⁰ comenta y sostiene lo siguiente:

En el caso de las extorsiones (...) una modalidad que surge también a partir de este incremento en la violencia y de este tipo de planes implementados (...) cuando no son más que expresiones de populismo punitivo que sirven en su momento, para su efecto de demostración que te permita hacer creer a la población de que el gobierno está haciendo algo para resolver uno de los problemas más sentidos desde que finaliza la guerra civil y, este ejercicio (...) punitivo lleva a que (...) muchos jóvenes sean aprehendidos una y otra y otra vez. Entre esas múltiples

⁹⁰ Entrevista citada.

vueltas a la cárcel, se les empiezan a comprobar ciertos delitos (...) la pandilla necesita o se ve obligada a conseguir recursos para poder pagar abogados, para sufragar los gastos tanto de los pandilleros que están adentro y en libertad, como de las familias que les quedaron afuera (...) se ven necesitados de mayores y mejores recursos y la extorsión brinda en algunos casos esa oportunidad (...) el hecho de que la extorsión fuera una forma de delito frecuente (...) cometida por alguna pandilla, abría la posibilidad para que otras personas también hicieran eso en el nombre de las pandillas, se conocen de muchos casos donde el extorsionador no es el pandillero, no es la clica (...) son buseros empresarios de microbuses o transporte colectivo que están extorsionando a otros empresarios que son la competencia o miembros del crimen organizado que extorsionan a la gente en nombre de la pandilla. No quiere decir que esas agrupaciones más vinculadas con el crimen organizado no contraten (...) los servicios de los pandilleros, en algún momento para el ejercicio de la criminalidad, (...) bajo la figura del sicariato; sin embargo, es importante decir que (...) no son todos, no todo mundo en la pandilla tiene la misma (...) posibilidad de ejercer ese tipo de colaboración específica o puntual con las bandas.

7.5.3 El B-18 y la MS-13: ¿crimen organizado?

Uno de los discursos y de las narrativas hegemónicas que más se han transmitido y propagado, con respecto al imaginario que el Estado, sus instituciones y los cuerpos de seguridad nacional como internacional, han construido en relación al ejercicio de las violencias y de las muertes, en las que una parte de estos agrupamientos están implicados, ha sido señalarlos y catalogarlos como crimen organizado, o una versión de una *nueva mafia*.⁹¹ Tales afirmaciones habría que tomarlas con prudencia y precaución, ya que parecieran un relato muy fácil de contar, de alto impacto para la opinión pública y de una rentabilidad política y presupuestal, nada despreciable, por lo que quizás le faltaría sustento / argumentación y, sobre todo, evidencia empírica contundente para ser considerada con seriedad.

Es claro que tanto la MS-13, como los *homies* del B-18, son agrupamientos que están estructurados o configurados de determinada manera, es decir, su núcleo central es la *clica*, especie de células, o de micro grupos, -micro identidades-, por lo que en ese sentido, su accionar y, las actividades que realizan, tienen cierto grado de organización / de planeación,

⁹¹ Hay un video de NATIONAL GEOGRAPHIC TELEVISION (2008), denominado: *Mara Salvatrucha: la nueva mafia*, hipótesis que sostiene el FBI. Se trata de un documental de 52 minutos de duración, basado en entrevistas a miembros de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18, así como a agentes encubiertos.

mínima / elemental; aunque el micro agrupamiento como tal, en su constitución de banda, de pandilla, o de *mara*, -no se articula-, ni su dinámica, ni su historia (cultural), en las lógicas del crimen organizado.

Actualmente, las *clicas*, tienen más autonomía con respecto a las otras *clicas* de la adscripción a la que pertenezcan, lo que implica que se tiene una mayor, -no vista antes-, decisión micro grupal, una relativa autonomía, o dicho en otros términos, una especie de descentramiento como miembros e integrantes de la afiliación y de la pertenencia ampliada; ya sea de la MS-13, o del B-18. Por lo que la relación que se pudiese establecer, en todo caso, entre la *mara* y la *pandilla*, con el crimen organizado, no se da a nivel orgánico, ni de estructura a estructura, sino a título individual: no es a nombre de la adscripción identitaria, por lo que no está en juego, ni en entredicho, la nomenclatura de la MS-13, o del B-18.

Planteado de esta manera, entonces quedaría claro que cada quien como integrante de la *clica*, decide el vínculo, en la mayoría de los casos, bajo la lógica del negocio, en tanto vehículo para tener otra forma de ingreso monetario, por lo consiguiente, la relación es coyuntural, es decir, se trata de llevar a cabo acciones o actividades de colaboración / de ayuda, muy específicas y puntuales, que tienen una temporalidad muy definida y acotada, como por ejemplo, ser contratado como sicario (Salazar, 1998; Martín-Barbero, 1998; Vallejo, 2002), a fin de asesinar a alguien, o para el robo de autos, o el trasiego de armas, o el tráfico de personas.

Elin Ranum,⁹² lo explica de esta manera:

(...) no creo que hayan penetrado, más bien hay algunos pandilleros que sí se prestan o incluso colaboran y trabajan, pero lo hacen a título individual, no creo que haya ningún vínculo de hermandad entre el crimen organizado y las pandillas en sí (...) incluso pondría en duda que están organizados, muchos de los crímenes son organizados, pero no sé que tanto este organizada la clica, creo que mucho se da a título personal, unos ven la necesidad de ganar dinero y lo hacen, las entrevistas que tuve con los pandilleros (...) todos dijeron que son enemigos del crimen organizado porque ellos también saben que en esto la ganancia puede ser muy grande pero también el riesgo es muy grande y por cualquier "cagada" (perdón por la expresión de la palabra)
Alfredo: Dilo, dilo, así va a salir tal cual
Pero te bajan...

⁹² Entrevista citada.

Alfredo: ¿Te bajan es, te matan?

Sí, te bajan del avión (...) mueres y, con el crimen organizado no hay perdón (...) si cumples, muy bien, si no cumples, eres tú (...) yo creo que siempre se maneja una división muy visible entre el crimen organizado y las pandillas, para mí son fenómenos muy distintos que de ninguna forma se deben de confundir y eso no significa que la pandilla no organiza o que no planea sus crímenes.

Dentro de los profesionales de las violencias (Tilly, 2003), en los mercados de la muerte, para el crimen organizado, contratar a un integrante de la mara, o de *la pandilla* del B-18, a fin de llevar a cabo un “*trabajito*”, le costará más barato y, le será más rentable, que si por ejemplo, emplea a un sicario, a un *kaibil*, a un policía, a miembros de fuerzas especiales / de élite, o a militares; ya que le saldrían bastante más caros. Esto es de suyo interesante porque da cuenta de la situación general de sobrevivencia en la que se encuentran éstos jóvenes, de la ubicación social al límite (Valenzuela, 2007), o al borde, ya que por cualquier dinero, se emplean y, al mismo tiempo, -en la imaginación-, son considerados como una especie de “*lumpen*”, de mano de obra a explotar, precisamente por ser integrante de estas *clicas*, dicho de otra manera, los pertenecientes a tales adscripciones identitarias, son los que ocupan la escala social más baja en el circuito de los profesionales de las violencias, en los *tianguis* y en los mercados de las violencias de muerte.

Si bien es cierto que una parte de la MS-13 y de los *homies* del B-18, están implicados en el tráfico de personas / de drogas / de armas y, en el robo de autos, -de lujo-; no son los que controlan a gran escala las redes de lo ilegal o la para legalidad de estas actividades, ni mucho menos, son los que lideran estas rentables ocupaciones que tejen sus vínculos, no sólo a nivel nacional, sino también, en lo internacional. Vamos, no son los jefes, ni los patrones del negocio, ya que no alcanzan a situarse en ese lugar, son simples empleados y, además, mal remunerados. Y quienes sí tienen ese alcance, capacidad logística, armamento sofisticado, tecnología de comunicación satelital, recursos económicos, poder de corrupción y, una temible letalidad, son precisamente el crimen organizado.

Dada la cultura, las tradiciones y las características a partir de las cuales se estructuran la MS-13 y el B-18, aunado a las lógicas de sentido en su configuración y de las dinámicas internas consolidadas de éstos agrupamientos

que definen los tonos y los matices de sus vínculos y, de sus relaciones sociales con “*los otros*”; no tolerarían, ni aceptarían, estar a las órdenes de otras configuraciones grupales como lo podría ser el crimen organizado, ni tampoco colocarse en una situación subalterna, o de desventaja, en lo que hace a la toma de decisiones; máxime de que suelen ser adscripciones identitarias con una alta participación de sus integrantes en las definiciones colectivas, que además se hacen de una forma democrática, bajo el mecanismo, -ya lo decíamos-, de “*la rueda*” o “*el mitin*”.

Otro aspecto muy interesante y significativo, es el hecho de que la *mara*, o la *pandilla*, al ser los que cargan con toda la estela del estigma social (Goffman, 1993) y, además han sido contruidos como los únicos responsables de la inseguridad ciudadana y, de los altos niveles de violencias / de las muertes, que vive el país; remite y, los sitúa, en un lugar social de visibilidad extrema, de sobresaturación mediática, es decir, son los que más atraen la atención de la sociedad, de la comunidad, sobre todo, de los cuerpos de seguridad nacional como internacional que están detrás de ellos, por consiguiente, al crimen organizado no le conviene de ninguna manera establecer una relación de estructura a estructura, ni muchos menos penetrar y controlar el núcleo central y orgánico de la MS-13, o de los *homies* del B-18, porque sencillamente los pondrían en riesgo, en evidencia y, contravendría uno de sus estilos de trabajo: pasar lo más desapercibidos posible.

7.5.4 Las féminas también “*rifan*”

Dentro del clima general de las violencias sociales que se están viviendo en la sociedad salvadoreña (Cuéllar, 2001; Moser y Winter, 2002; Pirker, 2004); la que va dirigida a la condición del ser mujer, está aumentando y además es muy preocupante, dado los altos niveles de crueldad (de género) que se utilizan cuando son victimizadas. Por ejemplo, los homicidios o asesinatos están siendo más frecuentes; los actos o las acciones, por lo regular, son premeditadas (planeadas) y, también, se han dado casos de desmembramiento de sus cuerpos.

Las violencias ejercidas en el ámbito intrafamiliar como territorio de lo privado y que se llevan a cabo en contra de las mujeres, están ampliándose, haciéndose elásticas y se expanden hacia el espacio público de la calle, del

barrio y de la ciudad. Esto se explica, en parte, por la situación social y económica tan difícil en la que se encuentran las unidades familiares, lo cual conlleva a ciertas transformaciones en las dinámicas internas que las obliga a tener que salir a trabajar, por lo que al situarse al mismo tiempo en el espacio público, se colocan en situaciones de mayor vulnerabilidad y de riesgo, lo cual tiende a acrecentarse en las zonas urbanas.

Aunque no se conoce lo suficiente, o sabemos poco, con respecto a las adscripciones identitarias del ser mujer integrante de la MS-13, o de la *pandilla* del Barrio-18; las situaciones de violencias y, los climas de muerte generalizadas y, en su condición de féminas, cargan de una forma más pronunciada, fuerte o significativa, por el simple hecho de ser *maras* o *pandilleras*: están doblemente expuestas a ello, e incluso estarían más en riesgo si sus parejas / esposos / compañeros; son de la *mara*, o de la *pandilla* (Ramos, Ferrerira y Rodríguez, 1998).

En términos cuantitativos / numéricos, la presencia de las mujeres en la *mara*⁹³ como en la *pandilla*, son menos en proporción a la de los hombres, sin embargo, en lo cualitativo, “*las mujeres también rifan*”, lo cual quiere decir que relativamente están en las mismas condiciones que un hombre, en tanto que se involucran activamente en todas aquellas misiones, acciones o tareas encomendadas, ya sea el ir a robar, o matar a alguien.

Es cierto que se da y hay una suerte de masculinización de la feminidad, aunque es un mecanismo de sobrevivencia identitaria, por las difíciles situaciones sociales y las circunstancias a enfrentar en los terrenos de las violencias y de las muertes que además tienen que sortear a su favor. Ante la presencia y la mirada de los enemigos, “*la pandilla*” o “*la mara rival*”, no se activa u opera ninguna consideración cultural por el hecho de ser mujeres, simplemente es una enemiga más que hay que atacar, o en algunos casos, hasta eliminar (asesinar).

En los rituales de iniciación, o de inserción a la *clica* que corresponda a la particular adscripción identitaria, también las mujeres como los hombres son “*brincadas*”, es decir, en el caso de las féminas, tienen que decidir, por lo

⁹³ En los relatos orales se dice que actualmente, ya no se está aceptando el ingreso de mujeres a las *clicas* de la MS-13, incluso, cuentan también, algunos integrantes de la *mara*, que hay purgas de género, -femenino-.

regular, entre ofrecer sus favores sexuales a algunos integrantes de la *mara* o de la *pandilla*, -lo cual para ellas no significa necesariamente una violación-; o ser golpeadas, sin misericordia, por sus integrantes (13 segundos si la afiliación es a la MS-13, o 18, si la pertenencia es al B-18), en la que participan tanto los hombres como las mujeres. (Interesante resaltar que en otro tipo de adscripciones identitarias como la de los *cholos*, (Valenzuela, 1988, 2002), se han dado casos de *clicas* formadas exclusivamente por mujeres, no así con respecto a las de la MS-13, o del B-18, -en ninguno de los países del Triángulo del Norte Centroamericano: El Salvador, Honduras y Guatemala-).

La experiencia y la vivencia en la cárcel, como la de los hombres, es similar, por lo difícil / complicada y, si además, se porta una adscripción de ser mara o pandillera, la situación del encierro / de estar privada de la libertad, suele tornarse algo peor y, en algunas circunstancias dramáticas, como en los casos en que se dan los enfrentamientos entre ellas por su condición de rivales e, incluso con las mujeres comunes que no pertenecen a ninguna *mara* o *pandilla*.

Elin Ranum,⁹⁴ lo comenta y lo afirma de la siguiente forma:

Yo creo que la situación de las mujeres es igual a la de los hombres, igual de crítico, en el sistema penitenciario, tiene un hacinamiento tremendo, hay una capacidad de ocho mil y ahora tenemos 20 mil internos, el sistema penitenciario no tiene recursos, ni siquiera colchonetas para dormir, es una situación muy crítica para todos y obviamente la mujer lo sufre en su forma y el hombre en su forma, yo creo que el hecho de que hay más hombres internos, creo que tal vez los abusos y, las violaciones son más frecuentes entre los hombres que entre las mujeres, por lo menos he escuchado más casos de abuso de poder en el hombre, es un poco más frecuente que en el caso de las mujeres pero, la violación de la mujer se da de otra forma, aquí en un centro penal, creo que sufre, sobre todo siendo pandillero porque como pandillero también nadie te quiere, sos digamos muy abajo del rango social, nadie te quiere.

También es frecuente que como mujeres integrantes de estos agrupamientos, sus cuerpos femeninos, han sido tatuados / rayados, -como el de los hombres- y, por lo común, las iconografías, también se ganan, por ejemplo; se trae el nombre de *la clica* junto con el de la afiliación identitaria como MS-13, o pandillera del B-18; con insignias o emblemas que dan cuenta

⁹⁴ Entrevista citada.

de ciertas misiones cumplidas, una suerte de reconocimiento social que se van inscribiendo en la piel, como galerías ambulantes de haber participado, en algunos casos, en actividades en los terrenos de lo ilegal; de igual manera, las creencias o la fe religiosa en forma de imágenes de Cristo aparecen en las pieles de las féminas.

Un aspecto muy llamativo y fuerte, son los tatuajes en el rostro, que los puede llevar una mujer como un hombre con las siglas de la afiliación a la *mara* o a la *pandilla* que suelen ser muy fuertes e impactantes a las miradas de quienes miran. Tanto los tamaños, las iconografías, los lugares o territorios donde se marcan los cuerpos, no atraviesan por la condición, ni la construcción cultural del género (femenino / masculino), lo que domina o prevalece, es simplemente la adscripción identitaria a la que se pertenece, independientemente si se es hombre o mujer.

En cuanto a la construcción social de un lugar diferente al interior de la estructura, u organización de la *pandilla*, o de la *mara*, como lo puede ser, transitar de lo activo, a lo pasivo (estar alejada /alejado de las violencias, o del consumo de drogas), se requiere conseguir o solicitar lo que se llama “*el pase*” y, uno de los mecanismos, o de los acontecimientos para que se otorgue, es justamente la maternidad, aunque también esta situación se da en el caso de la paternidad, es decir, se está en las mismas circunstancias y condiciones (como papá o mamá), independientemente del género al que se pertenezca, lo que cambian en todo caso, son los matices y los tonos.

Quizás el marcaje que define, cierto dominio y privilegio, con respecto a las estrategias de las masculinidades; sea el caso de que, hasta donde se conoce, no ha habido evidencia, en las que los *palabrer*os, -los líderes-, los de mayor prestigio, jerarquía y respeto, sea mujeres / féminas.

7.5.5 De la sobrevivencia material a la cultural (simbólica).

Uno de los aspectos centrales de toda adscripción identitaria, es la construcción de una imagen social que pasa por la edificación de una facha y de un estilo que va caracterizando al grupo de pertenencia. Situación que implica el diseño de la estética corporal, la incorporación de una serie de accesorios, de artefactos, de objetos y de emblemas culturales que precisamente van marcando la diferencia con el otro u los otros contrapuestos

a esas adscripciones de que se trate. A su vez, el lenguaje / el discurso, o la manera particular de hablar / de comunicarse entre sí y, con los demás, se hace a través de ciertos códigos verbales y corporales, que los otros sujetos que no los conozcan, o que no estén familiarizados con los circuitos de sentido y de significado, quedan de alguna manera afuera, es decir, excluidos de ese imaginario, o de ese sistema de representación comunicativa.

Actualmente, los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), están siendo forzados, debido a la represión / al exterminio que están padeciendo y, a las circunstancias sociales de urgencia en la que se les ha colocado; a llevar a cabo algunos y determinados ajustes de sus estéticas y de sus estilos que se traducen en cambios en la apariencia y en la facha, por lo que están siguiendo la trayectoria de haber sido muy visibles, a tornarse prácticamente invisibles, en especial, en los espacios públicos, incluso en el barrio, la comunidad y circulando la ciudad; aunque todavía usen el transporte colectivo, o caminen las calles, pueden pasar desapercibidos por una estrategia política bien definida y clara.

Quizás podríamos denominar a este mecanismo de afrontamiento, como una especie de *camuflaje* y de *mimetismo social* que tendría la finalidad de proteger y, por consiguiente, de preservar la adscripción identitaria desde la lógica de la sobrevivencia cultural. Asimismo, adquiere la intención de ser un esfuerzo, o un mecanismo para no ser excluidos, o discriminados por la sociedad / la comunidad y tampoco, ser ubicados / detectados y, por consiguiente, detenidos por los cuerpos de seguridad del Estado.

Además de que ya casi no se les ve en las esquinas, aunado a que las estéticas las están mutando, o desplazando hacía los modelos comunes de ser cuerpos, o de portar una apariencia convencional, es decir, están dejando de raparse o de usar el pelo corto (ahora lo tienen más crecido); ya casi no traen arracadas o *piercings*; las camisetas blancas, a cuadros, desfajados y los pantalones guangos y flojos, los han cambiado por playeras, chamarras y sacos; e incluso la forma de caminar balanceándose rítmicamente, quedó para la historia; los tatuajes ya no se portan en lugares tan visibles a las miradas de los otros; y la forma de hablar la están variando en su tono, los matices y en las palabras que utilizan.

Con respecto a la inscripción identitaria marcada en la piel, a través de los tatuajes y, siendo uno de los emblemas culturales más potentes cargados de sentido y de significado para las clicas de la MS-13 y de los *homies* del B-18, están adquiriendo la cualidad de la discreción / de la prudencia / de la mesura, es decir, siguen la siguiente trayectoria, de lo público a lo privado, en las lógicas de los territorios corporales; por lo que ya no se están rayando en lugares visibles y de interpelación abierta al “otro u los otros”, como son, o eran, los que se plasmaban en la zona de la cara, los brazos, la cabeza, el cuello y la pantorrillas.

Uno de los acontecimientos y sucesos recientes / novedosos, muy complejos y fuertes, es con respecto a los procesos psicosociales y a los mecanismos instrumentales que están emergiendo en el hecho de que algunos integrantes del B-18, como de la MS-13, tanto hombres como mujeres, están quitándose / borrándose, los tatuajes, es decir, una especie de des tatuarse que conlleva la idea, o el núcleo de la des identificación, *-des identificadores del estigma-*” (Goffman, 1993); los motivos y las razones son diversas y, pueden concurrir varias al unísono, en el mismo sujeto, teniendo como eje y núcleo de significación, las vivencias sociales y el particular cohorte de su biografía individual.

Cualquiera que sean las causas para des tatuarse, lo que articula tal decisión y, le da sentido, es el hecho de que se está en el intento y en el deseo de reconstituir la adscripción identitaria desde otros sitios culturales, a fin de edificar otro lugar social que permita la construcción de un horizonte de presente, descentrado o alejado de las actividades y de las acciones de la *mara* o de la *pandilla* y, así, por una parte, contrarrestar la exclusión social (Saraví, 2004, 2009), la discriminación que se padece (de la propia familia o de la comunidad), el acoso / la persecución, tanto de la *mara* o de la *pandilla* rival, como de los cuerpos policíacos y de las fuerzas de élite.

Lo que está apareciendo y, haciéndose cada vez más evidente, es una suerte de desilusión con respecto a la adscripción identitaria a la cual se habían afiliado, en función de que no están, o no han cumplido, con lo que esperaban que les iba a otorgar u ofrecer el agrupamiento; a nivel de lo material (lo económico), pero sobre todo en lo afectivo / emocional (lo simbólico). Quizás

esta situación se pudiese explicar, provisoriamente, a partir de la veta de los núcleos de su representación social (Moscovici, 1979), es decir, lo que en el imaginario de cada uno de los integrantes, hombres como mujeres, se habían construido con respecto a lo que era la *mara* o la *pandilla* y, al no cotejarse, o coincidir con sus vivencias en la cotidianidad del agrupamiento y, más que nada, a lo largo del tiempo social; propician, para que se vaya gestando, psicosocialmente hablando, una suerte de estado de ánimo de desencanto, lo que remite o coloca al sujeto en la difícil decisión de des afiliarse / desagruparse de la *clica*; ya que se ha vaciado de sentido: esta des cualificada.

Al parecer, tanto la desilusión como el desencanto de la adscripción identitaria correspondiente, se centra o corre fundamentalmente a partir de que los lazos de solidaridad, los vínculos de hermandad, “*el carnalismo*”, muy característicos de estas adscripciones (de dar la vida por mi *homie*), se están debilitando, (lo cual no quiere decir que se hayan perdido) y, sobre todo, se sitúan en la ruta de su transformación dada la urgencia de la sobrevivencia material, por lo que uno de los valores que está dominando y que van delineando las relaciones intersubjetivas, se basa en el dinero (los negocios), por sobre los otros valores digamos inmateriales / simbólicos, lo cual genera tensiones y conflictos, en las dinámicas internas de éstos agrupamientos.

Una de las situaciones asociadas más delicadas y riesgosas con el des tatuarse y, por consiguiente, des identificarse, tiene que ver con el asunto de la deserción, es decir, con el huir de la *mara* o de la *pandilla*, que implica regularmente cambiar de sitio o de lugar de residencia para no ser encontrado, llevar una vida un tanto clandestina, tener las habilidades y las estrategias para tener más posibilidades de no ser identificado por los rivales, reconstruir la red de relaciones familiares y sociales, quizás para tener más posibilidades de conseguir trabajo o de sub emplearse y, hacer todo, para auto incorporarse a la sociedad como tal, o a la nueva comunidad en la que se esté viviendo.

La deserción, por una parte; ante los códigos y las reglas vigentes de las *clicas* del B-18 y de la MS-13, se lee o se traduce como des lealtad / traición y, por la otra; quitarse los tatuajes de esas adscripciones identitarias implican su negación / su contraposición: aspectos que se pagan con la vida (la muerte), ya que a partir de esos hechos o sucesos, se duda de la discreción y se sospecha

del desertor o de la desertora, en tanto se tiene casi la seguridad de que va a “cantar” o “andar de soplón o soplona”, o de pasar información a los rivales, a la policía, o dejarse entrevistar por los reporteros, los académicos y los investigadores; situaciones que por lo regular los pondrían en riesgo y en condiciones muy vulnerables ante los “otros”.

Implicítamente, estos aspectos de la deserción y de la des identificación (ligada a los tatuajes como marcajes y emblemas culturales), en relación a la adscripción, nos remite a la reflexión y a la discusión con respecto al asunto de *la temporalidad social* en la *pandilla* y en la *mara*. Se ha afirmado, incluso por ellos mismos, que nunca se dejará de ser MS-13, o B-18, ¿Qué quiere decir lo anterior? ¿A qué se refieren con dicha afirmación?

Creo que una de las pistas de explicación, la encontramos en el mecanismo de lo que se denomina como “*el pase*”, -la afiliación / la membrecía-, que va acompañada de un ritual, reflexionándolo a la inversa, el “*des brincarse*”, se convierte en un analizador; ya que remite al hecho de que se está intentando edificar otro lugar social al interior de la *pandilla*, o de la *mara*, que no implica, negar o perder la adscripción identitaria que corresponda. Así como para ingresar a la *clica* se lleva a cabo el ritual de iniciación, “*brincarse*”, de igual manera, aunque en sentido contrario, para tener “*el pase*” y, ocupar otros sitios / lugares, como *mara* o *pandilla*, en algunos casos se lleva a cabo el (des) ritual de “*la des brincada*” que consiste en recibir un castigo o una golpiza definida por la *clica* (parecida a la del ingreso).

Por lo regular, el pase se solicita y, se otorga, -la *clica* hace “*la rueda o el mitin*”, para tomar una decisión-, bajo las siguientes circunstancias, *uno*; alegando el asunto de la maternidad o de la paternidad, *dos*; cuando a alguien le ocurre o le da por la conversión religiosa (cristiana), *tres*; a partir de que ya se tiene una larga / respetable trayectoria y se ha sobrevivido a las violencias urbanas (Pirker, 2004) y, a las situaciones de muerte; ya sea porque se estuvo largamente en prisión, o porque se han tenido vivencias de estar a punto de morir, o de haber estado “*cerquita*”, de ser asesinado, -“*los veteranos*”-.

En cualquiera de estas circunstancias o combinaciones, remite a otro lugar social que se empieza a construir, a ocupar y a ejercer, al interior de la adscripción identitaria, la cual no se pierde, simplemente; muta, se mueve y se

desplaza, siempre bajo la vigilancia de la *clica* correspondiente de que realmente se esté llevando a cabo de una manera “correcta” y “adecuada”, el nuevo rol social (y, puede ir acompañada tanto de los tatuajes como de su remoción): de no cumplir, viene la sanción o el castigo, que por lo común, es sin concesiones.

Estos “pases”, sitúan al pandillero, o al de la mara, en un lugar o sitio “pasivo”, “calmados”, no activos; lo que se traduce en que no están implicados en el consumo de drogas / sustancias y, también, se alejan de todas aquellas actividades y, de las acciones de las violencias y, de las muertes.

7.6) Identidades juveniles alternas / descentradas.

Si bien es cierto que tanto el B-18 como la MS-13, son las adscripciones identitarias hegemónicas, más fuertes y visibles, en el imaginario colectivo, han existido desde finales de los años setentas y principios de los ochentas, otros grupos, -maras-, (Romero, 2003), que podríamos caracterizar como *bandas* locales, por ejemplo, los Mao-Mao, los Chancleta, Gallo, la 42, la Cona, Tigre o Power Ranger. Actualmente, están emergiendo y siendo más protagónicos determinados tipos de agrupamientos que son diferentes posibilidades de ser y de estar en el mundo como adolescentes o jóvenes, centrados básicamente del lado de los consumos y de la apuesta cultural, -“*las bandas culturales*”-, (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004).

Dentro de las amplias configuraciones de las adscripciones identitarias y, quizás desde un lugar silencioso, aunque no por ello invisibles, han estado las propuestas de ser jóvenes desde los discursos y las narrativas convencionales, del *estatus quo* y del deber ser, que tienen varios rostro y trayectorias muy claras / definidas; con bastante solvencia económica, pertenecientes a las clases sociales altas y más favorecidas; acceso sin dificultades a la educación, por lo regular en escuelas privadas (caras y religiosas); trabajos asegurados dado que por lo común, sus padres son dueños de fábricas, o de comercios muy rentables; amplísima capacidad de consumo, por lo que casi no se parecen al grueso de la condición juvenil de su país, sino más bien, a la de otros países desarrollados: nos referimos a los “*hijos de papi*” / a “*los fresas*” y a los “*yuppies*”.

Otros códigos de agrupaciones identitarias juveniles que marcan una amplia heterogeneidad del ser jóvenes, están definidas y constituidas, a partir de lo cultural y de lo simbólico; la pertenencia se juega y se dirime a partir de la construcción de la presencia (Díaz, 2002), en las disputas por la configuración de sentido, frente a las “otras identificaciones” como posibilidades de ser y de estar en el mundo. El articulador, o el analizador de estas adscripciones identitarias (como por ejemplo, los *emos*, los *rockeros*, los *punks*, los de la escena oscura -*darketos*, *góticos*, *vampiros*- y los *hip hoperos*, como las más relevantes); estriban en que su punto de inflexión y de diferenciación cultural está en el asunto de que no andan implicados, ni son delineados o definidos, por las lógicas de las violencias y de las muertes, como sí lo están, una parte de la MS-13 y del B-18.

En las lógicas de la oferta y de la demanda identitaria, cuando *el mercado de las violencias y de las muertes*, emerge como uno de los articuladores sociales / culturales y, se va convirtiendo en un factor constituyente de las adscripciones identitarias juveniles que van cambiando las dinámicas internas y, los resitúa en su vínculos hacia adentro y, hacia afuera; se activa un proceso de mutación que sigue la trayectoria y se desplaza, de la “*banda cultural*” / de la “*palomilla*”, hacia otro nivel de agrupamiento caracterizado por las denominadas “*bandas industriales*” (Sánchez y Reynolds, Ob. cit).

7.6.1 ¿Horizontes de presente: el futuro ya fue?

En El Salvador, actualmente, los contextos sociales / políticos, son muy complejos / difíciles, ya que como en la mayoría de los países del mundo, se está enfrentando una crisis económica nacional como internacional; las remesas que vienen de los trabajadores que están en EE UU, han disminuido drásticamente; las situaciones de desigualdad social son cada vez más alarmantes colocando a una gran parte de la población en la precariedad y, en lo particular, a los jóvenes; el incremento de los niveles de violencias con su secuela de muerte es demasiado preocupante, ya que genera e instaura ciertas lógicas de la para legalidad, junto con una diversidad de actores implicados; aunado a climas de incertidumbre y de zozobra, en virtud de que a partir de 2009, toma el poder, el recién electo presidente, Mario Funes, candidato por el

Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), lo que implica un punto de inflexión histórica crucial, en tanto que da por concluida una larga etapa político / electoral, de 20 años, en la que el partido de la derecha ARENA, a partir de 1994 / al 2009, gobernó el país.

Si pudiéramos caracterizar hoy al Estado Salvadoreño, lo haríamos a través de describirlo e imaginarlo, como una especie de no-Estado, es decir, el momento, la etapa, o la fase de lo que se ha denominado el Estado benefactor (muy situado en el caso mexicano), pareciera ser que no existió, por lo que no se cuenta con la edificación de una serie de instituciones, -la institucionalidad-, que le den un anclaje, un rostro, o un posicionamiento de solidez; ni a nivel social, ni educativo, ni tampoco con respecto a la procuración de justicia, por citar tan solo estos aspectos.

En esta lógica, el Estado es muy vulnerable y frágil, se encuentra debilitado y deslegitimizado, en gran medida por la grave corrupción que enfrentan sus cuestionadas instituciones, incluyendo a una parte importante de la clase política dominante y de los sistemas de seguridad nacional. Por ejemplo, se conoce que la Policía Nacional Civil (PNC), está controlada por poderosos grupos de ex militares: más aún, existen estructuras de poder en su interior que actúan como verdaderas mafias (algunas acusadas de llevar a cabo ejecuciones extrajudiciales y de estar implicadas en la limpieza social dirigida contra la MS-13 y los *homies* del Barrio-18, en contubernio con ciertos empresarios).

Aún con la alternancia electoral que se empieza a vivir, se está en un escenario bastante delicado / complicado y, por lo que corresponde a la agenda de seguridad ciudadana, e inseguridad pública, es una temática que por tradición, la izquierda no la ha hecho suya (e, incluso en América Latina); la ha despreciado y, minimizado, por lo que no se tiene claridad y se desconoce el tratamiento que se le va a dar a las violencias sociales y, en particular, a las políticas dirigidas hacía la *pandilla* del B-18 y de la MS-13.

Ante este marasmo del gobierno, ha llamado la atención y, no deja de sorprender, la lucidez de algunos “*palabrer*os” de la Mara Salvatrucha (MS-13) y de la *pandilla* del B-18, que en fechas reciente, -mayo / junio de 2009-, por mediación de la Fundación de Estudios para la Aplicación del Derecho,

(FESPAD), han enviado una carta al presidente Mauricio Funes, a fin de alcanzar un diálogo y un pacto, con el propósito de afrontar la problemática de las violencias y de las muertes, asociadas a estas adscripciones identitarias juveniles. En sí, lo que demandan las *clicas*, de ambos agrupamientos, son oportunidades laborales / espacios educativos, disminución de la violencia contra ellos, detener los maltratos por parte de la policía (PNC), se investiguen las ejecuciones extrajudiciales y se atienda la violación de los Derechos Humanos en las cárceles. Asimismo, no se está pidiendo amnistía, sino que se indague objetivamente los delitos de los que son acusados: *“que se haga justicia verdadera y justa”*.

San Salvador

Pandilleros salvadoreños llaman al diálogo

» En El Salvador hay registros policiales de unos 13.500 pandilleros, de los cuales unos 5.700 están en prisión

San Salvador/AP

Viernes, 29 de mayo de 2009.

Integrantes de las pandillas Mara Salvatrucha (MS) y la 18 pidieron al presidente electo Mauricio Funes que llame a un diálogo que permita que ambos grupos sean escuchados y proponga alternativas para terminar con la violencia en el país.

"Conocemos del dolor causado a nuestras familias, a la población en general, pero creemos que ahora se están dando las condiciones para poder hacer las cosas de forma distinta", señaló un supuesto comunicado de los pandilleros leído el viernes por representantes de la Fundación de Estudios para la Aplicación del Derecho (FESPAD).

El supuesto llamando de los pandilleros surgió luego de conocerse que Funes encomendó a un grupo de expertos la elaboración de propuesta para crear un nuevo modelo de seguridad pública, con énfasis en las pandillas.

Destacaron que, "aunque la tarea por venir parece muy difícil, nosotros también tenemos la esperanza que se tomarán acciones que puedan dar espacios de soluciones a la problemática de la violencia".

"Tenemos la voluntad de cambiar, pero no solo nosotros mismos, (también) el país en que vivimos", agregan.

Los pandilleros aseguran que quieren ser parte de "los esfuerzos para demostrar que hay formas más inteligentes de resolver los problemas" y dijeron que quieren escuchar las propuestas elaboradas por el equipo del nuevo gobierno.

La MS y la 18, son dos de las principales y temidas pandillas establecidas en populosos barrios de El Salvador, a las que la policía les atribuye al menos un 70% de los homicidios y hechos delictivos en este país.

En El Salvador hay registros policiales de unos 13.500 pandilleros, de los cuales unos 5.700 están en prisión.

Según el comunicado, desde principios de los años 90 se han realizado estudios o montando foros y cumbres antipandillas en los que han gastado millones de dólares, sin dar resultados.

"Con esas millonadas (de dólares) ya hubieran podido solventar algunas de las causas que empujan y perpetran la violencia", agregó.

Rechazan que se les responsabilice de la delincuencia en el país, y sostienen que "ni la experiencia vivida, ni las estadísticas apoyan esta aseveración" y que simplemente se nos acusa automáticamente de todo, sin hacer una individualización del delito.

Afirman, sigue aumentando la cifra de homicidios cometidos en contra de miembros de pandillas "con indicios que fueron ejecuciones extrajudiciales por parte de las autoridades, pero no hay investigaciones reales".

Aseguran también que durante los 20 años de los gobiernos de la derechista Alianza Republicana Nacionalista (Arena) "se han empeñado en acabar con el fenómeno, sin entender que es lo que pasa".

Y sostienen que este fenómeno social, "no va a desaparecer hasta que desaparezcan las causas que han generado la violencia".

http://www.elsalvador.com/mwedh/nota/nota_completa.asp?idCat=6351&idArt=3677551

Las Maras salvadoreñas quieren dialogar con el gobierno.

Publicado el: 12 Junio 2009.

Las maras, las pandillas juveniles de El Salvador han enviado una carta abierta al nuevo gobierno que encabeza el Presidente, Mauricio Funes. En la misiva dan a conocer su voluntad de avanzar en un proceso que culmine en la reducción sustantiva de los actos delictivos y en la creación de verdaderas oportunidades para la juventud excluida del país. En éste y en el próximo programa les ofrecemos sendas entrevistas exclusivas con las portavoces de las Maras 18 y Salvatrucha.

<http://www.rnw.nl/espanol/video/las-maras-salvadore%C3%B1-quieren-dialogar-con-el-gobierno>

La situación es que algunas de las estructuras de poder que se consolidaron en la etapa de la guerra entre el gobierno y la guerrilla de la década de los 80s y, que en los gobiernos de la fase del post conflicto armado, no fueron desarticuladas; se han reconfigurado y siguen actuando / operando escandalosamente desde los límites / los márgenes de lo ilegal (como las policías) y con altos niveles de impunidad. Quizás, no se esté tan lejos de llegar a acuerdos políticos, a consensos básicos, a negociar con los movimientos sociales y con los demás actores (las organizaciones de la sociedad civil) que permitan ir avanzando en la desactivación y en el desmantelamiento de dichas estructuras de poder.

Es realmente impostergable (y, para la mayoría de los países latinoamericanos, incluyendo al mexicano), llevar a cabo un rediseño del Estado, es decir, una profunda reforma constitucional y, de cambios legales sustanciales, -una suerte de nuevo pacto social incluyente-, que vaya delineando las políticas de desarrollo social, más allá de los caprichos y de los intereses de los grupos de gobierno en turno (de ese primitivo y depredador capitalismo “*de amigos / de cuates*”). Uno de los caminos sería, apoyar y dar mayor inversión a los rubros sociales, a la educación, a la salud, al trabajo, a la cultura y, en lo particular, privilegiar las perspectivas preventivas dirigidas a todos aquellos grupos vulnerables que se ubican en los márgenes de las desigualdades sociales (García Canclini, 2004; Reygadas, 2007), como en los límites y en las lógicas de la para legalidad.

7.6.2. De las intensidades, a los posicionamientos.

En el bosquejo de estas situaciones que van diseñando una imagen de las cualidades de los contextos (Loeza, 2008), en los que se articula la academia y la investigación social, es inevitable no reflexionar / problematizar, la ubicación y los lugares donde se juega su enunciación y el correspondiente posicionamiento (Haraway, 1991). De ahí que es imprescindible remarcar la importancia estratégica de la construcción de ciertos conocimientos y de determinados saberes que logren devenir en un discurso y en una narrativa que tenga la potencia (teórica) y la solvencia (etnográfica / empírica), a fin de entrar en los circuitos de disputa de sentido / de significación y, que tenga la capacidad y, la habilidad política de confrontar los lenguajes hegemónicos contruidos desde el Estado, sus instituciones y los poderes fácticos como los *mass media*, cuando se trata de dar cuenta y de decir, para nuestro caso de interés, los asuntos relacionados con la seguridad ciudadana / la inseguridad urbana, las violencias / las muertes y los actores implicados (la MS-13 y el B-18).

Si a los pensamientos de las ultraderechas clericales más oscurantistas conservadoras se les indigesta lo cultural y, muestran una gran intolerancia para respetar las diferencias culturales y las manifestaciones sociales “*de los otros*”, tratando de imponer su moral privada en los asuntos públicos; a algunos funcionarios de las instancias del gobierno, a ciertos integrantes de los poderes

legislativo, e incluso del judicial, les molesta e irrita, que se den a conocer y se muestren las situaciones de la vida cotidiana marcadas por la exclusión social (Saraví, 2004, 2009), como el rostro de la represión y de la impunidad que portan, máxime cuando son responsables de fomentarlas contra determinados tipos de agrupamientos identitarios, sectores y sujetos sociales.

Esto los lleva, desde los lugares del autoritarismo como una matriz del abuso de poder que su lugar político les da; a acosar, intimidar y amenazar, a parte de la comunidad académica y de investigación, independientemente que éstos se encuentren adscritos a espacios universitarios, colegios nacionales, centros e institutos de investigación social de primer nivel y reconocidos internacionalmente. Dichas estrategias vienen acompañadas de un discurso de descalificación verbal de la información científica que se ha construido, ya que la evidencia empírica con la que se cuenta, por lo regular desnudan los discursos retóricos de las autoridades y, muestran, en la mayoría de los casos, los actos de omisión de sus responsabilidades en las que incurren, así como todos aquellos sucesos en los que se colocan abierta y deliberadamente desde la ilegalidad, por lo que implícitamente están favoreciendo la violación de los Derechos Humanos más elementales de la población y de la ciudadanía en general y, en particular, contra aquellas *identidades deterioradas* (Goffman, 1993), como las de los *homies* del B-18 y de la MS-13.

Al respecto, la vivencia que nos cuenta Jeannette Aguilar,⁹⁵ es muy reveladora en relación a lo anteriormente planteado:

(...) quizás de las cosas más desagradables, las descalificaciones y hasta las amenazas a las que te has tenido que exponer en espacios públicos por funcionarios del gobierno salvadoreños, que muestra cada vez más su irracionalidad, en comparación con sus homólogos centroamericanos, son los que siempre tienen las posturas más radicales.

Alfredo: Cuéntame una anécdota así, de las que te hayan pasado, porque me imagino que te han pasado muchas.

(...) en Alcalá de Linares, estábamos en un Congreso Internacional de Seguridad Ciudadana y de Jóvenes y, prácticamente mi presentación fue interrumpida por el Presidente del Consejo Nacional de Seguridad Pública, Oscar Bonilla, se paró, decía que eran mentira todos los datos que yo estaba dando; yo traté de mantenerme lo más ecuánime posible y mantener fría la cabeza y de responderle con los mismos datos

⁹⁵ Entrevista citada.

oficiales, fue un incidente bastante desagradable (...) al final todo mundo estaba sorprendido de la irracionalidad del tipo (...) y, luego, el Director de Centros Penales, en aquel momento que era el mismo que me había permitido entrar a las cárceles para hacer la encuesta, me amenazó con demandarme a la fiscalía, no sé con qué razones, así que viví en carne propia ese tipo de conducta irracional, esa radicalidad, esa testarudez que va más allá de la simple mirada política, sino ya del enfrentamiento personal, de la coacción, de la intimidación que devela todo el deterioro en el que está la clase política.

Se tenga conciencia, o no, el investigador / académico, está implicado en aquello de lo que investiga y de lo que trata de comprender o incidir. Esto conlleva quizás, a reconocer una serie de presupuestos y de posturas de las que quizás no estaríamos exentos de tener interiorizadas como determinados estigmas / prejuicios y, juicios de valor, con los que nos manejamos / procedemos y, de los abrochamientos y, las ligazones a nivel de las afectividades y, de las emociones que tienden a despertarse de manera simultánea e intermitente; cualesquiera que sean éstas (temor / angustia/ miedo / enojo / rabia / impotencia / desencanto / tristeza). Esta constelación, considero, son una evidencia más, entre otras consideraciones, de la parte subjetiva del científico social, del etnógrafo, o del investigador que investiga a los sujetos de la investigación en el intento de la objetivación (Bourdieu, 2003; Devereux, 1994).

Estos aspectos y afectividades, como objetos internos / intrasubjetivos, tienden a recrudecerse y, a emerger, cuando se está trabajando e incidiendo, en escenarios de exclusión y de precariedad social, articulado con los sujetos que se sitúan en los límites (Valenzuela, 2007) y al borde de las lógicas de la para legalidad y, que por lo tanto, participan en los mercados de las violencias / la muerte y, que al mismo tiempo la padecen, es decir, son tanto sujetos de (victimarios) y objetos de (víctimas). A dichos sujetos y actores, desde nuestro lugar de la investigación etnográfica y, de las realidades sociales / culturales en las que están situados; los construimos de determinadas maneras en nuestros imaginarios y, por consiguiente, también los ubicamos en algún lugar social y cultural que van definiendo esos tonos y esos matices de la particular relación intersubjetiva que establecemos con ellos.

Al respecto, Elin Rannum,⁹⁶ a través de contestar la siguiente pregunta, nos comenta de una situación complicada e interesante, por su valor de experiencia que vivió en su trabajo de investigación con pandilleros del Barrio-18, teniendo como escenario / espacio, el encierro (la cárcel), es decir, de estar privados de la libertad:

Alfredo: Cuéntame una experiencia favorable que hayas tenido en tú trabajo de investigación y de campo con respecto al asunto de las Maras

Han sido muchas cosas, te enfrentas a tus propios estigmas, me acuerdo bien de un muchacho que entrevisté en el penal, en el Centro de Menores en Guatemala, estaba marcado de toda la cara y además había participado en la masacre, un mes antes de la entrevista, que es la peor masacre que he visto en toda mi vida y la primera vez que lo ves, te genera como ¡upss! qué voy a hacer con este y, también con una cara muy dura y entro a la comunicación que duro bastante tiempo y cuando uno logra ver atrás de las caras que es prácticamente un niño que ha sufrido mucho y que la vida lo ha llevado a lo que está haciendo, sin quitarle responsabilidad (...) pero creo que una de las cosas más bonitas es que tú ves que detrás, tienen muchos sueños y que de verdad ellos tienen ganas de salir de allí (...) han logrado cambiar o tienen mucha capacidad, creo que realmente esas son cosas que te hacen seguir creyendo y, para mí eso es lo más importante, creer en unos muchachos que sirven para más de lo que son y quizá lo que más te impacta de manera negativa, es que para muchos, a pesar de muchos esfuerzos, muchos de ellos terminan muertos y eso también te impacta.

Esta edificación imaginaria que hacemos del otro, no es a nivel unidireccional, sino que corre bidireccionalmente, es decir, los integrantes de la *mara* y de la *pandilla*, en general y, dado que se los damos a conocer, o nos preguntan; también nos construyen en sus imaginarios como académicos e investigadores desde sus particulares representaciones sociales (Moscovici, 1979), lo cual influye en la manera en que se muestran ante nosotros, (las escenografías sociales), el tipo y el alcance de la información que nos proporcionan y el singular relato que nos dan a conocer.

Determinados datos y, los relatos correspondientes, suelen ser muy delicados y comprometidos, para ambas partes, ya que tienen que ver con acontecimientos reales que sí sucedieron en las lógicas de lo ilegal, o de la para legalidad y, en los cuales fueron protagonistas importantes, ya sea en

⁹⁶ Entrevista citada.

asesinatos, robos y enfrentamientos, como en todos aquellos sucesos en los que fueron reprimidos, golpeados, e incluso, algunos de sus compañeros / *homies*, desaparecidos, o ejecutados extrajudicialmente (asesinados).

Esto plantea un escenario demasiado complejo que nos tendría que remitir a una reflexión y, a una amplia y, profunda discusión, en relación a los aspectos éticos que correrían, por lo menos en varios sentidos; los cuales sólo los marcaré, a manera de problematización: *uno*, ¿Cuál sería la utilidad social de esos relatos? ¿Para qué los queremos? ¿Cómo vamos a utilizar / emplear, esos datos empíricos que estamos construyendo?; *dos*, ¿Cómo definir y redefinir nuestro lugar y función, cuando a partir de que estamos inevitablemente implicados, decidimos tomar, o llevar a cabo, una acción, en la trama social de las violencias y de las muertes?; *tres*, ¿Podemos garantizar no sólo nuestra propia seguridad en tanto se está permanentemente en riesgo y, al mismo tiempo, a nuestros informantes?; *cuatro*, ¿Es posible descentrarse totalmente y no abonar a favor de la recarga del estigma social de estos agrupamientos identitarios cuando uno da a conocer los hechos de violencias y de muertes en los que están implicados?

Sirva el siguiente trozo de narrativa, sustraído de una parte de la entrevista realizada a Marlon Carranza,⁹⁷ a fin de seguir reflexionando acerca de las complejidades de los sucesos que enfrentamos en el trabajo etnográfico con la MS-13 y el B-18.

(...) cuando estaba en Honduras (...) ya después de cierto tiempo, me conocía la gente (...) estaba en mi casa y me llamaron por teléfono cerca de la media noche (...) había habido enfrentamientos entre las pandillas (...) una de las vecinas de esas colonias, me llamo y me dijo que habían herido a alguien en frente de su casa, que si yo podría ir a ver y hacer algo. Fui en un vehículo y, efectivamente, era un joven de una pandilla que estaba herido pero como era un pandillero, los vecinos no hacían nada (...) nadie tuvo el valor porque además, a él lo habían herido en una zona de la pandilla contraria, entonces era muy arriesgado ayudarlo, el joven me reconoció porque yo lo había entrevistado en alguna ocasión y estaba muy mal, tenía un impacto de disparo en el estómago y, estaba sangrando mucho, entonces lo ayudé y lo lleve hasta la unidad de salud de ese lugar para que lo trataran ahí mismo, pero no tenían el equipo que se necesitaba, entonces se lo llevaron a otra ciudad, era muy difícil en ese momento y, además complicado moralmente, porque el tipo no era un santo, era efectivamente un tipo

⁹⁷ Entrevista citada.

que había asesinado a mucha gente, estabas en el dilema de ayudarlo, o no ayudarlo, al final lo ayudas, pero siempre con la preocupación de qué tanto me va afectar a mí, por suerte, nunca paso nada y, él sobrevivió a la herida, estuvo como tres meses internado en un hospital y después de que se curó me mando llamar y me dijo que quería agradecerme por lo que había hecho, así que nos invito a comer a la "Pizza Hot".

Alfredo: ¿En qué año fue esto?

Eso fue en el 2000, nos invitó a comer a la "Pizza Hot" y, al año, volvió a la pandilla y, se puso peor que nunca, entonces uno piensa, si lo hubiera dejado morir, porque él vivió y probablemente le quita la vida a otros, eso es uno de esos dilemas bien complicado porque es a lo que se enfrenta en realidad toda la gente ante ese fenómeno, no sabes qué hacer, qué es bueno, qué es malo.

Alfredo: Además es muy interesante lo que planteas, porque es una discusión, o una reflexión en relación a la ética y ahí está muy complicado.

Por un lado, uno dice, si ellos han sido víctimas también, pero por el otro lado, está clarísimo que algunos de ellos son victimarios.

Otro de los aspectos interesantes, cargados de altas dosis de sensibilidad e intensidades, es lo que tiene que ver con los vínculos (lo intersubjetivo) que se establecen con nuestros sujetos y objetos de la investigación, en el espacio y, en el tiempo social en el cual se está corriendo la indagación, o incluso, la intervención. Lo importante es la representación social (Moscovici, 1979), o su valor simbólico, es decir, no sólo implica el asunto de que son en lo real "*nuestros sujetos*", -a los que entrevistamos, encuestamos, tomamos fotografías, o video-, sino la manera en que se los enviste, o se les carga de afecto, nos ubica en un plano en el que los sentimos en lo implícito / lo latente, como "*nuestros chicos / chicas*", "*nuestros pandilleros*" / "*nuestra mara*".

En varios sentidos, el imaginario que construimos se aproxima y se parece, al "*de pertenencia*", es decir, la *mara* y la *pandilla*, en este caso, simbólicamente son de nosotros, en tanto nos apropiamos de nuestros sujetos / objeto de la investigación etnográfica; situaciones que activan procesos y mecanismos psicosociales de apego y de acercamiento. De tal suerte que cuando algo les sucede a nuestros sujetos, o incluso al ser encarcelados, desaparecidos, o asesinados, se viven como una pérdida, -el duelo-, causando una estela de dolor (social), plagado de estados de ánimo de tristeza, e incluso de depresión, que influyen o que marcan los tonos y los matices, no sólo, de la

investigación misma; de la intervención que se está llevando a cabo, si no, de la escritura etnográfica.

Al respecto, María Santacruz,⁹⁸ nos habla de su implicación con respecto a una de las investigaciones en las que ha participado de la serie de “*Pandillas en Centroamérica*”,

(...) de lo más desfavorable (...) es que te maten a la gente (...) cuando estábamos trabajando, el Barrio Adentro, que muchos de ellos trabajaban con nosotros, realizando las encuestas a ellos mismos (...) de las cosas más duras ha sido que estás hablando y te estás reuniendo con alguien y al cabo de una semana, lo habían asesinado, cuando era calmado, se había desactivado de la pandilla, era evangélico y piensas, la tiene más difícil, porque la otra pandilla no le importa si están calmados, si son desactivados, si son activos, sos contrario punto (...) es de las cosas más desfavorables que he tenido, haber experimentado de cerca (...) el asesinato de la gente con que trabajas y que de alguna u otra forma desarrollas un vínculo con ellos. Y en términos más generales, (...) enfrentarte a una reconstrucción de la vida de alguien pero que está marcada por la tragedia Y no me estoy refiriendo a la tragedia de ser pandillero o pandillera, sino que te llevaron hasta ahí y que te mantiene adentro de la pandilla, entonces es bastante duro confrontar esa realidad, darte cuenta que esta gente, estos hombres, estas mujeres, tienen niños, tienen niñas, estos chicos, estas chicas, que van a hacer si es que están (...) predestinados a ingresar a la pandilla. Mi trabajo con (...) los Homies Unidos fue bastante bonito y el trabajo que me encuentro realizando ahorita con las mujeres dentro de la pandilla, (...) han sido (...) de las más intensas y las más agradables que he tenido yo.

Estas situaciones dolorosas de las pérdidas, abren de igual manera, los procesos de elaboración simbólica que no se remiten, o se agotan en los aspectos de los afectos y de las emociones, sino que a partir de esos sucesos que incluso causan indignación e irritación social, posibilitan la construcción de narrativas y de discursos más precisos o puntuales con respecto a las cualidades de los contenidos en *el mercado de las violencias y las muertes*.

De tal manera que la Mara Salvatrucha (MS-13) y los *homies* del Barrio 18 (B-18), hablan y dan cuenta también de un Estado que ha fracasado en la implementación de los programas neoliberales de la seguridad ciudadana, e inseguridad públicas, basados en las lógicas de cero tolerancia, de la persecución selectiva y de la represión con tintes de exterminio contra estas

⁹⁸ Entrevista citada.

adscripciones identitarias “*desechables*” (Martín Barbero, 1998). Máxime cuando está claro que la gran dificultad, o el problema con respecto a las violencias sociales y, a los climas de muerte, no son ni la MS-13, ni tampoco, el B-18; sino el crimen organizado, en particular, en su rostro y en su modalidad de narcotráfico.

Actualmente, en el imaginario social y, en la opinión pública de la gente, el asunto de las violencias, asociadas a la *mara* y, a la *pandilla*, ya no es la primera preocupación, la cual pasó a segundo término, sino que ahora lo ocupa la difícil situación económica por la que se está atravesando (ENJ, 2007). Y ante los procesos y los mecanismos de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009) y de las situaciones de precariedad afectiva, la centralidad es ocupada por la disputa de los derechos básicos.

En el caso de la condición social de ser joven, sigue marcado por las desigualdades sociales (Canclini, 2004; Hopenhayn, 2005; Reygadas, 2007) y, en lo particular, quienes más la padecen y la resienten, son precisamente estas adscripciones identitarias como la *mara* o la *pandilla*. Se tiene la suficiente evidencia empírica para sostener que una parte de ellos, inicia los procesos de inclusión social, e intenta descentrarse de las violencias y de las lógicas de la para legalidad, sin embargo, en términos reales y, concretos, para la mayoría de ellos y de ellas, están cancelados los horizontes de construcción de un presente, en tanto que no hay, ni existen siquiera, un dejo de oportunidad, o “*de chance*”, para revertir esas situaciones de precariedad social como simbólica, aunado al “*borramiento*”, o al “*aniquilamiento identitario*”, que están sufriendo.

7.6.3 ¿Una agenda de investigación e intervención? ¿Hacia dónde?

El asunto de la seguridad ciudadana / inseguridad pública y, *el mercado de las violencias y de las muertes*, se sigue deteriorando e incrementando, por lo que el panorama es demasiado desalentador y, muy complicado, tanto por los contextos sociales (Loeza, 2008) que los producen, -que no han variado sustancialmente-, como por la amplia heterogeneidad de todos los actores y de los sujetos implicados en estas tramas humanas.

En lo que atañe al fenómeno de las adscripciones identitarias de la MS-13 y de la *pandilla* del B-18; sus configuraciones siguen cambiando muy rápido,

situación que dificulta cada vez más ir conociendo y saber lo que está sucediendo en las dinámicas grupales internas que marcan los tonos y los matices del establecimiento de sus relaciones sociales hacia afuera, es decir, con “*los otros*”.

Los riesgos que se corren para determinados actores son cada vez mayores; en lo que atañe a los investigadores y, a los que intervienen, se ubican en función, no sólo de su seguridad física, sino del tipo de vínculo que se pueda establecer con las *clicas*, de la utilidad social que se le dé a la información obtenida y que tienda a no visibilizarlos ante las instancias que los están persiguiendo y; con respecto a la MS-13, o a la *pandilla* del B-18, en tanto que por las situaciones de represión y de exterminio que están enfrentando, no les tienen confianza a “*los otros*” que intentan acercárseles desde lugares distintos como las instituciones del Estado (que regularmente los engañan), los cuerpos de seguridad (que los infiltran, incluyendo a la DEA, al FBI, a la CIA), los comunicadores y periodistas (que descontextualizan la información) y, ciertos académicos e investigadores (que por lo común no retribuyen y saquen datos).

La siguiente carta, fue enviada al padre Toño, el 12 de noviembre de 2008, -generosamente me obsequió una copia-, la cual transcribo, -respetando la ortografía y la redacción original-; ya que me parece muy elocuente y conmovedora, en tanto confirma lo que hemos venido hipotetizando, en relación a la represión y a la estigmatización social (Goffman, 1993) que los integrantes de tales agrupamientos están padeciendo, así como la auto representación que esta *clica* hace, en torno a sus afectividades y a sus estados de ánimo, por el trato recibido de la sociedad en abstracto y, por su comunidad / el barrio, en lo concreto.

S.S. 25-10-08

*excelentísimo padre:
presente.*

Le saludamos muy respetuosamente esperando goce de buena salud y que la paz del señor este con usted y con los que le rodean; luego de este corto saludo pasamos a lo sig.

Padre toño el motivo de la presente es para comunicarle que nosotros somos jóvenes pandilleros y que por está razón la sociedad no, nos asepta por que asta en nuestra colonia nos sentimos privados de libertad.

Por la razón de ser pandilleros no podemos salir un rato a descansar afuera porque cuando la jente nos vea le llaman a la policía y muchas veces nos han llevado por agrupaciones.

Padre toño aquí nos visitaron del departamento de prevención (governación) y nos pintaron un panorama bonito nos reuníamos 1 vez por semana; pero todo eso era falso porque fuimos sobreseidos por el sistema y como a las 6 semanas nos cayó el primer cateo algunos fuimos capturados algunos otros no.

Luego siempre ha abido cateos a 3 meses como a la 1: AM fuimos sacados de nuestras casas, golpeados y tirados en los pasajes de este cateo se llevaron a un Homeboy y lo han acusado de homicidio. así han pasado serie de operativos y gracias a Dios los que estamos libres ahorita nos hemos metido a un comité de deportes por parte de la alcaldía para pasar ocupados porque algunos trabajamos con nuestra familia en su negocio pero otros no porque la gente tampoco no, nos dan trabajo porque nos discriminan por el hecho de ser pandilleros de lo que no se dan cuenta es que somos seres humanos con sentimientos y con mucho sufrimiento.

Padre toño por medio de la presente nos manifestamos para pedir de su ayuda ya sea de un programa de rehabilitación, talleres vocacionales pero sobre todo con la ayuda del señor. Hojala esperamos en Dios nuestras peticiones sean escuchadas por usted y así recibir una respuesta positiva

Atentamente.

A partir de la carta, es importante reflexionar, que entre los diferentes actores que estamos en el campo (Bourdieu, 1990), se establece una disputa real y simbólica por la construcción del lugar y de la identidad que corresponda, a fin de no ser confundido por “el otro” y, por consiguiente, no restar posibilidades de inserción con este tipo de adscripciones. Por tales motivos, la investigación social y la intervención etnográfica con tales agrupamientos, se tendría que replantear o reinventar desde otros lugares y dispositivos metodológicos, ya que hay una serie de dificultades muy concretas para poder acceder a ellos, en tanto que se han convertido en una especie de *adscripciones identitarias invisibles* en los espacios públicos de la calle, e incluso, de las comunidades en las que habitan o se establecen, ya que aún con estas dificultades, se requiere seguir haciendo el acompañamiento a estas realidades sociales y fenómenos culturales.

La invención e imaginación de esos otros lugares de acercamiento quizás nos estarían remitiendo a llevar a cabo estudios con la comunidad en la que se asientan, probablemente a sus familiares y conocidos, o con fuentes indirectas de información. Asimismo, en lo que atañe a la intervención e inserción, se requiere seguir abonando desde perspectivas de la prevención de las violencias, la reinserción social, en especial las dirigidas a los ex privados de la libertad (la mara / la pandilla) y, la vigilancia en el control y en la aplicación de la ley que conlleva la disputa por el respeto a los Derechos Humanos.

Marlon Carranza,⁹⁹ en relación a un ejercicio de perspectiva y de horizonte, plantea lo siguiente:

(...) en el futuro yo creo que investigaciones más criminológicas. Tal vez con un enfoque (...) etnográfico (...) creo que hay que seguir intentando estar cerca de ellos (...) habría que llegar desde la comunidad misma. Tal vez no directamente a ellos como sujetos pero sí desde la comunidad y por ejemplo (...) reforzar todavía, el tema de la relación entre gobierno y pandillas, se ha hecho nada más a través del estudio y del conocimiento de cómo el gobierno central ha actuado en el fenómeno de las pandillas, todavía no hemos hecho nada vinculado con los gobiernos municipales (...) ¿qué papel deben de tener dentro de este fenómeno? (...) fortalecer la prevención primaria y secundaria (...) una sinergia para diseñar programas conjuntos (...) es una lástima que el tema de rehabilitación no ha tenido la oportunidad de demostrar lo que pueden ser, sobre todo la mano dura vino a romper con procesos de rehabilitación de jóvenes en pandillas y la realidad, no se ha visto todavía un modelo que funcione en este caso (...) es una realidad muy difícil, algunos simplemente ya optaron por dejar de hacer, por ejemplo, la FLACSO de El Salvador, ya dijo desde hace como dos o tres años que con el tema de pandillas no se meten.

Un aspecto central, sería desarrollar cierta habilidad política, a fin de que sea el ámbito de la academia y de la investigación quien logre situarse en un lugar de mediación y de gestión, de la tensión y del conflicto, protagonizado entre las partes beligerantes: el Estado / sus instancias y las adscripciones identitarias de los *homies* del B-18 y de la Mara Salvatrucha, MS-13. El planteamiento tendría que ir construyéndose bajo el argumento de que se está en una especie de, “*guerra de baja intensidad*”, con la intención de eliminar y de aniquilar al contrario, que en este caso, sería *la mara y la pandilla*, donde se

⁹⁹ Entrevista citada.

ha empleado una serie de artificios ilegales y de acciones que hablan de represión e impunidad; la idea sería abrir un espacio y una mesa de negociaciones donde se logre poner fin a la confrontación y, a la guerra de aniquilamiento, es decir, lograr una tregua que encamine a ciertos acuerdos para lograr la paz. -Situación que algunos *palabrer*os del B-18 y de la MS-13, ya lo están proponiendo, ver notas periodísticas de mayo / junio de 2009 y de febrero de 2010-.

8. Los lugares, las presencias y las voces de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC).

Sin lugar a dudas, otro de los actores infaltables que han tenido una presencia estratégica en estas tramas sociales del *mercado de las violencias y de las muertes*, son una parte de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), quienes también han contribuido de manera decidida e inquebrantable, en la mediación de los conflictos y de las tensiones sociales, en especial, en la confrontación que se ha dado y se ha establecido entre el Estado, sus instituciones de seguridad / procuración de justicia; y los agrupamientos del B-18 y de la MS-13, incluyendo a la comunidad en la cual viven / habitan éstas adscripciones identitarias al límite (Valenzuela, 2007), o al borde y, por extensión, a sus familiares, amigos y conocidos.

Los ámbitos en los que más han estado trabajando e incidiendo son variados y además muy difíciles, delicados y riesgosos, como por ejemplo; en la prevención de las violencias en lugares y territorios donde metafóricamente se vive un estalla miento y están totalmente desbordadas y con presencia del crimen organizado en su versión de narcotraficantes; en la disputa por el respeto a los Derechos Humanos cuando prevalece una cultura de violaciones constantes / de una alta impunidad y, corrupción, por parte del Estado y, de sus principales instancias; el espacio del encierro (las cárceles), cuya apuesta va encaminada a influir a fin de lograr mejores condiciones de vida para los presos y lograr una reinserción social favorable de los ex privados de la libertad con todas las agravantes en contra, -sin recursos y con el pesado estigma social (Goffman, 1993), a costas-; en determinadas comunidades y barrios, donde se muestran reacios a participar -válido- y con temor -entendible-, ya que acusan cierto hartazgo, cansancio y desgaste social por tanta muerte; y a

través de implementar determinadas estrategias de intervención inmediata, a mediano y largo plazo, que implica ofrecer talleres de capacitación y de formación en ciertos oficios y habilitación artística para los integrantes de estas adscripciones identitarias de la *mara* y de la *pandilla*, así como para los jóvenes en general que se encuentran ubicados como grupos vulnerables, o en riesgo social.

Este quehacer es eminentemente político, sin adscripción ideológica dura, ni afiliación a ningún partido, ya que son de las nuevas formas y de las actuales maneras en que se muestran ciertos rostros y matices de la organización y de la participación social, cuyos territorios de gestación los encontramos en el trabajo de base comunitaria y, en la militancia activa con sensibilidad, a las desfavorables condiciones materiales y simbólicas de vida, en la que se encuentran determinados sujetos, agrupamientos identitarios y sectores amplios de la población.

La composición de las principales organizaciones, son por demás interesantes y, muy reveladoras, ya que una parte de sus responsables, dirigentes, coordinadores, o los que presiden; vienen del quehacer político de masas, por lo regular, de la vieja guardia socialista y comunista; otros fueron importantes guerrilleros con algún grado militar que estuvieron en batallas claves y en momentos sustanciales en la definición de la conflagración armada y con una formación ideológica sólida; aparece también, la pastoral religiosa cristiana, en su versión más comprometida, cuyos discursos se articulan en la opción por los pobres y, los que sufren en el aquí y, en el ahora de la vida cotidiana, es decir, los jesuitas, los pasionarios de Cristo y los que se rigen por la Teología de la Liberación; tenemos incluso, a los propios sujetos sociales implicados desde un nuevo lugar social construido por ellos mismos, por ejemplo, a partir de haber estado en la cárcel y, ahora como ex privados de la libertad y; a integrantes del Barrio-18 (B-18) quienes han edificado una posición como “*pandilleros calmados o inactivos*”, en tanto que actualmente están alejados del ejercicio de las violencias, de los actos ilegales y de los consumos de sustancias prohibidas.

Por los lugares delicados, difíciles y de riesgo que ocupan estas OSC y, los posicionamientos políticos que abiertamente han jugado, se ubican y entran

en abierta confrontación con el Estado y sus instituciones, ya que están interpelando los discursos / las narrativas que tratan de hacer hegemónicas, - por lo regular a través de los *mass media*-, con la intención de imponer ciertos sentidos / significados sociales y delinear los imaginarios colectivos y los estados de ánimo de la sociedad con respecto a las violencias y a las muertes, ubicando a determinados sujetos sociales (el B-18 y la MS-13), como los únicos ejecutores y los más temibles enemigos en el ámbito del espacio de lo público.

En tanto que estas posturas de las OSC, por lo común, molestan e irritan a las autoridades, las respuestas han sido francamente burdas y primitivas, en las modalidades de descalificaciones de los datos empíricos / la información científica obtenida; el permanente hostigamiento al que están expuestos por los cuerpos de seguridad del Estado; la represión selectiva que han sufrido, ya que algunos han sido acusados de proteger a los “*delincuentes*” y, arbitrariamente detenidos, o incluso cuando entran a sus locales sin privar orden judicial de allanamiento, destruyendo equipo y llevándose material de trabajo importante; las restricciones o la cancelación de permisos para seguir implementando determinados proyectos de investigación o de intervención como en las cárceles; o un declarado boicot a las actividades y a las acciones que se están llevando a cabo; e incluso, como muestra fehaciente de la descomposición social y del deterioro moral, aparecen las amenazas de muerte que algunos han recibido y que los han obligado a tener que salir del país por una temporada.

8.1 ¿El deslavamiento de los Derechos Humanos?

La situación de los Derechos Humanos en El Salvador, la podemos caracterizar de una forma general en crisis permanente y, muy preocupante, ya que hay atropellos escandalosos a la población en general, a la condición juvenil en particular y, tiende a recrudecerse, en los espacios de detención, -*la Bartolina*-, de la Policía Nacional Civil (PNC); en el encierro / las cárceles, contra las adscripciones identitarias del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13) y, se amplía, o se extiende, hacia los familiares, los amigos y los conocidos de estos agrupamientos. Por lo común, estas violaciones son llevadas a cabo por la PNC, -la más señalada-, los cuerpos especiales o de élite, como la Unidad contra Motines (UMO), incluyendo a

todas aquellas estructuras que realizan las ejecuciones extrajudiciales y la limpieza social; sucesos que en la mayoría de las ocasiones quedan en la más absoluta impunidad.

En ciertos casos y acontecimiento en los que se imputa responsabilidad al Estado, a sus instituciones y, a determinados funcionarios en turno, por ejemplo, no ofrecer las garantías a la integridad física de los *pandilleros* encarcelados y privados de su libertad; por lo regular no se logra y ni se alcanza a resarcir o reparar el daño a las víctimas, o a sus familiares y, en todo caso, las autoridades responsables, son cambiadas del cargo público que en ese momento estaban ocupando y enviados a otras instancias, o cesados, aunque no se les establece juicio penal; a lo más, las instituciones correspondientes reciben recomendaciones y, queda a su libre albedrío, si las acatan o no.

Se han documentado, por lo regular, a través de los familiares de los privados de libertad, las condiciones infrahumanas en que se encuentran (hacinamiento,¹⁰⁰ mal alimentados, sin colchonetas, sin agua o contaminada, enfermedades de la piel, brotes de meningitis, casos de VIH / SIDA); las golpizas que reciben, las torturas psicológicas a las que con frecuencia son objeto, los traslados arbitrarios y de noche hacia otros penales sin importar ponerlos con la *pandilla* o la *mara* rival, el acoso y la represión como sistema dirigido a los familiares y, en particular, todas aquellas acciones deliberadas de maltrato y de saña, en contra de los integrantes de la MS-13 y de los *homies* del B-18.

Basta tan sólo poner atención a la siguiente declaración que hace en extenso, Guillermo Antonio García, presidente de AIEPES,^{101 102} para darnos

¹⁰⁰ En la cárcel de Mariona, las celdas tienen una capacidad para albergar a 10 reos, ahora hay más de 40, duermen en el suelo, en hamacas, en camarotes, en los pasillos y hasta en los servicios sanitarios.

¹⁰¹ Guillermo Antonio García Bernabé, ex guerrillero y, en su momento, detenido y encarcelado por motivos políticos con una condena de 22 años: en 1998 obtiene su libertad. Es el presidente de AIEPES y actualmente trabaja en la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos de El Salvador. Los antecedentes de la asociación, se remontan a la creación del Comité de Salud Mental y Física, a fin de incidir en el entorno del encierro, a través de diferentes actividades artístico / culturales / religiosas, como canto, poesía, teatro, deportes, pesas, artes marciales, ajedrez, dominó y talleres laborales (computación). Posteriormente y con el apoyo de la Asociación de Estudios para la Aplicación del Derecho Penal, la asociación adquiere personalidad jurídica en el año de 2000. La intención de su

cuenta de la situación tan dramática y, al extremo, que prevalece en el encierro.

(...) las personas privadas de libertad, es un tema que nosotros siempre le hemos denominado como una bomba de tiempo (...) ha crecido la población (...) hemos pasado de tener nueve mil internos o diez mil, en el año 98 y, diez años después, tenemos duplicada la población (...) Tenemos algunos casos recientes de personas que han cumplido ocho años de estar en condiciones de una detención provisional (...) sin juicio (...) el día de ahora se están realizando la audiencia de esta persona (...) Otro de los aspectos (...) que a nosotros nos preocupa, son las condiciones en las que esta gente se encuentra, infrahumanas, no prestan (...) nada de servicios básicos, la ley dice (...) que tiene que ser en condiciones dignas, sin embargo, son de las cosas que se violenta constantemente. En el caso de Mariona (...) su capacidad es de ochocientos internos y alberga actualmente a más de tres mil, bueno, tres mil ochocientos y fracción (...) allá hay una sobrepoblación de más de tres mil (...) no hay acceso al servicio de agua potable, significa que esa gente se ve en una crisis de sanidad todavía más precaria (...) a nosotros nos llegan también datos de los vigilantes porque ellos dicen, - "mire, pero es que me encuentro en condiciones peores que los mismos internos"-, porque de la comida que les sobra de la población interna, de esa misma les dan a los vigilantes (...) Además, la parte de las golpizas que les da la misma vigilancia, tenemos muchas denuncias (...) dentro de las reformas que le han hecho a la ley penitenciaria, hoy aparece el encendedor como un arma verdad y como una prohibición (...) y en el caso (...) de un interno en Apanteo, por el hecho de tener un encendedor en sus manos, fue objeto de una golpiza (...).

Quizás a partir del cambio de régimen de visita que se dio a través de una reforma penitenciaria en el año de 2007; el acoso, el maltrato y la violación a los Derechos Humanos, tanto de los privados de libertad, como de sus familiares, han ido en aumento y, se ha tornado en una situación insostenible, la cual está afectando seriamente el estado de ánimo de los internos y causando problemas psicosociales del tipo tristeza, enojo, rabia, malestar y depresión.

Los acontecimientos más comunes que están viviendo / padeciendo y que adquieren un tono de tener la intención deliberada de torturarlos a nivel psicológico y, vulnerar así, poco a poco, sus estados afectivos son; restringirles

asociación, es ayudar en la reinserción social de los ex privados de la libertad y de contribuir a generar cambios en las condiciones de vida de los internos en el sistema penitenciario.

¹⁰² Entrevista grupal realizada el 11 de noviembre de 2008, en las instalaciones de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos de El Salvador, en la cual también participó, Jenny Rikkers, quién es cooperante de AEIPES y del voluntariado.

el número de visitas (incluyendo las íntimas o conyugales, -que a veces se les suspende-); ver a sus familiares a través de un vidrio; intervenir (abrir) su correspondencia; no recibir más comida o algún otro tipo de insumos o de objetos para su aseo personal que regularmente se los proveían sus familiares o conocidos; además del maltrato o de las groserías que tienen que soportar en el momento en que son visitados.

A través de los marcajes en el cuerpo de los privados de libertad, se tiene la evidencia de que están siendo golpeados: rostros hinchados, pómulos abiertos, narices rotas, cejas cortadas, costillas quebradas, dificultades para caminar ligero y, dado el clima de temor que se respira, el integrante de la *mara* o de la *pandilla*, sabe que si le comunica a su visita o a su familiar de lo que está pasando y, de lo que le ha sucedido, los colocaría en riesgo y, al mismo tiempo, la visita entiende muy bien, desde el lenguaje de lo latente y de lo implícito, que si denuncia ante las autoridades correspondientes los maltratos físicos que está sufriendo su familiar, lo ubicaría en una situación de mayor vulnerabilidad y, por consiguiente, propiciaría quizás que lo sigan golpeando o torturando, poniendo en riesgo su integridad física.

El estigma social (Goffman, 1993), de *ser pandillero*, o miembro de la *mara*, activa los mecanismos de exclusión y de discriminación social que se retraducen en un aumento en las acciones arbitrarias contra estas adscripciones identitarias y, en lo particular, se expanden a los familiares, aunque se recarga en la condición del género femenino, es decir, en las madres, las hermanas, las esposas, las parejas, o las compañeras de vida de algún miembro de la *mara* o de la *pandilla*; ya que por lo común, se les somete a situaciones denigrantes para la condición humana, en otras palabras, estaríamos ante una suerte de *criminalización* de los lazos consanguíneos y de los vínculos afectivos establecidos de los miembros de éstos agrupamientos.

El relato que nos hace Jeanny Rikkers,¹⁰³ es muy elocuente al respecto:

(...) lo otro es el trato que reciben cuando llega la visita, yo diría que en el caso de la pandilla, es quizás aún más denigrante la forma en que tratan, más que todo a la mujeres que van a ver a sus hijos, o a su compañero de vida y, eso al final, crea una situación bien difícil en que los mismos internos se molestan, se frustran y se resiente la forma en

¹⁰³ Entrevista citada.

que sus familiares son tratados para poder venir a verles y eso crea para ellos un conflicto psicológico, ellos necesitan su visita, pero saben que también están pidiendo que pasen por una situación tremendamente denigrante.

Alfredo: Por ejemplo, si me relatas a que situaciones las someten.

dentro de los penales se encuentra de todo, celulares, drogas, armas, pero la teoría que nos da la Dirección General, es que los familiares son responsables de la entrada de todas esas cosas y son las mujeres que entran todas esas cosas, dentro de su cuerpo, entonces la necesidad es siempre estarles haciendo revisiones corporales, aunque eso fuera relativamente cierto, cosa que nadie ha podido realmente comprobar que es sólo ellas, las revisiones que hacen son denigrantes y hasta atentados contra su salud, ha habido casos de mujeres embarazadas que le han hecho sangrar y por lo menos, dos abortos que yo conozco, también cuestiones de que privan de su libertad a las mujeres hasta horas y horas supuestamente esperando que van a evacuar sus drogas que llevan adentro, entonces las dejan sin agua, sin comida. Esas son situaciones que todos los internos están conscientes de que en cualquier momento su mamá o su compañera de vida o su hermana, va a tener que pasar por eso para venir y llegar a verle a él. Y en esta cultura, esas son cosas aún más difíciles (...) el hecho de que hay drogas, hay celulares, nadie quiere tratar el tema de ¿por qué? hay tanto problema de adicción, porque la gente pasa en un penal tan hacinado con la única opción de estar consumiendo drogas todo el día, si no hay programas, no hay tratamientos para las adicciones, no hay acceso a cualquier tipo de cosas y eso nunca se habla, sólo se habla de que esas mujeres son delincuentes y están entrando droga a sus maridos delincuentes.

Esta política de acoso y de represión identitaria contra la MS-13 y, los *homies* del B-18, adquiere un lugar y un momento climático con respecto a las matanzas y a las masacres que se han dado y que se han llevado a cabo al interior de los diferentes espacios del encierro propiciando un escándalo social y cobrado la vida de un número importante de integrantes de estas adscripciones grupales, además de los tintes de crueldad y de barbarie, empleados, no vistos antes.

Independientemente de las masacres acontecidas en las cárceles de El Salvador, la de Botera (diciembre de 1993), las de Mariona (1994 y, en particular, la del 18 de agosto de 2004, en la que murieron 31 internos y 32 más resultaron heridos); existe una matriz o un patrón de acción muy claro que da la impresión como si se trataran de actos o de sucesos propiciados y deliberados de las autoridades carcelarias, a fin de que se den precisamente

esos lamentables acontecimientos; una especie de fomentar el auto exterminio entre el B-18 y la MS-13.

Por lo común, antes de las masacres, hay indicios o avisos de los propios ex privados de la libertad de que se están dando las condiciones para que eso suceda; solicitan traslados a otros espacios carcelarios, los cuales, aunque se lleven a cabo los estudios psicológicos como marca la ley y, se envían a los equipos de psicólogos, al final no son trasladados; los pabellones o los sectores en los que están cada una de las adscripciones de la MS-13 y del B-18, son sospechosamente descubiertas, es decir, los guardias empiezan a retirarse; las barreras físicas (muros / bardas) que los dividen son derribadas; aparecen las armas blancas (puñales, objetos punzocortantes), e incluso armas de fuego (pistolas / *hechizas*); inicia la masacre (y los guardias no intervienen): se prende fuego a las celdas con todo y presos; apuñalamientos despiadados; cuerpos destazados o desmembrados; degüello y decapitaciones, en otras palabras, estamos ante un *festival* o un *carnaval de las violencias y de la muerte*.

Es evidente que el Estado y, sus instancias, -lo hemos afirmado antes-, adquieren el rostro de un no-Estado, en tanto no tiene más, la capacidad de garantizar las mínimas condiciones de seguridad / de la integridad física, de los privados de la libertad y, en especial, de los integrantes de estos agrupamientos identitarios y, ni tampoco, de darles la protección que por ley están obligados, sencillamente por las responsabilidades sociales que todo Estado tiene por esencia y función para con sus ciudadanos, aunque hayan perdido el derecho a su libertad.

Lo correspondiente, en particular, a la inserción social de los integrantes de la *pandilla* y de la *mara*, que vayan alcanzando su libertad, es demasiado difícil / complicado y, al no lograrse, son una forma directa de extender los procesos y los mecanismos de la exclusión y de la discriminación social. No sólo tiene que ver con que se sigue recargando el estigma social (Goffman, 1993), de estas adscripciones identitarias, sino que ahora se incrementa y, se recrudece, ya que se estuvo en el encierro y, privado de la libertad, quizás por largos años, lo que va minando o deslavando las relaciones y los vínculos sociales con “*los otros*” sujetos, agrupamientos y colectivos.

Además, no existen las instancias, los proyectos y los programas impulsados por el Estado, sus instituciones, los empresarios, e incluso, de las agencias internacionales (las financiadoras), que tengan alguna propuesta real y concreta de estar trabajando en los mecanismos de la inserción social desde adentro de los espacios del encierro y articulados con el afuera de la cárcel, vía los familiares o la comunidad como tal, simplemente en éstos ámbitos no hay recursos, ni humanos, ni tampoco monetarios / ni mucho menos, voluntad política.

Aspectos que vuelven a colocar y, a situar en un dilema y, en una encrucijada, a la mayoría de los que recién recobran su libertad desde el lugar que se tiene como *mara* o *pandilla*: si la sociedad en abstracto, no ofrece opciones y, en concreto, no hay empleos que posibiliten reconstruir un presente en el aquí y en el ahora social / familiar, entonces, adquiere mayor sentido y significado, tanto en lo material (fáctico), -porque se tendrían asegurados los ingresos económicos mínimos- y, más que nada, en lo simbólico (lo que representa y significa); volver a incorporarse a la Mara Salvatrucha (MS-13), o a los *homies* del Barrio 18 (B-18), en tanto y, por lo menos, se tiene una adscripción identitaria que da presencia y un lugar social incuestionable.

8.2) Los usos culturales del estigma.

Es ampliamente reconocido que la instrumentación de los Planes de Mano Dura y de las Leyes Antimaras, -que se declararon anticonstitucionales-, fueron un elemento medular en el incremento de las violencias sociales en épocas de post conflicto armado e influyeron de manera significativa en el surgimiento de varios actores en las lógicas de la para legalidad con un poder de fuego y una capacidad logística tal que ahora le están disputando la legitimidad al Estado y a sus instituciones en los ámbitos de la seguridad pública y de procuración de justicia, en particular, me refiero al crimen organizado, en su vertiente de narcotráfico, del mercado negro de armamento, de los secuestros a prominentes empresarios y de la trata de personas (los migrantes). A su vez, aumentaron la presencia y la actuación de los grupos de exterminio o de limpieza social, además de la temible *Sombra Negra*, surgieron *la Mano Blanca*, *Otero*, e incluso, en una estación de radio KL, de pensamiento ultraconservador y, de derecha, han hecho sus pronunciamientos públicos con

respecto a llevar a cabo una suerte de limpieza de la ciudad, en particular, dirigida contra la *mara* y la *pandilla*.

Aunque han caído en descrédito los planes de Mano Dura y, sus diversas versiones, ya que además de favorecer al escalamiento de las violencias y de las muertes, han fracasado rotundamente, por el simple hecho de que no han disminuido los niveles de inseguridad, al contrario, siguen en aumento, sin embargo, en lo que podríamos denominar como las posturas post planes mano dura y de una forma encubierta, las nuevas modalidades que se avecinan están planteadas en lo que se conoce como el Plan Mérida, una serie de artificios en donde si bien se habla de prevención de las violencias, de rehabilitación e inserción social, no deja de ser un estrategia más sofisticada, para el control y la represión, focalizada de nueva cuenta contra este tipo de adscripciones identitarias.

Estos nuevos escenarios en *el mercado de las violencias y de las muertes*, en lo concreto, ha ido descolocando, poco a poco, a *la mara* y a la *pandilla*, de ser señalados como los únicos sujetos que estaban ejerciendo las violencias, los que se les responsabilizaba en sumo por su incremento, a ser colocados en el lugar primario de ser objetos de ella y de padecerla en situaciones sociales al límite o al extremo, en especial, cuando son perseguidos, ejecutados extrajudicialmente y exterminados por los escuadrones de la muerte, en una especie, latente e implícita, de pretender borrar en el imaginario, la adscripción identitaria de pertenencia como B-18, o MS-13.

Ante la feroz represión que han sufrido durante años y debido al constante acoso al que siguen expuestos, al parecer y, según lo que cuentan los relatos orales, ambas adscripciones identitarias, están pudiendo reconocer que su peor enemigo, no es la *pandilla* o la *mara* rival, sino que es el Estado y, en lo particular, el sistema de seguridad pública y de justicia, en otras palabras, “*los juras*” (la policía) y, todos los cuerpos de élite y de las fuerzas que se han creado y, a los que han tenido que enfrentar.

Este suceso y acontecimiento de identificación de un enemigo común, explica en gran parte el hecho de que ha disminuido, de manera llamativa y significativa, la guerra y las violencias con su secuela de muertes, entre los

homies del B-18 y de la MS-13, tanto en los territorios públicos de la calle, del barrio y de la comunidad, e incluso, en los espacios del encierro y de la cárcel; ya que esta identificación del enemigo (político), ha llevado a determinados *palabreros* (una especie de líderes), de ambas adscripciones identitarias, a tener que llegar a acuerdos y de concertar una *tregua* que también aplica al interior del encierro y de las cárceles, circunstancia trascendental, remarcamos, por su importancia en las tramas sociales, en la disminución actual de los niveles de violencia y de muerte entre estos agrupamientos.

Revelan tregua entre pandillas (maras) salvadoreñas¹⁰⁴
Febrero 20, 2010.

San Salvador, 18 Feb. (Notimex).- Las pandillas de la Mara 18 y Salvatrucha de El Salvador habrían pactado una tregua para detener la violencia contra la población y allanar el camino de negociación con las autoridades de este país, informó hoy el vespertino Diario Co Latino.

El rotativo señaló este jueves que mediante un supuesto comunicado de prensa que enviaron a algunos medios locales, los pandilleros indicaron que el acuerdo de no agresión contra los salvadoreños rige desde el 8 de febrero pasado.

Según el boletín, el pacto establece “no cometer hechos delincuenciales al sector transportista, homicidios y extorsiones”, como una muestra del diálogo que quieren iniciar estos grupos con el gobierno.

“El diálogo es la mejor propuesta para la solución a los conflictos”, subraya otra parte del comunicado difundido por el periódico, al agregar que miembros de las pandillas desean tener otra oportunidad para cambiar sus vidas.

Indicaron que sus familias “estarían en disposición de involucrarse en las negociaciones con las autoridades salvadoreñas, con el objetivo de colaborar también a la disminución de la violencia”.

Pese al supuesto pronunciamiento, los hechos violentos donde resultan implicados los pandilleros han continuado en el país.

En analista político Dagoberto Gutiérrez planteó el miércoles la necesidad de que las autoridades entablen conversaciones con estos grupos pandilleros, al justificar que ellos libran una “guerra social” y porque la criminalidad se salió de las manos del gobierno.

Detractores del presidente Mauricio Funes acusan a su gobierno de mantener una política de mano blanda contra los pandilleros.

<http://lavanguardiaelsalvador.wordpress.com/2010/02/20/revelan-tregua-entre-pandillas-maras-salvadorenas/>

¹⁰⁴ A partir de dicha tregua y, quizás como un posible escenario, podría ser viable, en un tiempo y, en un espacio social no muy lejano, que tanto la *mara*, como la *pandilla*, llegasen a establecer en definitiva la paz, suceso que sería clave como mecanismo para posteriormente buscar una negociación con el Estado y, sus instancias, -al menos se sabe que varias clicas ya lo han propuesto-, y que de fin a la confrontación de todos los actores implicados. Y es aquí donde las OSC, tendrían también un lugar estratégico como mediadores del conflicto.

Dentro de las secuelas de la implementación de las políticas de cero tolerancia y de represión, instrumentadas a través de los Planes de Mano Dura y, de La Ley Antimaras, contra las adscripciones de la *pandilla* y de la MS-13, se ha dificultado de una forma creciente, la labor de las OSC, que por años han trabajado con jóvenes en situaciones de vulnerabilidad y, de riesgo social y, en lo particular, con estas poblaciones situadas, en los espacios de sus comunidades y en los del encierro (las cárceles).

En virtud de que a una parte importante de integrantes de las *clicas* del B-18 y de la MS-13, los han encerrado, se calcula que hay más de 7,500 y; aunado a que las autoridades -desde el 2004-,¹⁰⁵ han restringido y casi prohibido todo tipo de trabajo y de implementación de programas / cursos / talleres / capacitación, al interior de las cárceles y, dirigidos básicamente a estos agrupamientos, los internos se encuentran en una situación en que los contactos o los vínculos sociales hacia el mundo exterior, tienden cada vez más a acotarse y, por consiguiente, a disminuirse, lo que implicaría en su valor y, en su lectura simbólica, una suerte de ir rompiendo y quebrantando su constitución social.

De tal suerte que los contactos que les están quedando, son los que establecen con sus familiares (*“la visita”*), quienes se han convertido y colocado en un lugar estratégico, ya que a través de ellos y, de sus relatos, se está sabiendo y se conoce públicamente de las situaciones complicadas de vida cotidiana en la que se encuentran y, de lo que está sucediendo al interior de los espacios del encierro y de las cárceles en términos de una serie de violaciones a sus Derechos Humanos.

Leamos la siguiente narración que nos comparte Luis Romero Gaviria,¹⁰⁶ *“Panzaloca”*, director de Homies Unidos de El Salvador:¹⁰⁷

¹⁰⁵ Cuando se dio la masacre en el penal de Mariona, el 18 de agosto de 2004, la mayoría de las asociaciones y de las organizaciones que estaban trabajando en los espacios de las cárceles y, con los ex privados de libertad, se manifestaron a través de un pronunciamiento con respecto a los lamentables acontecimientos que se habían dado. A partir de ahí, las organizaciones firmantes, empezaron a ser hostigadas y, a restringirles, hasta llegar a la prohibición, de seguir trabajando en esos lugares y con esa población.

¹⁰⁶ Entrevista realizada en las instalaciones de Homies, el 30 de octubre de 2008, en El Salvador.

¹⁰⁷ Quizás esta sea una de las organizaciones más interesantes, debido a su configuración: la mayoría son *pandilleros*, no activos del Barrio-18, -o de otras pandillas de Los Ángeles California-, quienes además hicieron el proceso migratorio en la década de los ochentas hacía

(...) Los centro de internamiento, los están hermetizando (...) si quieren los muchachos que los visite alguien (...) el único que los puede visitar es su mamá y su papá, si quieren que los visite la esposa o algo, (...) se acabaron las íntimas (...) les están quitando el derecho de sexualidad, de ser felices en ese aspecto, quién va a vivir, encerrado cuarenta, cincuenta años, sin tener a su pareja (...) Si tu quieres ir a la cárcel a visitar a alguien, tú no puedes hacerlo si eres particular, y si tú quieres que tu "jaina" te llegue a ver, tienes que casarte con ella, así que por ley se están casando todos los cabrones (...) para poder tener la visita de sus esposas, ya ni con íntimas, pero por lo menos que llegue la esposa a verlos. Luego, las condiciones paupérrimas en las que están en los centros penales, gente muriéndose de VIH SIDA y que no les están dando el seguimiento apropiado de sus retro virales y las clínicas no están actuando responsablemente dentro de los centros penales. Hablemos también de las condiciones de agua, de comida, tú ya no puedes llevarles comida, sino que tienen que comer el rancho que hay en el centro penal y lo más a que llegan es a frijoles y para que tenga un poco sustancioso les están echando almidón, pero ¿Qué pasa con esto?, al combinar almidón con los frijoles empiezan a tener un gran problema gástrico (...) hay problemas renales, de gastritis, hay gente muriéndose por la comida que se está dando adentro (...) el agua se recicla y la mayoría de los centros penales está padeciendo de rasquín (...) han creado su propia forma de borrarse los tatuajes, porque este rasquín es una escabiosis tremenda en la piel y de tanto rascarse se rasgan su piel y se desangran (...) te despellejas (...) estamos hablando de los centros penales y de los pandilleros que están siendo encerrados, hablemos ahora de los familiares privados de libertad.

Así como se menciona en las últimas líneas del anterior trozo de entrevista, en relación a que se hable de los familiares que tienen a alguno de sus miembros privados de la libertad, lo primero que habría que resaltar, es que son redes insustituibles de apoyo, sobre todo, a nivel afectivo, emocional y, en ese sentido, el lugar y la posición que están jugando, por una parte y, por extensión, los hace ser herederos, social y culturalmente, del *estigma* que cargan los suyos, por ser integrantes de la *mara*, o de la *pandilla*, independientemente de que se les haya probado, o no, delito alguno.

El estigma social (Goffman, 1993), adquiere movimiento y una trayectoria y, un desplazamiento, hasta constituirse en *criminalización*, es decir, la familia correspondiente, es sospechosa, en lo implícito y, en lo latente, de

el país de llegada, los Estados Unidos de Norte América y, una vez firmados los acuerdos de paz, en el año de 1992, en el Castillo de Chapultepec, México y, más o menos, por 1993 / 1994, fueron deportados hacia su patria de origen: El Salvador.

estar involucrada y de participar en determinadas acciones o comportamientos ilegales o de la para legalidad, supuestamente con la intención de favorecer a sus parientes, que ya de por sí son catalogados como delincuentes, por la simple adscripción identitaria a la que pertenecen.

Este lugar y posición de los familiares, es muy difícil, complicado y riesgosa, -real como simbólicamente hablando-; ya que se está expuesto al acoso y a la represión por parte de las autoridades carcelarias, sin embargo, es casi la única fuente de información que está quedando abierta para las organizaciones y los agrupamientos que han venido trabajando con estas poblaciones y, seguir enterados y al tanto, más o menos, de lo que sucede con sus familiares en su situación de estar privado de la libertad.

Es de todos conocidos, aunque muy difícil de comprobar, los diversos actos y las acciones de tortura física (como las descargas eléctricas) y psicológicas, -“*el criteriado*”-, que se están llevando a cabo en los centros de reclusión contra los integrantes de la *mara* y de la *pandilla*, a fin de obligarlos, bajo amenazas, a que denuncien a sus compañeros de *clica*, o que acepten una serie de delitos que no han cometido, o que al menos, no se les han comprobado.

Escuchemos de nueva cuenta a Luis Romero,¹⁰⁸ quien nos da a conocer con lujo de detalle, en qué consiste el mecanismo de lo que se ha dado en nombrar como, “*el criteriado*”, quien a su vez, fue enterado de este procedimiento, justamente por familiares de privados de la libertad, caso del “*Luni*”, en la cárcel de Zacatecoluca, quien fue golpeado salvajemente a puntapiés en la cabeza y dejado con daños irreversibles en su estado físico y psicológico:

(...) supuestamente agarran a uno de los más morros. A eso de las doce de la noche, él está durmiendo, según los testimonios (...) a las dos de la mañana, abren su reja, se meten envalentonados, cinco, seis juras y se sientan a la par, a platicar y, le dicen, -“¡que tall, ¿cómo estás?, sabes que tu compañero ya denunció que tú hiciste un chingo de chingaderas cabrón, te vamos a dar por lo menos unos treinta años de cárcel, si no nos quieres apoyar, o no nos quieres ayudar, te vamos a chingar-”, así pasan como dos o tres días, llegando a tu celda en las noches y cuando miran que no va a decir nada, entonces ya entran a darte en la madre, te golpean y, ya tenemos casos de gente que hasta ha quedado loca, el

¹⁰⁸ Entrevista citada.

Luni, de aquí de Zacatecoluca, de una golpiza, él quedó enajenado, tuvimos que buscar la forma de llevarlo al Hospital psiquiátrico, porque ya estaba pirata ¿qué pasó?, le pegaron con las botas de los policías que tienen también algunos cubos de acero y le quebraron toda la parte de la cabeza, entonces, puta, lo dejaron loco (...) tuvimos que buscar la forma de hablar con ciertos penales y decirles que esa persona se encontraba en condiciones paupérrimas, que se necesitaba sacar de ese lugar, que ya teníamos los doctores que lo iban a ver y así fue como logramos ayudar a este chavo.

Como lo hemos venido señalando, el hostigamiento y los actos de represión, también lo sufren y son dirigidos contra las OSC, que han venido haciendo trabajo desde varios años atrás, con jóvenes en situación de exclusión social (Saraví, 2004, 2009) y, en lo particular, con la *pandilla* del B-18 y de la MS-13. Estos actos son diseñados (deliberadamente) utilizando una serie de artificios o de argumentos supuestamente legales que a partir de la manera en que los implementan, o en la que proceden; tales acciones, paradójicamente, caen en los terrenos de lo arbitrario y de lo ilegal.

Al respecto, Luis Romero,¹⁰⁹ nos cuenta una anécdota de un suceso gestado contra ellos que afectó a su proyecto de Panadería, en el año de 2006:

Alfredo: Ahora, cuéntame una experiencia de las más desfavorables, que imagino han sido varias, que hayas tenido justamente desde tu lugar de pandillero pasivo y de estar trabajando para los Homies.

(...) lo más cabrón que me pasó fue cuando me cierra la policía por primera vez mi proyecto de panadería en la campanera y cuando llego a la panadería y observo (...) pan francés, llena de hongos y de cuestiones putrefactas, porque llegaron a sacar a toda la gente de ahí, no respetaron el ámbito de trabajo, no vieron el esfuerzo de que los jóvenes habían tenido, chingaron como tres o cuatro quintales de harina y, puta, no pudieron observar, por el odio que cerrando esa panadería cerraron o bloquearon miles de pensamientos (...) porque los jóvenes estaban (...) en ese momento (...) enfocados, trabajando, proyectándose (...) y he visto como se pudrió el pan y vi a dos niños cuando entraron a la panadería y me dijeron, -"van a comenzar a hacer pan"-, y le dije -sí-, no sé cómo vamos a hacer, pero la cuestión es que vamos a seguir. Y entonces (...) cuando esos dos niños de ahí que no compran el pan, sino que llegaban a pedirlo, es lo más catastrófico que he sentido.

Alfredo: ¿Cuándo fue eso?, ubícame en el tiempo, fecha y ¿Qué fue lo que adujeron la policía para entrar así? como dices y cerrarte la panadería y ¿Qué pasó con la panadería? ¿Todavía existe? O ¿la abriste después? O ¿sigue cerrada?, dime.

¹⁰⁹ Entrevista citada.

(...) la panadería existe todavía, pero en mínimas condiciones, la situación es que la policía por ser un proyecto donde estaban jóvenes de pandillas y como la ley antipandillas, lo que te dice es que si estás con uno o con más, de otras pandillas, o tatuado, te vas por asociaciones ilícitas; entonces, no les importaba, en impunidad llegaban y se metían y cerraban todo y no respetaban el lugar de trabajo de los jóvenes (...) estos son unos delincuentes, aquí a de haber armas, marihuana, aquí en vez de harina debe de haber cocaína y empezaron a hacer un desmadre y no hubo una investigación, ni hubo algo que fuera llevando el caso, sino que fue una violación a los Derechos de los jóvenes.

8.3) La des identificación / el des tatuaje.

Un acontecimiento socio / cultural, muy potente, en términos de sus sentidos y de su significación y que casi ha adquirido cualidades de lo invisible / imperceptible, ha sido lo relacionado con lo que hemos denominado abiertamente el proceso psicosocial del *des tatuaje* o de la *des identificación* que están llevando a cabo, principalmente, integrantes del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), tanto hombres como mujeres, cuyas edades para los varones, por lo regular, se ubican entre los 20 / los 25 / los 30 años (e, incluso un poco más) y, en el caso de las mujeres, por lo común, oscilan entre los 20 y, menos de los 30 años, es decir, estamos hablando básicamente de que la primera generación de la *mara* y de la *pandilla*, es la que más se está despintando y, en menor cuantía, o representación, los de la segunda “*camada*”.

Sus características y, trayectorias sociales, están marcadas; por el hecho de que han pasado varios años en el encierro y muchos de ellos / de ellas, recién acaban de salir de la cárcel, después de haber estado privados de la libertad, al menos entre cinco / seis años y, más; la mayoría de los varones no tienen empleo, o están en las filas del subempleo y de la economía informal; sus esposas, parejas, o compañeras de vida (“*las jainas*”), aparecen como las jefas de familia; una gran parte, son ya papás o mamás, con dos o tres hijos / hijas, -incluso adolescentes / jóvenes-; de escasísimos recursos materiales como simbólicos, por lo que sus condiciones sociales de vida, son muy difíciles / precarias y se ubican en niveles de sobrevivencia extrema y de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009).

Lo interesante, entre otras consideraciones, es que la tendencia general para empezar a quitarse los tatuajes, inscritos en la piel, está articulada, -

obedece y se intersecta-, a determinadas circunstancias políticas y sociales, en las cuales estaban (o, están) inmersos y viviendo ciertos integrantes de éstas adscripciones identitarias, quienes fueron, poco a poco, dándole rostro y construyendo la demanda en relación a la remoción de sus tatuajes, situación definitoria para que las redes eclesíásticas (los pasionistas de Cristo / los de la orden de San Cayetano), que venían trabajando con este tipo de agrupamientos juveniles, abrieran y ofertaran un proyecto denominado, *Adiós Tatuajes*, en la clínica asistencial, “Padre Octavio Ortiz”, asentada en uno de los barrios más álgidos, de San Salvador, llamado mejicanos, donde los niveles de violencia de género son preocupantes, así como los intrafamiliares, aunado a que ahí habita una de las *pandillas* más fuertes: la MS-13.

Si trazáramos las coordenadas espacio / temporales, los anclajes sociales y políticos, estarían situados en el período que arrancarían después de las deportaciones masivas de integrantes de la MS-13 y de la pandilla del B-18 que hace el gobierno norteamericano hacia territorio centroamericano (El Salvador / Honduras / Guatemala), más o menos por el año de 1994 en adelante; la implementación de las políticas represivas de cero tolerancia, de La Mano Dura (y, sus múltiples versiones) y, de la Ley Antimaras, en los años del 2003 y, siguientes; aunado, a los vertiginosos cambios y a las complejas transformaciones de las propias estructuras y de las dinámicas internas de estos agrupamientos que, entre otras consideraciones, los fueron encaminando a la rigidización de sus reglas, de sus normas, de los códigos de honor / de lealtad, de los duros castigos y de las sanciones que están aplicando a sus miembros.

Este proceso psicosocial de *des tatuarse* o de *des identificarse*, tiene que ver y da cuenta también de las situaciones de violencias sociales, reales como simbólicas (Bourdieu, 2000) y, al extremo, en las que se encuentran determinados integrantes de estas adscripciones identitarias y, que los están llevando a tomar esta difícil decisión, muy delicada y sumamente riesgosa, que los resitúa o reconfigura desde otros lugares sociales y territorios afectivos y, por consiguiente; está redefiniendo sus vínculos intersubjetivos, con respecto a su propia *pandilla* o *mara* (y, por extensión, también con los rivales, incluyendo

a la policía); su familia -hijos, pareja, padres-; la comunidad en donde habitan y la sociedad como tal.

Hay distintas razones y motivaciones como integrante de la *mara* o afiliado a la *pandilla* que se juegan al mismo tiempo, unas con mayor densidad de sentido que otras, para tomar la decisión de irse despintando la piel y, de remover un tatuaje, o varios, de los indicativos de la pertenencia a la *clica*, ya que esto implica en sí mismo, el hecho de dejar y, alejarse de la *mara*, o de la *pandilla*, sin tener, por lo común, el permiso, o “*el pase*” y, por consiguiente, se está renunciando, o negando, en el imaginario de la *clica*, a la adscripción identitaria que corresponda, con toda la secuela de implicaciones que los coloca en situaciones de riesgo para su integridad física y, en algunos casos, hasta la de sus familiares y seres cercanos.

La matriz de significación al empezar a quitarse un tatuaje que es indicativo de pertenencia a la MS-13, o al B-18, tiene que ver con una suerte de agotamiento, de cansancio y de saturación de la adscripción identitaria, justo dadas las circunstancias y las vivencias sociales que se están teniendo y que corren en varios planos o pliegues; están hartos de ser acosados por los cuerpos de seguridad del Estado (los policías / “*los juras*”); perseguidos por la propia *clica* -ya que regularmente, decíamos, no tienen “*el pase*”-; amenazados permanentemente por la *mara* o la *pandilla* rival; desplazados en cuestión de jerarquía y de poder, por los “*bichos*”, más jóvenes que ellos, -doce, catorce o dieciséis años-; la urgencia impostergable de tener un empleo estable; algunos tienen la intención de irse del país (migrar) para cortar de tajo con su pasado; las exigencias de la paternidad; e incluso, al ser rechazados por su propia familia, el barrio y la comunidad.

En función de que no se tiene el permiso, -quizás porque no se ha solicitado o porque se les negó-, para alejarse de la *pandilla* o de la *mara* y, en todo caso, de ocupar otro lugar social en su interior como “*pasivos o calmados*”, se vive en un permanente estado psicosocial de temor, de miedo y de angustia, que los obliga, por sobrevivencia, a tener que dejar el barrio y la comunidad, es decir, se tienen que cambiar de domicilio, e irse a un lugar en donde no puedan ser ubicados, ni tampoco identificados; situación que al estarse *des tatuando*, los ayuda o favorece, ya que la iconografía los va *des*

anclando tanto del lugar como de la adscripción identitaria a la que se pertenecía.

Algo muy interesante de esta situación de tenerse que cambiar de domicilio, es el hecho de que aún así, todavía hay elementos o residuos simbólicos para poder afirmar de que este tipo de identificaciones, la *mara* y la *pandilla*, siguen siendo de lugar y territoriales, aunque actualmente por las circunstancias sociales que están viviendo, se están transformando en una suerte de identificaciones nómadas o en movimiento, sin embargo, e inevitablemente, la marca del tatuaje los remite al nombre de la *clica* y, por extensión, al lugar o al territorio al que se pertenece, aunque ya no se esté o se viva ahí.

Ana Ruiz Mendoza,¹¹⁰ quien lleva a cabo el acompañamiento psicológico en la clínica de remover tatuajes a los chicos y a las chicas que han decidido quitarse una iconografía de la *mara* o de la *pandilla*, hace el siguiente comentario, en relación a lo que venimos planteando:

(...) la parte del cansancio tiene que ver porque las pandillas son jerárquicas y de pronto ellos ya están en una situación que ya no tienen ningún poder y son desplazados muchas veces por los más jóvenes o por los que todavía (...) tienen (...) más fuerza (...) después de haber realizado (...) toda una serie de situaciones de violencia (...) y también cuando ya empieza a madurar, que ya quiere estabilizar su familia o ya hay un hijo, o dos, o por la amenaza, porque ya se sienten que los van a matar, o porque tuvieron un contacto tal vez con la otra pandilla o con la misma policía, ya se sienten perseguidos, toman esa decisión y usualmente cuando vienen a removerse un tatuaje, o se han movido de lugar, o nos han dicho que es el único que ha quedado de la clica a la cual pertenecían, entonces, los tatuajes es algo que los identifica con la pandilla y quieren quitárselos aunque los nuevos, como ellos dicen, desconocen que han pertenecido a pandillas.

El permiso, o “*el pase*”, para tener la posibilidad de rediseñar un espacio social e identitario distinto (un nuevo lugar), como *mara* o *pandillero*, “*calmado*” / “*pasivo*”, al interior de la adscripción identitaria, se da por lo común, -ya que varía de *clica* a *clica*-, a través de un mecanismo muy definido que adquiere varias trayectorias o cualidades: la vía o el mecanismo consiste en que la *clica*

¹¹⁰ Entrevista grupal realizada en la clínica, el día 10 de noviembre de 2008, en El Salvador, en la cual también participó la Doctora, Olga Morales, responsable del proyecto. La psicóloga Ana Ruiz Mendoza, es especialista en violencias de género (feminicidios).

se reúne en una especie de consejo o de jurado, para analizar, hablar del caso, deliberar y emitir un resolutivo y una decisión. Por lo común, el “*pase*” se otorga cuando priva un asunto religioso bien argumentado de conversión, independientemente, si se es cristiano o de otra creencia, o un sustento sólido con respecto a la maternidad o a la paternidad, a la cual hay que invertirle tiempo y ejercer las funciones que correspondan.

De darse el permiso, o “*el pase*”, la *clica* lleva a cabo una especie de vigilancia de que realmente se esté siendo un cristiano activo y de tiempo completo, -o de cualquier otra religión-, es decir, en lo real, se tiene que estar implicado en actividades diversas como andar cuidando, limpiando la iglesia, o la parroquia; predicar en la calle, en los autobuses, o en los domicilios de la gente; vender cosas y objetos materiales para la ayuda monetaria de la iglesia. En relación a la paternidad o a la maternidad, están atentos a que realmente estén dedicados a la educación y a la atención de sus hijos / hijas, darles buen trato, no dejarlos abandonados en la calle; de no cumplir en cualquiera de los casos, viene la sanción o el castigo que suele ser muy duro, incluso se puede pagar con la vida (máxime en el caso en el que se esté involucrado en situaciones ilegales como vender drogas, o andar robando).

Por lo común, cuando se da el permiso, o “*el pase*”, para descentrarse, o “*salir*” de la adscripción identitaria correspondiente, -comentábamos en páginas anteriores-, se lleva a cabo un ritual de *des ritualización*, es decir, así como para ingresar a la *clica*, el mecanismo que se instrumenta es el de “*brincarse*”, al retirase, se les “*des brinca*”, en otras palabras, se les propina una golpiza, igual que cuando entraron. Si bien es cierto que “*el pase*” ya lo consiguieron, no aplica para la *mara* o la *pandilla* contraria, por lo que es el momento justo para quitarse los tatuajes indicativos de su adscripción identitaria, además ya serían, o ocuparían el lugar de “*inactivos o calmados*”, -alejados de las violencias y de lo ilegal-, lo cual los protege un poco ante los rivales (incluyendo a la policía), aunque no es una garantía total de que no les vaya a pasar nada.

El dispositivo del acompañamiento cuando se ha decidido empezar a remover los tatuajes, por lo común, sin haber tenido todavía “*el permiso*” o “*el pase*”, de la *clica* correspondiente, activa y genera un proceso psicosocial dialógico muy interesante, entre el equipo médico / la psicóloga y, por la otra, el

pandillero o la *mara* (hombre o mujer), junto con su familia o acompañantes -la mamá, la pareja, los hijos, los amigos-, es decir, estamos ante el despliegue y la puesta en escena de los vínculos intersubjetivos, cuya centralidad, es ocupada por la conversación y la plática que se logra establecer entre todos los que acuden a las citas. Su valor es simbólico, ya que al ser acompañados, representa que aquel chico o chica que está intentando reconstruirse un espacio social distinto al que tenía como integrante de la MS-13, o del B-18, es apoyado y está siendo de alguna manera incluido en las nuevas redes de las relaciones sociales.

En este acompañamiento, en las primeras citas o reuniones, no se remueven los tatuajes indicativos de la pertenencia a la *pandilla* o a la *mara*, sino en todo caso, se inicia quitando los llamados decorativos o artísticos, -“*los pilosos*”-, momentos en los cuales se va construyendo la confianza entre ambas partes, en el sentido de que la clínica es un lugar seguro para los que asisten, se cuida bastante la confidencialidad y el anonimato, es decir, no se da información, ni a la *clíca* de la adscripción identitaria correspondiente, ni tampoco a la rival, -aunque anden rondando por el lugar-, o al gobierno, o a sus instituciones de procuración de justicia, ni mucho menos a la policía, o a los cuerpos de seguridad del Estado.

Escuchemos lo que nos vuelve a comentar la psicóloga Ana Ruiz Mendoza,¹¹¹ al respecto:

inician removiéndose un tatuaje artístico, lo que pasa es que quitarse un indicativo de pandilla es una identificación y eso ellos de pronto valoran y están pensando por el mismo temor y riesgo que tienen, a quitarse uno de estos tatuajes; en algunos momentos se les ha preguntado si han tenido permiso de la pandilla, o si han o viven en tal lugar, porque algunos nos dicen que viven todavía en el lugar porque en algunos casos hay jóvenes que piden o mujeres que piden y (...) hay como dos posibilidades de pase, que es pertenecer a una iglesia y la otra es la familia (...) van a un tribunal y ahí se valora si realmente les dan o no les dan el pase (...) ese mismo riesgo que ellos corren y que conocen van valorando si hacen este proceso, porque también (...) cual es el vínculo que podemos tener como clínica con autoridades o con otros grupos, porque (...) en esta zona está una de las pandillas y aquí se atiende de las dos pandillas más fuertes y, valoran eso y, vienen, no encontraron riesgo en el camino y luego deciden continuar con los indicativos.

¹¹¹ Entrevista citada.

Cuando ya se inicia el *des tatuaje* de aquellas iconografías que dan cuenta de la afiliación identitaria a la *clica*, como *pandilla*, o como *mara*, que puede llevar varias sesiones o citas, dependiendo del tamaño de la imagen, del lugar del cuerpo y de los recursos económicos, es el momento en el que se va reconstruyendo la biografía individual y la biografía del grupo (una historiografía), en el entendido de que se habla del lugar donde se nació, de su familia, de los motivos del ingreso, de la vivencia al “*ser brincado*”, del primer tatuaje y de cómo se fueron ganando o apareciendo los demás y los motivos de haber dejado a la *clica* correspondiente.

La condición de género claramente se juega y se manifiesta en el hecho de que regularmente la mujer *pandillera*, o de la *mara*, que ya decidió iniciar el proceso psicosocial del *des tatuaje*, o de la *des identificación*, por lo común lo hace sola, llega sin compañía, -culturalmente está habilitada para eso-, sin embargo, el hombre, al parecer necesita de más apoyo emocional y, por lo tanto, arriba con su pareja o su esposa, sus hijos, e incluso con su madre. De igual manera, frente al dolor que no sólo es físico, sino también social y emocional, las mujeres lo soportan más en lo físico, aunque en lo afectivo, son más sensibles, ya que regularmente les da el llanto, en cambio, a la mayoría de los hombres, -los chicos más rudos de la *clica* de la *mara* o de la *pandilla*-, suelen frecuentemente ponerse muy nerviosos / angustiados y, posteriormente, tienden a desmallarse, aunque son muy recatados para manifestar sus emociones, como la tristeza y el dolor afectivo que están sintiendo (estrategias de la masculinidad).

El irse quitando los tatuajes como proceso psicosocial de *des identificación*, implica también la activación de mecanismos psicológicos de pérdida que se tienen que ir elaborando psíquicamente, a través de la elaboración (la conversación / la plática), es decir, materialmente la iconografía y sus sentidos, se van sacando de la piel / del cuerpo, para simbólicamente, irlos poniendo en la palabra / en el discurso y, que por lo común, llevan a quien lo está haciendo, a estados de ánimo múltiples donde se conjugan sentimientos de ambivalencia, de tristeza, de depresión y de melancolía.

La doctora, Olga Morales,¹¹² responsable de la clínica de remoción de tatuajes, nos comenta en relación a las identidades y al asunto del género:

Más que todo, lo he observado en las mujeres, cuando ellas dicen que el tatuaje es de pandilla, lo hacen más repintado, bien hecho, algo que lleva plasmado para toda su vida; cuando nosotras estamos quitándolo, a veces empiezan a llorar, no es por dolor, sino por el encuentro de emociones que hay en ellas, en ellos también, pero es un poco más reservado, aquello de entre alegría y tristeza, es un ambivalismo de emociones (...) entonces como que tengo que hacerlo, pero a la vez me estoy desmembrando de algo que ha pasado por muchos años, hay muchachos que han estado hasta nueve, diez años dentro de la pandilla y quitar un tatuaje después de nueve años es bien difícil, máximo para ellos porque es parte de su vida, de su quehacer.

Esto es así ya que la iconografía inscrita en la piel y, en el cuerpo, en términos amplios; es un marcaje con valor simbólico que representa parte de la historia de vida de ese sujeto (hombre o mujer); de un suceso o acontecimiento significativo, -por eso se le plasmó-; de un espacio y de un lugar social que se había construido / ocupado y, que ahora se está renunciando a él y; lo más importante, de la definición de su adscripción identitaria de *mara* o de *pandillero* que en el imaginario se instaló como un suceso definitivo / total, para toda la vida, que sin embargo, ahora se cae en la cuenta de que eso no era así y, hay que hacer ajustes y rea cómodos en el psiquismo.

Estas situaciones y vivencias de las pérdidas / de los duelos, adquiere especificidad y densidad, a partir de varias consideraciones, trazos y trayectos, a saber; en relación al espacio y al tiempo social que se estuvo y al que se perteneció andando con la *clica*, -diez, quince años- y, por consiguiente, se portaba con orgullo la adscripción identitaria que correspondiese; al tatuaje específico / la iconografía que se está removiendo, ya que la mayoría de los dibujos se los ganaron / se los merecieron, en función de los sucesos, los eventos, las acciones, o las misiones que se realizaron y que además se cumplieron exitosamente, lo que conlleva a ocupare un lugar de poder y de jerarquía social al interior de la *clica*, es decir, a un estatus y prestigio social, que se juega, no sólo ante la *mara* o la *pandilla* de pertenencia, sino también

¹¹² Entrevista citada y realiza en dos momentos con la Doctora, Olga Morales; el 10 y el 13 de noviembre de 2008, respectivamente. Es licenciada en Anestesiología y especialista en dermatología.

hacia el afuera en lo social / los “*otros*” rivales / enemigos, -la policía por ejemplo- y, los “*otros sociales*”, -el barrio o la comunidad-.

Quizás los tatuajes y, las iconografías en el rostro, además de lo doloroso que es quitárselos, porque la zona de la cara está muy vascularizada, removerlos implican una decisión muy fuerte, real como simbólicamente hablando, en tanto que no cualquiera los porta o se los gana, representan haber realizado acciones al extremo por la *clica*, o misiones donde se puso en juego el arrojo y hasta la propia vida. Asimismo, a través de los dibujos en la cara, es un mensaje inequívoco que alude a que se está dispuesto a dar todo por la adscripción identitaria a la que se pertenece y, al mismo tiempo, para atemorizar, asustar o intimidar a los contrarios de que se es muy valiente y temerario desde las lógicas de las estrategias de la masculinidad (Bourdieu, 2000, Serrano, 2005).

Escuchemos de nueva cuenta a la Doctora Olga Morales y a la psicóloga Ana Ruiz Mendoza,¹¹³ respectivamente, en relación a sus vivencias y a sus experiencias que han tenido en su labor de remover los tatuajes indicativos de afiliación a la *mara* y a la *pandilla*, así como el acompañamiento psicológico.

Olga Morales:

Hay jóvenes que nosotras hemos servido como referente, el primero que empezó (...) tenía problemas con la pandilla porque el pase no lo tenía, entonces, se gestionó con Antonio para que se le ayudara, se fue a España, está trabajando, se llevó a su familia y para mi creo que ha sido una de las personas más estables que quizás hemos tenido porque le hemos seguido la pista, en el aspecto de que sí se ubicó, hizo cambio de vida, porque ya con su hijo y su esposa lograron tener una estabilidad y tenemos otra persona que fue hace unos años, en el 2004, que él delinquirió nuevamente en Estados Unidos, él era deportado, se volvió a ir, estaba preso y nos llaman a nosotras para decir que si era verdad que había estado en un proceso de remoción de tatuajes, entonces quería él una carta redactada de toda la cuestión, porque él quería demostrar que aquí en El Salvador había hecho un cambio de vida, ojala que le haya servido.

Ana Ruiz Mendoza:

(...) este tipo de trabajo, son enganchadores, porque detrás de un pandillero, hay una familia y detrás de un pandillero muerto, hay una familia con dolor, nosotros creemos que no podemos ser indiferentes a esa mamá que espera que su hijo cambie. Hace unos días venía una mamá y decía que iba a una iglesia y que alguien le había dicho que iba a recibir esa semana un regalo y, el regalo fue que su hijo al salir de la

¹¹³ Entrevistas citadas.

cárcel llegó a su casa y viven cerca de aquí pero tienen que salir a las tres de la mañana cuando pueden venir en treinta minutos, para que no le identifiquen, entonces, ese es el dolor que vemos y que no podemos ser indiferente a esto.

8.4 La gestación del *mercado de las violencias y de la muerte*.

En relación a lo que hemos denominado libremente como el *mercado de las violencias y de las muertes*, nos interesa centrarnos en sus construcciones socio culturales, es decir, en situar, *por una parte*; algunos momentos y sucesos de la historia del país / a sus relatos como sociedad salvadoreña y, *por la otra*; a las amplias estructuras y a las matrices de significación -lo simbólico- que se fueron configurando, a partir de las cuales, se van diseñando / matizando y, dando rostro, a la emergencia de una diversidad de circunstancias complejas y, de múltiples actores implicados en *el festival*, o en *el carnaval* de las violencias, con todo y sus secuelas de muerte, de crueldad y de barbarie, en las que por lo regular, se envisten.

Con respecto a los marcajes históricos que delinear ciertos contenidos en los imaginarios colectivos, en las trayectorias de *las culturas de las violencias* (Ferrándiz y Feixa, 2004; Blair, 2005; Carranza, 2005) y, en la historia oral de la gente, sobresalen el asunto de *las masacres* como un hilo conductor que se desplaza en el tiempo histórico y en el espacio social con cierta plasticidad y, sin perder sus especificidades, en tanto van dando cuenta de las formas que se han utilizado para matar y las maneras empleadas para aniquilar a “*los otros*”, es decir, a determinados sectores estratégicos o grupos de la población civil, que se caracteriza o sobresale, por las dosis que se imprimen de saña y de indolencia (lo simbólico, en la materialidad del aniquilamiento y del asesinato).

Quizás como un hecho socio cultural fundante y, clave desde su valor hermenéutico / interpretativo, en la historia reciente de El Salvador, es *la masacre* que tuvo lugar el siglo pasado (S.XX), en el año de 1932, en la zona Occidental del país, en la región o localidad de El Salto, en la cual se asesinaron a miles y miles de indígenas, -hombres como mujeres-, (cuentan 30 mil / 60 mil), la mayoría de los cuales terminó en fosas comunes, -ya que los cadáveres no fueron recogidos por sus familiares-; por lo que las aves de rapiña, los puercos y los perros, se encargaron de devorar, mutilar y

desmembrar los cuerpos: de ahí se gestó la tradición culinaria, que perduró varios años, de no comer carne de puerco, ya que se decía; se alimentaban de los muertos.

En la década de los setentas, en el contexto de las convulsiones sociales y de las revueltas callejeras, las protestas políticas, el malestar de los estudiantes, las condiciones de pobreza de los campesinos, el acoso a los líderes políticos, a los luchadores comunitarios y de los fraudes electorales, (Cuéllar, 2001; Moser y Winton, 2002), se registran dos masacres: *una* en el año de 1975 (el 30 de julio), en la que se arremete contra una marcha de protesta urbana encabezada por estudiantes universitarios quienes fueron asesinados (y, sus cuerpos mutilados / desmembrados); y dos: en el año de 1977, en la que se asesinaron a bastantes campesinos con lujo de violencia / barbarie, simplemente porque venían a inconformarse en el centro de El Salvador, -la plaza libertad-, por el fraude electoral.

En la confrontación armada, entre el ejército y la guerrilla, que tuvo lugar, en el año de 1982 a 1992 (fecha en la que se firmaron los acuerdos de paz); hubo más de 70 mil personas asesinadas y, aunque en ambas partes se cometieron excesos, se identifica a las fuerzas regulares, a las especiales, para militares y a los temibles *kaibiles*, a quienes se dedicaron a instrumentar la guerra de contrainsurgencia, cuya lógica de combate se centraba en minar a la base social y comunitaria de apoyo a la guerrilla, que se traducía en crear terror y miedo, a través de la forma y de la manera en que se asesinaba; *masacrar* a poblaciones enteras; ajusticiamientos selectivos y masivos; descuartizamiento o desmembramientos de cuerpos; aldeas incendiadas, -“*tierra arrasada* o *quemada*”-; vientres abiertos de mujeres embarazadas a bayoneta calada; degüello o decapitaciones públicas en presencia de sus familiares, -esposas, hijos e hijas-, entre otras crueldades más.

Estos son, sin duda, algunos de los indicios y de las pistas culturales, de la construcción social de las violencias y de la muerte, con sus matices de lo burdo y de lo absurdo, que fueron delineando y configurando, estructuras de poder que las encontramos actuando, por ejemplo, en las situaciones de guerra y en las instancias del ejército (con todo y sus cuerpos de élite); ámbitos eminentemente jerárquicos y verticales, entrenados para llevar a cabo

cualquier misión o acción que se les ordene, aunque sea *masacrar* a la población, o asesinar a sectores, o agrupamientos sociales definidos y adscripciones identitarias, sin ningún recato, ni miramiento.

Las *masacres* (genocidios) y la guerra, bajo cualquier denominación, fue y es una matriz cultural muy potente en la construcción social de las violencias y de las muertes; ya que la generación de niños, de adolescentes y de jóvenes de esa época, creció y se educó en esos climas y ambientes de barbarie y de crueldad, lo que implicó que una gran parte de ellos, se involucraran y participaran en el conflicto armado, ya sea del bando de los militares, o de los guerrilleros; incluso, bastantes de ellos y de ellas, observaron y vieron, cómo sus padres o sus mamás, eran asesinados, sus hermanas violadas, o sus hermanos decapitados o desmembrados.

En tanto vivencia social / cultural, fortísima por su marcaje, hay una suerte de mecanismo psicosocial que se activa, de incorporación e internalización, de esas violencias que se tienden a naturalizar, con sus rostros o matices de crueldad / de barbarie, que se han aprendiendo y, que por lo regular, tienen que ver con la manera en que se construyen los tonos de las posteriores estrategias para resolver las tensiones, los conflictos y los problemas sociales y, al mismo tiempo, influyen, -aunque tampoco son totalmente definitorias-, en la especificidad en el establecimiento de los vínculos sociales con "*los otros*", -las intersubjetividades-.

En ese sentido, tanto las violencias como la crueldad y la barbarie que llevan a cabo determinados actores o sujetos sociales, son construcciones socio culturales, -no son biológicas, ni hereditarias, es decir, no se nace violento o asesino- y, en su configuración, tiene que ver con la re articulación y el entramado, *por una parte*; entre las biografías individuales (que se edifican colectivamente), por ejemplo, la construcción violenta como hombre o mujer, -si fuese el caso- y, *por la otra*; con las estructuras o las grandes matrices de significación, es decir, con la configuración histórica de las violencias sociales que el país como tal ha vivido.

Una parte de dichas estructuras de las violencias y de las muertes, no han sido desmontadas, por lo que están activas y operando, así como la emergencia de una gran diversidad de actores (o, de los profesionales de las

violencia, -Tilly, 2003-), quienes abonan tanto, en el incremento de la inseguridad ciudadana y de los niveles de violencias, no vistos antes, ni siquiera en la época del conflicto armado, como en el reciclaje, o la re significación, desde otros lugares sociales, de las viejas prácticas culturales para asesinar, masacrar, aniquilar y, más que nada, causar terror y miedo en la población, e intimidar a los rivales o implícitamente enviarles una especie de mensajes a determinados sectores, agrupamientos, o adscripciones identitarias, que se les desea exterminar, como podría ser el caso contra la *mara* y la *pandilla*.

Mauricio Figueroa,¹¹⁴ director de la organización Quetzalcóatl, cuya apuesta es política (no partidista), en tanto se trabaja con sujetos estigmatizados (Goffman, 1993), los privados de la libertad, en el espacio del encierro / de las cárceles salvadoreñas, nos habla de la configuración de las violencias / de la crueldad / la barbarie; de los actores y de las formas de asesinar:

¿Qué significa para una persona matar a otra? alguien que ha matado lo sabe perfectamente, si lo haces una vez, hay toda una crisis alrededor de la primera vez, después, (...) entre más ejecuciones vas haciendo, menos vulnerable te sentís a lo que estás haciendo, menos temor y nervios (...) vas haciéndolo e incrementado los niveles de barbarie (...) hay toda una construcción en nuestra sociedad pero también a nivel del individuo de cómo interpreta y vive ese tipo de barbarie (...) el significado que esto tiene para diferentes grupos de la sociedad es bien complicado, porque (...) entre más bárbara la forma de muerte, la venganza o la respuesta, debe de sobrepasar esa barbaridad. Y eso pasó al inicio, de los desmembramientos de los años noventa (...) aparecen las primeras personas desmembradas por el centro del San Salvador y se adjudicaron en ese momento a guerra entre pandillas. Y eso era algo completamente falso, porque eso no estaba en el imaginario de la pandilla (...) entonces se supo que los primeros muertos (...) no eran ejecutados por pandillas, si no por estructuras criminales contratadas específicamente para hacer esto, provocar terror y que la otra pandilla respondiera con una forma más cruel, el clima iba a ser una guerra entre pandillas, se provocó y se fue aumentando el nivel de barbarie. Después se fueron dando hechos que no se daban desde la guerra, por ejemplo, no se veían masacres de familias enteras y resurge la modalidad de masacres, pero eso era algo que no pertenecía a las

¹¹⁴ Entrevista realizada el 11 de noviembre de 2008, en las instalaciones de Quetzalcóatl, en El Salvador. La trayectoria académica, política y militar de Mauricio Figueroa, además de ser amplia y sólida, es muy interesante: periodista, comunicador social, por la Universidad de El Salvador; formación de cine, video y televisión en Cuba; antropólogo social y en gerencia educativa, por la Universidad de El Salvador y ex guerrillero.

pandillas (...) se empiezan a aplicar (...) desde diferentes actores, lo hacen la gente contratada, pagada exclusivamente para esto, pero también, lo empezáis a hacer jóvenes que no tenían ninguna práctica, en este tipo de actividades y, empiezan a hacer barbarie de esa manera.

Lo interesante, entre otras consideraciones, del trozo del relato anterior, es que las violencias sociales (Sosa, 2004), es uno de los analizadores culturales más potentes, ya que es un dispositivo que siempre ha estado ahí, en el tejido de las relaciones intersubjetivas, que va modificando sus rostros y sus matices, haciendo sus marcajes en función de ciertos sucesos o escenarios y, activando o construyendo, a nuevos actores o sujetos que las ejercen (o los que las padecen), es decir, lo que va mutando o cambiando, son los actores, ya que las problemáticas permanecen, a veces silenciosamente, ejemplo; en varios sentidos, siempre ha habido tráfico de armas, de drogas, de humanos, robo de autos: sólo que en la década de los 80s, en plena confrontación armada, los actores eran otros, con respecto a los de ahora; la guerrilla por lo común y, para hacerse de recursos, traficaba con humanos, venta de armas y carros robados; y, los militares, principalmente, andaban en el tráfico de drogas.

En estas lógicas, se está empezando a reconocer, por una gran diversidad de voces, que las violencias sociales, no son responsabilidad exclusiva de las adscripciones identitarias del B-18, o de la MS-13, como se ha querido hacer creer, sino que se les ha ubicado, analizándolo desde la teoría de grupos (operativos), en el lugar social de los “*chivos expiatorios*”, aquellos que por sus circunstancias o características socio culturales, se les depositan los males sociales, o lo negativo que no se ha podido elaborar como sociedad y, esto conlleva, invisibilizar a los otros actores o sujetos activos de la trama grupal o social.

Uno de los artificios narrativos y, a nivel de los discursos, a fin de seguir adjudicando el rol social de “*los chivos expiatorios*” que ha edificado y utilizado el Estado y sus instituciones, es el de la seguridad pública y, por extensión, el de la seguridad nacional, -coartada perfecta-; ya que esto le posibilita fortalecer a las fuerzas armadas (con presupuestos y tecnología militar); entrometerse con el poder judicial, a fin de hacer y deshacer cualquier ley o legislación; y actuar en los márgenes de lo ilegal (argumentando su legitimidad para ejercer

la represión y la violencia), que se traduce en autoritarismo, arbitrariedad, corrupción e impunidad.

Sin embargo, desde varios lugares sociales, el impacto de las políticas de represión que ha implementado el Estado y, sus instancias, contra la *mara* y la *pandilla*, han disminuido, en varios sentidos, su presencia social, es decir, la tendencia va en las trayectorias de hacerse invisibles, medio clandestinos, acontecimiento y circunstancias que al mismo tiempo están posibilitando una mayor visibilidad de otras adscripciones identitarias, no hegemónicas y, que sin embargo, también han estado ahí, a nivel de lo latente y de lo implícito; me refiero a las configuraciones de los rockeros, los *emos*, los de la escena oscura (darks / góticos), metaleros y hip hoperos, como los más sobresalientes.

Estas adscripciones identitarias juveniles que las hemos referido como descentradas de las dominantes, son importantísimas, por su valor simbólico, es decir, lo que representan para sus integrantes o afiliados; regularmente significarían apoyo del “*otro*” parecido o similar a uno, -grupo de pares-; solidaridad en los momentos difíciles de la vida cotidiana; afecto que a veces la familia consanguínea ya no puede proveer; y la grupalidad como posibilidad social de una construcción de las identidades colectivas: aspectos que en la guerrilla, como adscripción, también se encontraban y se ofrecía; aún y con todas las contradicciones y las tensiones, de todos estos agrupamientos identitarios.

Al respecto, desde su vivencia y experiencia, Mauricio Figueroa,¹¹⁵ nos comparte lo siguiente:

Hay un movimiento interesante alrededor de todos los que son roqueros, darks, los metaleros, todos ellos son una expresión que viene a constituirse en la actualidad como un contrapeso a todo lo de las pandillas. Los emos también juegan un papel muy importante con una subcultura (...) que al final (...) es el reflejo de la necesidad de la construcción de una identidad individual y colectiva de los jóvenes de integrarse, de sumarse a una sociedad que cada vez los excluye más (...) las pandillas resolvieron en algún momento esa necesidad de apoyo, de afecto, de protección que la familia no te da (...) pero también hay otros grupos que se disputan esa posibilidad de integrar socialmente a alguien, de dar afecto, de protegerse, de emular (...) la pandilla no es solamente una suma de la violencia (...) en la pandilla encontrarás valores como la solidaridad.

¹¹⁵ Entrevista citada.

Alfredo: El carnalismo, decimos mucho en México, que es una hermandad mucho más fuerte que la consanguínea.

(...) ¡Claro!, porque te morís (...) si es necesario por un hermano, un par, uno de mi grupo y eso es algo que no se veía aquí desde la guerra, por ejemplo, en la guerra la gente era capaz de morirse por rescatar a otro compañero, a otra compañera (...) ¿cuál era la consigna?, compañero herido, no hay que dejarlo en el fuego (...) hay que sacarlo y si eso implica que caiga otro, hay que hacerlo, pero no se puede dejar a un compañero que caiga en manos del enemigo (...) esa concepción de familia de respeto a la vida, de compañerismo, se está reproduciendo hoy en otros espacios y eso también es producto directo de la guerra, como se vivió. Hay una mezcla de elementos que se han tras culturizado, que son propios, nuestros, que se han llevado al ámbito de pandillas juveniles, llámales MS, 18, dark, punk o emo, que están cobrando vida en esos espacios, que lo hemos transferido como sociedad.

8.5. Lo burdo y lo absurdo de las muertes.

En términos enfáticos, podemos decir que la violencia estructural (la de las condiciones materiales de vida, -que genera pobreza y activa los procesos de exclusión social-), es la matriz de todas las demás violencias, no ha cambiado / ni variado, e incluso, ha adquirido otros matices y diferentes tesituras: más aún, consideramos que se ha agudizado y, en toda caso, se ha tornado tan compleja, hasta el punto de que está siendo muy difícil desmontarla y, por ende, contrarrestarla.

La implementación de un proyecto neoliberal en lo económico y en lo cultural, aplicado, en la mayoría de los países de las Américas, ha sido un rotundo fracaso, ya que ha instalado un capitalismo depredador, -de amigos-, sin ética social, cuyo único valor ha sido la ganancia, -el dinero / las riquezas-, a costa de todo y de muchos; en tanto que lo que interesaría, es tener cosas del mundo, más que estar en él. Situaciones que han generado, para una gran parte de la población, una condición de precariedad social al límite cuya centralidad es la sobrevivencia (en relación al empleo, la vivienda, la salud, la educación, la recreación, la seguridad pública) y, de una fragilidad simbólica al borde (aumento en las tasas de suicidios, melancolías colectivas, desesperanza en el presente del aquí / del ahora de la vida cotidiana y un malestar social e irritación agrupada, en aumento).

Esta condición de precariedad y, de exclusión social, al límite y al borde, tiende a recrudecerse en la condición juvenil contemporánea (Saraví, 2004,

2009; Hopenhayn, 2005), ya que la sociedad y sus instituciones, no tienen más respuestas sociales / culturales para ellos, se les agotaron y se les vaciaron de sentido, en relación a los requerimientos que este sector de la población demanda para tener la posibilidad de edificar un horizonte de vida viable y así mejorar sus condiciones fácticas (empleo bien remunerado / educación de calidad / vivienda digna, por ejemplo) y simbólicas (afecto / solidaridad / espacios reales de pertenencia / de membrecía y de construcción identitaria), por mencionar tan sólo éstas.

Esto conlleva a un escenario socio cultural, real y concreto, para una gran parte de jóvenes, no sólo por la inexistencia de un horizonte de futuro posible, sino más dramático aún, la cancelación de un presente, en el aquí y en el ahora de sus vidas diarias / cotidianas y, aunado, a que se ha criminalizado la condición social de ser jóvenes, no por lo que hacen, sino básicamente, por lo que son y lo que representan regularmente para el Estado, sus instancias y la sociedad, -delincuentes, problemáticos, peligrosos, *desechables* (Martín Barbero, 1998)-; nos lleva a plantear la idea de lo absurdo que es ser jóvenes hoy en día (y quizás esto esté relacionado con el alza que están teniendo los suicidios en los chicos salvadoreños, hombres como mujeres).

La violencia que el Estado sigue ejerciendo, haciendo uso de todo su aparato institucional (desde los ámbitos del ejecutivo, el legislativo y el judicial), está marcada por la intención de control férreo y de represión, dirigida en particular contra determinados sectores de la población y de ciertas adscripciones identitarias muy definidas. Si bien es cierto que la guerra civil terminó (entre la guerrilla y el ejército), lo que no han acabado, son las tensiones y los conflictos sociales / políticos / económicos / culturales, que tienden cada vez más, conforme pasa el tiempo histórico y el espacio social, a volverse críticos e insostenibles.

Si el Estado y, sus instancias, han construido, en las adscripciones identitarias de los *homies* del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), bajo el discurso de la seguridad pública y nacional, a los “*chivos expiatorios*”, a quienes les han adjudicado ser los únicos responsables de los males sociales de la inseguridad ciudadana / de las violencias / de las muertes y, por consiguiente, han sido situados como “*el enemigo*”, entonces las lógicas,

las miradas y, sus narrativas o discursos, los leen e interpretan, -al *pandillero* y a la *mara*-, como los actores que hacen fracasar al Estado / a su sociedad y los que amenazan seriamente a sus instituciones, por lo tanto, hay que perseguirlos, encarcelarlos y eliminarlos (asesinarlos).

El Estado y, sus aparatos de seguridad, al estar propiciando, en lo general, violencia (social) y muerte (selectiva) y, reprimiendo (hasta el exterminio), en lo particular, a la *pandilla* del B-18 y a la MS-13, los constituye y, se construyen, como tales, en ese inter juego simultáneo, en *identidades juveniles en resistencia*, porque también su respuesta, como una forma de interpelación y, de confrontar al Estado y, a sus instancias, es con más violencia y muerte. Esto conlleva a decir que la violencia que el Estado ejerce contra estas adscripciones identitarias, explica en varios sentidos, la que las *clicas* de la *mara* y de la *pandilla*, están llevan a cabo; se alimentan y se necesitan mutuamente, la una no se entendería, ni se comprendería, sin la otra.

Lo que se está viviendo actualmente en relación a las violencias sociales (en estalla miento / desbordadas) y, a las muertes (absurdas / burdas), es que tejen sus coordenadas de significación, en el hecho de que la muerte como imaginario cultural / festivo / carnavalesco, es un marcaje central, -una matriz de significación-, en el tiempo histórico y en el espacio social de la vida cotidiana de la sociedad salvadoreña, que se recrudece en determinadas regiones, zonas, comunidades, barrios y, llevada a cabo, ejecutada y, puesta en escena, por una gran diversidad de actores y de sujetos sociales (algunos visibles y, por lo mismo, en relación inversamente proporcional, otros invisibles).

En lo que atañe específicamente a las adscripciones identitarias de la MS-13 y de los *homies* del B-18; la muerte es una manera de vivirse la vida ("*la vida loca*"), de sentir el barrio y, un acontecimiento de altísimo valor social (de orgullo / de prestigio / de dignidad) que manifiesta la fidelidad al límite y la pasión al extremo que se tiene con respecto a los *homies*, a la *clica* y a la identificación correspondiente. Digamos que, en algunos de sus miembros y de sus afiliados, se da una especie de saturamiento afectivo en relación a la adscripción identitaria, en tanto que la muerte adquiere un carácter de lo burdo

/ lo absurdo; ya que es común que se sigan muriendo de una forma hiper violenta / grotesca: por los ideales de pertenencia al barrio; o la defensa del territorio a ultranza; a los 14 o 16 años de edad como promedio; y con ciertas ritualizaciones que conllevan lo lúdico, e incluso, como una especie de inmolación identitaria.

Antonio Rodríguez,¹¹⁶ mejor conocido como el padre “Toño”, comenta varias situaciones de muertes absurdas:

(...) de las muertes más absurdas es la de Toño y de Alex, son dos niños que yo conocí de una misma madre, niña Felicita (...) vivieron en una familia con la mamá, una casita de treinta metros cuadrados, de una pobreza absoluta, empezaron a pertenecer a la mara, eventualmente los dos (...) fueron asesinados (...) Toño con diecisiete años, fue asesinado por la misma pandilla y Alex lo desaparecieron el 13 de octubre del año 2007 y, nunca más lo hemos encontrado, yo recibí en mi casa un papel anónimo de dónde estaba su cuerpo, en una fosa con letra de ellos, lo más absurdo han sido las vidas de estos dos hermanos, sin ninguna aspiración, nunca tuvieron educación, familia, nunca entendieron para qué vinieron a este mundo, qué era la vida, me decían ellos, -“Padre, no sabemos qué es eso de la vida”-, la vida no es un valor para ellos, la vida tiene valor para los que han estudiado, para los teólogos, para la gente rica, es un valor burgués, -me decían ellos-, pero no es un valor para los pobres, para que queremos seguir viviendo, si solamente nos han enseñado a morir, entonces morir (...) fue para ellos lo más normal que tenían, pero para mí (...) el morir de ellos fue lo más absurdo que hay, no tuvieron nada y morir un niño de diecisiete años y desaparecer a su hermano con catorce, para mí ha sido de las muertes más caóticas, porque eran hijos de una gran amiga mía que yo les hice la casita en el año 2000, en los terremotos del Salvador (...) yo los vi a estos niños con seis años (...) era una familia queridísima (...) tenían una madre buenísima y nunca pude hacer nada por ellos (...) ellos están todos los días en mi mente, no hay día que yo no piense en ellos (...) yo tengo una foto en mi libro de rezos de ellos dos, todos los días los veo (...) y también habla que como persona he fracasado porque no pude hacer nada para evitar lo más trágico, aunque ellos vivieron la muerte de una manera muy natural, porque es eso lo que estaban acostumbrados a vivir, la muerte.

¹¹⁶ Entrevista realizada el 10 de noviembre de 2008, en un restaurante en El Salvador. El Padre “Toño”, es de Castilla de la Mancha, España. Tiene influencia de la Teología de la Liberación y es de la congregación de los “*pasionistas*” de Cristo. Ha trabajado en comunidades terapéuticas en los barrios de Madrid, después como voluntario con enfermos de VIH / SIDA. Llega al país en el año del 2000 y empieza a trabajar con las *clicas* de la *mará* y de la *pandilla*, a la fecha, es director de un Centro de Formación y de Capacitación, desde la perspectiva de prevención de las violencias y de la investigación acción participativa. Tiene la licenciatura en Teología, por la Universidad Centroamericana, “*José Simeón Cañas*”, en El Salvador.

En estos contextos (Loeza, 2008), en donde la muerte tiene un valor supremo, por consiguiente, su contraparte, la vida; no vale, porque se le vacía de sentido y de significado, es decir, está des significada / des cualificada: ¿para qué vale la vida si las condiciones materiales como simbólicas de la existencia son una especie de muerte en vida? De ahí que la muerte adquiere presencia y se le naturaliza en las relaciones y en los vínculos sociales con “*los otros*”, de tal manera que queda la impresión que ante cualquier tensión o conflicto, es muy fácil matar o asesinar al contrario o al rival bajo este imaginario cultural y configuración social.

Los hilos conductores de la muerte, se alimentan y se fortalecen, en función de la falta, o en la rotura, de los límites sociales y de las reglas culturales de la convivencia, por ejemplo; ante el hecho de que el capital depredador no tiene ética en las estrategias que utiliza para hacerse de sus ganancias; de que el Estado y sus instituciones se extralimitan en el ejercicio de la ley; la creciente desvalorización en relación al respeto de los Derechos Humanos, principalmente, de las minorías; la arbitrariedad galopante y la impunidad insultante de las instancias de procuración de justicia: van abonando a favor de la emergencia del sin sentido, de lo absurdo de la vida, del festival de la barbarie y del carnaval de la crueldad, sintetizadas, por ejemplo, en las ejecuciones extrajudiciales, en el desmembramiento de los cuerpos, o en las decapitaciones, como pruebas simbólicas y fehacientes, de que la vida ha perdido su valor y su sentido.

Esta sobrevaloración de la muerte y la descualificación de la vida, ante el rompimiento de los límites sociales y de las reglas culturales, conlleva al imaginario de que uno puede hacer lo que se desea, ya que “*los otros*”, también lo hacen y con demasiada visibilidad e impunidad, -El Estado, sus instituciones, determinados sectores, o agrupamientos sociales-, por lo tanto, la vida de los demás, entra precisamente en estas lógicas de tales rompimientos y de dichas fracturas en las relaciones sociales / comunitarias, en las que simplemente esta depreciada.

El padre Antonio Rodríguez,¹¹⁷ uno de los personajes centrales en el trabajo de la prevención de las violencias con respecto a estas adscripciones identitarias, nos hace el siguiente relato por demás esclarecedor:

(...) mataron a dos niños en la Raúl Rivas que yo los conocía de los procesos psicosociales (...) los mataron a balazos y para mí eso si fue una experiencia muy desagradable por la empatía que yo había tenido con los muchachos. Otra de las experiencias fue cuando me mataron al Javi y al Jasper en la comunidad, después de haber estado yo casi dos horas reunidos con ellos, arriba en la comunidad argentina de mejicanos, después de terminar, se fueron en un bus, yo me fui solo en mi carro, porque no se querían subir conmigo (...) porque podrían llegar también a balearlos dentro de mi carro, ellos siempre me protegían a mí, ellos se fueron en un micro, se les cruzó un carro rojo y realmente fueron muertes extrajudiciales, los mató el mismo Estado, para mí fue muy doloroso, fue un funeral grandísimo, de más de quinientos pandilleros que llegaron a la vela, al día siguiente, fue cuando yo fui amenazado y, la muerte, sobre todo de Noel y de Michael, que fueron asesinados el 3 de octubre de este mes, para mí fue una experiencia bastante dolorosa también (...) el día anterior yo había estado reunido con ellos, como también de otros jóvenes que yo he visto pasar por esta ciudad (...) cuando veo niños que los he conocido, conozco a sus familias y que he llevado los casos de hasta de nueve meses, once meses, niñas de doce, trece años, seis años, violadas por sus propios padres, entonces la denuncia, el acompañamiento y la frustración de estos niños, es de mis experiencias más dolorosas, el tema de la violación a los niños y el de la muerte tan descabellada hacía los jóvenes ha constituido algo muy traumante.

Dichas violencias y sus muertes absurdas, generan un clima de dolor social (Arciga y Nateras, 2002)¹¹⁸ que afecta en lo particular, a los sobrevivientes, a los familiares de las víctimas y, a la comunidad como tal. Y quizás sean las víctimas directas (los sobrevivientes y sus familiares) y las indirectas (sus conocidos y quienes los representarían), los llamados a construir el lugar o los lugares socio culturales de una posible vía para la mediación del conflicto y de los problemas sociales, en tanto que son los que tendrían más autoridad moral para hacerlo, por varias razones y circunstancias

¹¹⁷ Entrevista citada.

¹¹⁸ Desde la psicología social y la psicología colectiva, podemos caracterizar a estas situaciones a través de la teoría *del dolor social o dolor colectivo* como aquel que se vive en una determinada época y proviene de causas que a todos afecta (aunque de manera diferenciada) y, van delineando los rostros, los tonos, los matices y las tesituras, de los estados de ánimo colectivos (Arciga y Nateras, 2002).

paradigmáticas, que conllevan una vivencia con lo más real de las realidades del dolor y del sufrimiento social.

En un recorrido por varias comunidades, realizadas en compañía del padre “Toño”, de unos reporteros españoles y de varios colegas como Roxana Martel y Carles Feixa, se platicó con la madre del joven Michel,¹¹⁹ quién recientemente fue asesinado; el relato es muy emotivo:

(...) ese pedacito, cuando paso me recuerda mucho (...) lloro cada vez que paso (...) mi hija ya esta mayor y los nietos (...) chiquitos ya no tengo, solo vivimos yo y mi esposo (...) trabajaba, yo lo fui a traer un día viernes, ese día en la noche que pasó el accidente, pero, mire las cosas que pasan (...) nada se sabe (...) los policías siempre pasan, (...) no saben ellos tampoco nada (...) nadie estaba en ese momento(...) estaba lloviendo, ya solo estaban terminando la partida, porque había más jóvenes, ese día hubieran sido casi ocho, nueve jóvenes los que pudieron haber matado aquí (...) hubieran sido bastantes (...) el velorio aquí es rezarle, orarle, como usted quiera, orarle si es católico, o es evangélico y a la iglesia y todo así es, vamos luchando para sobrevivir (...) ya los hijos no pueden responder, como ellos ya están muertos, ahí dormidos, como dice el señor, pero así es la vida (...) seguir adelante (...) queremos apoyo (...) en las cosas de que a los muchachos ya no les pase nada, ya que les paso a los de uno, a los de los demás, no les tiene que pasar.

Este lugar social de mediar o de ser mediadores, pasaría por la necesidad de visibilizar, tanto las situaciones como a las propias víctimas de la represión, del exterminio, de los sucesos y de los acontecimientos, para no olvidar a sus víctimas, e intentar en ese sentido, que no se repitan los hechos; la restauración, -hasta donde sea posible y factible-, del daño y de la dignidad humana como sobrevivientes y víctimas, quizás así, desde estas coordenadas, la esperanza indignada, podría tener su cualidad en lo real.

A partir de seguir caminando la comunidad, Raúl Río Vázquez, en el municipio de Mejicanos, se habló también con María Victoria Orellana, líder comunitaria,¹²⁰ quien comenta lo siguiente:

(...) antes a la gente le daba miedo entrar porque eran “placasos” de pandilleros, había bastante violencia, muchos asesinatos (...) pero gracias a dios todo esto ha disminuido (...) todavía hay presión de los pandilleros de aquí, solamente uno sabe quiénes son los que están (...)

¹¹⁹ Recorrido y grabación realizada el 25 de octubre de 2008, en varias comunidades de El Salvador.

¹²⁰ Recorrido y grabación citada.

lo que necesitamos es apoderarnos de los padres de familia para que ellos den un apoyo también porque todavía no están incorporados, yo soy la única que ando aquí (...) Al principio era bastante difícil, no para reunirlos (...) en el aspecto de que se agredían mucho en las reuniones, de palabras soeces, de patadas, de golpes, de amenazas, (...) pero poco a poco han ido aprendiendo (...) las reuniones han sido bastante exitosas (...) es una comunidad pobre en donde aquí en vez de zona verde, hay más casas de cartón, de lámina y los jóvenes y los niños no tienen donde divertirse (...) ha habido muchas muertes

Alfredo: ¿Entre los grupos o con la policía?

No, entre los grupos, es que venían a agredir a muchos jóvenes, era muy común que en los pasajes quedaran muertos y entre los muertos eran personas que no tenían nada que ver con las pandillas, de hecho, ellos están con nosotros desde el año 2006 y, en ese año fueron siete crímenes los que hubieron, de los cuales sólo una señora bastante mayor de unos 35 años, que le dieron nueve balazos, ella es la única que sobrevivió, de ahí todos han muerto, no respetan edades, ni sexo y una niña que tenía 13 años y la fueron a acribillar a balazos y en el 2007, nos mataron a dos jóvenes del grupo, a uno de 17 años y un chiquito de 12 y este año no ha habido ningún crimen y el 10 de Octubre de este mismo 2007, volvieron a asesinar a un señor, lo asesinaron en su casa tomándose un café (...) un jovencito como de unos 18 años fue el que lo asesino (...) la táctica que yo usé fue hacerme muy amiga de ellos, todo lo hago por amor, a mí misma, a mi comunidad, a mis nietos porque ya soy abuelita y si esta comunidad cambia, el futuro es para mis nietos, para mis hijos que anden libremente (...) es bien duro (...) el decir de la agente cuando mataban a alguien era ¿quién será el próximo? (...) nuestra comunidad ha ido cambiando mucho (...) donde yo vivo (...) era donde se ponían a disparar unos contra otros y era bien duro para mí que mi hija venía de trabajar ya bien noche, esperarla, de que se agarraran a balazos porque solo el hecho de vivir en esta comunidad, ya todos corrían un gran peligro porque muchos jóvenes de acá de la comunidad (...) no pueden estudiar (...) porque (...) iban de aquí, los agarraban por allá y los amenazaban y ya no iban, pero todo esto va ir cambiando, primero dios, con el apoyo del centro de formación y la valentía que tenemos que tener.

Colateralmente, estas adscripciones identitarias de y en resistencia, se están configurando como *agrupamientos invisibles*, porque también las están construyendo como tales, en lo particular, la comunidad, la familia y ciertas instituciones de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) que trabajan con ellos desde las perspectivas de la prevención de las violencias. El mecanismo privilegiado de la invisibilización se da a través del discurso / del lenguaje y de la palabra, que da cuenta de la complejidad en la que se están

delineando las actuales estructuras internas y las dinámicas grupales de las *clicas*, ya sean de la MS-13, o del B-18.

La invisibilidad identitaria, pasa y atraviesa por varios territorios y lugares sociales que se juegan y, se pueden dar al mismo tiempo; *uno*, es el silencio / el callar, -no hablar de la Mara Salvatrucha (MS-13), o de la *pandilla* del Barrio 18 (B-18), frente a los demás, -conocidos o desconocidos- y, en espacios abiertos o públicos; *dos*, es simplemente, no-nombrar, -sin apellidos y sin nombres-, en relación a los que se sabe y se conoce su adscripción como *mara* o *pandilla* y; *tres*, tiene que ver con decir sin nombrar, o hablar para no decir, - en las lógicas de las metáforas-, (Lakoff y Johnson, 1980).

La condición de invisibilidad es un sitio de poder y, en una de sus vertientes o de sus manifestaciones, favorece la sofisticación de los métodos violentos, incrementa la acción, porque se llevan a cabo algunas actividades sin que se noten, o se perciban; o incluso, realizar ciertos cambios o modificaciones en las estructuras o en los ritmos internos de la *clica*, sin que se conozcan del todo, o se sepan de ellas, como por ejemplo, los nuevos códigos, las variaciones en los ritos de iniciación, las claves territoriales, las normas y los castigos, si fuese el caso.

Escuchemos de nueva cuenta al padre Antonio Rodríguez,¹²¹ quien nos lo explica y lo detalla, con amplia elocuencia, de la siguiente forma:

(...) las comunidades por el miedo, los hemos hecho invisibles, no es que estén clandestinos, porque no nos interesa el miedo, el enemigo, nos interesa convivir y callar con ello (...) nunca ya se habla del pandillero, antes, una madre: “que yo tengo un hijo pandillero”, es que “este es pandillero”, lo decían directamente, hoy en el lenguaje no ¿qué pasó? (...) en el mismo lenguaje comunitario, familiar; institucional, ya no empleamos la MS, antes era pandillero, era marero, eso está desterrado de nuestro lenguaje, porque incluso a nosotros nos hace pandilleros ese lenguaje, porque han criminalizado todos estos sistemas, tu hablar de eso y saber que existen, eso quiere decir que tú estás existiendo con ellos, entonces a ti también te conviene como institución que trabaja (...) porque para el Estado, tener un pandillero enfrente es encarcelarlo o matarlo, para ti no, es tener un joven que te está retando a darle oportunidades, a generar más políticas de prevención, para mí un joven pandillero es un fracaso en la sociedad, para el Estado, no es que el Estado ha fracasado sino que él hace fracasar al Estado, por lo tanto, hay que eliminarlo (...) Entonces hay una invisibilidad de este fenómeno,

¹²¹ Entrevista citada.

los jóvenes están en las comunidades, pero nadie los rige (...) y aprendemos a vivir con ellos y nadie dice que ellos son eso, hasta que mueren, hasta que los desaparecen, “no, es que él se había metido ahí”, “el estaba con ellos”, incluso no se dice con quién se ha metido. (...) hemos visto (...) en el lenguaje con la gente (...) cuando yo lo digo directamente, “es que estaba con la pandilla tu sobrino”, -“Ah! Eso parece, dicen”, es para que todavía la comunidad se siga dando cuenta de que eso es visible, yo no quiero que eso sea invisible, para mí el dato más significativo hoy, es la invisibilización de este fenómeno.

La *invisibilidad* de éstas adscripciones, no implica de ninguna manera, borramiento o des dibujamiento, sino un mecanismo de vitalidad, a partir del cual, se están realizando cambios y mutaciones en los contenidos identitarios que los resitúa desde otros lugares sociales frente al barrio, a la comunidad, a “los otros” y, también con respecto a las nuevas formas que está adquiriendo el conflicto con el Estado y, sus instancias, justo a partir de la implementación de las políticas de mano dura y súper mano dura que datan del 2003, a la fecha.

Podríamos hablar que estamos asistiendo a la reconfiguración identitaria desde la *invisibilidad*, lo cual va marcando y delineando, distintos matices y diferentes tonos, en relación al sentido de la afiliación y de la pertenencia al grupo, por ejemplo, a como se hacía hace 10 años. Asimismo, esto les va dando otro rostro y sentido al uso y a la apropiación del territorio público; de igual manera, a la redefinición de la especificidad de la inscripción en la piel y en el cuerpo a través de los tatuajes; las nuevas modalidades en el consumo de drogas; las variantes en los códigos, las reglas y las normas que rigen las dinámicas internas de estas *adscripciones identitarias en resistencia*.

Estas identidades de lo invisible, da un lugar social, es decir, se visibilizan y son reconocidos, por el barrio y la comunidad, como sujetos invisibles, lo cual es un sitio estratégico y de poder, ya que es una nueva manera de pertenencia, de mística, de configuración de sentido, lo cual posibilita seguir viviendo desde las identificaciones y desde la cultura de ser de la *pandilla* del Barrio-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13), aún a pesar del acoso y de la persecución.

Dentro de estas nuevas configuraciones de *las identidades invisibles*, -decíamos-, en la situación de pintarse la piel e, imprimirse una imagen que alude a la adscripción como a la afiliación a la *clíca* a la que se pertenezca, ya

sea como MS-13, o del Barrio 18, hay una fuerza de sentido que todavía no se ha perdido, en tanto alude a una centralidad como especie de sobrevivencia cultural de una identidad acosada / amenazada y, aunque actualmente, está teniendo sus variaciones y sus transformaciones, en tanto ya no se traen tatuajes en los territorios visibles del cuerpo, -para no ser ubicado-; se han desplazado hacia espacios invisibles a la mirada pública. Al mismo tiempo, en el proceso psicosocial de des tatuarse, por varios motivos, conserva la misma potencia de sentido o de significación; algunos se los están removiendo, justamente por sobrevivencia de la identidad social, aunque se están llevando a cabo, a partir del intento de reconfigurar otros sitios y diferentes lugares socio culturales.

El padre Antonio Rodríguez,¹²² quien promovió un proyecto en relación a la remoción de tatuajes, habla con respecto al proceso psicosocial de lo que hemos nombrado el *des tatuaje* o la *des identificación*:

(...) tú no te quitas el tatuaje, eso es una tesis de base, si tú te quieres quitar un tatuaje es porque algo anda mal, con la sociedad, con él mismo, con su pasado o con su estigma y para mí lo importante es que eso que él creía que andaba mal, ande bien y continúe en su vida valorando, aceptando y construyéndose desde su identidad ¿qué ha pasado? (...) porque en aquel momento, esa manera y esa forma tuvo para ellos un sentido y tomaron la decisión de hacer eso, que valoren que eso tuvo sentido en algún momento, primero porque vivían desprotegidos o no tenían familia y tenía sentido nuestras vidas, pero ahora cómo han tomado esa decisión que pueden seguir gestando una identidad diferente para construir otra vez su futuro, en donde seguirán siendo estigmatizados, pero desde otras configuraciones. Para algunos jóvenes (...) es necesario quitarse los tatuajes por una sencilla razón, estés de acuerdo, o no estés de acuerdo, para sobrevivir y hay muchas cosas que uno hace en la vida no estando de acuerdo. Tú puedes llegar a tomar las armas y la violencia, no estando de acuerdo pero es por sobrevivencia ante lo que acontece. Y los jóvenes, se tatuaron para sobrevivir y los jóvenes se tienen que quitar los tatuajes para sobrevivir.

Dado que todavía, para una parte de jóvenes, hay una urgencia de pertenecer, de ser parte de y, de tener una presencia o un lugar social, a través de las adscripciones identitarias, éstas adquieren el matiz de ser y, de estar en resistencia, de ahí la emergencia de agrupamientos como los emos, los hip hoperos y, en el extremo o en los límites, incluso los de orientación neonazis

¹²² Entrevista citada.

(por lo menos en El Salvador y en Honduras, se ven en las paredes estas pintas y, además, se dice muy poco de ellos).

8.6 Lo más allá de los Derechos Humanos.

Las cárceles y, los espacios del encierro, se pueden considerar como una metáfora social (Lakoff y Johnson, 1980), ya que nos dicen y, nos hablan, del más allá de la condición humana, en la que se les ubica y se les deposita, a los que están privados de la libertad, es decir, refiere a los laberintos más oscuros y a las entrañas de un país / de una sociedad y, al mismo tiempo, visibiliza de una manera cruda, el fracaso del Estado y de sus instancias, en tanto no han sido capaces de velar por los Derechos Humanos de los reclusos y, mucho menos, de la preservación de su integridad física que constantemente se ve amenazada, por lo común, vía los propios custodios y los frecuentes operativos de las fuerzas especiales como la Unidad de Mantenimiento y el Orden (UMO).

Aunado a lo anterior y, ante la ausencia de lineamientos sociales y culturales al interior de los espacios del encierro, éstos se vuelven una especie de “*centros educativos*”, en los cuales se van especializando en una gran diversidad de actividades en las lógicas de lo ilegal o de la para legalidad. Al mismo tiempo, hay un abandono, cuasi son inexistentes, las estrategias y las políticas públicas, que posibiliten una incorporación social favorable, una vez que se recobre la libertad.

Las situaciones de violencias y de muerte tienden a recrudecerse en estos espacios (curiosamente a partir de la implementación de la política de cero tolerancia y de los Planes de Mano Dura, 1993 / 1995), a través de varios formatos o rostros, a saber; los amotinamientos (por lo común en protesta por las condiciones infrahumanas en que se vive en el encierro); las masacres (una especie de auto aniquilamiento entre la MS-13 y los *homies* del B-18, fomentada por la negligencia o la omisión de responsabilidad de las autoridades); los asesinatos (ajuste de cuentas llevados a cabo entre los internos y cuando los custodios se sobrepasan en las golpizas que propinan contra algunos de los presos); el maltrato / la tortura (ya sea física o psicológico, por lo regular a cargo de las fuerzas especiales de seguridad del

Estado); los traslados, de un penal a otro (sin seguir los protocolos de la ley penitenciaria, como manera de castigo o de represión selectiva).

Algunas vivencias que se han tenido al extremo y al límite como privados de la libertad, de estar en el encierro, sin perspectiva alguna, ha llevado a algunos internos, a crear sus propias instancias y estructuras organizativas que les permiten, *por una parte*; recuperar los intereses en la formación cultural (canto, teatro, música, poesía) y la habilitación en algún oficio (carpintería, por ejemplo), a través de una diversidad de cursos y de talleres gestionados por ellos mismos; *y por la otra*, hacer la transición de las acciones culturales, a las actividades de denuncia encaminadas a la auto defensa de sus Derechos Humanos como reclusos (empoderamiento), ya que lo único que han perdido, es su libertad y sus derechos políticos, no así los otros, como buen trato, alimentación digna, espacios de recreación y de habilitación en algún oficio.

Esta situación es muy interesante, ya que son los implicados directos / las víctimas del encierro y los ex privados de la libertad, quienes se posicionan / usan su estigma (Goffman, 1993) y se sitúan en el esfuerzo de visibilizarse, de construirse un lugar social, para no ser totalmente borrados, ni olvidados, tanto por el Estado -sus instituciones-, como por la sociedad, que se empeña en seguirlos excluyendo y estigmatizando. Este lugar social de visibilizarse como organización, también es una especie de mecanismo, a partir del cual, es viable mediar en los conflictos, las violencias / las muertes, que se están ventilando y rondan, precisamente en el encierro / las cárceles, en la calidad de no solamente estar privados de la libertad, sino de la adscripción identitaria, ya sea como perteneciente a alguna *clica* de la MS-13 o del Barrio 18 (B-18).

Danny Balmores,¹²³ es responsable de la organización OPERA,¹²⁴ miembro de la Mara Salvatrucha (MS-13), recién salido de la cárcel (marzo de

¹²³ Entrevista realizada en la casa de huéspedes de la UCA, el 31 de octubre de 2008, en El Salvador.

¹²⁴ Es un proyecto creado por el chileno Marco Venegas y de estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de El Salvador, junto con la Cooperación Técnica Sueca CRISTA, dirigido a jóvenes pandilleros y encaminado a aspectos culturales. OPERA, alude a una serie de virtudes, por cada una de las letras que la componen. **O**=, Optimismo, **P**=Paz, **E**=Esperanza, **R**=Renovación, **A**=Armonía. En sentido amplio; **Optimismo** por vivir y seguir luchando por tus sueños. **Paz** interior al descubrir que no hay nada más importante en la vida que el cambio. **Esperanza** que un día recuperarás tú libertad y con algo de sacrificio también tú dignidad. **Renovación** a vivir con los más tristes, los desesperados, los que piden una nueva oportunidad para volver a empezar. **Armonía** al comprender el valor exacto de las personas, ya

2008), después de 14 años de encierro, nos cuenta un suceso, por demás revelador, acerca de un conflicto que se tuvo con un integrante de la *pandilla* del Barrio 18 (B-18), sucedido en la cárcel de Mariona:

Fue el 8 de diciembre de 1999, fue a las seis de la mañana, ellos agredieron a un muchacho de nosotros que le pegaron una puñalada por la espalda y eso fue lo que detonó y que se hiciera el amotinamiento y esto es algo bien importante que sólo lo sabe el director que estuvo fungiendo en ese tiempo, la gente de la 18 estuvo en las manos de nosotros, tuvimos el poder para poder decidir si vivían o morían y Ópera jugó un papel muy fundamental en eso, en el sentido de que hicimos ver que no valía la pena que se derramara tanta sangre, había gente de ellos que estaba amarrada, que ya les habían rociado gas, porque en ese tiempo dejaban entrar una cocinitas de gas. Entonces la gente de Ópera habló con los líderes en ese tiempo ahí y se les hizo llegar a la reflexión de ¿qué iba a generar eso? más condiciones duras para la gente que quedaba y al final lo que decidimos fue dejarlos ir y, eso fue algo también muy importante e histórico para Ópera nosotros tuvimos la oportunidad de cobrar venganza y ajusticiar a todos los que teníamos ahí, pero hicimos valorar a la gente, entonces dijimos -¡hey!- sálganse, les vamos a dar chance-, si nosotros hubiéramos querido, quizás ahí hubieran muerto unas cincuenta personas.

Alfredo: O sea, ¿los tenían a todos?

(...) eran como cien ellos, teníamos a la mayoría, los teníamos amarrados y arrinconados así en un espacio donde no había salida y al final decidimos abrimos y hablamos con el líder, -¡hey!, vamos a dar muestras de buena voluntad, nosotros si quisiéramos, aquí quedan, pero nos vamos a hacer a un lado y que salgan-, y así se hizo.

Alfredo: Importante, me imagino que esto no se conoce.

No, eso no se sabe, lo saben la gente de la 18 que estuvo ahí, la de la MS y la que en ese tiempo fungió como administradores del centro penal.

Este relato, además de ser muy fuerte, apunta hacia la confirmación de los lugares estratégicos que tienen, en la mediación de los conflictos y de las tensiones sociales, los propios sujetos / actores involucrados¹²⁵ y, por

que como humanos todos nos equivocamos. Actualmente es dirigida por Danny Balmores, de la Mara Salvatrucha (MS-13) y, su centralidad, a través de la denuncia, es la defensa de los Derechos Humanos de los privados de libertad y de sus familiares. OPERA, construyó una biblioteca, un centro de computó y gestionó actividades deportivas al interior de varios penales, lo interesante es que a través de la poesía, los dibujos y el teatro, hizo denuncias de las condiciones de maltrato y de abuso de poder de las autoridades que le han costado la vida a varios reclusos.

¹²⁵ Cabe decir que Danny, es uno de los promotores de la carta propuesta de negociación al gobierno de Mauricio Funes, enviada y hecha pública por los *mass media* (impresos y electrónicos), en mayo / junio de 2009. Asimismo, se acaba de concertar una tregua (Febrero de 2010), entre la MS-13 y lel B-18, a fin de frenar la violencia / dejar de extorsionar a los

extensión, lo que podríamos considerar y nombrar como las víctimas (directas e indirectas) y, los sobrevivientes de las violencias y de la muerte, incluyendo a todos aquellos quienes han observado, visto acciones y el ejercicio de las violencias sociales con todo y su estela de mortandad, de dolor y de lo absurdo que es.

Este lugar estratégico tiene la centralidad de ir abonando en la visibilización de éstas *adscripciones identitarias en resistencia* y en acoso permanente, de ir construyendo memoria colectiva en función de los diferentes sucesos / hechos y acontecimientos en los márgenes de lo ilegal y de la violación flagrante de los Derechos Humanos que se comenten contra estas *clicas* de la MS-13 y del B-18, para que no se les deposite en el baúl del olvido social.

8.7. El dolor y el sufrimiento social.

Una parte de la Iglesia Católica, desde distintas vertientes / credos, ha jugado un papel central e importante en el conflicto, entre el Estado (con todo y su aparato de seguridad) y, las adscripciones identitarias de los *homies* del Barrio-18 (B-18) / de la Mara Salvatrucha (MS-13). Este segmento de la Iglesia Católica, a través de sus ministros de culto, han logrado, a partir de un trabajo de años, no sin dificultades, además de muy arduo y de alto riesgo, construir confianza y respeto mutuo, en lo particular, con los *palabrer*os (los líderes), de las *clicas* del B-18, como de la MS-13, lo que ha implicado, una postura ética, en tanto han apostado a salvaguardar, en primera instancia, la integridad de los líderes / su anonimato y, por extensión, el de la *mara* y de la *pandilla*, como al mismo tiempo, cuidar a los equipos profesionales que están trabajando en la comunidad.

Este lugar de mediación del conflicto se ha dado principalmente, en los espacios y en los territorios del barrio y del cantón donde se asientan éstas adscripciones identitarias, los cuales han sido intervenidos violentamente por las distintas corporaciones policiacas, los grupos de reacción inmediata (antimotines), los de élite del Estado y, los escuadrones de limpieza social, creando bastante incertidumbre, miedo / temor y, sobretodo, indignación /

transportistas, parar los homicidios y, no agredir a la comunidad, como un gesto de buena voluntad, con la intención de acercar el diálogo con las autoridades salvadoreñas.

coraje colectivo, lo que ha propiciado que la mayoría de los habitantes de las colonias, los cantones y de los poblados, hayan edificado una serie de estrategias sociales y culturales de afrontamiento, ante tal amenaza y acoso sistemático a la colectividad y, en particular, hacía las *clicas* del B-18 y de la MS-13.

Dichas estrategias de afrontamiento instrumentadas por la comunidad, dado el acoso y la amenaza de la policía, -en especial, a partir de la implementación de las políticas de cero tolerancia, de los Planes de Mano Dura (de sus diversas versiones) y de la Ley Antimaras-, no sólo pasan por la denuncia de los hechos y de los sucesos arbitrarios que han sufrido, sino que los mecanismos se fueron reciclando o re significando, teniendo como centralidad histórica y cultural, la vivencia del conflicto armado entre el ejército y la guerrilla (1980 / 1992) que se retraduce en el rediseño de la discreción colectiva (no decir / ni nombrar) determinados asuntos, o sucesos que se están dando y viviendo en la localidad, o cantón correspondiente, como por ejemplo, negar que haya venta / uso de drogas, o de la existencia de *pandillas* o de *maras* en ese lugar, e incluso, de ciertas actividades circunscritas en los márgenes de la paralegalidad o de lo ilegal como el “*rentear*”.

Este mecanismo de *la discreción de la comunidad*, se explica en gran parte como una estrategia de protección de la propia gente, que al callar o no decir, no se implican, en tanto, en alguna medida, evitan el riesgo de alguna represalia que pueda haber por aquellos que en el hipotético caso hayan sido nombrados o señalados en sus acciones o en sus actividades y, también, como una forma de proteger a los miembros de la *mara* y de la *pandilla*, porque probablemente, en una gran parte de casos, son sus hijos, sus parientes, sus amigos o conocidos.

Esta estrategia / hábito social, de no decir y de ser discretos, de igual manera tiene que ver con los altos niveles de estigmatización social (Goffman, 1993) que se dan y se adjudican en función del lugar donde se vive o de la zona en la que se habita, o por la simple situación de ser jóvenes, por eso, una parte significativa de la gente, niega la colonia de donde es, mintiendo, aunque así evita algún tipo de discriminación / de exclusión e, incluso, de represión policiaca.

La estigmatización con respecto al lugar donde se vive, se activa, en primera instancia, a través del maltrato y de la violencia ejercida, contra la condición juvenil en general, independientemente de la adscripción identitaria a la que se pertenezca, o incluso, se sea hombre o mujer, aunque se acrecienta y deviene en una situación de verdadero riesgo, -ser detenido, desaparecido, ejecutado o eliminado-, al pertenecer a cualquiera de estos agrupamientos de la MS-13 y del B-18.

Escuchemos a Germán Albarenga,¹²⁶ un joven promotor social, miembro del equipo del Centro de Formación y Capacitación: Procesos de Atención a Situaciones de Sufrimiento Social (PASOS), quien hace trabajo comunitario en el Barrio, San José 3, una zona muy álgida donde está asentada la Mara Salvatrucha (MS-13):

Fue el 3 de Septiembre de este año (...) se hizo una limpia (...) ya estaban identificados, llevaban un proceso, la Fiscalía llegó con la policía (...) ahí hubieron muchas historias, decían que había un capturado que estaba diciendo donde vivía fulano, llegaron a la casa de enfrente, porque supuestamente ahí vivía un pandillero (...) llegaron de una manera violenta, solo tocaban con los palos y después a botarla (...) y, cuando van viendo, no ven al fulano, solo mujeres había y niños (...) vino la zozobra y eso fue en todos los pasajes (...) eso generó bastante miedo, temor dentro de la comunidad, al punto de que al día siguiente, yo estaba indignado por lo que había pasado y las personas también estaban indignadas. Se llevaron a un muchacho que por andar con ellos, no era pandillero identificado, con nada de manchas en el cuerpo, entonces empezamos a ver cómo generábamos que la gente fuera a denunciar (...) había temor (...) la propia familia decía, “pero no te metas mucho, porque van a empezar a hablar y no sé qué” (...) acompañamos a la muchacha a poner una denuncia, (...).

Alfredo: ¿Cuántas puertas reventaron?

siete capturas, en algunas casas llegaban donde los familiares, a botarles la puerta; “o me dicen o me los llevo presos también” les decían, personas adultas, ancianos, una señora con diabetes, se le subió, se desmayó y se tuvo que inyectar, hay que hacer algo ¿verdad?

La estigmatización del barrio / del cantón / de la comunidad, atraviesa y se va desplazando, a través de las características que van tomando las estéticas callejeras impresas en las paredes, los muros, las casas, los

¹²⁶ Entrevista grupal realizada a Transito Ruano, presidenta del Centro de Formación y Capacitación PASOS, a Germán Albarenga y a Santos Hernández, miembros del equipo de trabajo comunitario, el 28 de octubre de 2008, en sus oficinas, en el centro de San Salvador, El Salvador.

comercios, las escuelas, los lotes baldíos y lo que podríamos denominar como el inmobiliario urbano, en lo particular, en lo que atañe a los grafitis y a los placasos, que aluden a la apropiación simbólica del espacio público y al anclaje territorial / de lugar, de alguna de las clicas de la MS-13, o de los *homies* del Barrio 18; o de ambas; ya que están lo suficientemente demarcadas y delimitadas, como para no ser vistas por “*los otros*” / “*los de afuera del barrio*”.

Estos grafitis y placasos, comentábamos, dan cuenta de las adscripciones identitarias del lugar o locales, aún y con sus actuales características de ser *clicas* que han seguido la trayectoria de convertirse o reconstruirse como agrupamientos nómadas (e invisibles) y que todavía conservan la idea de territorio como una de sus centralidades. Aunque sin borrarse del todo, estos anclajes se hacen plásticos y se expanden a otros lugares y sitios, una especie de trashumantes, a fin de no ser ubicados y detectados por los cuerpos policíacos, un fluido que va y viene, lo cual no implica de ninguna manera que se pierda en su totalidad el anclaje territorial como adscripción identitaria.

Estas estéticas callejeras que hablan y anuncian de las adscripciones identitarias de la *mara* o de la *pandilla* del barrio 18, es un indicador o una señal valiosa para las autoridades, de que en ese sitio o lugar, es muy probable que hayan estado o que se encuentren, a algunas *cliclas* e integrantes de estos agrupamientos, por lo que tales estéticas, representan una suerte de ponerse en riesgo como identidad y de igual manera exponer a la comunidad a los operativos policíacos (las redadas) y a la represión de sus habitantes, independientemente de que se sea integrante de la MS-13, o del B-18; ya que no respetan a los familiares, ni a los niños, ni a las mujeres y ni a los ancianos.

Situación que ha llevado, en algunos casos y, debido al trabajo comunitario, a establecer una serie de conversaciones y de negociaciones con los *palabrerros* (los líderes) de estas adscripciones identitarias, a fin de despintar bardas / paredes,¹²⁷ de todos los emblemas y los accesorios culturales de los placasos y de los grafitis de la *mara* y de la *pandilla*, para contribuir a que la comunidad no fuese estigmatizada y, al menos, en el

¹²⁷ Esta campaña se realizó en el año de 2007, en el Barrio, San José 3, a la cual se le nombró: Campañas de Armonía, Ornato y Limpieza en la comunidad.

imaginario, como un mecanismo de protección y, de evitar alguna posibilidad de operativo o de una redada en busca de MS o B-18.

Lo interesante es que en estos procesos, no sólo se ha incluido a los *palabrer*os, sino que a la mayoría de los integrantes de las *clicas* correspondientes, quienes también han sido ellos, con su anuencia, los que han re pintado las bardas y las paredes, en tanto lo que implica en lo real y, en lo simbólico, haber borrado, al menos iconográficamente, sus emblemas del anclaje territorial al barrio y de los marcajes identitarios del lugar y de la adscripción correspondiente, lo cual no implica de ninguna manera negar el barrio.

A su vez, el quehacer comunitario, la comunidad como tal y en lo particular los integrantes de las *clicas* de la MS-13 y de los *homies* del B-18, han tenido que desarrollar una sensibilidad social muy particular con respecto al ejercicio de la confianza / la desconfianza, a la duda / a la incertidumbre, en relación a todos aquellos actores a los que les podríamos denominar como “*los de afuera*”, o “*los forasteros*”, o “*los extranjeros*”, incluso como un mecanismo y una estrategia más, del cuidado de sí y de los suyos, para evitar ser infiltrados y, por consiguiente, detenidos o eliminados (asesinados).

En este espectro referido como “*los de afuera*”, “*los forasteros*”, o “*los extranjeros*”, ha habido suficientes acontecimientos y razones para desconfiar, *en primer lugar*, del Gobierno y de sus instituciones,¹²⁸ a través de los conocidos Programas de “Mano Amiga”, una versión “*amistosa*”, supuestamente de la “Mano Dura”, cuya finalidad era la reinserción social de la *mara* y de la *pandilla*, ofreciéndoles una serie de talleres y de capacitación para el trabajo; aunque lo que en realidad resultó fue que eran estrategias y mecanismos para infiltrarlos, detectarlos / ubicarlos y después llevar a cabo operativos de captura, detención e incluso de limpieza social; *en segunda instancia*, aparecen los comunicadores / los reporteros / los periodistas / los videoasta, quienes en su mayoría, sin mediar ética alguna, han publicado información no autorizada, más aún, han proporcionado datos específicos a las autoridades policíacas / de seguridad del Estado y, han generado, después de

¹²⁸ En cuanto a las instancias gubernamentales se tienen principalmente al: Instituto Salvadoreño de la Adolescencia (ISNA) y a la Secretaria de la Juventud.

las entrevistas, o de los reportajes realizados, operativos espectaculares dirigidos precisamente a los *palabrer*os, o contra alguno de los integrantes de la *clica*, quienes habían dado la entrevista, para detenerlos y arrestarlos.

El siguiente relato que nos hace el padre “Toño”,¹²⁹ a partir de su trabajo con instancias gubernamentales y con chicos pertenecientes a estas adscripciones de la *mara* y del barrio-18, es muy revelador y fuerte a la vez:

Casi todos murieron en un periodo de dos meses (...) en aquel momento teníamos una alianza con una estructura del Estado y, ellos fueron vigilados, controlados y, justo cuando terminábamos las reuniones, siempre eran asesinados, o uno o dos, incluso, dos de los que yo enterré un 31 de Agosto, al día siguiente fue cuando fui amenazado de muerte y enviado a España (...), por aquí subieron, vinieron cinco hombres y aquí es donde tengo las reuniones con ellos los jueves por la tarde, entonces ese día llegaron y estaba lloviendo, solo quedaron dos terminando la partida con los naipes y aquí los agarraron, le dieron dieciséis balazos a uno y al otro le pegaron dos nada más, ahí estaba Noé y aquí Michael, quedo ahí herido y el que tuvo dieciséis balazos tuvo vida y se lo llevaron y murió como a la hora y pueden ver los impactos de la bala, fueron treinta y seis casquillos y en total dieciséis que le cayeron a uno y, dos a otro, ¡mira qué impactos de bala, en todo esto! ¡Mira los balazos!.

La relación de las *clicas*, de cualquier adscripción y, los representantes de los medios masivos de comunicación (impresos o electrónicos), siempre ha sido muy conflictiva / confusa / tensa, más que nada, por los afanes de protagonismo de varios periodistas, la descontextualización que regularmente realizan de estas adscripciones identitarias y de haberse instaurado como una especie de piratas modernos, en virtud, de todo el saqueo constante que hacen de la información obtenida (ya sea oral o visual), sin ningún tipo de retribución, ni la más elemental; no hay respeto a los acuerdos y a la protección de los informantes, en este caso, empezando por los miembros de tales agrupamientos / de sus amigos / de sus conocidos / de sus familiares.

El asesinato de Christian Poveda, fotoperiodista y cineasta, franco-español,¹³⁰ el miércoles 2 de septiembre de 2009, en el municipio de

¹²⁹ Entrevista citada.

¹³⁰ No deja de ser muy extraña la muerte de Poveda, máxime por el clima de cuestionamiento a que está siendo sometido el gobierno de Mauricio Funes, en tanto se le ha acusado, por las fuerzas más conservadoras, de “debilidad”, con respecto al tratamiento de la inseguridad ciudadana y en particular lo relacionado con la MS-13 y el B-18.

Tonacatepeque, al norte de San Salvador, además de ser muy triste y doloroso, es terriblemente elocuente, a partir de lo que estamos reflexionando.

Autoridades presumen que los responsables son *mareros*, quienes lo amenazaron de muerte.

Asesinan al cineasta y fotógrafo Christian Poveda en el Salvador.

El realizador francés pasó año y medio con integrantes de una pandilla para hacer el documental *La vida loca*. El homicidio conmocionó a la opinión pública, expresó el presidente de ese país.

(Periódico, La Jornada, México, 4 de septiembre de 2009).

Este suceso, hay que situarlo y relacionarlo, a partir de las tradicionales y actuales dinámicas internas que se están dando en las pandillas centroamericanas, en varios ejes de análisis; *uno*, la relación que uno establece como fotógrafo, investigador o etnógrafo con estas *clicas* y sus afiliados; *dos*, las particulares vicisitudes de tales adscripciones identitarias, por ejemplo, los relevos en los liderazgos y los vertiginosos cambios en las normas y en las reglas; *tres*, la emergencia de otros actores en *el mercado de las violencias y de las muertes*, en lo concreto, el crimen organizado; *cuatro*, el lugar de la comunidad y del barrio en tanto escenario de las tramas socio culturales de esos climas y de esas atmósferas (Maffesoli, 1990) de las violencias.

En tanto que la comunidad no es homogénea, ni cerrada en sí misma, hay distintos procesos y dinámicas internas que adquieren, a partir del posicionamiento y del lugar que van teniendo y ocupando los habitantes del lugar. En este sentido, algunos miembros de la comunidad han estado implicados en los tratos, o más directamente, en la formación de diversas estructuras vinculadas a lo ilegal o, a la para legalidad, a fin de contratarlas con la finalidad de eliminar (desaparecer / asesinar), a integrantes de la *mara* o de la *pandilla*, por varios motivos o razones: desde los personales, -afectivos-; pasando por la venganza / el cobro de cuentas y, llegando, hasta la limpieza social.

Transito Ruano,¹³¹ trabajadora social, con formación pastoral, fue responsable de todos los procesos de atención a los desplazados y a los refugiados en el período de la guerra entre el ejército y la guerrilla (1980-1992), también dirigió “Caritas” y, desde toda su experiencia comunitaria, nos hace el siguiente relato, por demás conmovedor:

(...) yo tuve un caso de un muchacho que vino, que me decía que se quería salir de la pandilla, tenía diecisiete años, porque la tarea recién ingresado era que iba a matar a alguien y, él vino, estaba nuevito y yo le dije, si matas, nunca te vas a poder salir, porque ellos lo que quieren es probar que tu sos parte de ellos (...) porque ahí lo brincaron y eran de la MS, -“pero si no lo mato, me van a matar a mí, o a mi hermano que también es de la MS-”, entonces, comenzó como a ladear, diríamos acá, y no lo mataron los de la “MS”, el estaba en el novenario de otro pandillero con los otros pandilleros cuando paso el grupo de exterminio y lo mato, es de los casos más críticos que he visto en mi vida, porque él no fue matado por su pandilla, fue matado por la gente de la zona que estaba eliminando pandilleros y, el era novato, no había matado, ni siquiera había hecho la tarea que le habían asignado.

En relación a lo que podríamos denominar como las violencias externas, las que se ejercen o vienen de afuera del barrio / del cantón y, están dirigidas contra la comunidad en general y, en lo particular, hacía la condición juvenil y las adscripciones identitarias de la *mara* y de la *pandilla*, ha generado que determinados *palabreros* de ambas clicas, se hayan reunido, -*vox populi*-, a fin de concertar ciertos acuerdos encaminados a una especie de protección o de *camuflaje socio cultural* ante el peor de sus enemigos; los cuerpos de seguridad del Estado y, al mismo tiempo; de los acosos y de las miradas de afuera del barrio / del cantón y de la comunidad.

Estos acuerdos, entre otras consideraciones, van encaminados al rediseño de la estética corporal, de la facha y del “*porte*” identitario, de ser de la MS-13 o del Barrio 18, como una estrategia para no ser identificados ante la mirada de los demás y de los operativos, es decir, por lo regular ya no se portan las típicas cachuchas, o las gorras; tampoco se trae la ropa floja, -los pantalones tipo acholados-, en lo particular las camisetas; los tatuajes impresos en los brazos, no son más visibles a la mirada de “*los otros*”, ya que usan

¹³¹ Entrevista citada.

camisas de manga larga; el corte de cabello cortito con sus respectivas arracadas en alguna de las orejas (o, en ambas), tiende a desaparecer.

Con respecto a la administración o regulación de las violencias y de las muertes en la comunidad, gestionada por las clicas de la *mara* o de la *pandilla*, adquieren varias lógicas de sentido, una de ellas, es la relacionada con la *venganza* (Evans-Pritchard, 1977), la cual es un analizador socio cultural muy importante, ya que por lo común, no puede dejarse de cobrar y, se activa, a partir de varias consideraciones; *la primera*, la traición a la *clica*, -es imperdonable-, por algún motivo o acción, está sentenciado, -negar el barrio, o abandonar a un *homie* en plena batalla con la *clica* rival-, además adquiere su anclaje o centralidad cultural, en las situaciones o en los sucesos de la guerra y de los conflictos armados, en los cuales era, invariablemente, ejercida; *la segunda*, la que se genera por la rivalidad en la disputa del territorio, o más específicamente, cuando el barrio es invadido por la *clica* contraria, la violencia desatada y, en respuesta, adquiere un sentido de honor y, por consiguiente, de ser respetado; *la tercera*, debido a cualquier conflicto de intereses (económicos / de trasiego de drogas, por lo regular), entre la MS-13 y el Barrio 18.

De nueva cuenta, Tránsito Ruano,¹³² nos hace el siguiente relato muy detallado, con respecto a un ajuste de cuentas, una ejecución ejercida por la propia pandilla, contra uno de sus jóvenes integrantes:

Eso fue en el 2004 (...) este muchacho era de la "18" y, muy involucrado, la característica principal de él, era que tenía dieciocho, encima de un placazo de la "MS", tenía dos placazos, para mí fue fuerte, porque por venganza, los mismos de la "MS", le habían marcado la "18", para que lo mataran, no lo mataron ellos, si no que la manera de vengarse de él, era que tuviera otro placazo, para que lo consideraran un traidor (...) No lo mataron (...) al inicio me veía con una mirada que él hubiera querido fulminarme, con desdén e ironía y una risa que tenía (...), -"usted no sabe quiénes son esos, ellos son el demonio mismo"- ¿Por qué son el demonio mismo?, -"Usted no sabe lo que hacen"- y, empieza a relatarme todas sus vivencias, yo comencé a establecer el vínculo y hablar con él y lo convencí a involucrase en las actividades de la gente que estaba en la comunidad y el comenzaba a dar testimonio de su vida a los niños, a las niñas, para que no se metieran a la pandilla y comenzamos a traerlo para que le quitaran los tatuajes y se enamoro y decía: "es que no me acepta la familia, porque tengo el tatuaje", no te preocupes y no se lo podían quitar en las clínicas porque lo tenía bastante profundo (...) Llego

¹³² Entrevista citada.

un momento que lo andaban siguiendo y él comenzó a huir. Se fue, vivía con su abuela y trabajaba, se hizo todo un proceso precioso con él y, me llama y, ya no usaba pistolas, ese día me dijo “mire, perdóneme”, porque yo le daba un carnet de buena conducta y era como su amuleto y ahí decía mi nombre que yo daba fe que ese muchacho había cambiado y pedía a las autoridades y a los militares que lo respetaran (...) porque a él siempre que lo agarraban, como lo hallaban tatuado, lo picaban y le hacían un montón de cosas y cuando el enseñaba el carnet con su foto y la firma atrás, ya no le pegaban, entonces él decía, “el carnet me protege” y se lo renovaba cada tres meses y luego un momento en que se lo renové a los seis y cuando me enseñó la pistola, ya no se lo podía renovar porque era el criterio que teníamos y, entonces me dijo “deme el carnet” y, le dije, pero ya no vas a andar con la pistola, “es que me andan siguiendo”, “Que hago, ya va a ser navidad”, me dice, yo te voy a traer, si tú me dices, sal al puente y, yo te saco de ahí, te llevo para otro lado, entonces, el Domingo eran las confirmas y las primeras comuniones, toda la gente salió de la comunidad y él llegó con su abuela y estaba comiendo y la pandilla lo rodeó en la casa y, él disparó y, le dispararon, eso fue un coraje para mí cuando me llamaron, me dicen, “Transito, mataron a Martín”.

En lo que atañe a las violencias y a las muertes como acción y acontecimiento, adquiere una serie de connotaciones religiosas muy diversas para estas adscripciones identitarias. Por una parte, la gran mayoría son creyentes de Dios, de la Virgen María y de la Virgen de Guadalupe, aunque el discurso Judeo Cristiano en relación a los valores y a la moral (de lo bueno y de lo malo), -no matarás, por ejemplo-, no crea ningún sentido en ellos, ya que eso no los inhibe cuando tienen que ejercer la venganza (ir a asesinar a alguien), o realizar alguna misión en los márgenes de la ilegalidad. Su creencia y fe religiosa en Dios, es desde lo instrumental / lo pragmático, en el entendido de que se construyen el imaginario y el discurso de que a partir de que aún no les ha pasado nada y de que han sobrevivido a diversas situaciones de violencias; a las balaceras, a los acuchillamientos, a los atentados contra su vida y, evitado la muerte, (ya sea en la calle o en las cárceles), es precisamente porque ahí reside la señal fehaciente de que Dios existe, ya que los ha protegido y los ha cuidado: ésta con ellos, hace presencia y, sólo por eso creen en la divinidad.

En esta misma matriz de significación y línea de argumentación, se instala lo relacionado con la muerte, es decir, en tanto que alguna vez uno tiene que morir y, si es por el barrio, sería una muerte digna / honrosa (absurda y

burda, decíamos); la acción de matar, no está investida de juicio de valor, no es un acontecimiento que pase por la creencia religiosa, simple y llanamente, hay que hacerlo y llevarlo a cabo, ya sea porque es un mandato, o es la misión encomendada, lo cual no está exenta del miedo y del temor que se siente, junto con la posterior crisis emocional, por el acto cometido de haberle quitado la vida a alguien.

La forma clásica de matar de la *mara* y de la *pandilla*, aún mantiene ciertas características, aunque al mismo tiempo, va adquiriendo determinados tonos y matices diferentes, aunque por lo regular, no llega a tener las cualidades de la masacre o del desmembramiento de los cuerpos. Si bien es cierto que en *el mercado de las violencias y de la muerte*, tienden a profesionalizarse con el uso de armamento muy sofisticado, aún así y, por ejemplo, todavía llegan al lugar, o al sitio, buscan a quien van a asesinar, le disparan, o le clavan el “colín”¹³³ y, salen huyendo, no se detienen a ver si murió, o no, ni tampoco dan el tiro de gracia, ni mucho menos intervienen los cuerpos en el sentido de torturarlos o descuartizarlos como sí lo hacen otros actores: los escuadrones de limpieza social o los sicarios (Salazar, 1998; Vallejo, 2002).

Es importante resaltar que es a partir de la implementación de los programas de cero tolerancia, de los planes de Mano Dura y de la Ley Antimaras que el ejercicio de las violencias / de las muertes, va cambiando de rostro y, se van acrecentando debido, entre otras consideraciones, por el uso de armamento de alto poder / de una mayor letalidad, lo cual conlleva a una suerte de profesionalización y de complejidad de estas adscripciones identitarias.

El quehacer comunitario ha sido clave, -considerando también la investigación social desarrollada-, no sólo por la gestión realizada, o la mediación de los conflictos / de los problemas entre el Estado y este tipo de adscripciones identitarias, sino por el acompañamiento psicosocial que se ha realizado en relación a los procesos, las mutaciones, o las transformaciones de las dinámicas internas de estos agrupamientos; a lo largo del tiempo histórico y del espacio social. Esto es muy interesante e importante, ya que a partir de los

¹³³ Es un tipo de cuchillo corto y encorvado.

gestores sociales y comunitarios, podemos acceder al relato y a las narrativas de cómo se fueron construyendo las adscripciones identitarias del Barrio 18 (B-18) y de la MS-13 que se anclan o están articuladas con las formas tradicionales de relación y de las configuraciones sociales / culturales de las colectividades y de los otros agrupamientos sociales que les anteceden en el tiempo.

Basta recordar que la palabra *Mara*, es un sinónimo del término Marabunta,¹³⁴ que también significa grupo y, simbólicamente representa una condición o una cualidad de hermano, “*brother*”, amigo cercano y, en su amplitud, deviene en banda o en palomilla, una especie de fraternidad, por lo que vendría siendo el grupo de socialización más importante de los muchachos y de las muchachas con los cuales se va a las fiestas, al cine, se juega un deporte, se convive en la esquina del barrio, se transita la calle, o se concentran en algún centro comercial de la zona donde se habita.

Ambas adscripciones identitarias hegemónicas, dado los climas de persecución y de represión que están sufriendo, se van descentrando de la sociedad, de las instituciones y de las organizaciones de la sociedad civil, como un mecanismo de protección, dada la desconfianza que se tiene en relación a “*los otros*”, a fin de no ser detectados, denunciados o infiltrados, al mismo tiempo, así evitan el artificio pseudo legal, de ser acusados de asociación “ilícita”, si concurren más de dos, -por ejemplo, a una reunión de trabajo comunitario, o a un taller para la capacitación y la habilitación laboral-, estarían infringiendo la Ley y, por lo tanto, son y serían fácilmente detenidos / arrestados y encarcelados.

Una parte de la comunidad como tal, en su diversidad y heterogeneidad, ha tenido temor y miedo hacia la *mara* y la *pandilla* del Barrio 18, situación que los ha llevado a manifestarse a favor de la implementación de las políticas de cero tolerancia y de Mano Dura; otros, en cambio, han expresado su solidaridad a través de la protección de los integrantes de estas adscripciones identitarias; y otros tantos, se han adherido y participan en determinadas labores y acciones, incluyendo las de los ámbitos de lo ilegal.

¹³⁴ Marabunta, también alude a aquellas hormigas gigantes que en su recorrido van destruyendo todo a su paso.

Un aspecto muy interesante que da cuenta de la gestión y de la auto administración de la *mara* y de la *pandilla*, es lo relacionado con el *uso social de drogas*, en la comunidad, es decir, del consumo de estupefacientes, tanto legales como ilegales, como mecanismos de disminuir los riesgos sociales y los daños colaterales, dada la situación de alteridad y de fragilidad en que se colocan cuando llevan a cabo los consumos, en particular de aquellas drogas consideradas como “duras”.

El “*crack*” puro (la piedra), es la que más estragos les ha causado a nivel social / colectivo como en lo individual, ya que es una sustancia demasiado adictiva, “*los atonta*” y, los coloca vulnerables ante alguna incursión de los cuerpos de seguridad del Estado y también ante los rivales de la *mara* o de la *pandilla*. En ese sentido, su consumo o ingesta, ha sido prohibido al interior de la *clica* y, en todo caso, es aprobada en determinados días y, alternadamente, aunque no en su versión pura, sino mezclada con marihuana, a lo que se conoce como “*bañado*”, lo cual disminuye los estragos psicosociales.

A los consumidores de “*crack*” puro se les conoce como “*los piperos*” porque lo hacen con una especie de pipas y por lo común se les da de baja de la *clica* correspondiente por su grado de adicción. En tanto regla y normatividad que intenta administrar los consumos de la *clica*, al violarse y al ser vistos o atrapados, hay una sanción o castigo violento que implica recibir una garrotiza, es decir, con palos / bates, o en algunos casos a pedradas, con la idea de desalentar e inhibir los consumos en los días en los que no está permitido hacerlo.

En relación a la distribución de drogas en la comunidad, la *mara* o la *pandilla*, es la que autoriza la venta y el trasiego, a través de recibir un pago conocido como la “*renta*”, por parte de los menudistas y de “*los transeros*”. A su vez, les pagan a la *clica* en especie, es decir, les dan droga para que ellos en su momento la vendan, de ahí que se convierten también en menudistas (narcomenudeo), como una forma de ingreso monetario, aunque cabe decir que no logran conformar una gran red, ni tampoco se constituyen en cárteles, ni mucho menos, lideran el mercado; no tienen ni el poder y ni el capital para hacerlo.

9.0. Las presencias y las nuevas voces de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Los actores centrales y, protagonistas de esta trama social y, cultural del *mercado de las violencias y de las muertes*, son las adscripciones identitarias, -transnacionales-, de la *pandilla* del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Sin duda alguna, los forzosos procesos migratorios de finales de los años 70s, de la década de los ochentas y de los noventas (en plena conflagración armada entre el ejército y la guerrilla, 1980-1992), así como los flujos de deportación masiva que llevó a cabo el gobierno Norteamericano, en particular, de jóvenes salvadoreños, a sus patrias de origen (1994, en adelante), le da un marcaje, un tono y una tesitura especial, a estas configuraciones grupales, que a su vez, influyeron inevitablemente, en la reconfiguración de las escenas identitarias de los demás agrupamientos juveniles que ya estaban en el espacio público de las esquinas / de la calle, (Cuerno, 2000; Pirker, 2004) y, que por diversas circunstancias y motivos, no habían hecho el proceso migratorio a los Estados Unidos de Norteamérica y, por lo tanto, no tuvieron la experiencia, ni el lugar social, nada fácil por cierto, de ser reconocidos y nombrados, como “*los jóvenes deportados*”.

Debido a las políticas de acoso / de persecución selectiva y, a la represión implementadas abiertamente por el Estado Salvadoreño, a partir del 2002 / 2003, contra estos agrupamientos identitarios, vía leyes de cero tolerancia, de los planes de Mano Dura (incluyendo sus diversas versiones) y de la Ley Antimaras; los climas de violencia y las muertes, aumentaron escandalosamente, no sólo en las comunidades donde habitan / se asientan la *pandilla* / *la mara*, o en el espacio público de la calle, o circulando la ciudad, sino también, en los lugares del encierro: los centros de detención (La Bartolina, por ejemplo) y, en las cárceles, “*La Esperanza*”, mejor conocida como “*Gotera*” y, Zacatecolutla; las más difíciles, donde se violan constantemente los Derechos Humanos de los privados de libertad / de sus familiares, incluso de los amigos y de los conocidos.

Esta situación llevó a que la *pandilla* como la *mara*, se fueran re ubicando y rediseñando social y culturalmente desde otras maneras y formas

identitarias de ser con respecto al Estado / a sus instancias de seguridad / a los *mass media* / la sociedad / la comunidad, de tal suerte que tuvieron que hacer una serie de cambios y de modificaciones en sus estructuras y en sus dinámicas internas, con nuevas lógicas, reglas y normas de funcionamiento grupal, en la mayoría de los casos, demasiado rígidas y duras.

Tales aspectos, han complejizado el fenómeno y han dificultado, sobremanera, la posibilidad de tener contacto directo, cara a cara y, en sus territorios, o en la cárcel, con algunos miembros de estas adscripciones identitarias. Aún así, hemos reconstruido algunas voces, en forma de testimonios orales, retomados de extractos de entrevistas a profundidad que logramos realizar, a algunos *homies* del B-18 y de la MS-13, abrumadoramente más hombres que mujeres, desde su heterogeneidad identitaria y de sus distintos lugares sociales de adscripción o de membrecía; *activos* (implicados en todas las acciones en los márgenes de la para legalidad del agrupamiento correspondiente); *pasivos* (alejados de las violencias y de los actos ilegales); *retirados* (veteranos a quienes se les otorgó “*el pase*”); *desertores* (desilusionados de la *pandilla*, o de la *mara*, que se salieron de la *clica* y, además, no tienen “*el pase*”, lo cual implica que a ellos se les dio, “*luz verde*”, es decir, sentencia de muerte).

9.1 Las interrelaciones.

Las y los jóvenes establecen una serie de relaciones y de vínculos intersubjetivos, heterogéneos y diversos, con la sociedad en abstracto y, con determinadas instituciones del Estado (la familia / la escuela / la religión y la procuración de justicia), en lo concreto. A su vez, estas instancias (y, otras, como los *mass media*, construyen desde lo hegemónico, una imagen de lo que esperarían que fuesen sus jóvenes, junto con los distintos comportamientos, acciones sociales y expresiones culturales asociadas. Por lo común y, en su amplitud, entre los vínculos establecidos desde lo que hemos denominado como los *mundos juveniles* y los imaginarios edificados desde los *mundos adultos*, se generan una serie específica de conflictos y de tensiones sociales, (Mead, 2002), que gestionan a su vez, una avalancha de estigmas sociales (Goffman, 1993), estereotipos y prejuicios, dirigidos contra ciertos sectores de lo juvenil, de determinadas adscripciones identitarias y, de las definiciones de

sí, en cuanto a ser jóvenes que se descentran o se alejan en mucho, precisamente, de esas representaciones imaginarias adulto céntricas.

En determinados momentos de la historia, del tiempo social y de sus contextos (Loeza, 2008), se han ubicado e identificado a segmentos de la condición juvenil / a formas específicas y diferenciadas de ser jóvenes, como por ejemplo, a los de la revuelta contracultural de la década de los sesentas: los hippies; a los estudiantes y sus posiciones políticas de interpelación al Estado y al poder; a los guerrilleros y su apuesta en el cambio social vía las armas; a los de los movimientos sociales, la protesta callejera y el malestar cultural; los rockeros, los hip-hoperos, los *emos*; a los excluidos, los estigmatizados y los desechables (Martín-Barbero, 1998), los *pandilleros* / los de la *mara*; como ser los causantes y los responsables, por sus prácticas sociales y manifestaciones culturales, de todos los males que aquejan a una sociedad, en particular, las problemáticas en torno a la seguridad / inseguridad, las violencias sociales y las muertes en su versión de una especie de festival y de carnaval (las masacres, o los desmembramientos de los cuerpos).

Actualmente y, en el caso de la condición juvenil contemporánea, en América Latina en general y, en Centroamérica, en lo singular, ser jóvenes pertenecientes a los estratos sociales / económicamente más desfavorecidos (material como simbólicamente hablando) y, habitar las zonas populares / pobres de las ciudades / sus áreas conurbadas, los liga a una situación juvenil de lo absurdo en tanto la cancelación en la construcción de un presente, en el aquí y en el ahora de sus vidas cotidianas, lo que implica la inexistencia de espacios sociales y oportunidades reales (laborales / de vivienda / educativos / de salud y de recreación), para la gran mayoría de esta población. Al mismo tiempo, los convierte, ante la mirada construida de “*los otros*”, en sinónimos de delincuentes y peligrosos.

Esto se retraduce en mecanismos sociales y culturales de criminalización de la condición juvenil en su amplitud y, pasa o atraviesa, tanto por la discriminación y por la intolerancia de reconocer y de aceptar las diferencias culturales de “*esos otros raros y extraños*”, -los hip hoperos / los *emos*-, por mencionar tan sólo a éstos agrupamientos; muy distintos y diferentes a, “*esos unos normales y comunes*”, -los yuppies / los fresas / los

junior / los integrados-; como por el diseño de las estéticas corporales / las fachas, o la particular creación de las presencias (Díaz, 2002) identitarias, desde los lugares sociales de ser miembros, o integrantes de los *homies* del B-18, o de la *mara* (MS-13).

La heterogeneidad / la diversidad de las adscripciones identitarias juveniles (y, de cualesquier denominación), no sólo se dan a nivel del *exo grupo*, es decir, con respecto a otros agrupamientos distintos al de pertenencia, sino que también se observan en su interior, *endo grupalmente*, lo cual implica que existen, en el caso que nos ocupa, distintas configuraciones identitarias y formas construidas socialmente de ser miembro o integrante, tanto del B-18, como de la MS-13. Una de las vertientes o de las dimensiones de análisis más significativas que proponemos, para comprender lo anterior, son los *cohortes generacionales* que van marcando y delineando, una especie de longevidad social (no biológica), en la biografía individual de ser *pandillero* / de la *mara* y, colateralmente, se van bosquejando las biografías grupales de la *clica* que corresponda.

Estos marcajes generacionales, aluden a aquellos acontecimientos o sucesos en los ámbitos de la historia y de lo social que les ha tocado vivir en lo colectivo, aunque con sus especificidades y sus re significaciones, en función de la clase social, la adscripción identitaria, las definiciones políticas, las creencias religiosas, los géneros, lo etario y los diversos anclajes culturales, a los que se pertenezca o se esté ligado. Por ejemplo, el asunto de la guerra librada, por una parte, entre el ejército salvadoreño (junto con todas sus fuerzas especiales, o de élite) y, por la otra, la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), -de 1980 a 1992-; fue un evento muy significativo para esa generación que delineó / sobrecargó, los flujos de los procesos migratorios / trasnacionales, principalmente hacía la Unión Americana (USA) y favoreció la conformación de las adscripciones identitarias de la *pandilla* y de la *mara*, es decir, de la condición o del lugar social de ser y de auto reconocerse como *homie* o *homeboy* (amigos / carnales; sin mediar, lazos consanguíneos).

Las trayectorias migratorias se acrecientan y se expanden a finales de los años setentas y adquieren su efervescencia en la década de los ochentas y

principios de los noventa, debido a varios motivos interrelacionados; a la represión política que se había desatado en contra de los disidentes al régimen salvadoreño; a la selectiva y dirigida hacia los miembros de los partidos y de los líderes de los movimientos sociales con tendencias ideológicas de izquierda / comunistas; a los climas de las violencias sociales, recrudecidos por la guerra en curso; e incluso, por las condiciones económicas de precariedad / de sobrevivencia familiar; que en la mayoría de los casos, orillaban a que se migrara bajo la condición de ser ilegales, “*mojados*” (sin papeles).

Escuchemos el relato de Edgar,¹³⁵ pandillero de la “Ley del Sur 13”, de la *clica* del barrio Nortwal, en California, Estado Unidos de América, -la mayoría chicanos-, con respecto a su vivencia en el proceso migratorio:

(...) yo me acuerdo que tenía como ocho años cuando mi mamá y mi familia quisieron llevarnos para Estados Unidos, a los Ángeles California, por la guerra que estaba y también el motivo es que mataron al esposo de mi mamá (...) y con todos esos problemas mi mamá no iba a poder con nosotros, éramos cuatro, me acuerdo que llego en el 78 (...) decidieron que mi hermana mayor y yo nos fuéramos juntos para California y, ya después mi mamá y, mis otras dos hermanitas, las menores se iban a ir (...) y lo que me acuerdo de chiquito, es la aventura, pasando diferentes países y desde los ocho años (...) hice otra nueva vida.

Alfredo: Dime ¿Se fueron como legales o como ilegales?

Nos fuimos como ilegales (...) yo me acuerdo que íbamos por partes (...) diferentes tías (...) nos iban a recoger, a diferentes países (...) mi otra tía nos estaba esperando en la frontera de México ya para cruzarnos porque antes era más fácil cruzar la frontera.

La llegada a los Estados Unidos de América (Los Ángeles California), de estos jóvenes salvadoreños y de otros centroamericanos (hondureños y guatemaltecos), a finales de los años setenta y en el transcurso de la década de los ochenta, se puede catalogar como un suceso fundante, en tanto que se dieron cuenta que la única manera de sobrevivir culturalmente, en el país de llegada (USA), era constituirse como *pandilla* del Barrio 18 (B-18), -muy ligados a los *cholos* mexicanos- (Valenzuela, 2003) y, ser Mara Salvatrucha (MS-13), -

¹³⁵ Actualmente Edgar es un pandillero pasivo (35 años / de la primera generación), varios años privado de libertad en cárceles norteamericanas por robo. Fue deportado de USA, en marzo de 1998, con estudios a nivel de bachillerato / bilingüe. Es miembro del equipo de trabajo de *Homies Unidos* de El Salvador y coordina el área de educación, dirigida a pandilleros y no pandilleros, -ofrecen becas para seguir estudiando y ayudan a conseguir empleo-, a jóvenes en situación de vulnerabilidad o de alto riesgo. Entrevista realizada el 27 de octubre de 2008, en las Instalaciones de *Homies Unidos*, en El Salvador.

“los auténticos salvadoreños”-, es decir y, como lo hemos mencionado con anterioridad, estas adscripciones identitarias se originaron en los Estados Unidos de América y no en sus patrias de origen.

Para el año de 1992, se firman los acuerdos de paz en el Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México (gestión diplomática realizada entre el gobierno mexicano y el francés), dando formalmente por concluida la guerra en suelo salvadoreño. Años posteriores, el gobierno norteamericano, inicia la deportación masiva de centroamericanos (en particular de Salvadoreños), a sus patrias de origen; cabe señalar que gran parte de ellos, han pertenecido / son miembros de diversas *clicas* del B-18 y de la MS-13, e incluso de otras pandillas en general.

Las rutas y las trayectorias para llevar a cabo la deportación masiva siguieron varias lógicas, o argumentos legales / jurídicos; los más socorridos fueron: aquellos que aún permanecían sin documentos (ilegales); los que habían tenido algún tipo de problemas con la ley (desde manejar borracho, o haber cometido algún delito, -robo, tráfico de drogas, portación ilícita de armas, o alterar el orden público-); por tener un juicio legal en proceso; o haber estado en la cárcel privado de la libertad.

Douglas, “*El Travieso*”,¹³⁶ pandillero pasivo del Barrio 18 (B-18), fue “*brincado*” en El Salvador, a los 14 años de edad, migro a los Estados Unidos de América (Los Ángeles, California) en 1993 y después fue deportado en 1999, a su país de origen; nos cuenta su vivencia:

(...) yo no tenía papeles, ni nada, estuve en recepción en Centinela, en Los Ángeles y de ahí me deportaron para El Salvador (...) Eso fue en agosto del 99 (...) tú vienes aquí y piensas ver las cosas diferentes (...) vienes a tu país y (...) cuando llegas, no bajas con las demás personas, bienes esposado y te bajan en la pista y vas caminando hasta migración, donde te reportas que vienes deportado, yo venía con una bolsita, con mis cositas, traía unos billetes, cogí un taxi y me fui para mi casa, a mi mamá ya le había hablado que iba a llegar. Luego vienes diciendo, -y ahora ¿Qué hago?- (...) yo no estaba acostumbrado a andar sin dinero (...) llegas y no tienes nada, busqué trabajo y, te preguntan,-

¹³⁶ Douglas, “*El Travieso*”, tiene 34 años de edad y también pertenece a la primera generación de pandilleros del B-18, estudió hasta primero de bachillerato, sus padres viven y cuenta con dos hermanas y un hermano. Ha trabajado de motorista (chofer), de fumigador, en seguridad, de guardaespaldas de un hombre rico y desde el año 2000, a la fecha, realiza trabajo voluntario en Homies Unidos. Entrevista realizada el 30 de octubre de 2008, en las instalaciones de Homies Unidos de El Salvador.

usted es tatuado-, sí, tengo un tatuaje, -¡ah disculpe, no lo podemos contratar!- Se te cierran las puertas por muchas ganas que tengas de querer cambiar o buscar un trabajo, no se pudo. Entonces, me vine aquí a Popa y de casualidad en ese lugar estaba la 18, entonces, yo me sentí como en casa otra vez y los jóvenes llegaban y me vieron, por las pintillas que traía y -vos, ¿de dónde venís?- ya me querían brincar, -no, sabes que yo soy 18 de Los Ángeles y vengo deportado-, ¿Quieres tomar? ¿Qué quieres comer? (...) ya me sentí con más confianza y estuve con ellos (...) viví con ellos un montón de tiempo, dos años. En el 2001 busqué trabajo, pero no sabían que yo tenía tatuaje, el problema fue cuando se dieron cuenta y, en el 2007, me despidieron por eso.

Dentro de la heterogeneidad y de los diversos lugares sociales de ser *pandillero*, o de la *mara* (*homeboy* / *homie*), en cualesquiera de los casos, se empiezan a delinear y a reconocer el tono y el matiz identitario como *homeboy* pasivo / deportado, o *homie* activo / deportado, a partir de los mecanismos culturales que se van instrumentando, -redes vinculares-, de las acciones y de las prácticas sociales que se lleven a cabo, es decir, los *activos* están fuertemente implicados, con sus *clicas* correspondientes, desde los márgenes y los umbrales de lo ilegal y, los *pasivos*, alejados diametralmente de ello, aunque auto reconociéndose y reconocidos identitariamente, por “*los otros sociales*”, todavía como *pandilleros* del B-18, o de la MS-13, es decir, siguen siendo “*homies*” (amigos / hermanos / “*carnales*”).

El arribo y, la llegada a la patria de origen en general, como *homeboy* deportado, fue / es, demasiado complicado, ya que por una parte, es clara la desventaja social, en tanto implica, muy probablemente, estar ubicado y situado en los límites de los procesos de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009) (básicamente sin empleo y sin ninguna oportunidad laboral) y, por la otra, dada la adscripción identitaria como B-18 o de la MS-13, -con todo y tatuajes-, se es discriminado por la sociedad (incluyendo, a veces, a la propia familia y a la comunidad en la que se habita); y aunado a las políticas de represión / de persecución del Estado, de sus instancias de seguridad contra estos agrupamientos y, a la actuación de los escuadrones de limpieza social; lo poco que les queda, simbólicamente hablando, es aferrarse y reivindicar su adscripción identitaria, a fin de intentar, reinsertarse o reincorporarse, desde otros lugares sociales, a las *clicas* correspondientes.

Esta situación conlleva desplegar una serie de estrategias de afrontamiento a nivel psicosocial (la racionalización / la paciencia / la discreción / la protección) y, al mismo tiempo, retejer los vínculos y las relaciones intersubjetivas con los “*otros sociales*”, incluyendo a la propia *pandilla*, o a la MS-13; ya que dependiendo de su particular dinámica de funcionamiento y de las reglas que correspondan, en algunos casos, vuelven a ser aceptados sin necesidad de ser “*brincados*” de nuevo, o sin someterlos a alguna prueba, ya que son “*respetados*” como veteranos (por deportados y “*viejos*”), a cambio de que les enseñen sus conocimientos adquiridos en su larga trayectoria como *homies*, por ejemplo, la manera de disparar o de organizarse, sin embargo, en otras ocasiones, se les intenta “*brincar*”, o se les pone de nueva cuenta a consideración, encargándoles alguna “*misión*”, o “*un trabajito*”, que implica no sólo realizar esa acción ilegal en su condición fáctica (de hecho), sino lo principal y, lo más significativo, está en el valor simbólico de dicha acción; ya que representa volverse a ganar el respeto y la confianza de “*los carnales*” / de “*los hermanos*” / de “*los homeboys*”.

9.2. Las adscripciones identitarias; B-18 / MS-13: dinámicas, lógicas y reglas internas.

En tanto que nuestras sociedades contemporáneas y la mayoría de sus instituciones, no están ofreciendo más los espacios y las posibilidades reales para llevar a cabo las transiciones o los pasajes de *los mundos juveniles* a *los mundos adultos* (muestra y evidencia de la de significación de los modelos identitarios otrora importantes como la escuela, la religión, o las ideologías políticas), las adscripciones identitarias (como la *pandilla* del B-18 / la MS-13, *las bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003) y las *palomillas*, -hip hoperos / emos / de la escena oscura-), suelen ser muy atractivos en tanto posibilitan, al menos en el imaginario, la pertenencia y la afiliación real, es decir, ser parte de / estar agrupados en torno a / construir presencia en las relaciones sociales, la vida cotidiana y los espacios / los territorios públicos.

Hay varias circunstancias sociales y rutas conocidas que se confirman (otras son novedosas), con respecto a los principales motivos y a las razones que se tuvieron y se esgrimieron (y, que todavía se mantienen), a fin de tomar la decisión de ingresar o de ser miembro de alguna de las adscripciones identitarias hegemónicas o más potentes; ya como *homie* del B-18, o

integrante de la MS-13: una familia desdibujada / des configurada, en la que se ha tenido la vivencia de la ausencia de la figura / la función paterna,¹³⁷ ligada con el maltrato y la violencia ejercida en su interior, -en algunos casos abuso sexual, o ser testigos-, (Morazán, Huezco y Gibbons, 2002; Serrano, 2005) y, que ha llevado a andar / a caminar la calle; el requerimiento, ante la ausencia de espacios y de ámbitos de socialización / sociabilidad, para la construcción de las identificaciones (juveniles) que conllevan sus cargas simbólicas, lo que representarían: la solidaridad, el compartir grupal o colectivamente y la circulación de diversas afectividades en su versión o denominación como “*el carnalismo*”; o cobrarse la venganza (Evans-Pritchard, 1977), por lo regular, en función de un pariente (hermano / hermana) que fue asesinado por la *clica* contraria, o de un amigo, “*carnal*”, o conocido muy cercano que despierta las emociones más duras y las más fuertes de revancha.

La ritualización, o el bautizo social / cultural, para ingresar a la *clica*, ya sea del B-18, o de la MS-13, son muy interesantes, por la fuerza en lo simbólico, lo que significa y representa, más allá del simple hecho o suceso en su materialidad; ya que desde “*las miradas de afuera*”, es catalogado como una evidencia más de la violencia y de la barbarie de estos agrupamientos. Por lo común, las edades de ingreso siguen siendo tempranas: de 10 / 12 / 14, años, - muy “*bichitos*” (niños)-, el mecanismo privilegiado y que se sigue instrumentando, en la cuasi totalidad de los casos, se conoce como “*la brincada*” y, consiste, por lo común, en recibir grupalmente, vía los miembros de la *pandilla*, o de la mara, a la que se desea pertenecer y, ser miembro, una *golpiza*, -“*talegueada*”-, de 18 o de 13 segundos, según sea el caso.

Desde la mirada construida al interior de estas *clicas* y de sus vivencias, ese acontecimiento socio cultural, de ninguna manera implica violencia, ni barbarie, ni crueldad; sino un acto a partir del cual se adquiere respeto / confianza / prestigio / una “familia” / una hermandad, es decir, un lugar social ganado y, a su vez otorgado, por parte de los demás integrantes o miembros /

¹³⁷ Desde la teoría Lacaniana, se sostiene que hay una diferencia entre la figura del padre (biológico) y la función paterna; lo que representaría (la legalidad / las normas / las reglas), en esta lógica, lo más significativo es que exista alguien (independientemente si es o no el padre o incluso la madre biológica), quien ejerza la función; por lo que puede ser una tía / una hermana, o un abuelo.

de los ahora denominados y nombrados como, “mis homies” / “mis hermanos” / “mis carnales” / “mis amigos” /.

Douglas, “El Travieso”,¹³⁸ nos platica lo siguiente:

yo inicié porque mi papá me corrió de la casa donde vivíamos, vendió la casa y me fui a vivir con una tía (...) no es igual vivir con tus padres que con una tía, entonces conocí a unos jóvenes que habían venido deportados y me gustó que compartían, su estilo de vestir (...) me invitaron a ingresar, fue voluntario (...) empecé con 18 segundos, contando el uno, el dos (...) cuando terminas de contar, tú ya te sientes con una familia (...) sientes respeto, comíamos iguales y si a uno le pasaba algo, nos pasaba a todos, eso era lo que yo había buscado, una hermandad, entonces, cuando tuve la oportunidad de irme a los Estados Unidos, pues volví a las pandillas en Los Ángeles.

Alfredo: Allá, ¿con quién llegaste? ¿Con quién estuviste?

(...) con un primo, ellos vivían en una casa, con él estuve un tiempo, me fui con otros homies que él conocía ahí, un salvadoreño y me dijo “¿tú de dónde vienes?”, -de El Salvador- y como le vi que andaba del barrio (...) -yo soy dieciocho también de El Salvador-, ¡Ah! que bien me dijo, entonces, pero aquí vas a empezar otra vez, quieres hacer otra vida, vas a empezar de nuevo.

Alfredo: ¿Te volvieron a brincar? ¿Sí? a ver, plátame esa experiencia.

fue una misión, fui a robar un coche y eso fue la única prueba que me pusieron y me bajaron el vidrio, pero me lo llevé (...) ellos lo que querían era el carro (...) yo se los llevé y con eso ya era una persona de respeto y que tenía palabra; entonces, me dijeron que eso era bueno y que podía estar con ellos (...) yo trabajaba en el día, era pintor de departamentos internos y en la noche me iba con los homies a vender crack (...) de ahí sacaba otra feria para mí (...) sacaba mi dinero y ayudaba también a los homies (...) teníamos todos, comíamos juntos, salíamos y, me gustó, para mí esa fue mi familia verdadera que conocí.

Alfredo: Plátame dentro de tu vivencia en la 18, una de las experiencias más bonitas o favorables que tú hayas tenido con ellos.

Fue cuando me aceptaron (...) cuando buscas identidad y nadie te la da y vienen unos jóvenes igual que tú y te dicen; (...) quieres pertenecer a esto, puedes hacerlo, entonces cuando estás adentro, ya recibes lo que nunca en tu vida has recibido, amor de hermano, o sea un carnalismo firme en el barrio (...) eso fue lo bueno que me sucedió de que me hayan dado la oportunidad de ser alguien, que yo me podía identificar con algo, ya que mis padres, ni mi familia lo pudo hacer, mi madre por pobrezas, mi padre por machista y que nunca me quiso aceptar como su hijo.

Una de las dinámicas sociales que tampoco han variado y que tienen que ver con las primeras aproximaciones y acercamientos de las / los chicos

¹³⁸ Entrevista citada.

menores de edad (8 / 10 años, aproximadamente), -“*los bichitos*”-, para el posterior ingreso / incorporación, o reclutamiento, a la *pandilla*, o a la *mara*; son los procesos de andar / de caminar la calle, ante una familia que se sigue borrando; a la ausencia, o a la no presencia de las figuras parentales (el padre y su función, por lo común); a la carencia de espacios reales que abonen en la construcción identitaria, o a la afiliación a “*algo*”, que a su vez implica simbólicamente, no ser excluido socialmente, o no ser borrado de los mapas de una sociedad y de una cultura. Estos iniciales encuentros, o aproximaciones, se llevan a cabo a partir de los imaginarios de lo lúdico, del juego y “*del vacile*”, todavía sin compromiso alguno con la *clica* que corresponda, es decir, sin haber pasado por la “*ritualización*”, o el “*bautizo social / cultural*”, de la “*brincada*”; aunque es sólo de seguir siendo consistentes, es decir, de incrementar los encuentros y, del tiempo social, para que regularmente esto ocurra.

Llegado el momento, “*estos bichitos*”, empiezan a conformar, la tercera generación de miembros e integrantes de la *pandilla* y de la *mara*, oscilan entre los 8, a los 16 / 18 años de edad, lo cual implica que son una especie de herederos sociales y culturales, en relación a las historiografías grupales de sus respectivas *clicas* y, además, les ha tocado aprender, incorporar, e internalizar, las nuevas lógicas, las variantes en las reglas y las normatividades que están reconfigurando los actuales rostros y matices de estas adscripciones identitarias y definiendo el tipo de los vínculos intersubjetivos tanto al interior de estos agrupamientos (*endo grupalmente*) como al exterior con “*los otros sociales*” (*exo* grupal). Por ejemplo, los recién afiliados, los más jóvenes, tienen un lugar social, entre los demás “*homies*”, como “*soldados*”, que van marcando las formas particulares de interrelación (de respeto / de escucha), con respecto a los “*veteranos*”, -de treinta cinco / cuarenta años de edad, de la primera generación-; aquellos que sobrevivieron a las batallas callejeras contra la policía y a la guerra abierta con la *clica* rival, e incluso, a las difíciles vivencias en los espacios del encierro (las cárceles), donde la muerte hace fuerte presencia y ronda constantemente.

Hay una vertiente que se ha intensificado (más o menos a partir del año de 1999 / 2000) y, que va muy relacionada con los aspectos o las cualidades

de lo transnacional de estas adscripciones identitarias, es decir, los flujos de intercambio de una gran diversidad de artefactos culturales, -cartas / regalos / bienes materiales / dinero-, así como los sistemas de comunicación (no sólo orales, sino los digitales, vía ciberespacio, teléfonos celulares), que se establecen entre las *clicas* de los *homies* del B-18 y de la MS-13, asentadas en territorio norteamericano, en particular en el Estado de California; y las que están en Centroamérica (El Salvador, Honduras y Guatemala); a través de los cuales viajan de ida y de regreso, determinadas recomendaciones / instrucciones, u órdenes; aunque cabe aclarar que esto aplica a discreción en función de las propias dinámicas y de las singulares lógicas internas de las diversas *clicas* como de los criterios que aplican los *palabrerros*, o los líderes en turno.

Estos vínculos transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006), establecidos entre las respectivas *clicas* de dichas adscripciones identitarias, de la *bandilla* o de la *mara*, no son homogéneos o uniformes, no sólo entre ambos agrupamientos, sino que en sus estructuras y en sus dinámicas internas, hay lógicas diferenciadas, aunque la matriz de significación se mantiene; preservar y cuidar al agrupamiento ante las políticas de represión y de aniquilamiento identitario que siguen implementando los Estados-Nacionales; ya sea recibiendo a sus integrantes como migrantes (hacia la patria de llegada), o desde el lugar social de deportados (hacia la patria de origen), en una especie de continentes y de soportes psicosociales, a nivel de las afectividades (la solidaridad / “*el carnalismo*”) y, de las estrategias de afrontamiento para re insertarse o re vincularse a la sociedad (consiguiendo trabajo o becas para seguir estudiando o capacitarse en determinado oficio: carpintero, panadero, computación).

Tales matices transnacionales, no implican de ninguna manera o forma, que se esté ante las grandes y poderosas redes internacionales en la configuración o en las estructuras “*del crimen organizado*”, bajo la modalidad de “*los carteles del narcotráfico*”, o de las mafias que controlan la trata de blancas, el mercado negro de armas, o el robo de autos de lujo a nivel mundial, como lo suelen afirmar los discursos hegemónicos y las narrativas construidas desde el Estado y sus instituciones, incluidas las mediáticas, en torno a la

seguridad nacional e internacional. Simplemente, se trata de adscripciones identitarias y de sujetos transnacionales que llevan a cabo una serie de estrategias (algunas en los ámbitos de lo ilegal o de la para legalidad), a fin de evitar, no ser excluidos en lo social, discriminados en lo cultural y borrados o eliminados identitariamente en lo que corresponde a lo que representan como integrantes o miembros del B-18, o de la MS-13.

Una de las prácticas “clásicas” que han utilizado e implementado, -una especie de usos y de costumbres-, a lo largo del tiempo social y de los hábitos culturales, una gran diversidad de sectores sociales o de agrupamientos (como los campesinos, los movimientos armados, -la guerrilla- y, la *pandilla* y la *mara*), es el hecho de pedir voluntariamente y / o cobrar, determinada cantidad de dinero, para poder pasar o atravesar los territorios y los lugares que tienen controlados (el barrio, por ejemplo), ya que desde la construcción imaginaria, “*les pertenecen*” / “*son de su propiedad*”. A esta práctica se le ha conocido usualmente como “*el impuesto de guerra*”, “*el peaje*” o “*la renta*”.

En sus orígenes, o en su matriz de sentido y de significación, pedir “*el impuesto de guerra*”, “*el peaje*”, o la “*renta*”, ha sido una estrategia de afrontamiento diseñada por los sectores sociales, los grupos minoritarios y las adscripciones identitarias que están al límite de la sobrevivencia material / simbólica y, en los márgenes / los umbrales, de lo ilegal en su confrontación e interpelación con el Estado y el poder. En su representación imaginaria funciona como un artificio “*de inclusión*” y de “*justicia social*”, es decir, que los negocios prósperos, los comerciantes y los empresarios ricos, devuelvan una parte de sus ganancias a los más necesitados: a los pobres y a los que están en la miseria. En la actualidad, “*el rentear*”, se ha complejizado, ya que han aparecido una gran diversidad de actores sociales que lo están utilizando como una “*extorsión*”, lo cual implica subvertir el sentido de “*justicia social*” y, llevarlo al terreno y al territorio del delito como una actividad o acción más del crimen organizado.

Las normas / las reglas, son un componente esencial, reguladores de las conductas / de los comportamientos que le van dando contenido a las estructuras internas, definen los ritmos de las dinámicas grupales, e influyen en el particular funcionamiento de las colectividades. Son tan importantes, que

dibujan el entramado social y delinear el tejido vincular, a partir de lo cual, es viable entender y comprender una variedad de prácticas y de acciones sociales que llevan a cabo sus integrantes, o sus miembros. Como toda norma y regla, adquieren el rostro de cierta legalidad, o leyes internas (*endo grupales*) que al ser violentadas o trasgredidas, la grupalidad aplica la sanción, o un determinado castigo, ya que por lo común, se lee como una señal que amenaza real y simbólicamente, a su dinámica y a su funcionamiento interno, lo cual no se puede permitir o tolerar.

En tanto que los agrupamientos o las adscripciones identitarias, no están desvinculados de las tramas sociales o alejados de los vínculos intersubjetivos con los “*otros sociales*”, -las instituciones del Estado, por ejemplo-; las reglas y las normas que los rigen, -no sólo son de consumo interno-, se van modificando y variando, con respecto a las cualidades de las interrelaciones que el Estado y sus instancias vayan estableciendo con esos agrupamientos o adscripciones identitarias, a doble vía. Está claro que las estrategias utilizadas por el Estado Salvadoreño (de cero tolerancias y de represión), hacía los agrupamientos del B-18 y de la MS-13, determinó, a manera de respuesta, una serie de ajustes y de cambios en esas dinámicas y maneras de funcionamiento, por lo que determinadas normas y reglas, han variado, las cuales desconocemos en su amplitud y en su real magnitud.

A través de la investigación empírica, se tiene, más o menos conocimiento que es a partir de finales de la década de los noventa, 1999 y, principios del 2000, donde ocurre la intensificación de los vínculos / los contactos e intercambios transnacionales (Kearney, 1995; Courtney, 2006) y, al mismo tiempo, se empiezan a cambiar e implementar las nuevas reglas que poco a poco van delineando los actuales rostros de los comportamientos sociales de las *clicas* y de sus miembros (los *homies*). Todo indica que hay diferencias con respecto a las reglas en sí mismo y en su aplicación por cada una de las adscripciones identitarias, ya sea como *pandilla* o como *mara*, y, también, en función de los particulares estilos que rijan a las *clicas* que correspondan, es decir, de los nuevos “*palabreros*”, -los líderes-; ya que la mayoría de los históricos (como el “*viejo Lin*”), están encarcelados, “*privados de la libertad*”.

En el imaginario (colectivo), existe la creencia de que la *pandilla* del Barrio-18 (B-18), se rige precisamente por ese número de reglas; *una* de ellas, es no decir las reglas; *otra*, es con respecto al lenguaje hablado / al discurso / a la palabra: no se puede nombrar, ni decir, acerca de la Mara (Salvatrucha), más aún, ninguna referencia asociada o palabras se admiten en las conversaciones que inicien con MA, o SA, por ejemplo, *marañon / máquina / trucha* y otras tantas, son mal vistas.

Me di cuenta de lo anterior, al estar conviviendo en una mañana, con toda una *clica* del Barrio-18 (B-18), en una zona controlada por ellos, al respecto, esto es lo que escribí como notas en mi Diario de Campo.

Viernes 21 / Nov. / 08.

(...) De lo que conversé con los dos principales, "palabrerros",-líderes-, (además son los mayores de edad, -25 y 26 años-, los más chicos de la clica tendrán 9, 11 o 12 años: en total son más o menos unos 16 / 17 "bichitos"); sobresale el hecho de que a la MS le llaman los mierdas para no nombrarlos como Mara o Mara Salvatrucha; ya que entre ellos está prohibido: cometí la imprudencia, -no me percaté-, de nombrar a la MS; se me quedaron viendo, se miraron entre ellos y el padre Toño intervino diciendo que a nosotros -los civiles-, sí se nos permite nombrarlos; dado el silencio y la situación tensa que involuntariamente provoqué, pedí disculpas, las cuales aceptaron.

Quizás esto tenga que ver con la sentencia de que si no se nombra, por lo consiguiente, "*no existe*", se le borra de los códigos discursivos de sentido; *otra*, está prohibido, "*cargarle*" al barrio, o a un "*homeboy*", lo que implica es, no hay que aprovecharse de la *clica* para beneficio particular, ni tampoco humillar o golpear a un *homie*; *una más*, la prohibición en la ingesta y en los consumos de determinadas sustancias psicotrópicas, en función del tipo de droga de que se trate ("*crack puro*", por ejemplo) y, de los días que correspondan.

Algunas de las reglas, son compartidas por ambas adscripciones identitarias, sin embargo, hay otras que dan la especificidad y la diferencia con respecto a sus mortales rivales; ya sea de la *pandilla*, o de la *mara*. Al menos, en el caso de la Mara Salvatrucha (MS-13) y, a partir de las historias orales, se dice que desde las *clicas* de los Ángeles California (USA), se mandaron determinadas órdenes, o "*sugerencias*", a fin de implementar nuevas normas y reglas; no admitir en lo sucesivo a "*las jainas*", -las mujeres-, por los problemas que regularmente generan al pasar información a personas que no son

integrantes de la *clica* e, incluso, por sus lazos afectivos o amorosos que establecen con los que no son *homies*; ahora las formas de matar, si se viaja en vehículo, obligan a tener que bajarse del carro, ir por el rival y evitar dañar / matar, a cualquier civil; no usar drogas como tomar, ni “*pedra*”; no se permite, (“*el pase*”), salirse de la *clica* o de la *mara*, la única vía es la muerte (“*luz verde*”); no más tatuajes o pintas en el cuerpo (la cara, por ejemplo); seguir infiltrando a la policía, al ejército, a las fiscalías y a los juzgados.

Un integrante de la MS-13,¹³⁹ de 29 años de edad, vendedor de periódicos en los “*buses*”, tatuado en el rostro y en el cuello, estuvo preso y purgó una pena de 6 años por el delito de robo agravado, recién salido de la cárcel (el 7 de octubre de 2008), retirado de su *clica*, -“*sin pase*”- y, convertido a la religión católica (una especie de predicador urbano / callejero); me hizo la siguiente revelación:

Alfredo: Y esa orden, esa regla ¿desde cuándo fue que se instaló? ¿Desde qué año fue que se dio?

(...) ha habido un cambio de reglas en lo que es la pandilla (...) cuando yo dejé de andar con ellos, hubo nuevas reglas de Los Ángeles, de Estados Unidos y, una de ellas, “que no admitieran lo que son hembras en la pandilla de la MS”.

Alfredo: ¿Más o menos de que año me estás hablando?

Le estoy hablando del 99 para acá.

Alfredo: Y por ejemplo, lo que tiene que ver a otras reglas ¿cuáles serían las más importantes?

*primero: antes no se bajaban de lo que es el carro; asesinaban, niños, ancianos y todo y, ahora, una regla de las más importantes es bajarse del carro si vas a asesinar a un pandillero rival, irse directamente a lo que es el objetivo, porque si matas a un niño, a una anciana, el pandillero que lo asesina, muere también; la otra; es de que todo aquel que ande tomando, fumando *pedra*, *marihuana*, lo van a matar también; otra es, más importante, es que todo aquel que ha pertenecido a la pandilla no se puede salir porque si no, le va a tocar una muerte con *lujuria*, *barbarie*, en este sentido, ahora los jóvenes que están ingresando a la pandilla, esa orden vino de Estados Unidos, que anden sin tatuajes, por la policía, porque los identifican y el que porta tatuajes lo matan (...) así que ellos pueden entrar a lo que es la policía, el ejército,*

¹³⁹ Esta fue una de las entrevistas / conversaciones más valiosas y difíciles que tuve con un “*palabrero*” de una de las *clicas* de la Mara Salvatrucha (MS-13), de la segunda generación de *maras* (29 años de edad), tanto por el tipo de información que me dio a saber / a conocer, como por el hecho de que en algún momento me confundió con un infiltrado, un agente del FBI. Dicho suceso, el lector recordará, lo analicé en el apartado del dispositivo metodológico. Entrevista realizada en la clínica asistencial “Padre Octavio Ortiz”, en el barrio de mejicanos, el 20 de noviembre de 2008, en El Salvador.

juzgados, fiscalía, para poder tener un solo organismo en lo que es la pandilla, una estructura bien tremenda en lo que es acá en El Salvador, en Estados Unidos, en muchas partes.

Con respecto a los géneros, el femenino en particular (“*las jainas*”, “*las féminas*”, o “*las hembras*”), conocemos muy poco con respecto a ellas y a sus lugares sociales al interior de las *clicas* de la *mara* / de la *pandilla* y, a sus vivencias de la maternidad, el enamoramiento, sus parejas (Ramos, Ferreira y Rodríguez, 1998), las trayectorias familiares, o sus experiencias y pasajes en los espacios del encierro (las cárceles).¹⁴⁰ De lo que sabemos es que ellas “*también rifan*”, es decir, en relación a las acciones y a las misiones que hay que llevar a cabo por el barrio o por la *clica*, no se marcan diferencias, están en igualdad de circunstancias y de condiciones que los varones. Tanto para el hombre como para la mujer de estas adscripciones identitarias, existe cierta posibilidad remota de tener “*el pase*” y ocupar el lugar de “*pasivos / no activas en violencias*”, en virtud de su condición de maternidad / de paternidad, -crear un hogar, una familia, tener un esposo (a), o pareja- y, también; con respecto a los procesos de la conversión identitaria, hacía una afiliación religiosa cristiana, o de cualquier índole (aunque esto se da más, por lo regular, en los hombres).

En la adscripción del Barrio-18 (B-18), uno de los sitios asignados, a partir de las estrategias de la masculinidad y del machismo, es que todavía las mujeres son consideradas como “*objetos sexuales*”, en el entendido de que pueden ser remplazadas o “*desechadas*”, al no cumplir las expectativas construidas culturalmente de lo que se esperaría de “*una jaina*”, por ejemplo, siempre, “*dar cuca*”, -refiere a los genitales femeninos-; atender y cuidar “*al bato*” en turno o con el que se tiene un vínculo de pareja / afectivo y; estar invariablemente a su lado, es decir, apoyarlo en todos los actos y en todas las acciones, incluso en los ámbitos de lo ilegal, “*pase lo que pase*”.

En la Mara Salvatrucha (MS-13), referido por un *homboy* de El Salvador y una *homie* de Honduras, que se alejaron de sus respectivas *clicas*, -al parecer se confirma-, se dio la instrucción de eliminar / matar, a todas “*las jainas*” que quedaban y de negar el acceso / la afiliación a la adscripción

¹⁴⁰ Hay una investigación que se está llevando a cabo por parte del IUDOP, coordinada por la Maestra, María Santa Cruz, que apunta precisamente al asunto del género femenino de ambas adscripciones identitarias, en su experiencia de estar privadas de la libertad.

identitaria en tanto la desconfianza que se les tiene a ellas por sus condiciones o los imaginarios (representaciones sociales, Moscovici, 1979, de su género: ser muy comunicativas, -pasar información estratégica a sus rivales-, o poner en problemas a la *clica* y, en lo que atañe, a “los batos”, -los hombres-, el pase está definitivamente negado, por lo que la desertión se da básicamente por el asunto de la familia, de las / los hijos y con la sentencia de muerte a costas (“*la luz verde*”).

9.3. De las significaciones de la dermis de la calle / del barrio; a las pieles del cuerpo: las inscripciones, los placasos y los tatuajes.

Uno de los articuladores y analizadores culturales más potentes con los que contamos, a lo largo de la historia de la humanidad, han sido las modificaciones y las intervenciones que se han tenido con respecto a la decoración y a la significación de los cuerpos.

En las sociedades contemporáneas, una parte importante de la condición juvenil y, determinadas adscripciones identitarias, han usado sus cuerpos como territorio / espacio de expresión, de manifestación del malestar social y de interpelación abierta y sin concesiones, al poder del Estado y a sus instituciones; vía los tatuajes, las perforaciones, el branding, las escarificaciones, u otro tipo de intervenciones extremas (amputaciones o incrustación de metales y de piedras preciosas).

En lo que atañe a “*las pintas*”, o a los tatuajes que llevan consigo, como galerías ambulantes / públicas, algunos jóvenes en lo general y, en lo particular, aquellos de los sectores sociales más desfavorecidos (pobres / en la miseria); morenos, -no blancos-; habitantes de las zonas populares; con algunos indicios de diseño estético o de los artefactos y emblemas culturales de pertenecer a alguna *adscripción identitaria en resistencia*; o abiertamente de ser miembros de *clicas* del B-18, o de la MS-13: en lo automático, ante la mirada construida de las figuras de autoridad y del autoritarismo irracional, se activan los mecanismos del estigma social (Goffman, 1993), contra todos estos actores, lo cual se traduce en acciones violentas en la vida cotidiana y de actos de discriminación concretos; situaciones muy delicadas ya que atentan en contra del respeto a la diferencia cultural como a la preservación de los

Derechos Humanos de aquellos que por distintas motivaciones han decidido intervenir sus cuerpos.

En ámbitos de los espacios privados, como lo son los ambientes y las dinámicas familiares, en un alto porcentaje, se libra una batalla por la disputa de esos cuerpos intervenidos, por una parte, entre los *mundos adultos* y, por la otra, *los mundos juveniles*, plagada de tensiones y de conflictos, no resueltos. De igual manera, aunque desde otros lugares de sentido, en los territorios de lo laboral (el trabajo), no se admiten a todos aquellos que porten un tatuaje y es motivo de ser despedido cuando los patrones o gerentes de fábricas o de establecimientos comerciales se dan cuenta que alguien de sus empleados está “*pintado en su cuerpo*”, o “*trae pintillas*”. Transitando la ciudad, caminando la calle, o andando en “*bus*”, esos jóvenes decorados, se exponen a las miradas acosadoras / hostigantes de la gente común y, lo más preocupante, a ser detenidos (invariablemente), por los cuerpos de seguridad del Estado: los policías, por lo regular. En los casos más extremos e inaceptables, desde cualquier punto de vista, o posicionamiento político, las iconografías que dan cuenta de la membresía a la MS-13, o al B-18, han sido un signo o un motivo para eliminar / asesinar, o deshacerse, de integrantes de estas adscripciones identitarias; hechos que han sido ampliamente documentados por determinados académicos / organizaciones de la sociedad civil y de sus familiares.

Una de las matrices de significación más fuertes y trascendentales que llevan a las inscripciones en la piel y, a intervenir los cuerpos, a través de una gran variedad de iconografías y de escrituras, vía los tatuajes y los placasos, son los requerimientos para la construcción identitaria de lo juvenil alterno; ofrendar el cuerpo (en lo general), a una determinada adscripción de la grupalidad (Lipovetsky, 1986), -no sólo de las hegemónicas, *pandillas* o de *maras*-; es toda una apuesta / compromiso de vida y, encarnar (en lo particular), todos aquellos eventos o sucesos que van dando sentido a la existencia y a la biografía en lo individual, aunque construida social / colectivamente; dan visibilidad y presencia ante todos, “*los otros sociales*”.

Los cuerpos y, sus posibilidades de ser, adquieren determinado valor social / cultural, en tanto habitan a esos actores juveniles, adscritos a

determinadas identificaciones de grupo, quienes a su vez, son los que los portan y, tienen las tecnologías a su alcance, a fin de intervenirlos, es decir, de usar sus corporalidades como espacios y territorios en las decisiones “relativas” de sí, anclados a una trayectoria / desplazamiento, en el tiempo histórico y en el espacio socio cultural.

Cristián Alexis,¹⁴¹ es un joven salvadoreño de 21 años de edad, quien está en proceso de quitarse sus tatuajes que porta en el cuerpo, es obrero en una fábrica de textiles (maquiladora). A los 14 años, se decoró su piel, por la presión social que ejerció su grupo de pares y, nunca se imaginó los problemas que le traerían sus iconografías con su sociedad, la familia y la policía y, mucho menos, para conseguir un mejor empleo. A continuación, nos hace el siguiente relato en extenso:

Alfredo: Y ¿Cuál fue la motivación que te llevó a hacerte, en su momento, el tatuaje?

Prácticamente por el tipo de amistades (...) el grupo (...) andaban fregando (...) la mayoría andaban tatuados (...) por estar en el grupo.

Alfredo: Y ¿algún grupo en especial de los que hay acá, culturales?

No, no, así, íbamos a la disco, tomamos y, todo eso, nada más.

Alfredo: Ya me platicabas un poco de que estás teniendo dificultades por tener tu tatuaje ¿qué problemas fuertes has tenido de estar tatuado?

(...) fijese que la vez pasada, mi tío me consiguió una entrevista para trabajar, en TACAS (...) pero (...) por andar tatuado, me dijeron que gente así, no aceptaban.

Alfredo: Ahora, veo que tu tatuaje lo tienes en el pie ¿qué es la parte esta? ¿Pantorrilla?, en la pantorrilla ¿cómo se dieron cuenta de que lo tenías en la pantorrilla?

(...) cuando le hacen la entrevista (...) en la mayoría de los trabajos, siempre le preguntan a uno que si anda tatuado (...) hay veces que lo revisan (...) y esa vez me revisaron (...) y cuando me lo vieron, me dijeron que no me podían dar el trabajo ahí.

Alfredo: Tu familia cuando de tatuaste ¿qué te dijo? ¿Cómo reaccionó?

Eso fue lo más difícil, cuando mi familia se dio cuenta, fue cuando tuve problemas con todos ellos, acuérdesese que la familia siempre quieren lo mejor para uno, el padre, la madre, se enojaron, siempre está la discriminación de parte de la familia, también, cuando uno se hace un tatuaje que no sea de pandillas, siempre le dicen a uno que ya parece marero.

Alfredo: Ahora, circulando la calle, o estando en la playa ¿has tenido algún problema cuando tenías tu tatuaje?

¹⁴¹ Entrevista realizada el 24 de noviembre de 2008, en la clínica asistencial, “Padre Octavio Ortiz”, barrio de mejicanos, El Salvador.

Fíjese que sí, cuando andaba en la calle, siempre cuando andabas con un cholo, la policía me paraba y me decía que yo era pandillero, que no lo soy, porque andaba manchado y siempre lo golpean a uno

Alfredo: Pláticame una de las experiencias más desagradables que hayas tenido por andar tatuado en la calle.

Una vez, con una novia que tuve, andaba algo tomado, un policía me paró y me dijo que yo andaba haciendo desórdenes en la calle y me comenzó a registrar y cuando me vio tatuado me dijo que yo era pandillero y comenzó a golpearme y sinceramente no soy pandillero, pero para la sociedad, la gente que anda tatuada la “discriminan” y, todo porque me dijo que yo era pandillero y no era tatuaje de pandillas, ni nada y, aún así me golpeó.

Hay un desplazamiento iconográfico de los signos del anclaje territorial y de la identificación al barrio de los *homies* del B-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13), que sigue la trayectoria plástica de la epidermis de la calle / de los muros / de las paredes, en forma de placasos / de las escrituras de las *clicas* a las que se está adscrito / a las que se les tiene fidelidad y; mutan en forma de tatuajes / “*de pintas*”, para asentarse e incrementarse en los distintos lugares y en los espacios de las corporalidades. Podríamos considerar a este suceso o acontecimiento como una puesta en la escena socio cultural, de una suerte de re fundación o de re significación de los cuerpos en tanto la adscripción identitaria que se está empezando a construir; ya que es común que en lo posterior se sigan plasmando una serie de imágenes y de frases alusivas, en una especie de *performatividad / performance* (Butler, 2002).

Así como en ciertas paredes y muros de las calles / de los barrios / de las comunidades, aparecen los placasos de ambas adscripciones identitarias, tanto del Barrio 18 (B-18) como de la Mara Salvatrucha (MS-13); de igual manera se van plasmando, poco a poco, en sus respectivos cuerpos, bajo diferentes modalidades o formatos visuales, a saber, para el B-18: 18 / XVIII / EIGHTEEN / XV3 / 666, - la menos usada o conocida de las “*pintas*”-; en lo que atañe a la MS-13: MS / EMES / SALVATRUCHA / MARA SALVATRUCHA / 13.

En estos desplazamientos iconográficos de la epidermis de las paredes y de los muros, hacia la piel de los cuerpos, se da una puesta en escena de las adscripciones identitarias, *un performance*, a través de su representación comunicativa, realizando ciertos movimientos y señas con el cuerpo, en lo particular con las manos, lo que implica, “*tirar barrio*”, es decir, es un código

cerrado / muy difícil de leer o de entender (si no se es parte o integrante de la *pandilla* o de la *mara*), un mecanismo visual de auto reconocimiento / de reivindicación, hacia adentro y, hacia afuera de la grupalidad y, al mismo tiempo, de identificación con respecto a los enemigos, o a los rivales.

Los diferentes placasos que se van pintando en las paredes / en los muros, en tanto dan cuenta de la identidad de la *clica* / de la adscripción; ya que connota la apropiación simbólica del territorio, del anclaje del grupo correspondiente; si es borrado o tachado por la *mara* o la *pandilla* rival, significa una afrenta, un acto de provocación y de falta de respeto, por lo que no se puede pasar desapercibido, lo cual lleva a un enfrentamiento inevitable (a muerte), hasta restituir la afrenta que los contrarios han osado cometer.

En el caso del territorio y de lo visual del espacio de la corporalidad, está confrontación, por una parte, puede iniciar y, se da a nivel de la palabra, es decir, si alguien o algunos, andan rondando por ahí, o pasan por ese lugar, se les pregunta, “*de qué barrio*” y si “*al tirar barrio*”, las particularidades gestuales que hagan con sus cuerpos y manos, no son de la adscripción identitaria del sitio, por lo menos reciben una paliza, o “*son tramoyados*”, -apuñalados-; y por la otra, se da a través de la mirada, observando los posibles tatuajes que se porten y que “*delatan*”, la pertenencia y la membrecía; ya sea del B-18, o de la MS-13.

En esta misma matriz de significación y, por una diversidad de motivaciones que vamos a tratar y a discutir más adelante en su amplitud; cualquier miembro o integrante de estas adscripciones identitarias que borre o despinte los placasos de la *clica* a la cual pertenece, plasmados en las paredes y en los muros, o que se des tatué o se borre los tatuajes correspondientes, significa negar la adscripción y se lee e interpreta como una traición / deslealtad, por lo tanto, aplica la sanción, que por lo regular, se paga con la vida, es decir, se da la “*luz verde*” (la sentencia de muerte).

Un *Homie* activo, de la *pandilla* del Barrio-18,¹⁴² con tan sólo 15 años de edad, fue “*brincado*” a los 10 años, platica con respecto a los sentidos y a los significados de las iconografías de pertenencia a su *clica*:

¹⁴² Entrevista realizada en la zona conocida como mejicanos, el 30 de noviembre de 2008, en El Salvador.

Alfredo: ¿Qué significa la placa que traes en todo tu cuerpo?

En mi cuerpo anda plaqueado el barrio 18 y una vez que yo me lo hice, hasta la muerte lo voy a andar (...) vivo por mi madre, muero por mi barrio.

Alfredo: ¿Para ti que es el cuerpo entonces?

Mi cuerpo es cultural, ¿sabes por qué?, porque ando de eighteen, el eighteen que significa el barrio 18, hasta la muerte, sólo en calle homboy camino, si yo me voy a meter en calle Mierda, es porque voy a explotar a un chavala.

Alfredo: Y dime, lo placazos de la eighteen ¿para ti que significan?

Los placazos de la eighteen, está en grande mi barrio 18, está en grande va, eso significa, hacer un placazo en alguna pared es porque mi barrio está en grande y si alguien lo quiere tachar, yo lo agarro a pura verga y, lo mato, es mi barrio.

En estos cuerpos, a partir de la heterogeneidad de las vivencias / de la diversidad de las acciones que se vayan teniendo desde el lugar de ser integrantes de la *pandilla*, o de *la mara*, es como van apareciendo las sucesivas inscripciones y marcajes en la piel, es decir, se va haciendo / construyendo, las historias individuales y las trayectorias sociales al interior de la *clica* que corresponda. A partir de aquí, van emergiendo una secuencia en el tiempo, una serie de imágenes y de tatuajes (sombreados y, por lo común en blanco y negro), que van encaminados a ir delineando la temporalidad y la longevidad social de la pertenencia y de la membrecía a la grupalidad, a que haya lugar.

Si a la piel de estos cuerpos, les edificamos y les aplicamos la metáfora (Lakoff y Johnson, 1980), de los pergaminos, o de los lienzos, entonces, adquieren un valor hermenéutico, en tanto se les puede leer e interpretar, ya que las iconografías -los tatuajes- y, las escrituras encarnadas, van dando cuenta y hablan de ciertos momentos de las historias sociales de vida del *pandillero (a)* / del integrante de la *mará*; una suerte de trozos de historias de vida ambulantes; su *curriculum vitae* plasmado en imágenes / dibujos y escrituras.

Las inscripciones y, las intervenciones de los cuerpos, vía escritura / tatuajes, también nos habla del cohorte generacional al que se pertenezca y del lugar social que se ocupa al interior de la adscripción identitaria, por ejemplo, los *homies* que más tatuajes tienen en sus cuerpos (llenos los brazos, la espalda, el pecho, el cuello, e incluso en la cara y en la cabeza), por lo común,

son los de la primera generación (terminando los treinta y rebasando los cuarenta años de edad), ocupan el lugar de “*palabreros*” -líderes-, la mayoría de los cuales están privados de la libertad, purgando penas de veinticinco, o más de treinta años, que difícilmente van a salir del encierro; por el contrario, los de la primera generación, los más “*bichitos*”, de 10/ 12 / 14 / 16 años, por lo regular portan, hasta ahorita, uno o dos tatuajes máximo, que aluden a su indeclinable adscripción identitaria (18 / *eigtheen*), o (Salvatrucha / 13), en un lugar del cuerpo poco visible, ante la mirada de los otros (el pecho, o la espalda) y, su sitio social es como “*soldados*”.

Una parte considerable de las iconografías de “*las pintas*” y de los tatuajes, curiosamente los que aluden a las *clicas* y a la adscripción identitaria como *pandilla* o como *mara*, e independientemente del género al que se pertenezca, se van ganando y mereciendo, por ciertas acciones o misiones realizadas, a favor del agrupamiento y, llevadas a cabo, en los umbrales de las violencias / de las muertes / de lo ilegal. Su valor simbólico, por lo menos, corre en dos vías, *una*; se va adquiriendo respeto y confianza al interior de la adscripción, -con los *homeboy* / los *homies*-, *dos*; da cuenta del arrojo, la valentía y lo temerario que se es, a partir de las estrategias de la masculinidad (Bourdieu, 2000; Serrano, 2005).

Uno de los lugares del cuerpo tatuado / rayado, muy singular, demasiado fuerte y de un altísimo valor simbólico, por lo que representa, es el rostro / la cara; ya que los dibujos que lo adornan, van al nivel de la mirada, e interpelan sin concesiones, a todos “*los otros sociales*” y, en particular, sirven también para intimidar y causar miedo a los integrantes de las *clicas* rivales.

Miriam, de la *pandilla* del Barrio-18,¹⁴³ estuvo privada de la libertad durante 3 años y 3 meses, ahora alejada / desertora, -“*sin pase*”-, con 22 años de edad, dos hijos, una bebé de seis meses y un varón de 6 años, actualmente vive con su madre, en proceso de des identificación de la *clica* y, por consiguiente, de irse quitando los tatuajes, comenta lo siguiente:

**Alfredo: ¿Y cómo fue que fueron apareciendo tus tatuajes?,
plátame ¿cuál fue el primer tatuaje y por qué te pusiste el tatuaje?**

¹⁴³ Entrevista realizada en las instalaciones de la clínica asistencial, “Padre Octavio Ortiz”, para borrarse los tatuajes, el 24 de noviembre de 2008, en El Salvador.

Mi primer tatuaje fue uno que ando en la espalda, (...) para hacérmelo yo tenía que hacer una maldad, agarrar a un MS y, yo lo tramoyé.

Alfredo: ¿Qué es eso?

Lo apuñalé y después me hicieron el tatuaje de la espalda, decían que ya me lo había ganado (...) por eso me hice el de la espalda, ese fue el primero.

Alfredo: ¿Y lo mataste?

Pues quizá (...) porque los demás le siguieron dando, yo como tres nada más, con miedo va.

Alfredo: Y dime ¿ese fue tu primer tatuaje que te ganaste?

Sí, de hecho fue el primero.

Alfredo: Y después ¿cómo aparecieron los demás?

Bueno, los de la cara, si le disparé a uno, ese sí creo que se murió y, éste me lo hicieron, fue ganado, me lo había ganado, me lo hicieron en la cara, ya no podía andar libre y he hecho muchas maldades de la cuales gracias a Dios ya me arrepentí, no podía dormir en paz y, así aparecieron los demás, haciendo cosas indebidas, peleando contra la MS, dándonos duro.

En sí, podríamos afirmar que las inscripciones y los tatuajes que se plasman en los cuerpos de éstos jóvenes, hombres como mujeres, son relatos plásticos y fehacientes de las diversas vicisitudes que van dando visibilidad a la existencia de andar caminando la calle; de las creencias y de la fe religiosa, - imágenes de Cristo / de la Virgen de Guadalupe-; de las emociones y de las afectividades hacia las personas cercanas, -nombres de las madres, hijos (as), parejas, esposas, hermanas-; del paso por los espacios del encierro, -fechas y nombres de las cárceles donde se estuvo-; los apodos de los *homies* caídos / asesinados y las lápidas con sus respectivas cruces, por lo común, una forma de recordar los enfrentamientos con los rivales, ya sea la policía, o la *clica*; aparecen también, los que simplemente se hacen para decorar / adornar, hacer lucir los cuerpos; y, los del “*alucine*”, por lo regular, hojas de mariguana y botellas de alcohol.

9.4. Los imaginarios de las violencias y de la muerte.

En términos amplios, las adscripciones identitarias de la *pandilla* y de la *mara*, se han endurecido y complejizado, ya que tienen muy claro que el Estado y, sus cuerpos de seguridad, cualesquiera que sean estos, hoy por hoy, son sus peores enemigos, a los que más desconfianza se les tiene y a los que hay que resistirles. La confrontación que tienen con los policías -“*los juras*”-, es frontal y, al tú por tú y se dirime sin concesiones, a balazos y a muerte. Esta situación de conflicto se ha incrementado a partir de las políticas de cero

tolerancia y de represión, implementadas / intensificadas, aproximadamente, a partir de los años de 2002 / 2003, en adelante.

Las conocidas y desacreditadas, Leyes de Mano Dura / Super Mano Dura, fueron un artificio legal que permitió criminalizar la condición juvenil en general y, en lo particular, detener y encarcelar a una gran cantidad de integrantes del B-18 y de la MS-13, aplicándoles uno de los artículos de la Ley Antimaras (que se declaró anticonstitucional después de tres meses de aplicación), la asociación ilícita, que implicaba no poder reunirse más de un joven (dos / tres en adelante), a riesgo de ser detenidos / desaparecidos y, en algunos casos, hasta ejecutados extrajudicialmente.

Escuchemos de nueva cuenta, al *Homie* activo de la *clica* del B-18, de 15 años de edad,¹⁴⁴ ya que su visión resulta paradigmática con respecto al vínculo conflictivo que se tiene con la autoridad policiaca y la representación social (Moscovici, 1979), que se hace de las políticas de cero tolerancias y de Mano Dura:

Alfredo: La policía, ¿Qué hay con la policía?

(...) la onda está así (...) si los culeros juras la arman de cansada contra nosotros (...) nos tiran encima el sistema, nosotros no la traemos contra ellos, pero si ellos quieren guerra, guerra van a tener, nosotros tenemos armamento suficiente para contrarrestar a todos esos culeros (...) para amenazarlos, para matar a todos esos culeros (...) no lo queremos usar, pero si los batos son juras y, es la ley y, nos ofenden, no nos vamos a dejar tampoco va.

Alfredo: Y dime, en relación a lo de las leyes estas que me enteré acá en El Salvador de mano dura y de súper mano dura ¿Qué piensas de eso?

A sí, la mano dura a la verga, a la verga todas las leyes que ponen los juras, las leyes, las que existan aquí en El Salvador, son las que pongo yo y, los juras me pelan la verga, yo pongo las reglas aquí, porque yo soy el callejero, el que controlo, los juras me pelan la verga.

Alfredo: Y las ejecuciones extrajudiciales ¿cómo están? las ejecuciones extrajudiciales que están apareciendo por ahí *homies* desmembrados y demás.

Si agarran a un homie, me entiendes, va parado al tiro (...) significa que primero Dios no pase, significa tiro bajo el tiro y, si le llegan a hacer algo, me entiendes, de un trabón que le peguen, va toda la raza encima de ellos y descuartizamos a cualquier culero que nos pongan encima.

Alfredo: ¿Qué significa descuartizar a alguien?

La raza decide y, si la raza decide que un bato civil, o un Mierda, a tocado a un homboy, matamos a ese culero, lo descuartizamos por

¹⁴⁴ Entrevista citada.

partes, me entiendes, cada parte en cada lugar va, un brazo para un lugar y la cabeza va por otro lugar, porque nosotros estamos locos por el barrio 18 y aquí somos los que controlamos, recio va.

Alfredo: Y ¿qué es eso de la crueldad entonces?

¿Cómo?

Alfredo: La crueldad, cuando descuartizan a alguien ¿ahí hay algo de crueldad, o no?

Crueldad, crueldad, la crueldad casaca, nosotros actuamos, tenemos un gran rencor, porque la ciudadanía de aquí, a nosotros nos apartan, ¿cómo te puedo decir en pocas palabras?, nos rechazan, nosotros no sentimos amor hacia nadie, sino rencor, hacia todos los culeros chavalas y quién se meta con nosotros, no sale vivo ¿me entiendes?

Ligado con las anteriores políticas / leyes y, desde la *vox populi*, se sabe de la existencia de una reciente estrategia denominada, Plan 500, que data del 2008 y, tiene la férrea finalidad, cueste lo que cueste, de atrapar a los 500 “*palabrer*os”, -líderes-, más importantes y buscados de ambas adscripciones identitarias, violentando todas las garantías individuales de sus integrantes, habidas y por haber. El procedimiento, por demás ilegal y burdo, que trastoca el Estado de Derecho, más / menos, consiste en arrestarlos y llevarlos a un proceso, sin juicio, hasta dos o tres años, a la espera de la resolución, tiempo en el que se les achacan todas las acciones de “*extorsiones*” de la zona en que fungían como líderes, asimismo, en centros de detención como la Bartolina (de la Policía Nacional Civil), se llevan a cabo una diversidad de acciones que dan cuenta del arte de la violación de los Derechos Humanos: gases pimienta, golpizas, desapariciones y ajusticiamientos extrajudiciales.

Lo interesante y lo llamativo, es que algunas opiniones y determinados puntos de vista de los propios afectados, es decir, de ciertos miembros del B-18 y de la MS-13, están en función de los lugares sociales que se tienen, o que se han ocupado al interior de las estructuras y de las dinámicas grupales de estas adscripciones identitarias, por ejemplo, los *homies* activos y, quienes más las han sufrido, están totalmente en desacuerdo y las repudian; y, por el contrario, los *homies* que se han separado, o se han salido, “*sin pase*” y, desilusionados de las clicas correspondientes, en una mínima parte, las apoyan, aún y con el hecho de que en algún momento de su vivencia, también las hayan padecido.

Miriam, la *pandillera* del B-18,¹⁴⁵ quien se ha retirado de su *clica* correspondiente y, “*sin pase*”, nos relata su vivencia de esas épocas de represión:

Alfredo: ¿Y cómo les fue con la mano dura en el 2003-2004 y la súper dura?

¡Ay!, eso sí fue horrible mire, por cualquier cosa lo llevaban preso a uno, si uno estaba con dos o más, preso, si a uno lo miraban mal parqueado, preso, eso sí fue horrible, no les daban agua, sólo presa pasaba, porque me agarraban a mí y, buscaban a otros para llevarlos por asociaciones ilícitas, a mí sólo llegaban y me agarraban, eso sí fue horrible, yo me escondía, me llevaban presa todos los días, a veces salía porque me tenían 3 días, iba saliendo y, otra vez me llevaban, no, ¡qué horror!.

El espacio público de la calle / de las comunidades donde se transita y se habita, respectivamente, fueron fuertemente violentados e intervenidos por los diversos cuerpos de élite de los para policías. A su vez, los lugares del encierro (las cárceles), se convirtieron o emergieron, en otro tipo de territorios donde permanente las violencias / las muertes con sus rostros de masacres y de barbarie, empezaron a rondar y a instalarse en la cotidianidad de estos sitios.

Douglas, “*El Travieso*”,¹⁴⁶ relata:

Fue hace un mes, eran tres policías, llegaron a una comunidad, vieron a dos jóvenes (...) la gente mira a la policía como una persona de represión, si no eres pandillero, lo mismo ocurre (...) y, se metieron a una casa huyendo de la policía y ahí estaba viviendo un joven de una pandilla y los policías cuando entraron botaron la puerta, sin tener un documento para entrar, cuando el chamaco les dijo, -“mira ¿por qué botaste la puerta, si no tienes derecho de venir aquí?”, agarró el rifle, un fusil, una AK-47 y le pega un balazo en el pie, ese es el peor problema, saber que ya no es que te arreste, sino que ahora la policía está utilizando armas para eliminarte.

Alfredo: Dado esto, que cada vez aparecen más ligado con el asunto de ejecuciones extrajudiciales, ¿qué están haciendo los grupos de jóvenes? o ¿qué está haciendo la pandilla dado que está claramente ya documentado por ustedes la represión de exterminio?

Lo que hacen es irse para otros departamentos, municipios, a esconderse con otra familia, primero, están repeliendo la represión y luego están migrando para los otros lugares y, ya no es porque tú has cometido un delito, sino por tu propia seguridad, porque ya no puedes confiar en la policía, aquí han salido policías con droga, cobrándole al

¹⁴⁵ Entrevista citada.

¹⁴⁶ Entrevista citada.

pollero para dejarlos pasar (...) los mismos policías agarran al pandillero y quieren dinero y le piden toda la feria para dejarlo ir, están extorsionando ilegalmente.

En cuanto a los territorios del encierro, (las cárceles), hay una diferencia sustancial de haber estado privado de la libertad desde el lugar de migrante / deportado, en las cárceles de los Estados Unidos de América y, de haber permanecido en la patria de origen, en este caso, en los espacios del encierro en El Salvador, que pasa o atraviesa, no sólo por tratarse de uno de los países más desarrollados y, el otro, ser de los más pobres, respectivamente, sino debido a las políticas de represión focalizadas contra estas adscripciones identitarias implementadas en el país centroamericano que implícitamente van encaminadas a “*deshacerse*” o a borrar la adscripción identitaria del B-18 y de la MS-13.

En la mayoría de las cárceles norteamericanas, hay ciertas posibilidades reales de “*diseñar el tiempo social*” del encierro, en cambio, en El Salvador, va “*matando*”, poco a poco, o de un solo tajo de violencia, al privado de la libertad. En ambos espacios ayuda emocionalmente agruparse con los *homies* de la adscripción grupal de pertenencia y, en algunos casos, se activan los procesos / los mecanismos de la conversión religiosa (de la fe y de la creencia en Dios, - la divinidad como experiencia-), lo cual conlleva a los momentos del arrepentimiento de haber sido parte de la grupalidad y, por consiguiente, ahí se toman las decisiones de alejarse / descentrarse / de abandonar / o de retirarse de la *clica* a la que se perteneció y a la que se le fue un fiel “*soldado*”.

La estancia en la cárcel, por cualquier motivo (robo de autos / a transeúntes, portación de armas de fuego, asesinato, o delitos contra la salud), da prestigio social al integrante de la *mara* o de la *pandilla*, ante sus demás *homies* y, además, es uno de los elementos de lo que se conoce como “*la vida loca*”, aunque la vivencia por lo general es muy complicada y, cada vez más riesgosa, debido a las violencias que se desatan en su interior, en formatos de torturas psicológicas, maltrato físico, -golpizas-, masacres o ajusticiamientos.

Las violencias de las muertes, o la muerte en sí, es un acompañante con la que se está lidiando en lo explícito y, en lo latente, no se le teme, se vive con ella y, adquiere varios matices en cuanto a las experiencias de situaciones en las que se ha estado al borde de perder la vida; o de haber presenciado como

sobrevivientes el asesinato de sus *homies* caídos; o en su momento, por las batallas urbanas libradas contra los rivales identitarios y; actualmente, por las estrategias de represión / aniquilamiento, contra ellos y; ante los enfrentamientos con los “*juras*” (los policías).

Los imaginarios de la muerte se construyen a partir de la matriz de significación expresada a través de la sentencia, “*por mi madre vivo y por mi barrio muero*”, es decir, se le considera como un momento más de la vida, el pasaje de lo material a lo espiritual, el retorno del alma a lo divino (el cuerpo es sólo la materialidad de la existencia), por lo que si Dios (“*Diosito*”), es el que da la vida, entonces, la va a quitar cuando él lo desee, aunque al mismo tiempo, es el que protege, a través de los accesorios y de los artefactos culturales que se usan y se llevan colgando al pecho (“*las camándulas*” -rosarios- y, las iconografías tatuadas en la piel: Cristo / La Virgen María / La Virgen de Guadalupe).

A partir de estas narrativas y discursos, la muerte es tan sólo un acontecimiento espontáneo / impredecible, aunque también remite a la conciencia y al principio de realidad de que un integrante de la *mara*, o miembro de la pandilla, por su adscripción identitaria y, estilos de vida, están señalados o marcados a morir; ya sea en el espacio de la calle / transitando la ciudad, -puede ser aniquilado, -“*sacado de las calles*”, “*bajado del avión*”-, o en las estancias en las cárceles; lo cual no implica de ninguna manera que esto siempre sea así, aunque hay altas probabilidades de que así ocurra.

Este marcaje de la muerte, por demás fuerte, ya que remite a la imagen del destino, conlleva a esperarla con dignidad y, si la vida se da por el barrio, entonces el morir, adquiere un valor y una representación de sacrificio o de inmolación por la adscripción identitaria a la que se pertenezca, por lo que el acto o la acción social, se traduce en un orgullo.

En esta misma lógica, se sabe que una vez afiliados, literalmente no hay salida de la adscripción, en todo caso, existe cierta posibilidad de llevar a cabo un rediseño del lugar social como *mara* o *pandillero*, al interior de la *clíca*, para seguir perteneciendo, de tal manera que la desertión, interpretada como traición, se paga con la vida, es decir, la única salida posible de la adscripción identitaria es la muerte imaginada.

Escuchemos de nueva cuenta al *Homie* activo de la pandilla del 18,¹⁴⁷ hablar en extenso, de las identificaciones, el barrio, la vida / la muerte:

Alfredo: Estoy en el barrio de mejicanos y voy a entrevistar a un homie de la 18, de la eighteen street, él me va a dar su relato de...

Simón, la raza, hasta la muerte, ahí va copiado, la raza 18 va, hasta la muerte, nuestro barrio 18, aquí en El Salvador, nos protegemos hasta la muerte, la Uno-Ocho, lo que nosotros llevamos de corazón, desde que nacemos, hasta la muerte, el día que te guste brincar y si vos te lo planchas en el cuerpo, así como yo lo ando, "la eighteen street" (...) no tienes que andar cruzando palabras con los chavalas, si te topas un chavala, lo reventáis, son los contrarios, no la llevan con nosotros, esos culeritos tratan de imitarnos, pero no pueden contra nosotros, porque somos más y llevamos el barrio hasta la muerte, a esos culeros los explotamos, los matamos y no nos dicen nada, tenemos un armamento recio porque somos el barrio 18 que controla El Salvador y a nivel mundial, Argentina, Canadá, Belice, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador en grande, te saluda, todos los homies de la 18 en grande, los chavalas a la verga, la Mierda Seca, a la verga, la Mierda Seca.

Alfredo: Explicame eso de la Mierda Seca.

La Mierda Seca, son las 2 putas letras contrarias a nosotros, esos culeros, no la llevan con nosotros, tratan de imitarnos, el día que nació la 18, mucho después nació la Mierda, no pueden contra nosotros, porque nosotros somos más, tenemos más armamento, yo me topo un chavala y lo tragoneo, pura verga (...) porque yo soy loco por el barrio 18 y esos culeros se cagan cuando me miran, porque a mí no me aguantan carga, yo los mato a esos culeros, cuando me miran salen corriendo.

Alfredo: Para ti ¿qué es el barrio 18?

Para mí el barrio 18, es mi corazón, mi vida, mi muerte, si yo marco el barrio, el barrio me va a cobrar a mí, mi barrio, hasta que yo muera, lo voy a llevar en el corazón, yo nací por mi madre y muero por mi barrio

Alfredo: Dime, ¿cómo es un día tuyo aquí en el barrio?

Mi día aquí en el barrio, depende el día que sea, sabadito alegre, es cuando vos libas, un día común y corriente, todos los días fumas mota, es justa y necesaria para los callejeros, te mantiene con vida, te da aire para respirar, en la calle nadie te pone reglas, haces lo que vos quieres, pero seguís las reglas de tu barrio 18 y, si vos rompes una regla, te la cobran recio.

Uno de los activadores o analizadores socio culturales más potentes de estas violencias de muerte, es sin duda, la venganza, -las *vendettas* de sangre- (Evans-Pritchard, 1977), que forzosamente se tienen que cobrar; ya sea por haber atentado contra la vida de un integrante de la *clíca* de pertenencia, - independientemente si sobrevivió o no al ataque-; por las pérdidas o los asesinatos que se cometen en contra de los familiares en línea directa, -

¹⁴⁷ Entrevista citada.

hermanas (os), o amigos entrañables, “*los carnales*”, afectivamente hablando; y, en sí, por las batallas que se libran con “*todos los otros rivales*”.

En los territorios de lo simbólico, lo que representan las violencias de la venganza, es una manera de mostrar poder ante los contrarios, (Swartz, Turner y Tuden, 1994), en la lógica o en el imaginario de hacer sufrir, “*a los otros*”, de igual manera, o peor, de cómo éstos hicieron a quien se está vengando, es por eso que la respuesta por lo regular siempre es más sanguinaria o cruel y adquiere la cualidad de irse escalando, es decir, cobrarse la afrenta es la consigna, por lo que no ejercer la venganza, es inadmisibile, ya que se estaría siendo débil / frágil, ante los rivales o los contrincantes y, eso no se puede permitir; ya que en cierto sentido, son mecanismos de regulación / de administración, a fin de que las violencias no terminen por desbordarse o estallar del todo.

Douglas, “*El Travieso*”, pandillero pasivo / no activo, del B-18,¹⁴⁸ quien sobrevivió a un atentado en contra de su vida, en los Ángeles California, a manos de la *clíca* contraria, nos narra el episodio:

Alfredo: ahora cuéntame una de las experiencias más desfavorables o tristes que hayas tenido estando en la 18.

Una vez iba caminando por unas calles de Los Ángeles y me encontré a unos enemigos del barrio y me pegaron una madriza, me golpearon fuerte, con un bate en la cara, me dislocaron la mandíbula y me dejaron inconsciente, agradezco que no me hayan matado (...) cuando volví a la vida, le di gracias a Dios que no me habían matado, eso fue en el día, esa misma noche me la cobré, me fui a su barrio y me desquité con uno de ellos, tú sabes, si estas metido en una pandilla, aprendes a protegerte y si no te mataron, tienes la oportunidad de desquitarte, entonces tuvo que haber un regreso.

Alfredo: ¿Venganza? y pláticame como fue.

Llegamos al barrio de aquellos y estaban ahí como celebrando que me habían dado mi madriza y, comencé a dispararles, le pegué como a dos, pero después me di cuenta que tampoco murieron, pero sí los dejé friqueados, pero ya no quise hacer nada más porque ya había hecho lo que yo hubiera querido, mi intención no era matarlos, simplemente desquitarme como ellos me hicieron; no eran tan enemigos. Pero sí, me madrearon a mí solo y, eso me dolió, entonces, ya estando juntos se creían la gran madre y, pues ni modo, se las partí.

La acción o el acto de matar a alguien / al otro / al rival, por lo regular, es una misión que hay que llevar a cabo, con todo y los miedos que esto suscita,

¹⁴⁸ Entrevista citada.

máxime si es la primera vez, situación que conlleva un dilema, en todo caso no sólo moral, sino que se está en la encrucijada de matar al “otro”, o por el contrario, de ser matado por los rivales ya que también están preparados para ello, -“él queda, o tú quedas”-, o incluso, por la misma *clica* a la que se está afiliado, al no cumplir con el “encargo” / “el trabajito”. Para tomar valor y, tener el arrojo suficiente de hacerlo, es común que se requiera de la ingesta combinada de varias drogas: beber bastante alcohol, fumar un carrujo de mariguana, o incluso “*crack puro*”.

Miriam, pandillera del B-18¹⁴⁹, ahora nos cuenta y nos platica de su vivencia y de su experiencia de matar:

Alfredo: Ahora ¿Cuéntame una de las experiencias más desfavorables que hayas tenido cuando eras de la 18.

Quizás cuando agarraron a un MS y, me dijeron, -vaya a matarlo-, era la primera vez y, -no, yo no quiero-, lloraba.

Alfredo: ¿Cuántos años tenías?

Quizás 15, ya casi lloraba. Y uno de la 18 quién fue que nos metió, él me agarró la mano, en sí fue él pero yo tenía el arma, sentía mucho miedo, sentía temblor, me sudaban las manos, hasta los pies

Alfredo: Y cuando le disparaste al de la MS que a lo mejor lo mataste ¿para ti, qué es la muerte? ¿Qué se siente matar a alguien?

Yo sentía nervios, el problema era que si yo no lo mataba, él me mataba a mí, estaba en una posición que lo hice quizás por miedo a ellos y, también a la 18, porque si yo no lo mataba, ellos me iban a matar a mí, porque entonces era una señal de debilidad que ellos no podían aceptar entre una mujer, porque ahí lo toman a uno como a hombre, lo tratan como a hombre, entonces, si uno está de débil, ellos mismos lo matan a uno.

Alfredo: ¿Qué significa para ti la muerte?, en el barrio, ¿qué significa morir y matar a alguien?

Quizás miedo es matar a alguien, da miedo vea, pero quizás da más miedo morir uno, porque yo siempre le pedía a Dios que me cuidara. Una vez tuve un accidente que los MS me agarraron, yo iba sola y me cocieron aquí en la cabeza, yo llegué inconsciente al hospital, pero yo cuando reaccioné con un gran miedo que me mataran ellos, entonces mejor me tiré de la coster y fui a dar contra un filo de una canaleta, me caí desmallada, gracias a Dios no se bajaron aquellos, sino me matan ahí no más.

Alfredo: La coster ¿es una camioneta, un carro?

Aja, es un microbús (...) de ahí me tiré y llegaron rápido los de la ambulancia y me llevaron al hospital y me dejaron semejante cicatriz en la cabeza.

¹⁴⁹ Entrevista citada.

Con respecto a la manera / a la forma en que por tradición / por lo común, mata la *pandilla* y la *mara*, se diferencian en lo general, por ejemplo, del estilo que emplea el crimen organizado en su versión de los narcotraficantes y los sicarios. Una vez que se mata “*al otro*”, -tramoyándolo / apuñalándolo, o disparándole con arma de fuego-, el cuerpo o sus cuerpos, no son intervenidos / no se tocan más, porque en el imaginario construido, “*el alma ya se fue*” y, no cobra ningún sentido, desmembrarlos o decapitarlos, ya que eso sería crueldad.

En lo que atañe a matar, o eliminar, -“*sacar de las calles*” / “*bajarlo del avión*”-, a un rival de la *clica* contraria, dependerá de la jerarquía que tenga, o del lugar social que ocupa el otro; si es un “*soldado*”, simplemente se va y se le mata o se le ejecuta, por el contrario, si se trata de un “*palabrero*”, -un líder / un veterano-, una vez que se le asesina, se le escupe, como una manifestación de repudio por todo el daño que en el imaginario ocasionó a su adscripción identitaria y una expresión de que no se le guarda ningún respeto.

Las violencias y las muertes que actualmente se están dando al interior de cada una de las *clicas*, están aumentando y adquiriendo otros tonos / matices, a lo clásico y a lo tradicional, hay indicios de que se están cometiendo ciertos excesos con dosis de crueldad y de barbarie (decapitaciones, por ejemplo). Los motivos son variados; no sólo por haber desertado de la *pandilla* o de la *mara*, o borrarse las inscripciones y los tatuajes, (es una manera de negar el barrio); sino por las disputas internas en relación a las mujeres (“*las jainas*”), el trasiego de armas, los territorios para la venta de drogas, el control de “*la renta*”, es decir, estamos presenciando la mutación de la centralidad de los “*ideales*” de la solidaridad y “*del carnalismo*”, hacia la primacía del dinero y de la ganancia.

El integrante de la MS-13,¹⁵⁰ de 29 años de edad, nos comenta lo siguiente, en relación a la desilusión de su *clica* y a los motivos que lo llevaron a retirarse, sin tener, “*el pase*”:

Lo que se da en la pandilla es, como le dije al principio; hay una entrada, salida no hay, la única es la muerte, así como a mí, yo me acabo de retirar de la pandilla, a mí me buscan para hacerme daño pero como yo confío en Dios, yo sé que Dios me cuida (...) a veces aparecen cuerpos

¹⁵⁰ Entrevista citada.

mutilados de los mismos pandilleros pero es porque ellos les deben a la pandilla cualquier problema que ellos tienen por borrarse los tatuajes, por haberse retirado de la pandilla, de ahí les depende la muerte a ellos también.

Alfredo: En tu caso, ¿qué fue lo que sucedió para que te salieras de la pandilla?

En mi caso fue que estaba viendo muchas cosas, situaciones muy feas, en cuanto empecé a ver que se estaban matando entre ellos mismos, ya no me gustó, tomé la iniciativa de retirarme de la pandilla y sin decirles a ellos.

Este es uno de los núcleos de significación y de representación que van alimentando la desilusión y el desencanto de varios integrantes y miembros de estas adscripciones identitarias que los están llevando (tanto a hombres como a mujeres), a tomar la riesgosa decisión de desertar / de salirse de la *clica*, -“sin pase”- y, de iniciar el proceso de des identificación, a través de irse borrando las marcas y los signos de tal adscripción, -“los des identificadores del estigma”-, (Goffman, 1993): las iconografías de los tatuajes y de las “pintas” que se portan y que todavía se traen en los cuerpos.

Miriam,¹⁵¹ la pandillera del B-18, nos comenta:

Alfredo: Y dime ¿qué fue lo que hizo que decidieras salirte de la 18?

Ellos a uno le dicen, nosotros somos tú familia, te vamos a apoyar, lo que vos querrás, cuando yo caí presa, me fueron a ver como 3 meses, porque mi mamá no me iba a ver, ya después me dijeron que yo viera como me las arreglaba y uno los necesita dentro porque no tienes nada. Y recapacité, también me dieron psicología (...) no valía la pena andar malgastando mi juventud, mi vida y decidí alejarme de la pandilla. Cuando ellos llegaron como a los 6 meses, les dije que ya no quería nada con ellos, me dijeron que me iban a matar cuando saliera (...) Y aún allá adentro, la 18, tenía problemas conmigo, porque yo ya no corría nada, yo aparte y, ellas en su grupo y, me llamaban y problemas con la MS y con los 18, yo me sentía acorralada pero yo seguí, como era bien garañona, tampoco me agarraban pleito. Salí con libertad asistida, a los 3 meses que vieron que yo si me porté como la gente, me dieron la libertad.

Alfredo: ¿Y la 18 cómo te dio el pase?

La 18 no me ha dado el pase, yo cuando salí de la cárcel, me fui a vivir a un lugar donde nadie me conocía, no salí como quizá unos 5 meses y empecé a quitarme los tatuajes en febrero del 2007, los tatuajes en la cara, mi hermana me habló de este lugar, me dijo que aquí quitaban los tatuajes en esta clínica, entonces le dije llévame, me atendió Graciano y empezamos a ver cómo me quitaban los tatuajes y así fue como me decidí a quitarme los otros porque vi que me quedaba bien, ya no tenía

¹⁵¹ Entrevista citada.

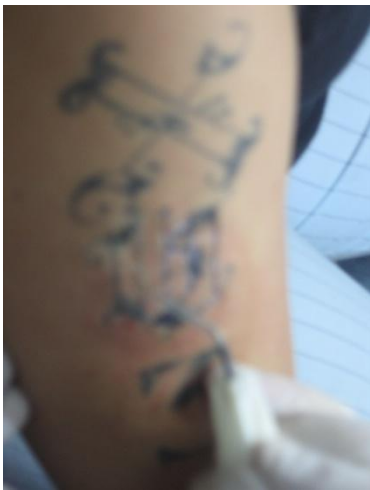
que esconderme de la gente, por eso no salía, para que la gente no preguntara qué pasaba en mi cara y la mayoría que estaban en la pandilla 18, algunos ya están muertos y algunos están presos, ya no peligro mucho, pero trato de no visitar lugares donde hayan pandilleros, ahora me siento libre, otra persona porque ya puedo salir sin el miedo a que me van a matar en la calle.

Cuando uno les pregunta a algunos *pandilleros* y a los de la *mara*, (hombres como mujeres), que realicen un ejercicio imaginario con respecto, “a qué les dirían”, *por una parte*, a las autoridades del gobierno (policías), a la familia y, *por la otra*, a los propios “*bichos*”, o jóvenes; las respuestas son muy interesantes y reveladoras: ya que se habla o se dice, desde el lugar social que se ocupa o se está adscrito; por ejemplo, la tendencia de los *homies pasivos* (alejados de las violencias), van encaminadas a demandar oportunidades laborales y de estudio, así como el respeto irrestricto a los Derechos Humanos de estos actores; *los retirados o desertores*, recomiendan el no ingreso a las *pandillas* o a la *mara*, dado la desilusión que sufrieron; y los que simplemente son *jóvenes*, no adscritos a las *clicas* hegemónicas, hablan de no tatuarse o pintarse el cuerpo, a fin, al menos en el imaginario, de no ser discriminados y / o violentados, como a ellos les ha pasado.

Proceso de des tatuaje / des identificación.



Líder de la *Mara Salvatrucha* (MS-13). Fotografía tomada el 20 de noviembre de 2008, El Salvador.



Joven mujer de la *clica* de los *homies* del Barrio 18 (B-18). Fotografía tomada el 24 de noviembre de 2008, El Salvador.

10. HONDURAS.

Los contextos y sus textos; la gestación del B-18 y de la MS-13.

Si bien es cierto que Honduras no padeció una guerra civil, o un conflicto armado de las envergaduras de El Salvador, de Guatemala, o de Nicaragua; no estuvo, *por una parte*, exenta de vivir diversos climas políticos, atmósferas (Maffesoli, 1990) y dinámicas de esas conflagraciones bélicas que se estaban suscitando en la región centroamericana en la década de los años ochentas (Moser y Winton, 2002) y; *por la otra*, tenía sus propias problemáticas sociales, políticas y económicas, que dibujaban escenarios de tensión muy difíciles y preocupantes para las aspiraciones de la democracia de amplios sectores de la población (los estudiantes, los obreros, los intelectuales, los académicos).

En el país, se estaba escenificando la confrontación de la denominada guerra fría, entre los dos grandes meta relatos de la época: las narrativas del capitalismo y del socialismo (comunismo), lo que implicó la presencia de varios ejércitos, tanto regulares como irregulares, en su territorio; en la base Palmiras, entrenaba el ejército Hondureño; en el Centro de Entrenamiento Militar (CEM), los soldados de Guatemala y de El Salvador y; en las zonas fronterizas, se asentaron los revolucionarios salvadoreños del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y la contra nicaragüense.

Aunado a lo anterior, transitaba bastante armamento en la región y en suelo hondureño había una gran demanda; los consumidores o compradores, eran muy conocidos y claramente definidos: en los denominados grupos irregulares estaban los rebeldes, -los guerrilleros-, de El Salvador, los contras nicaragüenses y, de los Estados y de sus gobiernos, por ejemplo, el guatemalteco, ya que tenía restricciones económicas y diplomáticas para adquirir y recibir armas. Todo esto fue alimentando un flujo y un trasiego masivo muy fuerte y delicado de armas ilegales; el floreciente y rentable mercado negro y; un entramado de violencias en el que aparecían, cada vez más, el uso de este arsenal en los delitos y en los crímenes que se cometían.

Situación social y política muy compleja que incrementó la inseguridad ciudadana y, sobre todo, las muertes; con su secuela de dolor social (Arciga y Nateras, 2002) y de constantes violaciones a los Derechos Humanos en contra de las comunidades y de la población, a cargo de los diversos protagonistas,

en particular, la propia policía nacional, el ejército y sus fuerzas especiales que se vieron bastante comprometidas en actos de represión y de ejecuciones ilegales (sumarias), en lo particular, hacía los disidentes políticos, los luchadores sociales y los militantes de las izquierdas comunistas, de esa época.

También, era el momento en el que se estaban gestando una serie de movimientos sociales que expresaban el descontento y la molestia colectiva desde diversas vertientes; *una*, las disidencias políticas encabezadas por los socialistas y los comunistas de la época; *dos*, las luchas de los obreros y de los campesinos por mejorar sus condiciones de vida; *tres*, las organizaciones o frentes estudiantiles (a nivel de secundaria, preparatoria y universidad), demandando apertura y espacios de participación social; quizás este fue el sector más significativo y emblemático, en tanto que sus posturas desafiaban abiertamente a las lógicas conservadoras y autoritarias del Estado, el gobierno y, de sus instituciones (la familia / la escuela).

El movimiento estudiantil, fue al que más se le reprimió; empezaron los asesinatos de jóvenes que participaron en las protestas callejeras, una cantidad considerable de desapariciones forzosas y, al mismo tiempo, se fue construyendo el imaginario colectivo que contenía la idea esencialista de que los jóvenes, por la simple condición de serlo, son violentos, peligrosos y, además, “*comunistas*”. Se instauró el control hacia una parte de los estudiantes, a través de la prohibición legal de participar en organizaciones juveniles, en el caso específico de los alumnos de secundaria. Simbólicamente, el mensaje enviado para toda la comunidad correspondiente era claro: *por una parte*, intentaba inhibir y desalentar la protesta y, *por la otra*, intimidar la participación política y la organización social de este sector estratégico de las y de los jóvenes.

Entre el clima de la confrontación de la denominada guerra fría y de la represión a los movimientos sociales y políticos; se fue gestando *una cultura de las violencias* (Carazo, 2001; Ferrándiz y Feixa, 2004; Blair, 2005) y *de la muerte*, construida a partir de las narrativas apológicas con sus signos y sus emblemas de desapariciones, de la eliminación física de “*los contrarios*” y del aniquilamiento “*ideológico*” de “*los otros*”, diferentes / distintos, a los grupos

hegemónicos y de poder, como una representación de que esta era la vía de la (supuesta) solución a los conflictos y a las tensiones sociales que se vivían como sociedad. Surgieron colateralmente, varios aparatos de represión del Estado como la Dirección Nacional de Investigación (DNI), quienes se encargaban, desde la impunidad total, de llevar a cabo las torturas y los asesinatos colectivos. Instancias, bajo otras denominaciones, que actualmente han quedado intactas, ya que funcionan y proceden como poderes relativamente autónomos. Al mismo tiempo, circulan en territorio hondureño, más de 600. 000, armas ilegales, entre las famosas AK-47 soviéticas y los M-16 norteamericanos y, se sabe, que hay un trasiego importante de material bélico para las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Dado estas escenas socio políticas, a finales de la década de los años ochentas y, principios de los noventas, se incrementa la migración obligada, básicamente por cuestiones de las violencias políticas y del recrudecimiento de las desigualdades sociales en el país, de tal suerte que una parte considerable de jóvenes hondureños se trasladan a los Estados Unidos de América (la patria de llegada), primordialmente, a los Ángeles California y a Nueva York y, estando allá, se adscriben, en su gran mayoría, a las *clicas* del Barrio 18 y a la Mara Salvatrucha (MS-13), como estrategias y mecanismos para sobrevivir identitariamente en el país de llegada que tendía a discriminarlos y a excluirlos socialmente.

Los acuerdos de paz que se firmaron en El Salvador en el año de 1992, formalmente dan por terminada la guerra entre las fuerzas beligerantes del ejército y de la guerrilla del FMLN, e influyen de manera muy importante y trascendental en la región centroamericana / al Estado y al gobierno Hondureño; ya que los colocó en el dilema y en la encrucijada del tránsito a la democracia y a recomponer las instituciones de justicia y a las fuerzas armadas, por ejemplo, que se habían desgastado y que estaban muy desprestigiadas por sus acciones cometidas (y, documentadas), en los ámbitos de lo ilegal.

El entramado socio cultural, tenía su centralidad y sus marcajes, en el requerimiento y en la urgencia de la reconfiguración de las instituciones, ante la visibilidad de los nuevos actores y de los grupos de poder político / económico,

que poco a poco, empezaban a dibujar y a delinear, los nuevos vínculos sociales y los territorios en donde se entablarían las disputas que iban a interpelar y a poner en predicamento, a la propia legitimidad del Estado, junto con sus instituciones.

En términos amplios, el Estado no logró desmontar, ni desactivar, las estructuras y las instancias de gestión de las violencias y de la muerte, incluyendo las “*legales*”. Esta situación se retradió en que siguieron funcionando las fuerzas especiales de seguridad en los márgenes de lo ilegal y, al mismo tiempo, continuó el tráfico de armas, aunque los actores y los protagonistas principales cambiaron de rostro, es decir, a partir de los años de 1992, en adelante, hay nuevos consumidores / compradores: el crimen organizado, a través de sus múltiples vertientes y expresiones; el narcotráfico, el secuestro, el robo de autos de lujo, las extorsiones y el tráfico de humanos, por mencionar tan sólo, a lo más llamativo.

Al mismo tiempo, los Estados Nacionales de la región, pierden (o, concesionan), el control de la seguridad pública, es decir, aparece el gran negocio del mercado de las agencias y de las empresas que ofrecen y que venden seguridad privada; por lo común al sector de servicios, a los comerciantes, a los hombres del dinero y, a algunas instituciones del propio gobierno y, a todo aquel, o aquellos actores sociales que lo soliciten y, que además, alcancen a pagarlo. Lo delicado del asunto y del negocio, es que operan sin ningún mecanismo de supervisión, ni de vigilancia, ni tampoco de transparencia, motivo por el cual, a veces, se sitúan en los umbrales de la para legalidad, ya que determinadas armas que utilizan los trabajadores de la seguridad, fueron adquiridas en el mercado negro.

Colateralmente, a la firma de los acuerdos de paz de 1992, que dio formalmente por terminada la guerra en El Salvador y, en los años posteriores, se registra una avalancha de jóvenes centroamericanos y hondureños deportados a sus patrias de origen, situación que fue reconfigurando el mosaico de las adscripciones grupales locales cuyos tonos y matices eran más artesanales, no tan estructurados, tendiendo a lo cultural en formatos de bandas / de palomillas, integradas por niños y por jóvenes. Para una parte de los “*cipotes*” locales, marcados fuertemente por las desigualdades sociales, les

resultó muy atractiva la oferta de adscripción identitaria y estética de los agrupamientos que venían de Nueva York y de los Ángeles California, a fin de incorporarse a las *clicas* del B-18 y a la Mara Salvatrucha (MS-13).

Ya había bandas en nuestro país (...) pacíficas, (...) de roqueros (...) de jóvenes que solamente se juntaban para fumar droga o para oír música (...) y, en las pandillas es muy diferente a la banda, porque la banda sólo es un grupo que tú llegas, compartes con ellos, si quieres no vas a robar, nadie te coordina, te disciplina o te castiga por tus errores. Y en la 18 (...) sí es muy disciplinado (...) Hay un reglamento que tienes que seguir y si tú no cumples, eres castigado, entonces es más formal. La banda es pelea de bates, con piedras. Y ya la pandilla es diferente, te la tienes que rifar, cuidar a tú hermano, es con arma, el que te toca a uno de tus hermanos, muere. Y la banda yo creo que es un grupo donde no tienes ningún compromiso y en la pandilla sí tienes un compromiso muy serio (...)

Decían, seamos 18s, MS, mira, la MS nació así, la 18 nació así y empezaban a hablar sobre la historia de las pandillas. Entonces los chavos los interesaban; en esto vas a tener una protección, un hermano, una familia, si en tu casa no te quiere nadie, nosotros sí te vamos a respetar. Si en tu casa tienes problemas, nosotros te vamos a ayudar. Vinieron ofreciendo solución al joven, si no tienes un espacio en el que participar, aquí vas a participar en tu grupo, vas a tener un nombre, diferente al que tienes ahora. Vas a tener que cambiar toda tu forma de vida. Vas a nacer de nuevo (Jovel Miranda)¹⁵²

Esto llevó, a la paulatina creación de una “cultura de la pandilla y de la mara”, por ejemplo; lo novedoso en la denominación del barrio y del anclaje identitario al territorio; el cobro de impuestos de guerra como manera de subsistencia de la grupalidad y, simbólicamente, del ejercicio de justicia social por su cualidad de desposeídos; los rituales de ingreso a las *clicas*, -“la *brincada*”-; las guerras urbanas protagonizadas en las calles contra los odiados rivales; los ajustes de cuentas al interior como al exterior de las *clicas*: situaciones que fueron aumentando la preocupación de la gente y de las autoridades en relación a la seguridad ciudadana y a las violencias urbanas (Pirker, 2004).

Estos jóvenes, a su llegada como deportados, se encuentran con una sociedad, en lo general, muy conservadora, demasiado ferviente de la religión católica y protestante, la cual gestiona una serie de prejuicios y de estigmas

¹⁵² Entrevista grupal realizada en Monterrey Nuevo León, México, 11 de octubre de 2004, a Luis Romero (salvadoreño), director de Homies Unidos de El Salvador, pandillero pasivo del Barrio 18 y, a Jovel Miranda (hondureño), de Generación X y ex líder de una de las *clicas* del B-18.

sociales (Goffman, 1993) en contra de su condición como jóvenes deportados y pertenecientes a las *clicas* del B-18 y de la MS-13, es decir, se empiezan a construir los imaginarios colectivos dominantes que rechazan y, a su vez, se vuelven intolerantes con respecto a este tipo de marcajes en relación a las diferencias culturales del ser jóvenes hondureños.

Estos diversos escenarios socio políticos / socio culturales, llevan a decir y a sostener que el gran problema de la seguridad ciudadana e inseguridad pública, del *mercado de las violencias y de las muertes*, en la región centroamericana, a partir de 1992, a nuestras fechas, no son las adscripciones identitarias del Barrio-18 (B-18), ni tampoco, los de la Mara Salvatrucha (MS-13), como han sostenido he insistido las narrativas y los discursos hegemónicos de los gobiernos de Honduras, El Salvador, de Guatemala y de las empresas televisivas y radiales que controlan la opinión pública; sino que el actor central, es el crimen organizado, en cualquiera de sus rostros o de sus manifestaciones de ilegalidad y de impunidad.

La anterior afirmación, no significa que se exente de la responsabilidad social y legal de aquellos integrantes de ambas adscripciones identitarias que han participado en actos / en acciones, en el ejercicio de las violencias / de las muertes y, que han causado sufrimiento y dolor social -Arciga y Nateras, 2002-, a las comunidades y, sobre todo, a los familiares, a los amigos / a los conocidos cercanos de sus víctimas (los deudos), sino que su lugar como protagonistas de estas tramas sociales, ya se invirtió, a doble vía, *uno*; hay otros actores más implicados y comprometidos como lo es el crimen organizado, *dos*; ahora padecen en mayor medida las violencias de muerte, -se han desplazado de ser sujetos, a objetos de-, tanto en los espacios públicos (la calle / el barrio / las comunidades), como en los espacios del encierro (las cárceles).

Uno de los acontecimientos paradigmáticos que tuvo un marcaje central en el aumento de las violencias de muerte fueron la aplicación de las políticas de mano dura en el país, focalizadas hacia las *clicas* de estas adscripciones identitarias, más o menos a partir de 1992 / 1993, en adelante. Los territorios de la calle y de las comunidades donde habitaban (los cantones, los sectores, los municipios), se convirtieron en lugares de altísimo riesgo para estos chicos.

Asimismo, los espacios del encierro y de las cárceles se volvieron una especie de santuarios de las violencias, ya que se tensaron y se recrudecieron las disputas por el poder y por el control de estos sitios; juntaron a las *pandillas* y a las *maras*, con otras bandas o palomillas; con los delincuentes de larga trayectoria -profesionales-; los presos comunes llamados -“*los paisas*”- y, con otros grupos que llevaban años administrando los intereses del lugar, en los ámbitos de lo ilegal. Aspectos, entre otros, que fueron gestando los posteriores sucesos de las masacres y de las barbaries que se han cometido en esos centros bajo la anuencia y la incapacidad del Estado.

A partir de estos entramados sociales y políticos, en el incremento de las violencias y de las muertes, las *clicas* hondureñas del B-18 y de la MS-13, también llevaron a cabo una serie de ajustes y de modificaciones en sus estructuras y en sus dinámicas internas que les fueron dando otros matices y distintos rostros a sus adscripciones identitarias, situaciones que los llevó a re diseñarse y a re vincularse con el Estado, su gobierno y las instituciones, en este nuevo panorama, nada favorable para tales agrupamientos; ya que con el transcurrir de la aplicación de las lógicas de cero tolerancia y de la represión, se aclaraban las intenciones implícitas y latentes de borrarlos o de deshacerse de ellos como grupalidad.

La complejidad al interior de estos grupos es un hecho y, uno de los elementos importantes a considerar; son las distintas trayectorias sociales de las generaciones de *pandilleros* activos y de la *mara* que cohabitan y coexisten, no sin dificultades, en cada una de estas *clicas*. Por ejemplo, los integrantes de lo que podríamos denominar la primera generación, hicieron el tránsito socio cultural de ingresar y de “*ser brincados*” cuando eran “*cipotes*” -niños de 10 / 12 / 14 años de edad-, después pasaron su juventud, -18 / 29 años-, los que sobrevivieron a las violencias urbanas (Pirker, 2004) y, ahora son adultos, -“*los veteranos*”, rozando los cuarenta años de edad y, otros incluso, de 42 / 44, años-; algunos están privados de la libertad purgando penas muy altas -25 / 30 años-, la mayoría se hicieron padres de familia y tienen que mantener un hogar, desempleados o sin un empleo fijo, perseguidos por los cuerpos de seguridad del Estado, dada su afiliación identitaria, además discriminados y excluidos socialmente (Saraví, 2004, 2009).

En términos amplios y, dadas estas circunstancias sociales en las que se sitúan y son colocados dichos agrupamientos, hay una serie de trayectorias / de desplazamientos permanentes, o con cierta regularidad, que van marcando determinadas actividades y acciones de ida y de vuelta; de los ámbitos de lo legal a lo ilegal y, de retorno, de lo ilegal a lo legal, es decir, a veces consiguen un empleo como motoristas (choferes), o empleados de un establecimiento y, al mismo tiempo, están implicados en el robo de autos, o en la venta de drogas en la zona, en el barrio o en la comunidad en la que habitan (narcomenudeo), a fin de completar los ingresos.

Las narrativas y los discursos dominantes del Estado y de sus instancias de impartición de justicia, han sostenido y catalogado a este tipo de adscripciones identitarias como crimen organizado, sin embargo, todo indica que tal aseveración no se sostiene; ya que desde las lógicas de estas estructuras, la *mara* y la *pandilla*, no alcanzan a tener la infraestructura, ni la logística que se requiere, para establecer redes tan poderosas; no sólo a nivel local / nacional, sino global e internacional: como si las tienen, por ejemplo, los grandes carteles del tráfico de drogas.

El tipo de relación que en todo caso sostienen determinados miembros y afiliados de éstos agrupamientos, con el crimen organizado, además de ser a título personal, en tanto no comprometen a las estructuras orgánicas de las *clicas* correspondientes, son por lo regular desde dos lugares muy definidos; *uno*, a manera coyuntural y circunstancial, es decir, de colaboración mercantil / financiera; ya sea empleándose como sicarios, -matar por encargo-, (Salazar, 1998; Vallejo, 2002), o participar en un delito previamente ideado (el robo de autos); y *dos*, a partir de una desventaja social sustancial; ante el mercado de las violencias y de las muertes, un *mara* o un *pandillero*, suelen ser la mano de obra más barata que se puede encontrar, por sobre los profesionales de las violencias (Tilly, 2003), por ejemplo, ex militares, o ex miembros de fuerzas especiales.

La Dra., Julieta Castellanos,¹⁵³ una de las académicas e investigadoras más importantes de Tegucigalpa, Honduras; especialista en temáticas de seguridad e inseguridad ciudadana, presidenta del Observatorio de Violencia a

¹⁵³ Entrevista realizada en sus oficinas, Tegucigalpa, Honduras, el 7 de noviembre de 2008.

nivel nacional, socióloga de formación y catedrática de la Universidad Autónoma de Honduras, hace una radiografía muy actual, específica y profunda con respecto a lo que ella denomina en general como “las maras”:

Yo creo que las “Maras”, es un sector más lumpen, por tanto es vulnerable, visible, el que está en el espejo, el atroz, lo que aparece, que está en los medios. Pero también tiene la parte invisible de lo que hace en su comunidad, de cómo la vida del barrio se altera con la del ciudadano, del transeúnte.

Es una trama compleja, estamos hablando de pandilleros que algunos de ellos están bordeando los cuarenta años. Estos hombres, más que mujeres, o menos mujeres, ya son responsables de familias, no solamente biológicas, sino operativas del crimen y se considera que algunos de ellos ya están en esta actividad de sicariato, en el tráfico de drogas y en el de armas.

Esta primera generación de pandilleros, debe estar ocupando los espacios de dirección, tengo un mapeo de estos grupos y muchos de ellos padecen la extorsión de la policía, tanto en las más altas esferas como en las intermedias, es una cadena y hay procedimientos para dejarles operar y, es mucho más grave en San Pedro Sula.

En Tegucigalpa, deben tener un nivel intermedio, la región norte del país es la más comprometida con los homicidios, tenemos ciudades que subieron el 100% en tres años, estábamos en una tasa de 25 % y está en 50%, esa extorsión, es la cadena de autoridad al pandillero, al ciudadano que le paga peaje, también el pandillero protege su barrio, aún con la extorsión, la gente prefiere darles una cuota.

La “Mara” evolucionó, hay que verla en tres generaciones, las dos más jóvenes, las que ya están en delitos todavía menores, en hurto, en robo callejero, en extorsión, va ir avanzando, en la medida de que no hayan espacios laborales (...) ellos para defenderse hacen alianzas con sectores más criminales, creo que los mayores riesgos son en ciudades donde el crimen organizado los está utilizando para el narco menudeo, ahí realmente es dramático y eso requiere de muchos recursos para política social que no estamos teniendo

Desde esa perspectiva creo que va a seguir habiendo la muerte de jóvenes vinculadas a “Maras” y los homicidios que se dan desde las “Maras”, el robo de vehículos. Las “Maras” usan tácticas “ejemplarizantes”, si alguien está siendo perseguido para robarle el vehículo y él en un afán de defenderlo, lo choca para provocar la colisión y, al paro, lo asesinan, el mensaje es, “déjate robar y no te pasa nada” y eso pasa con teléfonos celulares, computadoras

El tema de la violencia en el país, el número uno, no eran las “Maras”, sino el crimen organizado, en el año 2002, 2006, la mayor parte de actividad de la policía, lo enfocaban al tema de “Maras”, las capturas masivas, el Ministro bajándose de un helicóptero en operativos de madrugada, era un show, donde las “Maras” llegaron a verse como el actor que más estaba produciendo violencia e inseguridad, nosotros, desde diferentes fuentes, policial, hospitales, el “aporte” de las maras en la criminalidad, tanto en homicidios como en lesiones, lo teníamos

alrededor de un 7.11%, logramos desmontar ese concepto y poner en número uno al crimen organizado, tenemos departamentos en el país donde el 27 % de los homicidios es la modalidad de sicariato y la policía identifica como móvil, al crimen organizado.

10.1. ¿Otra vez el Estado desdibujado?

Los Estados-nación, emergen demasiado debilitados después del fin de los conflictos armados de la década de los ochentas y queda la impresión que no alcanzaron a diseñar, ni a consolidar, las instituciones sociales / jurídicas que les aseguraran y les diesen las mínimas herramientas y los mecanismos suficientes, a fin de llevar a cabo sus responsabilidades de procurar benefactores para su población, o de garantizar los más elementales derechos ciudadanos; educación de calidad; servicios de salud dirigidos hacia los más necesitados; oportunidades de empleo, en particular para los jóvenes excluidos de las bondades de la modernidad; lugares de recreación cultural y de esparcimiento colectivo; viviendas dignas; procuración de justicia confiable; seguridad pública y espacios de participación política que fuesen encaminados a una transición pacífica hacia la democracia.

A mediados de la década de los noventas, la sociedad hondureña está viviendo a plenitud, una durísima recomposición en las relaciones sociales de poder protagonizada entre varios actores y los distintos grupos que representan los intereses políticos y económicos; algunos están ubicados en los umbrales de la ilegalidad, -el crimen organizado, por ejemplo-, otros más, en los territorios de lo legal, aunque no de lo ético o de lo legítimo, es decir, nos referimos a esa nueva clase de la política económica que ha sido beneficiada al otorgársele concesiones muy dudosas y dadivosas en terrenos como la energía (la electricidad / el petróleo), la telefonía celular, o los *mass media* (canales de televisión), -situación que aplica muy bien en el caso mexicano-. Estos reacomodos, fueron delineando los nuevos rostros y los matices de la acumulación del capital en las sociedades subdesarrolladas (el capitalismo regional / local: “*de cuates / de amigos*”).

Una de las vertientes del Estado, es aquella que se dirime en los territorios de lo jurídico y de la legalidad, en tanto que es garante, es decir, tiene la obligación de asegurar un Estado de Derecho para todos sus ciudadanos, lo cual y, cada vez más, se le está dificultando; ya que por una

parte, la legislación (las leyes), están demasiado rezagadas con respecto a las nuevas tramas socio culturales en las que se están esgrimiendo las relaciones sociales de poder entre los diferentes actores; y por la otra, las pocas instancias o figuras jurídicas con las que se cuentan y, en el caso de Honduras, son muy recientes y, por lo tanto, no son fuertes; recordemos que es a partir de los años de 1993, en adelante, cuando se lleva a cabo la reforma de la policía, la creación del Ministerio Público y la Comisión de Derechos Humanos.

En este sentido y, actualmente, al Estado se le está disputando e interpelando su legitimidad de una manera abierta y frontal; ya que una diversidad de grupos de poder, situados tanto en las lógicas de los terrenos de lo legal como de lo ilegal, lo confrontan, poniendo en serios predicamentos la normalidad democrática del país. Sin lugar a dudas, es el crimen organizado, en cualesquiera de sus expresiones (narcotráfico / secuestro / robo de autos / trata de blancas / tráfico de humanos / mercado negro de armas); el más preocupante, ya que tiene una capacidad logística, económica y de letalidad, muy fuerte y poderosa que lo convierten a escala global / mundial, la amenaza más delicada para los Estados-Nación.

Un Estado desdibujado, -“*el no-Estado*”-, refiere a que está perdiendo, estrepitosamente, algunas cualidades que le dan sentido a su esencia, es decir, lo podemos caracterizar a partir de aquellos adjetivos que lo describirían, metafóricamente (Lakoff y Johnson, 1980), en tanto que se ha convertido en una entidad cada vez más *ausente*; no aparece en el cumplimiento de sus funciones sociales más elementales en la procuración de la seguridad material / económica para la mayoría de sus ciudadanos; *permisivo*, de todas aquellas acciones y actos en los umbrales de la cultura de la ilegalidad, como por ejemplo, la tolerancia de la actuación de los grupos de exterminio o de los que están llevando a cabo la ejecuciones extrajudiciales; una alta *incapacidad*, de mediar los conflictos / las tensiones sociales y las dificultades para controlar la totalidad de su territorio, o de garantizar la seguridad ciudadana e integridad de su población; *la complicidad*, por omisión o acción, en todos aquellos sucesos o acontecimientos de actos de impunidad y de corrupción, en particular, de las instancias de procuración de justicia, de los cuerpos policíacos (y de todas sus fuerzas especiales), en casos como las masacres cometidas en los centros

penitenciarios, donde en lo particular han muerto numerosos integrantes del B-18 y de la MS-13.

10.1.1 La descomposición del tejido social.

Hay una amplia descomposición en el tejido social en la sociedad hondureña que se manifiesta en las diferentes instituciones e instancias como en los ámbitos de la familia, la escuela, los cuerpos policíacos y las entidades de procuración de justicia que se traducen en una serie de eventos y de acontecimientos que afectan la vida cotidiana de la población como son los hechos de las ejecuciones extrajudiciales, en particular, contra los menores de edad -“*los cipotes*”-; el incremento de las muertes violentas de mujeres en los espacios públicos, -“*el feminicidio*”-; la persecución selectiva dirigida abiertamente hacia las *clicas* del B-18 y de la MS-13; la violencia recrudecida en los centros de detención / en la cárceles, en sus formatos de masacres / motines; la presencia del crimen organizado en varias regiones del país; el autoritarismo en los centros escolares y; la represión policiaca encaminada a hostigar e intimidar, a ciertas organizaciones de la sociedad civil, en la defensa de los Derechos Humanos y, a los luchadores sociales, o disidentes políticos.

Estos climas de descomposición del tejido social, de las violencias y de la muerte, penetra e influye en las diferentes relaciones intersubjetivas que se llevan a cabo en las comunidades y, por ejemplo, en los espacios como la escuela, se hace evidente o se visibiliza, a partir de la articulación de “*el afuera*” de lo escolar y el adentro “*de las aulas*” y, viceversa. Este entretejido social tiene varias hebras, *una*; la que se establece entre las / los estudiantes, -pleitos y riñas colectivas-, *dos*; la que va de los alumnos a sus profesores y las autoridades escolares, -amenazas-, *tres*; la de los propios profesores, -por intereses clientelares-, *cuatro*; la que se desplaza de los docentes y de las autoridades hacia las / los alumnos, -autoritarismo-, *cinco*; la de los distintos agrupamientos identitarios que habitan la escuela, incluyendo a las dominantes o hegemónicas, como las *clicas* del B-18 y de la MS-13, -enfrentamientos con armas-.

Héctor Aguilera, sociólogo, profesor de ciencias sociales y Josué Baraona Vindel, de 47 años de edad y consejero de estudiantes, ambos

maestros del Instituto Central, Vicente Cáceres,¹⁵⁴ nos hablan, respectivamente, de las atmósferas (Maffesoli, 1990) y de los climas de violencias:

Héctor: *es una cuestión generalizada, porque el país está catalogado como uno de los más violentos de la región y aquí dentro del Instituto, se puede sentir toda esa carga de violencia, los alumnos, se han dado el atrevimiento de intimidar a profesores, estoy reprobado pero necesito aprobar el año escolar o el curso y me tienes que aprobar y si no conocemos a toda tu familia y, le dan datos, perfiles, de donde estudian los hijos, donde viven (...) hay violencia entre alumnos, por ejemplo, en un recreo, los muchachos más pequeños se quedan sin comer, porque los grandes les quitaron el dinero, o a la salida los están esperando para golpearlos ¿por qué los van a golpear? porque no quieren integrarse en algunos grupos o asociaciones llamados pandillas o maras, entonces, el estudiante que lo identifican y lo seleccionan y, él se niega, lo persiguen, los padres, algunas veces, optan por llevárselos del Instituto.*

Alfredo: **¿Cómo explicas la violencia que se está dando? ¿Para ti, a que se debe lo que está pasando?**

Josué: *la descomposición que está ocurriendo en los hogares, en los barrios donde ellos viven, es sencillamente trasladada al colegio, esa es una probable explicación, pero otra, pienso que también a los maestros y a las autoridades, nos ha faltado actuar enérgicamente porque en el gobierno anterior, había más control en las maras, pero este gobierno parece que a vista y paciencia está dejando que las cosas ocurran y esto de la violencia es a nivel nacional (...) Bryan, el año pasado intimidó a una maestra con una pistola, este año, a él, con una piedra le golpearon el rostro, desde el árbol se la lanzaron y él por cuentas creyó identificar al autor de eso y, hoy se vengó, es un muchacho violento y, sin embargo, la profesora del año pasado, a la que intimidó con una pistola, ella por temor, retiró la denuncia que ya estaba interpuesta en la misma dirección del colegio.*

El Instituto Central, Vicente Cáceres, ubicado en Tegucigalpa Honduras, es un caso paradigmático y, por lo tanto, muy revelador, con respecto a lo que está sucediendo con las violencias sociales (Sosa, 2004) en general y, a sus entramados al interior del recinto, en lo particular, protagonizadas por la comunidad escolar como tal, a través de las relaciones de poder que se establecen entre los diferentes actores involucrados. El Instituto, es el más antiguo del país, alberga más o menos, a nueve mil estudiantes, la mayoría de los cuales, entre el 95% al 99%, provienen de las zonas más desfavorecidas de la población y de los barrios marginales (Germani, 1980) donde hay una

¹⁵⁴ Entrevista grupal realizada en las instalaciones del Instituto, en Tegucigalpa Honduras, 7 de noviembre de 2008.

presencia muy significativa de las *clicas* del B-18 y de la MS-13. Asimismo, el Instituto trabaja tanto en el turno matutino como en el vespertino y ha tenido una presencia política muy importante, ya que ha sido uno de los bastiones emblemáticos de las luchas estudiantiles de la década de los ochentas.

Lo interesante, entre otras consideraciones, es la rearticulación y la recreación que se hace, por una parte, vía las adscripciones identitarias juveniles “*del afuera de la escuela*”, con las identidades escolares o estudiantiles, “*del adentro del recinto escolar*” y, por la otra; las tensiones y los conflictos escenificados y dramatizados, a través de los hegemónicos, “*mundos adultos*”, -las autoridades escolares y profesores- y, desde un lugar subalterno “*los mundos juveniles*”, -los diversos agrupamientos de jóvenes- (Mead, 2002).

En lo que atañe estrictamente a las rearticulaciones de las adscripciones identitarias juveniles “*del afuera de la escuela*”, con las identidades escolares o estudiantiles “*del adentro del recinto escolar*”, cabe mencionar que son luchas reales y simbólicas por la creación de la presencia identitaria (Díaz, 2002), frente a los “*otros*”, distintos y diferentes, que en algunos de los casos y de las circunstancias más extremas, se dirimen a través del ejercicio de las violencias físicas, incluso, usando armas de fuego; ya sean las “*chimbos*”, -escopetas recortadas “*hechizas*”,- o revólveres de distintos calibres (adquiridos por lo común en el tráfico ilegal de armas).

En los planos de lo simbólico, los agrupamientos de lo que hemos denominado como las bandas culturales (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004) / las palomillas (“*los crazy*”, “*los osos grummies*”, “*los capos*”, “*los rebeldes*”, “*los ultra fieles*”, “*las bebas*”, “*los emos*”, “*los hip-hoperos*”), en contraparte, a las conocidas *clicas* del 18 y de la MS-13; hacen sus marcajes de sus diferencias identitarias, a través del control de determinadas zonas o espacios al interior de la escuela, vía la pinta de grafitis / placasos que están avisando, “*a los demás*”, de la apropiación simbólica de ese lugar o territorio, lo que se traduce en que sólo ellos se pueden reunir en esos sitios; asimismo, el uso de determinados artefactos o accesorios culturales que se incorporan o son parte de la pertenencia, visibilizan a la adscripción identitaria a la que se está afiliado, o a la que se es miembro, por ejemplo; el particular diseño de la estética corporal,

los tatuajes, las arracadas, el tipo de ropa (blusas, pantalones, zapatos), el corte o el color de cabello.

El otro aspecto relacionado, es la confrontación escenificada en las aulas escolares, entre “*los mundos adultos*” y los “*mundos juveniles*”, entendidos, respectivamente, como los hegemónicos y los subalternos: las tensiones y los conflictos, en algunas ocasiones, corren en función de la imposición de determinadas normas, reglas e imaginarios de lo que deben ser, no sólo los comportamientos sociales de sus alumnos sino en los territorios privados de las decisiones relativas de sí, en cuanto al diseño y a las posibilidades estéticas de ser cuerpos como estudiantes, hombres o mujeres; el particular peinado (lo *emos* son sacados de clase y llevados a la dirección de la escuela por sus cortes de cabello); el uso de tecnologías de comunicación como los teléfonos celulares (restringidos en clase); lo corto de las faldas es prohibido; es claro que estamos ante las *rupturas* y las *brechas generacionales* (Mead, 2002).

En sí, uno de los frentes de la batalla real como simbólica, de las relaciones sociales de poder, -(Swartz, Turner y Tuden, 1994)-, tiene que ver y pasa por la disputa en controlar los cuerpos, a partir de la definición en el diseño estético de una gran parte de las y de los jóvenes alumnos, aunque en una de sus vertientes, atañe a lo individual, hace su tránsito a lo colectivo, precisamente en su rearticulación con determinadas adscripciones identitarias que dan visibilidad y presencia socio cultural ante la amenaza de la exclusión y del borramiento a la diferencia cultural.

El sociólogo Héctor Aguilera,¹⁵⁵ nos describe muy claramente, algunos elementos de los conflictos y las tensiones generacionales entre los *mundos adultos* y los *mundos juveniles*, en el espacio de la escuela:

Los profesores no entendemos a los muchachos, por ejemplo, no se dejan entrar a los estudiantes por un peinado ¿qué tiene que ver un peinado con lo académico?, es la identidad del estudiante, si me quiero poner color, pues me lo pongo, si me quiero dejar el pelo grande, lo ando, pero aquí todos deben andar con corte militar, bajo, raso (...) pienso que lo que sucede aquí en la Institución es que son los viejos los que están tomando las decisiones, pero parece que no estuviésemos en el siglo XXI, como que estuviésemos allá en el siglo XIX, XX y lo que no

¹⁵⁵ Entrevista grupal citada.

queremos entender los profesores, los muchachos han cambiado, tienen acceso a tecnologías, al conocimiento, es prohibido el celular para los estudiantes en el aula, pero los profesores lo respondemos, son cosas de modernidad, los profesores nos estamos quedando atrás cuando nos ponemos a la par de los muchachos, un cipote aquí que le han dado un Iphone (...) la forma de expresarse, de vestirse, la falda que anda muy arriba, no puedes entrar (...) es más la imposición de una moral diseñada, no desde la óptica del estudiantado, aquí hay estudiantes que dicen somos Emo y los profesores los sacan sólo por eso, me da un gran pesar, por esa tontera, por cosas tan insignificantes que un estudiante pierda una jornada laboral o académica de cinco horas, porque no la vuelve a recuperar y lo estás tirando a la calle, en este mundo ya todos somos iguales, los estudiantes están al mismo nivel del profesor, sólo que el nivel de responsabilidad es diferente, creo que las medidas de control sobrepasan lo que deberían ser y pierden sentido.

Determinados vínculos que ciertos alumnos / alumnas, establecen con una parte de sus profesores, están signados por el imaginario del poder que da la afiliación a ciertas adscripciones identitarias, como pertenecer a la *mara* o a la *pandilla*; ya que la mayoría les teme y los considera peligrosos y con los cuales no hay que meterse, a fin de evitar problemas, sin embargo, los actos registrados de intimidación del alumnado hacía los profesores, curiosamente no están ancladas a estas adscripciones, sino que tienen que ver con otros registros en los ámbitos de lo que podríamos caracterizar como conductas sociales en los márgenes de la para legalidad como portar armas sin permiso y amenazar a los profesores.

10.2 Presencias y voces de las OSC: ¿mediación del conflicto social?

El lugar social en el que se ubican, parte de las organizaciones de la sociedad civil (OSC), que trabajan e inciden en el asunto de las violencias, ha sido muy delicado y sumamente difícil; ya que las ha colocado, en la mayoría de las ocasiones, en abierta confrontación con el Estado y sus instancias de seguridad / de procuración de justicia, en aquellos casos en los que se les ha denunciado por su responsabilidad de acción o de omisión, en la violación de los Derechos Humanos de la población en general y, en lo particular, en contra de las / los niños de la calle y de las / los jóvenes adscritos al B-18 y a la MS-13, por ejemplo; las detenciones indebidas al circular la ciudad o estar en sus barrios; ejecuciones extrajudiciales con signos de torturas o de ajusticiamiento;

o las masacres con altas dosis de crueldad, habidas en diferentes espacios del encierro (las cárceles).

Ante la mirada del gobierno y, de una parte de la sociedad, estas OSC, supuestamente, “*protegen a delincuentes*” y “*están en contra del país*” y, por lo tanto, algunas comunidades o colonias, son muy reacias para dejar intervenir a los equipos de trabajo, o simplemente terminan por expulsarlos del lugar; en ciertos casos extremos, las autoridades locales y federales, les han hostigado (amenazas de muerte por teléfono), reprimido (destruyendo sus oficinas / llevándose documentos, archivos e información importante) y, negando el acceso a los espacios del encierro para llevar a cabo los programas de capacitación, o diversos proyectos de investigación.

Es cierto que al estar trabajando con actores y con sujetos sociales juveniles altamente estigmatizados (Goffman, 1993) y adscritos identitariamente al B-18 y a la MS-13; se da un cruce e inter juego, permanente, de varios ámbitos que están corriendo al mismo tiempo desde lógicas diferentes, *por una parte*; varios integrantes de las *clicas* se desplazan de acciones “*ilegales*” (robo de autos, venta de drogas), a actividades instituidas de capacitación para el empleo que les ofrecen las OSC, por ejemplo, hacer pan y venderlo y, *por la otra*; la trayectoria también va de regreso, de “*esa legalidad*”, hacia todas aquellas prácticas que se llevan a cabo en su amplitud, en los territorios de la para legalidad (otro orden de sentido que transita al mismo tiempo social).

Por lo general, las estrategias, las propuestas y la oferta sociocultural que se da a los miembros activos de estos agrupamientos juveniles, son desde las lógicas de la incorporación e integración a la modernidad que se vehiculizan en modelos de prevención del consumo de drogas / de prevención de violencias; habilitación para el trabajo / formación educativa. Para algunos adolescentes y, jóvenes del B-18 y de la MS-13, esta oferta, sí les crea sentido y, en lo concreto de sus existencias, les ha ayudado, por lo común, a los que han vivido una situación extrema de violencias y de desigualdad social y, a los otros, no les dice mucho, es decir, no les crea sentido, por lo que optan, más temprano que tarde, por alejarse de las instituciones y reinsertarse a plenitud en los mundos de la para legalidad.

Escuchemos el siguiente relato que nos hace el Doctor, Ubaldo Herrera, de Casa Alianza, sede Tegucigalpa Honduras,¹⁵⁶ de una parte mínima de la trayectoria de vida de un chico afiliado a la Mara Salvatrucha (MS-13)

Un joven que pertenecía a la “MS”, venía huyendo de la pandilla en San Pedro Sula, estaba amenazado de muerte y, se vino acá y lo primero que le vimos fue su tatuaje en el hombro, lo logramos incorporar al programa, sus primeros tres meses fue prácticamente en cautiverio por el miedo que sentía exponerse a la sociedad, durante ese periodo aprovechamos para removerle el tatuaje como una forma de darle confianza, posteriormente su corte de pelo, su forma de vestir, tratar de decodificar lo que el traía como un joven pandillero, creo que él lo asimilo muy bien y luego lo insertamos en la escuela y en un colegio donde terminó su primaria, su secundaria, aprendió un oficio en estructura metálica y ahora es una persona que tiene su propio trabajo, una ferretería, la historia de él es muy difícil, porque en su familia, sus dos hermanos mayores eran pandilleros de la contraria, de la “18” y, él era “MS”, él tuvo que migrar porque le habían dado orden de sus mismos compañeros, le habían encargado la muerte de sus hermanos, era como muy trágico, él huyo a Guatemala, lo captaron en “Casa Alianza” de Guatemala y, nos los mandaron a nosotros y se quedo por espacio de casi cuatro o cinco años, es un chico feliz, ya no se cruza por los barrios y quiere hacer un hogar y seguir estudiando, creemos que esa es una historia feliz, de un joven que conoció drogas, violencia, nunca nos dijo que había asesinado a alguien pero creo que eso se lo reserva si es que lo hizo, estuvo muy sumergido en la violencia, él nos visita, da testimonios de su vida a otros jóvenes y, si Dios existe, le dio una segunda oportunidad para vivir.

Actualmente, organizaciones como JHA JA (San Pedro Sula), Casa Alianza y la Asociación Cristiana de Jóvenes (Tegucigalpa), están diseñando nuevas estrategias metodológicas de intervención que tienen como finalidad hacer la interconexión, la transición o el pasaje, entre las formas tradicionales de participación política juvenil (educación / trabajo), modelos clásicos para contrarrestar las inequidades y las diferencias sociales; y las estrategias que apuntan a contrarrestar las violencias que se tejen en relación al respeto de las diferencias socio culturales; construcción de ciudadanías juveniles; lucha por los Derechos Humanos de las adscripciones identitarias juveniles

¹⁵⁶ Casa Alianza, es una organización humanitaria sin fines de lucro, 21 años de funcionar. El director nacional es José Manuel Capellín. Brindan atención, protección y defensoría a todos los niños y los jóvenes entre los 12 y los 18 años de edad, que viven en desamparo / exclusión social en el país y que sufren cualquier forma de violencia social. El programa residencial alberga a cerca de 180 niños / jóvenes. Entrevista realizada en sus instalaciones, 4 de noviembre de 2008, Tegucigalpa Honduras.

estigmatizadas / criminalizadas; visibilidad en los espacios públicos de la calle / la ciudad y; creación de las presencias identitarias (Díaz, 2002).

Los intersticios que se han construido entre las OSC y las *clicas* de las adscripciones identitarias del B-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13), son espacios *dialógicos*, en los cuales se han re edificado las confianzas entre ambos actores; ya que son los chicos / las chicas quienes cuidan y protegen la integridad física de los equipos que están interviniendo en sus habitas / en sus comunidades / en las colonias y, en contraparte, las OSC, están mediando los conflictos y la tensión social que se tiene con el Estado y sus instituciones y; lo más importante, son una especie de continente / contención, de esos agrupamientos: por lo que se tejen lazos de solidaridad / de lealtad y de las afectividades muy fuertes.

10.3.1 La apología de las violencias sociales: ¿el juvenicidio?

Para la década del 2000, uno de los ejes en los que se expresaron y se instalaron, en su amplitud, las violencias sociales ejercidas en los espacios públicos de la calle y del barrio, investidos de intolerancia con respecto a respetar y comprender las diferencias socio culturales, se dio y, todavía, contra los niños y los jóvenes que viven o están en las calles, por ejemplo, al ser molestados, golpeados, pateados, o sufrir la humillación de derramarles pegamento en sus cabellos, por lo regular, a manos de otros jóvenes de los sectores medios, o de ciertos adultos. Por lo consiguiente, ser niño y joven en general (más hombres que mujeres), se ha convertido en un riesgo social real de morir o de ser asesinado, -por la violencia selectiva-, transitando el barrio, circulando la ciudad, o en la apropiación simbólica del espacio público.

En lo que se refiere a los años del 2000 / 2002 / 2003, en adelante; la implementación de las Leyes de Mano Dura, dirigidas ex profeso contra las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, dibujan una escenografía nítida (y, burda), de la configuración de las relaciones sociales asimétricas de poder (Swartz, Turner y Tuden, 1994), es decir, los convierten en un asunto político, a través de varios aspectos o ejes de análisis *multidimensional*; los artificios realizados en los ámbitos de lo legislativo y de lo judicial; el uso y la rentabilidad en lo político electoral; las narrativas mediáticas en la construcción del miedo / del pánico social / del terror / del enemigo público número uno; y las

acciones o actuación de los cuerpos de seguridad del Estado violando los Derechos Humanos de manera consistente.

Agencia AFP. Desde Tegucigalpa. 13 abril de 2007.

Gobierno hondureño desecha recomendación de la ONU de reducir penas a pandilleros.

Cerca de 800 jóvenes integrantes de la pandilla M-18 y la Mara Salvatrucha, están presos en Honduras en aplicación de la reforma al Código Penal, más conocida como Ley Antimaras, tras ser capturados en operativos policiales para "limpiar" barrios y colonias donde sembraban el terror entre los habitantes. Con base en la reforma, los jóvenes aún son capturados por andar con tatuajes que los identifican con esas organizaciones prohibidas. Organismos de derechos humanos han advertido que la detención de los jóvenes por el simple hecho de andar tatuados es ilegal.
<http://www.radiolaprimerisima.com/noticias/12393>

En el plano legislativo y judicial, se hicieron e implementaron una avalancha de leyes, encaminadas a justificar la represión y la persecución bajo la visión de cero tolerancias y, por consiguiente, criminalizar las diferencias e inequidades sociales; las Leyes de Convivencia Social, por ejemplo, fueron diseñadas en contra de los pordioseros, la mendicidad, los vagabundos, los pobres y; las de Asociación Ilícita (más de dos sujetos reunidos era suficiente motivo para la detención), iba con abierta dedicatoria para los jóvenes en particular. Asimismo, se agregan las reformas al código penal, en el que abiertamente se tipifica como delito la pertenencia y la afiliación a alguna *clica* del B-18, o de la Mara Salvatrucha (MS-13), con todo y sus iconografías marcadas en las pieles de sus cuerpos, es decir, los tatuajes.

Escuchemos la versión del Médico, Juan Armendáriz,¹⁵⁷ un icono de la lucha social y defensor de los Derechos Humanos más emblemáticos de Honduras. Ex Coordinador del Movimiento Popular del país en la década de los años ochentas. Ex Rector de la Universidad Nacional de Honduras. Actualmente (1996 a la fecha), es Director del Centro de Prevención,

¹⁵⁷ Entrevista realizada en un establecimiento llamado Súper Donas, en el Boulevard, Morazán, 5 de noviembre de 2008, Tegucigalpa Honduras. Su trayectoria social / política y de vida, es muy interesante; ya que se entrecruzan: a los seis años presencié el fusilamiento de un preso, vivió en un barrio pobre donde constantemente veía la muerte de personas a machetazos, observó el asesinato de su padre por conflictos de tierra, víctima de tortura, de amenazas de muerte, es uno de los luchadores sociales más respetados e incansable en el quehacer de la defensa de los desvalidos, incluyendo a los privados de la libertad (los encarcelados).

Tratamiento y Rehabilitación de Víctimas de Torturas y sus Familiares, por sus siglas (CPTRT):

Llegaron a decir Jueces que bastaba tener un tatuaje para meter a la cárcel a un joven o que estaba metido en cuestiones criminales (...) notamos que comienza toda una política a acentuarse contra los jóvenes, las formas de tratamiento eran y continúan siendo muy violentas; se desarrolla todo un trabajo ideológico para preparar el imaginario social para criminalizar a la juventud y considerar que el joven es responsable de la violencia del país, no obstante, que varias Instituciones hicieron trabajos para demostrar que a los jóvenes les correspondía aproximadamente el 5% de las muertes, hubo gran manipulación (...) y se va creando un odio hacia los jóvenes, recuerdo que llegué a preguntar a profesionales ¿qué pensaban para resolver la situación? y decían que eliminarlos, incluso conversé con algunos religiosos, del sector evangélico que expresaban que la solución del problema de la juventud es “matarlos” y, esa situación se va creando y, autoridades del Ministerio de Seguridad en tiempo de Maduro, llegaron a decir que: “había que hacer la justicia por la propia mano” y promovían una campaña para que la gente actuara de esa manera, toda esta situación nos lleva a que el tema “Mara” sea político, se transforma en un problema de propaganda.

El Partido Nacional, conservador y de ultraderecha, realizó con éxito, en ciertas campañas electorales, el uso político de la temática de la seguridad y de la inseguridad pública y ciudadana, como las causas de los grandes y los graves problemas sociales que frenaban el desarrollo del país, en ese sentido, sus estrategias se basaron en la construcción de una narrativa, bajo el publicitario y efectivista eslogan de: “*guerra contra las maras*”, “*guerra contra la delincuencia*”, “*operación libertad*”, en las que a estas adscripciones identitarias se les responsabilizaba de ser los únicos causantes o responsables de los climas de las violencias sociales / de las muertes y del atraso de la nación. Fue tal el impacto que tuvieron en amplios sectores del electorado que lograron alcanzar el poder presidencial bajo la figura del Lic., Maduro (2002-2006) y, teniendo como presidente del congreso a José Lobo y, a Oscar Álvarez, en la cartera del ministerio de seguridad; personajes centrales en el recrudecimiento de las lógicas de la represión y de la persecución selectiva en contra de la condición juvenil en general y de las *clícas* del B-18 y de la MS-13, en particular.

El clímax de la represión, se dio, sin duda, en el Gobierno de Ricardo Maduro (2002-2006), bajo las modalidades de cacería y de violación

permanente a los Derechos Humanos de estos jóvenes, por ejemplo; el de presunción de inocencia (hasta que no se demuestre lo contrario); allanamiento de morada sin previa orden de cateo; maltrato físico, e intimidación psicológica. Lo curioso e interesante, es que en este periodo de gobierno, hay un auge de diferentes actores en *el mercado de las violencias y de las muertes*; el más protagónico y relevante, es el crimen organizado y el sicariato (muerte por encargo), -Salazar, 1988; Vallejo, 2002-, además, bastante droga se está quedando en territorio hondureño, por lo que se desatan las disputas cruentas a muerte, entre los cárteles por el control de los territorios (crece el narcomenudeo).

Al mismo tiempo, los poderes fácticos, como los medios masivos de comunicación, tanto electrónicos (radio y televisión) como impresos (periódicos y revistas), empezaron a construir las narrativas orales e iconográficas que alimentaron el imaginario colectivo del miedo y del pánico social con respecto a los pandilleros del B-18 y de la MS-13, atribuyéndoles mecánicamente todas las responsabilidades de los actos y de las acciones de las violencias y de las muertes que se estaban suscitando en el país: los asesinatos en los barrios y en las colonias; los desmembramientos de los cuerpos que aparecían regados por ahí; el cobro del impuesto de guerra, *“la renta*, ; las peleas callejeras; las ejecuciones extrajudiciales; el aniquilamiento de ex miembros y de miembros de las *clícas*; y, las muertes / asesinatos, supuestamente, por la negativa a no querer ingresar a sus agrupamientos.

Los casos más emblemáticos de esta construcción del miedo y del pánico social, corrieron básicamente a través de dos vertientes, *la primera*; la edificación de una imagen demoniaca de los integrantes del B-18, o de la MS-13, bajo el argumento de que: *“se les metió el diablo”, “están poseídos por las fuerzas del mal”, la segunda*; la imaginación oral en relación a circular, vía el rumor, acciones o hechos inminentes que iban a suceder llevados a cabo por estos agrupamientos en contra de la población civil, varias veces se dijo: *“viene la mara a asaltar la ciudad”*; eventos que nunca se dieron / no ocurrieron jamás.

Con respecto a los aparatos de seguridad del Estado; se aumentó considerablemente el número de policías; se compró armamento sofisticado y, en particular, de antimotines; también se crearon fuerzas especiales de choque

y de asalto; aparecieron las secciones ex profeso para combatirlos denominadas “*antipandillas*”, e incluso, al ejército se le saco de sus cuarteles (donde siempre deberían de estar), a fin de patrullar la ciudad como actos intimidatorios, en lo particular, contra los *homies* del B-18 y de la MS-13.

Cristina Palacios,¹⁵⁸ lleva siete años trabajando como psicóloga de la organización CPTRT y, nos cuenta lo siguiente:

La policía llegaba a barrios marginales, pateaba las puertas, enmascarados, hacían disparos dentro de las casas, mataron jóvenes alegando que se resistieron a la detención y que los atacaron y les dispararon, cuando se comprobó mediante balística que los jóvenes no habían tocado ni una arma (...) otro ejemplo que es muy triste, es un joven que estaba en un barrio marginal, salió de trabajar con su abuela, vendía flores en el mercado, se sentaron en frente de la puerta de la casa a tomar café y ver pasar a la gente, estaba la policía con el mismo Ministro de Seguridad y con Ricardo Maduro, fueron a hacer operativos en los barrios marginales, a capturar pandilleros y a este joven se lo llevaron porque tenía un tatuaje de un corazón que decía “D y C”, el se llama Darwin y la muchacha se llama Carolina, Darwin y Carolina y, un tatuaje mal hecho, lo tuvieron en la “maquila”, así se le denomina al área de la cárcel donde estaban los jóvenes de la “18” y lamentablemente el joven se tuvo que hacer pandillero durante el tiempo que estuvo dentro de la cárcel, ahora ya salió y lo encontramos trabajando como mesero en un hotel.

Está claro que a partir de la implementación de las lógicas de cero tolerancias y de las Leyes de Mano Dura, se fueron delineando varios escenarios culturales y diferentes espacios sociales, a partir de los cuales, se instauraron las violencias de muerte, hacia los niños, los jóvenes y, en lo particular, en contra de los miembros del B-18 y de la MS-13. Situación que se traduce en los más de 4,200, jóvenes asesinados con impunidad (ante el silencio de las jerarquías de las Iglesias Católica y Evangélica), en especial, el aniquilamiento (borramiento identitario), de las *clícas* de tales agrupamientos, cuyo hilo conductor han sido las pieles y los cuerpos decorados, “*rayados*”, “*pintados*”, o tatuados; una especie de activación o de significación de los artefactos culturales del estigma social (Goffman, 1993) que ha conducido, en un sinnúmero de casos, a la muerte y al asesinato de quienes los portan.

¹⁵⁸ Entrevista realizada en las instalaciones de la institución, 5 de noviembre de 2008, Tegucigalpa, Honduras.

Más de 4 mil jóvenes asesinados en una década en Honduras

Un registro sistemático llevado a cabo por Casa Alianza desde 1998 a febrero de 2009, ha contabilizado la escalofriante suma de 4 mil 608 muertes violentas o crímenes perpetrados en contra de niños, niñas y jóvenes menores de 23 años en Honduras

http://defensoresenlinea.com/cms/index.php?option=com_content&view=article&id=178%3Amas-de-4-mil-jovenes-asesinados-en-una-decada-en-honduras-&Itemid=176

Casa

Alianza

http://www.casa-alianza.org.hn/index.php?option=com_content&view=article&id=67&Itemid=78

En relación a las “*pintillas*”, o a las iconografías marcadas en el cuerpo, Jovel Miranda,¹⁵⁹ cuenta:

La policía de Honduras ha matado alrededor de 400 jóvenes en las calles. Se bajan de sus carros, si lo miran medio tatuado, levantan la camisa y lo matan. Han muerto bastantes jóvenes en los centros penales, en las cárceles, han estado matando a muchos jóvenes. Variedad de policías, lo que pasa es que tienen algún negocio con algún homie y tienen alguna deuda, entonces lo que hacen en vez de pagarle o saldarle, mejor lo liquidan, que les sale más fácil. Pero la mayoría de ellos, tiene un odio hacia nosotros, nos ven como que somos un enemigo, porque no hay que rivalizar con ellos, porque tenemos armas y somos un ejército también, muy formado.

Podríamos afirmar que al circular la ciudad, transitando la calle y usando el transporte público, “*los buses*”, los jóvenes y los integrantes del B-18 / de la MS-13, se arriesgan a dos probables situaciones, *una*; a ser detenidos en cualquier momento por la policía y, si van más de dos, son llevados a la cárcel por “*asociación ilícita*”, o *dos*, simple y llanamente al descubrirles los tatuajes, en cualquier parte de los territorios de sus cuerpos, e independientemente de que sean “*decorativos*”, o alusivos a alguna adscripción identitaria descentrada de las hegemónicas, por lo común y tradición, ahí mismo los asesinan, con toda la impunidad imaginada.

De nueva cuenta, el Dr. Juan Armendáriz,¹⁶⁰ nos hace un relato, muy elocuente y estremecedor:

Vi como agarraban a un joven en la calle, iba en mi auto y lo amarraron y después un policía con un bate de béisbol le iba a dar, yo me detuve y, el policía me dice, “que le pasa”, me apunto con el arma “pero no hay necesidad de que lo golpeen” y luego otro agente me reconoció y me

¹⁵⁹ Entrevista citada.

¹⁶⁰ Entrevista citada.

separaron, hicimos la denuncia pública y luego era común que a los jóvenes los agarraran, los ataban y los llevaban en carros de la policía, yo mismo vi un caso, iba con otra persona, salía de la clínica, e iban policías en el carro y atrás iban dos jóvenes vendados, entonces inmediatamente acelere, trate de alcanzarlos, pero ellos iban más veloces que yo, seguirlos era bastante peligroso, me fui a la radio, a dos radios importantes, hice la denuncia y temía que fueran ajusticiados, hice un llamado público y la verdad es que no se si eran los mismos jóvenes pero al día siguiente, aparecieron dos jóvenes muertos, entonces, ese tipo de situaciones realmente, son horripilantes.

10.2.2 Las trayectorias y los desplazamientos de las violencias: la calle / el estadio / el cuerpo / el encierro.

Estos climas de violencias y de intolerancias a las diferencias culturales del “otro”, distintos y heterogéneos al imaginario hegemónico del ser jóvenes, se va trasladando o desplazando del espacio público de la calle, hacia otros sitios o lugares sociales, por ejemplo; -lo veíamos en el caso del Instituto Central, Vicente Cáceres-, en los recintos educativos, en forma de tensión y de conflicto generacional (Mead, 2002), con otras tesituras y tonos, escenificados por el autoritarismo y la falta de comprensión de los *mundos adultos* con respecto a las acciones sociales y expresiones culturales de la mayoría de sus alumnos / estudiantes. De tal suerte que es significativo, ante este panorama, el hecho de que organizaciones como la Asociación de Jóvenes Cristianos (AJC), en Tegucigalpa Honduras, estén trabajando en las escuelas desde la formación de ciudadanía juveniles, a fin de que las y los chicos, -“*los cipotes*”, conozcan sus derechos sociales / culturales y los puedan ejercer / demandar.

Otra trayectoria interesante y emergente, de las violencias sociales, es la que se está escenificando o dramatizando, *de la calle, hacia los estadios de fútbol*, vía las re configuraciones de la grupalidad denominadas como “*las barras bravas*”, por ejemplo, -“*La Ultra Fiel*” / “*Los Revolucionarios*” / “*La Mega Barra*”, pertenecientes a los equipos más populares de Honduras; el Olimpia, Matagua y Real España, respectivamente. Desde las historias orales que circulan, se ha comentado insistentemente que algunas *clicas* del B-18 y de la MS-13, tienden a camuflarse en estas adscripciones y, protagonizan en los estadios, sendas peleas, o mejor aún, refieren que han mutado hacia estos agrupamientos conformados mayoritariamente por jóvenes (Situación que

trataremos más adelante, ligado a lo que hemos nombrado como las “*Identificaciones descentradas*”, de las clicas del B-18 y de la MS-13).

Quizás las trayectorias / los desplazamiento del espacio público de la calle / del estadio de fútbol, *al territorio privado del cuerpo* (aunque construido colectivamente), sea uno de los escenarios más delicados en cuanto a los sucesos y a los acontecimientos más cruentos y absurdos de las puestas en escena de las violencias y de las muertes.

Los cuerpos significados en general, vía las letras y las iconografías de los tatuajes, están situados y anclados, a estos climas de intolerancia y a las dificultades de la sociedad hondureña en aceptar las diferencias culturales de “*los otros*”, lo que se ha traducido en la criminalización de esos cuerpos decorados / pintados / “*rayados*” y afiliados a determinadas adscripciones identitarias (B-18 / MS-13), llegando a prohibir legalmente el uso de los tatuajes.

Sin pretender exagerar, aunque por la evidencia empírica con la que se cuenta, las frases y las iconografías que se portan en los cuerpos de los jóvenes en su amplitud y, en particular, de los integrantes de las *clicas*, activan y desatan las violencias de muerte, en tanto que hay una construcción del miedo irracional en torno a estos cuerpos decorados y un imaginario colectivo muy potente en relación a que se les asocia con lo demoniaco y, por consiguiente, se les interpreta como mensajes satánicos, en virtud de que se cree que “*ya se les metió el diablo*” y, desde este pensamiento mágico y, omnipotente, una manera de sacárselos, es precisamente, asesinandolos.

Otra trayectoria de las violencias y de las muertes, quizás la más cruenta, es la que se desplaza *del espacio público de la calle, hacia los territorios del encierro (las cárceles)*, en tanto que ahí se acrecienta la represión, la fragilidad de la vida y la precariedad tanto a nivel material (condiciones de existencia) como simbólicas (tristeza / depresión / desesperanza). Hay una suerte de penetración y de rediseño de los imaginarios colectivos “*del afuera de la calle*”, en relación a los imaginarios sociales que se edifican en “*el adentro del encierro*”, con sus rostros y sus matices de discriminación por la diferencia cultural, el miedo a la heterogeneidad de las / los jóvenes y el odio identitario hacia los integrantes del

B-18 y de la MS-13. Esto decididamente está influyendo en la cualidad de las relaciones intersubjetivas que se establecen entre los diversos actores que están privados de la libertad y de los lugares que se destinan explícitamente para unos y para los otros.

En lo que atañe a los espacios de los confinamientos, además de que los internos están separados entre sí, *por una parte*; se ubican las pandillas y las maras, de los demás reos y, *por la otra*; entre las *clicas* de ambas adscripciones, incluso existen módulos especiales para pandilleros del B-18, en general denominados, “*La Maquila*” y, cárceles individuales nombradas “*cuñículos escorpión*”, de 4 x 4 metros, sin sanitario, donde sólo pueden sacar la cabeza y pasarles alimentos. Aunado a lo anterior, son discriminados en los servicios de salud del penal y especialmente maltratados por los custodios y castigados deliberada y emocionalmente para que no puedan recibir a sus visitas cuando les toca por derecho (su familia: esposa / pareja / “*jaina*”, o a sus hijos / as).

Los conflictos de muerte son reales, estando adscritos a la *pandilla* del B-18, o a la MS-13 y, además, adquieren varias tesituras e involucran a distintos actores del encierro; de inicio se entablan contra los integrantes de la *clica* rival; colateralmente, con los “*peseteros*”, -son aquellos que se han salido de ambas adscripciones identitarias-; también están los “*paisas*”, -los civiles que no han pertenecido a ninguna de las *clicas*-; los reos comunes y las autoridades carcelarias.

Estos micro escenarios han abonado a la reconfiguración y a la consolidación de una dinámica de la “*cultura pandilleril*” fuerte y, muy cohesionada hacia adentro del grupo correspondiente y, al mismo tiempo, a la generación de altas dosis de desconfianza de los pandilleros y de la mara hacía los demás, por lo tanto, la mayoría que componen a todos “*los otros*” / los de afuera de la grupalidad, son imaginados y considerados como sus potenciales enemigos, lo que lleva al despliegue de una serie de estrategias de afrontamiento, ya que saben que sus caminos de la vida social por lo común son: la sobrevivencia de la identidad, o la muerte.

En esta rearticulación del “*adentro de la cárcel*”, hacia “*el afuera de la calle*”, algunas decisiones, para llevar a cabo los ajustes de cuentas, a través

del ejercicio de la venganza (Evans-Pritchard, 1977), contra los rivales; o de realizar determinadas acciones que sirvan de ejemplo, a los propios integrantes de estas clicas, tienden a decidirse “adentro”, para efectuarse “afuera”, en este caso concreto, ocurre en aquellas situaciones en que se “deserta” de la pandilla, o de la mara, sin haber obtenido “el pase”; ya que se lee como traición y, por lo tanto, se paga con la vida:

El Dr. Ubaldo Herrera, de Casa Alianza,¹⁶¹ nos platica este caso trágico:

La historia de dos chicos vinculados a la calle, a las pandillas, uno de ellos, el otro era muy amigo. A este joven le ofrecimos varias oportunidades para dejar a la pandilla, que buscara a una familia extendida fuera de la ciudad, pues es un fenómeno meramente urbano, buscarle un centro de desintoxicación donde no lo vieran los jóvenes de la pandilla, pero él había hecho algunas misiones que le habían encomendado y fue adquiriendo la cultura pandilleril, recuerdo que un día vino con el otro amigo aquí al portón y me llamo y me dijo que si le podía hacer un favor, -“es que yo tengo un poco de hambre y quería ver si me puedes regalar una burrita”, -decimos aquí a un poquito de comida, le digo está bien espérame aquí con el temor porque yo se que él era un militante activo de la pandilla, sabíamos de los ataques que se dan entre los jóvenes de pandillas y que podría salir alguien inocente perjudicado, entonces le digo, espérame un rato, voy a la cocina a recogerte algo para que te puedas ir, de repente me dice, voy a ir al mercado, voy aquí no más en lo que usted me prepara la comida y, yo regreso, vaya pues le digo y cogí para adentro, escuché tres disparos en la mera puerta, me vienen a avisar de que los acaban de asesinar, ó sea, murieron casi en las puertas de “Casa Alianza”, uno de ellos quedo mal herido y, lo llevamos al hospital, donamos sangre pero no lo pudieron salvar, al día siguiente los tuvimos que enterrar en uno de los cementerios que tenemos para jóvenes que no tienen familias que les apoyen (...) es una historia muy triste porque es un joven vinculado a nosotros que estuvo en nuestros procesos que no logró salir de la calle y que se vinculó a la pandilla y que terminó muerto en las calles de Tegucigalpa (...) tenemos otro que apareció en un basurero acuchillado, lo entrego su propia novia a la otra pandilla, lo puso en terreno de la otra pandilla y, ahí lo esperaron (...) son historias que cuando has convivido con jóvenes que los has visto crecer tres, cuatro o cinco años, te cuentan sus sueños, sus aspiraciones y también sus tragedia y luego ves este tipo de situaciones, te mueve los sentimientos, la fibra y dices ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Qué es lo que estamos haciendo si realmente se nos están muriendo?, esas son las historias de vida que ocurren aquí. Fue en el 2002, teníamos una epidemia en ese tiempo de muertes, chicos que se han vinculado a “Casa Alianza”.

¹⁶¹ Entrevista citada.

Sin mediar duda alguna, en cuanto a las vivencias más difíciles y, demasiado rudas, que no han cambiado en relación a la condición socio cultural de ser integrantes del B-18, o de la MS-13 y, que por el contrario, han tendido a acentuarse, en las que aumentan los riesgos y la fragilidad de la integridad física como la emocional, es la vivencia del encierro (las cárceles) / estar privados de la libertad, en condiciones *más allá de lo humano*, un espacio social obscuro / tétrico, donde se llevan a cabo, la violación constante de los Derechos Humanos contra la membrecía de estas adscripciones identitarias (Se tienen, además, problemas serios de salud: VIH-SIDA, tuberculosis, enfermedades en la piel y brotes de meningitis).

Los casos paradigmáticos / climáticos de las violencias y de las muertes en los espacios del encierro, han sido los relacionados a las masacres, que en lo que atañe específicamente a Honduras, adquirieron tonos de barbarie inusitada, de una crueldad burda / absurda, en los cuales el Estado, por negligencia y omisión, ha sido abiertamente responsable.

Quizás los eventos registrados en la CEIBA, “El Porvenir” y, los de San Pedro Sula, sean los que mejor den cuenta de la situación anterior, los cuales han causado un gran dolor social (Arciga y Nateras, 2002), -no sólo para los familiares, los amigos, o los conocidos cercanos-. Además, se tiene la sospecha fundada y sustentada, por las evidencias con las que se cuentan, a partir de los testimonios reconstruidos de diferentes actores, e incluso, de ciertos protagonistas / de los que estuvieron ahí; que fueron asesinatos los que se cometieron, con premeditación, alevosía y ventaja, contra un sinnúmero de integrantes del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Jovel Miranda,¹⁶² ex líder de la *pandilla* del B-18, protagonista importante, nos platica su experiencia de la masacre de LA CEIBA.

Algo que nunca pude olvidar es que enterré diecinueve cuerpos de la 18 que fueron muertos en CEIBA. Esa masacre se dio en el 2003, si no me equivoco. Un suceso importantísimo y, desalentador y, a la vez doloroso para nosotros, murieron sesenta y nueve miembros de la pandilla 18, no porque fueran 18, nos duele porque eran jóvenes, seres humanos, los cuales murieron ahí sin ninguna oportunidad, calcinados, fueron asesinados y quemados en el centro penal; entonces eso fue algo doloroso para nuestro país; también murieron aquí en San Pedro Sula,

¹⁶² Entrevista citada.

también como ciento dos MS ¿te puedes dar cuenta qué cantidad de jóvenes han muerto en centros penales y el caso de la muerte de CEIBA? Policías sentenciados por cuarenta, sesenta años, son penas grandes, todavía a los familiares no se les ha dado ningún apoyo económico, pero se está esperando que las familias puedan tener alguna remuneración, o apoyo de parte del Estado. Fue una situación fuerte para mí, la familia me pidió, como yo conocía a todos los miembros, ocho años en la pandilla; los nombres, a sus familias; me pidieron que visitara a las familias, con medicina forense y con el Doctor Armendáris, que tuve lazos con él, ellos me apoyaron como derechos humanos a solicitarle al Estado, cuando estaba Ricardo Maduro como presidente, que nos entregara diecinueve cuerpos, porque tenían dos años de estar en la morgue y estaban en proceso de descomposición. Hablamos con Ricardo Maduro, montamos una conferencia de prensa, solicitándole al Estado que nos entregaran esos cuerpos, lo que decían era que esos cuerpos estaban ahí porque nadie los reclamaba, no es cierto, yo conocía a los sectores, a las clicas, porque yo me dedicaba mucho a organizar a las pandillas, de sus grupos en los sectores, entonces, la pandilla me pidió que fuera a visitar casa por casa de estos sesenta y nueve jóvenes que murieron a pedirles una firma.

Por los sucesos de la CEIBA, se hizo una denuncia ante la Corte Interamericana de los Derechos Humanos, el juicio tardó cuatro años, “*negligencia burocrática*”, con una altísima cuota de sufrimiento social para los familiares de las víctimas y de la impunidad que raya en lo vergonzoso. Todo indica que se dio una situación muy deliberada contra los jóvenes vinculados a pandillas y, lo curioso fue que mueren asesinados un número considerable de líderes de las clicas de estas adscripciones identitarias.

En relación a lo anterior, escuchemos a los Doctores, Ubaldo Herrera de Casa Alianza y, al Dr. Juan Armendáriz de CPTRT, comentar de las masacres que se dieron en “*El Porvenir*” y, en San Pedro Sula, respectivamente:¹⁶³

Ubaldo Herrera:

Otro evento fundamental de la violencia que se dio fue la masacre del “Porvenir” donde murieron una cantidad de jóvenes vinculados a pandillas, de acuerdo a la justicia, sí fue una masacre y no un amotinamiento como quisieron dar a conocer, sino que los jóvenes fueron introducidos a sus celdas, fueron acribillados, se pusieron los colchones y les dieron fuego entre sus celdas para que no pudieran salir y luego se trato de borrar toda la evidencia trayendo a los bomberos y demás personas para limpiar toda la evidencia, fue todo un ardid donde murieron una cantidad de jóvenes y muchos líderes de pandillas, posiblemente era estratégico eso.

¹⁶³ Entrevistas citadas.

Juan Armendáriz:

Cuando nosotros escuchamos al Ministro que dijo que se trataba de un corto circuito, una falla eléctrica del sistema, pues inmediatamente razonamos y dijimos que no era cierto, nos fuimos a ver a San Pedro (...) ir a ver un campo de concentración nazi, estamos hablando de más de 100 personas metidas en bolsas plásticas, esa cosa es traumática para uno (...) fue después de la del "Porvenir" y como dicen, era una muerte anunciada, se decía que iban a venir más masacres en las cárceles, la información que nosotros tuvimos es que días anteriores fue quitada el agua de la zona donde ocurrió la masacre, luego, según las versiones que obtuvimos, los bomberos llegaron un poco tarde aunque las autoridades dicen que no y, hablando con uno de ellos que estuvo en los sucesos y que conocía de la cuestión eléctrica, según la hipótesis de él, lo que hicieron fue conectar unos alambres a una tubería, esa estaba articulada a las camas de ellos y se produjo el choque eléctrico y los que estaban durmiendo en las camas fueron electrocutados y la otra parte que logro salir, ellos tienen un patio donde todavía hay seguridad, lo que ocurrió fue que esta puerta nunca la abrieron y entonces los que lograron escapar, fue una minoría, los otros fueron quemados (...) porque hubo un incendio y, él me decía, "nosotros gritamos, era imposible" ¿Por qué ocurrió solamente ahí en ese espacio de la cárcel? Ahí estaba la mara, sí hay suficientes razones para pensar que fue una masacre preparada, este crimen esta impune y ha sido intocable.

Hay un trabajo fílmico, muy interesante y fuerte, precisamente denominado, "El Porvenir",¹⁶⁴ algunas imágenes que se proyectan son demasiado cruentas y estremecedoras; esto es lo que logré escribir en mis Notas del Diario de Campo, una vez que terminé de ver la película, presentada

¹⁶⁴ El documental relata los hechos: hubo un traslado un mes antes, de prisioneros de una cárcel en Tegucigalpa, a El Porvenir, mismo que no estaba autorizado por juez alguno. Los nuevos internos, eran pandilleros y, se dieron hostigamientos por parte de los reos comunes, -"los paisas"- y autoridades del penal. Los reos tenían control en la droga interna, pero los pandilleros eran abastecidos por familiares. Los pandilleros fueron torturados por líderes de los reos comunes que hacen rondines en el penal y son designados por las autoridades. A los pandilleros se les confina a celdas de castigo por quince días pero son liberados dos horas antes de que estallara el motín. Hay disparos hechos por parte de los líderes de "los paisas", a los pandilleros, la policía no mitiga la hostilidad, se suma. Los pandilleros eran menor en número que los -"paisas"-, La policía declaró que los pandilleros contaban con armas y representaban un peligro para ellos. Según internos, fue la policía quién inició los disparos. Se obstaculizó la labor de los bomberos para erradicar el fuego dentro del penal y se ha mantenido la hipótesis de que la masacre fue un plan preconcebido, aunque las autoridades niegan participación alguna, sin embargo, los familiares de los muertos se han asociado para reclamar indemnización al Estado de Honduras por la pérdida de sus hijos.

por su director, en las instalaciones de la Universidad Centroamericana (UCA), en El Salvador:

Miércoles 29 / octubre / 08.

*Asistí a la presentación del film, **El Porvenir**, del hondureño Oscar Estrada. Es un documento muy valioso que relata / reconstruye la masacre de 69 (61 pandilleros), que se dio el 5 de abril de 2003, en la Granja Penal, El Porvenir, en Honduras.*

El film aporta información muy importante, no sólo de lo sucedido, sino de lo que implica el sistema del encierro en la región centroamericana del Triángulo del Norte, por ejemplo, “los rondines” (son parte de los encarcelados que vigilan a sus compañeros) y, que regularmente están coludidos con las autoridades.

La situación de los asesinatos extrajudiciales son un escándalo junto con las masacres, por ejemplo, la de El Salvador en 2004 en el Centro Penal Mariana (+ de 30 muertos); tengo que indagar esto.

Una cifra reveladora de los penales en El Salvador; tienen capacidad para 7,500 reos y, actualmente albergan a 20.000, con todo lo que esto implica.

10.2.3 El aniquilamiento identitario; ejecuciones extrajudiciales.

Otra de las ventanas de las violencias sociales con su secuela de muerte y de dolor colectivo, son las ejecuciones extrajudiciales que se están llevando a cabo en contra de los niños y de los jóvenes en general y, en lo particular, dirigidos a los adscritos a las *pandillas* y a las *maras*. Estas muertes violentas, adquieren las características clásicas de los ajusticiamientos llevados a cabo en la década de los años ochentas en contra de los dirigentes políticos, los luchadores sociales y los enemigos “ideológicos” del poder; aparecen jóvenes maniatados, con los ojos vendados y signos de tortura, disparos certeros en la nuca, o en la sien: se calcula, según lo documentado y denunciado por Casa Alianza, que en una década que va del año de 1998 al 2008, se han ejecutado a más de 4, 200, niños y jóvenes.

Nolvia Ocegüera,¹⁶⁵ Coordinadora de Proyectos de la Asociación Católica Cristiana de Jóvenes (ACJ), en Tegucigalpa Honduras, nos platica el siguiente acontecimiento:

¹⁶⁵ Entrevista realizada en las instalaciones de ACJ, Tegucigalpa Honduras, 4 de noviembre de 2008. La Asociación es ecuménica y lleva 18 años de estar trabajando en Honduras. Su labor se centra en el quehacer con jóvenes más vulnerables y pobres, en edades comprendidas entre los 12 y los 30 años de edad, en colegios y en 124 comunidades, incluyendo zonas rurales. Los componentes que los guían se centran en formación ciudadana, una perspectiva de género y recreación y violencia.

Hace dos meses, en uno de los sectores de la San Francisco de la parte de arriba, encontraron a un joven de 17 años ejecutado y no se sabe, la policía, no sabe, no hay indicios, no hay nada, entonces, lo dejamos así y, el problema es que hay mucho temor de parte de la familia, a seguir buscando información acerca de eso ¿qué es lo que está pasando? Nosotros sí tenemos bastantes jóvenes que han sido ejecutados de esa manera y que se han quedado sin saber ¿Quién fue? ¿Por qué? y, nos da mucho pesar porque son jóvenes que uno los ha conocido, que han cambiado su vida, pues han querido superarse y los dejan así.

Las historias orales y urbanas, coinciden en los relatos: anda rondando un carro gris (o, verde), con vidrios polarizados; llegan al barrio, o a los lugares donde se convive (canchas deportivas / las esquinas); bajan las ventanillas de sus autos y simplemente ametrallan a los que se encuentran en el sitio con armas de grueso calibre; o los operativos en formato de comandos / de fuerzas especiales, los rostros cubiertos con pasamontañas, identifican a los jóvenes pandilleros, se bajan de sus vehículos y camionetas, los “*levantan*” / los secuestran y, por lo común, después aparecen asesinados / ejecutados y regados en distintos lugares de la ciudad; en lotes baldíos, o en barrancas de difícil acceso, incluso en algunos casos, están todos quemados, sin documento alguno y, suelen escribirles mensajes en sus cuerpos, que dan cuenta del odio, a su adscripción identitaria: “*escoria de la sociedad*”, “*esto es lo que les pasa*”.

Se sabe, *vox populi*, aunque ha sido muy difícil de comprobarlo, que algunas estructuras de la policía están implicadas en estas ejecuciones extrajudiciales (aquellas que no fueron depuradas después de la firma de los acuerdos de paz en 1992); ciertos funcionarios del gobierno y varios políticos; determinados grupos del poder económico muy definidos; empresarios, pequeños comerciantes y los dueños de ciertas líneas de micro “*buseros*” y, hay que agregar, a una parte de la propia comunidad / del barrio que se hace justicia por su propia mano.

Por otra parte, en algunos acontecimientos que se han suscitado de ejecuciones extrajudiciales, los menos, sí se ha comprobado que el Estado ha tenido responsabilidad por negligencia, omisión y participación, lo cual llevó a que fuese demandado por Casa Alianza, enjuiciado y declarado culpable por la Corte Interamericana de los Derechos Humanos, por el caso conocido como “*los cuatro puntos cardinales*”, en el que más o menos en 1996, arbitrariamente se detuvo a cuatro jóvenes y, posteriormente, fueron ejecutados por aparatos

de seguridad de la policía y sus cuerpos tirados en distintos lugares de la ciudad.

El Dr. Ubaldo Herrera,¹⁶⁶ nos comenta a detalle los sucesos, así como la participación que tuvo, Casa Alianza, en el litigio contra el Estado Hondureño:

Esto es un caso paradigmático de violencia de ejecución, ocurrió hace más o menos diez años en las fiestas patrias, el 15 de Septiembre. Para esas fechas, ocurren los famosos desfiles donde salen los colegios, las “palillonas” (...) en los años anteriores, se habían estado dando unos eventos de desordenes y, de hecho, con el auge de las pandillas, se temía que ocasionaran desordenes durante los desfiles patrios, entonces se decidió hacer unas redadas previas a los desfiles y se recogieron cerca de 150 o 200 jóvenes con conductas supuestamente irregulares, o con características de pandilleros y, se les llevaron a los separos de la policía, después de terminados los desfiles, fueron despachados, a excepción de esos cuatro jóvenes de los cuales habían tres menores de edad y un adulto y lo extraño del caso es que todos los vieron entrar, estaban registrados en los libros, pero no estaban en los de salida y dos días después, aparecieron sus cadáveres todos asesinados con un disparo en la nuca, hechos con la misma arma y en diferentes puntos de la ciudad capital, por eso se le llamo; “cuatro puntos cardinales”. El Estado de Honduras estuvo en litigio porque los familiares pidieron justicia, nunca la encontraron a nivel nacional, entonces solicitaron a “Casa Alianza” que fueran intermediarios ante la Comisión Interamericana y nosotros documentamos el caso y lo llevamos a la Comisión después de diez años en el 2006, imagina el dolor de la familia, la Comisión mando el expediente a la Corte Interamericana en Costa Rica y el Estado de Honduras se allanó, esto significa que aceptaron la responsabilidad de que miembros policiales habían ejecutado e estos jóvenes e indemnizaron a la familia, se han hecho una serie de reparaciones morales, simbólicas, como poner un puente con el nombre de los cuatro jóvenes, un sello postal, lo más importante es que la gente busca justicia, todavía no existe, las personas que asesinaron a estos jóvenes todavía se encuentran libres y algunos activos, es un reclamo serio que seguimos haciendo al Estado de Honduras, nosotros pensábamos que una vez que el Estado fue condenado iba a ver una atenuante en las ejecuciones, en las muertes, pero no, ha sido igual, incluso incrementándose el número de muertes con estas características y nos hemos acostumbrado a la apología de la muerte, a la cultura de la muerte y, a aceptar estos hechos como parte de lo real.

Quizás, es alrededor del año de 2005, cuando se empiezan a notar los impactos de las políticas de cero tolerancias y de las leyes de Mano Dura, en las dinámicas y en los funcionamientos internos de las *clicas* del B-18 y de la MS-13. De inicio, se han hecho muy complejas y tienden a profesionalizarse en

¹⁶⁶ Entrevista citada.

el ejercicio de las violencias, es decir, andan más armados, por lo tanto, han adquirido alta capacidad de letalidad; están transitando de sus anclajes territoriales a lo nómada; sus actividades tienden a no ser tan visibles / no públicas; hay una reducción considerable de las acciones y de los actos de violencias que afectan a la población, o a su comunidad; también se están dando prácticas de reducción en el consumo de drogas, tanto las legales (alcohol / tabaco) como las ilegales (marihuana / crack / cocaína / disolventes inhalables); en el caso específico del B-18, se sabe que los consumos están prohibidos para los menores y, por lo común, en la MS-13, el *crack* no se permite y, hay una cierta regulación en el uso de la marihuana y de la cocaína.

Desde un cohorte generacional, lo que atañe a ciertos líderes, “*los palabreros*”, los más veteranos (de la 1ª generación), se cree que algunos de ellos, en tanto tienen ahora más poder, están haciendo la transición de dejar de ser pandilleros, o de la mara, -quizás también desde el lugar que ocupaban como “*mulitas*” / transportar droga / implicados en el narcomenudeo-; a fin de convertirse en grandes distribuidores de drogas, a nivel personal, no orgánico, es decir, no compromete a la estructura como *clica*, ni tampoco, la mayoría se ubica en esta situación. En este sentido, la mirada policiaca y, de las autoridades de seguridad, consideran que las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, ya se han convertido en delincuencia transnacional; o una modalidad del crimen organizado; la utilización del sicariato, e implicados en la narcoactividad y en los secuestros exprés contra los migrantes.

Ante este panorama tan complejo y tan delicado, vale nombrar y remarcar, las experiencias favorables de intervención e incidencia con este tipo de adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, que han logrado la reinserción social, laboral, familiar y escolar, en el rediseño de un horizonte de presente viable. Al respecto, Cristina Palacios,¹⁶⁷ psicóloga de CPTRT, nos comparte el siguiente trozo de historia:

Un joven que tenía planes de matar a su padrastro y a los hermanastros, de hecho él estaba en la cárcel porque los había matado, por cómplice de homicidio y por drogas también, extra oficialmente me dijo que los había matado, entonces, él tenía planes de salir a matar mucha gente y de robo de bancos y estuvimos trabajando activamente con él y dentro

¹⁶⁷ Entrevista citada.

de la cárcel logramos que se retirara de la pandilla y eso fue un punto muy favorable para nosotros porque él era uno de los líderes del “18” y el muchacho ahora vive en otro departamento, en Cihuatepeques, se dedica a la agricultura, se casó con una muchacha de esos lados y él hasta la fecha se comunica conmigo de vez en cuando por teléfono y me dice “Cris ¿qué tal esta?, cuando vaya allá, le voy a regalar miel.

Por el contrario, las vivencias desfavorables, son las de la muerte, el asesinato, o la eliminación de algunos de estos jóvenes, justo en el momento en el que se está llevando a cabo el proceso de su reinserción social.

Denis Xavier Mata,¹⁶⁸ sacerdote de la iglesia evangélica menonita, del proyecto Paz y Justicia, platica de una experiencia muy fuerte y triste de un joven asesinado de su comunidad:

Hace unos seis años aproximadamente, Wilson era un joven que le decían “el Gasper”, de nuestro grupo, yo estaba parado en este portón platicando con un hermano de la iglesia, lo vi pasar al frente de aquí de mi casa con una señora y, yo le pegué una regañada y, le digo, -¿Usted anda bebiendo y mañana va para la CEIBA?, -él tenía que ir a trabajar al siguiente día, -va hermano, sólo es una cerveza-, tenga cuidado porque hay rumores que andaba un carro, entonces yo le digo, -usted debería estar durmiendo a esta hora-, el muchacho bajó y escuchamos los disparos, uno suave y el otro, bien resonante; y el hermano que estaba parado en la parte de aquí afuera me dice, -hermano, yo creo que le dispararon a la señora que iba con el muchacho- y, yo salí, estaba en chones y, salí a la carrera, la sorpresa fue encontrar al muchacho tirado con un disparo en la cara y su nariz totalmente arrancada, un ojo totalmente afectado, tuve un trauma que me costó tiempo para poder recuperarme, lo único que hice fue tomar su mano, orar por él, en el momento, como cristiano evangélico y decirle, -si me escuchas, por favor, dígame a Dios que le dé una oportunidad-, fue un acto mío en ese momento y decirle a Dios, -Señor, yo lo único que te digo es que tengas misericordia de él- y, al rato me vine, lloré, llegó la morgue judicial, lo recogieron, al siguiente día, irlo a enterrar.

Al mismo tiempo, una gran parte de las OSC que siguen trabajando e incidiendo en estas problemáticas de las violencias y de las muertes, se están encaminando a agenciar espacios para la reinserción social / laboral / educativa; garantizar la seguridad humana; la defensa indeclinable de los derechos humanos de éstos niños y de los jóvenes adscritos al B-18 y a la MS-

¹⁶⁸ Entrevista realizada en San Pedro Sula, Honduras, caminando la comunidad / la colonia, López Arellano, 6 de noviembre de 2008. Los ejes centrales del proyecto, Paz y Justicia, son la prevención, la restauración y la reincorporación social / laboral, de jóvenes vinculados a pandillas. Trabajo iniciado a partir de 1999.

13; la generación de espacios de participación social y; la reconstrucción de la confianza colectiva hacia estos agrupamientos.

Cabe mencionar que actualmente se está ante la visibilidad de nuevas manifestaciones de las identidades o de las adscripciones juveniles en los espacios urbanos (los *hip-hoperos* / los *emos*) que disputan la agencia en la apropiación simbólica de los espacios públicos de la calle, con características de ser transgrupales con un viraje a los ámbitos de la cultura (la bio-cultura), por ejemplo, es el caso de los colectivos artísticos (como el de “*Pinceles del Barrio*”, en San Pedro Sula, Honduras, de la organización JHA JA), que a través del arte / la cultura, le apuestan a la realización de bailes callejeros, el muralismo, el grafiti o la batucada. Asimismo, se incentiva la participación de las mujeres, aunque es complicado, dado los niveles de inseguridad y de su condición de madres (ya que no tienen, quien les cuide a sus hijos).

10.3 Las voces de las / los jóvenes: las identificaciones juveniles descentradas de la *pandilla* y de la *mara*.

En su amplitud, quizás podríamos hablar que actualmente asistimos a una serie de re configuraciones grupales *performativas* (Butler, 2002), emergentes y descentradas, de las adscripciones dominantes y clásicas, tipo *pandillas* del B-18 y, de las *clicas* de la MS-13, que poco a poco, se están consolidando y haciendo más visibles en los espacios públicos de la ciudad, en las calles y en los otros escenarios socioculturales, por ejemplo, en los centros comerciales, en los bares, en las discotecas y, cada vez más, en los estadios de Fútbol. Nos referimos a agrupamientos, no sólo de los *emos*, de los *hip-hoperos*, el *break dance*, sino de las “*barras bravas*” del futbol, en particular; de las *bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004) y, las *palomillas*, en las comunidades y, en las *barriadas*, en distintos sectores o zonas populares de las ciudades más importantes, tanto en San Pedro Sula, como en Tegucigalpa, Honduras.

Todos estos agrupamientos de jóvenes (hombres como mujeres), se entablan en la lucha simbólica por la creación de las presencias (Díaz, 2002), que las podemos retraducir como los intentos de “*estar adentro de*” / “*ser parte de*” / “*incluirse a*”, escenificadas en especial, en los diferentes sitios de lo público y de lo que implica la necesidad en la construcción y en la apropiación

de espacios sociales / culturales que el Estado y, sus instituciones, han dejado de ofrecerles desde el declive de las políticas del bienestar social y, de sus estrategias fallidas en el diseño de una oferta cultural / atractiva, que les cree sentido.

La escena cultural del Hip-Hop, con sus cuatro elementos o artefactos básicos; el grafiti (los murales / las piezas); la música (hip-hop y, otros ritmos similares); el baile (break dance); el que mezcla la música (dijis / emci): quizás sea una de las más potentes, a partir de la cual, una gran cantidad de jóvenes (hombres como mujeres), se están adscribiendo y afiliando.

La cualidad es que se convierte en un espacio social en el que pueden manifestar sus posicionamientos, expresarse en los ámbitos del arte y de la cultura, en las que claramente su participación adquiere un matiz de lo político; ya que enuncian las problemáticas y las vivencias que como jóvenes están viviendo y, en algunos casos, hasta padeciendo.

En lo que se refiere al grafiti y a las piezas más grandes y conceptuales conocidas como murales, las temáticas que se dibujan y que “*rayan en las paredes / en los muros*”, ya sea en las escuelas (públicas / privadas), en las calles, o en los establecimientos comerciales, aluden a una parte de las preocupaciones de éstos jóvenes; los aspectos socioeconómicos, -la acentuación de las inequidades y de las diferencias sociales-, (García Canclini, 2004; Hopenhayn, 2005; Rygadas, 2007); los asuntos de la corrupción de la clase política en general; las violencias sociales, -en particular las asociadas a los *homies* del B-18 y de la MS-13-, (Pirker, 2004); al VIH-SIDA; al uso de sustancias (legales como ilegales); las referencias a “*las identidades nacionales / ancestrales*” y; las vivencias de y en la ciudad.

Un aspecto llamativo y, que se descentra de una manera significativa, con respecto a la mayoría de las demás adscripciones identitarias juveniles, es la presencia y el protagonismo de las mujeres, -“*las cipotas*”-, no por el hecho de que sean parte, o estén afiliadas a éstos agrupamientos, mayoritariamente de varones, sino porque conforman sus propias “*clicas*”, o mejor dicho, sus particulares flotillas o cuadrillas de grafiteras, -*los crews*-; en las que solamente participan mujeres, aún y con todas las dificultades que esto representa por su condición sociocultural de género; por lo común, sus padres o sus parejas se

oponen a que participen, o les niegan los permisos para asistir a los eventos que son por la tarde / por la noche, o en los fines de semana en los que hay que viajar a lugares relativamente cercanos, dado las preocupaciones de que algo les pudiera pasar o suceder, por la inseguridad pública y las violencias sociales a las que todos y todas, están expuestos, aunque no desde los mismos lugares culturales de riesgo social.

El agrupamiento de los hip-hoperos, con todo y sus bailarines callejeros, tiene la cualidad de establecer una serie de relaciones sociales con las demás adscripciones identitarias, sin ninguna dificultad de por medio; ya sean con los *emos*, o las *palomillas* de sus barrios / de sus comunidades, o con las pandillas del B-18, o las *clicas* de la MS-13; incluso, la imagen que se construyen con respecto a éstos últimos grupos, suelen ser favorables, es decir, solidaria y comprensible.

Kelvin Enamorado,¹⁶⁹ es un joven de la escena del Hip-Hop, de San Pedro Sula, Honduras, cuenta con 18 años de edad, estudia la carrera técnica de refrigeración y es grafitero:

Esos jóvenes que pertenecen a estas pandillas, según tengo entendido y, según las personas que he conocido, buscan el apoyo en esos grupos, ya que no lo pueden tener en su familia, en la sociedad y, aun cuando son marginados, ellos siguen unidos y, son como una familia, se apoyan, se ayudan, un problema de uno, es de todos Y, es lo que más les gusta a ellos, que son un apoyo mutuo (...) un primo estuvo en la "MS", ahorita ya se ha retirado, él estuvo en la "MS" y entró a la "MS", porque tuvo muchos conflictos con su familia, su papá, sus hermanos, entonces, el apoyo que él necesitaba, lo encontró ahí en esa pandilla.

En relación a los *emos* (los emotivos), básicamente su presencia, es de las más recientes en la escena socio cultural, por lo cual, aún la sociedad en lo general, no sale de su azoro y recién está tratando de entenderlos y de comprender sus expresiones y sus manifestaciones en los espacios públicos. En tanto que están completamente alejados de ejercer las violencias sociales, no han causado tanto impacto, ni sobresaltos, en las fibras de los barrios o de las comunidades. A diferencia de otros países latinoamericanos, como Chile y

¹⁶⁹ Entrevista realizada en las instalaciones de JHA, JA, en San Pedro Sula, Honduras, 6 de noviembre de 2008.

México, no son tan abiertamente molestados por los agrupamientos juveniles ya consolidados como los *punks*, o los *rockeros*.

Los sitios o territorios que más transitan y ocupan, son las explanadas de los parques y los centros comerciales (*Los City Mall*). Asimismo, dado que tienden a ser más adolescentes que jóvenes (edades que fluctúan entre los 10 / 12 / 14 / 16 años), son en los ámbitos de las escuelas, a nivel de secundaria y de preparatoria, donde se están presentando y, se dan ciertas tensiones y, conflictos, con respecto a sus profesores y a las autoridades escolares que difícilmente están entendiendo los significados culturales de estos novedosos agrupamientos de jóvenes, dado las barreras y “*los abismos generacionales*”, que los separan (Mead, 2002).

Al mismo tiempo, circulan versiones en la prensa escrita y, en algunos programas de televisión, de las “*tendencias suicidas*” de estos jóvenes, incluso, hay casos reportados de jóvenes “*emos*” que se han quitado la vida, sin embargo, estos sucesos no definen, ni hacen a la condición de ser, o de pertenecer a estas adscripciones identitarias, en todo caso, es un acontecimiento que ciertamente va en aumento en el sector de los jóvenes, independientemente de los grupos a los que pertenezcan.

En lo que atañe propiamente a las comunidades / los sectores y, los barrios, se están conformando agrupamientos de jóvenes, tipo palomillas / bandas culturales (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), en *clicas* de 10-12 / 14-20 miembros, que se autodenominan o se ponen nombres en función de la colonia o del lugar geográfico al que pertenecen y el que habitan, por ejemplo, los de la Colonia Esperanza, se hacen llamar “*Los Esperanza*”. Son una especie de adscripciones de recreación identitaria en la reconstrucción del uso del tiempo libre y del ocio, ya que suelen asistir a los salones de baile, a las discotecas y a los bares. Por lo común, se meten en problemas con “*los otros jóvenes y agrupamientos*”, van armados, roban, usan drogas legales como ilegales, traen tatuajes en la espalda de sus cuerpos, con iconografías de nombres de sus novias, o de sus grupos favoritos de música, en lo particular, de bandas de rock y de Heavy Metal; por lo común son “*cipotés*”, de 12 / 14, o 16 años de edad.

Quizás sean los grupos de jóvenes, en torno a los equipos de fútbol, conocidos como “*las barras bravas*”, -en América Latina (Brasil / Argentina / Chile / México)-; quiénes han suscitado preocupación de las autoridades por los enfrentamientos violentos que se han dado entre ellos y, los que más están despertando el interés por las cualidades particulares en su configuración identitaria.

No sé por qué la gente nos tiene miedo”

El Burro, líder máximo de la Ultra Fiel, dice que la barra olimpista no está integrada por pandilleros.

Honduras, 11.04.08 - Actualizado: **12.04.08 07:35pm**

<http://www.diez.hn/F%C3%BAtbol%20Hondure%C3%B1o/Ediciones/2008/04/12/Noticias/No-se-por-que-la-gente-nos-tiene-miedo>

Muertos tras el clásico Olimpia vs Motagua.

El portavoz de los Bomberos, Oscar Triminio, dijo que miembros de las dos barras se encontraron frente al edificio de los Bomberos y se enfrentaron a tiros "como diez minutos"

26.07.09 - Actualizado: **26.07.09 7:19pm**

<http://www.heraldohn.com/Ediciones/2009/07/26/Noticias/Muertos-tras-el-clasico-Olimpia-vs-Motagua>

En primera instancia, se sabe que algunos de sus integrantes, fueron ex pandilleros, simpatizantes, o lo son todavía, del B-18, o de la MS-13; de igual manera, hay algunos parientes, hermanos o primos, de miembros activos de las *clicas* mencionadas; se implican en delitos menores como el robo, el asalto a transeúntes y van armados. Por lo común, las riñas son protagonizadas con armas de fuego y objetos punzocortantes entre las barras de “*Los Ultra Fiel*” del equipo Olimpia, “*La Mega Barra*”, del Nueva España y “*Los Revolucionarios*”, del Motagua.

La rivalidad frontal y a muerte, se da básicamente entre las “*barras bravas*” de los equipos de fútbol de El Olimpia y de Motagua; las cuales son lideradas por jóvenes. El mecanismo sociocultural que activa la confrontación identitaria, es muy parecida a la que se da entre la *pandilla* del B-18 y, la MS-13: si no eres del equipo Olimpia, entonces, “*sos mi enemigo*”.

La configuración, o la dinámica interna de “*las barras bravas de la Ultrafiel*”, -nació en San Pedro Sula y, es un clon de los Ultras, en Italia-, es muy interesante, ya que está dividida por peñas / secciones (unas 15), -especie de *clicas*-, con 50 integrantes por peña, por lo que tranquilamente se calcula

que al menos en Tegucigalpa, Honduras, habrá unos cinco mil afiliados (En el caso de la “*barra brava de los Revolucionarios*”, se dividen en Bandas).

En cuanto a su constitución socio demográfica, las edades oscilan de los 12 a los 25 / 29 años, la mayoría, -dato relevante-, son universitarios (el 90%), por lo que su estrato social es una mezcla entre la clase media-alta y la baja y, su enemigo público número uno, es la policía (por lo que les representa: el poder y el autoritarismo).

En lo que atañe a su estructura y a su dinámica interna; hay un líder, llamados “*capos*” (muy a la italiana), -en el caso del B-18 y de la MS-13, son los *palabrer*os- y, de igual manera, se constituyen a partir de una serie de normas / de reglas / de valores que marcan y delimitan sus prácticas sociales y sus expresiones culturales, por ejemplo; está prohibido pedir dinero; no asaltar; no consumir drogas en los estadios / las gradas; no grafitear, -a fin de no ser confundidos con las *clicas* del B-18 y de la MS-13-; y sus lazos de solidaridad y de “*carnalismo*”, son muy fuertes y apuntan (parecido al B-18 y a la MS-13), -al menos en la imaginación; a alcanzar una suerte de nivelación y de equidad social, “*nadie se queda sin comer*”.

10.4 El tiempo social / la longevidad cultural y las configuraciones de la MS-13 y del B-18.

Uno de los marcapas socio culturales que más se han instalado y que persisten a manera de prejuicios y de estigmas (Goffman, 1993) con respecto a los integrantes de las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, es con respecto a las iconografías y a las letras que se llevan impresas en la piel y, en algunas partes de sus cuerpos, es decir, por los tatuajes.

Los escenarios y los espacios sociales donde se activan esa serie de prejuicios y de estigmas, -no sólo contra estas grupalidades-, son diversos; circulando la ciudad (caminando la calle / en los buses / en los parques); en eventos colectivos (reuniones / fiestas / festejos); en los centros comerciales (“*los muelles*” / las plazas / los establecimientos); en los ámbitos laborales (los pequeños negocios / las fábricas / las maquilas) y; en los recintos escolares (los salones de clase / los pasillos / los patios).

Esto ha llevado a que las imágenes y los dibujos más visibles que se portan en los distintos territorios de los cuerpos como en los párpados, los labios, las manos, los dedos, las muñecas, el cuello, los brazos y las

pantorrillas, tiendan a ocultarse, a través del uso de determinado tipo de ropa (camisas con manga larga, por ejemplo); o en una parte específica y considerable de casos y, desde el lugar social de estar “pasivo” / “inactivo”, o de ser “retirado” / “desertor”, de la *pandilla* o de la mara (hombre como mujer), con “pase” / “la quebrada”, o sin él, es quitándoselos / borrándoselos, a pesar de los riesgos sociales que esto conllevaría (ya que pueden ser asesinados por la *clica* a la que pertenecían y a la que le debían fidelidad) y, de lo doloroso que implica el proceso psicosocial del *des tatuaje* y de la *des identificación* (física, como simbólicamente hablando, -por lo que les representa remover esas imágenes cargadas de sentido y de significación-).

Yaquie,¹⁷⁰ se salió de la Mara Salvatrucha (MS-13), actualmente labora como apoyo en una organización de la sociedad civil, trabajó en una maquila, (fue despedida), es una joven madre, tiene dos niñas y, nos hace mención de sus vivencias y de sus experiencias de portar varios tatuajes en diferentes lugares de su cuerpo:

He trabajado en maquilas, pero ya de ahí me tatué y, ya no pude conseguir trabajo en otro lado, porque apenas me miraban mis tatuajes y no me daban trabajo.

Alfredo: ¿Qué te decían cuando miraban tus tatuajes y de ahí que te negaban el trabajo?

Empecé a trabajar unos días, a la semana, ya la gente me miraba los dedos y las muñecas, entonces como usted puede ver, esto que anda aquí, los supervisores se fueron dando cuenta y me dijeron que no podía seguir trabajando, porque andaba tatuada, porque era marera y no había un espacio para nosotros ahí.

Alfredo: Dime, veo y, me dejaste tomar una foto, lo cual te agradezco, que traes ahí un tatuaje de la MS ¿Cómo apareció ese tatuaje en tu cuerpo?

Uno estando bastante tiempo en la pandilla, tiene que hacerse su tatuaje ¿Cómo le puedo decir? como una regla que hay, tiene que andar con su MS (...) cada persona sabe, este es de la MS, así como los 18.

Alfredo: Ahora dime, pero veo que no te lo has quitado y por lo que me has platicado, los otros si te los quitaste ¿Por qué el de la MS no te lo has borrado?

Porque me da miedo, me he hecho varias pasadas, me he quemado, varios tratamientos como cinco veces y no se me ha quitado esta tinta, he decidido que mejor me lo dejo, ya estos de los brazos sí, ni este, como lo puede ver, otro que ando aquí, que nadie me los mira.

¹⁷⁰ Entrevista realizada en su lugar de trabajo, San Pedro Sula, Honduras, 6 de noviembre de 2008.

Alfredo: Sólo tu pareja

Si, jajá, jajá

Alfredo: Y dime una cuestión, me dices que te da miedo ¿De qué es lo que te da miedo?

Usted sabe que cuando uno se sale de la pandilla ¿cómo le digo? y, ese consejo yo se lo he dado a varios chavos, a varias chavas que se han retirado, uno no tiene porque andar hablando cosas de las pandillas, porque si sale uno, se sale. Si, como hay gente que le pregunta a uno, pero eras pandillera, mataste y, varios se lo han ganado, uno no tiene que hablar, porque son reglas que hay.

Aunado a los climas de prejuicios y de discriminación, la situación de estas adscripciones identitarias, se tornó más complicada y delicada, en virtud de la implementación de las políticas de cero tolerancias y de las Leyes de Mano Dura, dirigidas ex profeso, contra tales agrupamientos (juveniles) con la intención de eliminar a las *clicas* del B-18 y de la MS-13, como una supuesta solución imaginada a las problemáticas de la seguridad e inseguridad ciudadanas y de los asuntos de las violencias sociales y de sus secuelas de muerte que vivía el país (y, aún hoy).

De igual manera, la sociedad en lo abstracto, determinadas comunidades y barrios en lo concreto, se organizaron en forma de patronatos y de comités de defensa, a fin de aplicar la ley por propia iniciativa, lo cual se tradujo en que ejercieron represión y violencia social contra los integrantes de estos agrupamientos; los golpeaban, los detenían o atrapaban y, después los entregaban a las autoridades policíacas, quienes a su vez, los encarcelaban, o simplemente los desaparecían, o los ejecutaban.

Estos climas de violencias y de muertes, desde los datos que dan a conocer las organizaciones de la sociedad civil (Casa Alianza / CPTRT, principalmente); arrojan un cálculo de que se capturaron de forma ilegal y violando todos los Derechos Humanos, en los primeros meses del gobierno del presidente Maduro, -2002 / 2006-, cerca de 5000, integrantes del B-18 y de la MS-13. Apuntalado, en la construcción mediática de “*los operativos*” / de “*las redadas*” / de “*la caza de pandilleros*”, transmitidas en tiempo real por los principales canales de la televisión y con escenografías muy efectivistas donde se mostraba al propio presidente Maduro, arengando a las huestes policíacas, con chaleco antibalas y, sus principales ministros de seguridad y el jefe de la policía, entrando a los barrios y deteniendo a los integrantes de éstas *clicas*.

Es evidente que esta política del Estado / de los respectivos gobiernos de la derecha representados por el Partido Nacional, que llevaron a cabo la represión y la persecución selectiva; junto con la que instrumentaron los sectores de la sociedad y de las comunidades, influyeron decididamente en la reconfiguración de las dinámicas internas y de su accionar, en los agrupamientos del B-18 y de la MS-13. Situación que les planteó llevar a cabo una serie de cambios en virtud de que los escenarios socio culturales eran ahora distintos y había que diseñar otras estrategias de relaciones y de vínculos intersubjetivos con la sociedad en general, las instituciones y, en lo particular, con las comunidades / sus barrios, en los cuales habitan o habitaban, incluyendo, a sus respectivos familiares con los que viven.

A partir de lo anterior, son varias las interrogantes que podríamos plantear, las cuales, o algunas de ellas, serían las siguientes: ¿Qué es lo que en realidad ha cambiado en las dinámicas y en los funcionamientos internos de las *clicas* hondureñas y de cada una de las adscripciones identitarias referidas? ¿Cuáles son los espacios o los elementos que están aún en proceso de transición? ¿Y qué es lo que todavía permanece como matrices de significación identitaria en las grupalidades correspondientes?

Sin lugar a dudas, asistimos a novedosos tejidos sociales y, a una variedad inusitada de escenarios, políticos y culturales, que no están exentos de generar altísimos niveles de tensión y de conflictos, entre los distintos actores y protagonistas de esta trama socio cultural; los propios jóvenes de las *clicas* del B-18 y de la MS-13; el Estado, el gobierno en turno y, sus instituciones; los poderes fácticos, vía los medios masivos de comunicación (televisión / prensa) y; la sociedad en lo general, que se retraduce en los ciudadanos en lo particular y, en los habitantes de las comunidades, de las colonias, de los sectores y de los barrios donde se asientan o habitan, estos agrupamientos.

Lo que aún se mantiene y permanece, desde la imagen de una matriz de sentido y de significación, son las motivaciones y las razones para ingresar o querer ser miembro de la *pandilla*, o de la mara, -como en las *clicas* del B-18 y de la MS-13 salvadoreñas-, que por lo común, transitan en dos grandes vertientes; *una*, debido a las carencias materiales (pobreza) y simbólicas (falta

de atención) que padecen y que sufren en sus ámbitos familiares (Morán, Huezco y Gibbons, 2001; Serrano, 2005); *dos*, al requerimiento identitario de pertenencia / de afiliación, en la construcción de un lugar y de un espacio social de ser, “*el vacile*”, (Carranza, 2005), ante las cada vez más notorias dificultades de las instituciones del Estado para ofrecerles alternativas atractivas y viables que les creen sentido en la edificación de un presente en el aquí y en el ahora de sus vidas cotidianas y de su tiempo social.

El dispositivo simbólico del “*bautizo colectivo*”, sigue siendo el ritual social de “*la brincada*”, a partir del cual se obtiene la membrecía, el respeto y la confianza de los demás *homies* y, lo más importante, es que ya se tiene acceso al universo imaginado de ser pandillero (ra), o de ser de la mara, que pasa por el establecimiento de lazos afectivos muy fuertes que delinear lo que se conoce como “*el carnalismo*” y, además, van definiendo los vínculos afectivos inquebrantables con “*la clicca*”, -al menos en esos momentos-, cuyas manifestaciones y expresiones climáticas, están contenidas en frases tan fuertes y contundentes hechas iconografías que se observan en los grafitis y en los placasos que dibujan en las paredes y en los muros de los barrios y de la comunidad como marcajes territoriales: “*vivo por mi madre y muero por mi barrio*”.

Yaquie,¹⁷¹ alejada de la MS-13, platica de los motivos que le llevaron adscribirse a la mara y de sus sentidos de pertenencia:

Nosotros tuvimos problemas con mis padres, mi padrastro me corrió y, no tenía en donde vivir, tenía una niña de siete meses y ellos me la quitaron (...) yo tenía una amiga que era pandillera, entonces fui a llorar donde ella y le dije: -mira, mi padrastro me corrió, no tengo donde vivir-, entonces ella me dijo, -no te preocupes, aquí quédate- ¿A dónde más iba a irme a vivir? (...) ahí se reunían los grupos de las pandillas y me fue gustando, ya robaba, me gustaba el vicio.

Alfredo: Si, tengo entendido que cuando uno ingresa a estas pandillas lo brincan o lo bautizan ¿A ti como te fue con eso, si me platicas?

A uno le dan a escoger, a la mujer le dan a escoger, la violación, o como le dicen, “el chequeo”, patearlo ahí en el suelo, trece segundos, yo dije, -que me pateen- y, así ingresé a la pandilla, golpeada, no violada, ni por ir a matar a otro, ahí me brincaron como dicen en el barrio, dos jainas y dos hombres, uno cuando se mete a las pandillas y uno hace cosas, dice: yo muero por mi barrio (...) cuando yo andaba en la pandilla, el

¹⁷¹ Entrevista citada.

barrio era todo, la pandilla era todo, las jainas, los home boys, para mí ellos, yo hacía todo por el barrio, yo metía droga por el barrio y al final de cuentas uno nunca queda bien.

La membrecía a las *clicas* del B-18 y de la MS-13, aún se mantiene, aunque lo que ha variado, es la cantidad, es decir, las cuotas de afiliación han disminuido por varios motivos y razones, *una*; por los altos riesgos que algunos jóvenes consideran que corren de ser sujetos de represión y de ser asesinados, a partir de la implementación de las políticas de cero tolerancias, de las Leyes de Mano Dura, de las denuncias en contra de su propia comunidad, de las ejecuciones extrajudiciales y de la limpieza social que se siguen dando, *dos*; debido a la emergencia en los espacios públicos de otras posibilidades de adscribirse identitariamente como joven, en función de varias ofertas de la grupalidad que circulan y que apuntan hacia los aspectos de lo socio / cultural, como es el caso de ser hip-hopero, o *emo*, o de alguna *banda / palomilla* del barrio, o “*de las barras bravas*”, de los equipos de fútbol, *tres*; en función de la apertura de algunos espacios de participación en lo social y de ciertas oportunidades laborales dirigidas ex profeso para las / los jóvenes, ofertadas principalmente por las organizaciones de la sociedad civil, *cuatro*; debido a las deserciones que se siguen dando, por parte de algunos integrantes con la intención de rediseñar otros lugares sociales en los cuales estar y, participar, ya sea en los ámbitos del trabajo o en el ejercicio a plenitud de sus funciones como padres o como madres de familia (se estima que la deserción ha sido entre tres mil, a cuatro mil integrantes, de ambas *clicas*).

Se ha comentado con insistencia, atribuyéndolo a los cambios recientes que están sufriendo los agrupamientos de estas adscripciones identitarias, que se ha perdido el sentido de solidaridad, del “*carnalismo*”, de la hermandad, del imaginario construido “*de familia*”, del aspecto social / colectivo de la *pandilla*, o de la *mara*, por los intereses económicos y mercantiles. Esto implica a nivel simbólico, el quebranto al valor del respeto de esos ideales y de cierto desprestigio de la grupalidad al interior como al exterior, incluso, es cierto que esto a abonado a la gestación de una suerte de “*desilusión*”, de “*desencanto*”, o de “*des identificación*”, como una más de las motivaciones fuertes que se están presentando y que están encaminando a algunos de ellos y de ellas, a tomar la decisión de abandonar / de salirse / de desertar de las *clicas* correspondientes.

Jovel Miranda,¹⁷² ingresó a los 11 años de edad a la *pandilla* del B-18, - actualmente tiene 28 años-, estuvo 4 años en prisión, fue uno de los líderes más importantes y es miembro de Generación X, dirige el proyecto de micro empresas y empleo, es un pandillero “*retirado*” / “*pasivo*” y muy respetado.

Me retiré porque no quise volver a caer en prisión, he estado en las pandillas por una causa y era mentira, no era una familia, no eran mis hermanos, porque cuando yo tenía más poder, el otro estaba buscando la forma para matarme, lo que había eran intereses de liderazgo.

Mataron a un líder que tenía 32 años de ser pandillero, le decían “El Charo”, nació por una madre y un padre 18 en Estados Unidos, de Los Ángeles, él era líder y él fue el que me brincó cuando estaba yo “cipote” y, lo matan por poder de liderazgo, él pronunciaba mucho la equidad, decía: “si tenemos tanto dinero, compremos tantos tenis para los jóvenes, del tráfico de drogas”, no pensaba mucho en armas, decía, - “está bien, compremos armas, pero primero pensemos en los homies que están presos, comprémosle zapatos, camisetas, bóxers” (...) los que tenían el poder en las pandillas éramos nosotros, un grupo de quince líderes en el centro penal y habíamos unos doscientos pandilleros en ese momento, te estoy hablando de 1999 al 2001.

Mi vida cambió desde que salí de prisión, estuve cuatro años, lo que me hizo retirarme fue la muerte de esa persona que me enseñó los valores de la pandilla, me hablaba mucho de la historia, él era un pandillero de Estados Unidos (...) cuando muere el Charo de la 18 -que aquí anda en mi cuello, no sé si lo puedes ver, ahí dice, Charo, In memory de mi Homboy Charo- (...) para mí fue un golpe fuerte, porque yo conozco la pandilla, sus acciones, la capacidad que teníamos, el valor de lo que podíamos hacer, estábamos en una etapa muy difícil, veníamos de un enfrentamiento del 99, en San Pedro Sula, estuve dos años en San Pedro Sula y dos años en Tegucigalpa.

A nosotros nos trasladaron después de la masacre que tuvimos con la MS, nos confrontamos en 99 y murieron trece MS, entonces, esto cambió el rumbo de la pandilla y nos volvió casi enemigos de las personas que no eran pandilleras en los centros penales, las reglas estaban bien fuertes y las condiciones eran difíciles, había mucha avaricia de muchos compañeros que tenían tráfico de drogas, teníamos la potestad de vender drogas dentro de la pandilla en prisión, había mucha presión porque este homie de la 18 que era el Charo, me había dado escuela, nos presionaba para que dejaran de comprar equipos de sonido, aires acondicionados para las habitaciones, mientras los compañeros no tenían que comer y hacían filas para comer frijoles con piedras y arroz más soso del presidio verdad.

El Charo estaba en contra de esto, en las reuniones que teníamos de la 18, solo los líderes nos reuníamos, se discutía eso y Charo hablaba en inglés con los otros compañeros que venían de Estados Unidos también y, les decía: “-La 18 somos nosotros, pero nos volvemos enemigos de la

¹⁷² Entrevista realizada circulando la ciudad en una camioneta, 6 de noviembre de 2008, San Pedro Sula, Honduras.

18”-, decía él, “cuando empezamos a pensar solo por nosotros y, no por la pandilla y, recordemos que la pandilla y la 18 es la que nos da lo que tenemos, el respeto y el valor”; y él reclamaba siempre eso, entonces, los homies de respeto que estábamos ahí, siempre discutían y decían que no (...) entonces decía, “hay que dar tanto dinero para la pandilla, porque los que tenemos plaza en la pandilla; es como una responsabilidad social dentro de la pandilla que tenías que tener por tener beneficios de la pandilla.

Ese choque fue el que llevó a la muerte al Charo; entonces dije, serán capaz que estos homies van a matar al Charo, me lo pregunté porque él dormía en mi habitación, al homie lo envenenaron con chicha, es una bebida alcohólica natural (...) lo que detectaron los doctores fue que lo habían envenenado, eso fue un impacto muy fuerte, darme cuenta que la misma pandilla lo había matado.

Aunque está imperando en determinadas *clicas* del B-18 y de la MS-13, las luchas y las rivalidades por los liderazgos en función de los intereses de las ganancias económicas / mercantilistas, producto de la venta de drogas, o del robo de autos, o de los secuestros, por sobre los aspectos de los lazos afectivos / de las solidaridades sociales, esta situación abre una fase de transición muy interesante y compleja a la vez; ya que no implica que se esté perdiendo del todo, uno de los núcleos centrales de la adscripción identitaria, en cuanto a su matriz de sentido y de significación, sino que en algunos casos y circunstancias, está mutando / transformándose, en estos rostros y tesituras más duras y descarnadas y, por el contrario, todavía hay *clicas* en donde esto no se está presentando / no está aconteciendo / no es un fenómeno homogéneo, ni totalizante.

Aquí, una de las claves hermenéuticas y de comprensión, está en función del cohorte generacional que esté predominando en la adscripción de la grupalidad / de la *clica*; ya sea del Barrio-18, o de la MS-13, en otras palabras, en aquellas configuraciones identitarias, en las que los líderes, -“*los palabreros*”-, que por lo general pertenecen a la primera generación, es decir, “*los veteranos*”, acercándose a los 40 años de edad, e incluso, rebasándolos, con compromisos familiares muy fuertes, -no sólo consanguíneos-, una amplia experiencia, tanto andando en la calle, como por haber estado varios y largos años en las cárceles; son los que están forzando las trayectorias y los desplazamientos para alcanzar más poder económico; no así, en la primera generación (edades de 12 / 14 / 16, o 20 años) e, incluso, me atrevería a

sostener, que tampoco se observa esta situación de esta manera, en la segunda generación de los *pandilleros* y de la *mara* que actualmente tienen 26 / 28 / 30 años de edad.

Yaquie,¹⁷³ a la joven que le dieron “*el pase*” / “*la quebrada*”, de la Mara Salvatrucha (MS-13), comenta lo siguiente:

Alfredo: ¿Qué fue lo que hizo salirte de la pandilla?

Cuando tuve a mi segunda hija que es hija de un miembro de la MS también, es con el que estoy ahorita, los home boys, ya no querían jainas, sólo querían ser ellos, algunas murieron y otras tuvimos suerte como yo.

Alfredo: ¿Y por qué fue que ya no querían jainas en la pandilla?

como dicen ellos, muchas cagamos el palo, muchas la regamos, nosotras mucho planchábamos, varias jainas; aunque algunas no planchaban, todas pagábamos por las otras.

Alfredo: ¿Qué es eso de planchar?, no le entiendo, ¿Qué significa planchar?

Fallar, o sea, cometer errores, cometer errores, si.

Alfredo: Por ejemplo, en tu caso ¿Qué errores cometiste que ya no te querían?

a mi fueron ellos los que me dieron la quebrada por parte de mi chavalo, el papá de mis hijos, por él yo pude salir libre, si porque él limpiaba, él respondía por mí.

Alfredo: ¿Qué es la quebrada?, me dices que te dieron la quebrada.

La quebrada es el permiso de salirse de las pandillas, el permiso que dan ellos, porque ahí mandan ellos.

El proceso de ingreso, -afiliación- y, de salirse de las *clicas*, también está investido de la condición del género al que se pertenezca, es decir, con respecto a las féminas, “*las jainas*”, se ha mencionado, por una parte y, en lo que atañe en particular a la Mara Salvatrucha (MS-13), que no se admiten más mujeres, por la desconfianza que generan, ya que a veces pasan información muy comprometedoras a los contrarios, o a la policía; y por la otra, se enamoran de los líderes de la adscripción contraria, o de algún joven, “*cipote*”, que no pertenece al agrupamiento, poniendo en riesgo a la propia *clica*; y, también, se están llevando a cabo diversas estrategias para deshacerse de ellas; *una*, eliminándolas / asesinandolas; *dos*, -a las que quedan-, presionarlas al extremo, para que se salgan “*con pase*” / “*la quebrada*”, o para que deserten por su propia voluntad.

¹⁷³ Entrevista citada

Otro de los aspectos que han variado, es con respecto a la disminución de la gestión en el ejercicio de las violencias sociales por parte de las *clicas*, del B-18 y de la MS-13, lo cual se traduce en menores acciones contra la sociedad en general (robos por ejemplo); en la comunidad / el barrio (ajuste de cuentas hacía alguien);¹⁷⁴ e incluso, las batallas y las riñas a muerte protagonizadas contra la *pandilla*, o la *mara* rival, tanto en la calle como en los espacios del encierro.

Al respecto, habría varias conjeturas, e inferencias, *la primera*; la visibilidad de otros actores que siempre habían estado ahí, aunque ahora emergen con mayor fuerza y crueldad como el crimen organizado a partir de sus distintas ramificaciones: el narcotráfico, el sicariato, el secuestro, o el tráfico de armas, por ejemplo, *la segunda*; la inversión en la primacía de ser *sujetos de violencias*, a pasar a ser, *objetos de violencias*, debido fundamentalmente a la aplicación de las políticas de cero tolerancias, de las Leyes de Mano Dura y de las estrategias de “la limpieza social”, (parecido a lo que sucede en El Salvador), *tercera*; a que quedan relativamente pocos miembros de ambos lados, -se calcula que líderes activos, “*palabrer*os”, de la *pandilla* del Barrio 18 (B-18) han de ser unos 60; los demás están muertos-, *la tercera*; el pasaje de irse transformando de identidades ancladas al territorio / territoriales, hacía identificaciones *nómadas* e *invisibles*, ya que ahora se mueven y se desplazan a través de varias comunidades, determinados barrios y la ciudad como tal, aparejado también, con el uso de distintas formas de hacerlo, es decir, antes se caminaba la calle / el barrio y, fue mutando, a tener más movilidad y de manera discreta, por lo que empezaron a usar bicicletas y, enseguida las cambiaron por motocicletas, ahora, en tanto se ha buscado rapidez, e *invisibilidad* en el desplazamiento, se están utilizando carros de modelos recientes y muy veloces.

El hecho de que se esté gestionando el pasaje, o el tránsito de ser identificaciones *territoriales*, a convertirse en identidades *nómadas*, no implica, de nueva cuenta, que todas las *clicas*, ya sea del B-18, o de la MS-13, hayan perdido al barrio como su referente territorial, ya que los que continúan

¹⁷⁴ Desde otro lugar social y político, las *clicas* de El Salvador, tanto del B-18 como de la MS-13; a partir de febrero de 2010, firmaron un pacto de no agresión contra sus comunidades, no cometer homicidios, ni tampoco extorsionar a los “*buseros*”.

anclados al lugar (la primera y, la segunda generación, sobre todo), también lo hacen a través de la puesta en escena de ciertas y diversas estrategias de afrontamiento como el *camuflaje social* y la *invisibilidad identitaria*: formas y maneras de la acción colectiva y del actuar frente a la sociedad.

Dichas estrategias adquieren un componente cultural; lo que hemos denominado (libremente) como el *camuflaje social*, tiene que ver básicamente con las modificaciones que se están llevando a cabo en la puesta en escena, - en lo físico y en lo verbal-, la teatralidad, (Balandier, 1994), de la presencia identitaria, es decir, su centralidad se ubica en el rediseño estético de los cuerpos y en los comportamientos sociales; que van de la tendencia, “*chola*”, - “*acholada*”, a una apariencia común, o de civil, en cuanto a la vestimenta y a sus accesorios culturales; fuera arracadas; sin cabello corto o rapado; no más los pantalones y las camisas “*flojas*” / “*guangas*”, ahora, aparecen los sacos, las corbatas, los pantalones rectos y las camisas ajustadas, o más entalladas; los tatuajes se omiten, o se usan en lugares del cuerpo más dados a la intimidad; la formas de comunicarse ha cambiado, ya no se usa la gestualidad del cuerpo, es decir, las señas con las manos, ni tampoco el tipo de “*hablado*” o de “*caló*” que los caracterizaba (los mismos cambios que las *clicas* de El Salvador).

En lo que atañe a la *invisibilidad identitaria*, no implica que sean *clandestinos*, como suele sostenerse, sino que sus acciones y sus actividades pasan francamente desapercibidas y, una parte del propio barrio, o de la comunidad donde siguen asentados o habitan, los cuidan / los protegen, haciéndolos metafóricamente (Lakoff y Johnson, 1980), invisibles / no detectables, por ejemplo, a través de la palabra / del discurso, porque no los nombran, ni se dice de ellos aunque se sabe y, se conoce, que simplemente siguen siendo parte del barrio / de la *clica* y, además, están ahí.

Estos lugares sociales de ser identificaciones *nómadas* e, identidades *territoriales*, en algunas circunstancias y momentos, tienden a mezclarse e intersectarse; ya que una de sus características y de sus cualidades es que son flexibles / plásticas / elásticas. Explico; las identidades *nómadas*, al estar moviéndose y circulando el espacio público de la ciudad, se *camuflan* socio estéticamente, a fin de no ser detectados, sin embargo, tampoco ocurre que

todo el tiempo anden transitando, sino que en algunos momentos, se anclan territorialmente en otros sitios y en otros lugares por determinadas temporadas (un mes, mes y medio, dos / tres, o cinco meses) y, es cuando usan las estrategias de *la invisibilidad identitaria*.

En lo que se refiere a las *identificaciones territoriales*, de inicio, son invisibles para las “*miradas*” de “*todos los otros*”, a fin de no ser ubicados, incluyendo a los habitantes de esas comunidades y de esos barrios donde viven y habitan, aunque cuando salen al espacio público, a las esquinas, a las calles, o a circular la ciudad, (ya que una buena parte de su tiempo social lo pasan encerrados en sus casas), lo hacen a través de sus *camuflajes* socio estéticos / usando, por ejemplo, sus automóviles rápidos / veloces.

Aunque las *clicas* de ambas adscripciones identitarias, son más reducidas / tienen menos miembros, están muy cohesionados hacia adentro, por lo tanto, las reglas y las normas que delinear su funcionamiento y, van marcando las particulares dinámicas, están siendo duras / pesadas / rígidas; situaciones que como agrupamientos tienden a fortalecerlos, es decir, a alcanzar una organización interna más sólida, compleja y profesionalizada. A su vez, son más letales, andan circulando la ciudad con armamento muy sofisticado (AK-47 / pistolas calibre 38. y 39. especial) y, además, tienen más recursos económicos.

Asimismo, la mayoría de las ejecuciones extrajudiciales que se están llevando a cabo, en contra de determinados sujetos sociales, excluidos de las supuestas bondades de la modernidad, como las / los niños de la calle y, abiertamente, dirigidas hacia la condición juvenil en su amplitud y, de las adscripciones identitaria del B-18 y de la MS-13, en lo particular, tienen la cualidad y el sello de ser *operaciones de limpieza social*, realizadas por sicarios (Salazar, 1998; Vallejo, 2002), escuadrones secretos y oscuros, algunos conformados por policías y, pagados o financiados, por una parte de la propia comunidad, ciertos políticos conservadores, pequeños empresarios y comerciantes (parecido a lo que acontece en El Salvador).

Yaquie,¹⁷⁵ habla de las ejecuciones extrajudiciales, en particular contra las “*jainas*” de la MS-13 y Jovel Miranda,¹⁷⁶ de la *pandilla* del Barrio 18, respectivamente:

Yaquie

yo lo único que le digo, ¡púchica!, apoyen a los chavos, porque es duro ver cómo va cayendo cada chavo, ¡mira aquí!, aquí a cada rato; hace poco hallaron tres, allá en la Suaso, amarraditos, mujeres ex pandilleras, que las han matado en frente de sus hijos, me entiende; aquí hay que cambiar todo, policías, aquí en la misma policía está el trueque y lo más duro fue cuando miré que cada jaina, una amiga mía que tal vez convivía conmigo, aparecía en tal lado picadita ¿me entiende? eso fue lo más triste.

Jovel Miranda

Muertes extrajudiciales no han terminado, lo que ha terminado es la campaña política de Ricardo Maduro, las muertes siguen dándose, nosotros en el año anterior perdimos miembros de Generación X, unos treinta jóvenes, sólo en el año 2007 que estaban con nosotros participando, en el 2008, no ha habido tantas muertes, pero sí hemos perdido jóvenes que tal vez no han sido pandilleros pero si son jóvenes que han quedado muertos en las calles, sin saber ¿por qué? y ¿quiénes los mataron?, se han encontrado estudiantes muertos que están organizados en frente estudiantiles; las muertes extrajudiciales siguen todavía, el gobierno en su discurso no habla de represión, de encarcelar a los jóvenes pandilleros, ni una mano dura, pero la policía golpea, captura, podríamos decir que elimina a algunos jóvenes y quedan impunes, eso es lo que se está dando, las pandillas en este momento están bien organizadas, andan bien armados, tienen buenos vehículos en las calles y, en los centros penales están bien armados también, se les han decomisado “AK-47”, pistolas de 38 y de 39 milímetros en las prisiones, si están así armados en la prisión, imagínate en la calle ¿Qué es lo que no tendrán?

Si el *genocidio* se define a partir de las constantes y los permanentes intentos, o acciones, a fin de destruir, eliminar, o de borrar “*identitariamente*”, a un determinado sector social, grupo etario, etnia / raza, o adscripción religiosa o política, en el caso específico de los integrantes de las *clicas* de las *pandillas* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), en la región centroamericana, conocida como la del Triángulo del Norte, que incluye a los países de Honduras, El Salvador y Guatemala y, que a partir de la década del 2000, a la fecha (diez años); han sido hostigados/ perseguidos y, asesinados,

¹⁷⁵ Entrevista citada.

¹⁷⁶ Entrevista citada.

tranquilamente más de 10, 000, miembros ¿no estaríamos hablando realmente de un suceso evidente de *juvenicidio*?

La zona más violenta del mundo la forman Honduras, El Salvador y Guatemala.

Para el PNUD es preocupante el foco de violencia que existe en El Salvador, seguido de los países de Guatemala y Honduras. Esto convierte a Centroamérica en la zona geográfica más violenta del planeta, la cual para el estudio del PNUD contabiliza 79.000 personas asesinadas en la región centroamericana durante los últimos 6 años.
<http://www.elmundo.es/america/2009/10/22/noticias/1256226893.html>

Ante este panorama, nada alentador, en el que Honduras, acaba de padecer un doloroso golpe de Estado, el 28 de junio de 2009, contra el presidente Manuel Zelaya, encabezado por un terrateniente / empresario, llamado Roberto Micheletti, apoyado por los militares, el Opus Dei, los poderes fácticos de los *mass media*, la oligarquía terrateniente y la ultraderecha norteamericana, quienes gestionaron para la realización de comicios electorales, el 29 de noviembre de 2009, del cual salió electo el nuevo presidente, Porfirio Lobo, quien política y diplomáticamente está muy debilitado / aislado y, con una crisis económica mundial / globalizada, la interrogante podría ser: ¿Cuáles serían los horizontes para las juventudes en general y para los agrupamientos identitarios del B-18 y de la MS-13, en lo singular?

America Latina, EE.UU, Honduras. Nueva Fórmula.

Golpe de Estado + elecciones=democracia.

Frida Modak.

En Honduras el golpe de Estado provocó una reacción nunca antes vista pese a que esa nación ha vivido otras etapas dictatoriales, lo que es consecuencia de la apertura provocada durante el gobierno de Zelaya. La movilización social produjo situaciones sobre las que no se ha hablado. Cuando los militares ocuparon la hacienda del presidente Zelaya pensando que por estar cerca de la frontera él podría intentar regresar por ese paso, los habitantes del poblado los hicieron salir de ahí. Cuando la represión arreció en los barrios populares, las “maras” salieron en defensa de aquellos a los que tal vez antes asaltaban y hubo sectores a los cuales la policía no pudo ingresar.
<http://alainet.org/active/34737>

Uno de los probables escenarios es que la situación del país va a empeorar (en lo social, lo político, lo económico y lo cultural), debido a la fragilidad del, “nuevo gobierno y de los procesos democráticos” y, por lo

consiguiente, quizás se acreciente el paulatino desdibujamiento y el borramiento del Estado como garante de la seguridad ciudadana y de proveer mejores condiciones materiales y simbólicas de vida para la mayoría de su población. Asimismo, se espera un mayor recrudecimiento de las violencias sociales (Sosa, 2004), ejercidas por los cuerpos de seguridad del Estado y del ejército; climas propicios para arremeter en contra de las minorías, cuáles sean éstas; de la disidencia política, de los defensores de los Derechos Humanos, o de los luchadores sociales, por ejemplo.

Desde varios recorridos socio culturales, *por una parte*; quizás las violencias sociales dirigidas contra las *clicas*, entren en un *in pase*, en lo que se van aclarando y definiendo los asuntos políticos / económicos en Honduras, o se incrementen con mayor fuerza, en tanto considerarlos, nuevamente, como responsables de los disturbios callejeros de la protesta contra el golpe militar y contra el nuevo presidente, *por la otra*; la posibilidad de que asistamos al declive de estas grupalidades, a partir del desgaste que han sufrido en sus matrices de significación / de sentido, lo cual se retraduciría, en una mayor deserción y, al mismo tiempo, en una menor capacidad en la afiliación para el ingreso a estos agrupamientos y; *una más*, que por el contrario, se mantengan silenciosamente con mayor fuerza, con nuevos rostros y matices en los espacios de la sociedad, la comunidad y los barrios, en la lucha por la sobrevivencia (material / simbólica) como *adscripciones identitarias en resistencia*, en su interpelación / confrontación directa y abierta con el poder del Estado y de sus instituciones, en particular, con los cuerpos represores de seguridad, en la imaginación de seguir buscando la nivelación y la equidad social.



2



3



Fotografía (1), San Pedro Sula, Honduras, 6 / 11 / 2008; jóvenes grafiteros, asociación Jha Ja. Fotografía (2), El Salvador, 25 / 10 / 2008; jóvenes hip-hoperos. Fotografía (3); San Pedro Sula, Honduras, 6 / 11 / 2008; jóvenes rockeros.

11. GUATEMALA.

Contextos: la gestación de las violencias sociales y la construcción del B-18 y la MS-13.

La década de los años ochentas, es una de las claves interpretativas a fin de entender y de comprender los entretreídos en la configuración de las violencias sociales en Guatemala y, por extensión, en la Región del Triángulo del Norte Centroamericano, que incluye también a Honduras y El Salvador, (Moser y Winton, 2002). Uno de los aspectos centrales, son las críticas situaciones de desigualdad social (García Canclini, 2004; Reygadas, 2007), en la que se encuentran amplios sectores de la población, lo cual conlleva, al incremento en los niveles de pobreza / de miseria, el exacerbamiento de los procesos de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009) y, la gestación de atmósferas (Maffesoli, 1990), del malestar y del descontento social al límite y en los umbrales de las revueltas sociales.

Asimismo, se desata una descarnada y cruenta guerra civil, en la que están implicados varios actores, aunque básicamente es gestionada por el ejército guatemalteco, con todo y sus fuerzas especiales, incluyendo a los temibles *kaibiles*, -quienes se encargaban con métodos de crueldad y, en las lógicas de la contrainsurgencia, a debilitar a la base social / comunitaria de la guerrilla-: arremetieron en contra de los campesinos (en gran parte indígenas); los disidentes sociales y políticos (de ideologías de izquierda, -comunistas-), aunque el enfrentamiento frontal fue con los ejércitos o las fuerzas irregulares, de lo que podríamos denominar en su amplitud, como los movimientos armados revolucionarios / insurgentes de la época.

Un escenario más de conflagración que implicó a diferentes actores en el ejercicio de las violencias sociales, se dio entre algunos agrupamientos religiosos que se confrontaron entre sí (cristianos / evangélicos, por ejemplo) generando, -y todavía aún-, una serie de tensiones y de conflictos socio culturales entre las distintas adscripciones religiosas, plagados de fanatismos y de fundamentalismos que llevaron a los enfrentamientos físicos con saldos de muerte en ambos lados. Esta situación, demasiado delicada abona a la proliferación en su amplitud, de las intolerancias y de las grandes dificultades para reconocer las diferencias culturales / religiosas de “*los otros*”, distintos y diferentes a uno, lo cual se traduce, en la activación de los mecanismos

psicosociales de los prejuicios, la discriminación y los estigmas sociales (Goffman, 1993).

Aunado a lo anterior, en lo general, las familias empiezan a desconfigurarse y a borrarse como ámbitos / espacios de socialización y de proveedores de los mínimos benefactores a nivel de lo material y, primordialmente, en lo simbólico (afecto / atención / solidaridad / cuidado). De tal suerte, que en sus dinámicas internas, se van generando distintos tonos y matices de las violencias que afectan a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes. Por lo común, hay una ausencia física de la madre, por abandono del hogar, o debido a las jornadas extenuantes de trabajo, o por muerte natural; en el caso del padre, su no presencia está en relación al no ejercicio de sus funciones, o porque muy probablemente murió combatiendo en la guerra. Sucesos que llevaron a la mayoría de sus miembros, en lo particular, a los niños y a los adolescentes, a tener que socializar en la calle, junto con otros chicos y chicas, parecidos a ellos en sus biografías individuales y, en cuanto a las circunstancias históricas y, sociales de vida, que les tocaron compartir como generación.

A finales de la década de los años ochentas y principios de los noventas, se hacen más visibles otras prácticas y actores en el ejercicio de las violencias sociales, caracterizados por los métodos que empiezan a utilizar y, a emplear, investidos de saña y de crueldad, por ejemplo, las ejecuciones extrajudiciales, no sólo se dirigen contra las / los jóvenes, sino a la población en general (niños, adultos, disidentes). Actúan, utilizando éstos procedimientos, los escuadrones de limpieza social, muy focalizados hacia los grupos desfavorecidos socialmente (los niños de la calle / los indigentes); emerge el crimen organizado, a partir de sus diferentes vertientes (el trasiego de armas y de droga) y; la proliferación de los diversos grupos de defensa comunitaria desde las lógicas del proyecto neoliberal de la privatización en la defensa de los bienes materiales que conlleva a la gente a tomar y, a hacerse justicia, por cuenta propia, ante el debilitamiento y el desmantelamiento del Estado en sus funciones de procuración de justicia y de garantizar la seguridad ciudadana y pública.

Estos climas sociales de violencias y de muerte, favoreció al incremento de los flujos y de los procesos migratorios en amplias capas de la sociedad, entre éstos sectores; los más llamativos, fueron las y los jóvenes quienes en su mayoría, viajan a México y, principalmente, a los Estados Unidos de América, en el Estado de California, en la ciudad de los Ángeles: suceso y acontecimiento originario y fundante, -es la misma matriz de significación para el caso de Honduras y de El Salvador-; ya que allí, se constituyen los agrupamientos identitarios del Barrio-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), como una de las estrategias para sobrevivir culturalmente, a fin de resistir a la discriminación racial y hacer frente a los otros agrupamientos o adscripciones identitarias como los anglosajones, los afro descendientes y los asiáticos, por mencionar tan sólo a éstas configuraciones de la grupalidad.

El acontecimiento paradigmático en la década de los años noventas como punto de inflexión que signa de nuevos derroteros las lógicas *del mercado de las violencias y de las muertes*, aunque suene paradójico, fue sin duda alguna, la firma de los acuerdos de paz en el castillo de Chapultepec México, que al menos, dio política y diplomáticamente, por terminada la guerra civil en la región centroamericana del Triángulo del Norte (El Salvador, Honduras y Guatemala). Tal suceso, en el orden de la política, se inscribe en las disputas en la redefinición de las relaciones sociales de poder entre los diferentes actores y los distintos protagonistas más relevantes durante el conflicto armado.

En los años posteriores a 1992, en los escenarios sociales / culturales del postconflicto armado, inicia la deportación masiva de migrantes, a sus patrias de origen, en este caso de guatemaltecos, (junto con los hondureños y los salvadoreños), que venían particularmente de los Estados Unidos de América, cargando a costas la categoría social de ser "*los deportados*". Dentro de este flujo de los repatriados, llaman públicamente la atención, las configuraciones, o las adscripciones identitarias de jóvenes integrantes del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), quienes empiezan a hacerse muy visibles en los espacios de las comunidades, los barrios, las

calles, las esquinas y, también, circulando la ciudad, sobre todo en los “*buses*”.¹⁷⁷

Al llegar a Guatemala, no sólo en la capital del país, sino en algunas provincias del interior, influyen de forma determinante en la redefinición y en el rediseño identitario de las maras locales, decíamos, grupos de amigos / de pares y, de *las bandas culturales* (Sánchez y Reynolds, 2003, 2004), que ya existían desde años anteriores y, a su vez, poco a poco, van reconstruyendo un estilo de vida en torno a lo que podríamos denominar ampliamente como una incipiente “*cultura de pandillas*” / “*cultura de maras*”, marcadas por una serie de prácticas sociales y de expresiones culturales que los van diferenciado abiertamente de otro tipo de agrupamientos o de adscripciones identitarias.

Quizás lo más elocuente, ante el debilitamiento del Estado y del desprestigio de las instituciones sociales (la familia / la escuela / la religión), es que no se logran diseñar lógicas o sistemas de sentido para amplios sectores de la población de jóvenes que benefician tanto a los locales como a los recién “*deportados*”, es decir, la crisis de sentido y de representación del Estado benefactor es tal y, el ahondamiento de las desigualdades sociales (García Canclini, 2004; Reygadas, 2007), bajo la implementación del proyecto neoliberal retraducido en los ajustes estructurales en la primacía de las leyes del libre mercado, coloca a miles de jóvenes en los circuitos francos de los procesos de la exclusión social (Saraví, 2004, 2009) y, en situaciones al límite (Valenzuela, 2007) y, al borde.

En este entramado socio cultural, los agrupamientos o las *clicas* del B-18 y de la MS-13, se convierten, en una especie de *matriz de sentido y de significación*, muy atractiva y potente, para estos jóvenes (hombres / mujeres), de las zonas más populares y marginales (Germani, 1980), quienes los consideran como una real posibilidad en la construcción identitaria y de un espacio social a partir del cual tener visibilidad / presencia y, tratar de incluirse,

¹⁷⁷ Cabe decir que la connotación de *la mara* en Guatemala, refiere a los grupos de sociabilidad (el de los cuates / el de la escuela / los deportivos), por lo que el término se emplea para referirse, sin distinción alguna, tanto a la mara del B-18, como a la mara de la MS-13; no así en El Salvador y en Honduras, donde la especificidad del sentido y de la significación de la palabra estriba en que el Barrio-18, es catalogada como *pandilla* y, la MS-13, como una mara.

en una sociedad / en un gobierno y, en un Estado, que insistentemente tiende a no reconocerlos y a excluirlos.

En estos términos, *los homies* del B-18 y de la MS-13; adquieren, en sus orígenes, un valor de sentido en lo material y en lo simbólico; ya que *por una parte*, se convierten en agrupamientos con tendencia social, es decir, en proveedores de bienes y de satisfactores para la subsistencia diaria (vestido / alimento) que beneficia a sus integrantes / simpatizantes, cuyo eje se sustenta en el imaginario de alcanzar la nivelación ante las desigualdades sociales y, *por la otra*, representa y signa, una serie de valores y de normatividad en los ámbitos de las afectividades; el respeto, la solidaridad, la seguridad y la “*camaradería*”, que se sintetiza en lo que se ha denomina, “*el carnalismo*” y, edifica en la imaginación de la adscripción correspondiente, el sentimiento de tener / de estar / de pertenecer, a “*una familia*”, - transconsanguínea-.

Bajo estas matrices de sentido y de significación, una de las cualidades, o de las características de estos agrupamientos, es el hecho de que su acción social en los distintos escenarios (la familia / la comunidad), se distingue por la insistencia en la reivindicación identitaria, -lo cultural-, en demandas por la equidad social, -lo material- y; su mecanismo o instrumento clave, es el ejercicio de las violencias e insertarse en los circuitos de la *para legalidad*; como formas estructuradas que tienden en la imaginación, a subvertir las desigualdades sociales, e incluirse socio culturalmente, es decir, confrontan e interpelan a las lógicas de la modernidad y, en particular, al proyecto neoliberal aplicado en una gran parte de los países de Centroamérica y de América Latina.

Esta situación o escenarios, se hace más patente y se recrudece en aquellos integrantes y miembros de ambas adscripciones que vienen de las comunidades indígenas en proceso de “*ladinización*”; ya que las *clicas* del B-18 y de la MS-13, representan la posibilidad de tener un espacio social de reivindicación étnica, por la discriminación y el racismo que han padecido desde su condición histórica, de tal suerte que aunque son la minoría de las minorías, hay jóvenes del B-18 y de la MS-13, que son *Mayas* y de grupos indígenas como los “*cachequiles*”, los “*quiches*”, de poblados como Chimaltenango / Comalapa.

Escuchemos a Gustavo Cifuentes,¹⁷⁸ quien a partir de los 9 años de edad, creció en la calle, vivió en hospicios, estuvo preso en cárceles para menores y mayores, migró a los Estados Unidos de América, lo deportaron a México, fue uno de los fundadores y de los jefes más importantes del Barrio 18 en Guatemala, tiene la profesión de maestro, actualmente está *jubilado* de la *clica*, labora como voluntario en la Asociación de Prevención del Delito (APREDE) y, es un trabajador de calle muy reconocido y respetado.

El concepto y el origen de estos grupos era para defender su identidad, un problema de racismo que se estaba dando muy fuerte en el Este de Los Ángeles, teníamos que unificarnos y defendernos de los anglosajones, de los negros, que constantemente iban a generar violencia en los barrios latinos y sureños. Y en todos estos grupos se generan soldados al servicio del barrio, para protegerlo y a mantener su identidad, yo viaje para el norte, logré atravesar la frontera, pero muy rápido me deportaron para México, en Marzo de 1983, ahí tuve la oportunidad de integrarme a una de las bandas de los “panchitos”, en ese momento tenían un auge ahí en el DF, me dieron una oportunidad, pero cuando yo regresé a Guatemala, existía mara, todavía no eran pandillas y, por venir del norte, fui considerado uno de los líderes de la Mara 18 (...) yo no soy como el común denominador, yo venía de una buena familia, mi papá era un militar de carrera, mi madre tenía tres licenciaturas y todas tenían que ver con lo conductual, era trabajadora social, psicóloga y pedagoga. Sin embargo, entre ellos había muchos problemas (...) un día, a la edad de 9 años, tomé la decisión de venirme para la ciudad capital. Viví en las calles (...) estuve (...) en diversos hospicios (...) yo miraba a los de la mara; bien vestidos, bien peinados, con un reconocimiento y respeto, mientras que uno tenía que vestirse mal, andar disfrazado para vender lástima, para que la gente pudiera darme dinero (...) mi ilusión más grande cuando vivía en la calle, era vestirme como los muchachos de las pandillas, tener el reconocimiento y los respetos que aquellos tenían para con los grupos. En ese transcurso estuve un montón de veces en la cárcel, tuve la oportunidad de involucrarme y, pegar el brinco, ser parte de este grupo.

Alfredo: Y en tu caso, ¿cómo te fue en la brincada? ¿Qué experiencia guardas al respecto cuando te brincaron?

Para mí fue súper emocionante, era pasar un mal momento y, decir, ya soy parte de algo, tengo una familia y ahora soy un ser importante y respetado en las calles (...) no es un mal recuerdo (...) Después de mi brinco, dentro del grupo, las cosas mejoraron enormemente, cambiaron. Acá la edad promedio es muy baja, los jóvenes que están en ese tipo de vida, a los 18-19 años los matan, casi nadie supera esa edad; por el tipo de vida que había llevado en la calle, no me fue tan difícil superar esa

¹⁷⁸ Entrevista realizada en el Hotel Spring, en la ciudad de Guatemala, 17 de noviembre de 2008.

edad, tenía altos niveles de supervivencia y eso me permitió estar vivo más tiempo, luego caí preso y en la cárcel me gradué de maestro.

Este trozo de testimonio es muy interesante, emotivo y nítido; ya que da cuenta de varios aspectos importantes y centrales a considerar en lo que atañe a los sentidos y a los significados de membrecía / de afiliación, a la adscripción identitaria de cualquiera de estos agrupamientos (juveniles), B-18 o MS-13.

De inicio, las rutas y las trayectorias sociales que llevan al ritual del “*bautizo*”, para ingresar, o pertenecer a la *clica*, a lo que se denomina en el lenguaje callejero, como “*la brincada*”, no siguen una lógica homogénea, aunque sí dominante, con respecto a que la motivación más frecuente sigue siendo en relación a los aspectos del debilitamiento de la familia y de sus climas de violencias (Morán, Huezco y Gibbons, 2001), otra de las razones son debido a que la *clica* representa un posibilidad de ejercer la venganza (Evans-Pritchard, 1977), cuando se ha perdido a alguien cercano (un amigo / un familiar / un conocido) y; quizás la más potente, sea aquella que tiene que ver con el requerimiento y la urgencia de pertenecer a, de ser parte de, es decir, en la construcción de un espacio social que ha sido negado por un sistema económico / cultural en crisis, sin ética social y, regido bajo las fuerzas del libre mercado en el que el más alto interés estriba en *tener cosas del mundo*, -a como dé lugar-, más que procurar la construcción de sentidos y de significados para amplios sectores de la población (en particular los jóvenes), a fin de *estar en el mundo*, con posibilidades reales en la edificación de horizontes de presentes, en el aquí y en el ahora, de la vida social y cotidiana.

La centralidad “*de la brincada*” o “*de ser brincado*”, estriba en la posibilidad de la creación de la presencia (Díaz, 2002), en función de la adscripción correspondiente, asimismo, se da una abierta disputa de sentido y de significación, por la visibilidad en el espacio social (la calle, por ejemplo y, en sus orígenes fundantes), para lo cual, se hace toda una puesta en escena, una teatralidad, “*Teatrocracia*”, (Balandier, 1994); una *performatividad* (Butler, 2002), que remite, entre otras consideraciones, al diseño de una estética corporal definida, por ejemplo, andar rapado (o, con el cabello muy cortito); traer la ropa floja (pantalones / camisas); las arracadas en alguna parte de las orejas; el uso de las esquinas del barrio, en términos de su apropiación

simbólica de la calle; el consumo social de drogas (alcohol / marihuana), en la vía pública y; la significación de los cuerpos a través de los tatuajes y de las iconografías que reafirman, por las imágenes plasmadas y, las palabras escritas, los elementos o los artefactos culturales de la adscripción identitaria; ya sea como miembro del B-18, o como integrante de la MS-13.

Sergio,¹⁷⁹ tiene 25 años de edad, fue el segundo líder de la Mara Salvatrucha (MS-13), estuvo varios años preso, actualmente se ha retirado de la *clica*, lleva cuatro años trabajando con niños vulnerables en las comunidades marginales, está casado y, es padre de una niña de dos años de edad; nos relata su experiencia de adscripción identitaria a la mara:

Yo entré a los 12 años y a mí me llamó mucho la atención el aglutinamiento de personas en la calle, sin que nadie les dijera nada, sin que vivieran un régimen de cultura de casa, de llegar a las siete de la noche, levantarse a las siete de la mañana, yo no me adecué a ese ritmo de la cultura de mi familia (...) fue más fácil para mí involucrarme a ese grupo, porque era como más liberal (...) eso fue algo que congenió mucho conmigo (...) en mi casa no había violencia, ni nada de ese estilo, mi papá no fumaba, el único que salió así de la familia fui yo, así fue como me afilié a la pandilla.

Alfredo: ¿Cómo te fue con el bautizo? ¿Cómo te fue con la brincada? pláticame ¿qué significó para ti en su momento?

El bautizo para mí significó recibir la herencia de un abuelo, porque yo estaba recibiendo la herencia de gente que ya estaba muerta, que había muerto por la policía, por pelear en la calle y, por los veteranos (...) eso lo hace identificarse, encontrarse, aferrarse a una identidad que no es normal en una sociedad que tiene una cultura diferente, que tiene parámetros (...) ahí, en la pandilla es una identidad que nadie te lo puede quitar, ni porque te den todo el dinero del mundo (...) es esperar tanto tiempo para que te llegue eso, la bautizada, es bien emocionante, bien fuerte.

Alfredo: Y a ti, tú eres de la MS ¿fueron trece segundos?

aquí la pandilla en Guatemala ha tenido escalas, ha ido evolucionando por etapas, cuando las pandillas vinieron a Guatemala, traían un concepto muy diferente, conforme al tiempo, se fueron civilizando en el tema o educándose más (...) porque cuando yo ingresé a la pandilla, fue una canción completa y no fueron cuatro chicos los que me pegaron, era un cuarto cuadrado, estaba rodeado de chicos, actuaron por sus instintos (...) recibí una paliza de una canción, es más que trece segundos, eso para mí fue bien fuerte.

Alfredo: Me imagino que te has de acordar de la canción que te tocó.

¹⁷⁹ Entrevista realizada en un restaurante en la zona de "La línea del Tren", territorio de la Mara Salvatrucha (MS-13), ciudad de Guatemala, 18 de noviembre de 2008.

Se llama Paraíso de Pandilla, dentro de mí hay mucho sentido de pertenencia todavía al grupo, cuando yo escucho esa canción, me hace recordar toda mi infancia, toda mi juventud en la calle.

Uno de los aspectos interesantes, por el valor simbólico, es decir, lo que representa, es que ambos agrupamientos identitarios construyen su propio imaginario de ser un ejército con la jerarquización correspondiente, en tanto que hay los de alto rango, “*los jefes*” / “*los líderes*” / “*los palabreros*” y, los de menor jerarquía, quienes suelen nombrarse como “*los soldados*”, esto conlleva, al marcaje / al delineamiento de cierta normatividad / de determinadas reglas muy precisas (duras y rígidas) que configuran tanto los comportamientos al interior como al exterior del grupo. Por lo tanto, alguna violación a esas normas y, a la legalidad de las reglas, es sancionada y castigada desde las lógicas de la férrea disciplina que connota ser parte, imaginadamente, de “un ejército” y, en algunos casos, hasta se compromete, o se pone en juego la propia vida, como es el caso de la desertión, ya que se lee, o se interpreta, al interior de la grupalidad, de una forma militar, es decir, como una traición, luego entonces, se da “*luz verde*”: sentencia de muerte.

11.1 Las narrativas de control / de represión, del nuevo orden mundial: de las torres gemelas de Nueva York, a las violencias de muerte en las calles de Guatemala.

Los atentados a las torres gemelas en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América, el 11 de septiembre de 2001, reconfiguran las lógicas de lo que se ha dado en llamar, *el nuevo orden mundial*, ya que marca y dibuja, los tonos / los matices, de las políticas de seguridad transnacional que se empiezan a diseñar y a aplicar, no sólo en la Unión Americana, sino que también se llevan a cabo en las naciones dependientes (económica y militarmente del imperio), es decir, en los países de las economías emergentes y subdesarrolladas, especialmente en México y en la región centroamericana (Guatemala, Honduras y El Salvador).

Los discursos y las narrativas que se van construyendo, post guerra fría y post atentados, van encaminados a edificar los imaginarios colectivos con respecto a los nuevos enemigos y a las nuevas amenazas, a ese *nuevo orden mundial*, o en otras palabras; se tipifican a determinados actores / sujetos sociales / agrupamientos: como los que confrontan al Estado (son quienes

supuestamente lo hacen fracasar) y, además, representan un estorbo, o un problema para la puesta en práctica de los proyectos neoliberales, no sólo en los ámbitos de lo económico, sino también en lo cultural. Esos nuevos enemigos de lo público, son básicamente; los terroristas (que pueden ser catalogado así, los movimientos sociales disidentes); los migrantes y sin documentos, -“*los mojados*”-, (delincuentes por el simple hecho del lugar social que ocupan); y, los *pandilleros* / *las maras* (en su carácter de ser actores y sujetos *transnacionales*, -Courtney, 2006-).

En tanto que el Estado Guatemalteco y, su gobierno, están muy debilitados, relativamente en el tiempo social y en los entramados de la historia, por la guerra civil concluida (90s) y, a fin de tener acceso a los apoyos económicos de los norteamericanos y de los organismos multinacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial de Desarrollo (BMD) y, demás instancias, suscriben varios acuerdos internacionales, tendientes a, “*asegurar las fronteras*”, para detener los flujos migratorios, combatir al crimen organizado (el narcotráfico) y, un rubro especial para frenar, o “*atender*”, la problemática de “*las pandillas*”, en tanto que son conceptualizados, por los cuerpos de seguridad norteamericanos, el FBI / la DEA / la CIA; como “*las nuevas mafias*”.

Dado tales escenarios geopolíticos y socio / culturales, más significativos y trascendentales, adquieren sentido, para el gobierno Guatemalteco, -y los países de Honduras y El Salvador-, en el año de 1992 y, los posteriores, diseñar e implementar las estrategias y las políticas de cero tolerancia, a través de los diferentes planes nombrados sutilmente como: “*Plan Escoba*” y “*Plan Aspiradora*”, dirigidos en lo particular para acosar, perseguir, detener y eliminar, a las / los integrantes y, a las / los afiliados, de las adscripciones identitarias del Barrio-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13); a partir del imaginario de considerarlos como sujetos y actores “*desechables*” (Martín-Barbero, 1998).

La manera de nombrar a estos planes tienen una fuerza simbólica y metafórica (Lakoff y Johnson, 1980), muy interesante, ya que el metalenguaje se sitúa en el orden de lo implícito y de lo latente, es decir, tanto la escoba como la aspiradora, son artefactos y accesorios culturales utilizados para barrer la basura de los espacios de la casa / de la calle / de la banqueta / del espacio

público; así como para limpiar y, sustraer todo tipo de desechos materiales orgánicos / inorgánicos, que se encuentren tirados y que por lo común, desagradan a la vista / a “*la mirada*” / a las “*buenas costumbres*”. Si nos atenemos a lo que refiere la teoría lacaniana de que “*el inconsciente está estructurado como un lenguaje*”, ¿será entonces y, en su amplitud, que estamos ante una tendencia y, posicionamiento, -desde el poder en abstracto representado por el Estado y, en lo concreto, ejecutado e instrumentado por las instituciones de seguridad y de implementación de justicia-, de un deseo e imaginario de limpieza social? ¿El acto del deseo se estará retraduciendo en las acciones de asesinatos y en las ejecuciones extrajudiciales que están llevando a cabo los “*escuadrones de la muerte*” contra los indigentes, los miserables, *los pandilleros* y, los de *la mara*, porque con sus estéticas corporales y, presencias identitarias, afean el paisaje público y arruinan los propósitos de los proyectos del neoliberalismo económico y cultural?

A través de uno de los poderes fácticos más poderosos, los medios masivos de comunicación, -los aparatos ideológicos del Estado, decía Althusser-, se fueron construyendo desde los discursos / las narrativas (orales e iconográficas), que circulaban en los noticieros, en los programas especiales, -con todo y sus especialistas- y, en determinados periódicos de la prensa escrita; los climas y las atmósferas (Maffesoli, 1990) del miedo y del pánico social, con respecto a la seguridad / inseguridad ciudadanas y, un enemigo público identificado como los responsables únicos de *los mercados de las violencias y de las muertes*; los *homies* del Barrio 18 (B-18) y la Mara Salvatrucha (MS-13).

Prensa Libre: Guatemala, martes, 28 de marzo de 2006.

Inseguridad. Empresarios de transporte de pasajeros son los más afectados.

Piden hasta Q50 mil en extorsiones

Por Leonardo Cereser.

El acoso delictivo de que son víctimas los trabajadores del transporte público de pasajeros no se limita a las extorsiones de parte de pandilleros, ya que éstos también han tocado a las puertas de las empresas y, según la cantidad de autobuses, así es el monto que exigen.

Estas estrategias políticas / mediáticas, -en cuanto a su uso-, facilitaron los argumentos y la justificación ante la opinión de la gente, para hacer de la

seguridad ciudadana, un producto vendible a los intereses neoliberales, es decir, la seguridad pública se privatizó y constituye uno de los negocios más rentables para una parte de la clase política y económica en el poder, -muy similar con lo que acontece en Honduras y en El Salvador-: florecieron las empresas de seguridad en las que ellos son los principales inversionistas; la venta de armas en los establecimientos autorizados aumentaron; se incrementaron los presupuestos gubernamentales para equipar con tecnología de guerra a los cuerpos de seguridad del Estado y; se depositó en las comunidades y en los comités de defensa del barrio, la responsabilidad individual de protegerse, -comprando seguridad, fortificando sus casa o negocios con alta tecnología de vigilancia-, ante el retroceso del Estado y de sus instituciones de garantizar la integridad social de todos sus ciudadanos, lo cual se traduce, en hacer justicia por propia mano y el incremento de la impunidad.

Esta situación de tomar la justicia, por cuenta propia, ante el hartazgo y la rabia contenida, por las vivencias y las situaciones de violencias y de muerte que se han dado en los barrios y en las colonias; han causado bastante sufrimiento y "*dolor social*" (Arciga y Nateras, 2002) y, ha llevado, a algunas comunidades, a contratar por 50 quetzales, a ex guerrilleros y, a ex militares, a fin de que atrapen, entreguen a las autoridades e incluso, aniquilen / asesinen, a integrantes del B-18, o de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Si hay una sobreexposición o saturamiento discursivo con respecto a considerar a un solo actor como los únicos responsables de las problemáticas en relación a las violencias de muerte, esto implica, por contraparte, que hay algo (o mucho), que no se visibiliza, o que no se muestra (Rosenberg, 2004), es decir, se "*eclipsan*" otras realidades sociales muy fuertes como el galopante desempleo, la mala calidad en el sistema educativo, el trasiego de armas y de drogas, los escandalosos casos de corrupción de una parte de los cuerpos policíacos, de empresarios y de políticos. Aunque lo medular creo, está en que se trata de "*ocultar*" y "*se invisibiliza*", el exterminio / el aniquilamiento, de las y de los jóvenes en lo general y, en específico, con dedicatoria para los afiliados / los miembros de éstas adscripciones identitarias (juveniles) del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), o quizás hay otra forma de enunciarlo, -

como lo referimos especialmente en el caso de Honduras y, por extensión, en El Salvador-, ¿estaremos ante una evidente situación, o una caso de juvenicidio?

12. Los rediseños identitarios: el B-18 y la MS-13.

Es innegable que las políticas de cero tolerancias, con sus respectivos planes, impactaron en las dinámicas internas de éstos agrupamientos y adquirieron otros ritmos y otras modalidades en su funcionamiento / en sus sentidos / en las normas y en las reglas, que delinear sus comportamientos tanto al interior de la *clica* como al exterior del grupo, sin embargo, hay una especie de interjuego entre aquellas cuestiones que aún permanecen y, otras que definitivamente han cambiado, dicho de otra manera, se suceden al mismo tiempo, aunque con marcajes sociales alternados y diferenciados (Ídem, para las *clicas* de El Salvador y de Guatemala; lo cual nos habla de configuraciones transnacionales, -Kearney, 1995-, en sus núcleos y en sus matrices).

Una trayectoria actual, es la reducción numérica de los integrantes de las *clicas*, -muy acorde con lo que sucede en las correspondientes adscripciones en Honduras y El Salvador-, ya que han pasado de ser colectivos muy numerosos de 60 / 120 / 200 afiliados, a convertirse en una especie de células, grupos pequeños de 8 / 12 / 16 / 22 miembros, lo cual implica que están más cohesionados y, por lo tanto, son más fuertes y funcionales con respecto a las acciones y a las actividades que llevan a cabo en las lógicas de “*la paralegalidad*”. De las explicaciones para entender la disminución en la membresía de estas adscripciones hay, por lo menos, varios relatos, *primero*; una gran parte han sido asesinados, *segundo*; otros tantos están privados de la libertad con condenas de 30 / 40 años y que difícilmente van a salir del encierro / de la cárcel; *tercero*; la desertión a la *pandilla*, o a la mara, más que nada, por los integrantes de la primera y, en menor cuantía, de la segunda generación.

A partir de las condiciones de vulnerabilidad cultural y de riesgo social que ha implicado la pertenencia a estos agrupamientos, un aspecto muy interesante, han sido los mecanismos diseñados que delinear las prácticas sociales de los miembros activos para *la autorregulación* en el uso de sustancias, o de drogas. Los consumos se han definido a partir de instaurar una normatividad y determinadas reglas que se traducen en que algunos días

de la semana (dos) y, con horarios establecidos, es viable usar alcohol, marihuana, cocaína, sin embargo, la piedra / “el crack”, están rotundamente prohibidos y, la violación a esta legalidad, es sujeto a castigos muy severos que pueden incluso llevar a cobrar la vida a alguno de sus integrantes, es decir, implicaría la muerte, -orden y decisión con tintes trasnacionales-. Lo delicado de esta situación, se está dando en aquellos miembros quienes tienen serios problemas de adicción, en tanto que los sitúa constantemente en los márgenes y en los límites de consumir a escondidas y, por consiguiente, están en riesgo de ser sancionados.

En tanto que las palabras y las iconografías marcadas en los distintos espacios del cuerpo de los integrantes y de los militantes de las *clicas*, servían a las fuerzas policíacas para identificarlos, apresarlos, e incluso asesinarlos, ahora, la mayoría ya no se ponen tatuajes y, los pocos que lo hacen, eligen determinados lugares no visibles ante la mirada (pública) de “*los otros*”. Entre esos otros, la *pandilla*, o la mara rival y; más aún, las imágenes pintadas en la piel, están descargadas de cualquier simbología de las *clicas*, es decir, “*des simbolizadas*” / “*des significadas*”: en tanto que ya no se están tatuando los nombres de las *clicas* o del barrio, ni tampoco las imágenes de las tumbas en memoria de sus *homies* caídos en las batallas callejeras / urbanas; ni tampoco los números (18) y las letras (MS), que hacen alusión a sus adscripciones identitarias.

Los tatuajes y las escrituras, han sido un elemento de significación de los cuerpos muy potente, a partir de los cuales, se va construyendo una particular historia social al interior de la *clica* correspondiente y, al mismo tiempo, su valor simbólico, representa los espacios de respeto y de prestigio social que se van ganando ante los *homies*, e incluso, para infundir temor y miedo a los rivales, por las acciones y las misiones que se llevaron a cabo a favor de la *clica* o de la mara, a la que se esté afiliado.

En este sentido, si las imágenes ya no dan cuenta de eso, en tanto que están prohibidas por la seguridad y la integridad física del propio agrupamiento, entonces lo que lo suple, son los hechos, los actos y los comportamientos que se realizan, o se ejecutan, los cuales, por lo mismo, tienden a ser más

extremos, peligrosos, difíciles y duros: en los márgenes y, en los umbrales de “lo ilegal”, o de “la para legalidad”.

Joven de 22 años, pandillero activo del Barrio-18 (B-18),¹⁸⁰ se dedica a traficar carros, a reuniones en la iglesia, a jugar futbol, hace grafitis para su *clica* y de lo que pasa en la vida cotidiana, pinta autos, es papá de una niña pequeña y, vive con su “*jaina*”, -su pareja-, ha sido “*baleado*” por los escuadrones de “*limpieza social*” y, por la policía, simplemente por ser miembro del B-18:

Alfredo: El tatuaje ¿qué está pasando con el tatuaje? ese ha sido un signo de identificación para la policía y los cuerpos de limpieza, identifican y entonces los eliminan, o los detienen y los golpean ¿qué está haciendo ahorita la 18 en relación a eso?

Ya no se están tatuando, ya no te puedes tatuar desde aquí, ya no te puedes tatuar aquí, ni la cara.

Alfredo: O, sea la cara ya no te puedes tatuar, ni los brazos, pero ¿sí en otras partes del cuerpo?

*No, ya no te están dejando tatuar, ya no dejan que te tatúes el barrio (...) estás limpio, limpio (...) Con que te vean algo de una *clica*, te están matando, te miran en el barrio, te están matando, en cambio, así te levantan la camisa, ¿no?, puedes decir que no sos nada.*

Alfredo: Ahora, por ejemplo (...) los tatuajes que traes ¿te ponen en riesgo?

Sí, porque por andar con mi familia, me pueden hasta matar.

Alfredo: ¿Quién?, ¿quién te puede hacer daño?

La policía o de la Mara.

Alfredo: ¿Cómo le haces para protegerte si sabes que la policía puede detenerte, o la Mara te puede identificar ¿cómo le haces para protegerte?

Me disfrazo, ando en mi moto, no me visto como cholo, ya no hablo como cholo, ya me visto más formal, ya dejo un personaje atrás, ahora una nueva diferencia, irreconocible más que todo.

He de decir que esta fue otra de las entrevistas más significativas que realice, con altas dosis de tensión y de miedo; ya que me encontraba en una zona densa y peligrosa de la ciudad de Guatemala: “*La Línea del Tren*”, comparto mis Notas del Diario de Campo:

Martes 18 de Nov. / 08

Un día muy significativo, Gustavo Cifuentes, me hizo un recorrido por la zona 1; centro de la ciudad, territorio de la MS, “La Línea del Tren”. Estando con él, no corrí ningún riesgo, aunque me di cuenta de lo peligroso que es el centro, sus calles y demás colonias.

¹⁸⁰ Entrevista realizada en una vecindad, en la cocina, en la zona de la “*Línea del Tren*”, ciudad de Guatemala, 18 de noviembre de 2008.

Iniciamos el recorrido, la impresión que me quedó es que lo conocen (y tiene todos los contactos), de los “indeseables”, los que se ubican en los límites de la para legalidad o la ilegalidad. Estuve en zona de la MS-13 (calle 13), con la indicación, por seguridad, de no tomar fotografías a las pintas de la clicas.

Entramos a la zona de la “Línea del Tren”; es literalmente una vía a ambos lados que tiene una distancia de 6 a 7 metros. Hay hileras de cuartos abiertos donde se ven bastantes prostitutas (servidoras sexuales), con una cama y un mueble a un lado. Algunas están leyendo, otras simplemente esperan al cliente, la mayoría van de minifaldas, no son jóvenes, sino mayores de edad; los visitantes son chavos y gente ya grande, al final de la calle / vía; hay dos camionetas de policía. Gustavo me cuenta que la MS, pide 50 quetzales a cada una de las prostitutas como una especie de renta (el cambio de moneda está a 7.50 quetzales por un dólar americano).

Estando en esa zona de tolerancia y de tráfico de armas, de drogas, de autos robados, sicarios ofertando sus servicios, narcos y el FBI investigando; de repente entramos a una vecindad, entre pasillos y cuartos. Salen una señora y dos niños. Gustavo pregunta por alguien y aparece un muchacho. Me pongo a platicar con él y me pregunta por mis tatuajes. Me entero que es un pandillero activo de la 18 y lo entrevisté. Tiene un poco de desconfianza, lo veo por la actitud de su cuerpo y la mirada retadora e intimidatoria, lo tranquilizo, no pregunto su nombre y de las fotografías, le prometo que su rostro no saldrá.

La mayoría de los integrantes de las clicas, están cada vez más implicados en actividades y en acciones en el orden de lo “ilegal” y, en los circuitos de la “para legalidad”, es decir, en actos que van desde el secuestro, las extorsiones, el trasiego de drogas, -el narcomenudeo-, vendiendo su capacidad de letalidad contratándose a nivel individual como sicarios, (Salazar, 1998; Vallejo, 2002), para el crimen organizado, tráfico de armas, robo de autos, -de lujo, por lo regular-. De ahí también, en una parte, se puede explicar el hecho de que suelen ser más violentos, están mejor armados, actúan con cierta saña e, incluso, rayando en los umbrales de lo sanguinario. Es claro que las lógicas de sentido, se están desplazando o modificando, de la defensa del barrio como anclaje identitario de lugar, por ejemplo, hacía los intereses mercantiles / monetarios, en otras palabras; se mata a alguien por tan sólo, 15 o 20 quetzales, o se llevan a cabo extorsiones, en las cuales se piden cantidades que van desde los 40.000, a los 60.000, quetzales, por lo común, a los pequeños comerciantes, o a los dueños de las líneas de autobuses.

Hay una matriz de sentido / de significación que articula / ordena, la vida social como integrante del B-18, o de la MS-13 y, además, sirve como un

analizador cultural imprescindible, expresado a través de la siguiente frase, “*La Vida Loca*”, la cual se traduce en una imagen tatuada: tres puntos negros; ya sea en el rostro, o en algunas de las manos y, representan, los derroteros, o las trayectorias elementales y cuasi inevitables por las que se van definiendo y se van haciendo los marcajes que signan las diferentes vivencias y las distintas experiencias de estas adscripciones identitarias, a saber: la cárcel, el hospital y el panteón, -la muerte-.

12.1 Los relatos de la muerte.

La muerte, conlleva la acción social, o el acto de matar / de asesinar, circunscrito y anclada, a la historia de una sociedad / de una cultura, como una constante y estrategia para la resolución imaginada, de los conflictos políticos / militares y, un parámetro que da cuenta de las tensiones sociales y de los enfrentamientos entre los diferentes actores y sujetos (sectores / agrupamientos / adscripciones identitarias / grupos de poder). A partir de esta “*cultura*” de la tradición de matar / de asesinar, -“*las culturas de las violencias*”-, (Rosenberger, 2004; Ferrándiz y Feixa, 2005; Carranza, 2005), adquiere cierta especificidad y determinada densidad, en función de ser un *homie* del B-18, o un integrante de la Mara Salvatrucha (MS-13).

La muerte / el matar, es un evento / acontecimiento, que acompaña la vida social de ser un *homie* / de la *mara*; cuyo imaginario estriba en que, “*cuando te toca, te toca*”, que se traduce en la idea, o en el concepto de, “*aunque no se ponga uno*”, te mueres, pero cuando no te toca, “*aunque te pongas*”, no te mueres (sobrevivir a un atentado, o a los plomazos que recibiste), esto se retraduce en los relatos de la finitud de la vida como un acto total y contundente de la existencia humana: algún día, todos nos tenemos que morir, aunque, “*caminando la calle*”, “*ser callejero*”, por lo regular llega más rápido; se le busca / se va a su encuentro.

En tanto que es un suceso inevitable, sin embargo, no se sabe, ni se conoce ¿cuándo? ni tampoco en qué circunstancias se va a dar, de ahí que guarda su tono romántico y de misterio. Y si hay que matar, simplemente se le imagina como un acto que hay que hacer y llevar a cabo de la mejor manera posible. Estamos ante los flujos y los torrentes de las violencias sociales en su amplitud, la acción por la acción misma, en la más descarnada y cruda realidad

de la frialdad de lo instrumental y del pragmatismo fáctico, de lo burdo y de lo absurdo, en el festival y en el carnaval, de la muerte.

El acto de matar, o de asesinar al otro, se ritualiza / se naturaliza, ya que es una actividad común / frecuente y, adquiere un valor simbólico, en función y, en virtud de, ¿a quién se le va a quitar la vida?, es decir, si se trata de un integrante de la *mara* o de la *pandilla* rival, según sea el caso, se enviste de privilegio y de orgullo, en tanto que reditúa para el sujeto que va a realizar la acción, altas dosis de prestigio social y de respeto ante los *homies* de su propia *clica* y, a su vez, infunde temor y bastante miedo, a los demás externos al agrupamiento.

En tanto que la *pandilla*, o la *mara*, en las lógicas de la creación de sentido y de significación, son muy superiores a cualquier creencia religiosa (cristiana / evangélica, o de otro credo), los discursos y las narrativas, “*del no mataras*” / “*no robaras*”, no inhiben la acción, o el acto, es decir, no signan; más aún, se les usa y se les utiliza, como un recurso / una estrategia / un apoyo espiritual / moral, bajo el relato de “*la divinidad*”; tanto para que los proteja / los cuide, “*en la misión*” que van a llevar a cabo, como para que les dé el valor, “*de hacer un buen trabajo*” / “*un trabajito limpio*”, -sin testigos / sin civiles heridos o muertos accidentalmente-, ni tampoco hacer sufrir a la víctima, “*al muertito*”.

Las creencias a la divinidad (Buda / Cristo / La Virgen de Guadalupe / La Virgen María, por ejemplo), se desplazan hacia los santos que se veneran y que son dominantes en una *clica*, ya sea de la MS-13, o del B-18, (San Simón / San Judas Tadeo / La Santa Muerte) y, lo importante, e interesante, es que van favoreciendo la construcción de una serie de mitos y de relatos imaginarios, una vez que se ha matado a alguien, en función de la manera o de la forma en que los cuerpos de los rivales caen o quedan postrados, es decir; si al recibir los impactos de bala, o la ráfaga de metralleta, el cuerpo cae boca abajo, significa que ya murió y no se va a levantar, por lo tanto, el agresor se retira sin vacilar; si los ojos de la víctima se quedan abiertos, se dice que va a regresar por la persona quien lo asesino; si al momento de quitarle la vida a alguien,

abre la mano, implica que su alma, ya le pertenece “*al bato*” que lo mató, “*se la lleva con todo y muertito*”.¹⁸¹

En todo caso, el dilema de matar a alguien, pasa o atraviesa por una encrucijada de la dualidad, -pensamiento dominante del siglo pasado-, escenificada de la siguiente manera; o matas, o te matan, es decir, si es una orden, o una misión que la *clica* correspondiente te asigna, hay que llevarla a cabo, el no hacerlo, simbólicamente representaría debilidad, lo cual no es tolerado y, por consiguiente, se paga con la propia vida: la muerte.

El conflicto y la tensión aparece al límite y al borde, -en los planos de lo afectivo / lo emocional, no en lo religioso-, cuando se da la instrucción de matar y tener que eliminar, o asesinar, a un amigo, a un conocido, a un vecino, a un *homie* de la misma *clica*, *pandilla* o *mara*, e incluso, a un hermano o familiar, - un primo o una prima-, que por lo común, pertenecen o están afiliados a los grupos rivales.

Sergio,¹⁸² *homie* retirado y, uno de los exjefes de la Mara Salvatrucha (MS-13), hace el siguiente relato en extenso:

Alfredo: Déjame hacerte una pregunta impertinente, si deseas no me la contestes, en todo este relato en que ha estado todo el asunto de la violencia, la venganza, tus momentos en los que has estado en la cárcel ¿tú has matado a alguien?

Sí, de hecho es una de las cosas que son lo normal dentro de la pandilla, alguien que no mate es porque realmente no es, es prácticamente el trabajo de uno, matar, ya sea a alguien contrario, porque si no lo haces, igual te matan (...) el día que lo hice fue algo que no estaba fuera de lo normal, porque en el área donde yo me crié, fue en la del conflicto armado, afectó bastante, yo miraba que los guerrilleros y los soldados se disparaban y se mataban, miraba como masacraban a la gente, crecí en un ambiente de ese estilo, entonces, cuando yo lo hice, no fue nada nuevo para mí que yo haya disparado y, yo dije, qué fácil es matar a alguien. Cuando yo maté, una de las experiencias más fuertes que impactó mi vida es que yo tenía en la pandilla, le llamamos los perros, es un hermano que jamás te va a dejar por nada, entonces yo encontré a un chavo así, dormía en su casa, comíamos en su casa, conocí a toda la familia, fumábamos juntos, robábamos, todo lo hacíamos juntos, cuando él tenía misión, lo hacíamos los dos, cuando yo

¹⁸¹ La *clica* de los *cholos*, “*La primera*”, en Ciudad Netzahualcóyotl, Edo, de México, ritualiza la acción de matar a los rivales, a través de una serie de estrategias en el orden de lo imaginado: una vez que matan a alguien, tienen que “*saltar al muerto*”, -brincarlo o patear el cuerpo-, a fin de que su alma no los persiga; o la víctima los tiene que mirar a los ojos en el momento en el que lo van a asesinar, para “*llevárselo completito*”, con todo y espíritu.

¹⁸² Entrevista citada.

tenía, lo hacíamos los dos, la experiencia fuerte fue que cuando él la regó en la pandilla, le dieron tres oportunidades y, en las tres siempre yo ponía la cara por él, lo iba a llamar y le decía, -vení y preséntate- y él, no llegaba, no me daba explicación, sin embargo, de repente me dijeron, -anda, mátalo- entonces fue algo bien fuerte porque nosotros habíamos dicho de que nada nos iba a separar de nuestra amistad, firmes hasta la muerte, sin embargo, si no iba, a mí me mataban, pues lo cité y cuando yo llego a la cantina, estaba tomando, bien vestido, bien flojo, vengo y, lo llamo, -vos vení- y, se me acercó así y, me abrazó y, me dijo, -vos me viniste a ver si, -simón le dije-, pero en eso le saqué la pistola y se la puse aquí verdad y le empecé a disparar y le pegué en la cabeza, en la cara, entonces toda la familia de él me vio cuando yo hice eso y fue una de las experiencias más fuertes que yo viví dentro de la pandilla, fea, honestamente fea.

Este trozo de relato es muy conmovedor y demasiado fuerte, ya que podríamos decir que la *pandilla*, o la mara, no sólo “están por arriba de cualquier creencia religiosa”, sino también, va más allá de los lazos de solidaridad, de amistad y de “*carnalismo*”, que se puedan establecer entre los miembros o los integrantes de la adscripción identitaria que corresponda, dadas ciertas circunstancias específicas y concretas. En ese sentido, se puede leer e interpretar, que toda amenaza que atente en contra del funcionamiento / de las dinámicas internas a la grupalidad, o de sus intereses mercantiles, serán combatidas sin miramientos, incluso se expanden y tocan las fibras más sensibles en la creación de sentido de éstos agrupamientos, e incluso, logran alcanzar y sobrepasar, el imaginario de la “*familia*”, es decir, llegan a tocar las estructuras de parentesco, por ejemplo, cuando la misión consiste en ir a matar a alguien de su propia parentela: el hermano / la hermana / el primo.

Las formas y las maneras que adquiere las violencias de muerte y, la acción de matar, están vinculadas estrechamente a los motivos y a los espacios / a los sitios donde se concretizan, e invariablemente tienen que ver con el despliegue de las relaciones asimétricas de poder (Swartz, Turner y Tuden, 1994) y, con los aspectos simbólicos que esto conlleva (Cohen, 1979; Bourdieu, 2000; Blair, 2005), hacerse visibles, mostrarse y, sobre todo, enviar mensajes / comunicados de fuerza, de valentía y de arrojo, dirigidos en particular, a los contrarios / a los rivales / a los enemigos, -la sociedad, la comunidad, la policía, o la *clíca* rival-, de tal suerte que se entra en las lógicas del escalamiento de las violencias sin puntos, o lugares de retorno, lo que

implica que cada vez más, adquieran las características, o las cualidades de la barbarie, o de la saña. Asimismo, se envisten de situaciones que rayan en lo burdo / lo absurdo / lo insólito; aunque su sustrato o su matriz de significación está anclado al imaginario de “*aniquilar*”, o de “*borrar identitariamente*”, a la adscripción de la grupalidad que corresponda, ya sea como integrante del B-18, o afiliado a la MS-13.

Gustavo Cifuentes, uno de los jefes fundadores del B-18, *homie* “*jubilado*”,¹⁸³ refiere:

Hay hechos de violencia que pretenden mandar un mensaje, por ejemplo, en un velorio de un muchacho de la Mara Salvatrucha, los muchachos de la 18, en pleno acto, fueron a ametrallar la caja, para matarlo dos veces, o en el cementerio, cuando lo están metiendo, le disparan a la caja, o le tiran a la gente, a la familia que está con él, para decir, “está doblemente muerto”, lo matamos vivo y lo matamos ya muerto (...) les quitan la lengua (...) le sacan los ojos, son mensajes que quieren transmitirle a la comunidad, o a la otra pandilla, o a alguien en especial (...) la cuestión es que eso ha pasado en Guatemala, pero cada grupo lo asimila de diferente forma, la 18 y la Mara Salvatrucha, son dos pandillas que son los mismos personajes, pero lo que cambia, a veces, son las normas y los números de los contrarios, pero es la misma gente que han sido amigos por mucho tiempo, sin embargo, son enemigos.

La *venganza*, -las *vendettas* de sangre-, (Evans-Pritchard, 1977), es un articulador y activador cultural que regula las violencias entre las *clicas* antes de que les estallen y, se les salgan de cause y, no sólo va dirigida contra la persona, o el *homie* que cometió el agravio hacia la *pandilla*, o hacia la *mara*, sino que puede extenderse y alcanzar incluso, a cualquiera de los familiares (hermanos / hermanas / primos). Asimismo, se alimenta de una mezcla de sentimientos de odio / de rencor y de coraje que hay que liberar; ejecutando la acción, “*hoy se muere aquel, porque se muere*”.

Por lo común, cuando las *clicas* matan, levantan los cuerpos, van y los tiran en lotes baldíos, en barrancas, o en lugares inhóspitos, a fin de que no los encuentren, de tal suerte que *los degollados* y *los desmembrados* que aparecen por ahí, sin algunas partes, las piernas por ejemplo, no es algo que cometa la *pandilla*, o la *mara*, sino que todo indica que es el crimen organizado.

¹⁸³ Entrevista citada.

En tanto que la *pandilla* y la *mara* son conceptualizadas, por sus propios afiliados, como un ejército, entonces, -decíamos-, la deserción (el salirse de la *clica* / ser disidente), se lee e interpreta como una traición y una violación a una de las reglas de la adscripción identitaria; “*hay entrada, pero no hay salida*”, lo cual implica que tiene sentencia de muerte, “*le encienden la luz verde*”, es decir, va a ser perseguido, no sólo por sus propios *homies*, sino también por la otra *pandilla*, o la *mara* (según sea el caso), incluso por la policía para asesinarlo, “*sacarlo de las calles*”. Otros actos que son considerados como traición, es agarrar armas / robarle los fondos económicos a la *clica*; una más, denunciar / acusar, o delatar a sus *homies* como un mecanismo de autoprotección / por su seguridad, en otras palabras, más coloquiales, “*ser soplón*” / “*un chivato*”.

Con respecto a la mayoría de las *clicas* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13); las reglas y las normas se han rigidizado, tienden a ser muy duras, por lo que “*el pase*”, a fin de salirse de la *clica*, por distintas circunstancias, no se está otorgando más; incluso, en el caso de aquellas “*jainas*”, -mujeres-, que están embarazadas, se les pide que el futuro hijo / hija, sea parte del grupo / de la adscripción identitaria, desde el lugar social de ser “*un soldado*”.

Aquí lo interesante, es preguntarse por los motivos y las razones más profundas que llevan a algunos afiliados a querer salirse del agrupamiento correspondiente, aún y con todos los riesgos que esto implica. *Una* de las rutas o de las trayectorias tienen que ver con las altas dosis de desilusión en función de que se está des significando / se le vacía de sentido, a la adscripción, más que nada, por las nuevas modalidades / cambios y rostros que están adquiriendo las *clicas*, que bien podríamos sintetizar, en el marcaje, del siguiente desplazamiento, -plagado de tensiones y de conflictos que llevan a las pugnas y a las purgas-; de las reivindicaciones sociales / afectivas; a los intereses económicos / mercantiles.

Sergio, ex líder de la MS-13,¹⁸⁴ retirado de la *clica*, comenta:

En el 2003, la pandilla, la clica donde yo pertenecí, empezaba a tomar el método del narcotráfico, nadie quería más gente que liderara, que

¹⁸⁴ Entrevista citada.

tuviere potencial para llegar a altos mandos, cuando yo tomé la decisión de salirme, fue un poco celosa, algunos me dijeron, -nos traicionaste-, yo les dije, ¿por qué?, -porque nos abandonaste y, vos sabes que aquí sólo muerto-, pero la cuestión es que como empezaron a presionar para que yo desistiera del cambio, algunos me ponían pistolas, granadas, eso no era nada nuevo, pero yo les decía, miren muchachos, jálenle a la espoleta, a otro, yo ya estuve muerto, entonces lo que estoy viviendo es ganancia y otros me ponían pistolas, si me van a matar, mátenme, porque yo no quiero estar y la pandilla se fue dando cuenta de que yo me aferré a algo, a un cambio rotundo, yo no me salí de la comunidad, ellos me dijeron que me daban 9 meses para que yo pudiera retornar, si no iban a matarme, sin embargo, no fue mi ilusión regresar y el tiempo ayudó bastante a que ellos lo pudieran ver desde otro punto de vista (...) una de las experiencias más bonitas dentro de la pandilla, es realmente cuando el grupo se aglutinaba y se generaba un término de hermandad, de decir, hay que llevarle a la familia del muchacho que mataron, a pesar de que vivía en un círculo de violencia, se miraban unos factores de solidaridad bien bonitos y, cuando en los mítines, la gente lloraba y lloraba por la pandilla, por dos letras y, lloraba así, amargamente y, eso a uno lo conmovía y se miraba bien bonito.

Aunque prácticamente “el pase”, como mecanismo para salirse de la *clica*, o de la mara, no se está otorgando, hay otras vías, a partir de las cuales, es viable hacerlo, una de ellas, es por la capacidad socio cultural de sobrevivencia a las lógicas de las violencias de la muerte, ya sea que se estuvo varias veces en la cárcel, o por condenas muy largas (10 / 15 años); o porque se salió vivo de los constantes enfrentamientos (a balazos) con todos los otros rivales y enemigos (incluso, las huellas y las cicatrices marcadas en los cuerpos, son la mejor evidencia); estos aspectos y situaciones van delineando un nuevo espacio y un distinto lugar social que implícitamente significa, “*un pase de retiro*”; cuando la edad biológica y social, es más que evidente a los 38, o a los 42, años de edad, es decir, se le “*jubila*” del agrupamiento, en tanto que el imaginario construido por la *clica*, es que se trata de “*un ruco*” / “*un reverendo anciano*”, que ya dio lo que tenía que ofrecer a la *mara*; ya que sus capacidades físicas y mentales, están o van en declive, por lo que difícilmente va a cumplir satisfactoriamente las difíciles y duras misiones que posiblemente se le encargarían.

Este “*pase de jubilación*”, implica de inicio una suerte de reconocimiento y de respeto otorgado (porque se lo ganó) y que conlleva la construcción social de un sitio con funciones y tareas muy definidas que no implican involucrarse

en las lógicas de las violencias, o en las actividades en los circuitos de “*la para legalidad*”, sino que son acciones de solidaridad / de acompañamiento / de ayuda, es decir, se le requiere o se le pide, por ejemplo, que vaya a reconocer los cuerpos de los *homies* caídos / asesinados, a la morgue; o dar “*la cara*” por ellos en la gestión de determinados trámites legales como levantar las actas de defunción, o ante el ministerio público; o ir a visitar a los familiares de éstos chicos y chicas, a fin de informarles de algún acontecimiento, o simplemente, para llevarles dinero, o algún bien material.

12.2 Los privados de libertad.

El encierro, o la cárcel, es un articulador socio cultural que va definiendo las acciones de la pertenencia y de la afiliación como *homie* del B-18, o de la *mara* (MS-13), es decir, por lo regular, los motivos para perder la libertad, son las actividades en los terrenos de lo ilegal o de la para legalidad que se llevan a cabo; *otras* son las secuelas de las estrategias implementadas de las políticas de cero tolerancias que han perseguido y detenido, en bastantes casos, sin ordenes de aprehensión, o de allanamiento de morada y, sin tener las pruebas suficientes para procesarlos de los crímenes que se les achacan; *una más*, se debe a los delitos cometidos, el robo, el asesinato, agresiones, disturbios en la vía pública, intentos fallidos de introducir algunas cosas para sus *clicas* como drogas, armas, o pintura para tatuar y, *a veces*, son acusados, supuestamente, por ser los “*jefes*”, o “*los líderes*”, del grupo correspondiente.

El espacio de la cárcel como tal, es un territorio que lo han ganado los pandilleros y los de la *mara*, en virtud de que actualmente tienen sus propios sitios, o sectores asignados, para evitar los enfrentamientos entre ellos y con los otros residentes como, “*los paisas*”, -los civiles-. Dependiendo de la cárcel de que se trate y de las componendas que se hayan “*adquirido*”, es la forma y la manera en que material y simbólicamente, se vive ahí adentro. Por ejemplo, el vínculo con los guardas o los policías, siempre ha sido conflictivo, tanto en el “*afuera de la cárcel*”, -la calle y el barrio-, como en el “*adentro del encierro*”. Afuera, por lo común, los cuerpos de seguridad, son infiltrados y corrompidos por los *homies*, a cambio de que les provean de información, por 10.000 quetzales, en relación a las órdenes de captura y a los operativos, o “*las redadas*”. Adentro, se negocia con ellos para, “*comprar horas de sol*”, los

permisos, a fin de poder salir a los patios y tener información acerca de los tiempos y de los momentos en los que se van a llevar a cabo cateos y registros en sus celdas.

De igual manera, cuenta el hecho de la jerarquía que se tenga y que se haya ganado al interior del agrupamiento del B-18, o de la MS-13. Por ejemplo, en la cárcel de Juliapa, los *homies*, cuentan con aparatos de DVD, T.V, refrigeradores, aire acondicionado y camas matrimoniales. Además de las condiciones favorables que “*los palabreros*”, -los líderes, o los jefes-, tienen, debido al lugar social que representan, no dejan de ser muy complicado y difícil, ya que en todo momento, son puestos a prueba en su propio comportamiento, en el valor, en el respeto, la hombría, la valentía y la solidaridad que tienen que demostrar como estrategias de la masculinidad (Bourdieu, 2000).

El encierro como espacio, ha fortalecido a las *clicas* de ambas adscripciones identitarias, ya que les ha permitido cohesionarse hacia adentro, además de establecer y de desplegar una serie de vínculos sociales, “*hacía el afuera de la cárcel*”, de tal suerte que la metáfora (Lakoff y Johnson, 1980), que podríamos construir, sería la de una especie de “*cuarteles*” y de “*fortalezas*”, paradójicamente abiertas, plásticas y flexibles, en las que también se deciden muchos asuntos en los circuitos de las relaciones sociales de poder con todos “*los otros*”, como de las actividades y de las acciones que ocurren en los ámbitos de “*lo ilegal*” y de “*la para legalidad*”.

Al mismo tiempo y, en una parte considerable de los *homies*, las vivencias del encierro y, de las circunstancias en las que se le ha experimentado, están re articuladas, siempre, con los acontecimientos que se van dando, “*en el afuera de la cárcel*” y, que implican a los ámbitos, particularmente, de sus familias (esposas / hijos), a parientes (los padres) amigos y conocidos (los más cercanos). Esto conlleva, por lo regular, a que el lugar del encierro, tenga un impacto muy fuerte en “*los privados de la libertad*” que los encamina a procesos de reflexión bastante profundos (espirituales / religiosos) con respecto a lo que han sido las trayectorias de sus biografías individuales construidas colectivamente. De ahí que se activan determinados procesos de reconversión identitaria y se van perfilando decisiones muy

importantes que incluso llegan a plantearse la posibilidad de dejar de pertenecer a la *pandilla*, o a la *mara*.

Las vivencias más crudas que se dan en las cárceles adquieren el formato de las masacres / de los motines y la situación tendió a complicarse aún más, debido al rompimiento del denominado, "*Pacto del Sur*", en el año de 2005, el cual consistía en una tregua de no agresión entre los agrupamientos del B-18 y, de los integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13), de tal suerte que las lógicas de las violencias y de la muerte que se escenifican en los espacios de la calle y del barrio, tendieron a re articularse y, a recrearse, en los territorios, "*del adentro del encierro*", causando de nueva cuenta, sucesos de mortandad con todo y sus estelas de barbarie y de saña.

Elin Ranum,¹⁸⁵ investigadora que ha trabajado las *pandillas* y las *maras*, en el Triángulo del Norte Centroamericano, comenta el caso de Guatemala, en relación a las violencias:

Lo del pacto fue en Guatemala, se rompió esa tregua (...) lo que paso con el encarcelamiento de los jóvenes es que lo que se traía de las calles, se traslada en los centros penales, eso ha sido facilitado por un sistema que no tiene control sobre lo que debe de tener control, ni si quiera hay una ley penitenciaria, no hay un marco legal que dicte el funcionamiento de los centros penales en sí, es gravísimo, luego también hay un problema muy grande de corrupción porque se logran entrar muchas cosas adentro de los centros penales, consumen drogas y también la actitud adentro, después del rompimiento de este pacto en el 2005, para un "18", un MS-13, siempre va a seguir siendo su enemigo, lo que pasa es muy grave, el tema de la agresión por parte de la policía, de nuestros actores en la sociedad, genera más necesidad de fortalecerte como grupo.

Los enfrentamientos que se han dado al interior de las cárceles con lujo de violencia y con características de teatralidad, es decir, de festival o de carnaval (por lo que connota en su pornografía y en sus excesos), se juegan fundamentalmente, en las relaciones sociales de poder (Balandier, 1994), ya que se trata, entre otras cuestiones, de demostrar siempre más que, "*los otros*" / los contrarios / los rivales, como una manera simbólica (Cohen, 1979), de reafirmarse a sí mismo, de inicio, en las cualidades o en las estrategias de las masculinidades; la valentía, el arrojo, lo temerario (Bourdieu, 2000) y, en segundo término, en lo que atañe, en "*poner en alto*" al barrio, "*poner firmes*" a

¹⁸⁵ Entrevista citada.

la *clica*, en otras palabras, posicionarla en un lugar de poder (Swartz, Turner y Tuden, 1994).

Periódico El PAIS, 21 de septiembre de 2005.

AGENCIAS GUATEMALA.

El asalto de pandilleros a un correccional guatemalteco deja 14 muertos y 10 heridos.

Los agresores armados con granadas y fusiles, degüellan a dos miembros de una banda rival.

Un nuevo enfrentamiento entre pandillas guatemaltecas se saldó la noche del lunes con la muerte de al menos 14 internos de un centro para menores, donde miembros de la mara Salvatrucha aprovecharon la poca seguridad de la prisión para asaltar y atentar a quemarropa contra sus rivales de la mara 18. Diez internos eran atendidos con heridas de gravedad, mientras las autoridades buscaban aún la cabeza de uno de los cuerpos degollados. Los enfrentamientos entre pandilleros en centros correccionales han provocado unas 53 muertes en los últimos 35 días.

La *crueledad y la saña*, por lo común, se incrustan en los espacios del encierro (las cárceles) y, tienen que ver con las estrategias, los mecanismos sofisticados y las herramientas que se utilizan, no sólo para matar a alguien, sino que por las características de estar en prisión, hay que desaparecer los cuerpos; una de las vías, o de las maneras, es descuartizarlos, convertirlos en pedazos / pedacitos, para posteriormente meterlos o tirarlos por las alcantarillas de los baños, o de las coladeras.

Uno de los casos más cruentos, paradigmáticos y con una fuerza simbólica, no vista antes, se dio en la cárcel conocida como “*El Pavoncito*”, ya que instaura determinadas formas y maneras de matar / de aniquilar, a “*los otros*”, distintos y diferentes a la adscripción identitaria de pertenencia:

Gustavo Cifuentes,¹⁸⁶ uno de los fundadores de la pandilla del B-18, lo relata de esta manera:

Han creado planes como el “plan aspiradora”, creo que en el 2002 y saturó una cárcel de acá que se llama Pavoncito. Esta cárcel llegó a albergar aproximadamente 2,500 pandilleros que a su vez se amotinaron, hubo 30 muertes y, el primer degollado, en la prisión fue en esta situación (...) Ese plan estaba encaminado a limpiar los parques y los barrios de estos grupos de jóvenes, entonces, las capturas eran masivas y todos los pandilleros de las dos pandillas los llevaban para Pavoncito. Esto saturó la cárcel y, habían los reos comunes, que son denominados paisas y cuando los pandilleros llegaron a triplicar el número de los paisas, se generó un motín, los paisas estaban en una habitación, aquí le llaman sectores, ellos abrieron un hoyo y

¹⁸⁶ Entrevista citada.

le quitaron la cabeza a varios de sus miembros, luego los colocaron en unas estacas y se presentaron en la televisión para que vieran los difuntos.

Alfredo: ¿Tú como ves esos actos?, ahí hay digámosle, por decirlo de una forma, exceso de violencia, ¿Por qué se da esta situación?

se da como una competencia de quién hacía los actos más violentos, porque los muchachos de una pandilla, la MS, le quitaron la cabeza a uno de los líderes de los paisas, uno de los jefes del sector y, vino uno de la 18 y, le arrancó el corazón, en muestra de que ellos eran más valientes. Entonces, los actos cada vez iban degenerándose más, pero agrandando la manera en la que ellos pudieran visibilizarse como ellos querían verse.

12.3 Relaciones peligrosas: crimen organizado / ejecuciones extrajudiciales.

Con respecto a los vínculos entre las *clicas* del B-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), con el crimen organizado (narcotráfico / sicariato / trasiego de armas / secuestro / robo de autos / tráfico de humanos); todo indica que por la manera en que se han configurado socio culturalmente, difícilmente se puede decir que están cooptados o infiltrados, es decir, sus mecanismos de decisión, “*la rueda*”, son colectivos, todos participan, por lo que se contraponen a las estructuras de los cárteles de las drogas, en tanto implicaría someterse a las decisiones de ellos, lo cual no se tolera o se acepta que allá “*batos*”, por arriba de ellos y, con más poder de decisión que cualquiera de los *homies*, e incluso de “*los palabreros*”, -los líderes-. (La misma configuración de sentido que las *clicas* de Honduras y El Salvador).

Lo que ha sucedido es que a manera individual, prestan / venden, sus servicios al crimen organizado y, la forma en la que les pagan, no es sólo a través del dinero, sino que es en especie, es decir, con armas como las famosas AK-47 (rusas), o las M-16 (norteamericanas), que en el mercado negro se cotizan más o menos en unos 5000 dólares y, por lo común, un pandillero recibe al mes, o tiene ingresos, por unos 2000 quetzales. Por lo tanto, está sería una de las razones a partir de las cuales se explica que tengan un armamento tan letal, las otras vías; también las compran, ya que últimamente las *clicas* manejan bastante dinero; ya sea a los policías, a los militares, a los ex guerrilleros, o en el mercado negro (en las zonas fronterizas, o en la “*Línea del Tren*”).

Quizás uno de los sucesos y de los acontecimientos más complejos, sean las combinaciones y las mezclas que se están dando entre las ejecuciones extrajudiciales, la actuación de los temibles grupos de “*limpieza*

social”, la presencia de los “*escuadrones de la muerte*” y los sicarios que son contratados para matar por encargo (Salazar, 1998; Vallejo, 2002); todos ellos, son los actores más protagónicos en *el mercado de las violencias y de las muertes*.

Las ejecuciones extrajudiciales, siguen el patrón o el formato de ser decisiones que se toman desde las estructuras o los sistemas paralelos que están incrustados en determinadas instancias del gobierno, por ejemplo, en algunas áreas de procuración de justicia, o de los cuerpos de seguridad del Estado y, se rigen por el imaginario colectivo de “*hacer justicia por su propia cuenta*”, es decir, por lo común, quienes llevan a cabo la acción (ex militares / ex guerrilleros, o policías), son contratados por ciertos empresarios, comerciantes, la propia comunidad, e incluso políticos, a fin de eliminar y, desaparecer de la faz de la tierra, en lo principal, a los integrantes de las *clicas*; ya sea del B-18, o de la MS-13, sujetos “*desechables*” (Martín-Barbero, 1998).

Estas ejecuciones extrajudiciales por lo común son responsabilidad de los “*escuadrones de la muerte*”, o “*de la limpieza social*”, en el entendido de que imaginan que con sus acciones de ir asesinando a aquellos actores que están situados en los entretejidos de las tramas sociales de las violencias y de la muerte, supuestamente contribuyen a solucionar el conflicto, pensamiento ingenuo, sin duda, aunque muy peligroso. Aquí lo interesante es visibilizar el elemento simbólico de éstos actos, es decir, están investidos de discriminación social, e incluso de racismo, ya que en una gran cantidad de los cuerpos, en particular, de integrantes de la pandilla del B-18 y de la Mara Salvatrucha (MS-13); son intervenidos a través de la escritura / dejarles mensajes con plumones, o en pedazos de papel pegados, del tipo: “*los vamos a acabar a todos*”, “*para que aprendan*”, “*dedíquense a otra cosa*”, “*basura*”.

Elin Ranum:¹⁸⁷

En el caso guatemalteco, hay bastantes pruebas, no hay ninguna duda que existen, que han estado operando (...) ha habido estructuras dentro de las policías que son más visibles dentro del ministerio de gobernación anterior, esto fue revelado hace como un año y medio (...) tengo entendido que han hecho depuraciones con el cambio total en el ministerio, pero siguen habiendo policías, ahí si no tengo dudas, han bajado mucho las detenciones vinculadas con pandillas, sin embargo,

¹⁸⁷ Entrevista citada.

eso no significa que ya no hay el problema de detención, se da de otra forma, por ejemplo, a través de ejecuciones, asesinatos, porque sí se han incrementado el número de jóvenes que se han encontrado con signos de tortura, con manos atadas, con mensajes en el cuerpo, digamos que hay lugares bastante famosos en Guatemala donde se tiran los cadáveres. Son lugares fuera de la Capital, uno es un barranco, además, hay un sistema paralelo, al sistema oficial, al judicial que esta encargándose de los jóvenes, de hacer la justicia, eso también es muy preocupante porque no hay un Estado que cumpla con sus funciones, hay un sistema paralelo que lo hace (...) el porcentaje de homicidios que son producidos es mínimo y hay un sistema público que no es capaz de castigar el delito y deja en impunidad y eso es un fracaso del Estado, de incumplir con su papel (...) hay algunos informes que relatan cómo dejan recados para generar más miedo, también las pandillas han aumentado sus agresiones contra la población en general y la población con mucha razón está cansada de los pandilleros pero no podemos justificar que llegue hasta esos extremos y también se cae en un conflicto de intereses entre las pandillas y los criminales.

Un aspecto a resaltar del anterior testimonio, es lo relacionado a la situación del Estado de Derecho, que al parecer no hay tal, es decir, no aparece en el cumplimiento de una de sus funciones trascendentales que le dan sentido: la procuración de justicia y de seguridad para los ciudadanos; sus instituciones están muy debilitadas por los altos niveles de corrupción, e incluso infiltradas por el crimen organizado (el narcotráfico). Acontecimientos que conllevan el hecho de ser permanentemente confrontado e interpelado por diferentes actores sociales quienes le disputan su legitimidad y su legalidad, en los márgenes de lo “*ilegal*” y de “*la para legalidad*”.

Marco Antonio,¹⁸⁸ director del Grupo Ceiba, profesor de escuela, licenciado en pedagogía de la educación, profesorado en educación y Máster en diseño curricular; tiene más de 20 años de experiencia trabajando con jóvenes en zonas marginales (pandillas / maras) y; la propuesta de trabajo de la institución que dirige es educativa, centrada en la construcción del sentido de la vida y en el tema de re silencias, reflexiona lo siguiente:

En la medida que el chavo se incruste menos al crimen organizado y al narcotráfico, va a ser más fácil salir (...) sí hay chavos que va a ser muy difícil que los saquemos, han probado la droga, la plata, se han despersonalizado en el crimen y en el asesinato, han perdido la

¹⁸⁸ Entrevista realizada en las oficinas de CEIBA, 17 de noviembre, 2008, Ciudad de Guatemala.

sensibilidad por la sociedad, por la vida y viven hoy pegados a la simple dinámica de sobrevivir en nuestro hoy y ya.

Estos chavos son más difíciles, algunos han regresado y te diría; un ochenta por ciento me los han asesinado, los últimos dos que me mataron, "el chuky", estuvo en tráfico, secuestros de chavas, analfabeto, pero pintaba muy lindo y empezó a llegar al centro a quedarse y encontró una vocación muy fuerte en enseñarle a pintar a los niños, eso le cambio la vida (...) son cosas tan elementales para unos pero tan profundas para otros (...) este chavo ya no le dio tiempo (...) empezó y de repente un grupo de limpieza social lo encontró, de plano lo venía buscando desde hace rato y una tarde de esas lo mató.

El otro es "el Conde", dieciséis ingresos en prisión, la última vez que estuvo fue jefe de sector, un escopetazo aquí, tenía toda una costura de aquí por acá, un chico bueno de verdad, porque cuando tú los ves a ellos, son unos niños (...) consumía crack, tráfico de armas, drogas y extorsión y, empezó conmigo aquí a trabajar, a estudiar (...) tiene un rosario aquí, es el más recio de todos (...) buenísimo, muy capaz, le di el trabajo de motorista, andar en la moto, dejando correos, era de él, era legal (...) son chavos que si se salen, por Dios que el mal los persigue, tenía tantos problemas, trabajaba y, arregló sus papeles, su licencia y su moto, pero salía del barrio y había un policía de tránsito que siempre lo esperaba para cobrarle una multa de lo que fuera y entonces lo tenía a madres, porque todos los días, tenía que buscar como irse más lejos para que el policía no le sacara la renta (...) lo mandé al banco a dejar dinero en efectivo y nunca se lo robó, o sea, con una lealtad y lo encontró su amigo y entonces lo empezó a cagar otra vez y se nos desapareció como cuatro días y, un día apareció, pero yo no estaba y en ese momento nadie logró agarrarlo para decir -¿quédate aquí? ¿qué te pasó?- (...) a los dos días lo asesinaron en un cruce (...) al Conde le echamos muchas ganas y al final se nos fue de las manos, yo creo que a veces siempre me pongo a pensar que si yo hubiese estado en ese momento cuando él vino, tal vez no lo hubieran matado, me entra un poco el mesianismo (...) han sufrido tanto que al final dice uno, ¡puta!, que vida he tenido yo y, estos qué jodidos están (...) al chavo, la policía lo perseguía, lo chingaban, lo paraban en cualquier lado y al final lo mataron en un cruce de semáforo.

En los entramados socio culturales de lo que hemos denominado como *el mercado de las violencias y de las muertes*, en su teatralidad (Balandier, 1994) y puesta en escena, en formatos de festival / de carnaval / de *performatividad* (Butler, 2002), las adscripciones identitarias de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), solamente son uno más de los actores en su ejercicio, aunque no los que tienen el lugar más protagónico como es el caso del crimen organizado en sus diferentes tonos y rostros como el narcotráfico, solo por mencionar esta veta.

Más aún, estas *clicas* actualmente son más objeto de las violencia y de la muerte, es decir, la padecen, por sobre el hecho de que sean sujetos de, en otras palabras, cuando la ejercen (Esto también se da en Honduras y en El Salvador). Al mismo tiempo, al emplearse a manera individual / personal y, no como adscripción identitaria, reproducen doblemente su lugar de *explotados* y de excluidos socialmente (Saraví, 2004, 2009), en virtud de que el pago que reciben es el más ínfimo con respecto a los demás “*profesionales de las violencias*” (Tilly, 2003), como los sicarios (Salazar, 1998; Vallejo, 2002), los ex militares, los ex guerrilleros, o demás fuerzas entrenadas para matar y aniquilar, que cobran lo triple o lo quíntuple.

Aún con las variantes y las transformaciones que están sufriendo estas adscripciones identitarias en sus dinámicas y en sus funcionamientos internos; de las trayectorias y de los desplazamientos que van en el imaginario de alcanzar ciertas nivelaciones sociales hacia los intereses mercantiles / monetarios; su centralidad es política, ya que siguen siendo agrupamientos, - considerando la dimensión de análisis de las generaciones, todavía la segunda y la tercera, de reivindicación social, ante las inequidades y las desigualdades que han padecido durante años, acrecentadas por la crisis de la modernidad y la puesta en marcha de los proyectos neoliberales a nivel económico y cultural que los han colocado y situado en los márgenes y en los límites (Valenzuela, 2007) de la sobrevivencia cultural (entre la vida y la muerte).

Notas de mi Diario de Campo.

Sábado 22 / Nov / 08.

Sigo cansado y agotado; aún estoy elaborando la vivencia del día de ayer con la clica de la 18 (Municipio de San Salvador).

Me duele el cuerpo, tengo insomnio (trastornos del sueño dirían los psicólogos): estoy despertando a las 3:45 / 4:30 de la mañana.

Creo que así como ya llegué al satura miento teórico / metodológico en mis entrevistas, recorridos y fotografías, de igual manera, ya estoy saturado, un poco fastidiado y deseo regresar a mi país, ver a mis queridas hijas, -las extraño enormemente-, a mis padres, -máxime de que mi madre está delicada de salud y mi padre no anda del todo bien-, a mis colegas / mis amigos / los conocidos y, a mi querida novia.

A fin de descansar fui por la tarde a Puerto Libertad (al mar). Encontré un hotel modesto y aquí pasaré la noche. Me trajo el motorista / chofer, Don Carlos, al cual le tengo todas las confianzas: le platico algunas cuestiones de mi trabajo, le consulto cosas y lo más importante es que le hago caso.

Camino por mi entrañable playa (lo universal) y veo placasos de la 18 (y como llevo un antropólogo incorporado dentro de mí), regreso por mi cámara y tomo fotografías.

Por la noche platico con el guardia del lugar, ex militar que ahora se emplea de custodio (trae una escopeta), un tío muy lúcido y con sensibilidad social. Me habla de la guerra y de las barbaries cometidas por ambas partes, estoy tan vulnerable que no aguanto su relato. Me despido y voy a dormir. De inicio no podía conciliar el sueño, hasta después dormí, cargaba con una pesadez en la nuca y en el cerebro (ha sido demasiado lo de las violencias y las muertes).

Sábado 30 / Nov / 08.

Despierto temprano, cerca de las seis de la mañana, dormí soñando con la clica, descanse algo, aunque me sigue doliendo el cuerpo (específicamente la espalda / los hombros).

Domingo 31 / Nov / 08.

No dormí bien, ni tampoco descansé, es más, me duele la cabeza, junto con todos mis achaques acumulados. Desperté a la 1:15 de la madrugada. Traté de dormir, no lo logré y me levanté a las 4:45 de la mañana a escribir.

Tuve un sueño muy denso: con la clica 18, lleno de imágenes de la vivencia y experiencia de la tarde del día de ayer sábado.

Mi rostro refleja de nueva cuenta el desgaste y el agotamiento: me siento como un borrachín: sólo basta un trago para estar embriagado, algo así, sólo basta volver a las realidades y a los relatos de las violencias y de las muertes, a fin de que me entre el cansancio, el marcaje en el cuerpo y estar emocionalmente inquieto (ya no es miedo), sino algo de angustia, es decir, siguiendo a los pisco sociólogos: la representación imaginaria de lo real de las violencias y la muerte, me ha traspasado y se me ha encarnado (mis sujetos y objetos de estudio, me han atrapado).

Lunes 1 / Diciembre / 08.

Es tiempo de regresar a casa a mi país. Estaré terminando de despedirme. En la mañana trabajé el Cd con las fotografías de la clica de la 18 del trabajo de campo del sábado pasado. Tal material lo dejé encargado en la casa de huéspedes de la UCA, a entregar a Roxana Martel.

Tomé todas las medidas de seguridad, hablé claramente con el joven que me estuvo ayudando y borramos todo el material, fotografías y entrevistas de las computadoras que utilizamos.

Salgo puntual al Aeropuerto. En el camino mi memoria va haciendo un recuento de escenas, imágenes y sucesos durante mi estancia (tipo flashazos). Documento sin problemas, el vuelo -para seguir con el tono de las sensibilidades- con demasiadas turbulencias, tan sólo pedí dos whiskies.

El anuncio de Bienvenidos al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, me llenó de gozo y de alegría.

El viaje, -la estancia-, ha terminado.

1



2



3



4

Distintos cuerpos de seguridad del Estado, El Salvador. Fotografía 1: 16 / 11 / 2008. Fotografía 2 y 3: 23 / 11 / 2008. Fotografía 4: 19 / 10 / 2008.

CAP. VIII.

Discusión (a manera de conclusiones).

Este apartado de discusión, en formato de conclusiones, pretende abrir la posibilidad teórica / metodológica, de llevar a cabo ciertos marcajes y puntualizaciones, e incluso imaginar algunas rutas o trayectorias en la reflexión antropológica, desde lugares, -flexibles / plásticos-, que nos conduzcan a seguir problematizando lo que libremente hemos denominado como *el mercado de las violencias y de la muerte*, en su puesta en la escena cultural, o en su teatralidad, a partir de los distintos actores sociales implicados más significativos como lo son los agrupamientos de los *homies* del Barrio 8 (18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), en su cualidad trasnacional.

La primera cuestión, a preguntar e interrogar, es por la idea del Estado-nación, de sus sentidos y de sus significados, en épocas de crisis de la modernidad, máxime por el debilitamiento en el que se encuentra y el vaciamiento de su lugar y de su función como benefactor y mediador de las tensiones y de los conflictos socio culturales. Sostenemos que el Estado se acerca más a la imagen de constituirse en un no-Estado; desdibujado / borrándose y, cuestionado constantemente en su legitimidad y, en su legalidad por distintos actores, entre ellos, el crimen organizado (el narcotráfico), en cuanto a la procuración de una de sus tareas esenciales como es la de justicia (social), la salvaguarda de la seguridad pública de la ciudadanía, por referirnos tan sólo, a éstas responsabilidades irrenunciables.

En un plano similar, aunque en otras coordenadas, habría que considerar el requerimiento o la necesidad de que concurren varias *miradas* disciplinares (lo transdisciplinar) que se estarían desplegando desde los umbrales y desde las fronteras; ya sea geo política, psico política y de la antropología política (sus articulaciones); cuya centralidad estaría en analizar a profundidad las relaciones sociales asimétricas de poder, situando a los distintos actores de las tramas de las violencias y de la muerte; en lo principal: al Estado y sus instancias; a los *mass media*; a las adscripciones identitarias de los *homies* del Barrio (18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13); a los actores emergentes como el crimen organizado en su vertiente de narcotráfico; a las fuerzas extrajudiciales que están actuando, es decir, a “*los escuadrones de la*

muerte” y “*de la limpieza social*” y; a la comunidad donde habitan tales agrupamientos, junto con las Organizaciones de la Sociedad Civil y los académicos e investigadores.

En segundo término, es innegable que los contextos; sociales, económicos, políticos y culturales; devienen en claves interpretativas (hermenéuticas), -una especie de matrices de significación-, que posibilitan una mejor comprensión de los acontecimientos, de los sucesos y de los actores; ya que ubican y sitúan en el espacio social y en el tiempo histórico.

En este caso, por ejemplo, un hecho que adquirió la cualidad de lo paradigmático, fue la guerra civil y los diferentes conflictos políticos y armados que se dieron principalmente en la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (El Salvador, Guatemala y Honduras), en la década de los 80s, aunque habría que decir que en cada uno de éstos países, se dieron sus particulares ritmos, tonos y tesituras, sin embargo, son notorias ciertas similitudes, tan sólo por mencionar algunas; los procesos de los flujos migratorios a finales de los años setentas, en los ochentas e, incluso, a principios de los 90s, -en lo particular de niños y de jóvenes-; las deportaciones masivas, de los 90s en adelante y; de la aplicación, en sus momentos y, en sus tiempos, de las leyes de cero tolerancias y de los planes de Mano Dura / Ley Antimaras.

A partir de éstos escenarios complejos de conflicto político y de guerra entre los ejércitos regulares de los países correspondientes y las guerrillas respectivas, los disidentes políticos y los diferentes movimientos sociales que se estaban gestando (los estudiantiles / el campesinado); se acrecientan los procesos migratorios forzosos como estrategias familiares, fundamentalmente, a fin de proteger a los niños / a los adolescentes y, a los jóvenes, para no ser reclutados, ni por los ejércitos, ni por los guerrilleros, es decir, evitar en lo posible que murieran, de tal suerte que son enviados a través de los flujos migratorios, por lo común, hacía los Estados Unidos de Norteamérica (Los Ángeles California), -la patria de llegada-, lo cual no implicó que perdieran los vínculos sociales y culturales con sus patrias de origen; ya que devinieron en comunidades o en sujetos (jóvenes) *trasmacionales*.

La configuración de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13); se llevó a cabo en la patria de llegada, es decir, en los Estados Unidos de América, como una estrategia de adscripción identitaria, a fin de sobrevivir culturalmente, en un país que los discrimina / excluye y; además, para hacer frente a los otros agrupamientos identitarios que ya estaban asentados de tiempo atrás en territorio norteamericano. Principalmente la construcción se hace a partir de los micro grupos denominados *clicas* y, en el caso del B-18, incorporan de los cholos mexicanos; su rostro, las estéticas y los artefactos / los accesorios culturales y; la mara (MS-13), se edifican desde los referentes de las identidades nacionales y se autodenominan como “*los verdaderos salvadoreños*” / “*los auténticos salvadoreños*” / “*100% salvadoreños*”.

Otro de los acontecimientos paradigmáticos, fue la firma de los acuerdos de Paz, celebrados en el Castillo de Chapultepec, México, gestionados por el gobierno francés y el mexicano en 1992; que daba por finalizada la guerra civil en la región del Triángulo del Norte Centroamericano, en especial, en El Salvador. Situación que vuelve a reconfigurar las relaciones sociales asimétricas de poder entre los principales actores implicados: el ejército, la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y, asimismo, una parte de la jerarquía católica en la vertiente de los jesuitas y de los teólogos de la liberación.

Los Estados tienen que enfrentar el hecho de reconstruir el país y de empezar a fortalecer las instituciones democráticas, como por ejemplo, las de procuración de justicia y dismantelar las estructuras de represión que estuvieron operando durante la etapa del conflicto político y armado; situaciones que los gobiernos conservadores y de ultraderecha que condujeron los destinos de sus países, por lo menos, en los 15 años posterior al conflicto, no lograron llevar a cabo, por el contrario, terminan sus gestiones, -en el caso de El Salvador, en 2009-, totalmente deslegitimizados, penetrados por el crimen organizado, con altos índices de corrupción y, lo más delicado, sus acciones se dirimen en los territorios de la “*para legalidad*”.

A partir de la firma de los acuerdos de Paz en 1992; el gobierno norteamericano empieza a deportar a los centroamericanos a sus patrias de

origen (Guatemala, El Salvador y Honduras); en particular, a las y los jóvenes integrantes del Barrio 18 (B-18) y a miembros de la Mara Salvatrucha (MS-13); lo cual influye en el rediseño de los agrupamientos identitarios de los jóvenes locales y, lo más significativo, aparece un nuevo actor social que poco a poco se visibiliza en el espacio público de la calle, del barrio, de la comunidad y circulando la ciudad, en otras palabras, se va edificando una “*cultura del ser de la pandilla o de la mara*”, con prácticas sociales y expresiones culturales muy específicas y definidas que abiertamente marcaban una diferencia con respecto a otro tipo de adscripciones identitarias juveniles (los “*rockeros*”, los “*heavy metaleros*”, por ejemplo).

Podríamos caracterizar al período que va del año de 1992 al 2002, -diez años-, como el tiempo social en el que este tipo de adscripciones identitarias (juveniles), los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), dejan en claro que su centralidad estriba en una suerte de interpelación al Estado y a sus instituciones, tipo *agrupamientos en resistencia / minorías activas*; ante los procesos de la exclusión social recrudescidos por los ajustes estructurales que se llevaron a cabo en la mayoría de los países de América Latina, es decir, la implementación de los proyectos neoliberales, tanto a nivel económico como en los ámbitos culturales.

Estos agrupamientos, en su núcleo originario, utilizan las violencias como mecanismo y, sobre todo, una suerte de vía imaginada, a partir de la cual intentan, en su amplitud, hacer las nivelaciones sociales que los favorezcan, es decir, apuntan a reducir las inequidades y las desigualdades sociales, ante un Estado y sus instituciones, vacías de sentido / de significado; ya que han fracasado en proporcionarles los mínimos satisfactores materiales (trabajo / educación / salud / recreación) como simbólicos (respeto / solidaridad / seguridad / tolerancia).

Los atentados a las torres gemelas en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de Norte América, en el año de 2001; es uno de los marcajes y de los puntos de inflexión que vuelven a cambiar las relaciones sociales asimétricas de poder, en épocas de post guerra fría y, conllevan a la construcción de los discursos, de las narrativas y de los imaginarios colectivos desde el “*nuevo orden mundial*”. Para ello, se sitúan varios enemigos emergentes para la paz

social, la seguridad internacional / la nacional / la local; materializados en los actores y en los sujetos como *los movimientos sociales* (se criminaliza el malestar social); *los migrantes* (se globaliza el capital pero no así la mano de obra); *los pobres* (son amenazantes ya que “*invaden*” a los países del primer mundo); *los terroristas* (cualquiera puede ser nombrado como tal) y; las “*pandillas trasnacionales*” (supuestamente la nueva mafia, según el FBI), en lo particular, las centroamericanas; la del Barrio-18 (B-18) y la Mara Salvatrucha (MS-13), en El Salvador, Honduras y Guatemala (quienes desde la lectura del poder, son los que hacen fracasar al Estado y a sus instituciones, por lo tanto, hay que deshacerse de ellos, es decir, eliminarlos o aniquilarlos).

El factor político del B-18 y de la MS-13, corre a través de varias vertientes, *una*; la construcción de narrativas y de discursos de la seguridad / la inseguridad ciudadanas como el problema de los países y cuyo único responsable, se ubica a estas adscripciones identitarias (juveniles), lo cual lleva a utilizar a los *mass media*, para la edificación del miedo y del pánico social en torno a “*la demonización*” de los integrantes de éstos agrupamientos, *dos*; el uso electoral de la violencia, anclada al B-18 y a la MS-13, que *eclipsan* otras problemáticas más urgentes y posibilitan la llegada al poder de los gobiernos conservadores muy ligados a la jerarquía católica, quienes ejecutan una serie de planes y de programas represivos de cero tolerancias siguiendo los dictámenes marcados por los Estados Unidos de América, contra estos nuevos “*emisarios del mal*”.

Ante este panorama, el Estado declina de una de sus funciones centrales en torno a garantizar la integridad de sus ciudadanos, por lo que la seguridad pública se privatiza, lo que genera una rentabilidad política con respecto al negocio que implica *el mercado de las violencias y de la muerte*; ya que la gente compra “*garantía*”; las empresas del ramo crecen / florecen; las armerías aumentan sus ganancias y; el material bélico sube de precio, es decir, “*el miedo y el pánico social también vende*”. Lo interesante del caso es que los principales inversionistas y dueños de los negocios, son los mismos que gestionan estas políticas de represión y de control; una parte de los políticos, ciertos ministros encargados de la seguridad, los jefes nacionales de las policías y pequeños empresarios.

La implementación de los programas de cero tolerancia (2002-2003, en adelante), de los diversos planes de Mano Dura y, de la Ley Antimaras, junto con otros artificios legales, *criminalizaron* la condición juvenil en lo general y, en lo particular, se desata el acoso, la persecución, la detención, el encarcelamiento y el asesinato de una cantidad considerable de integrantes de estas adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13. Se da una constante violación a los Derechos Humanos, no sólo de estos chicos y chicas, sino que impacta a los familiares, a los vecinos de las comunidades donde habitan, a los conocidos y a los amigos; generando dolor y bastante malestar social. Al mismo tiempo, ante semejantes arbitrariedades, se da una confrontación entre los distintos poderes de la nación: el ejecutivo (el presidente de la República) y el judicial (los ministros de justicia).

Ligado con lo anterior, hay un trastrocamiento importante en términos de que tales agrupamientos (juveniles), pasan primordialmente de ser, *sujetos* de violencia, -ejercerla-, ya que ha disminuido considerablemente su participación en estos hechos-; a convertirse en *objetos* de (padecerla); debido entre otras consideraciones, a que emergen y se hacen visibles otros actores, -que ya estaban ahí-, como protagonistas principales en *el mercado de las violencias y de la muerte*: el crimen organizado, en su versión de narcotráfico, secuestro, tráfico de armas y de personas; “*los escuadrones de la muerte*” que llevan a cabo ejecuciones extrajudiciales en particular contra el B-18 y la MS-13 y; los “*escuadrones de la limpieza social*”, básicamente encargados de eliminar a vagabundos, pobres, niños de la calle y a los integrantes de éstas clicas, “*ya que afean el paisaje*”, “*alejan a los turistas*” y “*espantan a las inversiones*”.

Proponemos y afirmamos, que según las evidencias con las que se cuentan, a partir de las organizaciones de la sociedad civil (Casa Alianza / CPTRT, en Honduras; Homies Unidos, en El Salvador; CEIBA Y APREDE, en Guatemala) y, de los Organismos Internacionales en Defensa de los Derechos Humanos; que en la Región del Triángulo del Norte Centroamericano, estamos ante la evidencia de un “*juvenicidio*”; ya que la represión constante y la eliminación sistemática, ha significado el asesinato de más de 40.000, integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13) y de los *homies* del Barrio 18 (B-18); tanto en la calle como en los espacios del encierro (las cárceles): una

especie de intento imaginado de “*borrar identitariamente*” / “*de aniquilar a la adscripción grupal*”.

Estas políticas y programas de cero tolerancia / de represión, influyeron de manera considerable en las dinámicas y en el funcionamiento interno de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), que orillaron a llevar a cabo, ciertos cambios y determinados ajustes, *por una parte*; como mecanismo de sobrevivencia física, social y cultural, ante la amenaza real y simbólica de seguir siendo “*aniquilados*” impunemente y; *por la otra*; en el rediseño de nuevas estrategias socio culturales a partir de las cuales situarse y posicionarse ante el Estado, sus instituciones y, también, con respecto a la sociedad en abstracto y; a la familia / al barrio / a la comunidad (donde habitan), en lo concreto.

En lo general, son agrupamientos más cohesionados hacia adentro; menos numerosos; con mayor fuerza / capacidad de fuego / de letalidad; involucrados en las lógicas de “*lo ilegal*” y, en los circuitos de “*la para legalidad*”; han tejido lazos y vínculos transnacionales con las *clicas* de sus respectivas adscripciones identitarias en otros países; transitan en el interjuego del des anclaje territorial / de barrio, hacia la construcción de las *identidades “invisibles”*; hay un desplazamiento de las “*identidades territoriales*”, a las “*identificaciones nómadas*”; han rediseñado sus estéticas corporales, a través del mecanismo del “*camuflaje social*”, a fin de no ser ubicados / identificados; los sentidos y los significados a partir de los cuales se siguen “*afiliando*”, “*brincando*” / “*adscribiendo*”, mantienen su centralidad; la edificación de un espacio social en la construcción de las identificaciones (de lo juvenil) y, en el intento imaginado de reducir las inequidades y las desigualdades sociales, usando las estrategias de las violencias y de la muerte.

Los códigos, las reglas, las normas y los valores, han tendido a rigidizarse y a hacerse más duras / cruentas / “*pesadas*”, por lo que la violación, o el rompimiento de éstas, se castiga sin miramientos, incluso están llevando a cabo, la ejecución y el asesinato contra algunos de sus miembros e integrantes como *clica*, -una especie de purgas internas-, por ejemplo, “*la traición*”, se paga con la vida en casos como la “*deserción*”, -en tanto se imaginan como un ejército-, o el robo de los fondos monetarios del propio grupo, o el no cumplir

con los parámetros en la autoregulación en el uso social de drogas, legales como ilegales, lo que implica, “*luz verde*”, es decir, sentencia de muerte.

Hay que situar el tono / el matiz de las rutas / de los desplazamientos de estas adscripciones identitarias, que van de los lazos de solidaridad / “*carnalismo*”, cuya matriz de sentido sigue estando en las reivindicaciones sociales que benefician a los integrantes y a los afiliados, hacia los intereses mercantiles y monetarios; a partir de un análisis de cohortes generacionales, en tres vertientes, es decir, en los que se componen actualmente tales agrupamientos: *la primera generación*; la que está llegando y, casi tiene cuarenta años y, más, son por lo común, los que han privilegiado las lógicas del dinero, por sobre los aspectos sociales en beneficio de sus propias *clicas*, en función de sus compromisos sociales / familiares; no así los “*bichos*” de la tercera generación del Barrio 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), quienes alcanzan edades de 10 / 12 / 14 / 16 años, a los cuales les preocupa en el imaginario, reducir en lo posible, las inequidades y las desigualdades sociales en las que se encuentran.

Los vínculos y las relaciones sociales que las *clicas* del B-18 y de la MS-13, establecen con el crimen organizado (los narcotraficantes), no son a nivel orgánico, o estructural, que impliquen a estas adscripciones identitarias como tales, sino se dan en forma individual / circunstancial / coyuntural; en función de intereses mercantiles, es decir, ofrecen sus servicios, o son contratados, por su “*capacidad de letalidad*”, en las lógicas del *mercado de las violencias y de la muerte*, en el que además, son los peor pagados (*explotados*), en comparación con lo que cobraría un sicario, un ex militar, o un integrante de las fuerzas de élite (“*los kaibiles*”, por ejemplo, “*los profesionales de las violencias*”), a quienes les pagan, tres, o cinco veces más, que a un *homie* o a un integrante de la *mara*.

Los espacios del encierro, -las cárceles-, se han convertido en escenarios y en territorios sociales / apropiados y ganados por estas adscripciones identitarias, ya que tienen sus propios sectores y están separados de los demás reos comunes y de los civiles (“*los paisas*”). Situación que también los ha cohesionado como *clicas* y adscripción, de tal suerte que han establecido una potente relación de lo que sucede y acontece entre lo que

podríamos denominar, “*el adentro del encierro*” con “*el afuera de la calle y del barrio*”, es decir, varias misiones a realizar, se deciden desde el encierro y, algunos ajustes de cuentas, se acuerdan desde las *clicas* que “*están afuera*”, en el barrio, a fin de llevarse a acabo, adentro del penal.

Asimismo, han sido los lugares, a partir de los cuales se han dado los más altos niveles de violencias con sus secuelas de barbarie y de saña; enfrentamientos cuasi provocados o tolerados por las instancias y las autoridades carcelarias como una forma más “*de exterminio*” y que han derivado en escandalosos y en dolorosos sucesos de masacres en distintas cárceles en los diferentes países, “El Porvenir” y “San Pedro Sula”, en Honduras; “El Pavoncito” y “Tamara” en Guatemala, o en El Salvador; en donde han sido asesinados una gran cantidad de integrantes de los *homies* del B-18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13), en particular, “*los palabrerros*”, -los líderes-.

La comunidad de académicos / de investigadores y, las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC); han jugado un papel trascendental, en la mediación de las tensiones y de los conflictos sociales entre el Estado / sus instituciones y, este tipo de adscripciones identitarias; no sin sufrir acoso, maltrato, amenazas y represión, supuestamente por favorecer “*a delincuentes*” y “*a criminales*”.

De tal suerte que la Defensa de los Derechos Humanos de estos sujetos sociales, ha devenido en una tarea crucial, a partir de la cual y, en algunos casos, se han hecho demandas al Estado, por acción y por omisión (Honduras es el mejor ejemplo). Quizás son las víctimas, los que han sobrevivido y, sus familiares, los que tendrían mayor calidad moral y, los llamados, a diseñar una serie de estrategias políticas que posibiliten, no sólo las respectivas reparaciones del daño causado que por derecho tienen, sino como los actores principales, para una imaginada concertación entre las partes, a fin de llegar a una especie “*de tregua*”, o “*de paz*” con el Estado, que posibilite otros mecanismos más inteligentes para solucionar esta conflagración que lleva bastantes años.

Esta situación es de suyo importante, ya que actualmente, a través de las gestiones de algunas Organizaciones de la Sociedad Civil, junto con las

víctimas de la violencia y de la muerte, en el caso de El Salvador, se están pronunciando a favor de concertar una mesa de negociación entre los actores en conflicto: el actual gobierno salvadoreño y los “*palabrer*”, -los líderes-, tanto del B-18 como de la MS-13, a fin de detener la violencia y llegar a acuerdos.

8.1. Acerca de lo teórico / metodológico.

Hay una serie de tensiones y de conflictos, teórico-metodológicos, en el hacer etnográfico (unilocal / multilocal), que considero relevantes marcar y señalar, desde el lugar reflexivo de mi vivencia de la experiencia del trabajo de campo y de la investigación antropológica que llevé a cabo en el Triángulo del Norte Centroamericano (Honduras, Guatemala y El Salvador) con la Mara Salvatrucha (MS-13), los *homies* del B-18 y, demás actores involucrados (académicos / organizaciones de la sociedad civil / gestores comunitarios).

¿Para qué hacer este tipo de investigaciones antropológicas cuya dificultad, es más que evidente?, o dicho de otro modo ¿Cuál sería la utilidad social de este quehacer etnográfico en los territorios de las violencias y de la muerte? Quizás algunas de las respuestas provisionarias que me construyo, sean por la importancia en la edificación de determinados conocimientos y de ciertos saberes que vayan encaminados a mostrar y a visibilizar las contradicciones sociales / culturales en las cuales se han producido ciertos sujetos *transnacionales* y actores como los integrantes y los afiliados a la MS-13 y al B-18. En otras palabras, es imprescindible “*politizar*”, el aspecto político de estas configuraciones, en tanto se sitúan en las relaciones sociales asimétricas de poder, cuya centralidad o núcleo imaginado es el de acortar las desigualdades sociales; ser respetados a partir del marcaje de sus diferencias culturales y; ser incluidos en una sociedad que constantemente los rechaza.

Tal importancia adquiriría visibilidad y sentido, si logramos desmontar los discursos hegemónicos cuando dicen (narrativas orales) y representan (narrativas orales / visuales), acerca de estas adscripciones identitarias (juveniles), que los sitúan como los únicos causantes y responsables (*chivos expiatorios*), de las *violencias sociales*; de las acciones de muerte y de la inseguridad ciudadana y que operan como coartadas perfectas en el imaginario colectivo para la implementación de las políticas de cero tolerancia, de mano

dura y de las Leyes Antimaras que han desatado las ejecuciones extrajudiciales y la actuación de los temible “*escuadrones de limpieza social*” y “*de la muerte*”.

Estamos también ante la tensión en la disputa de nuestra propia *creación de la presencia* como antropólogos sociales, que implica entrar en una lucha real y simbólica, por el reconocimiento como etnógrafos, frente a la construcción de *las presencias* de “*los otros*” actores y de “*los diversos*” sujetos en el campo del conocimiento y del saber, es decir, me refiero a los ministros de culto (sacerdotes); los interventores comunitarios (y las OSC que les acompañan); los comunicadores de los *mass media* (reporteros y camarógrafos que por cierto son los más desprestigiados); y los agentes de seguridad de los Estados-nacionales e internacionales (El FBI, por ejemplo, quienes son los más odiados) En esta lógica de pensamiento ¿Cuál sería la cualidad del hacer y de los saberes antropológicos construidos que nos diferencien frente a los quehaceres y a los conocimientos edificados por los otros actores del campo?

La discusión *ética* es central en tanto que trabajamos con integrantes de los *homies* del Barrio 18 (B-18) y miembros de la Mara Salvatrucha (MS-13); actores circunscritos en las relaciones sociales asimétricas de poder y, en los ámbitos, o en los territorios al límite o al borde, es decir, en climas de violencia y de muerte, que los sitúan en escenarios de lo “*ilegal*” o de la “*para legalidad*”, lo cual conlleva, a lo delicado en el manejo y en el uso de los relatos orales, -la etnografía- y, de las imágenes (las fotografías), que hemos construido y que hemos tomado, respectivamente, aún y con su consentimiento.

Aspectos que nos remiten a replantear los sentidos sociales y académicos del vínculo que establecemos a partir de nuestro lugar como sujetos que investigamos, en relación a nuestros sujetos de la investigación antropológica ¿Qué tipo de convenios y de acuerdos tendríamos que establecer a fin de no colocar en una situación de vulnerabilidad a nuestros informantes frente a las estrategias de represión y de exterminio que se están implementando contra ellos? ¿Cómo discernir la cualidad de las narrativas a publicar de tal manera que no sea una información que, *por una parte*, sature el estigma social de estas adscripciones identitarias al límite y, *por la otra*, que a la luz de la lectura de los propios *homies* y de la *mara*, no se considere una

especie de “filtrar” información que favorezca a los cuerpos de seguridad del Estado y, por consiguiente, los ponga en riesgo en su integridad física y afectiva?

Al mismo tiempo, es urgente repensar la pertinencia de la observación participante directa e intensa en el campo como estrategia clásica de la etnografía unilocal, cuando se trabaja a partir de las actuales características de los actores sociales *transnacionales* de la MS-13 y del B-18, en el entendido de que hay un clima *cultural de sospecha* permanente ante la interrogante de ¿quién es ese otro?, -o sea, nosotros como antropólogos-, ya que nos aparecemos y nos instalamos en sus territorios y en sus comunidades, lo cual activa los mecanismos de la *desconfianza* y de la *duda*. Esto remite al hecho fáctico y simbólico, *por una parte*, de que como “forasteros” o “extranjeros”, somos *sujetos visibles* y, *por la otra*, los *homies* y la *mara*, nos construyen desde sus *miradas* específicas y nos colocan en un sitio o en un lugar social definido que al menos y, al principio, desconocemos totalmente (En mi caso y, como lo mencioné, un “palabrero”, -un líder-, de la Mara Salvatrucha (MS-13), en El Salvador, me confundió con un agente infiltrado del FBI cuando lo estaba entrevistando, situación por demás complicada).

Asimismo, es claro que el B-18 y la MS-13, dentro de sus características como sujetos y objetos de la investigación antropológica, están mutando, a partir de sus des anclajes territoriales y, se están convirtiendo en una especie de sujetos móviles, “*identidades nómadas*” y plásticas, por lo tanto, devienen en adscripciones identitarias *invisibles*, -“*camuflados socio culturalmente*”-, para pasar desapercibidos y, no ser detectados, ni por los cuerpos de seguridad del Estado, ni por las *clicas* rivales, en los espacios públicos (la calle, el barrio y la comunidad). En este sentido, es muy difícil acercarse a ellos y, en todo caso, son muy reacios para dejarse entrevistar, o tomarles fotografías. Por lo que proponemos como dispositivo metodológico de aproximación, hacerlo desde varias vías indirectas y alternadas; la comunidad, los familiares, los gestores, los académicos e investigadores e, incluso, con los *homies* “*pasivos*”, “*no activos*”, -alejados de las violencias y de los consumos de drogas-.

En cuanto al espacio del encierro -las cárceles- y, en virtud de que los accesos están casi negados para los académicos, los investigadores y las

organizaciones de la sociedad civil, la estrategia tendría que ser parecida, es decir, a través de los gestores comunitarios y; en lo particular, con sus visitas, los familiares, los conocidos y los amigos.

Bajo esta lógica de discusión, reitero que el método etnográfico (multilocal), además de ser idóneo, es necesario, ya que permite la flexibilidad, la plasticidad y la movilidad, con respecto a seguir las huellas de la complejidad cultural en la que se producen estas adscripciones identitarias (juveniles) *transnacionales*. Asimismo, resulta (y, resultó) de gran utilidad, el uso y la articulación de diferentes instrumentos y herramientas en la construcción de los datos etnográficos (orales / visuales) como fuentes de información (me refiero a la entrevista a profundidad; la fotografía; el análisis de noticias y; el diario de campo). Aunque cabría decir que las más difíciles de aplicar y de llevar a cabo, fueron la entrevista y la fotografía. Con respecto a las entrevistas, la clave fue tener un “*mediador*”, es decir, un colega, un conocido o un amigo, quienes se encargaban de situar el dispositivo e introducirme en el espacio dialógico y, lo más significativo, la construcción de la confianza en torno a mi lugar como etnógrafo y / o entrevistador. En lo que atañe a la fotografía, es imprescindible negociar su uso con los sujetos de la investigación, máxime si se esta entrevistando a un “*palabrero*”, -un líder-, o a un “*desertor*”, sin pase-; e incluso a un *homie* “*pasivo*” o “*retirado*”. Y en el espacio público, la calle, el barrio, o la comunidad, simplemente saber que al tomar las imágenes uno se visibiliza e inevitablemente genera “*sospecha*” y “*desconfianza*”.

Intuyo e infiero, la necesidad de resituar ciertas categorías para el análisis socio cultural como *las identidades* o *las identificaciones*, en función del tono de sus cambios y de los matices de sus mutaciones tan rápidas, apuntando a sus cualidades *performativas*. En lo que atañe al término, o al concepto de las violencias y de la muerte, lo más significativo, -y necesario a profundizar-, no es el hecho o el suceso fáctico, sino la vertiente simbólica, es decir, lo implícito / lo latente, lo que representa la acción para estos agrupamientos; edificación de un lugar social negado, intentos de inclusión y, del lado de las estrategias de *las masculinidades*, funcionan como mecanismos de autoafirmación; valentía, arrojo, respeto y prestigio.

Considero que uno de los conceptos claves, a fin de comprender en su amplitud, lo relacionado a las violencias institucionalizadas, -las que lleva acabo el Estado, sus cuerpos de seguridad y, sus instituciones, por ejemplo-, es el término de “*para legalidad*”, en función de que es un *analizador* socio cultural, que nos permite entender una de las cualidades más significativas de las sociedades contemporáneas: la diversidad de actores que por sus acciones sociales se sitúan en los umbrales y en las fronteras de lo “*ilegal*”, es decir, construyen sus propias lógicas de “*cierta legalidad*”: el crimen organizado; el trabajo informal; las clicas del B-18 / de la MS-13 y; las comunidades que se hacen justicia por su propia mano (los “*linchamientos*”, o las “*ejecuciones extrajudiciales*”, son un buen ejemplo de ello).

En este sentido, una de las interrogantes a plantear sería ¿Qué significa para un antropólogo la inmersión en tales contextos, con estos actores y sujetos al límite, al borde y en las lógicas de la *para legalidad*? Desde mi vivencia de la experiencia, lo primero que podría decir es *el sentimiento de vulnerabilidad* que se me despertó y que experimenté a lo largo del quehacer etnográfico, frente a “*esos otros*”, los cuales fueron adquiriendo distintos rostros y tesituras. Explico, la permanente exposición a los relatos y a las historias de violencia y de muerte, más burdas y crudas, me llevaron a sentirme muy frágil, con ciertas dosis de miedo, lo cual se me inscribió en el cuerpo, en otras palabras, pareciera ser que los sujetos y el objeto de estudio, -en algunos momentos-, no sólo me atraparon, sino que me *traspasaron*. Esto me encaminó, casi al final del trabajo de campo, al saturamiento, al cansancio y al fastidio, por tanta violencia y muerte.

El asunto del *miedo*, estrictamente no era con respecto a los *homies* del Barrio 18, o en relación a los integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13), -es más, con ellos siempre me sentí seguro-, sino que lo fui construyendo a partir de la situación de riesgo en la que se está en su amplitud; de conocer la acción de represión, -acoso-, de los cuerpos de seguridad del Estado; de los grupos paramilitares, de exterminio y de *limpieza social*, que están actuando contra la condición juvenil en lo general y, en lo particular, hacía estas adscripciones identitarias.

A diferencia de los dispositivos de acompañamiento que existen en otras disciplinas como la psicología clínica, la psiquiatría y el psicoanálisis; no se cuenta claramente en antropología con algún mecanismo similar que, *por una parte*, sirva de espacio de contención, en relación a los etnógrafos que están investigando estos aspectos y, *por la otra*, un lugar de reflexión en el momento en el que se está realizando el quehacer antropológico; máxime cuando se trata de tales situaciones y de dichas circunstancias.

Esto cobra mayor relevancia, porque al trabajar con las subjetividades individuales construidas colectivamente, hay que apuntar a nuestra propia subjetividad como etnógrafos. De ahí es que considero que es importante narrar lo que a uno le va pasando desde la biografía social y, en tanto que me he situado como sujeto que investiga, a los sujetos de la investigación antropológica, remarco que he partido de mi implicación y de mi vivencia durante el proceso de investigar, lo cual significó que intenté, aún con mis temores y mi hartazgo, construir una narrativa, inserta en la trama social de “*los otros*”, en la reconstrucción de las lógicas argumentales, a fin de visibilizar, a los personajes centrales de estas historias, anclados a un tiempo histórico y a un espacio socio cultural definido e inequitativo.

¿Qué fue, en todo caso, lo que cambió en mi perspectiva? Quizás darme cuenta y comprender la real complejidad en lo que corresponde a la configuración de los contextos, los escenarios y de los actores involucrados; en lo específico, la *dureza* y la *intensidad* de las historias sociales de vida de los *homies* del B 18 (B-18) y de la Mara Salvatrucha (MS-13). Ligado con lo anterior, me remite a una reflexión, es decir, una de las lecciones, de cara a la *vastedad* y a la *omnipresencia* de lo que hemos denominado libremente como *el mercado de las violencias y de la muerte*, es conducirse con absoluto respeto académico, en lo que atañe al tipo de vínculo que establecemos en relación a los sujetos y al objeto de estudio como tal.

Lejos de suscribir los discursos y las narrativas del “*pesimismo académico y de la investigación*”, que en una vertiente considera, a los afiliados a las adscripciones identitarias del B-18 y de la MS-13, “*casos perdidos*”, “*poseídos por el demonio*” o, “*máquinas de guerra*”, en cada historia y relato, hay un sujeto (joven) construido que también puede tener la capacidad de

enamoramiento; ejercer determinadas funciones desde su lugar de padre “*responsable*” o de madre “*amorosa*”; establecer vínculos de amistad y de solidaridad, no sólo con sus familiares, sino con “*los otros desconocidos*”; ser exitoso en las actividades que emprende, por ejemplo, terminar su secundaria, preparatoria e incluso una carrera técnica o universitaria; desarrollar su talento en la música, la poesía o la literatura; tener habilidades para montar su propio negocio y conseguir un empleo aceptable.

Quizás una de las cuestiones más significativas que constaté en el rediseño social, a fin de edificar un lugar cultural distinto y diferente, descentrados de las violencias y de las lógicas de la muerte, es el hecho, - aunque se tenga un sitio de *homie* o de *mara*, “*pasivo / inactivo*”; “*veterano / retirado*”; o “*desertor*”, e incluso, haberse quitado los emblemas del tatuaje-, de que nunca se deja de ser Barrio 18 (B-18) o de la Mara Salvatrucha (MS-13); en tanto que es una adscripción identitaria dura / potente, que se inscribe en el cuerpo, se encarna en la piel y se lleva hasta la muerte.



*Placaso de una clica de los homies del Barrio 18 (B-18), en El Salvador.
Fotografía tomada el 29 de noviembre de 2009.*

GLOSARIO DE TERMINOS
(Región del Triángulo del Norte Centroamericano)

Termino	Significado
Activos:	integrantes del B-18 / de la MS-13.
Banderos:	grupos al interior del crimen organizado (Narcotráfico).
Bañado:	crack con marihuana.
Bajar del avión:	ser asesinado.
Batos:	chicos / muchachos
Bichos:	refiere a niños (chiquitos).
Bolo:	borracho
Brincado:	ritual de pasaje / de ingreso a la clica
Burrita:	un poco de comida.
Cabal:	cierto / exacto
Cagar el palo:	cometer errores
Calmados:	integrantes del B-18 / la MS-13, alejados de las acciones de violencia y de consumo de drogas.
Camándulas:	rosarios
Cana:	cárcel
Capos:	líderes de las barras bravas hondureñas
Carnalismo:	vinculo afectivo muy fuerte, no consanguíneo.
Catrachos:	hondureños
Cipotes:	muchachos, adolescentes (viene del Náhuatl).
Clicas:	sectores o células en la que se divide la mara o la pandilla.
Colaboradores:	ayudantes / adherentes a la clica, no están brincados.
Colas:	personas que te ponen para vigilarte
Colines:	armas blancas tipo mini guadañas, o mini machetes.
Criteriado:	a alguien que lo presionan y lo intimidan para sacarle información
Cuca:	refiere a los genitales femeninos
Chavalas:	integrantes de la MS-13 / así nombrados por sus enemigos B-18.
Chera:	una muchacha.
Chero:	amigo, cuate, compañero.
Chicha:	aguardiente / bebida alcohólica natural
Chimbas:	armas artesanales / caseras / escopetas recortadas.
Chinche:	un objeto
Chochos:	nicaragüenses.
Cholo:	gordito
Chuca:	sucio /a
Desertores:	los que se han salido, sin pase, del B-18 o de la MS-13
Dispensa:	permiso para salir de la pandilla, o de la mara.

El chequeo:	dar favores sexuales como mujer, a fin de ingresar a la <i>clica</i>
Ex pandillero:	desertores / no tienen el pase de la <i>clica</i> .
Garañona:	mujer hombruna
Garifas:	negros
Guanacos:	salvadoreños.
Güilas:	trozos de papel escritos desde la cárcel.
Hechizas:	armas artesanales / hechas en casa
Hinchar:	apoyar
Homies:	amigo / cuate / hermano, –no consanguíneo–.
Jainas:	mujeres / novias / parejas
Juras:	la policía.
La bartolina:	lugares de detención
La maquila:	espacios del encierro para integrantes del B-18
La mierda Seca:	forma despectiva de nombrar a la MS-13
La quebrada:	pase para salir de la <i>clica</i> y tener otro lugar social
La rueda:	forma grupal de decisión de la <i>clica</i>
Libar:	beber / tomar
Luz verde:	sentencia de muerte
Malacate:	malo.
Mandaditos:	al que se le da la misión de matar.
Mareros:	uso despectivo, denomina delincuente/delincuencia
Mitin:	reunión donde los integrantes de la <i>clica</i> toman decisiones
Morros:	chicos / muchachos / jóvenes
Motorista:	chofer
Paisas:	los civiles / reos comunes / los que no pertenecen a pandillas.
Palabreros:	el que lleva la palabra de la mara / líderes de las clicas
Palmar:	matar
Pandilla:	una categoría que adquiere valor de análisis.
Parqueo:	estacionamiento
Pase:	permiso otorgado para dejar de ser activo
Pasivos:	<i>homies</i> retirados de sus clicas.
Penquiada:	golpiza
Perros:	compañeros, amigos, “hermanos”, que se tienen en la <i>clica</i>
Peseteros:	desertores tanto del B-18, como de la MS-13
Piperos:	consumidores de “ <i>crack</i> ” puro
Piricuacos:	gente revoltosa, indeseable.
Planchaban:	fallar / cometer errores
Postear:	vigilante
Quilombo:	relajo
Renta:	pedir dinero / cobro de “ <i>impuestos de guerra</i> ”.

Reventar:	matar
Rondines:	gente encarcelada que vigila a sus compañeros.
Rueda:	mecanismo de decisión colectiva de las <i>clicas</i>
Sacar de las calles:	ser asesinado.
Salu:	adiós / hasta luego.
Salvatruchos:	ponerse listos / abuzados
Sicario:	persona que mata a pedido, o por contrato.
Simpatizantes:	no afiliados a la mara, o a la pandilla, aunque colaboran
Soldados:	miembros de menor jerarquía en la <i>clica</i> (recién ingresados)
Talegueada:	golpiza
Tatuajes pilosos:	bonitos, de " <i>cache</i> ", decorativos -como los míos-.
Ticos:	costarricenses
Tirar barrio:	forma de identificarse a través de las gestualidades del cuerpo
Topes:	el que compra y vende artículos robados
Traje:	forma estética de vestirse, arreglarse.
Transeros:	negociantes / traficantes de drogas
Tramoyar:	apuñalar.
Yuca:	bien difícil, complicado.
Yuta:	policía
Zapatiza:	golpear / pegar

BIBLIOGRAFIA.

- Aguilar, Jeannette
(s/f) *Las maras o pandillas juveniles en el triángulo norte de Centroamérica. Mitos y realidades sobre las pandillas y sus vínculos con el crimen.* El Salvador, 45, páginas.
- Aguilar, Jeannette y Carranza Marlon
2008 *Las maras y pandilla como actores ilegales en la región.* Informe Estado de la Región. Un Informe desde Centroamérica y para Centroamérica. Ponencia, San Salvador, El Salvador.
- Amnistía Internacional
2003 *Honduras. Cero Tolerancia... a la impunidad. Ejecuciones extrajudiciales de niños y jóvenes desde 1998.* Índice AI: AMR37/001/2003.
- Arciga, Salvador y Nateras, Octavio
2002 "El dolor social", EN: *Revista Internacional de Psicología Social (Psic. Soc.)* Vol. 1, Número 1, julio-diciembre, México, pp. 83-91.
- Azaola, Elena
2004 "Presentación", EN: *Revista Desacatos, Juventud: exclusión y Violencia*, CIESAS, México, pp. 7-11.
- Balandier, Georges
1994 *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación, Barcelona.* Paidós, España.
- Bauman, Zygmunt,
2007 *Miedo Líquido. La sociedad Contemporánea y sus temores,* Paidós, España.
- Bauman, Zygmunt,
2006 *Vida Líquida.* Paidós, Barcelona.
- Blair, Elsa
2005 "La violencia frente a los nuevos lugares y/o los "otros" de la cultura", EN: *Revista Nueva Antropología, Tierra quemada: violencias y culturas en América Latina*, CONACULTA-INAH. Vol. XX, Núm. 65, mayo-agosto, México, pp. 13-28.
- Bourdieu, Pierre
1990 *Sociología de la cultura*, CNCA / Grijalbo, Colección los noventas, México, pp. 215-224 y 281-309.
- Bourdieu, Pierre
2000 *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona España.
- Bourdieu, Pierre
2003 *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad.* Ed. Anagrama. Bercelona, España.
- Bourgois, Philippe
2005 "Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador", EN: Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carles (Eds.) *Jóvenes sin tregua*, ANTHROPOS, Barcelona España, pp.11-34.
- Brito, Roberto
2005 "La herencia divergente", EN: *Revista Generación, Tribus Urbanas*, México.

- Butler, Judith
2002 *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- Carazo, Rodrigo Alberto (compilador)
2001 *Violencia y paz en América Latina*, LUR, Costa Rica.
- Carranza, Marlon
2005 "Detención o muerte: Hacia dónde van los "pandilleros" de El Salvador", EN: Luke Dowdney (ed.). *Ni guerra ni paz, comparaciones internacionales de niños y jóvenes en violencia organizada*. COAV (Children in Organized Armed Violence). Río de Janeiro, Brasil, pp. 224-241.
- CEPAL-OIJ
2004 *La juventud en Ibero América, tendencias y urgencias*, Santiago de Chile.
- CEPAL y UNICEF,
2002 *La pobreza de América Latina y el Caribe aún tiene nombre de infancia*, México.
- Cerbino, Mauro
2004 *Pandillas Juveniles. Cultura y conflicto de la calle*, Ed, El Conejo, ABYA-YALA, Quito Ecuador.
- Cohen, Abner
1979 "Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder", en J.R. Llobera (Comp.), *Antropología política*, Anagrama, Barcelona.
- Courtney, Robert,
2006 *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Cámara de Diputados, UAZ y Miguel Ángel Porrúa, México,
- Cruz, José Miguel (editor)
2006 *Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada*. Vol. IV. UCA, Editores, El Salvador.
- Cubides, Humberto, Laverde Cristina y Valderrama Eduardo (Ed.)
1998 *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores, Bogotá Colombia.
- Cuéllar, Benjamín
2001 "Violencia política en El Salvador", EN: Carazo, Rodrigo Alberto (compilador), *Violencia y paz en América Latina*. Libro Universitario Regional, LUR, Costa Rica, pp. 151-176.
- Cuerno, Lorena
2000 "El lado oscuro de la calle. El caso extremo de la Mara", EN: *Revista de Estudios sobre juventud, Jóvenes*, año 4, No. 10, enero-marzo, México, DF.
- Devereux, George
1994 *De la ansiedad al método en las ciencias sociales del comportamiento*, S.XXI. México.
- Díaz, Rodrigo
2002 La creación de la presencia. Simbolismo y *performance* en grupos juveniles, EN: Nateras, Alfredo (Coord.) *Jóvenes, culturas e*

- identidades urbanas*, UAM-I, Miguel Angel Porrúa, México, pp. 19-41.
- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP
 2004 *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social*. Vol. II., UCA, Editores. El Salvador.
- ERIC, DIRINPRO, NITLAPÁN, IDIES, IUDOP
 2004 *Maras y pandillas en centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación*. Vol. III., UCA, Publicaciones, El Salvador.
- Evans-Pritchard
 1977 *Los Nuer*, Anagrama, Barcelona, España.
- Fanon, Frantz
 1963 *Los condenados de la tierra*, FCE, México.
- Feixa, Carles; Porzio, Laura; Recio, Carolina y Canelles Noemí
 2007 "Jóvenes y "bandas" latinas en Barcelona", EN: Valenzuela, José Manuel; Nateras, Alfredo y Reguillo, Rossana (Coord.) *Las Maras. Identidades Juveniles al Límite*. UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Juan Pablos Editores, México, pp. 209-242.
- Feixa, Carles
 1998 *El Reloj de Arena. Culturas Juveniles en México*, SEP/CAUSA JOVEN/CIEJ/, México, 1998.
- Feixa, Carles
 1998 *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona, España.
- Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carles (Eds.)
 2005 *Jóvenes sin tregua*, ANTHROPOS, Barcelona, España.
- Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carles
 2004 "Una mirada antropológica sobre las violencias" EN: *Revista Alteridades*, Año 14, Núm. 27, Enero-junio, México, pp. 159-174.
- Foote, William
 1971 *La sociedad de las esquinas*, Ed. Diana, México.
- Gama, Federico
 2002 "Mexican pride. Retratos de la vida loca", EN: Nateras, Alfredo (Coord.) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, UAM-I, Miguel Angel Porrúa, México, pp. 75-90.
- García Canclini, Néstor
 2004 *Diferentes, desiguales y desconectados*, Gedisa, Barcelona
- García Canclini, Néstor
 1990 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo-CNCA.
- Germani, Gino
 1980 *El concepto de marginalidad*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- González Casanova, Pablo
 2004 *Las Nuevas Ciencias y las Humanidades*, Ed. ANTHROPOS, IIS-UNAM, México.
- Goffman, Erving
 1993 *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu, Editores, Buenos Aires, Argentina.
- Hernández Pablo y Gama Federico.
 2007 *Cholos a la Neza. Otra identidad de la migración*, IMJUVE, México.

- Hopenhayn, Martín
2005 *América Latina. Desigual y descentrada*, Norma, Buenos Aires, Argentina.
- Kearney, Michael
1995 "The Local and the Global: The Antropology of Globalization and Trasnationalism", *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, pp. 547-565.
- Lacalle, Charo
1996 "Subculturas juveniles: aproximaciones teóricas y metodológicas", EN: Oriol Pere, Pérez José Manuel y Tropea Fabio. *Tribus urbanas. El ansía de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Paidós, Barcelona España, pp. 59-89.
- Lakoff, George y Johnson, Mark
1980 *Metáforas de la vida cotidiana*, University of Chicago, Madrid, España.
- Lipovetsky, Guilles
1986 *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, España.
- Loeza, Laura
2008 *Organizaciones civiles. Identidades de una elite dirigente*, UNAM, México.
- Lungo Mario y Roxana, Martel
2004 *Ciudadanía social y violencia en las ciudades centroamericanas*. ISTMO. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos, No.8. Universidad Centroamericana, "José Simeón Cañas", El Salvador.
- Mac Gregor, Felipe
2001 "Violencia y paz para América Latina. Cultura de la paz", EN: *Violencia y paz en América Latina*, LUR, Costa Rica, pp. 35-41.
- Martel, Roxana y Marroquín, Amparo
2005 "Las Maras: Mitos y estereotipos", ponencia presentada en el Coloquio, *Las Maras: Identidades juveniles al límite*, UAM-I, México.
- Maffesoli, Michel,
1990 *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Icaria, Barcelona, España.
- Marcus, George E.
2001 "Etnografía en / del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal", EN: *Revista Alteridades*, Año 11, No. 22, julio-diciembre, México, pp.11-127.
- Martín-Barbero, Jesús
1987 *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, España.
- Martín-Barbero, Jesús
1998 "Jóvenes: Des-orden cultural y palimpsestos de identidad", EN: Cubides, Humberto, Laverde María Cristina y Valderrama Carlos Eduardo (Editores). "*Viviendo a toda*". *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores, Bogotá Colombia, pp. 22-37.

- Mead, Margaret
2002 *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Gedisa, España.
- Monod, Jean
2002 *Los Barjots. Etnología de bandas juveniles*. Ariel, España.
- Montero, Maritza (Coord.)
1994 *Construcción y crítica de la psicología social*, ANTHROPOS, 1994, pp.109-126.
- Moscovici, Serge,
1979 *El Psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires Argentina, Editorial, Huemul S.A.,
- Morán, Mauricio; Huezo, Vilma; Gibbons, Pat
2001 *El barrio, la frontera del joven pandillero. Contexto familiar y su influencia en el desarrollo de la personalidad del joven pandillero*, Universidad Tecnológica de El Salvador.
- Moser Caroline y Winton Ailsa
2002 *Violencia en la Región de Centroamérica: hacia un marco de referencia integrado para la reducción de la violencia*, Overseas Development Institute. Informe (de discusión) 171, London, Reino Unido.
- Nateras, Alfredo
2004 "Los trazos de lo emergente juvenil urbano", EN: Arciga, Salvador, et al. (Eds.) *Del pensamiento social a la participación. Estudios de Psicología Social en México*, SOMEPSO / UNAM / UAM / UAT, México, pp. 249-269.
- Nateras, Alfredo
2004 "Trazos y Trayectos de lo Emergente Juvenil Contemporáneo", EN: Reguillo, Feixa, Valdez, Gómez-Granell, Pérez-Islas, *Tiempo de Híbridos. Entresiglos. Jóvenes. México-Cataluña*, SEP, IMJ, Generalitat de Catalunya, CIIMU, 101-113.
- Nateras, Alfredo
2007 *TKE? Artistas de la piel y decoración corporal en jóvenes*, Ed. Rios de Tinta, México / Tinta Fresca, Buenos Aires Argentina.
- OMS/OPS
Informe mundial sobre la violencia y la salud (prevención), México, Nueva York.
- Oriol Pere, Pérez José Manuel y Tropea Fabio
1996 *Tribus urbanas. El ansía de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Paidós, Barcelona, España.
- Paz, Dejalma
2001 "Violencia y teleperiodismo: ¿espectáculo o necesidad? Análisis sobre el contenido de violencia de los telediarios brasileños", EN: *Violencia y paz en América Latina*, LUR, Costa Rica, pp. 63-119.
- Perea, Carlos Mario
2004 *Pandillas y conflicto urbano en Colombia*, EN: *Revista Desacatos, Juventud: Exclusión y Violencia*, CIESAS, México, pp. 15-35

- Pirker, Kristina
2004 "La rabia de los excluidos: pandillas juveniles en Centroamérica", EN: Sosa Raquel (coord.) *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). México, pp. 133-157.
- Ramos, Rebeca; Ferreira-Pinto, Joao; Ramos, Ma.Elena
1998 "La violencia contra las mujeres en la frontera norte de México: el papel de las pandilla y la subcultura de la droga", EN: *Con ganas de vivir... Una vida sin violencia, Es un derecho nuestro*. PNUFID, México, pp. 111-122.
- Reygadas, Luis
2007 "La desigualdad después del (multi) culturalismo", en Giglia, Garma y De Teresa (compiladores) *¿A dónde va la antropología?* UAM / Juan Pablos / Tecnigraf, México.
- Rodríguez, Ernesto
2004 "Juventud y violencia en América Latina. Una prioridad para las políticas públicas y una oportunidad para la aplicación de enfoques integrados e integrales", EN: *Revista, Desacatos, Juventud: Exclusión y Violencia*. México. CIESAS, primavera-verano, pp. 36-59.
- Romero, Matías
2003 *Diccionario de salvadoreñismos*, Ed. Delgado, El Salvador, C.A.
- Rosenberg, Tina
2004 "Si sangra, encabeza las noticias. Los costos del sensacionalismo", EN: Marco Lara y Ernesto López Portillo (Coord.) *Violencia y Medios. Seguridad Pública. Noticias y Construcción del miedo*. INSYDE y CIDE, México, 2004.
- Rozas, Cristián Fernando
2000 "Consumo, identidad social y violencia", EN: *Revista, Última Década. Políticas Públicas y Juventud. Tribus Urbanas*. Año 8 No. 13, septiembre, CIDPA Editores, Viña del Mar Chile, pp. 141-150.
- Ruiz, Olabuenaga, José
1996 *Metodología de la investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Ruiz, Olabuenaga e Izpizúa, María Antonia
1989 *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Salazar, Alonso
1998 "Violencias juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?", EN: Cubide, Laverde y Valderrama (Editores) *"Viviendo a toda". Jóvenes, terriotiros culturales y nuevas sensibilidades*, Universidad Central, Siglo del Hombre Editores, Colombia, pp, 110-128.
- Salazar Alonso
1998 *La Cultura de las bandas juveniles de Medellín. NO Nacimos Pa` Semilla*, Ediciones Antropos LTDA, Santa Fé de Bogotá, Colombia
- Sánchez, George B y Reynolds, Julia
2003 "La guerra civil de las pandillas mexicanas en California: (1º) Paisanos que se matan entre sí" (2ª) "Norteños: los hijos de Chávez" y (3º) "Un largo camino a Delano", EN: *Periódico, La*

- Jornada, Suplemento Massiosare*, No. 313 del 21 de diciembre de 2003. No. 314 del 28 de diciembre de 2003 y No. 315 del 4 de enero de 2004, respectivamente, México, DF.
- Santacruz, María y Concha Alberto
2001 *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*, UCA, Instituto Universitario de Opinión Pública, Homies Unidos, San Salvador, El Salvador.
- Saraví, Gonzalo
2009 *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. CIESAS, México.
- Saraví, Gonzalo
2004 “Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana”, EN: *Revista Desacatos, Juventud: Exclusión y violencia*, CIESAS, México, pp.127-142.
- Serrano, José Fernando
2005 “La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos”, EN: Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carles (Eds.) *Jóvenes sin tregua*, ANTHROPOS, Barcelona España, pp. 129-143.
- Sosa, Raquel (coord.)
2004 *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). México.
- Swartz, M, Turner, V y A. Tuden
2004 “Antropología política: una introducción”, EN: *Revista Alteridades*, UAM-I, año 4, No.8, México.
- Tilly, Charles
2003 *The politics of collective violence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Trujillo, Elizabeth
2005 “*La Identidad Mara*”, Universidad del Valle de México, Tuxtla Gutiérrez Chiapas, México.
- Valenzuela, José Manuel
1997 “Culturas juveniles. Identidades transitorias”, EN: *Revista Jóvenes*, Año 1, No. 3. CIEJ /CAUSA JOVEN, México, enero-marzo, pp.12-35.
- Valenzuela, José Manuel
1988 *¡A la brava ese! cholos, punk, chavos banda!* El Colegio de la Frontera Norte, México.
- Valenzuela, José Manuel
2002 “De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos”, EN: Feixa, Molina y Alsinet (Coord.) *Movimientos Juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Ariel, España.
- Valenzuela, José Manuel
2003 “Pachomas (Pachuco-cholo-mara), Nortecos y Fronteras”, EN: Pérez, Valdez, Gauthier y Gravel (coord.), *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*, IMJ / Observatoire Jeunes et Societé, México.

- Valenzuela, José Manuel, Nateras Alfredo y Reguillo Rossana (coord.)
 2007 *Las Maras. Identidades Juveniles al Límite.* Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de la Frontera Norte, Juan Pablo Editores, México.
- Vallejo, Fernando
 2002 *La Virgen de los Sicarios,* ALFAGUARA, México.
- Vergara, Abilio
 1997 *Apodos, la reconstrucción de identidades,* INAH, México, pp.111-143.
- Vila, Pablo
 2000 “Música e Identidad. La capacidad interpeladota y narrativa de los sonidos, las letras y las actuaciones musicales”, EN: Mabel Picini, Ana Rosas Mantecón y Graciela Schmilchuck (coord.) *Recepción artística y consumo cultural,* Juan Pablos, México.
- UCA-IUDOP.
 2007 *Resultados generales. Encuesta nacional de Juventud. Proyecto Sembrando Futuro. Niñez y juventud sin violencia, desde la participación ciudadana y los derechos humanos.* El Salvador, 36, págs.
- Vizcarra, Miguel
 2006 “Grupos Juveniles Trasnacionales: el caso de los mareros”. Entrevista realizada a Julio César Marroquín Vides, Subdirector de la Policía Nacional Civil de El Salvador, EN: *Revista de Estudios sobre Juventudes. Jóvenes en la Mira.* Instituto Jalisciense de la Juventud, julio-diciembre, Vol. 1, No.4. México, pp. 105-110.
- Watzlawick, Paul y Krieg, Peter
 1995 *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo,* Gedisa, Barcelona, España.